



ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Arqueología y patrimonio
en el estado de Hidalgo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
ÁREA ACADÉMICA DE HISTORIA Y ANTROPOLOGÍA



ESTUDIOS
DE ANTROPOLOGÍA
E HISTORIA

Arqueología y patrimonio
en el estado de Hidalgo

Natalia Moragas Segura
Manuel Alberto Morales Damián
Coordinadores



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Pasado y presente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Humberto Veras Godoy

Rector

Gerardo Sosa Castelán

Secretario General

Margarita Irene Calleja y Quevedo

Coordinadora de la División de Extensión

Adolfo Pontigo Loyola

Director del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

Alexandro Vizuet Ballesteros

Director de Ediciones y Publicaciones

Primera edición: 2010

© UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Abasolo 600, Centro, Pachuca, Hidalgo, México, CP 42000

Correo electrónico: editor@uaeh.edu.mx

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra sin el consentimiento escrito de la UAEH.

ISBN: 978-607-482-033-1

Índice

Introducción	7
<i>Natalia Moragas Segura</i>	

PARTE 1: Arqueología

1. Importancia del acervo paleontológico del estado de Hidalgo para el estudiante de historia	13
<i>Miguel Angel Cabral Perdomo</i>	
2. Estudio del fenotipo craneal aplicado a la resolución de preguntas arqueo-históricas: caso Tula, Hidalgo. Implicaciones en la historia biológica del hombre	23
<i>Mirsha Quinto-Sánchez y Antonio González-Martín</i>	
3. Estado del arte en las manifestaciones rupestres del valle del mezquital	45
<i>Aline Lara Galicia</i>	
4. La secuencia de explotación de la obsidiana de la Sierra de las Navajas, Hidalgo, México	55
<i>Alejandro Pastrana</i>	
5. Tula: en las fuentes y la arqueología	85
<i>Luis Manuel Gamboa Cabezas y Nadia V. Vélez Saldaña</i>	
6. La caída de los centros provinciales toltecas. El caso de Atotonilco de Tula, Hidalgo	101
<i>Miguel Guevara Chumacero</i>	

7. Las comunidades agroartesanales del asentamiento de Tepetitlán, Hidalgo. Una evaluación teórico-metodológica de la “arqueología de las comunidades” 123
Stephen Castillo y Lizbet Berrocal
8. De la identidad a la inestabilidad. Reflexiones sobre el hñahñu prehispánico 145
Fernando López Aguilar
9. El modo de vida precolombino de los otomíes de la región de Tula 175
Patricia Fournier García y Maira Martínez Lemus
10. Iztlilpan y las unidades político territoriales en torno a la obsidiana. 227
Oswaldo J. Sterpone

PARTE 2: Patrimonio

11. De la investigación a la docencia, de la docencia a la práctica. Los retos de la materia: gestión del patrimonio cultural 251
Natalia Moragas Segura
12. En búsqueda de lo propio. Notas sobre el patrimonio cultural hidalguense 267
Artemio Arroyo Mosqueda
13. Estrategias de planeación: propuesta para plan de manejo de la zona arqueológica en Tula, Hidalgo 275
Julieta García García
14. De la arqueología al patrimonio industrial. Investigación interdisciplinaria y valorización del patrimonio de la cultura materia. 311
Mariano E. Torres Bautista
15. Arqueología industrial: exploración de la hacienda de beneficio San Buenaventura en Pachuca, Hidalgo 329
Yolanda Isabel Beltrán Vargas
16. El patrimonio cultural como constructo social 349
Juan Luna Ruiz
17. Dos cuentos chamánicos de la sierra norte de Puebla. Apuntes acerca de la metodología de la investigación antropológica 375
Michel Duquesnoy Gallez

Introducción

Dra. Natalia Moragas Segura

Siempre es un reto convocar a maestros, colegas y amigos a participar en un proyecto conjunto como es la invitación a una publicación. Si además supone el inicio de una serie de publicaciones conjuntas del Área Académica de Historia y Antropología, concretamente en el campo de la Arqueología y el Patrimonio, la responsabilidad es mayor por la presencia de destacados investigadores que han hecho del actual territorio del Estado de Hidalgo, su espacio de investigación y de docencia y que ha acogido con entusiasmo la convocatoria lanzada hace un año por una recién llegada a tierras Hidalguenses.

Cabe reconocer en este momento, que el proceso de conformación de este trabajo tiene un sabor agrídulce. Uno de los investigadores que atendieron con mayor entusiasmo esta llamada fue el Dr. Jaime Litvak King (1933-2006) investigador y maestro del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM que de hecho, fungía como co-coordinador de esta obra. Su fallecimiento inesperado ha dejado este libro algo lisiado ya que su mente clara, su ácido ingenio y su presencia imponente, sin duda alguna se hubiera notado en la personalidad de este libro. Es por ello que en el ritual académico de homenaje, de reconocimiento a una gran figura de la historia y la antropología

mexicana el libro esta, definitivamente dedicado a él. Y también me permito aprovechar estas líneas introductorias a conversar en cierta manera con el espíritu de esta publicación en la forma que en el 2006 la percibíamos como un proyecto conjunto. Así que ahora va el momento de las remembranzas.

Conocí al Dr. Litvak en el año 1993 cuando estaba incorporada como una de los becarios en el Proyecto Especial Teotihuacan 92-94 dirigido por el Profesor Eduardo Matos Moctezuma . Siendo un programa práctico tanto como académico, no recuerdo bien la cuestión que me llevó a la biblioteca del IIA (pero para un arqueólogo no hay que buscarle un motivo en concreto para bucear entre fichas y papeles). Fascinada por el sistema informático de búsqueda de referencias bibliográficas encontré mis libros y procedí a solicitarlos. Pocos segundos después, el silencio de la sala se rompió con un vozarrón que me inquirió: ¿Es acaso usted una de las becarios de Matos? Hay que considerar que la voz venía acompañada de una presencia tanto más impresionante que correspondía perfectamente al volumen y empuje de la misma. Debí responder “sí” con voz ahogada mientras el doctor, en el mismo estilo, me inquiría de donde procedía. Al responderle que de la Universitat de Barcelona, la respuesta pareció complacerle ya que me dijo que: “Entonces usted conoce sin duda al insigne doctor Don Jordi Gussinyer”. Los minutos que tardaron en entregarme los libros me parecieron los más largos del mundo y abrazada a ellos como si me fuera la vida me fui a esconder en sus páginas con la esperanza de que por nada del mundo me viera o siguiera preguntándome cualquier cosa. Indiscutiblemente no di pie con bola en mis lecturas.

Pocos días después comenté mi peripecia al profesor Matos pero la respuesta fue: ah! El “gordo” Litvak!!! Así que visto que la cosa iba sin mayor perjuicio para los mencionados que darme un ataque de nervios ante la perspectiva de volver a la biblioteca, seguí con lo mío. De vuelta al IIA busqué “Litvak” y empecé a aprender del profesor. Ese mismo día compré *Todas las piedras tienen 2000 años* que se convirtió en mi lectura favorita alternando reconocimiento y risas a un autor que hacía de la arqueología un *modus vivendi* más allá de la academia y de la práctica.

“Litvak” volvió años después a mi cotidianeidad en el momento en que embarcada en la fase de “hacer tesis” tuve que consultar sus trabajos en Xochicalco para el periodo del Epiclásico que formaba parte substancial de uno de los capítulos de la misma. Ahí conocí al Litvak académico, al arqueólogo practicante. Superé la tesis doctoral y Litvak se fue.

En 2003 de nuevo “Litvak” apareció, ahora ya en el marco del área Académica de Historia y Antropología. En el momento que, con la entonces, coordinadora de la Licenciatura de Historia de México, Dra. Laura Sotelo, buscábamos otros espacios docentes más allá de la materia “Introducción a la Arqueología” que me tocaba impartir. Revisando el programa curricular y pensando en que manera una arqueóloga podía impartir Taller del Historiador o Historia de México del siglo XX me permití sugerir que faltaba

algo y que ese “algo” en el cual yo podía aportar podía ser: “Gestión del patrimonio cultural”. Para mi sorpresa, la propuesta fue acogida con entusiasmo por la Dra. Sotelo y me encontré en la tesitura de convertir la materia: “Procesamiento de la Información” en “Gestión del Patrimonio Cultural”. Y ahí de nuevo “Litvak” apareció. El Litvak comprometido con la protección del patrimonio cultural de este país, el arqueólogo industrial, el que se acercaba a la Cultura con “mayúsculas”.

Durante el 2005 y el 2006 las visitas al IIA fueron más rutinarias ya inmersa en mi papel de docente en la UAEH que necesitaba cumplir con el ritual de acopio de artículos en la casa grande del saber. Ya con más años y menos vergüenza me presenté de nuevo en el cubículo del doctor que me recibió con entusiasmo debido a mi capacidad de resolver su problema con la cafetera que en ese momento se le rebelaba. Me volví a presentar y desde entonces hasta su fallecimiento el doctor me recibía con su manera vehemente de hablar y actuar. Durante el 2006 me invitaba a entrar en su cubículo para platicar del artículo extenso (no tan extenso por favor le suplicaba!) que pensaba escribir sobre el patrimonio mexicano previniéndome que iba a ser crítico y ácido.

Cabe mencionar el impacto del doctor en su visita al ICSHu en la primavera del 2006 dentro del marco de la semana cultural de este Instituto. “Litvak” se incorporó a las clases de Introducción de la Arqueología y Gestión del Patrimonio Cultural en una clase magistral en la que bordó el origen de la arqueología, la sociedad mexicana, la motivación por el estudio y el compromiso real del arqueólogo más allá de discursos patriotericos.”Litvak” entró en las mentes y razonamientos de los alumnos como comprobé algunas clases después. Posteriormente se hizo con compañeros del área, un debate conjunto sobre el patrimonio en la cual el doctor continuó con su magistral forma de afrontar las problemáticas y retos de esta cuestión. Terminamos el día en la Iglesia de San Francisco viendo un festival musical huasteco.

Su fallecimiento nos sorprendió a todos. El obituario de Joel Santos que circuló por internet recoge con claridad la esencia del doctor y ha sido ampliamente difundido por lo no cabe decir más. Queda reflejado en su final: Era un viejo chingón!! Muchos de nosotros buscamos para el altar de muertos del 2006 música de jazz. Tan sólo me quedaba escribir a los participantes del libro mi propuesta de dedicar este trabajo al doctor Litvak lo que fue acogido con entusiasmo por los mismos. Asimismo solicitar el apoyo del IIA para investigar si por un casual en las computadoras del doctor se encontraba el escrito que pensaba aportar. Lamentablemente no fue así. Si estaba escrito, estaba en su mente.

Ahora pues toca presentar esta publicación conjunta. El objetivo del libro estaba para mi claro. Ofrecer una herramienta de consulta y espero que también de disfrute, en primer término a los alumnos de la licenciatura en Historia de México y reforzar sus lecturas de la Arqueología y el Patrimonio *del* Estado de Hidalgo pero también presentar los trabajos que se hacen *en* el Estado de Hidalgo sin los límites que la territorialidad actual

nos pueda limitar. En segundo término, que este trabajo supere las fronteras estatales y pueda ser reconocimiento a los estudiantes y profesionales que trabajan en otros estados de la República para que mantengamos el diálogo entre historiadores, antropólogos, arqueólogos y antropólogos físicos sin límites derivados de cuestiones administrativas.

Los autores que aquí se presentan son investigadores de notable prestigio que respondieron con agrado a la propuesta lanzada desde la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Por la confianza demostrada, muchas gracias.

PARTE 1

Arqueología



Importancia del acervo paleontológico del estado de Hidalgo para el estudiante de historia

Miguel Angel Cabral Perdomo¹

Aunque la paleontología es una ciencia biológica, el tema de estudio de la misma puede resultar de interés para el estudiante de Historia, ya que muchas veces se confunde lo que son y estudian los paleontólogos con los arqueólogos y los antropólogos. Además, los habitantes de muchas comunidades conocen la existencia de fósiles en sus tierras y, erróneamente, le piden a investigadores de otras ramas de la ciencia diferentes a la paleontología que los rescaten y estudien.

De toda la paleobiota que ha sido identificada en el Estado de Hidalgo, la megafauna del Pleistoceno es la que tiene mayor importancia para el estudiante de Historia, ya que muchas veces estos fósiles aparecen junto con evidencia de actividad humana muy temprana.

¿Qué es un fósil?

Los fósiles son las evidencias de la vida del pasado que han quedado preservadas en las rocas y que tienen una edad mínima de 10,000 años (Sour-Tovar y

¹ Laboratorio de Paleontología, Área Académica de Biología, UAEH

Rivera-O, 1997). Estas evidencias pueden ser conchas de moluscos, huesos de vertebrados, hojas, troncos, flores, frutos y polen de diversas plantas, excrementos, impresiones de piel, pisadas, entre muchas otras que testifican la existencia de vida en un tiempo diferente al actual. Los fósiles han sido encontrados en todo el mundo en rocas que se formaron hace 1,300 millones de años (m.a.) hasta sedimentos que apenas alcanzan los 10,000 años de antigüedad y con ellos se ha podido reconstruir la biodiversidad que ha existido en nuestro planeta, su evolución y los cambios y reemplazos que han ocurrido al través del tiempo (Sour-Tovar, 1997).

A pesar de que los fósiles los conoce el hombre desde tiempos muy antiguos, no fue sino hasta el siglo XVIII que la Paleontología² inició como ciencia, utilizando métodos de análisis modificados de otras disciplinas como la anatomía, la geología, la botánica y la zoología, entre otras.

Paleontólogos, arqueólogos, antropólogos y bichos afines

Es común que la gente confunda a los paleontólogos con otro tipo de investigadores como los arqueólogos y antropólogos. El paleontólogo es el estudioso de los restos fósiles y se encarga de hacer todas las interpretaciones posibles sobre ellos. Idealmente, el paleontólogo es un biólogo entrenado en el conocimiento de la morfología de algún grupo de organismo en particular (por ejemplo, un paleoictiólogo es un especialista en peces fósiles), así como de las relaciones genealógicas de ese tipo de organismos y en los diferentes tipos de ecosistemas en los que pueden ocurrir. Además, debe contar con amplios conocimientos de geología, sedimentología y estratigrafía, para poder hacer las interpretaciones adecuadas referentes al ambiente y forma en la que se quedaron conservados los fósiles que estudia.

Como se ve, las actividades y campo de acción del paleontólogo son completamente diferentes a las del arqueólogo y el antropólogo, quienes inciden en áreas del conocimiento en las que el centro de interés es el hombre y sus actividades socioculturales, de suyo complejas y que pueden llegar a complementarse con la información generada por el paleontólogo.

En este capítulo se presenta un panorama muy general del acervo paleontológico hidalguense que puede llegar a ser de importancia e interés para el estudiante de la licenciatura en Historia de México. Si bien el Estado de Hidalgo cuenta con un buen número de localidades que contienen fósiles y cuyas edades abarcan desde el Jurásico

2 Se define como el estudio de la vida del pasado.

Inferior (202 m. a.), hasta el Pleistoceno Tardío (10,000 años) (Castillo-Cerón *et. al.*, 1996), son justamente estas últimas las que representan mayor interés para el estudiante de Historia, debido a que se encuentran en horizontes estratigráficos en los que aparecen evidencias de actividad humana temprana.

Por lo anterior, en este capítulo se hará mención exclusivamente de la fauna de vertebrados pleistocénicos que ha sido identificada hasta el momento en el Estado de Hidalgo así como aquellos animales que podrían ser encontrados en un futuro.

El Pleistoceno: Verdades y mentiras de la Edad de Hielo

El lapso de tiempo de la historia del Planeta Tierra que va desde hace 1.9 millones de años hasta hace 10,000 años se conoce como el Pleistoceno (Tabla 1), aunque comúnmente se conoce también como Edad de Hielo, debido a que durante una buena parte de este lapso de tiempo, el Hemisferio Norte se encontraba cubierto por glaciares³.

Esta época del periodo Cuaternario es importante en la historia del continente Americano debido a que durante ese tiempo arribó *Homo sapiens*. Es también importante y despierta curiosidad el Pleistoceno, debido a las grandes bestias que existieron y que técnicamente son conocidas como megafauna⁴: mamutes, mastodontes, perezosos gigantes, armadillos gigantes, felinos dientes de sable, osos gigantes, antílopes, caballos, tapires, entre otros (Tabla 2). La gran mayoría de estos animales desapareció al iniciar el Holoceno hace 10,000 años.

Sin embargo, mucha de la información que comúnmente se encuentra a disposición de cualquier persona no especialista, cuenta con una serie de errores importantes. Si además añadimos que se han generado películas, que si bien su finalidad es entretener al público, exponen una serie de interpretaciones erróneas sobre los organismos que existieron durante la última glaciación, pues mezclan animales de edades y épocas muy diferentes que nunca convivieron ni coexistieron.

3 Un glaciar es un río de hielo. Se forman cuando la nieve que cae durante el invierno no se descongela del todo en el verano, debido a un descenso de la temperatura a nivel global. De esta manera, cada invierno cae más agua congelada de la que se derrite en el verano, ocasionando que se acumule primero en lo alto de las montañas y fluya en forma de río hacia zonas más bajas. Durante el Pleistoceno, la capa de hielo que se forma en el Polo Norte se extendió en América, hasta la mitad de los Estados Unidos y hasta el Norte de Francia en Europa.

4 Se conoce como megafauna a todos aquellos animales que superan los 45 Kg. de peso. Durante la extinción del Pleistoceno, estos fueron los animales más afectados, de los que solo sobrevivieron algunas especies.

Tabla 1. Simplificación de la Escala del Tiempo Geológico en donde se resaltan algunos de los eventos más importantes que se han dado en la historia de la vida de la Tierra.

ERA	Duración en millones de años (m.a.)	PERIODO	ÉPOCA	EVENTOS RELEVANTES
Cenozoico	1.9 – presente	Cuaternario	Holoceno (0.01-presente) Pleistoceno (1.9-0.01) Plioceno (5.3-1.9) Mioceno (23.8-5.3)	Época de las Grandes Glaciaciones del Hemisferio Norte, en donde evolucionaron los mamutes, los mastodontes, los rinocerontes y otros grupos de mamíferos gigantes y de pelaje largo. Aparición de <i>Homo sapiens</i>
	65 – 1.9	Terciario	Oligoceno (33.7-23.8) Eoceno (54.8 – 33.7) Paleoceno (65 – 54.8)	Después de la Gran Extinción, los mamíferos evolucionan rápidamente hasta alcanzar tallas enormes. Evolución y diversificación de las aves. Expansión de las praderas habitadas por mamíferos pasadores y aves depredadoras gigantes. Evolución de los primeros homínidos
Mesozoico	135 - 65	Cretácico		Aparecen las plantas con flores y ocurre la segunda extinción masiva más importante de la historia del planeta, eliminando a los dinosaurios y muchos otros grupos de organismos.
	203 - 135	Jurásico		La tierra es dominada por dinosaurios gigantes mientras que los mamíferos permanecen muy pequeños. Aparecen las primeras aves y los reptiles voladores (Pterosaurios)
	250 - 203	Triásico		Inicia la era de los Dinosaurios. Aparecen los primeros mamíferos
Paleozoico	295 - 250	Pérmico		Ocurre la extinción masiva más severa que haya ocurrido en el planeta, eliminando al 95% de los seres que lo habitaban
	355 - 295	Carbonífero		Abundan los bosques tropicales y surgen los primeros anfibios y los primeros reptiles
	410 - 355	Devónico		Aparecen los primeros árboles y los primeros insectos en la tierra. En los mares abundan los amonites y los peces.
	435 - 410	Silúrico		Aparecen los primeros peces con mandíbulas. Los miriápodos invaden el medio terrestre
	500 - 435	Ordovícico		Las plantas salen del mar e invaden el medio terrestre
Precámbrico	540 - 4,600	Cámbrico		Se le conoce como la 'Explosión de la Vida'; aparecen los primeros animales con esqueleto, entre ellos los trilobites y los primeros peces sin mandíbula
				La vida se origina en los mares primero como organismos unicelulares y posteriormente organizándose como organismos pluricelulares sencillos, como medusas.

Otra idea común es que se piense que el ser humano llegó a América y se dedicó a cazar a estas grandes bestias hasta la extinción⁵. En mucha de esta información se hace hincapié que el causante principal de la desaparición de los mamutes y otros animales fue la voracidad del ser humano, quien arribó a una tierra virgen en donde los animales, al desconocerlo, no le tuvieron miedo y fue fácil para el hombre exterminarlos. Sin embargo, esta noción no es del todo correcta, ya que actualmente se considera que la gran extinción del Pleistoceno/Holoceno pudo haber sido causada por la suma de varios factores, además del hombre, como el cambio climático y enfermedades, entre otros.

Lo cierto es que los primeros hombres en llegar a América si que convivieron con la megafauna. Si bien es posible que estos cazadores-recolectores consumieran algunos individuos de algunas especies de estos animales, es poco probable que los hayan exterminado, debido al gasto energético que representa para el grupo de cazadores el acechar y matar, por ejemplo, a un mamut, animal de 7 a 8 toneladas de peso y de cerca de 4.30 metros de alzada al hombro. Es más factible que, de haber aprovechado un animal de estas características, haya sido un individuo muy viejo, enfermo o moribundo que hubiera sido fácil matar sin poner en riesgo al conjunto de cazadores. Por otro lado, en latitudes como el centro de México, no solo existía la megafauna sino un gran número de animales mas pequeños como conejos, roedores y muchas aves, que pudieron ser aprovechados de manera más económica por el hombre, mediante el uso de trampas.

Por último, la teoría de la sobre cacería de la megafauna en América se puede cuestionar porque se conocen solo algunos sitios en los que se han identificado actividades de matanza por parte del hombre. Resulta obvio pensar que los primeros pobladores del continente aprovecharon a los animales que aquí existían, pero los grupos de humanos nunca llegaron a ser muy numerosos, lo que hace poco probable que fueran un factor importante en la extinción de estos animales.

La megafauna pleistocénica del Estado de Hidalgo

El Estado de Hidalgo, como el resto del país, presenta en su territorio una gran cantidad de localidades fosilíferas, en las que se han identificado muchos tipos de organismos y de muy diversas edades. Sin embargo, la mayoría de estas localidades pertenecen a la última glaciación, por lo que se conocen mejor que otras.

⁵ Esta teoría se conoce como la "Sobre cacería", propuesta por Martin a mediados de la década de los sesentas del siglo pasado. Sin embargo, en la actualidad no goza de gran aceptación, debido a que no se han encontrado evidencias en el registro fósil para apoyarla.

Tabla 2. Listado de las especies de megamamíferos más comunes durante el Pleistoceno de Norteamérica. Los marcados con (+) han sido registrados en el Estado de Hidalgo; los marcados con (*) sobrevivieron a la extinción del Pleistoceno

		Nombre común	Nombre científico
		Oso de cara corta	<i>Arctodus simus</i>
		Felino Dientes de Sable	<i>Smilodon californicus</i>
		León Americano	<i>Panthera atrox</i>
+		Lobo de las praderas	<i>Canis dirus</i>
	*	Jaguar	<i>Panthera onca</i>
+	*	Lince	<i>Lynx sp.</i>
+		Mastodonte americano	<i>Mamut americanum</i>
+		Rincoterio	<i>Rinchotherium tlascale</i>
+		Gonfoterio	<i>Cuvieronius sp.</i>
+		Mamut de Colón	<i>Mammuthus columbi</i>
+		Perezoso de Harlan	<i>Heremotherium harlani</i>
		Perezoso gigante	<i>Nothrotheriops shastense</i>
+		Armadillo gigante o gliptodonte	<i>Glyptotherium floridanum</i>
	*	Tapir	<i>Tapirus sp.</i>
+		Caballo americano	<i>Equus conversidens</i>
+	*	Jabalí	<i>Platygonus sp.</i>
+		Llama	<i>Hemiauchenia macrocephala</i>
+		Llama gigante	<i>Camelops hesternus</i>
+		Berrendo enano	<i>Capromeryx mexicana</i>
+		Berrendo	<i>Stockoceros sp.</i>
		Bisonte de cuernos largos	<i>Bison latifrons</i>
+		Bisonte de las praderas	<i>Bison occidentales</i>
	*	Bisonte americano	<i>Bison bison</i>
+	*	Venado Cola Blanca	<i>Odocoileus virginianus</i>
+	*	Borrego Cimarrón	<i>Ovis canadensis</i>

Las secuencias pleistocénicas se encuentran en el horizonte más superficial de toda la secuencia estratigráfica del territorio hidalguense. Comúnmente las rocas que portan a estos fósiles son arcillas, areniscas y conglomerados mal consolidados, por lo que en ocasiones se encuentran formando paleosuelos.

En el estado, la zona que se ha prospectado con mayor detalle es el centro-sur del territorio, ya que hacia la zona de la huasteca, las exposiciones de rocas son escasas

debido a que se encuentran cubiertas por vegetales. Son más comunes hacia el sur de la Barranca de Metztitlán y fronteras con los estados de México y Querétaro.

Los megamamíferos que han sido recolectados e identificados en el estado, corresponden a una típica paleobiota norteamericana de la última glaciación (Tabla 2 y figuras 1, 2, 3 y 4).

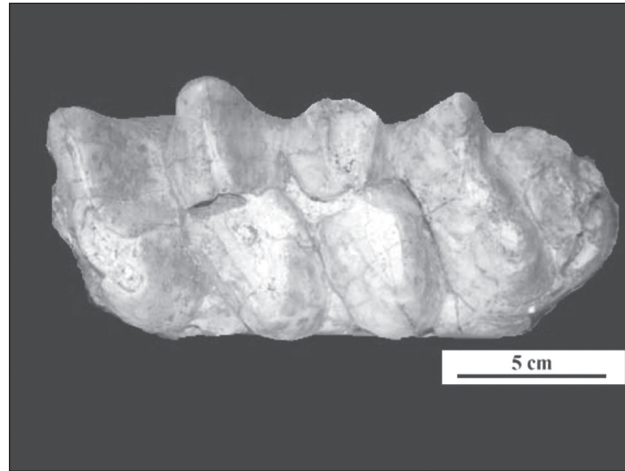


Figura 1. Vista oclusal del tercer molar inferior derecho de *Mamut americanum*, recolectado en las inmediaciones de Santiago Tulantepec, Hidalgo.

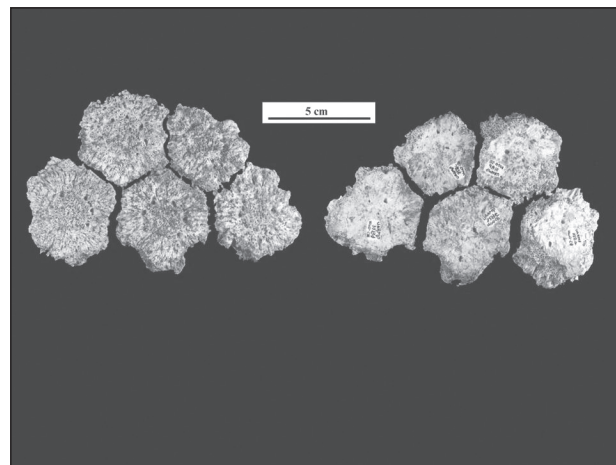


Figura 2. Cinco rosetas que componían parte del carapacho de un armadillo gigante, *Glypotherium floridanum*, recolectado en el área de Epazoyucan, Hidalgo. A la izquierda vista dorsal de las rosetas; a la derecha, vista ventral.



Figura 3. Primera falange del pié de una llama gigante, *Camelops hesternus*, procedente del área de Epazoyucan, Hidalgo.



Figura 4. Mandíbula de *Mammuthus columbi* tal y como se encontraba en el lugar en donde se recolectó. Ejido Matías Rodríguez, Municipio de Singuilucan, Hidalgo,

Los restos de estos organismos no corresponden a esqueletos completos, ya que las condiciones necesarias para que una parte de un organismo se conserve como fósil, son muy particulares y en ocasiones, solo un elemento de todo el esqueleto es el que se preserva en el registro fósil. Es por ello que el paleontólogo debe estar entrenado en el reconocimiento de las diferentes partes del esqueleto del organismo en cuestión para así emitir un juicio adecuado y llevar al cabo la correcta reconstrucción del fenómeno observado.

Conclusión

El acervo paleontológico del estado de Hidalgo está empezando a descubrirse. Aun no se tiene el conocimiento completo sobre todas las áreas que pueden tener rocas fosilíferas ni de los organismos que existieron en el territorio hidalguense al través del tiempo.

Sin embargo, el estudio de los fósiles hidalguenses continúa por varios investigadores de diferentes instituciones del país. Dentro de estas, el papel protagónico de los investigadores del Museo de Paleontología de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo es relevante, ya que son ellos los que están a la vanguardia en la interpretación de muchas de las áreas que afloran en el territorio estatal.

Hasta el momento, se conocen localidades con fósiles del Jurásico, del Cretácico, del Mioceno y del Pleistoceno, y la biodiversidad que se ha identificado en estos sedimentos incluye muchos grupos de plantas, amonites, bivalvos, braquiópodos, peces, anfibios, reptiles y muchos representantes de mamíferos.

La información que se ha generado ha permitido conocer una ventana al pasado geológico de México en general y de Hidalgo en particular, por lo que es muy importante la conservación, preservación, rescate y estudio de todo el material fósil que sea encontrado en el estado.

Bibliografía

- CASTILLO-CERÓN, j. m., M. A. CABRAL-PERDOMO y O. CARRANZA-CASTAÑEDA
1996 *Vertebrados fósiles del Estado de Hidalgo*. Pachuca: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- SOUR-Tovar, F. y S. Rivera O.
1997 *La Paleontología y el estudio de la vida en el pasado*, In: P. García, F. Sour y M. Montellano (Eds.) *Paleontología*, Universidad Nacional Autónoma de México, Fac. de Ciencias, p. 11-27
- 1997 *Registro fósil y evolución*, In: P. García, F. Sour y M. Montellano (Eds.) *Paleontología*, Universidad Nacional Autónoma de México., Fac. de Ciencias, p. 201-228



Estudio del fenotipo craneal aplicado a la resolución de preguntas arqueo-históricas: caso Tula, Hidalgo. Implicaciones en la historia biológica del hombre

Mirsha Quinto-Sánchez¹
Antonio González-Martín²

Introducción

El doctor Juan Comas consideraba que “uno de los temas más apasionantes para la humanidad es el conocimiento de su propia historia biológica, es decir el cómo, dónde, y cuándo se originó, etapas de su proceso evolutivo, heterogeneidad y variabilidad de la población contemporánea, sus causas e implicaciones” (Comas 1967:9). Este enfoque, hasta hace algunos años, solo había estado en el interés de la antropología física. Sin embargo, en la actualidad, el trabajo interdisciplinario ha logrado integrar un nuevo enfoque analítico. La arqueología, ha comprendido que muchos de los procesos de dinámica poblacional, como las migraciones y el mestizaje, pueden ser explicados mediante el análisis de restos óseos y, muy concretamente, mediante el análisis de la forma del cráneo (González-José *et al.* 2006, González-José *et al.* 2003; Martínez-Abadías *et al.* 2006).

1 Escuela Nacional de Antropología e Historia, mahuiztli13@yahoo.com.mx. Agradecimientos: A la Dra. Natalia Moragas por invitarme a participar en este libro, por su insistencia e interés por mi trabajo. A Neus Martínez-Abadías, Rolando González-José, Josefina Bautista por las colecciones que me permitieron utilizar y con las que este trabajo se desarrolla. A Antonio González Martín porque sus consejos, el apoyo y la figura como maestro, permitieron llegara a esta fase de mi carrera.

2 Departamento de Zoología y Antropología Física. Facultad de Biología. Universidad Complutense de Madrid, antonio@bio.ucm.es.

La historia biológica del hombre³ es la razón por la cual la arqueología y antropología física juegan en la interdisciplina. Este artículo trata de explicar un nuevo enfoque retomando la teórica de la genética de poblaciones (Haldane 1924, Wright 1922a, 1922b, Fisher 1931, 1950), los estudios genético-lingüísticos (Enard *et al.* 2002, MacDermot KD *et al.* 2005, Cavalli-Sforza 1997), entre otros. Con el objetivo de trazar un nuevo paradigma dentro de la antropología física: el estudio holístico de la historia biológica del hombre. En otras palabras, estudiamos las poblaciones antiguas desde una perspectiva biológica en todos los sentidos, asumiendo que una población es un sistema abierto y que los resultados pueden interpretarse en el ámbito de la historia antigua y reciente de las poblaciones. En este caso concreto el estudio se centra en la morfología⁴ del cráneo. La forma del cráneo es el resultado de múltiples factores que, utilizando una metodología apropiada, permite inferir en la historia de los grupos humanos.

La antropología física desde un paradigma biológico-cultural

La antropología física es definida como el estudio las interacciones de procesos biológicos y sociales y sus efectos sobre los seres humanos, entendidos éstos no como objetos de naturaleza básicamente biológica, sino como el terreno mismo de la interacción bio-social, lo que implica un conocimiento de los dos ámbitos, pero sin reducirse a ninguno de ellos (INAH 2007).

Históricamente, la antropología física ha tratado de clasificar a los humanos empleando diversas técnicas basadas en el análisis de restos óseos o rasgos somatológicos clásicos (Broca 1837 citado en: Gould 1997). Una consecuencia de esta visión fue la construcción del tipologismo basado en la clasificación de razas humanas, en muchas ocasiones relacionadas y construida de a la superioridad de un grupo humano sobre otro y con la errónea certeza de que en esta visión existía una base genética (Gould 1981; Lewontin *et al.* 1996). Afortunadamente la visión actual es totalmente diferente

3 El concepto de Historia biológica hace referencia a la interacción del hombre con su medio y la sociedad, no de una manera dualista como la expresión “*la biología se detiene en el nacimiento y a partir de entonces la cultura se impone*”, si no como un concepto integrador de la genética, el ambiente y la sociedad. Alejados del determinismo biológico y cultural.

4 No se confunda con un enfoque lamarckista. No estamos diciendo que el ambiente y/o la cultura determinan rasgos morfológicos. La idea es que al entrecruzarse las poblaciones por relaciones políticas, comerciales o incluso la guerra, se generaban intercambios génicos entre las poblaciones interactuantes, por eso podemos rastrear si existen sustituciones poblacionales o el pool génico de determinada población no cambió.

apoyando la existencia de una diversidad biológica intraespecífica importante pero rechazando taxativamente la posibilidad de agruparla en agrupaciones o razas. Esta nueva perspectiva se basa, sobre todo, en la antropología molecular. Los estudios genético-poblacionales han demostrado que la diversidad humana es intrapoblacional y, en muy pequeña proporción, interpoblacional. Es decir, las diferencias que se pueden detectar en nuestra especie se concentran principalmente entre individuos de la misma población y, en menor medida, entre individuos que procedan de distintas poblaciones (Cavalli-Sforza et al. 1996, Cavalli-Sforza 1997, 1999). Además, la incursión de la genética en la antropología ha comenzado a resolver muchas de las incógnitas de las relaciones poblacionales antiguas y algunos otros procesos que desde la arqueología, antropología social o lingüística no se han podido resolver. Por lo tanto, la bioantropología resurge con un nuevo enfoque multidisciplinario que le permite una integración de numerosas ciencias para la resolución de problemas concretos en el estudio, por ejemplo, de colecciones esqueléticas.

¿Cómo una estructura ósea puede responder hipótesis históricas?

La base para responder a la pregunta formulada en este apartado reside en varias vertientes del campo antropofísico. Por ejemplo, la antropología tradicional o clásica, ayudará a resolver problemas como la tipificación del sexo, la edad, estatura y otros caracteres biológicos de mucho interés. En otros enfoques se pueden analizar aspectos paleodemográficos, paleopatológicos y relaciones genético-poblacionales. En este segundo nivel es cuando se da respuesta a la pregunta inicial. Las estructuras óseas pueden responder, con soltura, a algunas preguntas históricas, arqueológicas y etnológicas realizadas en un contexto histórico-biológico. Cabe aclarar que la antropología biológica no se puede separar del marco de las ciencias sociales u otros campos científicos que complementen el análisis.

Muchos de los materiales obtenidos producto de una excavación arqueológica son restos óseos. Éstos han representado tradicionalmente una fuente bastante limitada de información para el arqueólogo, historiador, lingüista y etnólogo. Afortunadamente, y gracias a las nuevas perspectivas antropológicas la información contenida en estos materiales es de vital importancia para entender un yacimiento arqueológico, en concreto y, la historia del hombre, en general.

Dentro de los materiales óseos el cráneo es una de las estructuras que contiene mayor información biológica; es un complejo estructural que resulta de la integración de señales morfogenéticas, respuestas plásticas y fuerzas evolutivas (Lieberman *et al.*

2000) y que anatómicamente muestra una considerable variación geográfica en la forma del esqueleto facial (Strand *et al.* 2002).

Recientemente se han contrastado hipótesis histórico-biológicas mediante el análisis de restos óseos y con la aplicación de la morfometría geométrica⁵. En la actualidad se han realizado estudios encaminados a resolver algunos aspectos de la historia biológica de colecciones mexicanas. Los más destacados se centran en la evaluación de procesos de mestizaje en México durante la conquista (Martínez-Abadías *et al.* 2006), el contraste de hipótesis de migraciones durante el periodo postclásico (González-José *et al.* 2006) y historia biológica de las poblaciones de Teotihuacan (Quinto-Sánchez 2007).

A pesar de que el registro de entierros se puede encontrar sesgado en términos de la teoría general de muestreo, que se clasifica como un muestreo no aleatorio de casos, la utilización de este único material es primordial para analizar fenómenos microevolutivos de poblaciones antiguas. Por lo tanto, desde el enfoque comparativo poblacional, se pueden inferir procesos históricos desde los restos óseos. Basta que el contexto arqueológico esté delimitado temporalmente de forma confiable.

El papel de la arqueología en la resolución de la historia biológica del hombre

La arqueología representa uno de los ejes primordiales del entendimiento de los resultados del análisis bioantropológico. Los datos obtenidos en campo por el arqueólogo representan una referencia contextual de esos restos y de ellos dependerá, en gran medida que los resultados sean fiables y que éstos no presenten sesgos que el bioantropólogo desconoce. Por ejemplo, el caso de la temporalidad es un carácter importantísimo a la hora de reconstruir cualquier proceso hallado en el resto óseo. De ahí que la interpretación arqueológica primaria o contexto arqueológico, sea vital para el análisis de los datos en biología humana. Regularmente nos encontramos con fichas de información vacías o faltas de información que impiden esclarecer la temporalidad de un cráneo, lo que hace que esos individuos no puedan ser utilizados en estudios particulares o que su utilidad este dentro de otras vertientes, pero no la comparativa.

Por lo anterior, la arqueología es la primera disciplina en estrecha relación con la antropología física. En un segundo nivel, se encontraría la antropología social, etnolo-

5 Que es definida por Bookstein (1991) como la unión de la biología y geometría para el estudio de las formas biológicas.

gía y etnografía; después a la lingüística e historia. El orden realmente es relativo, ya que muchas veces el planteamiento de las hipótesis se inician con la lectura de textos históricos. A continuación se presenta un estudio aplicado a una muestra del Epiclásico de Tula, con la que se ha tratado de explicar una hipótesis arqueo-histórica y contestar algunas preguntas de la historia de esta población.

Análisis de la afinidad biológica de 5 cráneos procedentes de Tula Hidalgo: inferencias en la historia biológica de poblaciones mexicanas antiguas

Mediante el análisis de 5 cráneos procedentes de entierros del Epiclásico de Tula (TUL) y de 247 cráneos de 12 diferentes poblaciones antiguas mexicanas (Tabla 1) se analizaron procesos asociados a la dinámica poblacional desde una perspectiva filogenética orientada a la semejanza de fenotipos.

La hipótesis central de este trabajo asume que las poblaciones antiguas no son sistemas cerrados. Así, podemos asegurar que produce cierta cantidad de transferencias de genes entre ellas, lo cual es más probable cuando las poblaciones se hallan estrechamente relacionadas espacial y genéticamente. Entre las poblaciones limítrofes el flujo de genes entre ellas se espera que sea elevado por lo que las poblaciones contiguas poseerán una composición génica más semejante que las que están más alejadas geográficamente. A este principio se le conoce con el nombre de aislamiento por distancia. Por ello, la migración entre grupos geográficamente aislados es un suceso de gran importancia porque los complejos génicos de adaptación se rompen, las frecuencias alélicas se alteran y en general y las diferencias genéticas se reducen (Cavalli-Sforza 1997) incluido el fenotipo.

De esta manera, se esperara que las poblaciones se asocien o disocien del resto de las poblaciones estudiadas, de acuerdo a su historia biológica (filogenia), sabiendo que la eficacia del intercambio de genes depende de la estructura de las poblaciones (emigrante y receptora) y, más específicamente, de la cantidad de migración y de la magnitud de la diferencia en frecuencias génicas entre las dos poblaciones (Cabreró y Camacho 2003). Del supuesto genético poblacional anterior tenemos las siguientes hipótesis particulares: 1) Se esperaría una mayor afinidad biológica con poblaciones cuyas relaciones comerciales, políticas y/o económicas fueron importantes. 2) Que, como lo ha previsto algunas hipótesis arqueológicas, Tula se agrupe fenotípicamente con Teotihuacan o alguna población de la cuenca de México.

Tabla 1. Poblaciones estudiadas. F=Femeninos, M= Masculinos SD= sin deformación PL0=con deformación cultural plano lámbdica leve

No	Población	Clave	Región	Periodo	Cronología	N(F + M)	N(SD+PLO)
1	Candelaria	CAN	Coahuila, NE de México	Moderno	1000-1600 dC	53(26+27)	53(53+0)
2	La Soledad	SOL	Cd. México	Moderno	1550-1600 dC	27(12+15)	27(27+0)
3	Mexicas	TLA	Valle Central de México	Post Clásico Temprano	1200-1521 dC	35(15+20)	35(35+0)
4	Paila	PAI	Coahuila, NE de México	Moderno	1000-1600 dC	22(7+15)	22(22+0)
5	Pericú	BJC	Baja California Sur	Moderno	Siglo XVI	14(7+7)	14(14+0)
6	Sonorenses	SON	Sonora, NE de México	Moderno	?	22(10+12)	22(17+5)
7	Tarahumaras	TAR	Chihuahua, Noroeste de México	Moderno	?	20(9+11)	20(17+3)
8	Teotihuacan	TEO	Valle de Teotihuacan	Clásico	200aC-600 dC	24(11+13)	24(18+6)
9	Templo de Quetzalcóatl	TMP	¿?	Clásico	200aC-600 dC	5 (0+5)	5(5+0)
10	Tepaneca	AZC	Valle de México, Azcapotzalco	Post Clásico Temprano	900-1200 dC	9(5+4)	9(0+9)
11	Tlatilco	TCO	Valle Central de México	Preclásico	1300-100 aC	4(2 + 2)	4(0+4)
12	Tlaxcaltecas	SMT	Texcalac, Tlaxcala	Colonial Temprano	Siglo XVII	11(4+7)	11(11+0)
13	Toltecas	TUL	Tula, Valle de México	Epi Clásico	600-1150 dC	5(1+4)	5(3+2)
						251(109+142)	251(222+29)

Método

En cada cráneo⁶ se digitalizaron 10 puntos craneométricos (*landmarks*) de interés biológico particular, con la ayuda un bazo digitalizador Microscribe GX2 (Immersion 2007) y de acuerdo con los estándares de clásicos de la convención de Mónaco y Ginebra (Comas 1966, Bass 1981).

6 Todos los cráneos fueron adultos y sin deformación cefálica intencional.

Una vez estandarizados y permeados los datos mediante las medidas de tendencia central estadísticas (Sokal y Rohlf 2003) se realizó un análisis de las relaciones poblacionales mediante un programa especializado denominado *TPSrelw*⁷. El cual, mediante una serie de transformaciones espaciales quita los efectos de translación, rotación y escala de la muestra. Luego las configuraciones de *landmarks* son rotadas hasta minimizar las diferencias al cuadrado entre los *landmarks* correspondientes (Rohlf y Slice 1990). De este procedimiento se obtienen una matriz de *partial warps* (*PW*) que son valores con los que cada individuo contribuye a la variación de la forma por lo que permiten el análisis cuantitativo de la forma (Bookstein 1991). Además, definen la posición de cada individuo en el espacio de la forma, representan deformaciones no afines y evidencia de cambio de forma en escalas progresivamente más pequeñas (Martínez-Abadías *et al.* 2005, Bookstein 1991, Rohlf 1998).

Una vez transformados los datos se realizó un análisis estadístico multivariante que utilizó la *weight matrix*⁸ (*WM*) como elemento de análisis. Este estadístico es invariante a los efectos de la escala, para evitar que resulten diferentes valores (Rohlf 1993). Dentro de los programas tenemos al MANOVA, análisis canónico, funciones discriminantes o regresiones múltiples, que no serán afectados (Van Der Molen *et al.* 2004). Luego, la *WM* se sometió a un análisis canónico (*AC*) a partir de funciones discriminantes⁹, utilizando el programa Statistica ver. 6 (StatSoft 2005); para maximizar la separación entre las muestras y explorar las diferencias entre las formas (Martínez-Abadías 2005); y así, examinar las relaciones intra e inter poblaciones mostrando los patrones y grados de variación morfológica de las muestras (Dryden y Mardia 1998).

Además, con el fin de probar estadísticamente el grado de significación con la que una población se diferencia de otra, fueron calculadas las Distancias de Mahalanobis (Mahalanobis 1936). Posteriormente, estas distancias fueron sometidas a un Cluster Analysis (Phylip Ver.3.65 Felsenstein 1989) para reconocer como se agrupan las poblaciones de acuerdo a un árbol filogenético según el algoritmo UPGMA (Unweighted

7 Abreviatura de *Thin Plate Spline Relative Warps* técnica de morfometría geométrica destinada a analizar los cambios en la forma mediante criterios matemáticos especializados. Es un *software* desarrollado por Dennis E. Slice (1998) permite, al ingresar la matriz original de los datos (*landmarks coordinates*), calcular formas consenso, *relative warps* y *partial warps*; es decir es un análisis de componentes principales de la variación en una muestra. De él se obtienen *partial warps scores* que se encuentran dentro de la *Weight Matrix* (*WM*) utilizada para cualquier tratamiento de estadística multivariante. Por medio de este programa los datos son trasladados, escalados y rotados. Se utilizó la versión 11.1 y que esta disponible en: <http://life.bio.sunysb.edu/morph/index.html>

8 Los *PW* están contenidos en la llamada *weight matrix* (Martínez-Abadías 2005). La matriz contiene tantas filas como individuos presenta la muestra y tantas columnas como *partial warps* (*ibidem* 2005).

9 Las funciones discriminantes son ortogonales, así que la contribución a la discriminación entre grupos no se solapa (Manly 1994).

Pair Group Method with Arithmetic Mean) (Sokal y Michener, 1958) y así, observar las relaciones biológicas y/o afinidades entre poblaciones.

Mediante el uso del programa IMP¹⁰ (Sheets 2000) y *Morpheus* (Slice 1994-2000) se compararon por pares las poblaciones empleadas en este estudio para regionalizar y/o sectorizar el cambio morfológico respecto a TUL, al mismo tiempo de que se obtuvo un valor estadístico de significación por medio del *Goodall's F*.

Por último, se aplicó un análisis discriminante clasificatorio para observar como se clasificaba TUL respecto a las poblaciones estudiadas. Esta prueba se realizó mediante el programa XLSTAT (Disponible en: <http://www.xlstat.com>).

Resultados preliminares

Los cinco cráneos estudiados (TUL) mostraron, según el análisis canónico, una clara afinidad hacia poblaciones del centro de México (AZC, TLA, TEO, SOL, TCO). Como se observa en la gráfica de las primeras raíces canónicas (ver figura 1). Por otro lado, las colecciones del norte de México se apartan del complejo centro (PAI, CAN, SON y BJC), excepto TAR que se agrupa dentro de los rangos de variabilidad del complejo centro.

En relación a la población que se encuentra más relacionada con TUL tenemos que, en esta fase del estudio, no se aprecia una diferenciación de éstos cráneos como el caso de los pericues (BJC). Nuestros individuos (TUL) quedan dentro de los polígonos de máxima variabilidad de TEO, TLA, SOL, TCO, SMT, TAR, TMP y AZC.

Una vez observado el comportamiento de las poblaciones del centro de México, se generó, con base en las mismas raíces canónicas, una nueva gráfica para hacer mayor énfasis en Tula (Figura 2). Es decir, se eliminaron las poblaciones del norte para que el espectro de variación de las muestras del centro se definiera mejor. Así, se pudo observar que la población de TUL (Epiclásico) muestra gran afinidad para colecciones como es el caso de TEO (clásico), TLA (Postclásico), TCO (Preclásico), SMT (Colonial temprano), TMP (Clásico).

En adición, el árbol para observar las relaciones fenotípicas (Figura 3), generado a partir de la matriz de distancias de Mahalanobis (Tabla 2), mostró una marcada división entre las poblaciones del norte y centro de México, con la excepción de TAR que muestra afinidad a poblaciones centrales y BJC que se disgrega, tanto del centro y norte. Es decir, se mantiene la misma relación que el análisis canónico había predicho.

10 De las siglas en inglés *Integrated Morphometrics Package*

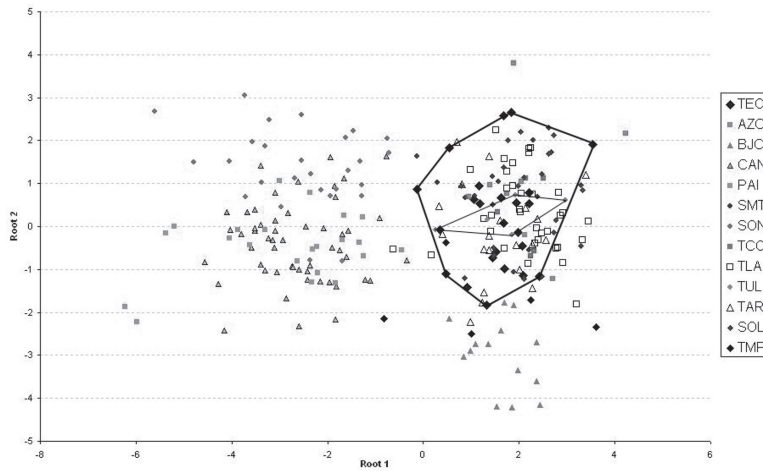


Figura 1. Análisis canónico 80.42% de la varianza (1° y 2° RC). La distribución de las poblaciones denominadas complejo del norte (SON, CAN, PAI) respecto a las poblaciones denominadas complejo centro de México (AZC, TCO, TEO, SMT, TUL, TMP, TAR, TLA, SOL) y asilado, aunque más cercano a la morfología del complejo centro de México los Pericues (BJC). TEO: Teotihuacan, AZC: Azcapotzalco, BJC: Pericúes, CAN: Candelaria, PAI: Paila, SMT: Santa María Texcalac, SON: Sonora, TCO, Tlatilco, TLA: Tlatelolco, TUL: Tula, TAR: Tarahumaras, SOL: Soledad y TMP: Templo de Quetzalcoatl. Los polígonos muestran la aptitud de la varianza de cada población.

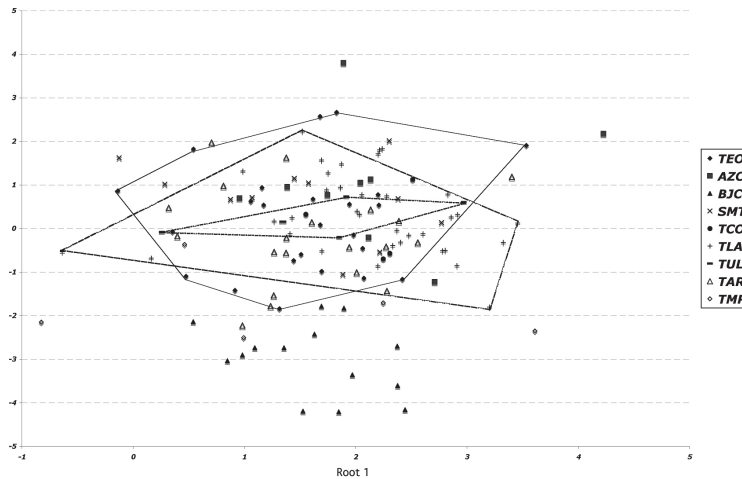


Figura 2. Detalle de análisis canónico 80.42% de la varianza (1° y 2° RC), para poblaciones del complejo centro de México. Se puede evidencia que la relación TUL-TEO-TLA y ninguna otra población se encuentra separada, si no que sus polígonos se traslapan. Línea punteada separada: TLA, línea dura: TEO y línea punteada cerrada: TUL.

Tabla 2. Distancias de Mahalanobis (DM). Valores no significativos (p-valor 0,05) se encuentran señalados en negritas.

	TEO	AZC	BJC	CAN	PAI	SMT	SON	TCO	TLA	TUL	TAR	SOL	TMP
TEO	0.000												
AZC	8.700	0.000											
BJC	15.240	22.611	0.000										
CAN	21.209	31.730	29.923	0.000									
PAI	25.716	38.002	33.050	2.350	0.000								
SMT	2.904	8.691	18.720	23.017	25.840	0.000							
SON	21.501	28.018	39.123	4.799	6.935	21.235	0.000						
TCO	7.465	8.833	19.295	28.574	34.048	8.435	32.294	0.000					
TLA	6.952	8.172	17.330	25.633	28.809	6.979	27.052	6.456	0.000				
TUL	12.935	15.528	24.800	26.599	31.801	14.212	28.867	9.470	6.659	0.000			
TAR	3.800	9.918	13.309	19.757	22.967	5.925	22.679	5.769	1.939	5.427	0.000		
SOL	4.718	11.588	17.564	28.028	31.821	5.335	26.727	9.812	4.242	11.675	4.038	0.000	
TMP	17.948	27.421	25.100	30.233	38.052	21.721	41.619	23.032	21.157	17.946	15.997	25.241	0.000

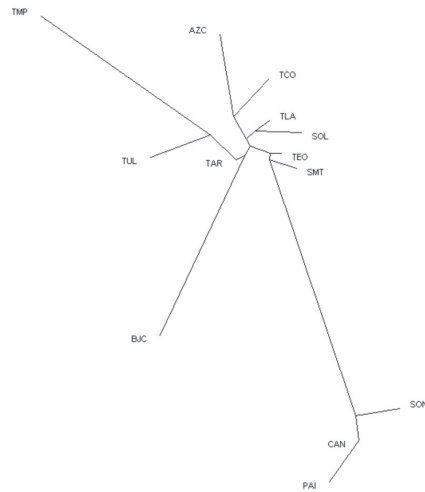


Figura 3. Árbol filogenético resultante de la matriz de distancias de Mahalanobis

Además, podemos decir que TUL presenta su menor distancia hacia TAR y después con TLA y TCO, aunque para este nivel de confianza no son significativa. Los casos siguientes que presentan valores aceptables de significación son TEO y TMP.

Por otro lado, de las comparaciones de la forma por grupo, generadas con el programa IMP, se obtuvieron resultados similares a las distancias de Mahalanobis, TCO y TLA. Con esta herramienta, TUL muestra una diferenciación significativa con CAN (grupo externo), TEO, AZC y TMP (Tabla 3).

Tabla 3. Muestra los resultados de la comparación pareada de TUL respecto a las poblaciones del Centro de México. Se muestra el F-score asociado, el nivel de significación p ($p > 0.05$), la distancia entre medias y el número de imagen de la parrilla de deformación que vectoriza el cambio en la forma.

TUL vs	F-score	Nivel de significación p	Distancia entre medias
AZC	1.78	0.03595	0.0398
CAN	6.35	1.259×10^{-13}	0.0527
TCO	1.61	0.077736	0.1889
TEO	1.94	0.015665	0.0380
TLA	1.01	0.44486	0.0413
TMP	2.59	0.0016493	0.0594

Del programa *Morpheus*, es decir mediante el contraste forma y forma (*shape and shape*), de los valores medio poblacionales, se regionalizó el cambio en la forma, los gráficos indican (Figura 4), respecto a TUL, que:

TUL vs TEO: La mayor variación en la forma del cráneo se manifiesta en el esplanocráneo (cara). Por otro lado se presenta un claro prognatismo (TUL>TEO), como lo atestigua la parrilla. Los cráneos de TUL son un poco más altos y largos que TEO.

TUL vs AZC: El cambio más evidente también se ubica en la del esplanocráneo. TUL tiende a un ángulo cercano a los 90° (figura); mientras que en AZC el prognatismo es mayor y los puntos nasion y glabella (frente) se presentan hacia la parte posterior. A nivel de la base y neurocráneo (bóveda craneal) existen también diferencias aunque mínimas.

TUL vs TLA: Las diferencias entre estas medias poblacionales nos indican que existen similitudes entre éstas. Puede observarse que la región del occipital (nuca) tiene un desplazamiento mas bajo en TLA. Sin embargo, los vectores que regionalizan el cambio en la forma son muy estables indicándonos una buena afinidad poblacional.

TUL vs TCO: Como se puede apreciar en la imagen, TCO presenta un esplanocráneo más alto que TUL. La media de TCO muestra un prognatismo importante respecto a TUL. Asimismo, existe variación en todos los puntos del neurocráneo.

TUL vs SOL: Se repite en caso anterior, prognatismo (aunque no tan pronunciado) y una clara variación, no acentuada, en el neurocráneo. Además, en la base del cráneo de la media de SOL hay una compresión que se evidencia por la deformación de la parrilla.

TUL vs TAR: Esta comparación resulta interesante ya que los resultados sitúan a TAR como una población no significativa, y como se observa en la parrilla, pareciera que fueran la misma población. Es decir, fenotípicamente, TAR y TUL son parecidos. Tan solo existe un alargamiento de TAR en la parte posterior del neurocráneo.

Entorno a un grupo externo¹¹, tenemos que:

TUL vs CAN: A pesar de que el esplanocráneo es conservador, la base del cráneo y neurocráneo tiene una variabilidad enorme. Los individuos del norte tienden a ser dolicocefalos (cráneos largos y bajos) y en el centro braquicraneos (altos y cortos). En el caso del paladar, la población del norte lo tienen más corto respecto a la población de TUL.

11 Grupo externo es un método empleado en filogenia para enraizar un árbol filogenético y es se le considera como el grupo hermano, es decir el que esta estrechamente relacionado con los grupos internos (Maddison *et al.* 1984).

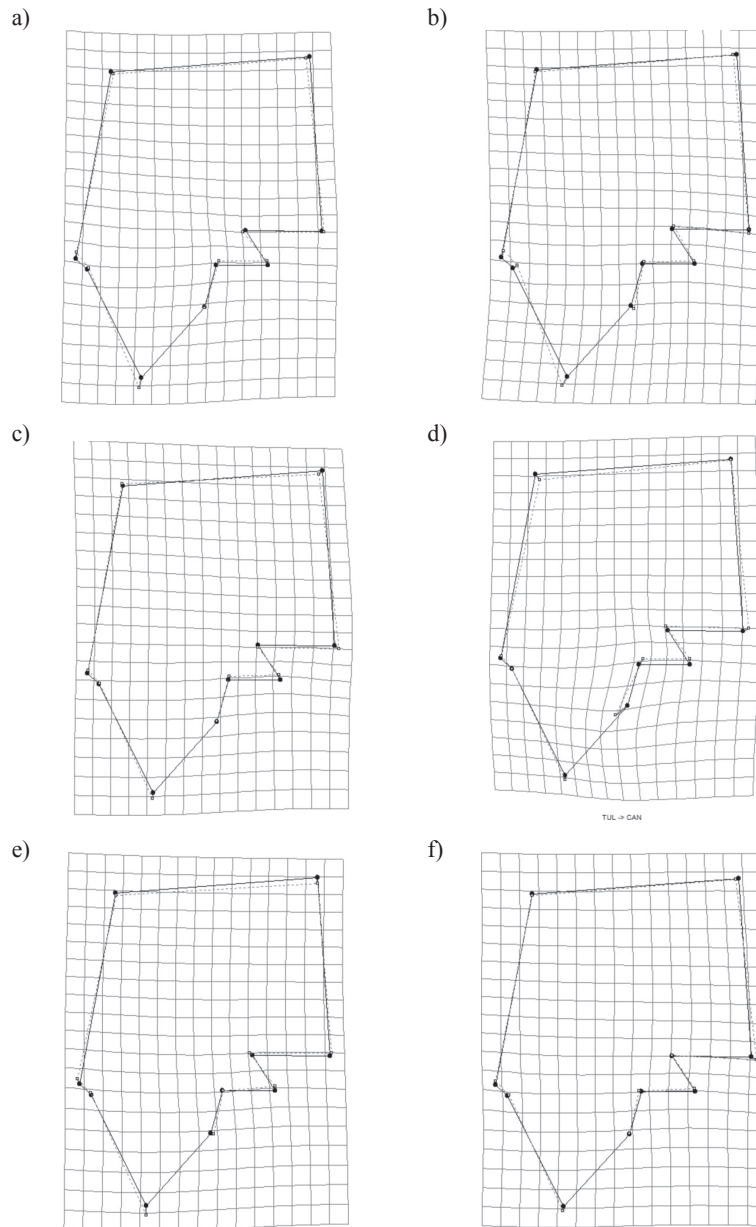


Figura 4. Comparación de las medias poblacionales de TUL respecto al centro de México. Mediante la utilización de programa *morpheus* vs AZC. La línea sólida: TUL y línea punteada: población comparada.

En gris se marcan los vectores que indican la dirección y magnitud de la variación de la forma.

Comparación entre TUL y a) TEO, b) AZC, c) SOL, d) CAN, e) TCO y f) TLA

Por último, al aplicar el análisis discriminante clasificatorio se obtuvo que TUL *a priori* se clasificó dentro de su misma población (100%), y *a posteriori* como TLA aunque con valores de significación bajos (Tablas 4 y 5) y como ya se ha venido manifestando empleando otras técnicas.

Tabla 4. Porcentajes de clasificación o asignación de población según el análisis discriminante

Población	Porcentaje de clasificación correcto
AZC	77,78%
BJC	92,86%
CAN	84,91%
PAI	54,55%
SMT	54,55%
SOL	70,37%
SON	61,90%
TAR	35,00%
TCO	50,00%
TEO	60,00%
TLA	71,43%
TMP	80,00%
TUL	100,00%

Tabla 5. Valores de significación asociados a las clasificaciones según el análisis discriminante.

Pr(TLA) expresa la probabilidad de que un individuo pertenezca a la población de TLA.

Observación	A priori	A posteriori	Pr (TLA)	Pr (TUL)
SOL	SOL	TUL	0,100	0,354
TLA	TLA	TUL	0,098	0,877
TUL	TUL	TUL	0,330	0,376
TUL	TUL	TUL	0,204	0,601
TUL	TUL	TUL	0,202	0,734
TUL	TUL	TUL	0,315	0,377
TUL	TUL	TUL	0,005	0,985
TAR	TAR	TUL	0,180	0,470

Discusión

El primer punto a discusión es la relación entre fenotipo¹², genotipo¹³ y ambiente como lo usamos para inferir procesos microevolutivos. El acercamiento a la historia biológica la hacemos desde el resultado final, integral y dialéctica de las componentes: el fenotipo. Además, asumimos la hipótesis del modelo infinitesimal de Fisher sobre la selección natural que desarrolla:

$$\sigma_p = \sigma_e + \sigma_g$$

Donde, σ_p es la varianza total fenotípica, σ_e la varianza generada por el ambiente y σ_g la varianza provocada por factores genéticos (González-José 2004, 2006). Este fundamento permite estudiar las colecciones mediante modelos de genética de poblaciones para el análisis de sus rasgos cualitativos (Konigsberg 2000, Relethford y Lees 1982, Relethford y Blangero 1990, Relenthford 2002, Spaks y Jantz 2002, González-José *et al.* 2004, González-José *et al.* 2007, Martínez-Abadías *et al.* 2006).

Entonces, situados en los ejes teóricos de la genética de poblaciones, sabemos que las migraciones o flujo génico ejercen los mismos efectos en los rasgos cuantitativos que en los caracteres de la herencia sencilla; y reduce las diferencias entre grupos pero incrementa la varianza dentro de éstos (Konigsberg 2000). Por lo que podemos inferir las relaciones filogenéticas entre grupos humanos, desde una manera, por así decirlo, indirecta.

Cabe señalar que el ambiente tiene un papel determinante e integrador, porque la selección favorece rasgos funcionales asociados, los que evolucionarán como una unidad coordinada (Cheverud 1995). Si embargo, como propone Martínez-Abadías (2005), la aplicación de técnicas morfo-geométricas y estadística multivariante basadas en rasgos craneofaciales permite la reconstrucción de los patrones microevolutivos y genéticos de poblaciones humanas, aun cuando éstos puedan estar ensombrecidos por la naturaleza fenotípica de los rasgos craneofaciales. En otras palabras, los rasgos morfológicos pueden ser utilizados para la reconstrucción de historias biológicas o relaciones filogenéticas. Asimismo, aclaramos que los fenogramas o árboles que obtenemos no son necesariamente genéticos sin embargo, como lo evidencian los resultados, existe una separación importante entre poblaciones aisladas geográficamente y que, sin duda alguna, deberá implicar diferencias genéticas, según los supuestos de la teoría genético-pobla-

12 Se define como las manifestaciones finales o visibles de la expresión genotípica y de un determinado ambiente. Los rasgos fenotípicos incluyen rasgos tanto físicos como conductuales.

13 Se define como el contenido genético (o genoma) de un individuo, en forma de ADN (o cromosomas), que mediante la unión con la variación ambiental influye sobre el individuo que codifica el fenotipo del individuo.

cional. Por eso, se asume que medir el cráneos, aunque este afectado por el ambiente, directa o indirectamente, es una buena estrategia para conocer como se comportan las poblaciones antiguas y/o modernas.

Así, nuestros resultados hablan de que el espectro de variabilidad de las poblaciones del centro de México es muy grande como la arqueología, antropología social e historia lo han precisado, sobretudo para el altiplano mexicano como actor de poderío económico. Por ejemplo, en el caso de Tula, su variabilidad es muy conservadora a pesar de ser tan pocos cráneos y quedan situados hacia la región central de toda la nube de individuos (Figura 1 y 2). En el caso de TEO, que muestra una gran diversidad fenotípica, no podemos asegurar que éstas diferencias sean genéticas. Sin embargo, dado las grandes relaciones económicas de esta urbe (Rattray 2001, McClung 1987, Manzanilla 1994 y 1997), tenemos que asegurar que la idea de Multiculturalidad puede ser plausible, aunque el estudio holístico y la ampliación de la muestra resultan primordiales para llegar a una conclusión mas veraz.

Por otro lado se espera que las distancias genéticas se correlacionen con las distancias geográficas, siendo el flujo génico el principal actor genético operante (Cavalli-Sforza 1997, Freeman y Herron 2001). Luego entonces, la probabilidad de que las diferencias entre centro y norte de México sean genéticas es altamente viable. Además, debido a la movilidad y relaciones poblacionales económicas o comerciales entre los grupos del centro, resulta más viable pensar en que aparezca como una maraña de puntos como aparece en nuestro análisis canónico (figura 1). Y como desde la arqueología se ha inferido, al interpretar los cambios en la cerámica o arquitectura, por ejemplo, como una sustitución poblacional o cambio de sistema económico-político.

Para poder hablar de un árbol filogenético se asume las deficiencias propias del sesgo muestral y de la relación genoma-fenotipo. Sin embargo, tratamos de forzar la estadística para verter una inferencia de los procesos de relaciones económicas del centro de México. Entonces, mediante el análisis del árbol podemos ver que las poblaciones más dispersas (PAI, CAN, SON, TMP, BJC) seguramente están claramente diferenciadas. Para las poblaciones del centro de México TUL se asocia a TAR (no significativa), BJC y TMP, aunque esta última más distante. Desgraciadamente, solo son 5 cráneos y este trabajo es meramente un acercamiento para que estudios posteriores aumenten la muestra y tener mejores resultados estadísticos.

En adicción, TUL presentó, al pasar por un análisis discriminante clasificatorio, ser la única población que se clasifica 100% como grupo. En una segunda fase, el estudio reclasifica y éste quedo como TLA. Este dato puede ser engañoso y debe interpretarse con cautela. Los datos obtenidos de las comparaciones poblacionales mediante el programa IMP nos dicen que TLA presenta la menor diferencia respecto a TUL, sin embargo no es significativa. Ello representa dos vertientes interpretativas, la primera es que

en realidad este resultado este influido directamente por el número muestral, lo que es plausible y, la segunda, que el análisis corta al 95% de significación y los datos pudieran tener una significación un poco más amplia. Por lo tanto, debido a que esta fase del análisis es inicial, se debe hacer un protocolo donde se considere ensayos para conocer la fluctuación de éste fenómeno, para así discernir los niveles de significación correctos, debido a que en antropología física los números muestrales son bajos.

La escena social del Epiclásico y las inferencias de nuestro estudio

Entre los años 650 y 750 dC se inicia una de las transformaciones más significativas de la historia mesoamericana, Teotihuacan pierde la primacía política y económica que había mantenido durante cinco largos siglos. El Epiclásico se delimita entre 650/800 y 900/1000 dC y se caracterizó por la movilidad social, reorganización de los asentamientos, el cambio de esferas de interacción cultural, la inestabilidad política y la revisión de doctrinas religiosas; es decir, mesoamérica se convierte en un punto de contacto donde se fusionan pueblos étnica y culturalmente distintos (Lopez-Austin y López-Lujan 1996). De manera general se dice que el Epiclásico dio el paso a asentamientos pluriétnicos y de diversificación extrema por matrimonio (ibidem 1996). Entonces, ¿pueden los datos aquí expuestos explicar o validar alguno de los procesos anteriormente descritos?

Bien, en la actualidad, no se puede dar una conclusión reduccionista desde una sola área de estudio, las respuestas se hallan en el conjunto de inferencias que cada ciencia en particular vierte a la resolución de una hipótesis generalizada. Los análisis estadísticos que se aplicaron a las poblaciones muestran que el centro de México fue una zona de gran movilidad, que el flujo génico operante era tal que la hipótesis de la continuidad biológica desde el Preclásico resulta amigable. Podría criticarse el que a partir de tan pequeñas muestras, como el caso de TCO o el mismo TUL, se esté reconstruyendo la historia biológica de poblaciones pretéritas mexicanas. Sin embargo, la lectura de dicha idea, debe comenzar desde una premisa importante. Se esta proponiendo una inferencia, es decir, lo que se pretende es aportar una herramienta más al análisis sistematizado de las poblaciones antiguas. Entonces, como se aclaró en el método se conoce el sesgo muestral, de hecho, la antropología física presenta ese problema desde el inicio de su historia. Incluso, siendo extremistas, la propia historia evolutiva del hombre está descrita a partir de pocos individuos, pero ello no hace menor el trabajo paleoantropológico, por el contrario, resulta sustancialmente importante. La ciencia surge de la reestructuración de paradigmas científicos, revoluciones (Kunh 1962) que pueden durar 10 años, un siglo o meses, siendo un proceso de naturaleza dialéctica.

Por lo anterior, se puede afirmar que este trabajo es un primer acercamiento a la historia biológica de TUL bajo la perspectiva del estudio del cráneo, el prisma de la genética de poblaciones y los procesos microevolutivos. Por ello, resulta importante aclarar que este ensayo representa el inicio de una serie de estudios sobre estos procesos, que, hoy por hoy, tienen una limitación muestral.

De todas formas se pueden realizar algunas afirmaciones con apoyo biológico y matemático, entre las que destaca que las poblaciones del centro se comportaban como sistemas abiertos debidos, principalmente, a las relaciones económicas operantes. Otro estudio realizado a TEO muestra que las relaciones más importantes son las de corte económico, como SMT y TEO (Quinto-Sánchez 2007).

Otra hipótesis que se puede defender, es que el flujo génico operante del Clásico, Epiclásico, Posclásico es profundo. Igualmente, las poblaciones del centro de México, aunque presentan alta movilidad dentro de sus propias tierras (altiplanicie) presentan un aislamiento, evidente con poblaciones del norte. Lo anterior, aunque resulta casi obvio, por la discutida distancia geográfica, demuestra a la vez la relación casi inmediata entre distancia genética y geográfica. Un punto interesante sería poder estudiar las colecciones mayas para poder analizar como se comportan estas poblaciones respecto al centro de México.

Por último, es necesario destacar que este estudio es la base para construir nuevos enfoques. Las poblaciones del centro de México son enigmáticas debido a su propia cultura y la morfometría geométrica aplicada a estudios fenotípico del cráneo es una herramienta que ayudará a perfilar nuevos enfoques paradigmáticos dentro de la antropología física.

Bibliografía

- BASS, W.M
1981 *Human Osteology: A Laboratory and Field Manual of the Human Skeleton*. Miss. Archaeol. Soc., Columbia, Missouri.
- BOOKSTEIN, FL
1991 *Morphometric Tools for Landmark Data*. Cambridge University Press, Cambridge.
- BROCA P
1873 "Sur la mensuration de la capacité du crâne". *Memorie Société Anthropologie* 2ª. Serie vol 1 92 pp.
- CABRERO J y CAMACHO MJP
2003 "Fundamentos de genética de poblaciones". Capítulo 6. en: Manuel Soler (ed.). *Evolución. La base de la Biología*. Proyecto Sur de Ediciones S. L. España. 83-126 pp.
- CAVALLI-SFORZA L.
1997 *Genes, pueblos y lenguas*. Barcelona, Crítica.

- 1999 *¿Quiénes somos? Historia de la diversidad humana*. Barcelona, Crítica.
- CAVALLI-SFORZA L y BODMER WF
1981 *Genética de las poblaciones humanas*. Ediciones Omega S.A., Barcelona, España. 942pp
- CAVALLI-SFORZA L, MENOZZI P y PIAZZA A.
1996 *The History and Geography of Human Genes*. Princeton, Princeton University Press.
- CHEVERUD JM
1995 "Morphological integration in the saddle-black tamarin (*Saguinus fuscicollis*) cranium". *Am Nat* 145:63-89
- COMAS, J.
1966 *Manual de Antropología Física*. Universidad Autónoma de México, México.
1967 *Unidad y variedad de la especie humana*. Mexico DF. Universidad Nacional Autónoma de México. 145 pp.
- ENARD W, PRZEWORSKI M, FISHER SE, LAI CS, WIEBE V, KITANO T, MONACO AP, PAABO S.
2002 "Molecular evolution of FOXP2, a gene involved in speech and language". *Nature*. 22 869-72
- FELSENSTEIN J
1989 "PHYLIP. Phylogeny Inference Package" (Version 3.2). *Cladistics*. 5:164-166. Disponible en: <http://evolution.genetics.washington.edu/phylip.html>
- FISHER RA.
1931 "The Genetical Theory of Natural Selection". *Journal of the Royal Statistical Society*, Vol. 94, No. 1, pp. 98-100
1950 "The Theory of Inbreeding". *Journal of the Royal Statistical Society*. Series A (General), Vol. 113, No. 2, pp. 249-250
- FREEMAN S y HERRON JC.
2002 *Análisis evolutivo*. Prentice-Hall
- GONZÁLEZ-José R
2004 *El poblamiento de la Patagonia*. Tesis Doctoral. UB. Barcelona España.
2006 "Aproximación a la historia y la estructura de las poblaciones a partir de la variabilidad en la morfología del cráneo" en González-Martín A. (ed). *Historia biológica del Hombre en América*. Área académica de Historia y Antropología Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. 199 pp.
- GONZÁLEZ-José R, GONZÁLEZ-Martín, A, Hernández, M, PUCCIARELLI HM, Sardi M, ROSALES A, VAN DER MOLEN S
2003 "Cranio-metric evidence for Palaeoamerican survival in Baja California". *Nature* 425, 62-65.
- GONZÁLEZ-José R, MARTÍNEZ-ABADÍAS N, GONZÁLEZ-MARTÍN A, BAUTISTA J, VALDEZ J, QUINTO M, HERNÁNDEZ M.
2006 "Detection of a population replacement at the Classic-Postclassic transition in Mexico". *Proc Biol Sci*. Mar 7;274(1610):681-8.
- GONZÁLEZ-José R, VAN DER MOLEN S, GONZÁLEZ-PÉREZ E, HERNÁNDEZ M
2004 "Patterns of phenotypic covariation and correlation in modern humans as viewed from morphological integration". *Am J Phys Anthropol* 55:247-259
- GOULD SJ.
1981 *La falsa medida del hombre*. Crítica. Barcelona
- HALDANE JBS.
1924 *A mathematical theory of natural and artificial selection*. Cambridge Philosophical Society: 23 pp 19-41.

- INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA
2007 <http://www.cnca.gob.mx/cnca/inah/investi/artfis.html>
- INMERSIÓN
2007 <http://www.immersion.com/digitizer/support/>
- KONIGSBERG LW
2000 "Quantitative variation and genetics". En: Stinson S, Bogin B, Huss-Ashmore R, O'Rourke D (eds). *Human Biology: an evolutionary and biocultural perspective*. New York: Wiley-Liss. Pag. 135-162
- KUHN TS
1962 *La estructura de las revoluciones científicas*. Breviarios Fondo de Cultura Económica. 319 pp
- LEWONTIN RC, ROSE S, KAMIN LJ.
1996 *No está en los genes. Crítica del racismo biológico*. Grijalbo-Mondadori. Barcelona
- LIEBERMAN DE, ROSS DR Y RAVOSA M
2000 "The primate cranial base: ontogeny, function and integration". *Yrbk Phys Anthropol* 43:117-169.
- McCLUNG T., E
1987. "Patrones de subsistencia urbana en Teotihuacan". En: McClung de Tapia E y Rattray ECh (eds) . - *Teotihuacan. Nuevos Datos, nuevas síntesis, nuevos problemas: 57-74*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- MACDERMOT KD, BONORA E, SYKES N, COUPE AM, LAI CS, VERNES SC, VARGHA-KHADEM F, MCKENZIE F, SMITH RL, MONACO AP, FISHER SE.
2005 "Identification of FOXP2 truncation as a novel cause of developmental speech and language deficits". *Am J Hum Genet.* 76(6):1074-80
- MADDISON, P, M. DONAGHUE & D. MADDISON.
1984 "Outgroup analysis and parsimony". *Syst. Zool.* 33: 83-103.
- MAHALANOBIS P. C
1936 "On the generalized distance in statistics". *Proc Natl Acad Sci India* 2: 49-55
- MANTLY BFJ
1994 *Multivariate Statistical Methods*. London: Chapman and Hall
- MANZANILLA L
1994 "La zona del Altiplano Central en el Clásico". *Historia Antigua de México*. Porrúa Ed. Vol. 1 159-173. México Instituto Nacional de Antropología e Historia.
1996 "Corporate groups and domestic activities at Teotihuacan". *Latin American Antiquity*. Vol 7. Num. 3:245-266.
- MARTÍNEZ-ABADÍAS N, GONZÁLEZ-JOSÉ R Y HERNÁNDEZ M
2005 *Evaluación del Mestizaje en Ciudad de México: Morfometría Geométrica Craneofacial*. Biología de Poblaciones Humanas: Diversidad, tiempo y espacio. Barcelona Esp. Universidad de Barcelona.
- MARTINEZ-ABADIAS N, GONZÁLEZ-JOSÉ R, GONZÁLEZ-MARTIN A, VAN DER MOLEN S, TALAVEIRA A, HERNANDEZ P y HERNANDEZ M.
2006 "Phenotypic evolution of human craniofacial morphology after admixture: a geometric morphometrics approach". *Am J Phys Anthropol.* 129(3):387-98.
- QUINTO-SÁNCHEZ M.
2007 *Morfometría Geométrica Craneofacial: inferencias en la historia biológica de los pobladores de Teotihuacan*. Tesis de licenciatura Biología Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

- RATTRAY CE
2001 *Teotihuacan: cerámica, cronología y tendencias culturales*. Serie Arqueológica de México. Instituto Nacional de Antropología e Historia -University of Pittsburg. México-EEUU.
- RELETFORD JH Y BLANGERO J
1990 Detection of differential gene flow from patterns of quantitative variation. *Hum. Biol.* 62:5-25.
- RELETFORD JH Y LEES FC
1982 "The use of quantitative traits in the study of human population structure" en *Yearb. Phys. Anthropol.* 25:113-132.
- ROHLF FJ
1993 "Relative warp analysis and an example application to mosquito wings" en: Marcus LF, Bello E, García-Valdecasas A (eds.) *Contribution to Morphometrics*. Madrid: CSIC 131-159.
- 1998 "On applications of geometric morphometrics to studies of ontogeny and phylogeny" *Syst Biol.* 47:147-158
- ROHLF FJ Y SLICE DE.
1990 "Extensions of Procrustes method for the optimal superimposition of landmarks". *Systematic Zoology* 39, 40-59.
- SHEETS D.
2000 *Integrated Morphometrics Package*. Disponible en: <http://www3.canisius.edu/~sheets/morphsoft.html>. Revisión: 01/05/07.
- SLICE DE
1998 *Morpheus et al.: software for morphometric research*. Revision 01-30-98. Department of Ecology and Evolution, State University of New York, Stony Brook, New York.
- SOKAL R Y MICHENER CD.
1958 *A statistical method for evaluating systematic relationships*. Univ. Kansas Sci. Bull. 38: 14
- SOKAL R Y ROHLF F.
2003 *Introducción a la bioestadística*. Serie de biología fundamental. Ed. Reverté S. A. 363
- STATSOFT
2005 *Statistica*. Version 6. StatSoft, Inc., EEUU.
- STRAND VU, O'HIGGINS Y STRINGER
2002 "A geometric morphometric study of regional differences in the ontogeny of the modern human facial skeleton". *J. Anat.* 201; 211-229
- VAN DER MOLEN S, MARTÍNEZ-ABADÍAS N Y GONZÁLEZ-José R.
2004 *Manual Curso de Morfometría Geométrica*. Inédito. 30 pp
- WRIGHT S.
1922 a "The effects of inbreeding and crossbreeding on guinea pigs. I. Decline in vigor. II. Differentiation among inbred families" en *U.S. Dep. Agric. Bull.* 1090.
- WRIGHT S.
1922 b "The effects of inbreeding and crossbreeding on guinea pigs. 111. Crosses between highly inbred families" en *U.S. Dep. Agric. Bull.* 1121.



Estado del arte en las manifestaciones rupestres del Valle del Mezquital

Aline Lara Galicia¹

El Valle del Mezquital se encuentra situado en el límite noroeste del estado de Hidalgo, junto a la frontera con Querétaro. Es un área que estuvo poblada por grupos nómadas y seminómadas, otomíes *hñahñu*, los llamados grupos “chichimecas” y nahuas que mantuvieron una íntima relación con los grupos mexicas durante el Posclásico hasta la época colonial. Los grupos *hñahñu* permanecieron hasta la actualidad junto con todas sus creencias.

El Valle del Mezquital ha sido un territorio importante y de linde pues debido a su aspecto topográfico, estuvo interconectando no sólo con las zonas del norte y occidente sino también con toda la cuenca de México. La zona se caracteriza geológicamente por la presencia de rocas volcánicas básicas, como las andesitas y los basaltos, originadas desde el Oligoceno hasta el Pleistoceno. La estructura geomorfológica presente es grandes planicies y mesetas distribuidas a lo largo de esta región con una gran cantidad de barrancas que se originaron después de la erupción del “Cerro Hualtepec o Coatepec”. Su vegetación es matorral crasicaule, aunque se encuentra mezclada con especies de tipo xerófilo (González, 1968).

¹ Estudiante del Doctorado en Arqueología. Escuela Nacional de Antropología e Historia // Universidad de la Sorbona, Paris IV.

Hasta la fecha se puede considerar que es una de las zonas con una diversidad enorme en el aspecto arqueológico y a pesar de su designación de zona “difícil” de trabajar existe toda la investigación realizados desde los años ochentas por López y Fournier (1988, 1989) López (1990, 1991, 1992, 1993, 1994, 1995, 1996, 1997, 1998) y de los estudios más recientes como los de Lorenzo (1992, 1994), Ochatoma (1994), Illera (1994) Cedeño (1997) y Villanova (2001).

Se ha localizado una gran riqueza arqueológica: campamentos cazadores- recolectores, zonas de cultivo y habitacional; sitios ceremoniales y en mayor cantidad, espacios arquitectónicos coloniales y las manifestaciones gráfico rupestres. De acuerdo a las épocas que propone Duverger (2001) lo rupestre se desarrollo en la época 4, desarrollo de la fundación de Tula y el surgimiento de lo Coyotlatelco.

Estas grafías han representado las expresiones más excepcionales de los grupos que habitaron el lugar, ya que en ellas se puede visualizar, según las fuentes del siglo XVI, una parte de la ideología de los *hñahñu*. Formas humanas, animales, plantas y patrones geométricos, son sólo algunos de los testimonios que se plasmaron en la roca de abrigos y perfiles que se ubican en las barrancas alrededor del cerro Hualtepec, lugar que se considera como sagrado en los *hñahñu*-nahuas. Se concentran en los municipios de Huichapan, Alfajayucan, Tecozautla, Cardonal, Chapantongo e Ixmiquilpan aunque también se han localizado de forma dispersa, en todo el estado de Hidalgo. Sin embargo, y de acuerdo a la investigación del espacio sagrado del Valle del Mezquital² estas representaciones se concentran alrededor de los cerros sagrados, que a su vez conforman su representación de la llamada “Tierra de Dioses”.

Nuevos enfoques se han desarrollado para obtener un grado más avanzado de interpretación de las manifestaciones rupestres: la aplicación de la arqueoastronomía, la semiótica, análisis químicos, estudios antropológicos, entre otras, que pueden formular respuestas a las preguntas formuladas, y que en conjunto, conforman el problema de conocimiento. Los trabajos que se han realizado en las manifestaciones rupestres del Valle del Mezquital, Hidalgo, han sido parte de un desarrollo metodológico e interpretativo de acuerdo a los objetivos de cada proyecto, pero han coincidido en el registro mediante dibujos- escala, descripciones y clasificaciones de acuerdo a su forma e interpretaciones semióticas o etnohistóricas (Lorenzo, 1992, 1994, Ochatoma, 1994, Illera, 1994).

Desde 1988, Fernando López con el proyecto “Valle del Mezquital” registró el mayor número de lugares arqueológicos conocidos hasta ahora. Con esta investiga-

2 Proyecto integrado por Proyecto Valle del Mezquital, dirigido por Dr. Fernando López Aguilar; Escuela de Estudios Superiores de Ciencias Sociales, París IV, Francia A cargo del Dr. Christian Duverger, y el Proyecto de Manifestaciones Rupestres del Valle del Mezquital, para disertación de Doctorado ENAH- Universidad de la Sorbona, IV, por Mtra. Aline Lara.

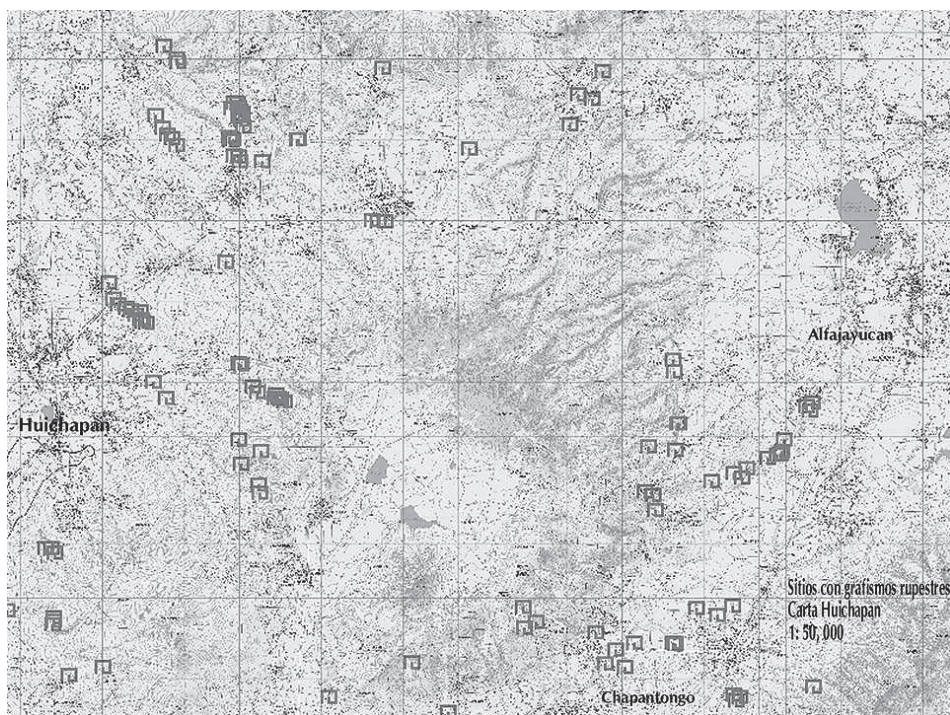


Figura 1. Ubicación de los lugares con manifestaciones rupestres

ción, hasta el año 2002, todas las investigaciones de las manifestaciones rupestres, han tomado como base todos los informes de campo del proyecto para sus propias investigaciones. Cada año sirvió para enriquecer no sólo el acervo cultural de los espacios rupestres, sino también para mostrar las diversas interpretaciones que se pueden dar en un solo lugar por distintas personas o diferentes metodologías y teorías. Abarcó todo el Valle el Mezquital, incluyendo los límites con el estado de Querétaro, además de una asociación con lugares arquitectónicos, petrograbados, campamentos cazadores recolectores y sitios de la Colonia. La categorización fue variando, aunque en general se continuó con una línea de acuerdo a las clasificaciones que se establecen en cédulas del Instituto Nacional de Antropología e Historia: Antropomorfos, zoomorfos, geométricos, flora y fauna.

Posteriormente Carmen Lorenzo en 1989, como parte de la catalogación de patrimonio cultural del Estado de Hidalgo, registró alrededor de sesenta sitios, de los cuales treinta pertenecen al Valle del Mezquital. Lorenzo, integra dentro de su clasificación los periodos de la Conquista y la Colonia, por considerarse manifestación rupestre; además de que algunos motivos pudieron perdurar hasta el contacto con los españoles.

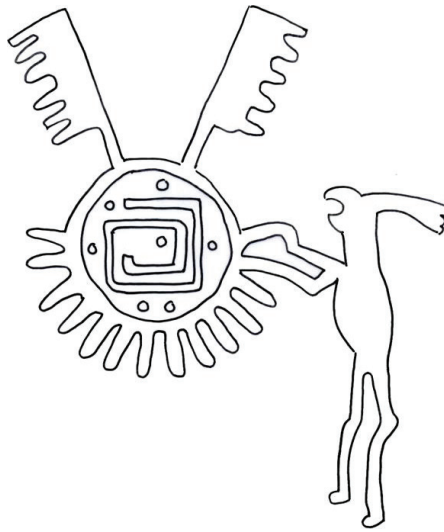


Figura 2. Hombres con sol y escudo. Según Lorenzo (1989). Guerrero, según Ochatoma (1994). Marcador indicial de Guerrero, según Illera (1994). Figura Humana, según Morales, et al. (2002).

Ambos trabajos, los de López y el elaborado por Lorenzo son importantes a pesar de ser solo una descripción muy general. Consideró que de éstos se puede generar diversas formas de interpretación y un trabajo más específico de re- estudio y re- localización de los lugares pictóricos, para ser integrados a una metodología más especializada y con la ayuda de nuevas herramientas tecnológicas (Lara, en Proceso).

Otro estudio de carácter más concreto, fue la que realizó José Ochatoma en 1994 para su disertación de maestría, en la que interpretó el carácter cosmológico y simbólico de las pinturas a través de la semiótica, así como proponer sí la distribución de los contenidos simbólicos de los conjuntos pictóricos del Valle del Mezquital, reflejaban la composición multiétnica de los habitantes del área. A través de 64 espacios arqueológicos, clasifica los motivos mediante las fuentes históricas, su cosmología y su simplismo; descartando las representaciones de temática colonial y republicana.

Mediante a comparación de las pictografías nahuas y en general de Mesoamérica, asoció las pictografías al espacio celeste, el espacio social, que abarcó las montañas, la cueva, el agua, la lluvia y el inframundo. Posteriormente distingue el mundo de los animales, la vegetación, las representaciones humanas, los elementos arquitectónicos y las armas de guerra.

En el mismo año, el arqueólogo Carlos Illera realiza otro estudio en el que se abordan las pinturas desde el aspecto semiótico. Reunió 228 conjuntos pictóricos localiza-

dos en 64 de los sitios de las temporadas de campo de 1986, 1988, 1989, 1991 y 1992 del Proyecto Valle del Mezquital, sin tomar en cuenta las pinturas de elaboración post hispánica, según los registros del proyecto.

De su estudio analítico se desprenden los antropomorfos, que son figuras realistas humanas; los zoomorfos, figuras de animales; los fitomorfos, representaciones de plantas, los objetos, ya fuesen muebles o inmuebles; y los geométricos, divididos en puntos, líneas y superficies.

Estos trabajos de una línea más llevada a la semiótica, rompieron con los trabajos de años anteriores. Su colaboración fue tener en cuenta una forma de conceptualizar y observar las representaciones desde el momento de su investigación. Ambas exploraciones, la de Illera y Ochatoma fueron realizadas al mismo tiempo y en cierto momento se diversificaron por distintos caminos de interpretación. Sin embargo, los problemas radican en integrar conceptualizaciones de Europa, que en la actualidad ya no son utilizados por ser lugares e ideologías totalmente distintas. Además de creer que ciertas escenas sólo son representaciones de caza o fertilidad como se ha considerado en muchas investigaciones.

El trabajo de Ochatoma es muy valioso por su acercamiento a las fuentes del siglo XVI, y su interpretación más apegada a la etnografía de los *ñhañhu*. No obstante considerar a las manifestaciones rupestres a través de la semiótica, conlleva a la separación de los motivos para su significación.



Figura 3. Sitio el Ave. Representación de flora, según Lorenzo (1989). Motivo fitomorfo, según Ochatoma e Illera (1994), icono de la danza del Xocotlhuetzi, según Lara (en proceso).

Finalmente el trabajo más reciente es el que elaboraron Acevedo, Morales y Valencia, con una publicación meramente de carácter divulgativo de las manifestaciones rupestres del Estado de Hidalgo (2002). De los lugares mencionados 26 pertenecen al Valle del Mezquital.

El valor del estudio de Acevedo *et al*, contiene una buena calidad fotográfica para la visualización de los contenidos de paneles rupestres, que según el espacio o el tiempo donde uno este ubicado se pueden visualizar legiblemente. Del mismo modo el estudio geológico que se incluye, es de utilidad para conocer detalladamente el tipo de sedimento o roca que se utilizaba para las graffias y si existía alguna elección de las mismas o si su conservación era distinta. Sin embargo, el estudio no enriquece más de lo citado pues las deducciones e interpretaciones que se mencionan no va más allá de simples generalizaciones. A pesar de ello, es un libro en donde las imágenes son una forma de trasladar al lector a esos espacios rocosos.

Así, desde 2004 se ha llevado a cabo una línea de investigación con un nuevo recorrido en las barrancas cercanas a las comunidades antes mencionadas. Esto con el fin de integrar las manifestaciones rupestres, tanto pinturas como petroglifos, al espacio sagrado de los sitios, las cuestiones astronómicas y los rituales de las comunidades hñahñu actuales. Además que considero que las investigaciones anteriores no han llevado un estudio a profundidad de la existencia de posibles semejanza entre sitios conforme a la manera de pintar, la ubicación y porosidad del color de diversos yacimientos y a su vez de formas más rápidas y precisas, aunque más complejas, del registro de las pinturas y también de todos los sitios localizados hasta el momento actual y de mayor importancia, la parte teórica en la que el tiempo y el espacio son importantes para realizar una buena clasificación geométrica de las formas. Algunos han servido para tener un registro de las manifestaciones describiendo su ubicación y sus atributos físicos (color, forma, tamaño, etcétera) sin llegar más allá. Los investigadores han olvidado, o desconocen, que los conceptos actuales no son sólo un punto de vista con el que examinar los fenómenos, son además modificadores y transformadores de la realidad. Por ejemplo, el término “arte rupestre” (*rock art, l’art rupestre*) ha tenido diversas discusiones y la solución no parece fácil. Kevin Callagan (1997) en su diccionario de arte rupestre define a esta como “un término general para petroglifos, pictoglifos, arte mobiliario, etc; el arte es una forma moderna pero que no pudo haber sido la motivación para la creación de estos objetos culturales. El término “rock art” es un termino más frecuentemente usado en Europa preferible es el concepto de petroglifo que se utiliza en Norteamérica”. Bustamente (2005) argumenta que ni el concepto *Arte Rupestre* ni el de *Petroglifo* abarcan todas las manifestaciones que actualmente pueden ser reconocidas. De la misma forma en reflexiones con las teorías de la complejidad, el concepto de arte es estático y por tanto, no exige interpretaciones dinámicas que las hace que se acerquen a diversos ordenamientos

posibles, ordenamientos que implican a veces autoorganizaciones inesperadas para un observador desinformado.

A pesar de ello, se pueden desprender las siguientes reflexiones en cuanto a los lugares rupestres: Son ricos en material iconográfico y los símbolos se caracterizan por el color blanco, principalmente, aunque existen colores como el rojo, en distintas tonalidades, el amarillo, el azul y el café. Su soporte son contornos rocosos, con una ligera saliente de roca. Como si se eligiera una cubierta para formar un techo. El soporte es regular con bloques que sobresalen y que también fueron elegidos de acuerdo a su forma y tamaño. Las grafías en todos los sitios son figuras humanas, de plantas, de estructuras, herramientas de “guerra”, entre los que destacan el tipo *chimali*³; animales, figuras compuestas, es decir elementos humanos con cuerpo o partes de animal, y patrones geométricos. Los manchones también están presentes, así como formas pertenecientes a épocas actuales.

Es decir el aprovechamiento del espacio simbólico para la creación de las obras pictóricas, principalmente en rocas sobresalientes y también en perfiles rocosos. Finalmente, se distribuyen a todo lo largo de las paredes rocosas e incluso en el techo y en las pequeñas cavidades que lo integra.

Como parte de la interpretación de la investigación actual, el espacio simbólico y sagrado es una forma fractalizada⁴, en donde el mensaje podía ser entendido a nivel regional y mesoamericano mediante un mismo código. A esto se puede integrar que la sobreposición de las grafías por muchas generaciones o grupos locales es una forma de reutilizar el espacio, ya sea en el mismo momento o épocas sucesivas, una cuestión de autosimilitud y recursividad en el lugar simbólico. Por ende, la permanencia del código recalca la importancia de los fenómenos del espacio, del tiempo, de la memoria y de una continuidad. En las manifestaciones rupestres del Valle del Mezquital, surgen similitudes de formas muy particulares de pinturas y copiar se interpreta como adaptarse fervorosamente y continuamente a la cultura. En otras palabras, la curiosidad del hombre va más allá de las necesidades de su supervivencia en el entorno.

La propuesta para comprender y reflexionar en las manifestaciones rupestres es la utilización no los escritos del siglo XIX sino conectar las fuentes del siglo XVI con lo arqueológico, escuchar a los grupos actuales del lugar, la disposición mental para ver lo qué es y no lo que es afuera, simplemente no comparar el viejo mundo con el mundo prehispánico. Las grafías son parte de un código mesoamericano, una escritura ideográfica

3 Chimali: escudo característico que portaban los guerreros mexicas y ñanhu, según fuentes históricas

4 Son formas o comportamientos que poseen propiedades similares como la autosemejanza y la recursividad en todos sus niveles de magnificación o a través de las épocas. Cabe indicar que este es un concepto que muchos matemáticos han trabajado y que existe un debate entre su definición.

que se puede leer y por tanto se puede fonetizar. Si es ideografía tiene un código común y puede hablarse en cada uno de los idiomas. La traducción debe ser local y puede variar la forma de plasmar el glifo o distintos niveles, aunque el significado tiene el mismo sentido, lo que significa que puede haber varias representaciones icónicas. Por ello, no se puede negar que los sistemas funcionan como ideográficos. Es un sistema icónico y por ello se separa del arte. Hay una comprensión del mensaje contenido no una forma estilística.

El espacio es el mismo aún cuando el glifo sea menor o mayor, de acuerdo a una re-conización del mismo glifo en su interior. Es decir, un glifo puede ser iconizado glíficamente⁵, se puede leer ideográficamente. Esto puede funcionar en los códigos mesoamericanos y se puede auxiliar de la observación de grupos étnicos, no como herencia fiel pero sí más importantes que las nociones del siglo XIX. Si se considera que es ideográfica tendríamos una visión general en toda mesoamérica y las ventajas son que se pueden identificar fácilmente, se pueden escribir varias ideas al mismo tiempo. La comprensión se entiende de manera global. Por ejemplo, nahuas y *ñhañhu* que manejan idiomas distintos pero con el sistema ideográfico se puede leer mediante la vocación pluriétnica, una homogeneidad y a la vez una heterogeneidad cultural de los grupos. En un mismo territorio, varios grupos por lo menos dos etnias pueden convivir en un espacio- tiempo simbólico. Esto es determinante para entender el desarrollo de la cronología mesoamericana. Es una manera de representar la identidad lingüística.

Argumentó que los *ñhañhu*, fueron los grupos que realizaron las manifestaciones rupestres compartiendo el espacio con otras comunidades de la misma región y nahuas que posteriormente se relacionaron con los mismos. Duverger (comunicación personal) considera a estos grupos como parte de una lengua muy antigua, con un sonido más inspirado que expirado. Los lingüistas explican una unión entre la palabra y el sonido. Este grupo utiliza un sonido de organización del idioma al tiempo que representa un sentido semántico. Se puede decir que en la época prehispánica existieron olas de grupos, en el cuál los *ñhañhu* se instalaron en la zona del altiplano, Oaxaca y parte de América central, con una parte costera en Nicaragua.

Aunado con la parte etnográfica, diversos grupos *ñhañhu* actuales siguen dándole importancia a las graffias rupestres, a través de ritos o ceremonias, perpetuación de las mismas, mediante copias en papel amate e incluso un registró de sitios rupestres que ni los mismos arqueólogos conocen. Pancho Luna, *ñhañhu* y conocedor de la historia de su cultura, explica que "... la pintura roja, la negra, la azul, la amarilla era la más antigua porque los colores se encuentran en la naturaleza" (entrevistas con Pancho Luna, com. Personal).

5 Autosimilitud, característica fractal

El código se ha conservado casi 28 siglos adaptándose a las situaciones (p. ejemplo. la construcción simbólica de un sistema arquitectónico), es decir el código se adapta al tamaño pero la estructura sigue siendo la misma. Este código incluye aspectos figurativos con elementos simbólicos que contemplan las figuras (glifos o icónicos). No está apegada a la naturaleza sino el código, la dificultad de entender es como leer la codificación. El significado puede verse desde la cuestión de que debe verse en un contexto y por ello es un sistema de escritura. No sólo se mantiene la estructura icónica sino también el contexto del sistema en sí mismo. Siempre hay que relacionar las cosas de acuerdo al código espacio-temporal, por ejemplo las pinturas rupestres funcionan como un código tridimensional sin verse relacionado con la naturaleza sino con la concepción cultural (ej. Verde es con la sangre y no el rojo).

Estos trabajos, así como los que se realizan actualmente, son parte de una epistemología aunada a la visión de nuestra propia realidad. Hay toda una sintaxis visual, normas que no son concretas pero que ayudaran a leer el significado junto con la capacidad de otorgar esos contenidos y el aprender a otorgarlos. El acercarse a la interpretación y múltiples significados de las manifestaciones rupestres, depende de cómo las tratemos.

Bibliografía

- ACEVEDO, Otilio, Alberto MORALES DAMIÁN y Silvana Berenice VALENCIA
2002 *Las pinturas rupestres en el Estado de Hidalgo*. México: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- CEDEÑO Jaime.
1997 *Espacio y tiempo en las sociedades prehispánicas. El caso de las culturas de Las Mesas*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- DUVERGER Christian.
2001 *Mesamérica. Arte y Antropología*. México: Landucci Editores y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- GONZÁLEZ Lauro.
1968 "Tipos de vegetación del Valle del Mezquital, Hgo." en *Paleoecología 2. Departamento de Prehistoria*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- ILLERA Carlos.
Contenido simbólico en las pinturas rupestres del Valle del Mezquital. Tesis de Maestría en Arqueología. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando.
1990 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe para el consejo de Arqueología*. Archivo del proyecto. Escuela Nacional de Antropología e Historia- Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1991 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe para el consejo de Arqueología*. Archivo del proyecto. Escuela Nacional de Antropología e Historia- Instituto Nacional de Antropología e Historia.

- 1992 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe para el consejo de Arqueología.* Archivo del proyecto. Escuela Nacional de Antropología e Historia- Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1993 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe para el consejo de Arqueología.* Archivo del proyecto. Escuela Nacional de Antropología e Historia- Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1994 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe para el consejo de Arqueología.* Archivo del proyecto. Escuela Nacional de Antropología e Historia- Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1995 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe para el consejo de Arqueología.* Archivo del proyecto. Escuela Nacional de Antropología e Historia- Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1996 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe para el consejo de Arqueología.* Archivo del proyecto. Escuela Nacional de Antropología e Historia- Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1997 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe para el consejo de Arqueología.* Archivo del proyecto. Escuela Nacional de Antropología e Historia.- Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1998 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe para el consejo de Arqueología.* Archivo del proyecto. Escuela Nacional de Antropología e Historia- Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 2005 *Símbolos del Tiempo.* México: Consejo para la Cultura y las Artes, Hidalgo.
- LOPEZ AGUILAR, Fernando y Patricia FOURNIER.
- 1988 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe para el consejo de Arqueología.* Archivo del proyecto. Escuela Nacional de Antropología e Historia- Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1989 *Proyecto Valle del Mezquital. Informe para el consejo de Arqueología.* Archivo del proyecto. Escuela Nacional de Antropología e Historia- Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- LORENZO MONTERRUBIO, Carmen.
- 1992 *Las pinturas rupestres del Estado de Hidalgo.* México: Consejo para la Cultura y las Artes, Hidalgo.
- LORENZO MONTERRUBIO, Carmen, Antonio LORENZO MONTERRUBIO y Arturo VERGARA
- 1992 *Catálogo del Patrimonio cultural del Estado de Hidalgo: Región IV.* México: Consejo para la Cultura y las Artes, Hidalgo.
- OCHATOMA José.
- 1994 *Cosmología y simbolismo en las pinturas rupestres del Valle del Mezquital.* Tesis de Maestría en Arqueología. Escuela Nacional de Antropología e Historia
- VILLANOVA Rodrigo.
- 2001 *Aspectos fractales del patrón de asentamiento mexicana del Valle del Mezquital, Huichapan, Hidalgo.* Tesis de licenciatura en Arqueología. Escuela Nacional de Antropología e Historia

La secuencia de explotación de la obsidiana de la Sierra de las Navajas, Hidalgo, México

Alejandro Pastrana¹

Introducción

El estudio del desarrollo de las sociedades prehispánicas del centro de México se encuentra directamente relacionado con la explotación, distribución y uso de la obsidiana gris-negra procedente de varios yacimientos como: Otumba, Edo. de México; El Paredón, Edo. de México; Zinapécuaro y Ucareo, Mich. entre otros y de coloración de varias tonalidades de verde-café como El Pizarrín, Hgo. y principalmente La Sierra de Las Navajas, Hgo. Este yacimiento se ubica al centro del triángulo que forman las actuales poblaciones de Pachuca – Tulancingo – Huasca.

La obsidiana de Sierra de Las Navajas presenta características particulares que le otorgan un valor único en el mundo prehispánico y son: el color verde transparente sin vesículas ni cristalitas, transluciente en los bordes, de filo cortante y fractura concoidea perfecta, este vidrio volcánico posibilita la manufactura de objetos tallados y pulidos; la variedad de color verde dorada con vesículas de forma alargada, si se encuentran en forma paralela y uniforme, difractan la luz y se distinguen los brillos y tonos dorados (Pastrana

¹ DEA, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

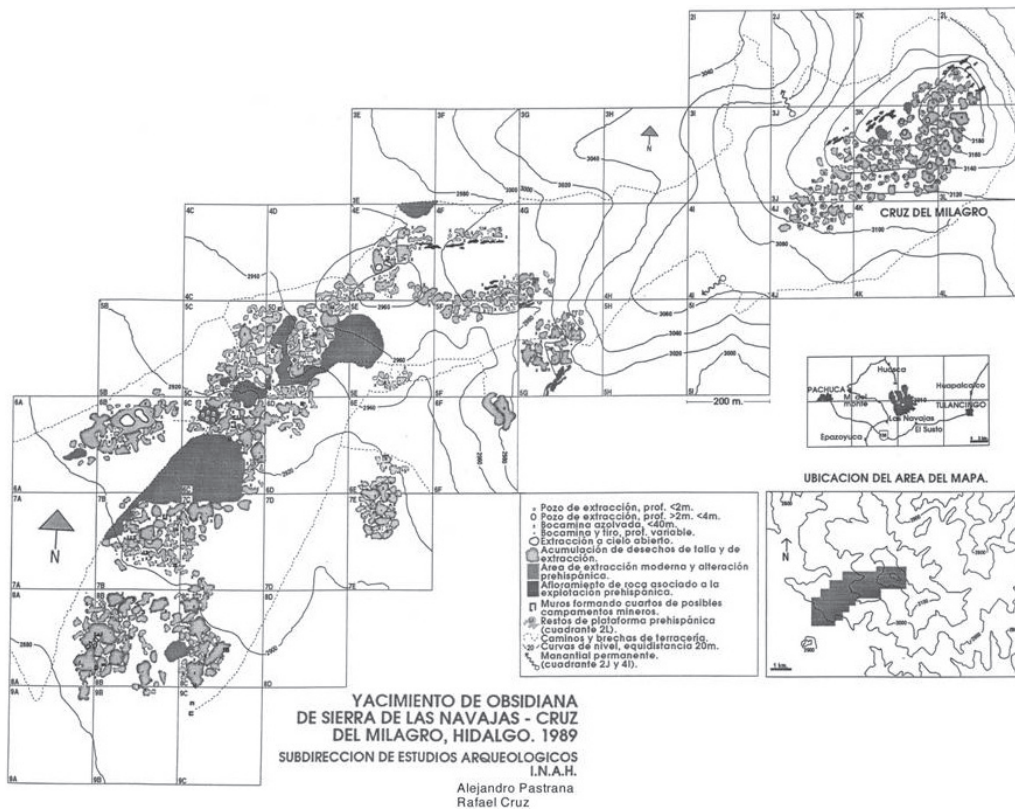


Figura 1. Mapa Sierra de las Navajas. Yacimientos de Obsidiana

1998:87). Tiene una dureza de 5 a 5.5 en la escala de Mohs y un peso específico de 2.31 a 2.75 (Pastrana y Athie 2001a, 2001b). Las fuentes de obsidiana en general presentan características geológicas muy particulares en relación a su formación, afloramiento, calidad, cantidad y forma de los tipos de obsidiana que se pueden extraer para la manufactura de instrumentos (Pastrana 1991:6), por lo cual consideramos relevante mencionar el origen del yacimiento.

El yacimiento de La Sierra de Las Navajas presenta evidencias de una compleja secuencia de explotación: que comprende la minería moderna, la colonial de los siglos XVI, XVII y XVIII; y en época prehispánica: las culturas azteca, tolteca y teotihuacana, precedidas por una extracción de menor magnitud posiblemente que corresponde al denominado período Preclásico y también hay indicios de un aprovechamiento de la etapa prehistórica. Toda esta riqueza arqueológica de más de tres mil años de explotación esta



Figura 2. Vista de la Sierra de las Navajas desde el sur

resguardada por un denso bosque de pinos ocoteros, encinos y oyameles principalmente, que debemos proteger por razones ecológicas y arqueológicas.

En este trabajo presentamos de manera sintética las características más relevantes de las etapas de explotación antes de la llegada de los españoles, en orden estratigráfico del contacto hispano (1521) hacia atrás. Las investigaciones arqueológicas e históricas sobre el aprovechamiento de la obsidiana de La Sierra de Las Navajas se encuentran actualmente en proceso.

La explotación azteca

Los materiales arqueológicos derivados de ésta explotación son los más abundantes en la superficie del yacimiento y fueron objeto de mención por varios viajeros y estudiosos de los siglos pasados como Humboldt (1966[1810], Holmes (1900), Breton (1905) entre otros. Es interesante mencionar que miembros de la familia Amador del rancho del Guajolote actual poblado, hacia 1898 dieron hospedaje a Holmes y los descendientes de esta misma familia Amador-Castelan habitantes del actual poblado del Nopalillo, han apoyado con entusiasmo la investigación y conservación arqueológica del yacimiento desde 1980 a la fecha del Proyecto Yacimientos de Obsidiana del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Para su estudio los dividimos los materiales arqueológicos en cuatro temas: la minería, la talla, las actividades habitacionales y el transporte. Los aspectos más importantes de la minería fueron dictados por las características geológicas del yacimiento, ya que el vidrio volcánico no se encuentra formando flujos o derrames, como sucede en la mayoría de los yacimientos de México, pues, la obsidiana se originó durante la

salida a la superficie de un domo riolítico, localizado hacia la cima del cerro Cruz del Milagro, posteriormente una erupción de tipo explosivo provocó el desplazamiento de un lahar, ubicando los bloques de obsidiana mezclados a diferentes profundidades con rocas de riolita y pómez en una matriz de ceniza volcánica; en donde las obras mineras prehispánicas fueron necesarias primero para localizar y posteriormente para extraerla a través de tiros y túneles que alcanzan los 50 m de profundidad (Pastrana 1998:50-51). Esta característica geológica implicó una fuerte inversión de trabajo minero organizado para la extracción de la misma a profundidades considerables.

La talla de la obsidiana formó grandes talleres que alcanzan los 5 m de espesor y 80 m de diámetro mayor, que denotan la intensidad y continuidad de la elaboración de artefactos, lo más característico de los talleres aztecas es lo repetitivo de los desechos de talla, los cuales fueron derivados de un trabajo constante, técnicamente uniforme y organizado como un proceso en serie que consistió: en que varios individuos se distribuyen de manera específica las diferentes fases del proceso, es decir, se requiere del trabajo coordinado con un objetivo en común (Pastrana 1998:94). Como instrumentos de trabajo se preparaban y exportaban: núcleos para la obtención de navajas prismáticas y preformas de raspadores; como armamento: preformas bifaciales para cuchillos, preformas de puntas de flecha, de dardo y de lanza de varias dimensiones. También se tallaban y exportaban bloques y preformas de variadas formas y dimensiones, para la manufactura de artefactos y objetos religiosos y de vestimenta, como espejos, orejeras, cuentas, pendientes, grandes cuchillos, cetros vasijas y esculturas entre otros.

Las actividades habitacionales en el yacimiento se realizaban en conjuntos de 4 o 5 campamentos ubicados entre los grandes talleres y rodeados de 8 a 16 minas que trabajaban simultáneamente, los campamentos mineros aztecas consisten en unidades



Figura 3. Talleres aztecas en el yacimiento



Figura 4. Excavación del campamento 7 B II especializado en la talla de preformas de raspadores.

habitacionales temporales, que se reubicaban conforme al avance de las excavaciones como lo demuestra la existencia de estructuras cubiertas por los desechos de extracción y talla, de minas abiertas posteriormente. Los restos de las estructuras consisten desde simples hiladas de piedra obtenidas en la excavación de los tiros y túneles de las obras mineras, hasta muros de 1 m de altura formando cuartos de distintas dimensiones. La excavación y el análisis de los materiales de ocho campamentos aztecas ha permitido detectar que en el interior de éstos y en los patios intermedios entre los campamentos, se realizaban las siguientes actividades: preparación y consumo de alimentos, resguardo de la intemperie, talla y almacenamiento de los distintos tipos de preformas de instrumentos, armas, objetos religiosos y de vestimenta o estatus, preparación de las cargas para ser transportadas a los talleres de los centros de población de Texcoco, Otumba, Tlatelolco y Tenochtitlán entre otros. También en algunos campamentos se registraron actividades artesanales, posiblemente elaboración de textiles, como cuerdas y costales para la minería y el transporte.

Como planteamiento particular para la Triple Alianza, se propone que el proceso de obtención, transformación, distribución de la obsidiana fue controlado por los gobernantes de las sociedades estatales, como un recurso estratégico mesoamericano y no obtenido como tributo o a través de las redes de comercio como sucedió con otras sociedades prehispánicas. El transporte de los diferentes tipos de preformas del yacimiento a los talleres de los centros de población, en donde se terminaban los diferentes tipos de artefactos, fue una de las actividades básicas del proceso de trabajo de la obsidiana. También debió de existir un transporte de alimentos e instrumentos de apoyo



Figura 5. Depósito de 2,500 (aprox.) preformas bifaciales del campamento 7B1

para la minería, de los centros de población locales como Epazoyuca y Cempoala; en el yacimiento participaron, mineros, talladores, artesanos y una población flotante de cargadores; todas estas actividades se coordinaron en los conjuntos de campamentos, en donde se recuperaron numerosos fragmentos de sahumerios, con evidencias de uso en el derivados de ciertas actividades ceremoniales asociadas con la talla y concentración de las preformas.

La explotación minera azteca en La Sierra de Las Navajas, fue un proceso de trabajo organizado en serie con diversas actividades, que implicaba conocimientos geológicos, técnicos, organizativos y religiosos cuya implementación y desarrollo fue impulsado por la creciente demanda de obsidiana, paralela al crecimiento del sistema imperial de la Triple Alianza (Pastrana 1998:153).

La fuerza del trabajo empleada en el proceso general de la obsidiana, tanto por la población local de la zona del yacimiento como por los grupos de transporte de las poblaciones intermedias, se organizó bajo un sistema tributario; la obsidiana no fue un tributo, pero sí un producto del trabajo tributado. Las provincias tributarias (Carrasco 1978) ubicadas en territorios de Texcoco y Tenochtitlán en la zona del yacimiento, fueron siete poblaciones Epazoyuca, Cempoala, Tlaquilpa, Pachuca, Tezontepec, Temazcalapa y Tecpilpan pertenecientes al reino acolhua y que pasaron al menos parcialmente bajo control de Tenochtitlán a partir del gobierno de Izcoatl, para asegurar su participación en la explotación y transporte de la obsidiana. Probablemente la tributación respecto a la explotación del yacimiento por las poblaciones más cercanas como Epazoyuca y Cempoala, fue en forma de fuerza de trabajo que participó en el aporte, elaboración y transporte de alimentos, obtención y elaboración de instrumentos y materiales (Pastrana 1998).

La explotación tolteca

Jiménez Moreno (1941, 1953, 1959) identifica a la Tula mítica de las fuentes históricas con la Tula arqueológica del estado de Hidalgo; menciona (Jiménez Moreno 1953:14) que Tula se formó a partir de la integración de dos grupos étnicos, los Tolteca-chichimecas procedentes del noroeste y los Nonoalca, siendo estos últimos descendientes de la antigua población náhuatl de Teotihuacan.

El desarrollo y la permanencia de Tula (950-1150 años d.C.) como centro dominante, marcó un cambio radical durante la época de descentralización económica y fragmentación política a partir de la caída de Teotihuacan (Charlton y Spence 1982). Entre 900-1150 años d. C. se da el máximo apogeo de Tula, se abandona Tula Chico y los edificios se construyen con una nueva traza general y con diferente orientación. La tradición cerámica incluye los tipos Rojo-sobre-Café en particular Mazapa Líneas Ondulantes que se relaciona con la Cuenca de México. Los tipos cerámicos de la fase de apogeo son el Joroba Naranja sobre Crema de origen desconocido y el Jara Anaranjado Pulido, así como Macana Rojo-sobre-Café. El centro ceremonial llega a alcanzar un área de 12 km² con un máximo de población de 60,000 habitantes para la fase Tollan (Mastache y Cobean 1985, 1989, 2000; 2003; Healan 1989). En la fase de apogeo Tula mantuvo interacciones económicas, incluso control político, sobre la región del Bajío al noroeste de Tula. Los estudios líticos que se han efectuado con la obsidiana verde en Tula han permitido observar una producción dirigida a la manufactura de navajas prismáticas y excéntricas. Las navajas prismáticas son los instrumentos líticos más eficientes para funciones de corte por desgaste; pero también se utilizaron para raspar, per-



Figura 6. Parte superior de un depósito de 550 (aprox.) preformas bifaciales. Espacio intermedio de los campamentos 6BIII/6BIV.

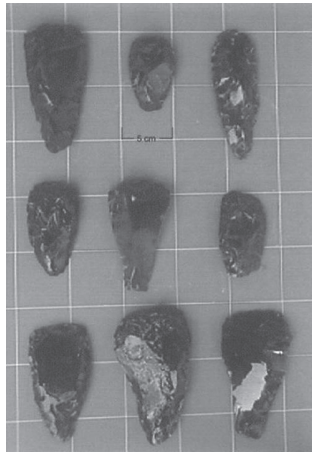


Figura 7. Preformas de raspadores

forar y a partir de las navajas se elaboraron pequeñas puntas de proyectil y excéntricos, estos son figuras retocadas por presión en forma de “E” o de “C” que cuando tienen coloración verde se asocian con el agua, si es de coloración roja como en el caso de la obsidiana meca (café-rojiza), o colorantes minerales como: la hematita y el cinabrio (óxido de hierro o mercurio) se asocian con la sangre. Estas figuras llamadas excéntricos posiblemente se cosían en la ropa o en tocados de carácter cívico religioso (Stocker y Spence 1973).

La investigación de la explotación de la obsidiana verde del yacimiento de La Sierra de Las Navajas por el estado tolteca, se relaciona con la forma de control del territorio y de una fuente de materia prima básica para el desarrollo de la sociedad en múltiples aspectos. Desde la perspectiva arqueológica es importante conocer como la ciudad de Tula y su esfera de influencia desarrollaron un suministro regular de obsidiana a partir de varios yacimientos.

En 1989 durante la elaboración del plano del yacimiento se detectó entre los talleres aztecas, una área de talleres de preformas de raspadores, en donde se excavó un pozo de 1 m², en el que se localizó cerámica tolteca entre los desechos de talla. Sánchez y Pastrana (1994) previamente estudiaron una muestra de 100 artefactos de superficie, enfatizaron la importancia del taller porque permite conocer las actividades extractivas y de talla anteriores a la intensa explotación azteca. Esta información corresponde a los primeros datos de la explotación tolteca en el yacimiento.

En 1998, se llevó a cabo un muestreo reticular sistemático con el objetivo de determinar los procesos de talla presentes en estos talleres y las dimensiones de éstos (Domínguez 2004). Con el análisis de los materiales recuperados a lo largo de distintas

temporadas de campo y del muestreo reticular sistemático se identificó: a) la talla de preformas de raspadores a partir de núcleos para lascas para raspadores y de lascas primarias y secundarias extraídas de la preparación de núcleos prismáticos. Se infiere que las preformas de raspadores se transportaban a Tula y su área de control; b) preparación de núcleos prismáticos para la obtención de navajas, que se exportaban a Tula y que corresponderían a la forma de entrada de la obsidiana a los talleres de Tula y seguramente de otras poblaciones; y c) talla de navajas prismáticas para actividades artesanales dentro de los campamentos ubicados en los talleres toltecas y elaboración de excéntricos a partir de navajas prismáticas (Domínguez y Pastrana 2006).

La zona de explotación azteca se localiza en los cuadrantes del plano del yacimiento 4D, 4E, 5C, 5D, 5E, 6B, 6C, 6D, 6E, 7B, 7C, 7E, 8A, 8B, 8C y 9B, (Fig. 1) debido a la proximidad espacial entre la explotación tolteca y azteca, quizás algunas minas toltecas fueron utilizadas como indicadores geológicos y técnicos para la minería del Postclásico Tardío; de esta manera las minas y talleres del Postclásico Temprano están bajo los materiales derivados de la explotación azteca (Pastrana 1998). En los cuadrantes 4G, 5G, 4F, 5F y 6F, se encuentra la zona de explotación tolteca a una altura de 2980 a 3000 msnm en los cuadrantes 5F y 5G. En el cuadrante 6F se localiza la zona de talleres (Pastrana 1998) la cual se caracteriza por una topografía inclinada con una vegetación abundante y dos afloramientos de rocas.

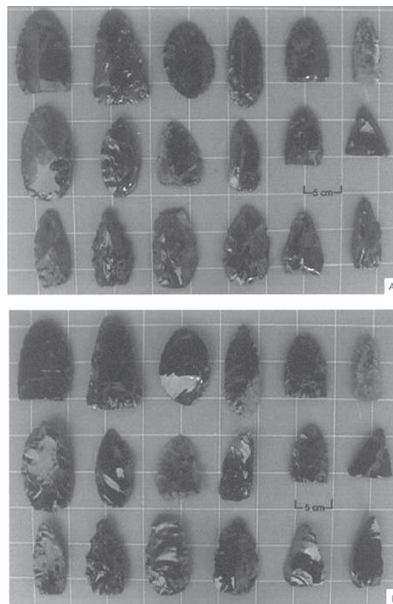


Figura 8. Diferentes tipos de preformas bifaciales caras A y B. Campamento 7BI

Las minas asociadas a la etapa de explotación tolteca se sitúan a intervalos de 4 a 8 m en conjuntos espaciales paralelos, mostrando cierta alineación con afloramientos riolíticos de orientación norte-sur (Pastrana 1998:62). Se pueden localizar al presente 20 minas abiertas pero por lo menos se tienen 36 bocaminas parcialmente azolvadas; las bocaminas, que presentan una forma circular, tienen un diámetro de 0.80 a 2 m, con un tiro vertical de 8 a 10 m de profundidad, comunicándose con cámaras pequeñas irregulares de unos 2 m de diámetro, de donde se derivan uno o dos túneles horizontales o ligeramente inclinados. En las paredes de los túneles se llegan a observar bloques de obsidiana empotrados en la matriz de ceniza del lahar mezclada con lentes de lapilli, los bloques a 10 m de profundidad pudieron llegar a tener un diámetro de 35 cm (Pastrana 1998:63).

Estos materiales líticos son las primeras evidencias arqueológicas, recuperadas sobre la talla tolteca en La Sierra de Las Navajas, los cuales se compararon con los procesos de talla estudiados por Dan Healan (1986; 1983 et al.) en los talleres Toltecas. Al analizar el material del rescate arqueológico de estructuras habitacionales ubicadas en el Bulevar Tula-Iturbe (Sterpone 2001), se identificó un proceso dirigido a la manufactura de navajas prismáticas, probablemente para uso doméstico por estar asociado con unidades habitacionales.

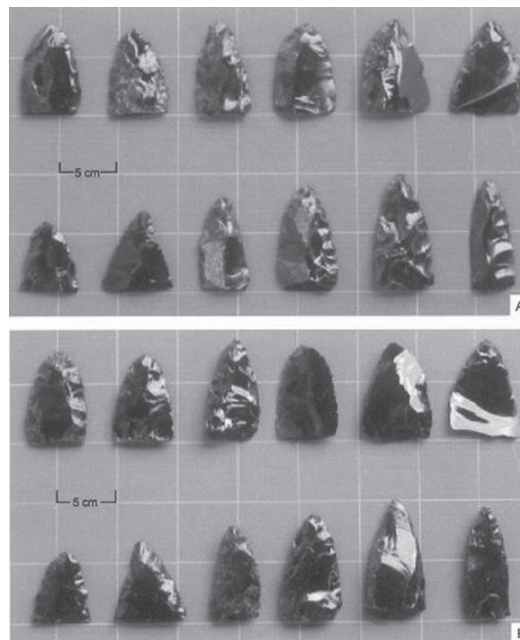


Figura 9. Preformas bifaciales de forma triangular y elíptica con base plana, caras A y B. Campamento 7BI

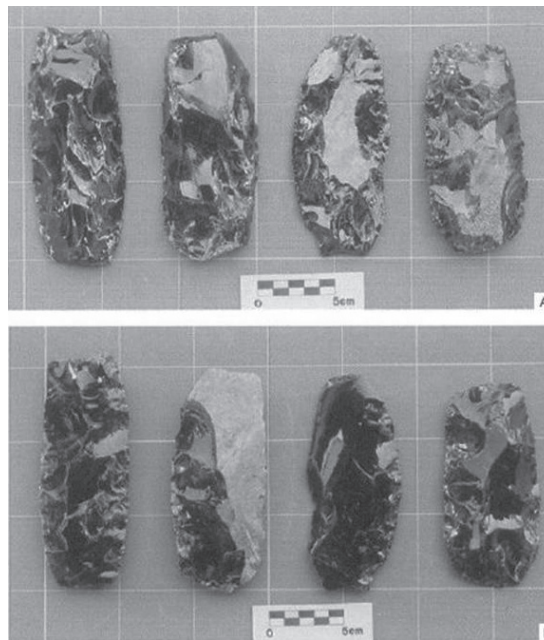


Figura 10. Preformas bifaciales sobre laja caras A y B.
Depósito del espacio intermedio de los campamentos 6BI/6BII.

En general, el proceso de talla identificado con el material de las estructuras habitacionales del Boulevard Tula-Iturbe, nos confirma la continuidad del proceso de trabajo a través de los núcleos pre-elaborados que se transportaban desde el yacimiento, así como, la manufactura de navajas prismáticas y de excéntricos. Este proceso también fue detectado en los talleres de Tula por Fernández (1986) y Healan (1986, 1989, 2003; 1983 et al.), pero con distintas proporciones en los materiales recuperados. La producción de navajas prismáticas y de excéntricos no era exclusiva de los talleres, también éstos fueron elaborados en las unidades habitacionales (Domínguez y Pastrana 2006).

Al encontrar que tanto en el yacimiento como en los talleres de Tula se manufacturaban navajas prismáticas y excéntricos con la misma materia prima, técnica y morfología, esta información en conjunto permite inferir a que no toda la producción de obsidiana se concentró y probablemente se redistribuyó a partir de Tula, sino que también pudo haber existido una distribución desde el yacimiento hacia a otras poblaciones relacionadas con la cultura tolteca (Sterpone, 2001; Daneels y Miranda, 1999); la continuidad técnica en la talla de núcleos prismáticos, navajas y en el simbolismo religioso de los excéntricos en el yacimiento y en los sitios, indica un intensa producción, distribución probablemente por tributo y comercio como parte de la cultura tolteca.



Figura 11. Tipos cerámicos toltecas

Al parecer, las preformas de raspadores producidos en los talleres toltecas que estudiamos en la Sierra de las Navajas no se transportaron exclusivamente a Tula, sino que también se distribuyeron hacia asentamientos periféricos del área tolteca próximos al yacimiento de la Sierra de las Navajas. Se trataba de regiones relacionadas con el aprovechamiento del maguey, así como actividades artesanales textiles de ixtle, como Nichols y sus colegas (Nichols 2000 et al.) encuentran en la región de Otumba.

Respecto al suministro de obsidiana, desde el yacimiento a Tula, los tipos cerámicos en que se basa Healan (1986; 1983 et al.) para proponer que un grupo étnico controlaba la obsidiana también están presentes en la explotación y talla en la Sierra de las Navajas; por ello, este planteamiento puede tener continuidad cultural con los materiales cerámicos encontrados en el yacimiento.

Con base en análisis de los materiales cerámicos, los tipos identificados en el yacimiento más representativos de la tradición alfarera tolteca son: Macana Rojo/ Café, Manuelito Café Liso, Red and Buff, Jara Anaranjado Pulido, Soltura Rojo Alisado, Toza Café, Tolteca Rojo/Café (Pastrana 1998, Domínguez y Pastrana 2006).

El proceso de trabajo dirigido a la producción de preformas de raspadores, navajas y excéntricos, posiblemente se llevó a cabo por familias extensas, que pudieron haber partido de los sitios toltecas localizados por Sterpone (2001) en la periferia de la Sierra de las Navajas, como el de mayores dimensiones situado en el Municipio de Tizayuca. Estas familias ampliadas ligadas al proceso de la obsidiana pudieron tener una organización base en el *calpulli*, con las características territoriales y tributarias apuntadas por Carrasco (1978:39).

Respecto a la permanencia de la población tolteca en el yacimiento, no hemos localizado campamentos construidos con rocas como sucede con otras culturas, posiblemente los campamentos fueron construidos con maderas locales que fueron y son abundantes en el yacimiento.

El volumen de los talleres toltecas, cuyas dimensiones son significativamente menores a los talleres aztecas, permite pensar que las familias permanecían ahí durante lapsos cortos y no tenían una organización gremial de mayor escala, como se propone para la explotación azteca. Además, una diferencia significativa entre la explotación azteca y la tolteca en el yacimiento fue que éstos sí terminaban algunos productos, en contraste con la talla y exportación exclusiva de preformas aztecas de diversos artefactos y armas.

A partir del estudio de la explotación y talla en el yacimiento de la Sierra de las Navajas, proponemos una relación o acceso de la población de los talleres de Tula al yacimiento; y para las poblaciones locales toltecas, un acceso directo a la obsidiana. La población de los talleres de Tula y la de los asentamientos en la periferia del yacimiento pudieron pertenecer a una misma etnia especializada con el trabajo de la obsidiana, como lo propuso Healan (1993), basado en el estudio de los talleres de Tula. Además del suministro de núcleos subprismáticos y excéntricos para Tula posiblemente como tributo, también existió una probable red de distribución por comercio de núcleos, excéntricos y raspadores para otras áreas correspondientes de la esfera tolteca, así como, para otras regiones (Daneels y Miranda, 1999). Este conjunto de elementos permite relacionar al estado tolteca con la región de la Sierra de las Navajas, lo que significaría un acceso de la población tolteca al yacimiento para la etapa de auge de Tula (Domínguez y Pastrana 2006).



Figura 12. Vista de la zona de la explotación tolteca

Explotación Teotihuacana

El desarrollo de la urbe teotihuacana estuvo relacionado directamente con la explotación y utilización de la obsidiana gris-negra del yacimiento de Otumba ubicado a una distancia de 20 km (Spence 1981). A partir de la fase Tlamimilolpa se detecta un suministro y una creciente distribución de la obsidiana verde-dorada, procedente de La Sierra de Las Navajas situada a una distancia de 50 Km al noroeste. La obsidiana verde se empleó en actividades artesanales, militares y religiosas, convirtiéndose en un bien característico del estado Teotihuacano.

Actualmente se presentan los primeros datos sobre las técnicas y la organización del proceso de explotación de Teotihuacan en La Sierra de Las Navajas; a partir de los cuales se proponen algunos aspectos de un complejo sistema de obtención, distribución y utilización, que marcaron la tradición del uso de la obsidiana en el desarrollo de las culturas del Altiplano Central mesoamericano.

En la ciudad de Teotihuacan el vidrio volcánico jugó un papel básico en las actividades productivas artesanales, militares, religiosas y también comerciales. La importancia de la obsidiana durante el largo desarrollo de la ciudad prístina de Teotihuacan, fue planteada por Michael W. Spence desde 1981, quien propuso por la presencia de materiales de superficie, que una gran parte de la población, quizás un 35% estuvo conformado por especialistas no-agrícolas, muchos de ellos artesanos de la talla y uso de la obsidiana en diversos oficios artesanales (1981:769), como por ejemplo, la plumería, cestería, carpintería, además de la producción de armas, de objetos de parafernalia militar y religiosa, en donde la obsidiana funcionó como preciada materia prima y como instrumental.



Figura 13. Navajas prismáticas y siluetas bilobulares y trilobulares en proceso de elaboración.



Figura 14. Cerámica teotihuacana

Los recorridos arqueológicos realizados en el área del yacimiento, han localizado varios sitios próximos a las minas, como son el sitio de Coasacoalco y La Lagunilla, ubicados en un radio de 4 km aproximadamente y 400 m más abajo. En la superficie de estos sitios se encuentra material lítico abundante que comprende procesos de talla de cuchillos y puntas de proyectil; numerosos fragmentos de navajas prismáticas con huellas de uso y núcleos prismáticos agotados. También hay material cerámico correspondiente a las fases Tlamimilolpa, Xolalpan y Metepec.

En el sitio de La Lagunilla en el 2002 se excavó un montículo dentro de una superficie nivelada artificialmente con un área de dos hectáreas aproximadamente. Esta zona se encuentra alterada por el arado mecánico. La excavación detectó parte de un conjunto arquitectónico similar a los complejos habitacionales de Teotihuacan. El área excavada corresponde probablemente a un sector ceremonial. Se tomó una muestra de carbón (INAH-2125), fechada por la técnica de radio carbono 14 en 1718 ± 30 , que corresponde a la fase Tlamimilolpa de Teotihuacan 200-450 (d. C.).



Figura 15. Campamento teotihuacano

En esa época, en La Sierra de Las Navajas, por la formación e historia geológica del yacimiento, la obsidiana no afloraba en la superficie del terreno de manera natural, como sucede en la mayoría de los yacimientos, por ejemplo en Otumba, Zacualtipan y El Pico de Orizaba, en los que los derrames riolíticos con estratos vítreos son accesibles desde la superficie. En el yacimiento de La Sierra de Las Navajas, la mayor parte de la obsidiana se encuentra a profundidad en forma de bloques y fragmentos de derrames fracturados de diversas dimensiones, incluidos en una matriz mixta, compuesta por tobas y lapilli, producto de una especie de lahar y avalanchas posiblemente por producidas explosiones volcánicas y por la erosión (Pastrana 1998). El domo original que formó la obsidiana desapareció y únicamente se encuentran restos de un sector lateral de éste, en las proximidades de la cima de mayor elevación de 3 200 msnm que es el cerro llamado Cruz del Milagro. Si nos situamos en el yacimiento en la etapa inicial de la explotación teotihuacana, la obsidiana únicamente estaba expuesta en la superficie por la erosión fluvial de los cauces de algunos arroyos y por una reducida explotación somera a cielo abierto posiblemente de la etapa preclásica, ubicada en la cima de Cruz del Milagro.

Estas características geológicas condicionaron la minería teotihuacana a profundidad y a cielo abierto, que probablemente se inició en el cuadrante 6A y 6B del mapa con una serie de grandes trincheras a cielo abierto que removieron grandes volúmenes de riolita, lapilli y ceniza volcánica para la extracción de bloques de obsidiana de dimensiones, forma y calidad adecuada para la talla, de una profundidad que alcanzó los 20 m. El problema de este tipo de explotación es que los grandes volúmenes de desechos de extracción bloquean la superficie circundante e imposibilitan ampliar las excavaciones, además

de los potenciales derrumbes que bloquearían los frentes de excavación. Por lo que fue necesario desarrollar la minería a profundidad por medio de tiros y túneles en donde los volúmenes de excavación son significativamente menores en la superficie alcanzando profundidades cercanas a los 50 m. Las técnicas, el instrumental y las formas de organización del trabajo de ambos tipos de minería son diferentes y a lo largo del tiempo subsistió la explotación profunda que continuó hasta la explotación azteca y colonial.

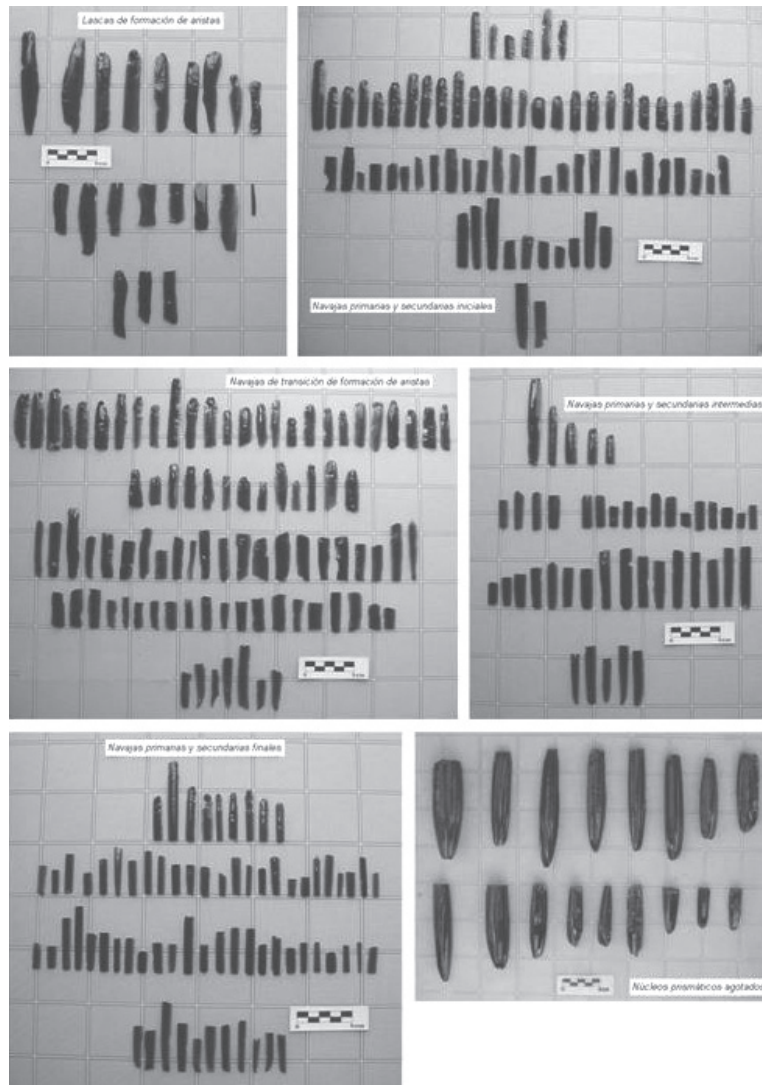


Figura 16. Proceso de talla de navajas

Al Este de la zona de explotación a cielo abierto las excavaciones liberaron dos campamentos teotihuacanos (6B-I y 6B-II) reocupados por la ocupación azteca. Estos campamentos se encontraron cubiertos parcialmente por los desechos de talla de talleres aztecas y teotihuacanos. La cerámica localizada corresponde a las fases Tlamimilolpa y Xolalpan, cabe mencionar que de ocho tipo identificados las pastas de seis pertenecen al norte de la Cuenca de México y dos tipos se identificaron como pastas teotihuacanas urbanas, la identificación de las pastas de la cerámica, ha sido confirmada por el análisis de elementos traza de muestras de cerámica de la región de La Sierra de Las Navajas Hgo. y de arcilla local.

Hasta ahora el material cerámico recuperado claramente identificado como teotihuacano es reducido, un pequeño muestrario fue comparado con los materiales de Teotihuacan, los tipos cerámicos identificados son los siguientes:

- Incensarios Vajilla pulida
- Bordes y rebordes de incensarios Mate burdo
- Naranja delgado
- Soportes almenados
- Ánforas San Martín
- Jarras Alisadas
- Anafres
- Posibles tapas de platos o comales.



Figura 17. Navajas de raspado con empuñadura



Figura 18. Puntas de proyectil

En los espacios abiertos circundantes a los campamentos teotihuacanos se encontraron talleres formados por los desechos de varios procesos de talla: producción y uso de navajas prismáticas; reutilización de núcleos prismáticos agotados y también talleres en donde se elaboraban puntas de lanzas, dardos y cuchillos, además de siluetas de obsidiana de formas humanas y de serpientes.

Al parecer la talla y uso de las navajas prismáticas fue una actividad frecuente de la ocupación teotihuacana en las fases Tlamimilolpan y Xolalpan, que se realizó en varios lugares del yacimiento, es notoria la cantidad y uniformidad de la forma de los fragmentos de navajas prismáticas usadas. Por la forma de los fragmentos más completos, se definieron 5 grupos que muestran huellas de desgaste por raspado en ambos filos con diferente disposición. El raspado se realizó en un solo sentido de manera uniforme, en tramos de 4 cm aproximadamente; podemos pensar que la mayoría de las navajas se utilizaron para el mismo trabajo, y las diferencias en la disposición de las marcas de desgaste, corresponden posiblemente a distintas formas de uso de los trabajadores.

Las navajas usadas, se extrajeron y usaron en el mismo yacimiento de manera uniforme y precisa como una parte de un proceso artesanal especializado, probablemente en objetos o artefactos de madera o fibras como armas.

Respecto a las formas de uso de las navajas, en la excavación de los campamentos teotihuacanos, se encontraron dos fragmentos de cerámica desgastados y recortado linealmente con una hendidura lineal en el canto, que se adapta perfectamente en el filo usado o no de una navaja prismática con una longitud de 5 cm, es de notar que la mayoría de las secciones usadas completas no rebasan los 4.5 cm de largo. Esta serie de



Figura 19. Campamento minero azteca 7BI destinado a la concentración de preformas de armas y objetos religiosos.

elementos, nos permiten suponer que este fragmento cerámico recortado funcionó como un mango para apoyar el raspado intenso, sin que se fracture la navaja en esta porción y sin cortes en las manos como se muestra en las fotografías anexas, también agregamos un tejo, como un elemento, a partir del cual se puede elaborar el mango de cerámica en cuestión. Este tipo de enmangado también se puede realizar con madera.

Como parte de los desechos de talla también contamos con núcleos prismáticos, con diferente grado de extracción de navajas. También muestran fracturas transversales, para aprovechar la sección cilíndrica de forma más regular, probablemente con el objetivo de elaborar cuentas. Cabe mencionar que en el yacimiento y en el sitio teotihuacano de Coasacoalco, se encontró el mismo tipo de trabajo.

Proceso de talla de bifaciales. Hasta ahora en las excavaciones hemos localizado restos dispersos de la producción de puntas de proyectil y de cuchillos. El proceso de elaboración de bifaciales teotihuacanos recuperado, es incompleto aún, sin embargo, nos permite detectar la producción de las siguientes formas clásicas teotihuacanas. Los ejemplares recuperados hasta ahora, comprenden:

- puntas de flecha
- puntas de dardo
- puntas de lanza
- cuchillos

Estos diferentes tipos de armas bifaciales se encuentran: completos y fracturados en las diferentes etapas de elaboración; las áreas de talla parecen ser espacios abiertos próximos a los campamentos. La talla teotihuacana de armas bifaciales en el yacimiento producía ejemplares completos, a diferencia de la talla azteca que producía únicamente preformas, que eran terminadas en los talleres de los centros de población. Estos aspectos técnicos distintos de ambas culturas, apuntan hacia organizaciones diferentes de los procesos de trabajo y de los sistemas de suministro de armas y artefactos en general para su distribución a la sociedad global.

Como parte de los materiales líticos, se han recuperado una serie de instrumentos que se utilizaron en el yacimiento y también para su exportación, como raspadores, perforadores, lascas de filos rectilíneos y curvos de sección triangular; un tipo variante de “raspador” que hemos denominado preliminarmente como “Cepillo-Gubia”.

Los raspadores, son de un tipo relativamente común en la ciudad de Teotihuacan. Vistos en planta presentan una espiga de lados rectilíneos que pueden ser paralelos o ligeramente convergentes hacia el extremo proximal, la espiga puede ocupar desde la mitad del artefacto hasta 1/3 de éste. La base o cara interna es plana o ligeramente curva y el área de trabajo tiende a ser cuadrada o rectangular de esquinas redondeadas. Los ejemplares con que contamos son de 7 a 10 cm de longitud y de ancho de 3 a 7 cm, el espesor es de 1 a 3.5 cm. Probablemente una parte de estos raspadores se utilizaban enmangados y el borde principal de trabajo parece ser el frontal.



Figura 20. Campamento minero azteca 7BIII con una bocamina en el interior y asociado a la producción de preformas de raspadores.

El tipo de artefacto que hemos denominado preliminarmente como Cepillo-Gubia, es de planta similar a los raspadores, pero difiere en la forma del área de trabajo, que es redondeada, la espiga y el área de trabajo son menos diferenciadas y es un artefacto más grueso y robusto, el borde de trabajo no presenta un acabado uniforme como en los raspadores, es ligeramente denticulado y la base es plana. Actualmente contamos con pocos ejemplares completos, para conocer sus variantes morfológicas y proponerlo como un tipo de artefacto específico del conjunto instrumental teotihuacano.

Los perforadores son de una amplia variedad morfológica, son desde lascas triangulares rectas y curvas de diferentes dimensiones, hasta perforadores con una espiga como mango claramente definida. Es importante mencionar que la forma de los perforadores se modifica significativamente con el uso, por lo que su morfología es variable.

Como parte del conjunto instrumental lítico que se utilizaba en el yacimiento y en el sitio arqueológico de Coasacoalco existe una amplia gama de instrumentos con diferente grado de especialización, que comprende desde lascas de diversas formas usadas de manera simple, hasta instrumentos de formas definidas para usos específicos. Este conjunto de instrumentos no se ha clasificado ni conocemos los procesos de trabajo en que participaron. Posiblemente la diversidad de instrumentos utilizados en el yacimiento, se deba a la abundancia local de materia prima que se aprovechó para trabajar los recursos de la zona.

Con los materiales líticos recuperados en las excavaciones de las temporadas de campo del 2000 al 2006 se cuenta con un conjunto global significativo de procesos de talla y diversos usos correspondientes a la explotación teotihuacana. Estos conjuntos o grupos de materiales constituyen un muestrario de los principales tipos de artefactos líticos producidos en el yacimiento y también los instrumentos utilizados en él. Por lo que se trata de dos procesos:

- a) Producción de instrumentos, armas y objetos religiosos para su transporte a partir del yacimiento (exportación de artefactos de obsidiana).
- b) Producción de instrumentos y su empleo en la elaboración de otros productos (exportación de productos) posiblemente elaborados en maderas y/o fibras vegetales locales que eran abundantes en la región por ser una zona de bosques y en las partes bajas de magueyes que probablemente existían desde el Periodo Clásico. Del bosque se pudo haber explotado teas de ocote, resinas medicinales, pinos, oyameles y encinos principalmente, estos materiales pudieron ser aprovechados para la confección de objetos suntuarios y en la elaboración de armas.

Los artefactos de obsidiana o productos orgánicos elaborados en el yacimiento, pudieron transportarse a la ciudad de Teotihuacan o bien a otras poblaciones que for-

maban parte de la cultura teotihuacana. También es posible que se distribuyeran como comercio a otros centros de población de otras culturas ubicadas en los actuales estados de Veracruz y Puebla.

Los materiales líticos y cerámicos recuperados en los recorridos y recolecciones de superficie, realizados por Osvaldo Sterpone en el sitio teotihuacano de Coasacoalco, ubicado a cuatro km al SW de la explotación teotihuacana en La Sierra de Las Navajas, son contemporáneos en términos generales, correspondientes a las fases Tlamimilolpan, Xolalpan y Metepec. La producción de artefactos líticos, comprende principalmente la talla de núcleos y navajas prismáticas; bifaciales que corresponden a puntas de proyectil y cuchillos; raspadores, raederas y perforadores.

Conclusiones

Para la arqueología de Mesoamérica la importancia del estudio del yacimiento de La Sierra de las Navajas, Hidalgo, también conocido como “Pachuca”, fue planteada por Thomas H. Charlton y Michael E. Spence en 1982 (Charlton y Spence 1982) En el yacimiento se han estudiado las etapas de explotación: del período colonial temprano (Pastrana y Fournier 1998); del imperio azteca (Cruz 1994, Pastrana 1998 y Lailson 2003) de la cultura tolteca (Pastrana y Fernández 1994 y Domínguez 2004) y recientemente de la sociedad teotihuacana (100 a.C. - 700 d.C.). Este proyecto se complementa espacialmente y en objetivos con el proyecto Geografía Histórica del Norte de la Cuenca dirigido por Arqlo. Osvaldo Sterpone del Centro Regional Hidalgo del INAH.

En el yacimiento de La Sierra de Las Navajas, posteriormente a la explotación teotihuacana (*circa* 200 – 650 d.C.) la cultura tolteca (950 - 1100 d.C.) también aprovechó la obsidiana como un material indispensable para la producción en general y la religión. Más tarde el imperio militar azteca, formado por la Triple Alianza de Tenochtitlan, Texcoco y Tacuba (1325 - 1428 - 1521 d.C.), continuo utilizando ampliamente la obsidiana verde-dorada del yacimiento de La Sierra de Las Navajas (Pachuca). Los restos materiales derivados de esta larga secuencia de explotación durante más de mil años, se encuentran actualmente en el yacimiento, constituyendo una compleja estratigrafía compuesta por desechos de extracción minera a cielo abierto y a profundidad, además de las evidencias de actividades de talla que formaron grandes talleres, los cuales se mezclaron espacialmente con las actividades habitacionales que se realizaron en los campamentos mineros.

Para la Triple Alianza, se propone que el proceso de trabajo en general de explotación, talla, transporte y distribución de la obsidiana de instrumentos, armas y objetos religiosos, requirió de una organización y control permanente por parte de los estados

de Tenochtitlan y Texcoco, con base en un control político, cultural y militar de la región del yacimiento de la Sierra de las Navajas. Así, la fuerza de trabajo utilizada en la extracción minera, en la talla y en el transporte, se efectuó bajo un sistema tributario. Sin embargo, el proceso de trabajo fue controlado por el estado, por lo que el tributo fue el trabajo y no los productos de obsidiana; el suministro de la obsidiana fue un proceso interno del estado administrado por la nobleza militar (Pastrana, 1998:187).

En el caso de Tula, Charlton y Spence (1982:67 y s) plantean que tal vez el estado tolteca reorganizó el sistema central de Tepeapulco, enfocándose sobre todo en la explotación de las fuentes de Pachuca, Otumba y Tecocomulco, en un contexto regional en el cual no todos los productos fueran enviados a Tula. Quizá la obtención de la obsidiana se realizó por medio de expediciones, conducidas en periodos cortos, a las áreas donde se localizaban estas fuentes.

Healan (1993:457) considera que la producción local de navajas prismáticas en Tula perteneció a un sector privado de especialistas artesanales, que llevaron a cabo casi en su totalidad todos los aspectos del suministro de obsidiana hacia sus talleres, incluyendo los viajes a los yacimientos o patrocinándolos, con el fin de adquirir núcleos subprismáticos de los talleres localizados cerca de los yacimientos o de mercados que llegaban a Tula. Este autor estima que el estado no tuvo una participación significativa en la producción e intercambio local de obsidiana (Healan 1993: 459, 463); sin embargo, en la producción no local de esta materia prima, las élites del estado tolteca probablemente convenían con las cabeceras de los pueblos subyugados cuotas de producción impuestas por el sistema estatal, bajo la forma de tributo en producto.

En este sentido, Healan (1986:147 y s) sugiere que el tipo cerámico Mazapa Líneas Ondulantes es un indicador de la presencia de inmigrantes que llegaron a establecerse en el flanco este de El Salitre, cuando todavía esta zona era un terreno erosionado, no adecuado para la agricultura, y Tula todavía era un asentamiento pequeño. Nos referimos al diagnóstico del Clásico Terminal y del Posclásico Temprano de los sitios de la Cuenca de México y del Valle de Teotihuacan encontrados en los talleres de Tula, en donde se tallaron los núcleos prismáticos. Probablemente estos pobladores fueron incorporados física y culturalmente al patrón urbano por la expansión de la ciudad, con el reemplazamiento gradual de su cerámica por los tipos definidos ya como toltecas, como Jara Anaranjado Pulido, Joroba Naranja sobre Crema, Macana Rojo sobre Café.

Desde los trabajos de Spence (1981) para Teotihuacan; de Healan (1986,1989, 1983 et al.), en Tula; y los de Pastrana (1998), para la Triple Alianza, el análisis de la distribución de la obsidiana fue propuesta como un indicador importante para detectar

las actividades productivas y la división general del trabajo, como un acercamiento para caracterizar el grado de desarrollo del estado. Spence (1981:777 y s) propone que en Teotihuacan la obsidiana de la Sierra de las Navajas fue adquirida, transportada y distribuida a los talleres de manufactura por el sistema estatal. Recientemente, en la Sierra de las Navajas se ha encontrado un asentamiento teotihuacano dedicado a la explotación, talla y uso de instrumentos, además de la producción de puntas de proyectil y objetos religiosos (Pastrana y Sterpone 2005). Esta información permite plantear un modelo de distribución de la obsidiana de Teotihuacan en el cual el yacimiento es parte integral del territorio teotihuacano a partir de las fases Tlamimilolpa y Xolalpan, con un control directo del estado teotihuacano.

Las hipótesis planteadas con respecto a la intervención del estado en el suministro de la obsidiana para la Triple Alianza, Tula y Teotihuacan, comprenden desde un control de la explotación en el yacimiento hasta el manejo autónomo por comunidades locales no ligadas directamente al estado. Los planteamientos anteriores son los siguientes:

- a) En el caso de la Triple Alianza, el estado tuvo un dominio completo sobre el proceso de explotación minera: la primera fase de talla en la Sierra de las Navajas, del transporte de las preformas; de la segunda, en los talleres de los centros de población de la cuenca de México y de la distribución local, bajo un sistema tributario del trabajo y no de los productos.
- b) Healan (1993:457) propone que un sector privado de especialistas artesanales en Tula controló la producción local de navajas prismáticas desde el suministro de obsidiana hasta sus talleres, por medio de expediciones hacia los talleres cercanos a las fuentes de obsidiana; o bien, que adquirían los núcleos de los mercaderes que llegaban a Tula. Para la distribución de obsidiana a regiones fuera del área de Tula, Healan (1993:460, 463) menciona que el estado tolteca tampoco tuvo un control directo sobre la explotación de obsidiana; la obtenía a través del tributo de poblaciones bajo su dominio ubicadas en las proximidades al yacimiento.
- c) Spence (1981:784-786) sugiere que en Teotihuacan la obsidiana a nivel regional estuvo administrada y controlada por el estado, y a nivel local quizás operó de manera más autónoma. Pastrana y Sterpone (2005) plantean a partir de trabajos recientes que el estado teotihuacano estableció en el yacimiento una asentamiento artesanal dedicado a la extracción y elaboración de instrumentos y armas, además de una producción intensiva posiblemente de artefactos de madera, resina y fibras vegetales, aprovechando la disponibilidad del instrumental de obsidiana en el yacimiento.

Cuadro cronológico: explotación de obsidiana

	PRECLÁSICO	?	Explotación de obsidiana local y para la Cuenca de México.
CERAMICA TEOTIHUACANA	FASE TLAMIMILOLPA	200 350 ?	Explotación de obsidiana para TEOTIHUACAN y posiblemente otras áreas de suministro.
CERAMICA TOLTECA	TOLLAN	950	Explotación de obsidiana para TULA y posiblemente otras áreas de suministro.
CERAMICA AZTECA II Y III	ACAMAPIXTLI HUITZILIHUITL CHIMALPOPOCA IZCÓATL	1150-1200 1375-1395 1396-1417 1417-1427 1427-1440	I. Explotación de obsidiana para TEXCOCO posiblemente como tributo
CERAMICA AZTECA III Y LOCAL	MOCTEZUMA I AXAYACATL TIZOC AHUIZOTL MOCTEZUMA II	1440-1469 1469-1481 1481-1486 1486-1502 1502-1521	II. Explotación de obsidiana para TEXCOCO y TENOCHTITLAN por la TRIPLE ALIANZA.
CERAMICA AZTECA IV			III. Explotación de obsidiana para TEXCOCO y TENOCHTITLAN por la TRIPLE ALIANZA y tributación de otros productos.
			Explotación colonial de obsidiana PRECAPILLA FRANCISCANA Distribución local.
		1528	Explotación colonial de obsidiana CAPILLA FRANCISCANA Distribución local.
CERAMICA AZTECA IV Y COLONIAL	Explotación colonial de oro y plata	1540	Explotación colonial de obsidiana POSCAPILLA FRANCISCANA Distribución local.
		1580	Explotación colonial de obsidiana ESPORÁDICA Distribución local.
		1620	
		1720	
		?	

Bibliografía

- BRETON, Adela
1905 "Some obsidian workings in Mexico" en *Proceedings of the XIII International Congress of Americanists*: 265-268. New York.
- CARRASCO, Pedro
1978 "La economía del México prehispánico" en *Economía política e ideología en el México prehispánico*, editado por Pedro Carrasco y Johanna Broda, pp. 13-76. Editorial Nueva Imagen, México. CISINAH.
- CRUZ, Rafael
1994 *Análisis arqueológico del yacimiento de obsidiana de Sierra de Las Navajas, Hgo.* Colección Científica 281. México, D.F. INAH.
- CHARLTON, Thomas H. y Michael W. SPENCE
1982 "Obsidian Exploitation and Civilization in the Basin of Mexico" en *Mining and Mining Techniques in Ancient Mesoamerica*, editado por Phil C. Weigand y Gretchen Gwynne, pp. 7-86. Edición Especial. State University of New York, Stony Brook.
- DANEELS, Annick y Fernando A. MIRANDA
1999 "La industria prehispánica de la obsidiana en la región de Orizaba" en *El valle de Orizaba*, editado por Carlos Serrano y Agustín García, pp. 27-60. UNAM, Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana, H. Ayuntamiento de Orizaba, México
- DOMÍNGUEZ, Silvia
2004 *Estudio preliminar sobre la explotación tolteca en La Sierra de Las Navajas*. Tesis de licenciatura (inédita), Universidad de Las Américas, Puebla, México.
- DOMÍNGUEZ, Silvia y Alejandro PASTRANA
2006 "Estudio preliminar sobre la explotación tolteca en La Sierra de Las Navajas" en *Cuicuilco Nueva Época* 13 (36): 97-138
- FERNÁNDEZ, Enrique
1986 *Nivel de producción y especialización artesanal en un taller de producción de artefactos líticos en Tula, Hidalgo*. Tesis de licenciatura (inédita), México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- HEALAN, Dan
1986 "Technological and Non-Technological Aspects of an Obsidian Workshop Excavated at Tula, Hidalgo" en Barry Isaac (editor), *Research in Economic Anthropology, supplement 2. Economic Aspects of Prehispanic Highland Mexico*, pp. 133-152. Greenwich, Connecticut: JAI Press.
- 1989 *Tula and the Toltecs*. Iowa City: University of Iowa Press.
- 1993 "Local Versus Non-Local Obsidian Exchange at Tula and its Implications for Post-Formative Mesoamerica" en *World Archaeology* 24 (3): 449-466.
- 2003 "From the Quarry Pit to the Trash Pit: Comparative Core-Blade Technology at Tula, Hidalgo, and the Ucareo Obsidian Source Region" en Kenneth G. Hirth (editor), *Mesoamerican Lithic Technology*, pp. 153-169. Salt Lake City: The University of Utah Press.
- HEALAN, Dan, Janet M. KERLEY y George J. BEY III
1983 "Excavations and Preliminary Analysis of an Obsidian Workshop in Tula Hidalgo, México" en *Journal of Field Archaeology* 10 (2): 127-145.

- HOLMES, W. H.
1900 "The Obsidian Mines of Hidalgo, Mexico" en *American Anthropologist* 2 (3): 405-416.
- HUMBOLDT, Alexander Von
1966 [1810] *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España.*, México: Editorial Porrúa (Sepan Cuántos 39).
- JIMÉNEZ MORENO, Wigberto
1941 "Tula y los toltecas según las fuentes históricas" en *Revista mexicana de estudios antropológicos* 5: 79-83.
1953 "Tula, ciudad de Quetzalcoatl. Ponencia presentada en Tula de Allende, Hgo.", en *Cámara Nacional de Comercio*, pp. 7-22. Departamento de Publicidad de la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio.
1959 "Preponderancia militarista en el Centro de México" en Carmen Cook de Leonard (coordinadora), *Esplendor del México Antiguo*, pp. 1091-1095. México: Centro de Investigaciones Antropológicas.
- LAILSON, Becket
2003 *Estudio arqueológico de un conjunto de campamentos aztecas en La Sierra de Las Navajas*. Tesis de licenciatura (inéedita), México. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- MASTACHE, Guadalupe A. y Robert H. COBEAN
1985 "Tula" en Jesús Monjarás, Rosa Brambila y E. Pérez Rocha (editores), *Mesoamérica y el Centro de México*, pp. 273-303. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Biblioteca No. 3).
1989 "The Coyotlatelco Culture and the Origins of the Toltec State" en Richard A. Diehl y Janet C. Berlo (editores), *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan: A.D. 700-900*, pp. 49-67. Washington: Dumbarton Oaks,
2000 "Ancient Tollan: the Sacred Precinct" en *Res* 38: 100-133.
2003 "Urbanismo en Tula" en William T. Sanders, A. Guadalupe Mastache y Robert H. Cobean (editores), *El urbanismo en Mesoamérica* vol. 1, pp. 218-255. Instituto Nacional de Antropología e Historia - Pennsylvania State University.
- NICHOLS, L. Deborah, Mary Jane MCLAUGHLIN y Maura BENTON
2000 "Production intensification and regional specialization" en *Ancient Mesoamerica*. 11: 267-291.
- ORDOÑEZ, Ezequiel
1900 "Las rhiolitas de México, primera parte" en *Boletín del Instituto Geológico de México* 15.
1901 "Las rhiolitas de México, segunda parte" en *Boletín del Instituto Geológico de México* 15.
- PASTRANA, Alejandro
1991 "Itzepec, Itzteyoca, Itzla... Distribución mexicana de obsidiana" en *Arqueología* 2a. Época 6: 85-100.
1998 *La explotación azteca de la obsidiana en La Sierra de Las Navajas*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Científica 383).
2001 *Proyecto Yacimientos de Obsidiana Temporada de Campo 2000. Informe técnico al Archivo del Consejo de Arqueología*, Mecanuscrito en archivo, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
2002 *Proyecto Yacimientos de Obsidiana Temporada de Campo 2001. Informe técnico al Archivo del Consejo de Arqueología*, Mecanuscrito en archivo, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

- 2003 *Proyecto Yacimientos de Obsidiana Temporada de Campo 2002. Informe técnico al Archivo del Consejo de Arqueología*, Manuscrito en archivo, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 2004 *Proyecto Yacimientos de Obsidiana Temporada de Campo 2003. Informe técnico al Archivo del Consejo de Arqueología*, INAH. Manuscrito en archivo, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 2005 *Proyecto Yacimientos de Obsidiana Temporada de Campo 2004. Informe técnico al Archivo del Consejo de Arqueología*, INAH. Manuscrito en archivo, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 2006 *Proyecto Yacimientos de Obsidiana Temporada de Campo 2005. Informe técnico al Archivo del Consejo de Arqueología*, INAH. Manuscrito en archivo, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- PASTRANA, Alejandro e Ivonne ATHIE
- 2001a «Obsidian» en David Carrasco (editor), *The Oxford Encyclopaedia of Mesoamerican Cultures*, Vol. 2, pp. 399-400. Oxford University Press.
- 2001b «Obsidian: Properties and Sources» en Susan Toby Evans y David L. Webster (editores), *The Archaeology of Ancient Mexico and Central America: An Encyclopaedia*, pp. 546-551. New York: Garland Publishing, Inc.,
- PASTRANA, Alejandro y Enrique FERNÁNDEZ
- 1990 “Los estudios líticos en Tula, Hidalgo, Una revisión” en Federica Sodi (coordinadora), *Mesoamérica y el Norte de México, siglos IX-XII*, pp. 595-605. México: Museo Nacional de Antropología □ Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- PASTRANA, Alejandro y Osvaldo STERPONE
- 2005 “Explotación teotihuacana en la Sierra de las Navajas: Fases Tlamimilolpa y Xolalpan”, ponencia presentada en la *Cuarta Mesa Redonda de Teotihuacan*, México.
- PASTRANA, Alejandro y Patricia FOURNIER
- 1998 “Explotación colonial de obsidiana en el yacimiento de Sierra de Las Navajas” en Enrique Fernández Dávila y Susana Gómez Serafin (coordinadores), *Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica, Memoria Oaxaca 1996*, pp. 486-496. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- SÁNCHEZ, M. Guadalupe. y Alejandro PASTRANA
- 1994 “Sobre un taller de raspadores, navajas prismáticas y excéntricos en el yacimiento de La Sierra de Las Navajas, Hidalgo” en Enrique Fernández (coordinador), *Simposium sobre arqueología en el estado de Hidalgo. Trabajos recientes 1989*, pp. 69-79. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Científica 282).
- SPENCE, Michael W.
- 1967 “The obsidian Industry of Teotihuacan” en *American Antiquity* 32 (4): 507-514.
- 1981 “Obsidian Production and the State in Teotihuacan” en *American Antiquity* 46 (4): 769-788.
- STERPONE, Osvaldo
- 2001 *Geografía histórica: investigación acerca del urbanismo, demografía y medio ambiente en el norte de la cuenca de México*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia. Archivo del Consejo de Arqueología.
- STOCKER, Terrance y Michael SPENCE
- 1973 “Trilobal Eccentrics at Teotihuacan and Tula” en *American Antiquity* 38 (2): 195-199.



Tula: en las fuentes y la arqueología

Luis Manuel Gamboa Cabezas
Nadia V. Vélez Saldaña¹

La Zona Arqueológica de Tula se localiza en el Municipio de Tula de Allende, Estado de Hidalgo, entre los meridianos de coordenadas 9919'12" y 9920'37" de longitud oeste y entre los paralelos de 2003'36" y 2004'29" de latitud norte (Cartografía Tula de Allende, con clave E14C88) (Fig. 1).

En el aspecto físico se encuentra en la Provincia Fisiográfica del Sistema Neovolcánico Transmexicano (Eje Neovolcánico), dentro de la subprovincia de la Altiplanicie Mexicana, perteneciendo a la Meseta Central o del Anáhuac. Presenta una altitud que en su máxima es de 2,080 m.s.n.m. y la mínima de 2,040 m.s.n.m.

La hidrología comprende parte de la Cuenca del Río Pánuco, el cual nace en Almoloya del Río, en el Estado de México. De ahí pasa por la Ciudad de México, después pasa por el Gran Canal de Desagüe, pasando al Canal de Tequixquiac y por ultimo al Tajo de Nochistongo. Durante este trayecto recibe algunos arroyos, que forman parte de la región del Río Tula.

El clima que predomina es seco semiárido, templado con lluvias en verano (BS1kw(i)gw"), con poca oscilación térmica entre los 5° y 7° C, se presenta canícula o sequía de medio verano o sequía intraestival, la temperatura

¹ Zona Arqueológica de Tula INAH

media anual es de 17.5° C, la máxima de 20.3 C en mayo y la mínima de 13.8° C en enero; la precipitación total anual es de 618.7 mm., la menor cantidad es de 6.3 mm en febrero y la mayor con 117.1 mm en julio.

En lo biológico destaca el matorral xerófilo, matorral espinoso, nopalera y pastizal natural. En fauna silvestre están reportadas las serpientes de cascabel, lagartijas, pequeños roedores y diversas aves.

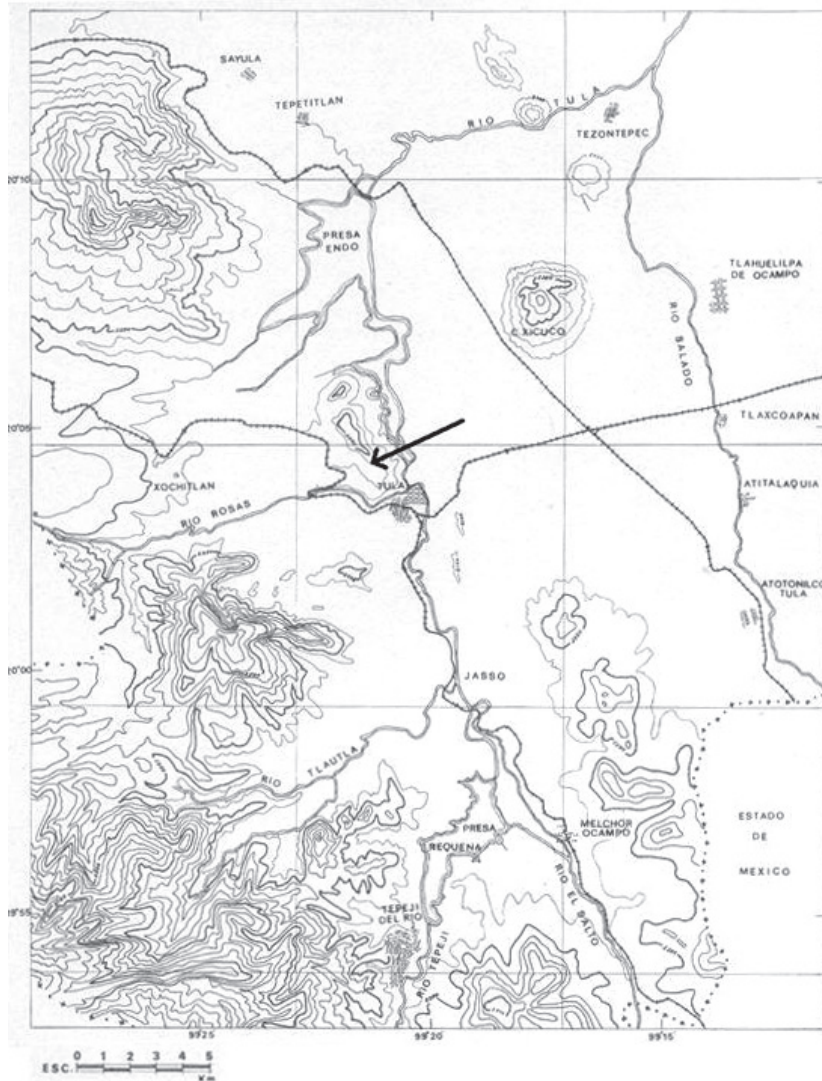


Figura 1. Ubicación de la Zona Arqueológica de Tula (Tomado de Matos 1974: 79; Fig. 1)

Tula en las fuentes históricas

Un término que se confunde entre el mito y la historia es el de “*tolteca*”. Esto se debe por que a la llegada de los españoles, el término tolteca era usado para designar el origen entre los pueblos nahuatlacas. La idea surge por que se pensaba que los toltecas fueron grandes constructores que dejaron como legado arquitectura y escultura.

La localización de la ciudad en donde los toltecas plasmaron majestuosidad y belleza se encuentra mencionada en los Anales de Cuauhtitlan y en el Códice Chimalpopoca (1570). Dicha ciudad era nombrada como Tollan, que significa el “*Lugar de Cañas*”.

Pensadores desde el siglo XVII al XVIII, suponían que las ruinas de Teotihuacan, Cholula o Chichen Itza; podría ser la ciudad de las fuentes históricas. De esta manera Fray Juan de Torquemada en su “*Monarquía India*” señala que Teotihuacan fue el centro de los toltecas y que su fundación fue por los totonacas; esta información es repetida por Francisco Xavier Clavijero en su “*Historia Antigua de México*” mencionando que la dinastía dura del 667 al 1031, que corresponde a reinados que duraban ciclos de 52 años.

Alejandro Humbolt en “*Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*”, menciona en una visita hecha a Teotihuacan, que los originarios atribuyen la construcción de las pirámides a los toltecas. La idea de que Tollan es Teotihuacan fue sostenida por diversos eruditos e investigadores a través del tiempo. No es hasta la intervención de Deseiré Charnay, entre 1857 y posteriormente en 1882, que al estar explorando varios edificios en las ruinas del tesoro, hoy Tula arqueológica, hace la propuesta que estas corresponden con las mencionadas en las fuentes (López 1988: 272).



Figura 2. El cerro Xicuco mencionado en las fuentes se corona al norte de la Zona Arqueológica de Tula.

La hipótesis de que Tula histórica es la que existe en Hidalgo fue sostenida por Wigberto Jiménez Moreno (1941), quien a través de un estudio comparativo de las fuentes históricas y de los nombres geográficos existentes en el Valle de Tula, Hidalgo, logro identificar en ambos casos nombres y lugares como Cincoc, Xippacoyan, el cerro Xicococ, entre otros.

El debate que le siguió en cuanto si Tula de Hidalgo era la de la fuente, fue expuesto en una mesa redonda en la Sociedad Mexicana de Antropología efectuada entre el 11 al 14 de julio de 1941. El tema de la reunión consistió en discutir si la Tula histórica correspondía con los vestigios que se encontraban en el Tesoro (López 1988: 273), en la cual la votación fue lo que decidió llegando al acuerdo que Teotihuacan no era la Tollan de las fuentes y que la Tula arqueológica si correspondía a la histórica.

Tula en los datos arqueológicos

En cuanto a las periodificación para Tula, Richard Diehl (1983), la formuló a partir de los trabajos clasificatorios sobre cerámica por medio del sistema tipo-variedad efectuados por Cobean (1990). En el cuadro uno se puede apreciar como las fechas sobre el desarrollo histórico cultural sobre Tula inician por el 700 d. C., hasta el momento del contacto; siendo la fase Tollan el momento de máximo apogeo.

A partir de nuevas periodificaciones basadas en fechamientos por radio-carbón en la Cuenca de México, se ha logrado un reajuste, en el cual varias fases han bajado en cuanto a sus fechas (Tlamimilopa, Xolalpan, Metepec y Coyotlatelco). A pesar de esto todavía se sigue utilizando la propuesta de René Millon (1981); la cual ha sido modificada diversas veces por Evelyn Rattray (2001).

Dichos reajustes han afectado las secuencias culturales que se han establecido en otras regiones entre estas la de Tula. De esta manera la fase Prado corresponde del 650 al 750 d. C.; la fase Corral de 750 al 850 d. C.; la fase Corral Terminal entre 850 al 900 d. C.; la fase Tollan del 900 al 1150 d. C.; la fase Fuego de 1150 al 1350 d. C.; la fase Palacio del 1350 al 1520 d. C. (Mastache, Cobean y Healan 2002: 43, Tabla 3.3). Es de notarse que los reajustes cronológicos siguen en proceso de ahí que la fase Tollan es factible que se subdivida en Temprana y Tardía (Ibidem).

La historia cultural de la región de Tula, comienza con la presencia de ocupaciones pertenecientes al Formativo tardío (400-150 a.C.), las cuales no han sido estudiadas de manera sistemática, por lo que se desconoce su expresión formal, a pesar de esto se han reportado figurillas y cerámicas de estilo Chipícuaro que se relacionan con materiales de la fase Ticoman (Cobean 1982: 188).

Cuadro 1. Cronología tomada de Mastache, Cobean y Healan (2002: 44, Tabla 3.2)

<i>Approx. Date</i>	<i>Rattray 2001: Teotihuacan/ Basin of Mexico</i>	<i>Teotihuacan Valley (Names)</i>	<i>Teotihuacan Valley (Numbers)</i>	<i>Tula Region</i>
1500		Teacalco	Aztec IV	Tesoro
1400	LATE POSTCLASSIC	Aztec	Aztec III	Palacio
1300		Aztec	Aztec II	
1200		Aztec	Atlatongo	Fuego
1100	EARLY POSTCLASSIC		Mazapan	
1000		Mazapan	Mazapan	Tollan
900			Coyotlatelco	
	EPICLASSIC			Terminal Corral
800		Coyotlatelco	Proto-Coyotlatelco	Corral
700			Teotihuacan IV	Prado
600	CLASSIC	Metepec	Teotihuacan IIIa	La Mesa
500			Teotihuacan III	Chingu
400		Xolalpan	Teotihuacan IIa-III	Classic
300			Teotihuacan IIa	
200		Tlamimilolpa		
		Miccaotli	Teotihuacan II	
100	TERMINAL FORMATIVE	Tzacualli	Teotihuacan Ia	Terminal Formative
0			Teotihuacan I	
B.C. 100		Patlachique Tezoyuca		
200		Ticomán IV	Proto-Teotihuacan I	
300	LATE FORMATIVE	Ticomán III	Late Cuanalan	Tepeji
400		Ticomán II	Middle Cuanalan	
500		Ticomán I	Early Cuanalan	
600				
	MIDDLE FORMATIVE	Zacatenco		
700			Chiconautla	
800				

A diferencia de lo anterior, se han reportado diversos sitios ocupados por teotihuacanos durante la fase Tlamimilolpa (200- 350 d. C.); la hipótesis que se ha propuesto sobre su presencia es que dicha región de Tula estaba integrada al sistema sociopolítico y económico del estado teotihuacano (Mastache y Cobean 1985: 274). En el caso de la Cuenca de México, hemos observado que los asentamientos reproducen modos de vida y cultura material teotihuacana, la importancia de estos asentamientos es que se apropian y producen recursos que son distribuidos en Teotihuacan.

Los sitios teotihuacanos en la región de Tula presentan una jerarquía por lo menos en tres niveles, en los que se reproducen los mecanismos de control político y económico del estado teotihuacano. En el análisis de la cultura material se reporta cerámica similar a la teotihuacana y el consumo de obsidiana proveniente de de la Sierra de las Navajas o de Otumba; estos últimos yacimientos controlados por el estado teotihuacano (Torres et al 1999: 77).

La presencia de materiales culturales similares a los teotihuacanos en la región de Tula, han permitido proponer una interacción directa con Teotihuacan, de ahí que la presencia de estos sitios en la región es el resultado de la expansión del estado teotihuacano, con el propósito de controlar y obtener nuevos recursos (Mastache y Crespo 1976: 10).

En la fase Corral (750- 850 d.C.) el patrón de asentamiento cambia, al igual que la cerámica Coyotlatelco, la cual presenta características particulares, que la hacen diferente comparada con las de la Cuenca de México. Al respecto se ha propuesto que la reducción de los sitios teotihuacanos se debe a un decremento poblacional que indicaría problemas que tenía el estado teotihuacano que repercute en sus regiones periféricas afectando al sistema sociopolítico y económico (Mastache y Cobean 1985: 274).

Con una disminución poblacional en la región de Tula durante la fase Prado (650-750 d.C.), es notorio como los nuevos sitios que se reportan comprenden poblaciones Coyotlatelco, los cuales se asientan sobre las partes altas de cerros y mesas; las zonas ambientales que ocupan son distintas a las de los sitios relacionados con Teotihuacan (Mastache y Cobean 1985). Si bien el patrón de asentamiento que se presenta indicaría una intrusión de los asentamientos Coyotlatelco con lo teotihuacanos, esto no necesariamente corresponde con una contemporaneidad, sino que hay un discontinuidad en las ocupaciones.

A pesar de tal propuesta a través de las excavaciones realizadas en Tula Chico y con otros sitios Coyotlatelco, se ha concluido que las ocupación se dio entre el 600 y el 700 d.C., siendo estas contemporáneos de la última etapa de ocupación de los sitios teotihuacanos (Mastache y Cobean 1990: 10). Charlton y Nichols (1997: 190-192), han evaluado el complejo cerámico Coyotlatelco mencionado que puede ser contemporáneo con el último periodo de dominio de Teotihuacan (600-650 d.C.) y persiste hasta el surgimiento de Tula.

Hasta el momento la explicación más plausible sostiene que Tollan fue construida sobre los cimientos de una antigua fundación atribuida a la cultura Coyotlatelco: *"...en el lugar donde fue construido el recinto sagrado, probablemente debe haber habido un centro Coyotlatelco correspondiéndose con la etapa inicial del desarrollo de la ciudad, es decir, una ocupación contemporánea con Tula Chico, sobre la cual se construyó el centro monumental de la Fase Tollan (Mastache y Crespo 1982, Diehl 1983, Cobean 1994...)"* (Mastache, Cobean y Healan 2002:89).

De esta manera el antecedente inmediato de la formación del estado tolteca comprende la aparición de unidades políticas que se encontraban ocupando provincias en la región, dichos asentamiento se caracterizan por estar compuestos por una población Coyotlatelco (Cobean 1982). Al desintegrarse el estado teotihuacano surgen dichas unidades políticas, el problema que se observa es que al estar las unidades fragmentadas falta entre los asentamientos integración política y socio económica que permita una homogeneidad; de ahí que se ha propuesto que el estado tolteca aun no existía (Mastache y Cobean 1990: 22).

Se ha propuesto que las unidades políticas Coyotlatelco presentan una inestabilidad política con el desarrollo de centros locales, posiblemente autónomos y ubicados en posiciones defensivas (Mastache y Cobean 1985); existe otra propuesta en donde se sugieren relaciones pacíficas, con estructuras económicas integrativas, responsables de la distribución del complejo cerámico Coyotlatelco (Cervantes y Torres 1991).

La ciudad de Tula fue fundada en el siglo VIII, con una duración de más de cuatro siglos, es uno de los principales centros urbanos en Mesoamérica cuyo origen surge entre el 650 y 850 d. C.; es decir durante la fase del complejo cerámico Prado (650- 750 d.C.) y Corral (750- 850 d.C.); dicha ciudad tiene como antecedentes dos sitios principales: Magoni y Tula Chico.



Figura 3. Planificación de Tula Chico

(Tomado de Mastache, Cobean y Healan 2002: 75, Figura 4.12).

En el caso del primero, Mastache y Cobean (1985: 279) hacen mención que la extensión del sitio no lo caracteriza como urbano debido a la baja densidad poblacional y escasa complejidad; además es más temprano a Tula Chico, este último por su tamaño y complejidad sí es considerado como urbano, de ahí que se ha propuesto como la primera etapa en el desarrollo urbano de Tula². En contraposición de la propuesta anterior, Sterpone y Equihua (2000) han propuesto que el origen del urbanismo comienza de oeste a este comenzando en el cerro Magoni, después en Tula Chico y al final en Tula.

En la fase Corral (750- 850 d.C.) el asentamiento de Tula incrementa con la presencia de una serie de estructuras que se extendían entre 5 y 6 km², de ahí que se ha estimado una población aproximadamente de 25 000 habitantes (Diehl 1983:43). En estos momentos el recinto principal corresponde a Tula Chico y Tula Grande.

El recinto de Tula Chico se puede considerar que fue un área monumental de un asentamiento urbano, ya que contaba con una diversidad de construcciones que cumplían diversas funciones, desde ceremoniales a públicos (Diehl 1983: 45); de ahí que se supone llegó a tener una estratificación social que se infiere por la calidad de las construcciones habitacionales; por otra parte la presencia de algunos talleres artesanales nos indican una especialización (Mastache y Cobean 1985: 279).

Es probable que la separación de los recintos ceremoniales tuviera un origen por conflictos internos por medio de grupos étnicos; esto trae consigo el surgimiento de Tula Grande como Centro Regional y el abandono de Tula Chico (Diehl 1983: 45 - 46). En contraposición el recinto de Tula Grande, para la fase Corral (750- 850 d.C.) se había pensado en un inicio que correspondía a una etapa más tardía. De hecho las estructuras expuestas en nuestros días, a si lo confirman, solo que a través de varias exploraciones hechas por Acosta (1945), se obtuvieron datos que permiten plantear que varias de las construcciones están por encima de edificios más tempranos³ (Acosta 1947- 48: 6-9).

Diehl (1983), propone que durante la fase Corral (750- 850 d.C.) hay dos zonas monumentales que funcionaban como centros administrativos y ceremoniales, de las cuales una es Tula Chico y la segunda en Tula Grande correspondiente a las primeras construcciones que se edificaron. De esta manera se sugiere: "...que hubiera un segundo recinto ceremonial en el lugar que actualmente se encuentra la plaza principal de la Fase

2 El proceso de urbanismo que se ha definido para Tula Chico involucra aspectos que se relacionan con una densidad de población alta, planeación y ordenamiento urbano, orientación en sus edificios, así como una estructura interna compleja (Mastache y Cobean 1985).

3 Sterpone y Equihua al efectuar una excavación, al norte del Cuarto 4 del Palacio Quemado, se localizó parte de una gran plataforma de dos cuerpos en talud que eran rematados con cornisa (Sterpone y Equihua 2000: 79). De esta manera se confirma que hay construcciones más tempranas a las expuestas en nuestros días.

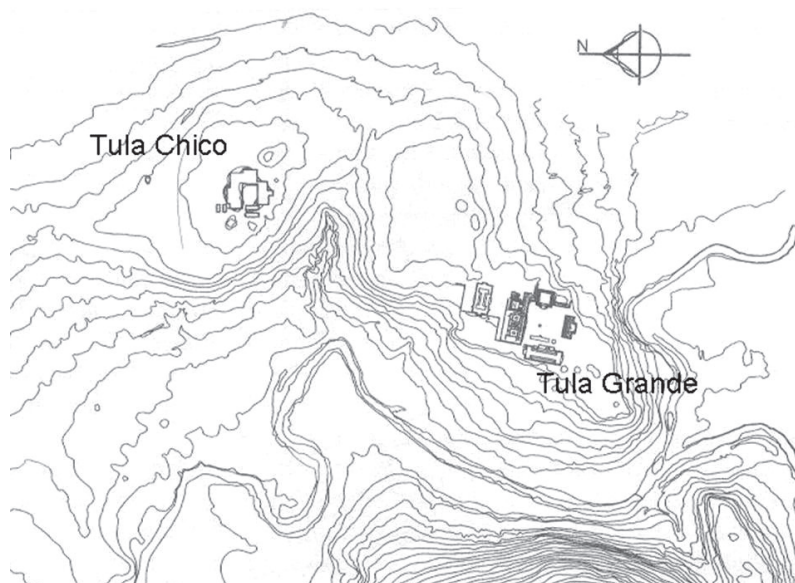


Figura 4. Ubicación de los recintos de Tula Chico y Tula Grande (Modificado de Mastache, Cobean y Healan 2002: 83, Figura 5.3).

Tollan. La orientación del sistema de terrazas que circunda esa elevación es la misma que la de Tula Chico, y Acosta (1945, 1956-57) encontró cerámica Coyotlatelco en la estructura inferior del Palacio Quemado...” (Mastache y Crespo 1982: 23).

El urbanismo surge exclusivamente bajo una forma de organización estatal (Mastache y Cobean 1985 y Yadeun 1975) 4. De ahí que se ha propuesto que Tula para el 800 d. C., ya presenta una organización estatal, el cual se define por un complejo llamado Tula Chico-Tula Grande (Guevara 2003). La propuesta se basa en el surgimiento de un mayor nivel de organización e integración política, que se infiere por la extensión que tenía Tula de 5 y 8 km²; el cual posteriormente para el año 900 d. C., se extiende a unos 13 km², y hacia el año 1000 d.C. unos 15 km² (Diehl 1983: 58).

En la fase Corral Terminal (850- 900 d.C.) surge un proceso de transición en donde se da una mezcla de complejos cerámicos entre la fase Corral y Proto Tollan. La fase Tollan (900- 1150 d.C.) representa la máxima expansión y desarrollo del estado tolteca, llega a su máxima extensión, ocupando un área de entre 15 y 16 km², estimando una

4 Un problema que se ha observado es de índole causal, ya que no se han determinado los factores del desarrollo de la forma de organización que permitan determinar el carácter del estado tolteca (Guevara 2003).

población de 60 000 a 80,000 habitantes, con una densidad de entre 3,750 a 5,000 habitantes por km² distribuidos en más de 1,000 grupos de casas (Diehl 1983: 58; Noguez 1995: 203).

El recinto principal de Tula Grande se erigió sobre una plataforma terraceada que abarca un área de 192,500 m². Sobre la misma plataforma se encuentran los principales edificios expuestos en nuestros días. Entre estos se pueden mencionar dos basamentos piramidales, tres palacios, tres juegos de pelota, varias estructuras de menor tamaño; entre los que destacan un adoratorio y un Tzompantli (Fig. 4).

Una de las importancias que tuvo Tula es que se conectó con redes de intercambio a nivel panmesoamericano. Diehl (1983) propone que esto se debe a guerreros- comerciantes de tipo pochteca. El comercio incluyó cerámicas policromas y tohil plumbate provenientes de Centroamérica; cerámicas finas de la parte central de Veracruz; cerámicas de tipo *plane relieve* de la zona Maya; cerámicas Pánuco de la costa norte (sur de Tamaulipas y norte de Veracruz). En el suroeste de Estados Unidos y el área del occidente se obtenían cuarzos, turquesas, serpentina, rocas de cristal, mica, amatista y cinabrio. De Michoacán, Nayarit y Colima se obtenían metales de cobre de tipo ornamental como son los cascabeles (Diehl 1983: 140- 157, Cobean, 1994: 15).

Es durante esta fase, que se da una producción especializada (Mastache y Cobean 1985). Por ejemplo se tiene el caso de una materia prima que se ha explotado desde épocas más tempranas y que fue controlado por el estado teotihuacano, como la obsidiana. Se ha propuesto que su presencia se relaciona con importantes actividades económicas que se suscitaron a través del tiempo (Pastrana 1990: 251), ya que se han explorado conjuntos habitacionales que se encuentran asociados a la producción de artefactos líticos, en especial en la manufactura de navajas prismáticas para actividades domésticas (Fernández 1986; Healan 1990: 327). De ahí que el trabajo de obsidiana en Tula fue esencialmente una industria doméstica (Healan 1986: 143-145). En cuanto a la procedencia de la obsidiana el 90% provenía de la sierra de Pachuca, y el 10% restante de otros yacimientos.

También hay la especialización en la producción de cerámica. Al sureste del área urbana de Tula, se identificó un área de producción cerámica, que abarca una extensión aproximada de 1.5 km². En dicho lugar se excavó mediante un rescate arqueológico una zona de producción de cerámica, asociada con estructuras habitacionales (Hernández et al. 1999: 69). Esto hizo suponer que la producción alfarera estuvo organizada por medio de barrios en los cuales se elaboraba la mayoría de la cerámica utilizada por los pobladores del asentamiento urbano. En el taller que se excavó, presentó cerámicas de uso para servicio de las diversas clases que se usaron en otros sectores (Hernández et al. 1999: 81).

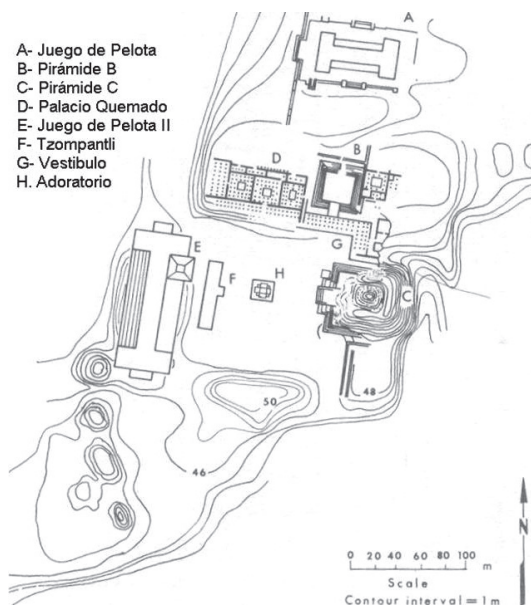


Figura 5. Distribución de los principales edificios de Tula Grande
 (Tomado de Diehl 1983: 61, Figura 12)

A manera de conclusión

Durante el 1050 d. C., Tula era la gran capital del Altiplano Central, que consistía de una extensa ciudad de casi 16 km² (Mastache 1994: 26). Al interior de la misma sobre salían áreas públicas y privadas (Noguez 1995: 203). Entre las primeras habían plazas y espacios abiertos, edificios de culto, de administración, de intercambio y comercio; en las segundas habían lugares de reunión, palacios y unidades residenciales. Ambos espacios construidos sobre conjuntos de terrazas y plataformas artificiales.

Una de las estructuras que destacaba era la pirámide principal o Pirámide C considerado el edificio más grande de Tula, compuesto de varios cuerpos escalonados. La Pirámide B, ubicada en el norte de la plaza, era uno de los edificios recubierta de lápidas esculpidas con relieves de jaguares, coyotes y águilas que devoran corazones humanos, alternando con representaciones Tlahuizalpantecuhli, Venus o estrella de la mañana. Las pilastras con relieves y los atlantes que representaban guerreros toltecas estaban dentro del templo en la parte superior de la pirámide B, de igual forma que se aprecian en el templo de los Guerreros en Chichén Itzá (Mastache 1994: 23). Un Coatepantli, o “muro de serpientes”, con representaciones de esqueletos humanos devorados por enormes serpientes de cascabel, limitaba la plaza hacia el norte.



Figura 6. En la plaza principal de Tula Grande al oriente se encuentra la pirámide más grande que corresponde a la C.



Figura 7. Muro perimetral que rodea la Pirámide B conocido como el Coatepantli.

Las pirámides B y C se puede apreciar que se encuentran sobre una plataforma en forma de “L” en la que sobre sale la estructura llamada El Palacio Quemado, el edificio de Quetzalcóatl y la estructura 4. Existe la hipótesis que el axis mundi con el cual se

planificó la ciudad de Tula corresponde a la intersección que se hace al este de la pirámide C y al sur de la pirámide B (Mastache, Cobean y Healan 2002); observándolo de planta da la apariencia que estuviésemos en Teotihuacan observando la pirámide del sol y el de la Luna.

La plaza principal estaba rodeada por un complejo sistema de plataformas en terrazas que se extendían hasta el río, sobre los que había extensos conjuntos residenciales que constituían una de las zonas más importantes de la ciudad. En la plaza central destaca un adoratorio que corresponde a una plataforma pequeña. Al oeste de la plaza se encuentra un juego de pelota en forma de "I". Entre el adoratorio de la plaza central y el juego de pelota dos se encuentra un Tzompantli.



Figura 8. Juego de Pelota dos que se encuentra al suroeste de la Plaza Central de Tula Grande.

Se pueden apreciar conjuntos y unidades domésticas agrupadas en barrios y comunicadas entre sí por una compleja red de calles y calzadas. Al parecer, la mayor parte de ellos contaba con un templo de barrio (Paredes 1990).

Los toltecas destacan por su trabajo en la piedra en la que sobresalen esculturas tridimensionales como son: cariátides (columnas esculpidas en forma humana); columnas; porta estandartes; atlantes y Chac mool (Jiménez 1998: 27-28). Por otra parte sobresalen relieves que fueron usados para la decoración de pilastras, frisos, banquetas, altares, alfardas, tableros, Coatepantli, entre otros. (Ibidem: 28-29).



Figura 9. Los atlantes son un ejemplo de la escultura tridimensional, su altura es significativa como uno de las características únicas de los toltecas.



Figura 10. Pirámide B, destaca al norte de la Plaza principal de Tula Grande.

En la fase Fuego (1150- 1350 d.C.) la ciudad se encuentra abandonada posterior de ser quemada, sobre la misma se construyen edificios que presentan cerámica de transición entre la Azteca II- III. Es probable que la existencia de esta cerámica se asocie a los tepanecas de Azcapotzalco, ya que toda la región de Tula se encontraba bajo su influencia, perdiendo su poder e incorporándose a las provincias de Jilotepec, Atotonilco

y Ajacuba; a la caída de Azcapotzalco, pasó a ser dependiente de los mexicas (Mastache 1994: 27).

En la fase Palacio (1350- 1520 d.C.) se observa la presencia de una ocupación mexica definida por la cerámica de fase Azteca III, la cual presenta baja proporción de cerámica reconocida como de la fase Azteca IV. Por último en la fase Tesoro (1520) es notorio reocupaciones identificadas por cerámicas de la fase Azteca IV e hispánica de la época colonial.

Bibliografía

- CERVANTES, J. y A. TORRES
1991 “Consideraciones sobre el desarrollo Coyotlatelco en el centro norte del altiplano central”, *Cuiculco*, Núm. 27, ENAH-INAH, pp. 25-34.
- COBEAN, Robert H.
1982 “Investigaciones Reciente en Tula Chico”, *Estudios sobre la Antigua Ciudad de Tula*, INAH, Col.Científica, no.121, p.37-122, México
1990 *La cerámica de Tula Hidalgo*, Colección Científica N° 215, Serie Arqueología, INAH, México.
- DIEHL, Richard A.
1983 *Tula, The Toltec Capital of Ancient Mexico*. London: Thames and Hudson.
1987 “Tollan y la caída de Teotihuacan” en *El auge y la caída del Clásico en el México central*, Editores Joseph B. Montjoy y Donald L. Brockington, pp. 129-143, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- FERNÁNDEZ DAVILA, Enrique
1986 *Nivel de Producción y Especialización Artesanal en un Taller de Producción de Artefactos Líticos en Tula, Hidalgo*. Tesis Profesional, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- GUEVARA, Miguel
2003 *Buscando el Origen del Estado Tollan. La Formación de Organizaciones Estatales Secundarias*. Tesis de Maestría en Arqueología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia. 2003b. Cultos de linaje en los barrios toltecas. *Expresión Antropológica*, núm. 18, México, pp. 66-79.
- HEALAN, Dan M.
1986 “Technological and non-technological aspects of an obsidian workshop excavated at Tula, Hidalgo”. *Research in Economic Anthropology* 2: 133-152. 1990. *Informe preliminar de las investigaciones en Tula, Hidalgo*, por la Universidad de Tulane 1980-1981. Ma. Dolores Soto, ed. Nuevos Enfoques en el Estudio de la Lítica, México: IIA-UNAM: 297-329.
1994 “Talleres de obsidiana en Tula, Hidalgo”. *Arqueología mexicana*. Abril-mayo. 2(7): 35-37.
- HERNÁNDEZ, C., R. COBEAN, G. MASTACHE y M. SUÁREZ
1999 “Un taller de alfareros en la antigua ciudad de Tula”. *Arqueología*: 69-88.
- INEGI

- 2000 *Anuario Estadístico Hidalgo*. Gobierno del Estado de Hidalgo (Secretaría de Desarrollo Social)-INEGI.
- JIMÉNEZ GARCÍA, Elizabeth
1998 *Iconografía de Tula. El caso de la escultura*. Colección Científica No.364. INAH
- JIMÉNEZ MORENO, W.
1941 “Tula y los toltecas según las fuentes prehistóricas”. *RMEA*, 5:79-83
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando
1988 “La arqueología en Hidalgo”. Coord. Carlos García Mora. *La antropología en México. Panorama histórico. No. 14. La antropología en el centro de México*. Pp.271. Colección Biblioteca del INAH
- MASTACHE, Guadalupe y Ana Ma. CRESPO
1982 “Análisis sobre la traza General de Tula, Hgo”, *Estudios sobre la Antigua Ciudad de Tula*, INAH, Col. Científica, no.121, México, p.11-36
- MASTACHE, Guadalupe y Robert H. COBEAN
1985 “Tula”, *Mesoamérica y el Centro de México*, J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez, (recop.), INAH, p.273-307
- 1990 “La Cultura Coyotlatelco en el área de Tula”, *Las industrias líticas Coyotlatelco en el área de Tula*, G. Mastache, R. Cobean, C. Rees, D. Jackson, Instituto Nacional de A H, Col. Científica, no. 221, México, p. 9-22
- MASTACHE, Alba G., COBEAN, Robert H., HEALAN, Dan M.
2002 *Ancient Tollan, Tula and the Toltec Heartland*, The University Press of Colorado, USA.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo
1974 *Proyecto Tula*. Colección Científica, Numero 15. INAH.
- NOGUEZ, Xavier
1995 “La zona del Altiplano central en el Posclásico: la etapa tolteca”. En *Historia Antigua de México Vol. III*. Coord. Linda Manzanilla y Leonardo López Luján. INAH-UNAM- Miguel Ángel Porrúa, México. Pp. 189-224.
- PAREDES GUDIÑO, Blanca Luz
1990 *Unidades habitacionales de Tula, Hidalgo*. Instituto Nacional de Antropología e Historia. Colección científica. Serie Arqueología. 248 páginas.
- PASTRANA, Alejandro
1990 “Producción de instrumentos de obsidiana. División del trabajo (Proyecto Tula)”, Ma. Dolores Soto, ed. *Nuevos enfoques en el estudio de la lítica*, México: IIA-Universidad Nacional Autónoma de México: 243-296.
- RATTRAY, Evelyn
2001 *Teotihuacan. Cerámica, cronología y tendencias culturales*. Serie Arqueología de México. Instituto Nacional de Antropología e Historia. / University of Pittsburg.
- STERPONE, Osvaldo J y EQUIHUA MANRIQUE, Juan Carlos
2000 “The Urbanization of Tula” en *Voices of México*, No. 52, México.
- TORRES, A., J. CERVANTES y P. FOURNIER
1999 “Las relaciones entre el centro y la periferia: el caso de las comunidades del clásico en la región de Tula, México”, *Boletín de Antropología Americana*, 35, p.73-93
- YADEUN, Juan
1975 *El estado y la ciudad: El caso de Tula, Hgo.*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Col. Científica, no.25.

La caída de los centros provinciales toltecas. El caso de Atotonilco de Tula, Hidalgo

Miguel Guevara Chumacero¹
Patricia Castillo Peña²

Hacia el año 1200, el Altiplano Central se vio envuelto en una serie de profundos cambios ocurridos tras el colapso de Tula. El vacío dejado por esta ciudad también introdujo la caída de los centros provinciales dependientes de Tollan, grandes asentamientos urbanos que regían la vida en las provincias toltecas. A raíz de este colapso se piensa que sucedió una importante caída demográfica a escala regional, no obstante, a la luz de recientes investigaciones arqueológicas, examinaremos la información de la región de Atotonilco de Tula que nos permite cuestionar la tesis del colapso poblacional en esta región.

Los centros provinciales toltecas

Sabemos que para inicios del siglo XVI la amplia región comprendida entre Zumpango y Temascalapa estaba dominada por hablantes de otomí, siendo el náhuatl una lengua de tardía introducción (Figura 1). Una pregunta relevante

¹ Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

² Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH

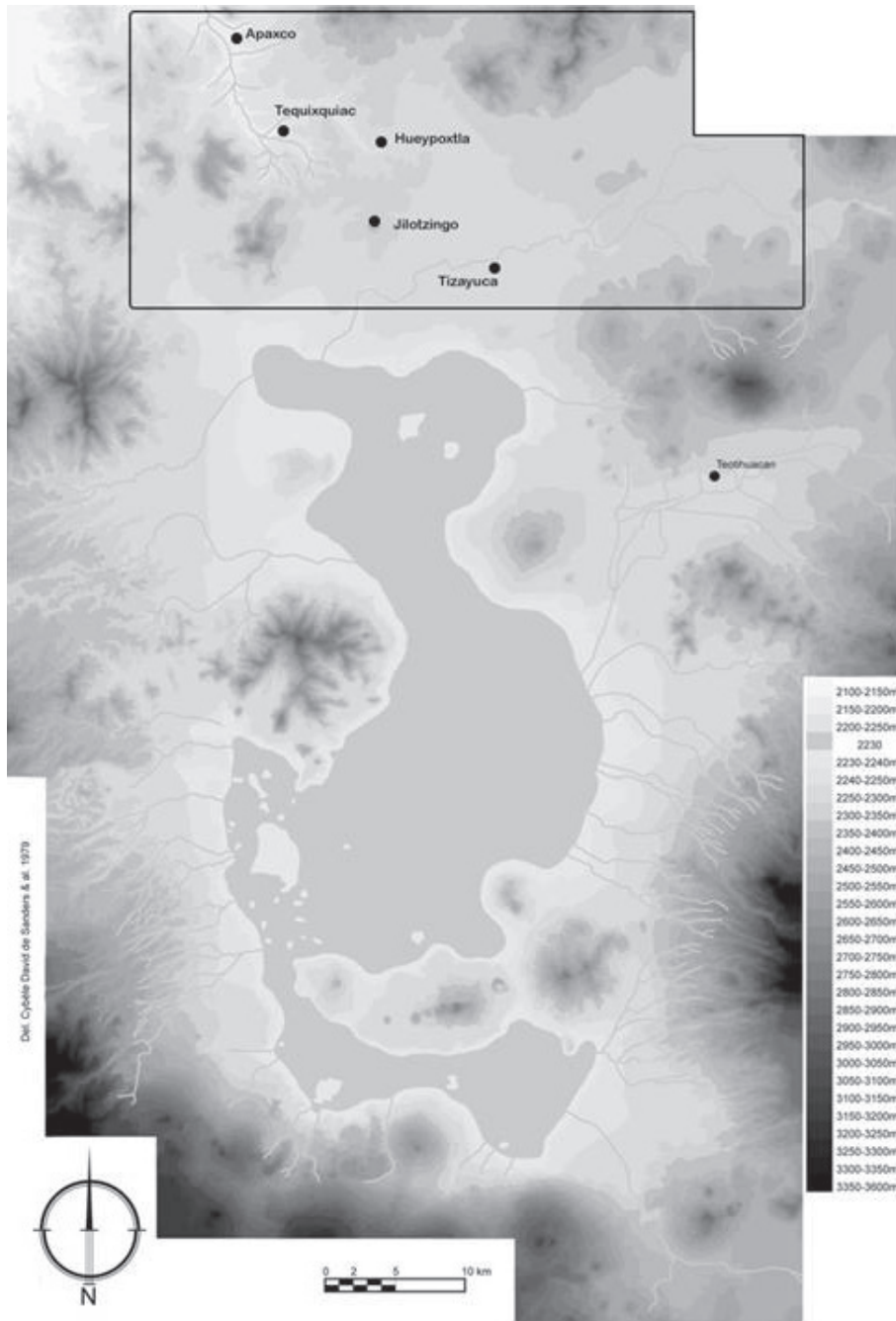


Figura 1. Región de estudio comprendida entre Zumpango y Temascalapa en la cuenca de México

que podemos hacernos acerca de esta situación es cómo el otomí llegó a hablarse y dominar en esta área. Dar respuesta a esta pregunta nos enfrenta a un escenario de complejos movimientos poblacionales que se remontan al siglo X.

La discusión de la introducción y cambios lingüísticos en el área puede ser evaluada a partir de los procesos planteados por Renfrew (1990). Uno de ellos es la *colonización inicial*, proceso que supone que un grupo social penetra en una región deshabitada introduciendo su lengua en el área. En esta vasta región existen ocupaciones teotihuacanas y coyotlatelco muy localizadas y no existen ocupaciones significativas a escala regional, lo que nos hace pensar que el inicio del extenso poblamiento de esta área ocurrió tardíamente, vinculado con la expansión del estado Tollan.

El control administrativo de Tula en esta amplia región al parecer se originó tardíamente. De acuerdo con los patrones de distribución de asentamientos que reporta Parsons dentro del Proyecto Cuenca de México, y con los materiales arqueológicos de superficie³, la evidencia más temprana de un poblamiento extensivo en esta zona de la cuenca data de la parte final de la fase Tollan (*circa.* 1000-1200 dC.)⁴, ocupación que además manifiesta cercanos vínculos con Tula.

Para este momento no solo hay un intenso incremento demográfico a una escala nunca antes presenciada en la región, sino que también se consume una compleja jerarquía regional que supone una organización altamente estructurada que puede ser considerado como un indicador de que la región estaba integrada dentro del sistema sociopolítico tolteca. La interpretación que ofrecemos de estos relevantes cambios demográficos que pueden ser apreciados en el patrón de asentamiento, es la llegada de grupos otomíes migrantes desde el área vecina de Tula, Hgo. La expansión del estado Tollan debió propiciar la migración y colonización con pobladores del área nuclear tolteca que se tradujo en una mayor expansión y dominación de la lengua otomí en estas regiones, en términos de un proceso de colonización inicial. Ahora bien, la irrupción en la zona de grupos hablantes de otomí es entendible como parte de una política de colonización dirigida por el estado Tollan, en lo que se conoce como *colonización deliberada* (Renfrew, 1990: 108), en el cual un grupo bien definido se desplaza deliberadamente para establecer nuevas comunidades.

El control administrativo de Tula en esta amplia región y el proceso de colonización inicial fuera logrado por medio de la fundación de cuatro centros provinciales: Un centro provincial corresponde a una comunidad extensa y nucleada, con una población estimada entre 1000 a 10000 habitantes. Presenta arquitectura pública que se asocia a

3 Recuperados dentro del Proyecto de Salvamento Arqueológico Atotonilco-Tuxpan, a cargo de la DSA, INAH

4 Lo anterior se desprende debido a que hay una vinculación estrecha con tipos diagnósticos de la etapa tardía de la fase Tollan como Jara anaranjado pulido.

cargos políticos y se plantea que posiblemente exista una especialización artesanal. El surgimiento de estos centros ocurrió en el período de hegemonía de Teotihuacan, Tula o Tenochtitlan (Sanders et al., 1979).

Los cuatro centros provinciales de la región son los siguientes (Figura 2): Al noroeste el sitio de Apaxco, el cual se localiza en una de las principales zonas calizas, recursos en el que los toltecas estaban principalmente interesados, en especial por el control de las fuentes de producción de cal. Muy cercano a ésta, se ubica El Pedregal, asentada en la misma zona de calizas y en las inmediaciones de importantes yacimientos de tezontle. Al suroeste, se sitúa el sitio de La Ahumada, en el pie de monte bajo de la mesa del mismo nombre, cercano al área que en el periodo anterior se ubicó una de las cabeceras Coyotlatelco. Y al este se encuentra el complejo urbano San Miguel Eyacalco-Santa María, un importante asentamiento localizado en el pie de monte bajo del cerro Las Peñitas, dentro de los llanos de Pachuca, el cual fungió como el principal asentamiento en el área de Tizayuca (Manzanilla y Pacheco, 1997). A través de estos cuatro centros provinciales el estado Tollan mantuvo el control de esta amplia zona de la cuenca. Podemos precisar que éstas fueron cuatro unidades políticas, a manera de provincias toltecas, que custodiaron el control de los extensos territorios del norte de la cuenca.

La primacía de los centros provinciales comienza a manifestarse más allá de la zona directa de interacción (*hinterland*) de Tula, precisamente a partir del área de Hueyoxtle-Apaxco y en los llanos de Pachuca. Una significativa observación en el patrón de asentamiento al interior de estas unidades políticas es que en la zona de Hueyoxtle-

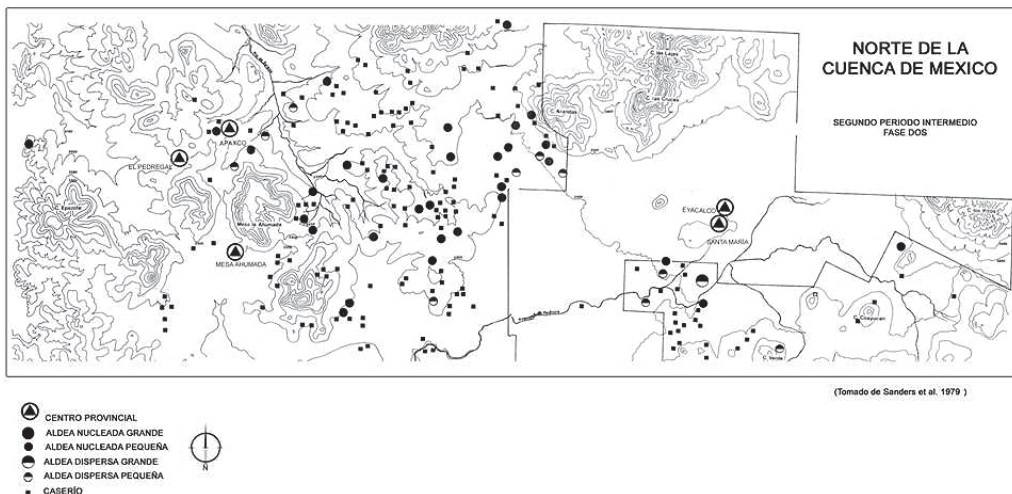


Figura 2. Distribución de los centros provinciales toltecas y patrón de asentamiento durante el segundo periodo intermedio fase 2, 950-1150 d.C. (Modificado de Sanders et al., 1979).

la-Atotonilco es notoria la ausencia de asentamientos con una jerarquía intermedia. El siguiente nivel jerárquico después de los centros provinciales son las aldeas pequeñas y los caseríos, cuya variación no fue simplemente en el tamaño que alcanzaron sino también su función, ya que al parecer estos dos últimos tipos de asentamiento se caracterizaban por la carencia de funciones administrativas a escala regional. Lo anterior nos sugiere que las funciones de control y toma de decisión fue desempeñada exclusivamente en los centros provinciales dada la ausencia de centros administrativos intermedios.

Un patrón distinto lo estimamos en la zona de los llanos de Pachuca, donde se aprecia una jerarquía formada por el centro provincial de Eyacalco-Santa María, seguido por centros secundarios formados por numerosas aldeas grandes, y finalmente por las pequeñas aldeas y caseríos.

La diferencia entre estas dos zonas resulta importante para determinar la organización regional y el control que Tula ejerció en provincias como éstas. En la zona de los llanos de Pachuca podemos señalar la existencia de tres niveles de asentamientos con funciones administrativas por encima de las pequeñas aldeas, si consideramos al centro supra-regional de Tula. En Hueyopxtla-Atotonilco, por el contrario, solamente apreciamos dos niveles en la administración regional, que nos puede señalar un nivel de complejidad menor que en la contigua zona de Pachuca. La presencia de centros provinciales en estas tierras lejanas a Tula también trajo como consecuencia una pronunciada nucleación de la población y la centralización del control. El hecho de que esta región carezca de aldeas grandes que pudieran haber cumplido funciones administrativas o económicas intermedias, nos lleva a la conclusión de que la toma de decisiones y otras funciones políticas fueron ampliamente centralizadas por los centros provinciales.

Atotonilco de Tula. El abandono súbito de un centro provincial tolteca

En el sitio de El Pedregal, que se ubica al sur del poblado del mismo nombre en el actual Municipio de Atotonilco de Tula, Hgo., identificamos un asentamiento de época tolteca de gran extensión y complejidad. La única investigación previa en esta área fue llevada a cabo por los reconocimientos de superficie realizados por J. Parsons dentro del proyecto cuenca de México. Pese a las complejas características de la ocupación Tollan, Parsons únicamente identificó una ocupación vinculada a un pequeño caserío del periodo Tardío, quizás debido a que resulta una zona limítrofe en su área de reconocimiento. El sitio esta asentado en una zona de ligero pie de monte bajo, sobre suelos pobres, expuestos a una fuerte erosión en donde los afloramientos de tepetate son abundantes. Hasta hace unos años, la producción más importante estaba asociada a productos de maguey, y al

desaparecer la práctica de este cultivo ha derivado en un deterioro en la productividad de la tierra y en un incremento de la pobreza del suelo.

Las investigaciones arqueológicas nos han llevado a precisar que el inicio de la ocupación y las primeras edificaciones debieron comenzar durante la parte tardía de la fase Tollan (950-1200 dC.). Se documentaron dos momentos de construcción arquitectónica dentro de esta misma fase, así como el primer proceso de abandono de los edificios. En la fase Palacio (1350-1520) existen evidencias de la segunda y última época de construcción y ocupación de la localidad.

La ocupación de la fase Tollan del conjunto arquitectónico de El Pedregal estuvo compuesta por elementos arquitectónicos de gran similitud a los descritos en el área urbana de Tula (Healan, 1982; 1993). Especialmente se observaron algunas estructuras arquitectónicas que por lo general tuvieron funciones de carácter público, tales como altares de patio y un extenso templo de barrio (Figura 3). La mayor parte del complejo estuvo formado por construcciones de clara función residencial y doméstica, las cuales fueron designadas como casas (Figura 4).

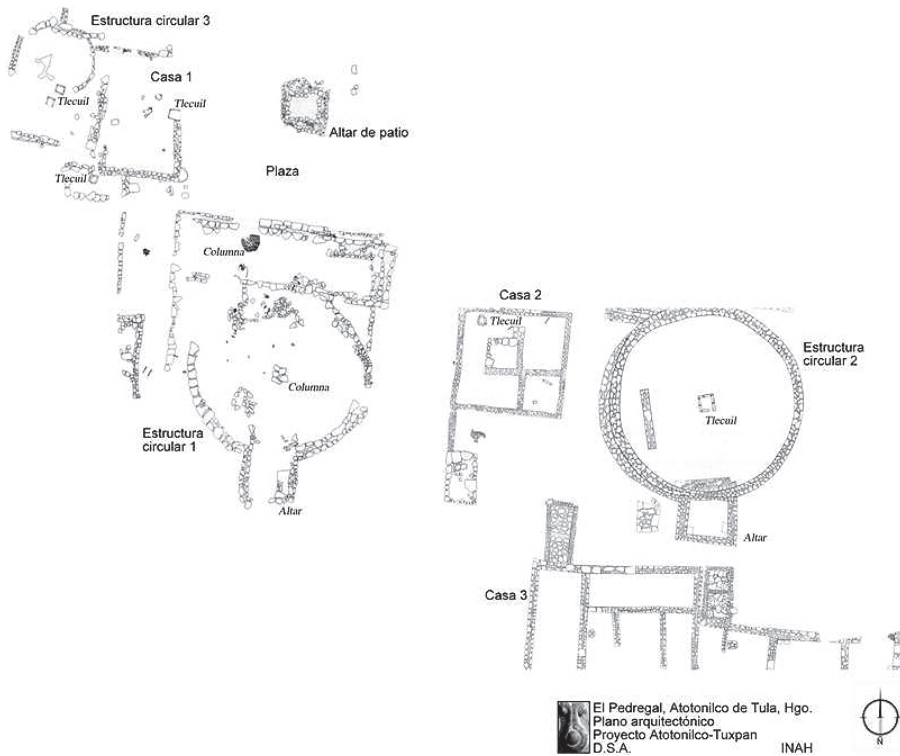


Figura 3. Plano del sitio de El Pedregal.



Figura 4. Imagen que muestra las características arquitectónicas del asentamiento.

Healan identificó que en Tula existieron por lo menos tres distintos tipos de complejos residenciales: los palacios –aunque más correctamente habría que designar como residencias palaciegas–, el conjunto de departamentos y el grupo de casas. El conjunto de departamentos (*apartment groups*) consiste de un sistema de cuartos, pasillos y patios interiores abiertos dentro del complejo con columnas que sostienen los techos que los circundan. Son estructuras más amplias que los grupos de casas. Posee un sistema de pasillos interconectados que unen distintos cuartos. Hay dos tipos de espacios abiertos en estos conjuntos, los corredores techados y los patios internos que funcionan como *impluvium* para ventilación e iluminación de la residencia (Healan 1982: 141). Healan piensa que dada las mayores dimensiones de este tipo de residencia, así como por sus espacios interiores, su mejor calidad de construcción y la presencia de patios con columnas, similar a lo que ocurre en las residencias palaciegas, es posible suponer que los conjuntos de departamentos eran residencias de mayor estatus o para individuos de mayor jerarquía.

El segundo tipo de residencia es el denominado grupo de casas (*house groups*). Estos conjuntos consisten de tres o más casas colocadas alrededor de un patio central. Cada grupo es una entidad en sí misma con límites muy bien definidos, ya que consiste de una unidad arquitectónica cerrada por la yuxtaposición de las casas. El conjunto es delimitado del exterior por muros. El acceso a cada grupo es a través de una sola entrada en forma de L que controla el acceso y la libre circulación directa hacia el interior, lo que evitaba la observación directa desde el exterior y permitía la entrada de

una sola persona a la vez. Los patios centrales son los puntos focales del grupo. Los patios centrales son áreas abiertas al aire libre cerrada por las casas o entidades bien delimitadas por escaleras y pasillos que o encierran. Cada patio tiene un altar central, una plataforma pública o un templo de patio (Healan, 1989: 130-131; Mastache, 1996: 85; Paredes, 1990).

El conjunto habitacional excavado en El Pedregal fue construido siguiendo los patrones urbanos de Tula dentro de la categoría de “grupo de casas”, que consiste en conjuntos de tres o más casas alrededor de un patio central. La única variación con respecto a los grupos de casas del área urbana de Tula, es que en El Pedregal los dos patios principales fueron ocupados por estructuras circulares. Estas estructuras, únicas en la tipología arquitectónica tolteca reportada hasta el momento, consisten de plataformas bajas menores a un metro de altura cuyo acceso se da a través de una escalinata que conduce a un pórtico rectangular cuya techumbre era sostenida mediante columnas. A partir del pórtico se accedía al espacio circular de la plataforma que en estos casos contenía en la parte central un tlecuil. La estructura circular era rematada en su sección posterior por un altar adosado el cual estaba decorado por cantera y pequeñas piedras de tepetate, a través de un sistema denominado “toltec small stone”, común en los edificios públicos de Tula Grande. Estas estructuras debieron tener funciones públicas muy particulares además de actuar como un espacio funerario, ya que en la plataforma fue recuperada gran cantidad de enterramientos humanos asociados.

Las actividades de abandono

Un aspecto que llamó la atención desde el momento mismo de realizar la excavación de este asentamiento, fue la gran profusión de artefactos completos sobre los pisos de las habitaciones. Decenas de artefactos fueron localizados en lo que parecían sus últimos lugares de uso y almacenamiento, a manera de un evento de abandono súbito y precipitado. Este escenario lo encaramos con lo que ocurría en ese mismo momento en Tula Grande. Al hacer una revisión acerca de lo que se ha escrito sobre la caída de Tula vemos que en la actualidad se piensa que esa ciudad sufrió una destrucción alrededor de los años 1150-1200. Esta afirmación se basa primordialmente en la interpretación que hiciera de Jorge Acosta (1956-57: 75) sobre el resultado de varias temporadas de investigación en Tula Grande. Acosta señaló un saqueo y destrucción de la ciudad a partir de las excavaciones del centro ceremonial de Tula Grande donde encontró evidencias anómalas de restos de fuego y de saqueo. Las características del abandono que se aprecia en el centro provincial de El Pedregal pueden ofrecernos valiosa información acerca de forma que se colapso Tula y sus efectos a escala regional.

Para entender el proceso que ocurrió en El Pedregal fue necesario recurrir a una serie de principios observacionales que nos definieran el abandono. El tipo de abandono es uno de los principales fenómenos que intervienen en la formación del registro arqueológico. Podemos distinguir (según Manzanilla, 1993: 17) dos tipos de abandono que nos hacen posible evaluar las distintas cargas de información que quedan representadas en el contexto arqueológico.

El primero es el *abandono súbito* el cual ocurre en casos donde la gente abandona de manera repentina un lugar por eventos como terremotos, incendios, inundaciones, ataques, etc. En esta situación los contextos arqueológicos están representando las últimas acciones que se estaban llevando a cabo por lo cual se les ha denominado *locus agendi*, que representan contextos formados por objetos desechados en sus lugares de uso por lo cual sus asociaciones son de tipo primario. En el caso de un abandono de esta clase esperaríamos encontrar principalmente lo que Schiffer (1972: 88) llama *basura primaria*, así como *basura de facto*. Debemos recordar que la primera consiste de artefactos desechados en el lugar de uso. La basura de facto, por su parte, se compone de artefactos que llegan al contexto arqueológico sin que se realicen actividades de desecho. Los artefactos que constituyen la basura de facto comúnmente son artículos todavía útiles, por tal motivo, la condición, grado de restaurabilidad y el tiempo de vida útil son variables que permiten identificar la basura de facto.

Por otro lado tenemos el *abandono paulatino*, el cual puede ser originado por factores como desertificación, migraciones, congregaciones, etc. En estos casos la gente tiene tiempo de escoger las cosas que llevará consigo, razón por la cual está representada parcialmente la información de las últimas actividades realizadas. En caso de un abandono de esta clase, cuando se anticipa el abandono de una estructura en un futuro inmediato, los habitantes pueden moderar sus estándares de limpieza y realizar actividades de mantenimiento con menos frecuencia o no realizarlo en absoluto. El resultado será la deposición de *basura de abandono*, que consiste de basura tanto primaria como de facto (Schiffer 1988), sin embargo, a diferencia de un abandono súbito, se esperaría encontrar pocos desechos de esta clase por la anticipación del abandono (Schiffer 1972: 160). La basura de abandono comúnmente debe exhibir menos daño que los artefactos pisoteados que son parte de la basura primaria. Además, los artefactos cerámicos deberían tener un grado bastante alto de restaurabilidad.

Podemos decir que el fenómeno de abandono en arqueología ha seguido dos distintos enfoques, radicalmente distintos, se trata de la visión *gradualista* y el enfoque *discontinuo*. El primero de ellos, la *visión gradualista*, considera viable concebir un contexto arqueológico con un carácter original, sin alteraciones. Los arqueólogos partícipes de esta percepción (Binford 1964; López 2003, por citar algunos) asumen la existencia del “principio Pompeya”; así, se opera bajo principios pompeya suponiendo que todos los artefactos quedaron *in situ*, de tal forma que son un reflejo de las actividades originales.

La segunda percepción, que es la que retomamos en este estudio, es denominada *discontinua*, y se caracteriza por pensar que el contexto arqueológico es producto de un fenómeno interrumpido, discontinuo, donde es prioritario reconocer que existe una distinción ontológica dentro de los procesos de formación del contexto arqueológico (Schiffer, 1972). Por tal motivo, en primer lugar debemos reconocer la existencia de distintas actividades formadoras del contexto arqueológico. Por un lado se encuentran lo que aquí denominamos las *actividades originales*, que este caso no hacemos referencia a cualquier clase de actividad humana apreciable en el registro arqueológico, sino únicamente a aquellas actividades humanas que eran realizadas con cotidianidad y que tomaron lugar antes del fenómeno de abandono.

En segundo lugar se encuentran las *actividades de abandono*, que se refiere a todas aquellas conductas intencionales que prevén el abandono y conducen a llevar a cabo prácticas singulares que podemos englobarlas en los siguientes procesos: 1) la reducción o disminución de los hábitos de limpieza; 2) conducta de curaduría; 3) prácticas de ciclaje lateral; 4) conducta de reducción, es decir la eliminación de implementos a razón de la mudanza; 5) labores como los son el sellado y tapiado de ciertas áreas, así como 6) distintos rituales de terminación, por citar algunos.

En tercer lugar debemos reconocer las *actividades post-abandono*, que se refiere a aquellas actividades efectuadas con posterioridad al abandono que involucran no solo conductas de perturbación como el saqueo y el desmantelamiento, sino también actividades de ofrendamientos y reocupaciones de diversa naturaleza (Manzanilla, 2003)⁵.

Así, los patrones espaciales de artefactos arqueológicos presentes en un contexto, serán resultado de este trío de actividades humanas formadoras de los contextos arqueológicos, previo y posterior a un proceso de abandono.

Actividades originales y de abandono

Pensamos que varios de los materiales arqueológicos abandonados son en gran medida representativos de diversas actividades cotidianas que se estaban desempeñando al momento que se dispuso el abandono. Distintos contextos de artefactos parecen haber sido dejados en sus lugares de uso o almacenamiento temporal, reflejo de sus actividades originales sin que se aprecien como parte de una actividad de desecho. Tal es el caso de numerosas ollas y vasijas de servicio en su lugar de empleo sobre los pisos de ocupación. Algunas manos de

5 En una etapa de reocupación volveríamos a tener actividades originales, cotidianas, pero relacionadas por supuesto con una nueva ocupación.

metate y de mortero se localizaron en las esquinas de las casas o en los patios depositados junto a los muros de las habitaciones, a manera de resguardo temporal.

En El Pedregal los fogones y tlecuiles estaban en excelentes estado de conservación, sin mostrar huellas de destrucción y contenían abundante ceniza y tierra quemada, lo que indica, como se ha planteado para otros casos (Migeon, 2003), que sus usuarios no tuvieron el tiempo para darles limpieza al acercarse el abandono y con ello la finalización de su cotidianidad.

Todos estos contextos podrían representar basura *de facto*, común en un abandono de carácter abrupto. Otra clase de contextos importantes para definir la clase de abandono que ocurrió en el asentamiento es la calidad de los bienes abandonados. Se ha mencionado (Schiffer, 1988:15) que frente a un a situación de abandono una variable que interviene para determinar el tipo de bienes que el grupo social lleva consigo es el valor que se otorga a éstos. Un segundo factor son las características de los artefactos, como el tamaño, peso, costo, la vida útil remanente y el costo de reemplazo, que puede condicionar la curaduría de los artefactos. En situaciones de abandono gradual, los pobladores por lo común llevan consigo sus bienes más valiosos. En el caso de El Pedregal hay contextos donde esta situación parece no haberse cumplido. Se localizaron hachas de piedra verde, en excelente estado de conservación, es decir una vida remanente útil aún larga, sobre los pisos interiores de dos casas. De igual forma, una amplia cantidad de instrumentos de molienda, metates y morteros (Figura 5), se localizaron en contextos de uso, de almacenamiento temporal, boca arriba, en los pisos de las casas, así como también casos de metates descansando boca abajo (para un caso comparativo ver Uruñuela y Plunket, 2003). A pesar que los instrumentos de molienda como estos pueden considerarse difíciles de transportar por el peso, aún así se catalogan de elevado costo de reemplazo con una vida útil alta (Schiffer, 1988:15), por lo cual en estas sociedades adquirieron un alto valor, llegando a formar parte de bienes heredables por varias generaciones.

Los bien preservados hallazgos de los fogones intactos y repletos de ceniza, la sorprendente cantidad de artefactos completos sobre los pisos de las viviendas, o en sus lugares de uso o almacenamiento temporal, recuperados en el transcurso de las excavaciones en El Pedregal, son indicios de un precipitado y súbito desplazamiento de la comunidad, resultado de la decisión colectiva en grupo.

Este fue un abandono súbito de carácter planeado. La repetitiva asociación de basura *de facto* en todas y cada una de las casas y sus patios, son signo de una migración que tomó lugar mediante un acto no solo deliberado, sino concertado y organizado. La información recuperada en el registro arqueológico, conduce a señalar que al final de la fase Tollan ocurrió una forma de abandono masivo del asentamiento, con el traslado de la mayoría, sino es que de la totalidad de la población de El Pedregal.



Figura 5. Manos de metate en un contexto de almacenamiento temporal al exterior de una de las casas de El Pedregal.

Las conductas post-abandono y las reocupaciones

Después de la caída de este importante centro provincial, hemos podido distinguir cuando menos cinco eventos.

- Posibilidad de reocupaciones periódicas
- El incendio sistemático de cuando menos uno de los edificios públicos
- Derrumbe de los espacios domésticos por falta de mantenimiento
- Saqueo sistemático de ciertos contextos públicos por parte de los grupos que consumían Loza Azteca III
- Reocupación de un pequeño sector por parte de grupos que consumían Loza Azteca III

Reocupación temporal

Resulta difícil evaluar si en este caso, antes del abandono se anticipó el regreso al asentamiento por algunos de sus miembros o si el abandono fue total y definitivo. Se han documentado casos tanto etnográficos como arqueológicos donde los asentamientos después de abandonados son visitados y reocupados periódicamente por los propios pobladores

originales. Dichas reocupaciones temporales, casi siempre tienen fines funcionales tales como verificar el estado de los bienes de los que son propietarios o la recuperación y el traslado de artefactos. En una situación de abandono donde el asentamiento es reocupado con cierta periodicidad, un conjunto de artefactos pueden dejarse como mobiliario de sitio o como artefactos domésticos (Schiffer 1998), es decir, artefactos y elementos que permanecen en las habitaciones para el bienestar de la vida diaria de quienes llegan a morar estos espacios por cortas temporadas.

Así, en el contexto arqueológico localizaremos basura *de facto* que no necesariamente esta relacionada con las actividades originales, sino que su naturaleza y ubicación se asociarían a actividades post-abandono vinculadas con mobiliarios de sitio. Varias características de esta basura *de facto* nos permite distinguirla de un abandono en contexto de las actividades originales. Tal es el caso de las características de los artefactos, como el tamaño, peso, grado de conservación, costo de reemplazo y la vida útil remanente (Schiffer, 1998: 15).

En estas situaciones la distancia entre el lugar de partida y el de llegada ha sido señalada como una variable determinante en las actitudes posteriores al abandono. Una distancia corta pudo haber favorecido un regreso; en cambio una gran distancia debió haber generado una ruptura total sin posibilidad de regreso o de reutilización del espacio desocupado (Darras, 1993:18).

En El Pedregal desconocemos el lugar del desplazamiento una vez que se abandonó el asentamiento; no sabemos si el gran contingente poblacional regresó a la región de Tula de donde provenían originalmente o si se asentaron en las inmediaciones del centro provincial, zona que por cierto sí se mantuvo ocupada de forma importante aún con la caída política de Tollan. A pesar de no saber cual de estas dos posibilidades siguieron los pobladores de El Pedregal, la distancia con la región de Tula no es muy grande, 10km, lo que haría posible prever un regreso al asentamiento, si es que estos grupos regresaron al área de origen.

El saqueo

En El Pedregal se cuenta con evidencia de destrucción, dismantelamiento y saqueo, curiosamente enfocado con exclusividad hacia la Estructura circular 1 y al Altar de patio. El altar central, ubicado al centro de la plaza o patio principal, sufrió de un pronunciado saqueo y alteración en la que se extrajeron algunos de sus elementos constructivos y en el que se mutilaron algunas piezas que lo decoraban. Por otro lado, la parte central de la escalinata de acceso a la estructura circular fue dismantelada (Figura 6). Pero la acción más manifiesta fue el desmesurado saqueo que ocurrió en el altar adosado a esta edifica-



Figura 6. Desmantelamiento de la escalinata de acceso de la Estructura circular 1.

ción. Al interior del altar fue depositado un entierro durante la etapa de construcción o uso del altar. No obstante, con el abandono, la sepultura fue vulnerada y saqueada dejando escasos y fragmentados restos óseos, todos dispersos. Esta acción estuvo acompañada de una enorme cala que abatió la escalinata de acceso al altar quedando los fragmentos de cantera y de lajas de “toltec small stone” que le decoraban, esparcidos (Figura 7).

El incendio

En la zona habitacional no existe evidencia alguna de incendio en las edificaciones domésticas, que presagie algún acontecimiento que condujera a una destrucción violenta. En la zona habitacional únicamente identificamos derrumbes que aparentemente son efecto de la falta de mantenimiento y de abandono gradual de las viviendas, sin evidencia de que fueran derruidas. Pero en la Estructura circular 1 se apreciaron extensas evidencias de quema. Tanto en el vestíbulo como en el espacio circular interior se identificó un depósito compuesto de abundantes elementos quemados, tales como lajas de tepetate, cantería de basalto que componen las columnas, materiales orgánicos carbonizados, zonas de abundante ceniza, así como vigas carbonizadas depositadas directamente so-



Figura 7. Saqueo del altar adosado a la Estructura circular 1.

bre el piso. Curiosamente, como en el caso de Tula Grande (Guevara, 2006), el incendio y actividades de dismantelamiento sistemático se enfocan casi exclusivamente a las edificaciones públicas, lo cual quizás presagia alguna clase de ritual de terminación.

Cuando el abandono se puede relacionar con causas sociopolíticas, son varios los trabajos que plantean abandonos rápidos y sincrónicos (Darras, 2003:13). Los centros provinciales aparecen como casos de abandonos resultado quizás de decisiones sociopolíticas debido a reestructuraciones internas que tomaban lugar en Tollan. En situaciones como estas, resoluciones coercitivas pudieron haber generado mudanzas masivas y sincrónicas. Sin la existencia de Tula como centro supraregional, los extensos y complejos centros provinciales sufrieron la misma suerte que la capital, fueron abandonados y desaparecieron para siempre como cabeceras políticas en el extenso paisaje del norte de la cuenca de México.

¿Colapso demográfico o continuidad ocupacional? Ideas sobre el colapso demográfico

La historia demográfica de esta amplia región podemos ilustrarla con lo que ocurre en la región de Temascalapa donde se aprecia un crecimiento poblacional durante este periodo, el cual se conoce como Segundo periodo intermedio fase (en adelante 2I2), enfocándose la actividad a las zonas aluviales pero ocupándose también las áreas de pie de monte. Se piensa que en este momento ocurre cambio revolucionario en el patrón de asentamiento, marcado por la dispersión de la población en un gran número de sitios, estimándose una población total de 5778 habitantes residiendo en la región de Temascalapa (Sanders et al., 1979: 207).

En contraste durante el Segundo periodo intermedio fase 3 (2I3), que define justamente los años posteriores al colapso de Tula, no se identificó ningún sitio arqueológico asignable a este periodo. Por tal motivo, el valle de Temascalapa se consideró deshabitado entre los años 1150 y 1350 d.C.

La población del valle de Temascalapa durante el Horizonte Tardío (LH) fue aproximadamente de 15,939 habitantes, los cuales residieron especialmente en el pie de monte medio y bajo. Por mucho representa el punto demográfico más alto en esta región en la época prehispánica, siendo casi tres veces mayor al documentado en tiempos toltecas.

Población en la región de Temascalapa (Sanders et al., 1979: Tabla 6.11).

Periodo	Población
2I2 (950-1150)	5,778
2I3 (1150-1350)	Desabitado
LH (1350-1521)	15,939

Por otra parte, la región de Zumpango-Pachuca ofrece datos demográficos contrastables con estas estimaciones. Durante 2I2 hay un sustancial crecimiento demográfico, estimándose una población de 16000 habitantes, tres veces mayor que en el periodo anterior, distribuyéndose principalmente en las estribaciones del lago y en el pie de monte bajo. En el 2I3, el 100% de la población radica en el centro regional de Xaltocan, según estas estimaciones, mientras el resto de la región estuvo despoblada. En el Horizonte Tardío, hubo un notable incremento demográfico estimado en 41000 habitantes que ocuparon principalmente en zonas de pie de monte bajo y en área de planicie.

Población en la región de Zumpango (Sanders et al., 1979: Tabla 6.15).

Periodo	Población
2I2 (950-1150)	16,000
2I3 (1150-1350)	5,000
LH (1350-159)	41,000

Resulta de considerable interés la idea de un drástico colapso demográfico tras la caída de Tula, derivado de estos estudios que nos señalan una población estimada de 5000 habitantes en un área de 800 km², en la amplia zona ocupada por las regiones de Temascalapa y Zumpango-Pachuca (Figura 8). Pero ¿fue así realmente?



Figura 8. Distribución de sitios en el periodo Azteca temprano en la región de Temascalapa con el cual se justifica un abandono total de la región (según Sanders et al., 1979).

El amplio contraste que se aprecia entre la sustancial población del periodo previo al 213, y el notable incremento que le sucedió, hace cuestionar la idea de un vacío demográfico en el norte de la cuenca de México entre el 1150 y el 1350. Esta sospecha encontró fundamento cuando al hacer una revisión del total de sitios de la región de Zumpango-Pachuca y Temascalapa, notamos que del total de asentamientos toltecas del 212, que corresponde a 217 sitios, 71 de estos asentamientos (32.7%) se mantenían ocupando hasta época azteca, sin que existiera un aparente abandono. Este mismo patrón de continuidad ocupacional se pudo verificar en la zona de Apaxco-Ajoloapan donde la totalidad de sitios identificados que presentaban ocupación Tollan, se mantuvieron sin desocuparse hasta el periodo Tardío. Cabe mencionar que todos estos sitios corresponden a las jerarquías menores de asentamientos, es decir, caseríos y aldeas dispersas pequeñas.

El 2I3 fue identificado por la cerámica conocida como Azteca temprana, particularmente la loza cerámica Azteca Pulido, tipo I-II, Culhuacan-Tenayuca. De igual forma se empleó la loza de servicio Azteca Temprana, en particular los tipos Rojo pulido, Negro sobre anaranjado, Negro sobre rojo inciso, Negro y blanco sobre rojo y Negro sobre rojo (Sanders et al., 1979: 467-471). No obstante, en el área que estudiamos estos complejos cerámicos están completamente ausentes. Si lo anterior resulta correcto, existe un problema metodológico en la identificación de los sitios de este periodo, lo que hace necesario la clara definición del complejo cerámico que era común entre el 1150 y el 1350 en estas áreas y que aún no ha sido claramente precisado. Este vacío nos conduce a la siguiente duda: ¿Qué complejo cerámico caracterizó al norte de la cuenca de México entre 1150 y 1350?

Entre los materiales cerámicos que analizamos en los sitios del norte de la cuenca, no identificamos ninguno que pudiera ser considerado como parte de un complejo cerámico local transicional entre las ocupaciones Tollan y Azteca tardío. Todos los componentes cerámicos se adscriben claramente a uno u otro de estas ocupaciones. Lo anterior hace pensar en dos posibilidades. La primera es que el complejo cerámico Tollan continuó siendo de uso común en el norte de la cuenca de México, aún sin la existencia de Tula. Al respecto se ha propuesto (Cobean et al., 1981: 201) que cabría la posibilidad que existiera una fase tardía perteneciente al complejo Tollan, el cual pudo corresponder a tipos cerámicos de este complejo que duraron hasta las ocupaciones Azteca III, como es el caso de la variedad tardía del tipo Jara anaranjado pulido documentada en sitios con presencia de cerámica Azteca III por los reconocimientos de Crespo y Mastache. La otra posibilidad es que la introducción de la Loza anaranjado pulido Azteca III, incida en la región antes del año 1350.

Si lo anterior resulta correcto, el problema de la ausencia de población en el norte de la cuenca de México durante el periodo 2I3, se debe a un error metodológico en la identificación de los sitios de este periodo. Lo anterior es debido a que la cerámica que se empleó para identificar este periodo esta ausente en esta región debido a patrones de consumo y a las interacciones que tomaban lugar durante estos momentos y que excluyeron la introducción de este complejo cerámico Azteca Temprano hacia estas regiones. Así, la idea de un vacío demográfico en las regiones de Temascalapa y Zumpango-Pachuca, debe ser reconsiderada, ofreciéndose nuevas estimaciones poblacionales que deberán partir necesariamente de la definición del complejo cerámico que era común entre el 1150 y el 1350 en estas áreas.

Por nuestra parte, a partir de la información de los sitios que mantienen una continuidad ocupacional nos dimos a la tarea de realizar nuevas estimaciones demográficas para el 2I3 y evaluar así el impacto regional que ocasionó la caída de Tollan. En la región de Temascalapa, los estudios originales del proyecto cuenca de México sostienen

que para este momento el área esta desabitada. Sin embargo hemos estimado una población de alrededor de 1 848 habitantes durante 2I3, la mayor parte de ellos habitando en los márgenes del valle aluvial del río de las Avenidas y localizándose los sitios de mayor jerarquía en el pie de monte alto del cerro Verde.

Un panorama más complejo se aprecia en la región de Zumpango-Pachuca. Sin considerar al asentamiento de Xaltocan, que queda fuera de nuestra área de estudio, el resto del norte de la cuenca estaría desabitado para este momento según los estudios de Sanders y Parsons. Dada la continuidad y tipo de asentamiento, hemos estimado un total de 8 120 habitantes en esta amplia región (y un total de 13 120 si consideramos a Xaltocan), la mitad de los cuales habitaba en centros regionales. Con respecto al periodo anterior, lo que apreciamos es una considerable disminución en el número de sitios y su concentración en la parte central del área, especialmente en el valle aluvial del río Tequixquiac y el río Salado, así como en el pie de monte bajo cercano a estas áreas. De igual forma los caseríos y aldeas pequeñas que perduraron del periodo anterior muestran en general un aumento en su jerarquía, que puede asociarse a un crecimiento de estos pequeños núcleos de asentamientos (Figura 9).

Pero no ocurre lo mismo con los asentamientos de mayor jerarquía del 2I2. Los centros provinciales toltecas y las aldeas nucleadas grandes en su mayor parte desaparecen y cuando no ocurre esto desciende su jerarquía, perdiendo una parte substancial de su población y definitivamente la importante función política que tuvieron.

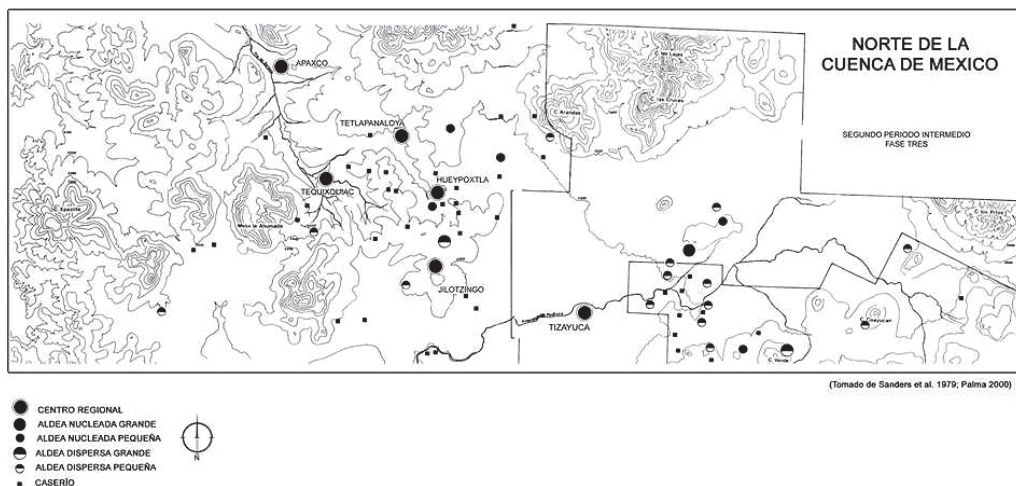


Figura 9. Patrón de asentamiento propuesto durante el periodo Azteca temprano, 2I3, 1150-1350 dC.

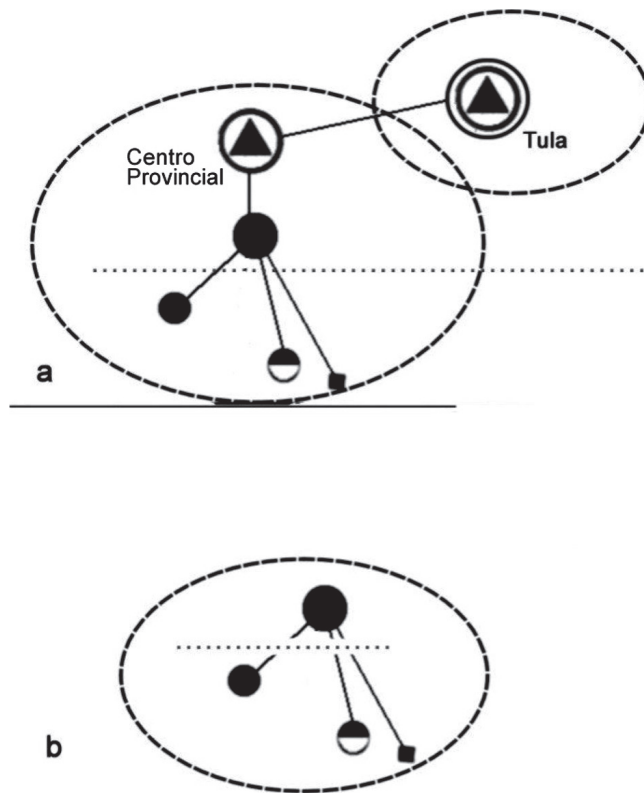


Diagrama del colapso de Tula en la región de estudio: a) Dominio de Tula a través de los centros provinciales sobre las aldeas y caseríos; b) Colapso de Tula y caída de los centros provinciales, persistiendo las aldeas y caseríos.

Tras la caída de Tollan, que acaeció entre los años 1150 y 1200 dC., ocurrió una pérdida en la autoridad política de Tula. Esta situación que siguió a la caída de Tollan también tomó lugar en las comunidades otomianas dependientes de Tula. La caída de esta ciudad generó una pérdida en jerarquía local, sin la existencia de Tula, los asentamientos administrativos, como lo fueron los centros provinciales y algunas aldeas grandes, son abandonados. Lo anterior se determinó debido a que los centros provinciales no se continuaron ocupando en el periodo Azteca temprano, o sus funciones administrativas a escala regional se ven quebradas, perdiendo gran parte de su población y convirtiéndose en pequeñas aldeas. Lo anterior contrasta con la mayoría de los asentamientos del área que como observamos sí mantienen una continuidad ocupacional. Esto nos revela que hubo una pérdida en la dependencia administrativa hacia la región de Tula. Recordemos que durante el 212 el 30% de la población habitó en centros provinciales, mientras que

el 57% de la población vivió en asentamientos con menos de 500 habitantes (Sanders et al., 1979), por lo cual se entiende el amplio fenómeno de continuidad ocupacional que se mantuvo aún tras la caída política de Tula y sus centros provinciales. La idea de un vacío demográfico en la cuenca de México tras el rápido colapso de Tula debe ser evaluada y substituida por una visión que nos señala que no hay un colapso demográfico sino una continuidad poblacional. Las estimaciones demográficas nos permiten sugerir que el colapso de Tula provocó a escala regional tan solo una reorganización política, acompañada de la caída únicamente de los centros provinciales toltecas, sin conducirnos a la necesidad de pensar en el desplazamiento masivo de las poblaciones otomías que continuaron habitando estas tierras.

Bibliografía

- ACOSTA, Jorge
1956-57 "Interpretación de algunos datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 14: 75-110.
- BINFORD, Lewis R.
1964 "A consideration of archaeological research design", *American Antiquity*, 29: 425-441.
- COBEAN, Robert H.
1990 *La Cerámica de Tula, Hidalgo*. INAH, México: Col. Científica, no.215.
- COBEAN, Robert H., A. G. MASTACHE, A. M. CRESPO y C. L. DÍAZ
1981 "La cronología de la región de Tula", *Interacción en México Central*, E. Rattray, J. Litvak y C. Díaz (comp.), pp.187-214, México: IIA-Universidad Nacional Autónoma de México.
- DARRAS, Veronique
2003 "La arqueología del abandono: algunos apuntes desde Mesoamérica", *Trace*, 43: 11-24.
- GUEVARA, Miguel
2006 "Arqueología del abandono. El extraño caso de Tula", Ponencia presentada en el Séptimo Coloquio del Doctorado en Estudios Mesoamericanos, México.
- HEALAN, Dan M.
1982 "Patrones residenciales en la Antigua ciudad de Tula", *Estudios sobre la Antigua Ciudad de Tula*, México: INAH, Col. Científica, no. 121.
1989 "The central group and west group", *Tula of the Toltecs*, D. Healan (ed.), pp. 96-148, Iowa: University of Iowa Press.
1993 "Urbanism at Tula from the perspective of residential archaeology", *Prehispanic Domestic Units in Western Mesoamerica*, R. Santley y K. Hirth (eds), CRC Press.
- LÓPEZ, Fernando
2003 "Los procesos de abandono. Lo blanco y lo negro en la interpretación arqueológica", *Trace*, 43: 56-69.
- MANZANILLA, Linda

- 1993 “Introducción”, *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyohualco*, L. Manzanilla (coord.), pp.15-31, México: IIA-UNAM.
- MANZANILLA, Rubén y Adán PACHECO
- 1997 “Exploraciones arqueológicas en los sitios El Cid y San Miguel Eyacalco, Estado de Hidalgo”, *Umbrales y Veredas*, R. Manzanilla (coord.), México: DSA-INAH.
- MASTACHE, Guadaupe
- 1996 *El Estado Tolteca. Una investigación sobre su proceso de desarrollo y estructura social, económica, y política*, Tesis de doctorado en antropología, México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- MIGEON, Gerald
- 2003 “Abandonos planificados, rituales de vasijas matadas o de clausura y ocupaciones posteriores. Los sitios del cerro Barajas, Guanajuato y de Milpillas, en el Malpaís de Zacapu, Michoacán”, *Trace*, 43: 97-115.
- PAREDES, Blanca
- 1990 *Unidades habitacionales en Tula. Hgo.*, México: INAH, Col. Científica, no. 210.
- RENFREW, Colin
- 1990 *Arqueología y lenguaje*. Barcelona: Crítica.
- Sanders, W.T., J. Parsons y R. Santley
- 1979 *The Basin of Mexico. Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, New York: Academic Press.
- SCHIFFER, Michael B.
- 1972 “Archaeological context and systemic context”, *American Antiquity*, 37: 156-165.
- 1988 “¿Existe una premisa pompeya?”, *Boletín de Antropología Americana*, 18: 5-31.
- URUÑUELA, Gabriela y Patricia PLUNKET
- 2003 “Testimonios de diversos tipos de abandono en Tetimpa, Puebla”, *Trace*, 43: 84-96.
- YADEUN, Juan
- 1975 *El Estado y la Ciudad: El Caso de Tula, Hgo.*, México: INAH, Col. Científica, no.25.

Las comunidades agroartesanales del asentamiento de Tepetitlán, Hidalgo. Una evaluación teórico-metodológica de la “arqueología de las comunidades”

Stephen Castillo¹
Lizbet Berrocal²

Notas preliminares

Las entidades políticas complejas se conformaron por una multiplicidad de factores causales y coyunturales³. No obstante, cuando dichas entidades surgieron tuvieron que implementar diferentes estrategias de manutención. De esta forma y siguiendo a Hassig (1985; 1995), las sociedades complejas o de corte estatal se vieron en la necesidad de alienar diferentes cantidades de bienes utilitarios que se producían en las comunidades periféricas de las referidas entidades políticas. Esto es comprensible si asumimos que las sociedades nucleadas son lugares no muy propicios para la producción sistemática de bienes de uso común, aunque lo anterior no quiere decir que no se produjeran bienes alimenticios en las urbes, ya que es altamente factible que se hiciera uso de pequeños huertos (Walburga Wiesheu 2005; comunica-

1 Posgrado en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

2 Escuela Nacional de Antropología e Historia.

3 Entre éstos podemos mencionar a la economía, la organización social, las prácticas ideológicas, el intercambio, el conocimiento especializado, el crecimiento demográfico, entre otras. Sin embargo, se puede argumentar que la aparición de una permanente jerarquía, dentro de una sociedad concreta, es el “indicador” de la complejidad social (cf. Tainter 1992).

ción personal). No obstante, sostenemos que la producción de bienes utilitarios no fue demasiada amplia en dichos lugares.

Si lo anterior es cierto, entonces es fundamental que los arqueólogos volteen la vista hacia las comunidades periféricas y adyacentes a los centros políticos hegemónicos del pasado, ya que, con seguridad, en dichas comunidades rurales se produjeron diversas clases de bienes que permitieron la reproducción biológica, ideológica y social de las entidades políticas complejas del pasado. Por tal motivo, lo que perseguimos a lo largo de este estudio es desmenuzar la aplicabilidad y viabilidad metodológica de la temática designada como “arqueología de las comunidades” a partir de un estudio de caso: las comunidades agroartesanales del asentamiento de Tepetitlán, Hidalgo, mismo que se encuentra injerto dentro del área de interacción del núcleo tolteca. En consecuencia, el manuscrito será dividido en tres secciones fundamentales. La primera de ellas explicará los componentes teóricos esenciales de la arqueología de las comunidades y diseccionaremos ahí su aplicabilidad empírica; el segundo apartado expondrá el estudio de caso de las comunidades rurales de Tepetitlán, abarcando los procesos de trabajos recurrentes y sus productos derivados, mismos que, con seguridad, fueron alienados por la entidad política tolteca y posteriormente por la Triple Alianza mexicana. Vale la pena señalar que para lograr este objetivo partiremos de la utilización de algunos conceptos de la arqueología social latinoamericana, así como de la propuesta de análisis de Adam Smith (2003) sobre los paisajes políticos pretéritos. Finalmente, en la tercera sección debatiremos algunas de las ideas que expresamos a lo largo del ensayo, así como las posibles vías analíticas a desarrollar en un futuro desde la arqueología de las comunidades.

1. Una radiografía teórica de la arqueología de las comunidades

Los practicantes de nuestra disciplina comenzaron a interesarse por las actividades cotidianas gestadas en las comunidades rurales pretéritas a partir de los años noventa del siglo pasado (cf. Yaeger y Canuto 2000; Marcus 2000; Schwartz y Falconer 1994). En efecto, algunos investigadores comprendieron la cuestión de que no bastaba con explicar el funcionamiento de las elites o de las grandes y pomposas ciudades y sitios arqueológicos si no se tomaba en consideración lo que ocurre en las comunidades periféricas que se adscribían a ellos, ya que investigar únicamente los grandes sitios llevaría al académico, irremediablemente, a ofrecer información sesgada de lo social.

Dado lo anterior, el estudio de lo que ocurre en las comunidades rurales se vuelve una herramienta poderosa para inferir la injerencia de estos sectores sociales en las

dinámicas geopolíticas de las entidades humanas. De sobra está decir que partir de un estudio sistemático de las comunidades pretéritas nos podrá ayudar a entender ciertas prácticas rutinarias de adscripción política, productivas, e incluso –aunque con ciertas reservas- identitarias y étnicas. Sin embargo, el estudio de las comunidades arqueológicas no es del todo sencillo, dado que el mismo concepto “comunidad” es un tanto ambiguo. Estamos de acuerdo con el hecho de que las comunidades son uno de los más significativos espacios para la interacción social (Yaeger y Canuto 2000: 2). Sin embargo, la definición “clásica” de comunidad estipula que ésta es definida en términos de la solidaridad humana producida por: 1) residir en un espacio determinado y, 2) por compartir experiencias, metas, conocimientos y sentimientos. En conjunto con lo anterior, la antropología clásica ha contribuido a crear una “etiqueta” para las comunidades, en el sentido de que se concibe que estos sectores de lo social sean una organización “natural” del ser humano; un locus que permite la reproducción biológica, étnica e identitaria. Aunado a que se asume la existencia de una homogeneidad étnica, de intereses y, en consecuencia, de actividades cotidianas.

Es casi un axioma científico que las unidades domésticas se dedican a reproducir socialmente a su grupo (de manera psicológica –identidad, ritualidad-, como biológica). Sin embargo, estas visiones tienden a generalizar las diferentes funciones de las comunidades, ya que éstas no sólo se dedican a regenerar y generar fuerza de trabajo y productos, sino que también participan en redes sociales más amplias que pueden modificar sus idearios originales. En pocas palabras, esta visión (adaptativa-conductual) concibe a las comunidades como organizaciones sociales “mecánicas” abocadas, “naturalmente”, a la reproducción social, producción alimenticia e identitaria, en donde la personalidad de los diferentes agentes sociales tiende a ocultarse y donde existe una identidad comunal rectora. Lo anterior ha llevado a la creación de un estereotipo de los agentes sociales de las comunidades, donde a éstos se les concibe como sujetos “agachones”, mismos que sólo se dedican a acatar órdenes de los regímenes políticos preponderantes (cf. Marcus 2004), lo cual, ineludiblemente, conlleva a la negación de la agencia humana de estas comunidades rurales.

Asimismo, es importante que comentemos que la misma comunidad es una abstracción. Esto quiere decir que la “comunidad” es una emoción conciente y una abstracción de la imaginación basada en la percepción de las actividades cotidianas de los sujetos, por lo que se puede considerar como un imaginario social⁴. De hecho, este

4 El imaginario social, de acuerdo con Castoriadis (1989: 34), se refiere a una realidad socialmente construida por los hombres, misma que depende de un tiempo y espacio determinado, por lo que se torna una construcción relativa. El imaginario social es una creación de significaciones, imágenes y figuras que le imprimen soporte, temor y limitantes a las taxonomías clasificatorias de las sociedades humanas.

es el principal argumento que nos permite llegar al otro sentido de la comunidad, ya que ésta (conocida como comunidad imaginaria [cf. Isbell 2000]) le imprime mayor peso a la agencia humana. En efecto, estas visiones se basan en las ideas de Bordieu (1977) y su teoría de la práctica y *habitus*, así como en la teoría de la estructuración de Giddens (1984), ya que aquí la comunidad es fluida y tan dinámica debido a las rutinas cotidianas de los agentes sociales en comunidad, así como por las propias alternativas y deseos de los actores, además de que estos últimos pueden perseguir las metas que más les plazca.

Como se puede notar, existen dos tradiciones básicas sobre las acepciones del término comunidad: una visión adaptativa-conductual y una agencial o interactiva, por lo que adscribirse a cualquiera de estas dos ontologías de la comunidad traerá como consecuencia diferentes explicaciones de las dinámicas cotidianas de las comunidades. Es fundamental mencionar que la constitución y mantenimiento de las comunidades es dinámica o dialéctica, no estática como se planteaba en las visiones adaptativas del término, por lo que las comunidades se definen por el contexto histórico de formación, no tanto por la interacción de la gente en un espacio determinado⁵. Por si esto fuera poco, al interior de una misma comunidad pueden interactuar agentes sociales con identidades antagónicas, tales como las facciones, los linajes y los géneros, mismos que pueden competir o complementarse entre sí (Yaeger y Canuto 2000: 7; Brumfiel 1994). Por todo lo anterior, el arqueólogo debe considerar profundamente a este último punto antes de aventurarse a trabajar con las “comunidades extintas”.

Elementos tangibles de las comunidades

En términos heurísticos, la comunidad es un concepto abstracto que se ubica entre la denominada arqueología doméstica (cf. Allison 1999) y la arqueología regional⁶. Lo anterior quiere decir que las comunidades se componen de muchas unidades domésticas (*household*), aunque insertas dentro de un mosaico regional de asentamientos. Ahora bien, como se ha venido esbozando en líneas precedentes, las comunidades fundamen-

5 La comunidad es una entidad inherentemente social, con múltiples manifestaciones y temporalmente efímera (Yaeger y Canuto 2000: 6). Lo anterior en virtud de que la configuración de una comunidad se efectúa con base en los contextos históricos de aparición de intereses, metas y objetivos de lo social (cf. Foucault 1999), por lo que son variables los condicionantes causales y de mantenimiento y decadencia de las comunidades sociales. En pocas palabras y dado el razonamiento anterior, no podemos generalizar las condicionantes para el surgimiento de las comunidades pretéritas, aunque se pueden esbozar algunos ejes directrices hipotéticos de su consolidación, como por ejemplo los aspectos políticos, ideológicos y productivos.

6 Término que se vincula directamente con la arqueología espacial o la arqueología de patrones de asentamiento (cf. Clarke 1977).

talmente se estructuran y mantienen a través de las prácticas rutinarias de sus integrantes, faenas que terminan volviéndose parte de un imaginario social que conforma la identidad de una comunidad social. En consecuencia, la identidad de una comunidad es el aspecto fundamental de esta célula de las sociedades humanas. ¿Sin embargo cómo podemos nosotros, como arqueólogos, acceder al plano de las identidades y etnicidad de los pueblos del pasado?⁷ Creemos que sólo podremos aproximarnos a través de la identificación de la cultura material “diagnóstica” y “perteneciente” a un mismo grupo humano en un asentamiento rural, para lo cual será necesario efectuar investigaciones regionales de prospección y excavaciones arqueológicas, aunque también se podrían implementar estudios “micro regionales”. Por su parte, la etnicidad sólo se podría inferir a través de análisis de ADN, aunque se necesitaría una elevada muestra de osamentas en una región determinada, además de es factible que en una comunidad no sólo residieran individuos de una sola etnia.

En el caso de la interacción que se gesta en toda comunidad, los arqueólogos podrían diseccionar estas actividades a partir de la identificación de tendencias de consumo, infiriendo así la existencia de actividades cotidianas, tales como la producción de bienes de lujo, la escasez de recursos o la especialización artesanal⁸. En pocas palabras, es plausible inferir las probables interacciones agenciales y territoriales a través de la identificación de ciertos modos de trabajo, así como del consumo de los diferentes bienes producidos. También se pueden inferir algunos patrones de adaptación ecológica de determinadas comunidades a partir del análisis de microrrestos y paleobotánica; finalmente es también factible reconstruir, mediante investigaciones de superficie a gran escala, los patrones de asentamiento de las comunidades (nucleadas o dispersas), aunque debemos tomar en consideración los distintos procesos de formación y transformación del registro arqueológico (cf. Schiffer 1976, 1996).

7 Esta misma interrogante trata de resolver Jones (1997) en su trabajo abocado a la etnicidad desde la tradición de oficio arqueológica.

8 Tomando en consideración los inconvenientes identificatorios que acarrea el mismo término de especialización artesanal, mismo que ha sido retomado inclusive como un catalizador del desarrollo de las “sociedades complejas” (cf. Brumfiel y Earle 1987). Algunos debates actuales sobre el concepto y su reflejo empírico en correlatos arqueológicos se pueden encontrar en los trabajos de Costín (2001) y Mannoni y Giannichedda (2004). Por nuestra parte creemos que el principal problema de la utilización de este término es que su formulación es demasiado ambigua, por lo que algunas características estructurales del concepto se pueden llegar a presentar en sociedades “no complejas” o “simples”. Así, argumentamos que la especialización artesanal no puede constituirse como la causa fundamental del surgimiento de las entidades políticas complejas, sino más bien, al igual que la lucha de clases, como una consecuencia de la instauración de la complejización de lo social o un mecanismo para mantener las jerarquías sociales imperantes a través de la producción sistemática de bienes de lujo.

Empezamos con problemas

La arqueología de las comunidades tiene algunos problemas que debe resolver antes de consolidarse como una postura temática viable, por lo que puntualizamos a continuación los retos a futuro que deberá abordar esta heurística arqueológica. Nótese que no pretendemos aseverar que esta temática es inviable para la praxis de la arqueología, sino únicamente que acusa algunos problemas de corte epistemológico y metodológico que deberán subsanarse, aunque vale la pena decir que muchas de las interrogantes que enunciamos no son exclusivas de la arqueología de las comunidades, sino del gremio académico en general.

1. ¿La cultura material asociada con un determinado grupo cultural responde a un mismo periodo cronológico? ¿Cómo demostrar la contemporaneidad de los patrones de cultura material que reconocemos arqueológicamente? ¿Los sitios y materiales arqueológicos de superficie son parte de una misma comunidad en un espacio y tiempo determinado? Debemos recordar que las mismas comunidades son entidades netamente dinámicas, cuya formación y disolución se debe a específicos contextos históricos de aparición.
2. ¿Cuáles son los límites territoriales de una comunidad? ¿Cómo detectamos, de manera empírica, los límites entre una comunidad y otra? No importa lo meticulosos que sean los estudios regionales, ya que siempre serán borrosas las fronteras de las comunidades, a menos de que contemos con documentos escritos, mismos que se encuentran lejos de ser una panacea de explicación, ya que estos últimos tienden a registrar discursos tergiversados de la realidad.
3. Se ha abusado en la utilización de la analogía etnográfica para inferir el comportamiento de las comunidades humanas del pasado. Decimos lo anterior en función de que la estrategia de investigación etnoarqueológica opera a partir de la analogía etnográfica. Sin embargo, esta última tiene dos variantes: el enfoque histórico directo y el comparativo general (cf. Fournier 1995). Obviamente, trasponer las calidades fundamentales de una sociedad viva a una arqueológica es operar mediante la primera variedad de la analogía, en tanto que la segunda funciona mediante la formulación de hipótesis a confrontar con el registro arqueológico (cf. Gándara 1990; Binford 1988).
4. La excavación de unidades domésticas son escasas y no cubren una muestra representativa en un área determinada. El pronunciamiento anterior nos lleva de la mano a una imposibilidad aun más grave: sobrevaloramos la homogeneidad de la vida cotidiana comunal a partir de un puñado de sitios excavados o recorridos (Marcus 2000: 232). No obstante, debemos señalar que para ex-

cavar una muestra representativa de un asentamiento humano determinado se requeriría, estadísticamente, al menos conocer cual es el total de la muestra a analizar, por lo que la llamada “representatividad estadística de la muestra” es una aseveración que, bajo nuestros ojos, se vuelve meramente especulativa.

Lo que puede quedar claro en este momento es que la arqueología de las comunidades se constituye como una heurística de trabajo más de la disciplina arqueológica, misma que nos permite inferir el legítimo lugar de aquellas olvidadas comunidades o grupos humanos rurales y periféricos. Aquí no estamos tratando de marcar una “territorialidad académica”, sino lo que deseamos dejar en claro es que desplegar una arqueología de las comunidades, al constituirse como una heurística epistemológica, operaría en el seno de diferentes posiciones teóricas, como sería el caso de la arqueología social latinoamericana, conductual, procesual, evolutiva, entre otras. Esto nos lleva de la mano a decir que la arqueología de las comunidades no es una posición teórica⁹, sino más bien una arqueología temática. Entendemos por arqueología temática a aquella que sólo se interesa por explicar un segmento de la totalidad social, por lo que no pretende dar respuesta a la causalidad estructural de cómo es la realidad social. Ejemplos de arqueologías temáticas los constituye la arqueología de género, de la muerte, del paisaje, entre otras construcciones teóricas. Dado lo anterior, la arqueología de las comunidades únicamente busca explicitar el papel de las comunidades humanas pretéritas, mismas que residieron en la periferia de los asentamientos urbanos y que permitieron que estas últimas entidades sociales lograran perpetuarse y desarrollarse. Es estrictamente necesario iniciar estudios de esta naturaleza, dado que las entidades políticas preponderantes no pudieron consolidarse, mantenerse ni resquebrajarse sin la intervención de los olvidados comuneros.

Para ejemplificar que la arqueología de las comunidades puede insertarse en una posición teórica mayor para volver inteligible el rol de los agentes sociales rurales en el devenir de las entidades políticas pretéritas, haremos uso del estudio de caso que ofrecen los grupos rurales de Región de Tula, mismos que se tornaron indispensables para el devenir de la urbe tolteca y, posteriormente, para la Triple Alianza mexicana. En este sentido, el reconocimiento de los procesos de trabajos pretéritos que desplegaron estos grupos periféricos se logrará a través de la utilización de parte del corpus económico de la posición teórica de la arqueología social latinoamericana, con la finalidad de entender el rol de los comuneros del asentamiento prehispánico de Tepetitlán, Hidalgo.

9 Una posición teórica, de acuerdo con lo explicitado por Gándara (1993), contiene un área valorativa, un área ontológica, una epistemológica y una metodológica. No obstante, no es el momento como para describir a cada una de estas áreas del conocimiento teórico. Si el lector se siente interesado por este importante trabajo, puede consultar directamente al autor atrás referido.

2. Especificidades generales del asentamiento prehispánico de Tepetitlán

El asentamiento prehispánico de Tepetitlán se ubica a 20 kilómetros de la ciudad de Tula, con rumbo noroeste y está conformado por una importante cantidad de unidades habitacionales emplazadas en elevaciones naturales (Figura 1 y 2). En las laderas, pie de monte y cimas se distribuyen sitios habitacionales, puesto que no han sido detectados asentamientos con arquitectura monumental. Por su parte, las elevaciones rocosas se encuentran terraceadas, esto es, se realizaron específicos procesos de trabajo para preparar los desniveles, tanto para los asentamientos humanos como para las labores agrícolas. Lo anterior concuerda con el hecho de que las superficies en que se distribuyen los sitios se encuentran asentadas sobre plataformas de nivelación (cf. Castillo 2003).

Conforme se asciende en altitud en la topografía, los espacios entre terrazas y terrazas se vuelven más estrechos, trayendo como consecuencia una disminución numérica de las unidades habitacionales. No obstante, actualmente se pueden observar algunos cultivos de maguey. En conjunto con lo anterior, la presencia de material cerámico y lítico en esas zonas nos hace suponer que existieron labores prehispánicas en las mismas. De acuerdo con esto, se ha propuesto que estos lugares estaban destinados al cultivo de maguey (Fournier y Valencia 2001), por lo que la región de Tepetitlán estuvo dedicada principalmente al cultivo del mismo y al procesamiento de sus derivados con la intención de generar excedentes que serían transferidos a las entidades políticas de Tula o Tenochtitlan (*Idem*), aunque es seguro que también se estuvieran produciendo grandes cantidades de bienes como maíz, frijol y calabaza. Dado lo anterior, la importancia del referido proceso de trabajo instauró lo que hemos denominado como un modo de vida magueyero. Bajo los ojos de la arqueología social latinoamericana, la categoría modo de vida se constituye como un eslabón intermedio entre la formación social y la cultura, constituyéndose de acuerdo con las tecnologías de producción construidas tras el enfrentamiento de una sociedad determinada con un espacio geográfico dado (Vargas 1985: 7; Bate 1998: 65-66). En consecuencia, este concepto es fundamental para inferir las manifestaciones estructurales de la formación económico-social, puesto que es una respuesta social a las condiciones objetivas del ambiente, sea el entorno natural o el sociocultural (Fournier 1999: 21), influyendo, como ya se comentó, en la creación de diferentes tecnologías productivas y que pueden inferirse mediante la cultura material.

En función de la importante cantidad de terrazas de nivelación en el asentamiento, consideramos que las labores de producción agrícola rebasaban las necesidades alimenticias de cada unidad doméstica, por lo que los productos consumibles debieron haber

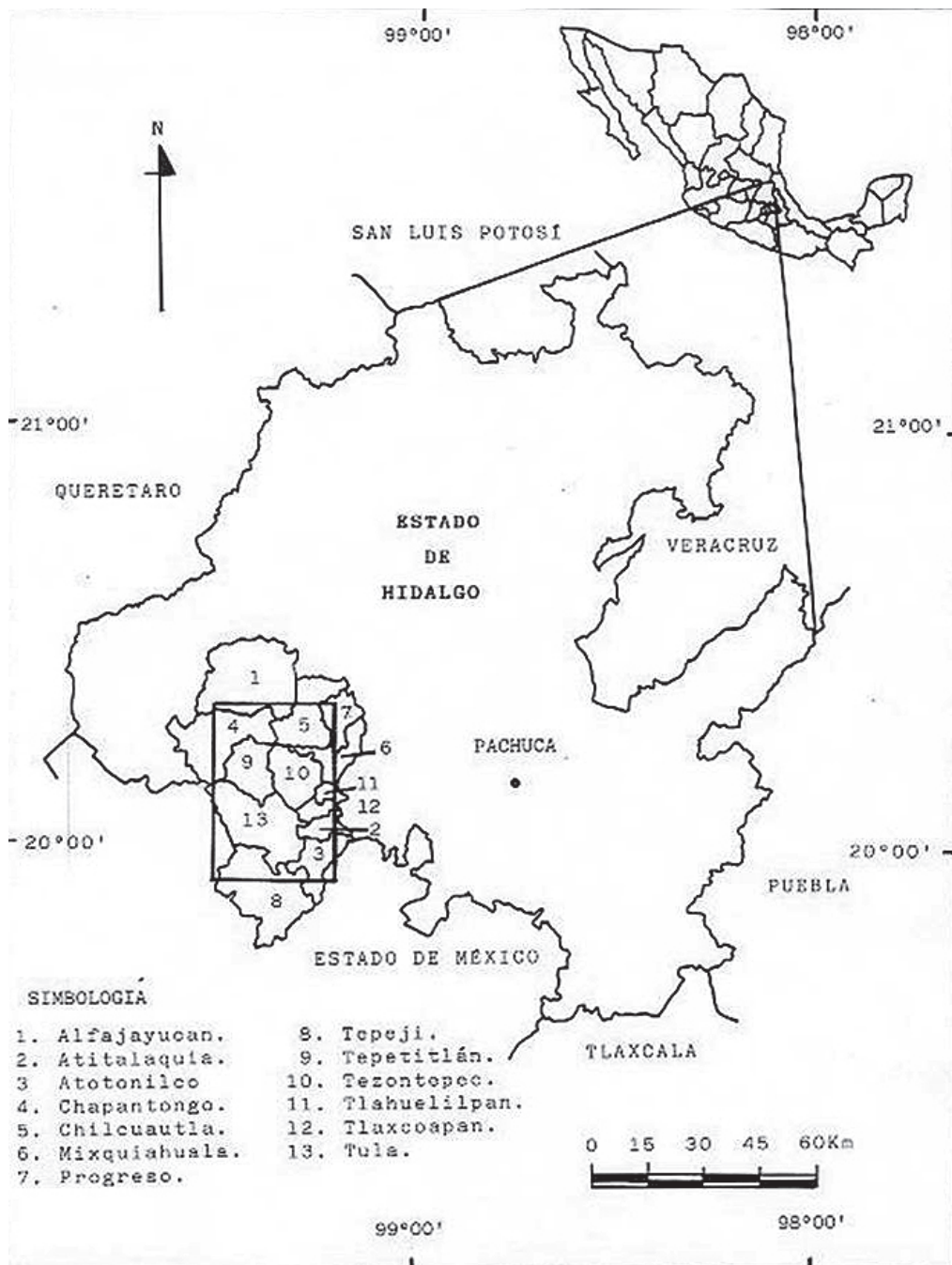


Figura 1. Ubicación geográfica de la Región de Tula y del municipio de Tepetitlán (Tomado de Ambrosio 2002: 11)

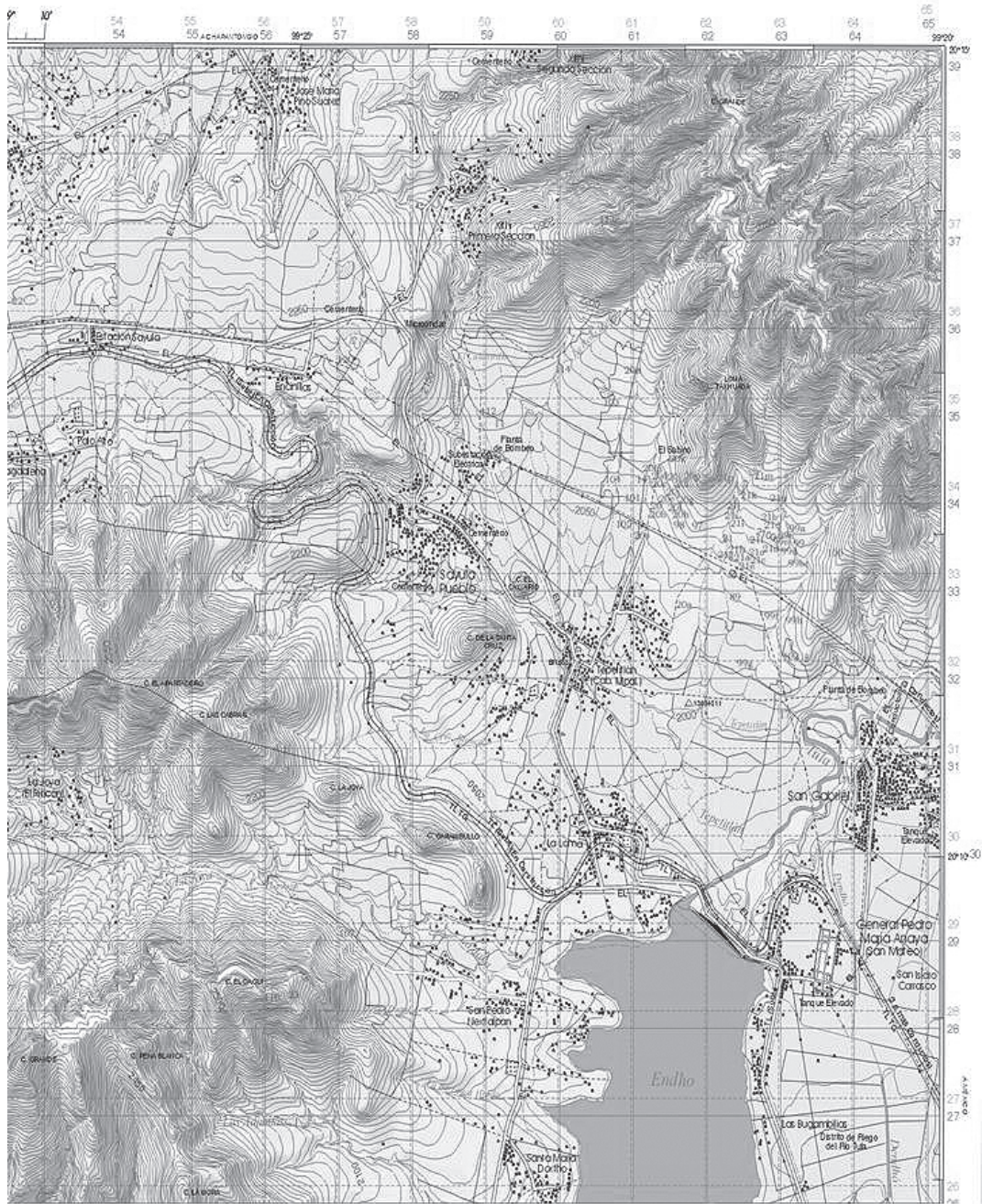


Figura 2. Distribución espacial de los sitios del asentamiento de Tepetitlán
(Tomado de Castillo 2003: 175).

sido canalizados como tributo para los grupos de elite toltecas y mexicas. Para efectuar este proceso de trabajo¹⁰, los habitantes de Tepetitlán tuvieron que enfrentarse a un ambiente natural determinado y tuvieron que verse en la necesidad de generar diferentes tecnologías de producción. Por ejemplo, el proceso de trabajo del maguey implicó la intervención de la industria de piedra tallada. Básicamente fueron empleados los cepillos, raspadores, cuchillos y navajas prismáticas, aunque consideramos que los más utilizados fueron los dos primeros artefactos, debido a la resistencia y fuerza que pueden ejercer sobre las pencas de maguey (Figura 3 y 4). Asimismo, estos procesos de trabajo implicaron otros procesos determinados, como la misma producción de artefactos líticos, el transporte de los productos aún no terminados del maguey (preformas), hasta su procesamiento final. Por todo lo anterior, en el asentamiento agroartesanal de Tepetitlán, el proceso de trabajo general fue magueyero, en tanto que uno de los procesos de trabajo que permitieron que se desarrollara el mismo fue la producción y utilización de utilajes de piedra tallada.

Otros artefactos que probablemente se tributaron fueron los productos textiles. Aseveramos lo anterior en función de que en una excavación efectuada en una unidad residencial mexica (Fournier y Castillo 2004), aparecieron evidencias materiales del proceso de hilado, tales como cantidades importantes de malacates de barro, así como una vasija miniatura utilizada como base del malacate para el correcto trabajo del hilado (Berrocal 2004), utilaje asociado con un enterramiento humano (Figura 5 y 6). Este dato empírico concuerda con los descubrimientos de Michael Smith (2005: 93) en asentamientos periféricos mexicas del Valle de Morelos, donde todas las unidades domésticas muestreadas presentaban un patrón de aparición similar de artefactos relacionados con los procesos de trabajos textiles.

Un modo de trabajo más evidenciado en las excavaciones en la región de estudio fue el trabajo de la concha, aunque debemos señalar que los materiales arqueológicos que nos permitieron establecer esta hipótesis fueron sensiblemente menores a los de

10 Un modo de trabajo, de acuerdo con la arqueología social latinoamericana, ha sido definido como las diferentes vías que adopta una sociedad concreta para producir diversos bienes de satisfacción social (Acosta 1999: 14). El proceso productivo implica la intervención de varios mecanismos, tal es el caso de la producción, la distribución, el cambio y el consumo. Los modos de trabajo permiten reconocer los ciclos de actividades productivas a partir de los complejos artefactuales. Dichos complejos son todos aquellos objetos que se distinguen entre sí por su materia prima y funcionalidad en la vida cotidiana de la sociedad (Fournier 1997: 5). No obstante, dentro de un modo de trabajo se encuentran los procesos de trabajos determinados. Un proceso de trabajo determinado está referido a la forma de las actividades productivas, mismos que pueden inferirse mediante los componentes materiales que integran un contexto arqueológico (Acosta 1999: 12). En este sentido, los procesos de trabajo determinado pueden deducirse mediante productos, desechos y calidades contextuales. Por ejemplo, en el caso del modo de trabajo alfarero, los procesos de trabajos determinados serían la extracción de la arcilla, la preparación de moldes, el cocimiento de las vasijas o incluso el transporte de las mismas, por lo que la concatenación de estos procesos permite efectuar un modo de trabajo mucho más amplio.

los procesos de trabajos textiles y magueyeros. El sitio excavado que proporcionó esta evidencia correspondió a una unidad habitacional tolteca (Fournier *et al.* 2000; Fournier *et al.* 2001). Consideramos que en esta unidad doméstica se producían ornamentos de concha, aunque no fueron detectados utensilios terminados y sólo se identificaron abundantes fragmentos, probablemente de uso ornamental y simbólico.

Paisaje Político

En esta sección haremos uso del modelo planteado por Adam Smith, referido a los paisajes políticos, buscando de esta manera integrar a nuestras comunidades rurales en la geopolítica conformada en el área cultural de la Región de Tula. Siguiendo a Adam Smith (2003: 9), los paisajes políticos son una construcción social que evoca espacios, lugares y representaciones, donde las representaciones materiales de los espacios políticos deben su génesis a los deseos y ambiciones de los regímenes. También es importante comentar que para que los intereses y ambiciones de los regímenes dominantes se mantengan, es necesario que se desplieguen distintos mecanismos económicos, políticos, ideológicos y sociales que tiendan a justificar dicho orden. Es por este motivo que el paisaje político demanda el estudio de las condiciones simbólicas de legitimidad. No obstante, siguiendo a este mismo autor (*Ibidem*:29), para que podamos entender a una autoridad política, es fundamental entender los paisajes que dichas entidades políticas configuran, los espacios geográficos que detentan, los emplazamientos que ocupan, así como las finalidades simbólicas y sociales que sus monumentos arquitectónicos querían demostrar.

Para conseguir lo anterior, Adam Smith propone tres categorías de análisis de los paisajes políticos, mismos que constituyen tres dimensiones superpuestas del mismo paisaje (*Ibidem*:73). Estas dimensiones son la experiencia espacial, la experiencia perceptiva y el espacio imaginado. Entenderemos como experiencia espacial aquella dimensión referida a las prácticas cotidianas de los agentes sociales, donde interactúan aspectos como la distribución, el transporte, las reglas de propiedad, la explotación de recursos, el uso de la tierra, así como las divisiones administrativas, económicas y culturales en un espacio físico determinado (*Ídem*). “Muchos análisis arqueológicos de entidades políticas complejas tempranas han sido tratados con esta dimensión de la práctica espacial. La experiencia espacial no sólo abarca el movimiento a través de los espacios terminados, sino también las técnicas y tecnologías de construcción” (*Ídem*).

La experiencia perceptiva responde semánticamente al espacio gobernado por diferenciales conjuntos de símbolos, señales y códigos (*Ídem*). En pocas palabras, la experiencia perceptiva tiene que ver con las normas simbólicas, de orden y de código social

que se estructuran en una sociedad específica. En este sentido, la experiencia perceptiva del espacio se construye mediante la praxis de la vida social, así como por algunas de las normas y etiquetas sociales que se edifican desde los regímenes sociales¹¹.

Finalmente, el espacio imaginado emerge del dominio analítico de las representaciones materiales. A grandes rasgos, los espacios imaginados son discursos sociales sobre el espacio percibido (*Ibidem*: 74) que construyen los regímenes sociales y que son transmitidos a los agentes sociales. Es necesario argumentar que no es imposible acceder al conocimiento de las manifestaciones simbólicas debido a que podemos inferirlas. No obstante, nuestras inferencias deberán justificarse empíricamente. Con base en lo anterior, consideramos que existen manifestaciones materiales que nos remiten al simbolismo y a la representación abstracta de diferentes paisajes políticos, tal como serían los casos de imponentes obras arquitectónicas que sobresalgan sobre el paisaje natural, las representaciones cosmogónicas en estelas, murales, vasos pintados, etcétera¹².

1. Experiencia espacial en Tepetitlán, Hidalgo

Categoría referida al ámbito de la vida cotidiana: reglas de propiedad, uso de la tierra y explotación de recursos. Es muy difícil que podamos rastrear los mecanismos de propiedad de los objetos de trabajo y más aún discernir si se trata de propiedad objetiva o posesión¹³. Sin embargo, creemos que es factible que podamos acercarnos a la explotación de recursos, sobre todo porque podemos vislumbrar arqueológicamente las prácticas de consumo y producción de bienes.

En los asentamientos prehispánicos toltecas y mexicas del asentamiento de Tepetitlán existe un acceso a utensilios líticos manufacturados sobre riolita, calcedonia, basalto, aunque también existen artefactos manufacturados sobre obsidiana, primordialmente verde. Aseveramos lo anterior en función de que existe una alta disponibilidad de objetos de trabajo riolíticos, mismos que, en caso de que hubieran sido de interés para los grupos de elite de los respectivos centros clasistas adyacentes al asentamiento, no

11 Elementos que pueden reflejarse, materialmente, en representaciones arquitectónicas de poder como estelas de gobernantes o estructuras piramidales que refuerzan y legitimen el poderío de una entidad política determinada.

12 Claro está que el estudio de los paisajes políticos y sus dimensiones de autoridad, pueden efectuarse más fácilmente a partir de documentos escritos, ya que sólo habría que realizarse una crítica de fuentes oficiales, así como detectar algunos elementos materiales arqueológicos que pudieran reforzar las “lecturas”. No obstante, postulamos que podemos acercarnos a lo anterior, a pesar de no contar con demasiados registros escritos, al menos en el área cultural mesoamericana.

13 Este tipo de imposibilidades identificatorias han sido abordadas en el trabajo de Castillo *et al.* (en prensa), aunque como una crítica constructiva sobre la fertilidad teórica de la arqueología social latinoamericana.

serían muy fáciles de monopolizar, además de que la riolita o el basalto, al ser materiales recurrentes en la composición geológica del estado de Hidalgo, no debieron haber sido muy valiosos, puesto que para que algo sea considerado como demarcador de elite debe tener el carácter de “exótico” o “lejano” (cf. Helms 1993, 1999). Es interesante mencionar que en la región de estudio no se han detectado talleres líticos o áreas de producción de artefactos de obsidiana, ya que la única fuente disponible en la región que contiene vidrio volcánico no es susceptible de ser utilizada, ya que se tratan de pequeños nódulos muy duros, mismos que sólo podrían utilizarse para producir raspadores muy pequeños. En este sentido, la obsidiana fue un bien que no fue controlado directamente por los habitantes de la región rural aquí estudiada. Otro acceso general a los recursos pudo ser el de las vasijas de cerámica, al menos de carácter utilitario, ya que aunque se encuentran vasijas asociadas con grupos de elite (como el Plumbate o el Texcoco Compuesto), concebimos que su distribución debiera ser de menor cantidad de lo que encontraríamos en emplazamientos urbanos o de elite.

No podemos argumentar que la concha haya sido un bien del dominio público rural, ya que las evidencias notables de su producción provienen de un solo emplazamiento doméstico, además de que los materiales recabados en superficie son sumamente fragmentarios y no permiten establecer una consistente hipótesis sobre la propiedad y distribución de estos materiales. Con base en lo anterior, concebimos que este material pudiera ser un recurso explotado por la gente común mediante específicos procesos de trabajo¹⁴. Por lo que respecta a los productos textiles, durante el Posclásico Tardío, el proceso de trabajo textil se convirtió en una labor importante dentro de las provincias tributarias de la Triple Alianza (Smith 2005: 93-94), por lo que concebimos que una parte de la producción permaneció en manos de los productores primarios, mientras que otra fue destinada a las arcas del imperio azteca.

A partir de lo anterior, consideramos que los pobladores de las comunidades rurales de Tepetitlán construyeron una experiencia espacial abocada a producir bienes, tanto para su subsistencia básica como para su eventual tributación. No obstante, el hecho de que hayan tenido acceso a ciertos objetos de trabajo, quizá no monopolizados por los centros rectores, les haya impreso un halo de confianza. Asimismo, siguiendo la tesis de Michel Smith para los emplazamientos rurales mexicanos del Valle de Morelos (2005: 95), es factible que las unidades domésticas y de elite de los centros urbanos secundarios y de las áreas rurales no hayan tenido un acceso tan diferencial a los recursos. Simplemente podría haber mayor cantidad de bienes de lujo en las unidades urbanas, pero sólo en

14 De hecho (Patricia Fournier 2005; comunicación personal), después de analizar los materiales conquiológicos, se logró establecer que las conchas eran de río, por lo que estos materiales fueron de índole local.

mayor proporción que en las zonas rurales. Siguiendo esta premisa, es posible que en la época del apogeo tolteca esta entidad política haya proveído de obsidiana a la región rural de Tepetitlán¹⁵, misma que en retribución debería canalizarle recursos alimenticios. Bajo la dominación mexica las tasas de tributación se vieron aumentadas, aunado al hecho de que los aztecas controlaron la producción y distribución de obsidiana verde de la Sierra de las Navajas (cf. Pastrana 1998, 2004).

2. Percepción espacial y espacio imaginado

Es necesario que se haya legitimado la autoridad de un centro político complejo ante los ojos de los asentamientos rurales. En este sentido consideramos relevante la categoría de autorización (cf. Smith 2003), donde se entiende por la misma la expresión legítima del poder ante el paisaje político. Así, la construcción del centro urbano tolteca o mexica demarcó la grandeza de sus regímenes políticos ante las humildes unidades arquitectónicas de la periferia. Con esto referimos que la magnificencia de las construcciones de las entidades políticas complejas podría justificar la extracción sistemática de excedentes, bajo el amparo de que ellos eran los encargados de velar por el orden social geopolítico.

El espacio rural se vio imbuido por un proceso de emulación arquitectónica de los centros hegemónicos. Esto lo podemos aplicar respecto a las unidades domésticas toltecas de Tepetitlán, donde se repite el mismo patrón constructivo de las unidades del núcleo urbano tolteca (*toltec small stone technique* [cf. Healan 1989; Paredes 1992; Cobean y Mastache 1999]), además de los altares en el centro de los patios, característicos de las construcciones de la urbe de *Tollan*. Esto tiene fuertes implicaciones en la conciencia social o *habitus* (cf. Bordieu 1977) de los pobladores rurales, ya que se conformó una homologación de la ideología religiosa, además de que paulatinamente se constituyó una preponderancia por los elementos urbanos.

De esta forma, la percepción espacial del paisaje político describe las relaciones de dominación, al menos en lo concerniente a los procesos simbólicos e identitarios de la cultura urbana. Adoptar parte de los elementos distintivos de las entidades políticas toltecas o mexicas nos habla de la gradual aceptación de un estereotipo urbano (cf. Brumfiel 1994), mismo que fue seguido por las comunidades rurales. Asimismo, el hecho de adoptar patrones culturales e identitarios de las entidades políticas prepon-

15 Existen evidencias materiales de la extracción y procesamiento de la obsidiana de Sierra de las Navajas por parte de grupos toltecas (cf. Domínguez 2004), por lo que sostenemos que la urbe de los atlantes monopolizó parte de la producción de artefactos de obsidiana verde, mismos que probablemente fueron canalizados a los asentamientos periféricos de Tula.

derantes puede deberse a que se comienza a gestar una identificación con los centros mayores o, por el contrario, una sojuzgación por medio de la fuerza, aunque carecemos de elementos empíricos para sustentar tal aseveración.

Como podemos darnos cuenta, el espacio percibido y el espacio imaginado se encuentran íntimamente relacionados, en virtud de que los espacios imaginados son discursos y representaciones sobre el espacio percibido. En este sentido, la imaginación simbólica de las áreas rurales de Región de Tula se manifiesta a través de la emulación arquitectónica, así como a partir de la simbiosis generada entre el campo y la ciudad. Lo que queda claro, al menos en lo concerniente a nuestro estudio de caso, es que los procesos de producción se convirtieron en un mecanismo importante para que los centros urbanos se hicieran de productos necesarios para su reproducción. Claro está que al interior de las ciudades también se encontraban sujetos dedicados a la producción primaria de alimentos, al igual que de productos de uso común o suntuario. No obstante, consideramos que la producción gestada desde las ciudades no fue suficiente para mantener a la totalidad de los residentes de las urbes, por lo que la producción alimenticia de las áreas periféricas se volvió fundamental para solventar las necesidades básicas de alimentación de los agentes sociales urbanos.

Tampoco apoyamos la idea de que los centros rurales se encontraban en la miseria extrema. Si bien es cierto que los mecanismos de tributación o de pago de impuestos podían ser excesivos, existía un flujo importante de bienes de diferentes regiones, posiblemente controlados por los centros rectores. Fue a partir de estos mecanismos de distribución de bienes como los pobladores pudieron hacerse de diferentes clases de productos, aunque arqueológicamente sólo podemos identificar tendencias de consumo. Esto se corrobora cuando descubrimos que incluso las comunidades rurales toltecas tenían acceso a vasijas tipo Plumbate, mismas que se supone eran un demarcador de jerarquía social, siendo éstas importadas del Soconusco chiapaneco. En el caso de la concha que trabajaban los sujetos rurales, si ésta era un recurso local, no pudo haber sido controlado por la elite. Las conchas provenientes de contextos marinos fueron bienes que sí se constituyeron como demarcadores de jerarquía social en la urbe tolteca, por lo que esta producción debió ser controlada por las elites de *Tollan*. Con base en lo anterior, consideramos que no existe tal oposición entre campo y ciudad, sino una relación que permite un flujo y circulación de bienes.

3. Discusión final

A partir de la revisión teórica-metodológica efectuada en este trabajo en torno a la arqueología de las comunidades, así como a través de su aplicabilidad directa en un es-

tudio de caso, nos podemos dar cuenta de que la arqueología temática aquí referida se convierte en una herramienta útil para desentrañar el papel de los olvidados comuneros en las constelaciones políticas pretéritas. De hecho, tal como planteamos con anterioridad, las comunidades pretéritas adscritas a entidades políticas preponderantes se tornaron indispensables para éstas, ya que ahí donde se produjeron la mayoría de los bienes de uso común y, probablemente, los de uso suntuario. Siguiendo este último razonamiento, las entidades políticas complejas tuvieron que alienar, a través de diferentes mecanismos diplomáticos o coercitivos, parte de la producción directa de los agentes sociales comunales para el mantenimiento y reproducción biológica y social de los residentes de las urbes pretéritas.

De esta manera consideramos que la arqueología de las comunidades nos puede abrir un nuevo campo de estudio para entender de mejor manera el papel que jugaron los individuos asentados en comunidades rurales del pasado y su inserción en redes políticas más amplias, ya que sin lugar a dudas los grandes asentamientos nucleados se derrumbarían ineludiblemente sin la producción de los asentamientos periféricos. Esto nos lleva de la mano a plantear que dicha arqueología temática, en combinación con los elementos teóricos del modelo de paisaje político de Adam Smith (2003), así como con algunos postulados del corpus conceptual de la arqueología social latinoamericana referidos a los procesos productivos del pasado, nos permite desentrañar la importancia económica, ideológica y conductual que desempeñaron los sujetos periféricos. Asimismo, los planteamientos angulares de la arqueología comunal presentan elementos interesantes referidos a la ideología y praxis cotidiana, sobre todo por su inclusión de segmentos del pensamiento de Bordieu (1977) y su teoría de la práctica y del *habitus*, como una manera de re-pensar la cotidianidad de los seres humanos y cómo esta praxis es la encargada de conformar identidades, estructuras e imaginarios sociales comunales. Por lo que respecta a la aplicabilidad directa de esta arqueología temática, nos atrevemos a decir que, en el caso de las actividades de los agentes sociales comunales, diseccionar procesos de trabajo, tendencias de consumo, redes culturales de interacción, así como la disponibilidad y explotación de objetos de trabajo y materias primas, se tornan como las labores más factibles de realizar desde esta arqueología de las comunidades. Decimos lo anterior en virtud de que los procesos económicos pretéritos son los más accesibles de estudiar desde la tradición de oficio arqueológica, ya que estas actividades son las más susceptibles de dejar rastros tangibles en el registro arqueológico, mientras que los elementos ideológicos y políticos se asientan en el dominio de la inferencia hipotética. Aunado a lo anterior, es necesario, si es que se va a operar desde esta perspectiva comunal, ampliar el universo de muestras arqueológicas, con la intención de no homologar la praxis comunal a partir de un puñado de sitios excavados, aunque una imposibilidad logística de esta arqueología comunal es preci-

samente el recurso financiero, ya que excavar o recorrer grandes regiones periféricas para entender el rol de los comuneros pretéritos puede llegar a convertirse en una tarea demasiado costosa y detallista.

No obstante, debemos hacer la aclaración de que la arqueología de las comunidades, al ser una arqueología de índole temática, puede insertarse sin problema alguno en una posición teórica mayor. Esto quiere decir que se podría desplegar un análisis arqueológico comunal desde el corpus de la arqueología social, de la nueva arqueología o inclusive desde la arqueología posprocesual. Lo que queremos decir en este momento es que no es necesario que este campo de estudio lleve una rígida etiqueta académica, sino que dicha problemática se puede abordar desde diferentes posiciones teóricas, aunque sería necesario que los académicos adscritos a diferentes corrientes de pensamiento se interesen por este tópico de la realidad social.

Como colofón de este trabajo, es necesario que puntalicemos que es fundamental que la arqueología de las comunidades no llegue a convertirse en una moda académica, ya que lo que más daño le hace a todo planteamiento teórico es precisamente constituirse como tal, ya que se omite de esta manera el debate y crítica, salvo decir pronunciamientos de corte “si ya se nos había olvidado trabajar en las zonas marginadas y creemos que es importante para la arqueología”. Sin embargo, al menos ya se ha abierto un nuevo campo de estudio, por lo que recalamos que éste no debería llevar una etiqueta teórica arqueológica, sino más bien consideramos que cada posición teórica debería interesarse por estudiar aquellas pequeñas cosas que hacen que las grandes ciudades cobren vida y dinamismo. Por todo lo anterior, subrayamos que es necesario un replanteamiento valorativo¹⁶ del concepto, aunque ahora podemos decir que sería muy provechoso combinar el enfoque adaptativo-conductual con el agencial¹⁷, aunque como todo, siempre se corre el riesgo de contradecir los principios ontológicos que asuma todo investigador.

16 En el sentido que Gándara (1993) le imprime al área valorativa de cada posición teórica. En el área valorativa se asientan los objetivos cognitivos, el tipo de conocimiento que se obtendrá, así como su finalidad ética y política.

17 Ejemplos de esta temática los conforman los trabajos de Bordieu (1977) y Giddens (1984). De hecho, asumir que la causalidad fundamental del devenir de toda sociedad concreta emana de una visión agencial en donde los cambios sociales se gestan a partir de la capacidad de acción humana, negando las estructuras asentadas por encima de las capacidades cognitivas y físicas de los agentes sociales, nos puede llevar peligrosamente a un relativismo ontológico social, donde sería imposible comparar diferentes sociedades debido a que cada una de ellas instaura mecanismos específicos de conformación y transformación de las entidades políticas. Sin embargo, consideramos que toda sociedad se regula por estructuras fundamentales, aunque éstas se llegan a conformar también por la praxis humana, pero dejamos en claro que no somos partidarios de la cuestión de que las sociedades concretas se desarrollan sólo a partir de la capacidad de acción de los sujetos humanos, por lo que dejaremos el comentario hasta aquí.

Bibliografía

- ACOSTA, Guillermo
1999 Procesos de trabajo determinado. La configuración de modos de trabajo en la cultura arqueológica. *Boletín de Antropología Americana* 35: 5-21. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
- ALLISON, Penélope (ed.)
1999 *The archaeology of household activities*. Routledge, London.
- AMBROSIO, Eduardo
2002 *Del Preclásico al Posclásico: Análisis diacrónico de los patrones de asentamiento en la Región de Tula, Hidalgo*. Tesis de Licenciatura en Arqueología. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- BATE, Luis Felipe
1998 *El proceso de investigación en arqueología*. Crítica, Barcelona.
- BERROCAL, Lizbet
2004 Evidencias del modo de vida a través de dos unidades domésticas: excavaciones en el municipio de Tepetitlán, Hidalgo. Ponencia inédita presentada en la XXVII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. Xalapa, Veracruz.
- BINFORD, Lewis
1988 *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*. Crítica, Barcelona.
- BORDIEU, Pierre
1977 *Outline of a theory of practice*. Cambridge University Press, Cambridge.
- BRUMFIEL, Elizabeth
1994 Ethnic groups and political development in ancient Mexico. En *Factional competition and political development in the New World*, editado por Elizabeth Brumfiel y John Fox, pp. 89-102. Cambridge University Press, Cambridge.
- BRUMFIEL, Elizabeth y Timothy EARLE (ed.)
1987 *Specialization, exchange and complex societies*. Cambridge University Press, Cambridge.
- CASTILLO, Stephen
2003 *Tepetitlán, Hidalgo en el Posclásico: un acercamiento al modo de vida mediante los utensilios líticos*. Tesis de licenciatura en Arqueología. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- CASTILLO, Stephen, Patricia FOURNIER y James BLACKMAN
En prensa "Periodicidad y propiedad: Problemas identificatorios en la arqueología social iberoamericana" en *Sed Non Satiata II. Teoría Social en la arqueología latinoamericana contemporánea*, editado por Andrés Zarankin y Félix Acuto. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.
- CASTORIADIS, Cornelius
1989 [1975] *La institución imaginaria de la sociedad*. Tomo II. Tusquets Editores, Barcelona.
- CLARKE, David
1977 Spatial information in archaeology. En *Spatial Archaeology*, editado por David Clarke, pp. 1-32. Academic Press, New York.
- COBEAN, Robert y Alba Guadalupe MASTACHE
1999 *Tepetitlán. Un espacio doméstico rural en la región de Tula*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, University of Pittsburgh, México.

- COSTIN, Cathy
2001 Craft production systems. En *Archaeology at the Millennium: A sourcebook*, editado por Gary Feinman y Barbara Price, pp. 273-327. Kluwer Academic, Plenum Publishers, New York.
- DOMÍNGUEZ, Silvia
2004 *Estudio preliminar sobre la explotación tolteca en la Sierra de las Navajas*. Tesis de Licenciatura en Antropología con especialidad en Arqueología. Universidad de las Américas, Puebla.
- FOUCAULT, Michel
1999 [1970] *La arqueología del saber*. Siglo Veintiuno Editores, México.
- FOURNIER, Patricia
1995 *Etnoarqueología Cerámica Otomí: Maguey, pulque y alfarería entre los hñahñu del Valle del Mezquital*. Tesis de Doctorado en Antropología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
1997 Teoría y praxis de la arqueología social: la inferencia de procesos económicos con base en conjuntos artefactuales. *Actualidades arqueológicas*. 12: 1-6. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
1999 La Arqueología Social Latinoamericana: Caracterización de una posición teórica marxista. En *Sed Non Satiata. Teoría Social en la arqueología latinoamericana contemporánea*, editado por Andrés Zarankin y Félix A. Acuto, pp. 17-32. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.
- FOURNIER, Patricia, Víctor BOLAÑOS y Laura E. CHÁVEZ
2000 Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Sexta temporada de campo 2000. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- FOURNIER, Patricia, Víctor BOLAÑOS y Laura E. CHÁVEZ
2001 Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la séptima temporada de campo 2001. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- FOURNIER, Patricia y Stephen CASTILLO
2004 Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la novena temporada de trabajos de campo 2003. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- FOURNIER, Patricia y Mauricio VALENCIA
2001 Political Organization and Agave Exploitation in the Tula Region during the Late Postclassic: An Analysis of the Otomi Way of Life. Ponencia inédita presentada en la 66th Annual Meeting, Society for American Archaeology, New Orleans.
- GÁNDARA, Manuel
1990 La analogía etnográfica como heurística: lógica muestral, dominios ontológicos e historicidad. En *Etnoarqueología. Primer Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, editado por Yoko Sugiura y Mari Carmen Serra, pp. 43-82. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
1993 El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social. *Boletín de Antropología Americana* 27: 5-20. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
- GIDDENS, Anthony
1984 *The Constitution of Society*. University of California Press, California.
- HASSIG, ROSS

- 1985 *Trade, tribute and transportation. The sixteenth-century political economy of the Valley of Mexico*. University of Oklahoma Press, Estados Unidos.
- 1995 [1988] *Aztec warfare. Imperial expansion and political control*. University of Oklahoma Press, Estados Unidos.
- HEALAN, Dan (ed.)
1989 *Tula of the Toltecs*. University of Iowa Press, Iowa.
- HELMS, Mary
1993 *Craft and the kingly ideal: Art, trade and power*. University of Texas Press, Austin.
- 1999 Why maya lords sat on jaguar thrones. En *Material symbols. Culture and economy in prehistory*, editado por John Robb, pp. 56-69. Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University, Carbondale.
- JONES, Siân
1997 *The archaeology of ethnicity. Constructing identities in the past and present*. Routledge, London and New York.
- MANNONI, Tiziano y Enrico GIANNICHELLA
2004 [1996] *Arqueología de la producción*. Ariel, Barcelona.
- MARCUS, Joyce
2000 Towards an archaeology of communities. En *The archaeology of communities. A new world perspective*, editado por Marcello A. Canuto y Jason Yaeger, pp. 231-242. Routledge, London and New York.
- 2004 Maya commoners: The stereotype and the reality. En *Ancient maya commoners*, editado por Jon Lohse y Fred Valdez, pp. 255-283. University of Texas Press, Austin.
- PAREDES, Blanca
1992 *Unidades habitacionales en Tula, Hidalgo*. Colección Científica 210. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- PASTRANA, Alejandro
1998 *La explotación azteca de la obsidiana en la Sierra de las Navajas*. Colección Científica 383. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- 2004 *La distribución de la obsidiana de la Triple Alianza en la Cuenca de México*. Tesis de Doctorado en Antropología. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- SCHIFFER, Michael
1976 *Behavioral archeology*. Academic Press, Nueva York.
- 1996 *Formation processes of the archaeological record*. University of Utah Press, Utah.
- SCHWARTZ, Glenn y Steven Falconer
1994 Rural approaches to social complexity. En *Archaeological views from the countryside*, editado por Glenn Schwartz y Steven Falconer, pp. 1-9. Smithsonian Institution Press, Washington and London.
- SMITH, Adam
2003 *The Political Landscape. Constellations of Authority in Early Complex Polities*. University of California Press, California.
- SMITH, Michael
2005 "Life in the provinces of the Aztec Empire" en *Scientific American* 15 (1): 90-97.
- TAINTER, Joseph A.

- 1992 *The Collapse of Complex Societies*. Cambridge University Press, Cambridge.
- VARGAS-ARENAS, Iraida
- 1985 “Modo de vida: categoría de las mediaciones entre formación social y cultura” en *Boletín de Antropología Americana* 12: 5-16. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
- YAEGER, Jason y Marcello CANUTO
- 2000 “Introducing an archaeology of communities” en *The archaeology of communities. A new world perspective*, editado por Marcello A. Canuto y Jason Yaeger, pp. 1-15. Routledge, London and New York.

De la identidad a la inestabilidad. Reflexiones sobre el hñahñu prehispánico

Fernando López Aguilar¹

Mä du, ri du,/ ra du,/ Mä duhe,/ ra te.

Mi muerte, tu muerte,/ la muerte / Nuestra muerte, / la vida.

Francisco Luna Tavera

El Mezquital “periférico”,

Frontera norte del imperio mexica hacia los albores de la conquista española, sólo fue motivo de preocupación para la antropología aplicada en las múltiples intentos de ofrecer una solución a la “marginalidad” y a la “pobreza” cuya profundidad histórica es un dilema.² Algo semejante ocurrió con los arqueólogos quienes desde Desiré Charnay hasta Jorge Acosta y Eduardo Matos, sólo se enfocaron en los montículos del antiguo sitio del Tesoro en la otra banda del río Tula buscando las huellas del mítico Quetzalcóatl, y con los lingüistas del Instituto Lingüístico de Verano que intentaban construir cartillas de educación y textos evangelizadores para resolver los modos de plasmar en morfemas los tan difíciles fonemas, como lo había hecho en el siglo XVIII desde el convento de Tepozotlán ese jesuita anónimo que recuperó Eustaquio Buelna (1893). Mas allá de esos casos, que resaltan como paradigmáticos, el otomí y el Valle del Mezquital realmente fueron marginales para la mirada del historiador, del arqueólogo o del etnógrafo que siempre los vieron ajenos a los procesos sustantivos que permitieran comprender las “grandes culturas” que construyeron el proceso civilizatorio del México an-

¹ Posgrado en Arqueología. Escuela Nacional de Antropología e Historia

² Recuerdo aquí la frase de Fernando Secundino, un querido amigo hñahñu de la comunidad de El Olivo, que dijo “la familia clásica otomí está compuesta de padre, madre, hijo y antropólogo”.

tigo, los eventos sociales de la Nueva España y del México independiente o postrevolucionario.

Esa historia plena de olvidos ha hecho que el ñahñu difícilmente reconozca los indicios del pasado prehispánico, ya sean “iglesias viejas”, pirámides, petroglifos o pinturas rupestres. En él existe una forma de *carencia del recuerdo* y sólo están presentes algunos hechos que, lo testimonian nuestras entrevistas, no van más allá de ciento cincuenta años o, cuando mucho, algunos eventos significativos que ocurrieron durante la época Colonial: la renovación del Cristo de Santuario, las riquezas provenientes del Hualtepec, las batallas de la guerra de Reforma, el paso de Juárez por ciertas localidades, y muy especialmente, la influenza española, las luchas por la tierra, las asonadas ocurridas durante la Revolución y el resquebrajamiento de las comunidades. Desconozco si esto es resultado de la interacción con los antropólogos, de las múltiples políticas de integración que han existido en este lugar, si se trata de una visión resultante del presentismo de esas políticas, o si ha sido de esta forma desde tiempos remotos.³

Esto es, por supuesto, una visión que sobregeneraliza hallazgos locales. En el fondo, ciertos lugares, ciertos personajes, algunos líderes de las comunidades, han visto la necesidad de (re)conocer su historia, y no pretendo aquí adjetivarla como objetiva, pues a veces pareciera tan sólo una búsqueda de la nueva mexicanidad, la que los coloca un lugar de gloria ancestral, la que piensa en una decadencia originada por la añeja explotación—en especial por la conquista española y que ahora pretende su redención. En otro lugar ya he señalado que en las nuevas reflexiones sobre el patrimonio cultural estos modos de recuperar la historia recuerdan los momentos fundacionales de la modernidad capitalista, con la aparición de los nacionalismos y *chauvinismos*, y la consolidación como ciencia de la historia y la arqueología (López Aguilar, 2002). Sospecho que en el fondo esa es la razón por la que retoman algunas y sólo algunas ideas de la polémica Gamio-Mendizábal y se quedan con esa *verdad* que dice que ellos fueron los creadores de Cuicuilco, Teotihuacan, Cholula y Tula y transforman en mitos *liberadores e identitarios* su invención del pulque y su pretendida antigüedad, bajo el argumento de ser los primeros pobladores del centro de México. Fue precisamente don Manuel Gamio quien en 1932 afirmó a partir de sus excavaciones en el Pedregal de San Ángel en 1917: “Felizmente, ya puede asegurarse de modo positivo, según quedó demostrado arriba, que la civilización arcaica es la más antigua del valle, y de acuerdo con las fuentes históricas, la civilización arcaica identificada por la arqueología, es la civilización otomí a que se refiere la historia” (Gamio, 1972:89).

3 Un tema que tratamos de averiguar a través de una serie de entrevistas que conformaron el proyecto que llamamos “Relaciones Geográficas del Siglo XX” y del cual obtuvimos una serie de descripciones de los pueblos actuales bajo las preguntas que dieron lugar a la recopilación de las *Relaciones Geográficas del Siglo XVI*.

Y con ese criterio de autoridad, por ser el antropólogo de la revolución, los hñahñu defienden ese presupuesto que Miguel Othón de Mendizábal refutó al señalar que existen muy pocas evidencias que permitieran demostrar las aseveraciones de Gamio y se interpreta “sin crítica y sin verificación del dato, según vieja costumbre nuestra”: “Para aceptar a los otomíes, torpes por antonomasia en el concepto de los mismos indígenas, como autores de la más antigua cerámica de México, y por consecuencia inventores de ese arte inestimable y de la agricultura del maíz, la máxima conquista americana en el orden material, necesitamos argumentos más sólidos que los aducidos hasta la fecha” (Mendizábal, 1946:474).

Mitos que se fueron arraigando a fuerza de la reiteración, como aquél que señala que siempre fueron explotados, subordinados y oprimidos desde la época prehispánica hasta la actualidad y que refuerza la idea clásica de la modernidad en que las identidades se construyeron desde un pasado común, glorioso y adecuado que permite sostener un futuro creíble y que “la comunidad se anuncie posesora de una historia y un destino” (Díaz Andrew, 1998:118). Sin embargo, esta última idea resulta muy tardía en el modo de ver lo hñahñu. Es hasta 1845 cuando se encuentra una primera referencia de este tipo:

El Othomi, pues, es un peregrino, hombre errante; ¡triste suerte la de un pueblo condenado á no disfrutar de la paz del hogar! A ella parecían entregados los Othomites en la antigüedad, y aun cuatro siglos hace, pues los Mexicanos los combatían con constancia, para extender sobre de ellos el imperio de su Aguila, y los Españoles, vencedores de los Mexicanos, lo fueron no menos de los Othomites, cuyos terrenos se repartieron, y de los que formaron colonias, que trasladaron á otros pueblos, para debilitar á los colonos y á sus vecinos, con lo que aquellos cumplan su destino de errantes y peregrinos (Náxera, 1984:25).

Curiosamente, en las Relaciones Geográficas difícilmente se señalan a sí mismos como explotados y marginados, aunque constatan la tributación a la que eran sujetos por la Triple Alianza. A guisa de ejemplo, en la relación del pueblo de Atengo se señala:

[...] ahora ha muchos años se cogía gran cantidad de todo género de semillas, [y], la causa de no cogerse al presente tanta cantidad en todos los géneros de semillas, dicen ahora los que gobiernan estas tierras, y antiguos, [que] la causa dello es que, en aquellos tiempos, había mucha cantidad de indios de servi[ci]o que les labraban sus sementeras y tierras, y ellos eran obedecidos y [les] sembraban gran cantidad de semillas que ellos tenían para sus comidas y comunidades, y no había tanto género de pu[ch]tecas, que quiere decir “mercaderes tratantes”. Y esta es la causa por que había la cantidad de semillas q[ue] ahora faltan, y [por] verse todos hechos mandones, y [ahora] no les obedecen como solían (Padilla, 1985:30).

Pero otros mitos también se han divulgado y han adquirido *credibilidad* a fuerza de la repetición. Uno de ellos es su *holgazanería* y *alcoholismo*, que transita por muy diversas fuentes históricas y que, como vimos, fue uno de los argumentos de Othón de Mendizábal:

Los mismos otomíes [...] en acabando de labrar sus tierras andaban hechos unos holgazanes, sin ocuparse en otro ejercicio de trabajo, salvo que andaban cazando conejos, liebres, codornices y venados, con redes o flechas, o con liga o con corcherías que ellos usaban para cazar. [...] También agujeraban los magueyes para que manasen la miel para beber, o para hacer *pulcre* y emborracharse cada día [...] (Sahagún, 1975:603).⁴

Una actitud que, según Roger Bartra, es reiterada por los caciques actuales: “los cientos de años que han vivido en esta tierra estéril han originado *que no tengan ambiciones*, la gente en su mayoría es *floja* por esa misma razón; *el calor, el polvo, la falta de agua hacen que el cuerpo no tome su ritmo de actividad*” (Bartra, 1984:76).

¿Qué tanto es factible suponer que esta mirada de los españoles y los caciques formó parte de una condición de marginalidad que se hubiera efectuado de manera equivalente en la época prehispánica y que tuviera elementos semejantes durante la época colonial? ¿Qué tanto esa lectura es parte de una marginación, automarginación, y su equivalente en términos de la pobreza? La Relación de Querétaro señala que “En el trabajar son flojos, aunq[ue] en comparación de las otras naciones de esta tierra, son los más trabajadores, son más aplicados a labores del campo que [a] otra cosa, aunq[ue] lo hacen con tanto espacio y flema, que sale más labor de un español en un día que de diez de éstos en dos” (Ramos, 1987:228).

En los documentos de la época colonial para la zona árida de la Teotlalpan tampoco se ve al hñahñu como marginado o en condición de pobreza y ni siquiera ellos lo estipulan de esa manera; por el contrario, los testimonios mencionan grandes adquisiciones de terrenos y fondos de hasta cuarenta mil pesos oro para la construcción y fábricas de iglesias y sólo existen menciones a la pobreza cuando se dio la gran sequía de la segunda mitad del siglo XVIII (López, 2005:215 y ss.). ¿Cuándo comenzó a verse al Valle del Mezquital depauperado y marginado? ¿Estará asociado al momento cuando dejó de llamársele Teotlalpan? Son estas preguntas las que construyen diversas perspectivas sobre los otomíes, emanadas de los antropólogos, y que por muchos motivos se contraponen

4 “Conbiene que se ponga rremedio en lo que toca a las borracheras de los yndios porque con ellas hazen y cometen graues delitos y ofensas contra Dios Nuestro Señor” (Paso y Troncoso, 1905:102).

con las dudas de quienes necesitan a la historia como un recurso para la comprensión del presente y que han visto en el ayer un lugar, entre tantos.

Creo que las visiones del pasado en el Valle son tan disímolas, como la misma historia lo puede ser. Y llegar a la búsqueda de *su* arqueología (a pesar de los trabajos pioneros de Jorge Acosta en Tula, en Mixquiahuala, y en otros lugares), ha derivado en ver a la arqueología como una (paleo)antropología que sólo agrega una forma más a la mirada de los lugares donde ellos, otros y nosotros hemos puesto nuestro horizonte de comprensión, o bien, como el acto de descubrir nuevos lugares que deben de escudriñarse y que, ni siquiera, resulta ser un privilegio del humanista: es una interacción compleja entre el ellos y el nosotros en la búsqueda de preguntas y respuestas, las de ellos, las de nosotros.

Al inicio de la investigación

...en el Valle del Mezquital la idea central giraba en torno a los (pre)juicios que daban respuesta a las preguntas antes señaladas. La arqueología nomotética, con su cientificidad, podía que *demostrar* que lo que *ya* se sabe desde el presente puede ser proyectado hacia el pasado más remoto del otomí y que las circunstancias, invariantes en el tiempo, siempre habían sido así: mitos de origen, mitos de continuidad en el juego de espejos donde el presente es el pasado, que es a su vez el presente y puede proyectarse hacia el futuro.

No puedo negar que estas ideas derivaron de la primera lectura de los textos etnográficos, antropológicos y sociológicos de los hñahñu del Valle del Mezquital. Lecturas transformadas en las paradojas de la mirada contrapuesta de la historia, gloria y esclavitud que podía trastocarse a una pregunta clave: ¿cuándo y cómo se originó la etnicidad hñahñu? No contaba(mos) con el hecho de que el Mezquital es un lugar que lleva a la integración y a la ruptura, porque los mitos y los prejuicios se destrozaron en el diálogo necesario entre muchas realidades, la de la arqueología, la historia y la antropología, entre las de *su* ser del presente, las de *su* pasado y nuestro ser, que se asoma desde aquí a *su* horizonte de historicidad que construye *su* ser en sí mismo.⁵ No contábamos, a fin

5 Se trata del círculo creativo de la reflexividad: “la actividad del sistema objeto y la actividad objetivadora del sujeto que observa, manipula y modeliza esa actividad del sistema objeto deben pensarse como procesos *coexistentes*. Ahora bien, si entre esos dos tipos de procesos coexistentes se generan necesariamente interferencias es porque los mismos no son ni mutuamente reducibles ni completamente separables. Por una parte, ni la actividad del sistema objeto es independiente (y, por lo tanto, separable) de la actividad objetivadora del sujeto, ni ésta es independiente de aquélla. Por otra parte, ni la actividad objetivadora del sujeto es reducible a la objetividad característica del sistema objeto, ni esta objetividad es reducible a tal actividad” (Navarro, 1990:51).

de cuentas, con que ese lugar, en la mirada de esas complejas interacciones, es capaz de modificar los prejuicios y las preconcepciones para llevar a nuevos derroteros de reflexión que rompen con el determinismo y se dirigen a la búsqueda del conocimiento en la riqueza del ámbito local. Es una actitud desde el “todo vale” de Feyerabend y su teoría anarquista del conocimiento que persigue la ruptura de los prejuicios y en la construcción de nuevas ideas sobre el pasado:

La lección para la epistemología es ésta: No trabajar con conceptos estables. No eliminar la contrainducción. No dejarse seducir pensando que por fin hemos encontrado la descripción correcta de ‘los hechos’, cuando todo lo que ha ocurrido es que algunas categorías nuevas han sido adaptadas a algunas formas viejas de pensamiento, las cuales son tan familiares que tomamos sus contornos por los contornos del mundo mismo (Feyerabend, 1974:40).

Una primera confrontación tuvo que ver con esa temática híbrida que se construyó desde la historia cultural y del marxismo de la arqueología social: conocer el origen de las etnias, identificarlas a través de tipologías de la cerámica o la lítica, los patrones de asentamiento y los rasgos culturales que permitieran interpretar un proceso de distinción. Estas ideas provenían de la sugerencia de Piña Chán que asociaba lo coyotlatelco con lo otomí –por la dispersión de la cerámica rojo sobre bayo que concuerda con la distribución de los hablantes de la lengua hñahñu en un momento de su historia, pero transitaban por la interpretación de las distribuciones desiguales de materiales arqueológicos con un acceso diferencial a los productos o a los rasgos centrales del grupo dominante, fuera mexicana, tolteca o teotihuacano (López y Viart, 1993:104 y ss.). En un primer momento de la investigación, resultaba claro que todos los (pre)juicios de la arqueología clásica estaban inmersos en la observación de

...una realidad compleja a través de la contraposición (contradicción) entre grupo (clase) dominante y grupo (clase) subordinado, ajenos a una multiplicidad de circunstancias sincrónicas y reiteradas. [...] el grupo (clase subordinada) mientras más alejada (en espacio o en jerarquía) está del dominante, pierde, en su utillaje, la pureza de los rasgos formales estilísticos que caracterizan al grupo en el poder. Se asume, así, de manera lineal, que son sólo las condiciones de “explotación” o de “no propiedad” de los componentes del proceso productivo los que “explican” los orígenes de las etnias, y a este argumento se le adhiere un referente observable que no es más que una variante del difusionismo, pero puesto, en este caso, al interior del sistema. Así tenemos, por ejemplo, que la cerámica azteca (pura) se fabricaba en los lugares centrales y se distribuía sólo entre la población azteca (pura), mientras que los grupos subordinados,

sin capacidad para obtener esos productos, “imitaban” los estilos y diseños, de manera local y toscamente, tanto en la tecnología como en los diseños, sin alcanzar, por supuesto, el refinamiento y lo excelso del utillaje del grupo dominante (*Ibid*).

El argumento era diáfano: la cerámica azteca era mexicana, mientras que la “aztecoide”, otomí; lo teotihuacano era lo dominante y lo “teotihuacanoide” lo otomí... y con ese argumento, *reductio ad absurdum*, que hace que la terminación “oide” implique una burda copia del original, uno de los términos de la paradoja histórica quedaba perfectamente corroborado: los hñahñu habían sido los subordinados y explotados de la historia prehispánica del centro de México; se correlacionaba, a fin de cuentas, la “clase social subordinada” con la “etnia”. De forma traslaticia, el hñahñu, por supuesto subordinado y explotado, no podía adquirir ciertos bienes en la medida en que el acceso a los productos, suntuarios y necesarios, era diferencial. La ausencia de esos productos en determinados contextos hacía pensar en el otomí prehispánico.

Por supuesto que estas primeras interpretaciones contravenían las intuiciones más elementales del proceso de conocimiento: de ser esto así ¿cómo explicar, por ejemplo para el postclásico tardío, la amplia distribución de materiales azteca III en todos los asentamientos y en cada unidad doméstica, con gran abundancia? Esta evidencia niega la idea de que las diferencias étnicas o clasistas se reflejan linealmente en la distribución desigual de los productos, o su inverso, de que ésta es un indicador de la existencia de etnias o clases y que, para el caso del Mezquital hace referencia al otomí. Esta reflexión resulta crítica porque para este momento las fuentes históricas señalan que esta distinción existía y hablan de conductas y comportamientos distinguibles del hñahñu.

De haber existido las distinciones étnicas en la época prehispánica ¿cómo eran? ¿Lo que se ha construido en la actualidad como modelo crispo, maniqueo y bivalente es la única forma de diferenciación posible? ¿Las diferencias son factibles de reducir a algo tan simple como una tipología cerámica? ¿Sólo el otomí prehispánico ingería pulque, hacía uso y abuso del “árbol de las maravillas”, el maguey, y manufacturaba cántaros para la extracción, fermentación y consumo del aguamiel? ¿Dónde se encuentra el hñahñu prehispánico? ¿Es el Valle del Mezquital el lugar donde se pueden localizar sus asentamientos más antiguos o, cuando menos, donde se puede identificar la construcción de la etnicidad ya fuera porque el otomí (pre)existía a otros grupos que arribaron al centro de México o porque llegaron aquí cuando otros grupos ya estaban asentados? A fin de cuentas, ¿las formas de la distinción, de construcción de la diferencia actual son equiparables a cualquier momento de la historia antigua?

El fracaso en la identificación de lo étnico nos hizo ver que el ser del pasado y el ser del presente son distintos, que los parámetros de construcción de la *identidad* y la *diferencia* no son equiparables y, al menos, no se reflejan en el contexto arqueológico

como debería de esperarse, en una diferencia formal estilística simple y unívoca de rasgos y que, por supuesto, no tiene una determinación económica. Dicho de otra manera, el utillaje que un grupo debía o podía usar no era la marca evidente (condición suficiente y necesaria) para construir una distinción del *otro*. Este asunto tiene muchas aristas teóricas que derivan de una ambigüedad actual que impide definir con claridad en dónde se encuentra esa marca entre el *otro* y el *nosotros*. Temo que por lo pronto, en estos términos, la arqueología no puede ofrecer una respuesta satisfactoria a estas interrogantes, en tanto no se pregunte desde la filosofía y la teoría por los aspectos simbólicos, no críspos, de la pertenencia o no pertenencia a una entidad o a otra o a otras, desde una perspectiva polivalente.⁶

Lo que creemos saber

...más allá de nuestro horizonte declarado de imposibilidad, se fundamenta en los restos de actividades que han sido tipologizadas, cronometradas y asignadas a culturas específicas: es nuestro punto de partida desde el cual hemos construido nuestras propias rupturas y reinterpretaciones para comprender la dinámica local⁷ específica de cada lugar dentro de ese amplio territorio que es el Valle del Mezquital.

Ese lugar, que por mero interés académico y ausencia de investigaciones, lo definimos a partir de las subcuencas de los ríos Actopan, Alfajayucan, Arroyo Zarco, Rosas, Salado, Tecozautla, Tlautla y Tula. Se trata de la cabecera alta de la cuenca del sistema Moctezuma-Pánuco, donde se distinguen la sierra de Tolcayuca y los contrafuertes de la sierra de Pachuca; al este, noreste y norte la serranía de los Frailes y sus estribaciones hasta la sierra Juárez y al oeste la sierra de las Cruces, con serranías en el medio donde destaca el antiguo cono volcánico del Hualtepec (López, 1994:113-125).

De este amplio territorio, cercano a los siete mil kilómetros cuadrados, que no había sido investigado (a excepción del área de Tula en los años setentas y ochentas) conocemos de manera panorámica unos dos mil kilómetros cuadrados y en detalle —con

6 La idea que un individuo podía “pertenecer” a múltiples identidades en sociedades precapitalistas es un tema que se está trabajando recientemente (Ahmed y Shore, 1995).

7 La asociación tipos-culturas-cronologías-etnias es un procedimiento metodológico propio de la historia cultural, de nula utilidad para perspectivas teóricas distintas, pues de entrada desde la misma excavación se puede debatir la credibilidad de las cronologías cerámicas, ver al respecto: Harris, 1991. Sin embargo, hasta no construir alternativas, tomamos por lo pronto como *conocimiento no problemático* los tipos cerámicos para la identificación de pertenencia a una cultura y, por tanto, a un tiempo, aunque una mejor perspectiva, de la dinámica de los asentamientos, de la viabilidad de construir diferentes líneas del tiempo, tiene que ver con la aplicación de los principios *ante-quem* y *post-quem*. En otros trabajos se plasmarán estas alternativas.

cobertura total, terreno por terreno— unos seiscientos. Estas circunstancias, por supuesto, acotan las interpretaciones.

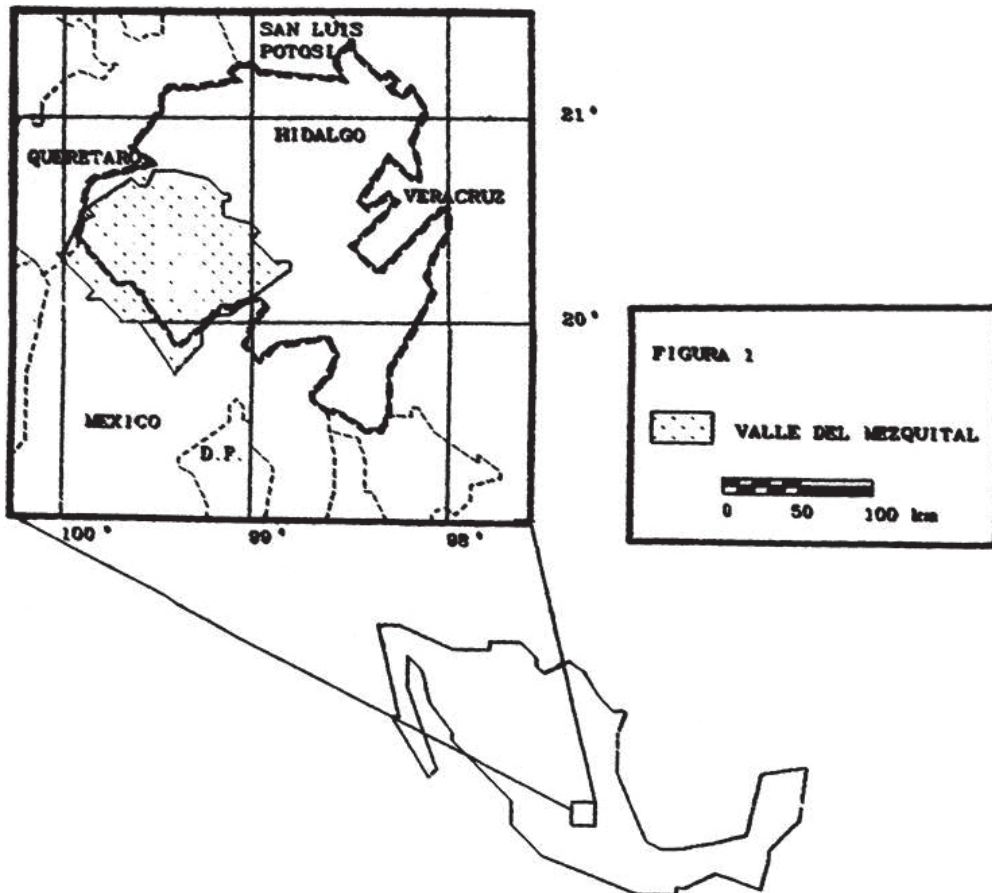


Figura 1. El Valle del Mezquital

El valle, más allá de la mítica idea de su aridez extrema, de su clima semidesértico depauperado, contenía, durante la época prehispánica, una gran diversidad de recursos estratificados en los diversos pisos altitudinales y en las barrancas, que iban desde las comunidades de pinos y encinos que ocupaban prácticamente toda el área central y las elevaciones por arriba de los 2300 m, recursos tropicales en las barrancas, hasta el típico matorral del semidesierto en las zonas de menor altura sobre el nivel del mar, por debajo de los dos mil metros o detrás de las sombras orográficas.

Las evidencias parecen indicar que el Mezquital sólo fue poblado de forma plena hasta unos años después de nuestra era, en la época conocida como el Clásico. Para tiempos anteriores sólo hemos encontrado algunas trazas de la cultura Chupícuaro o Ticomán y, muy atrás en el tiempo, ligeros rastros de ocupación *paleoindia* en cuevas y abrigos rocosos, con artefactos como puntas de las denominadas *cola de pescado* (López, Solar y Vilanova, 1998:25-26). Suponer que para uno y otro caso se trataba de otomianos carece de sentido.

Los sistemas de intercambio⁸ e interacción para los grupos cazadores recolectores estaban en ámbitos distintos al Valle, quizá relacionados con situaciones ecotonaes más diversas que las que pudieron existir en el Mezquital, pues los polos atractores⁹ se encontraban más bien hacia la sierra (de Querétaro e Hidalgo) y los lagos (de la Cuenca de México) que hacia las planicies y barrancas. El testimonio es el largo tiempo en el que, aparentemente, no hubo ocupación humana sistemática en el Mezquital, al menos durante cinco mil años.

Una singularidad estuvo marcada entre los doscientos años (cronométricamente derivados de tipologías cerámicas) que van del 500 al 300 antes de nuestra era en el que los asentamientos, ya agrícolas y aparentemente jerarquizados del Bajío (Chupícuaro), por un lado, y de la Cuenca de México (Ticomán), por el otro, crearon un ámbito de interacción en esta amplia zona, trivial nuevamente para comprender las dinámicas locales por su nula expresión en términos de asentamientos y en la medida en que los atractores de los procesos dinámicos de intercambio se encontraban en aquellas localidades. Eso parecen indicar las unidades de asentamiento de Tepeji del Río y de Cerro de la Cruz en San Juan del Río (López, Solar y Vilanova, 1998:28). No existen evidencias de intercambios en estos asentamientos, aunque su localización en una frontera territorial pudo generar, para el Cerro de la Cruz, una inestabilidad local que dio origen al sistema Xajay.

Poco tiempo después del inicio de nuestra era y tal vez como resultado de un proceso de fragmentación, de desplazamiento de un grupo de linaje, de la idea de llegada, fundación y sacralización de espacios, el norte del valle comenzó a poblarse por grupos humanos provenientes de la cuenca del río San Juan y de la zona de Tequixquiapan, tal vez del sitio Cerro de la Cruz, o de los mismos Santa Rosa Xajay y la Trinidad. Estos pobladores, que nombramos Xajay y anteriormente *cultura de las mesas*, construyeron un ámbito circunscrito de interacciones y procesos de intercambio con vínculos hacia la zona del Bajío.

8 Con este término no me refiero a su concepción clásica en la arqueología y en la antropología económica. Me refiero sustancialmente a un proceso de interacción compleja entre muchas entidades que transmiten y reciben energía. Esta puede representarse en productos e información, pero no exclusivamente. Por iteración y recursividad, los cambios en las entidades no son lineales y los efectos pueden amplificarse localmente y construir lugares de alta inestabilidad.

9 Trayectoria(s) hacia la estabilidad de un sistema inestable, alejado del equilibrio. La noción de estabilidad es relativa pues contiene fluctuaciones. La tensión entre estabilidad e inestabilidad construye espacios de intercambio en cuyas fronteras suelen encontrarse la riqueza creativa del sistema. No se relaciona, necesariamente con el territorio.

Al menos desde el año 400 de nuestra fue fundado su *altépetl*¹⁰ cuya cabecera es conocida ahora como Pahñú (Camino Caliente), un asentamiento que alcanzó a tener unos cinco kilómetros cuadrados de extensión. Sacralizaron el espacio del centro ceremonial con templos que estilísticamente compartieron una arquitectura de talud-tablero característica de ese periodo conocido como Clásico (López, Solar y Vilanova, 1998,29). Este primer asentamiento dio lugar a cuatro “comunidades hijas” que fueron fundadas hacia el sur, todas (menos una, tal vez la más tardía, la última) con sus centros ceremoniales en los bordes meridionales de las mesas, y un orden astronómico asociado con los tiempos calendáricos de la siembra, cosecha, ritual y año nuevo que se iniciaba a mediados de febrero. Sus pirámides, plazas y estructuras creaban sistemas cuatripartias de distribución del espacio en sección áurea (Cedeño, 1997 y Cedeño, 1998:53-63) que fueron orientadas hacia la salida del sol sobre su horizonte visual y marcaban fechas cruciales del calendario agrícola y ritual. El sol, la deidad del agua (con culto a principios de mayo) y Venus parecieron jugar un papel importante en el panteón de estos grupos y en algunos rituales practicaban los sacrificios humanos, con desmembramiento y, tal vez, canibalismo (Hernández, 1997).

A partir de la fundación del Pahñú, los otros centros no se crearon de forma sincrónica. Todo parece indicar que el proceso fue pausado y que la segunda fundación fue la del Zethé (Agua Fría), al sureste; posteriormente Zidada (Nuestro Padre, Dios), Taxangú (Casa Blanca) al suroeste y, finalmente, El Cerrito al oriente. Con excepción del Pahñú, que tuvo un patrón de asentamiento nucleado, los pobladores de los otros centros se encontraban dispersos sobre las planicies, debajo de las mesas donde se ubicaban los lugares de culto y ritual. Localmente los asentamientos tenían diferencias en el ámbito “político” donde al parecer regía el Pahñú, mientras que en “lo ritual” el Zethé era el más complejo (Torices, 2004). Pero, en las interacciones globales, sus circuitos de intercambio no participaban de los objetos y componentes instrumentales de la Cuenca de México: o bien obtenían la obsidiana de las fuentes locales y, cuando mucho de Michoacán, o trabajaron las materias primas disponibles en su territorio, como el basalto y el sílex para la manufactura de artefactos.

10 *Altépetl*: modelo que estamos elaborando en la idea de que la sociedad prehispánica puede observarse como un sistema holográfico, que se despliega como un holograma. “Sistemas susceptibles de reconstruirse en su totalidad a partir de alguno de sus elementos” Silvia Molina y Vedia, 2000:200). Supone propiedades fractales de autosimilitud entre lo pequeño y lo grande y entre lo local y lo global y en su interior se encuentran las trayectorias de estabilidad, semiestabilidad e inestabilidad que hemos caracterizado para el espacio *mesoamericano* (López y Bali, 1995:83-102), puede ser “multiétnico”, tener varios gobernantes (tlatoni), no necesariamente es centralizado e integra el simbolismo característico de la migración, llegada, fundación y sacralización, de acuerdo con las fuentes históricas.

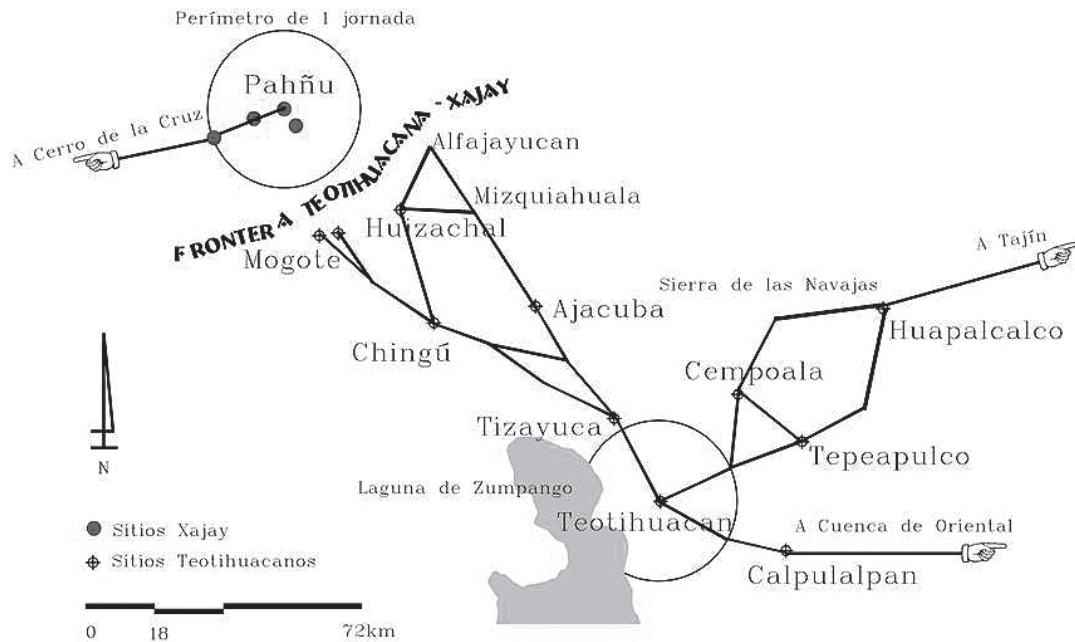


Figura 2. Expansión Teotihuacana-Xajay

Al sur, los teotihuacanos se introdujeron de oriente a poniente por el área de Tula hasta alcanzar las fértiles planicies pobladas de bosques de pino de las riberas del arroyo el Marqués en las laderas sur y occidental del Hualtepec. La arquitectura de estos asentamientos corresponde con el modelo teotihuacano, en especial de los centros provinciales (*altepeme*) como Tepeapulco, con su templo, su sistema de cuartos adosados alrededor y el recubrimiento característico conocido como “pavimento”. Es importante destacar que las evidencias permiten interpretar que los pobladores de estos sitios interactuaban con la totalidad del espacio teotihuacano, incluida la capacidad de obtener y usufructuar productos derivados de la obsidiana verde.

El *altépetl* de Ozocalpan con sus dependencias en Nopala y en Chapantongo, significó la máxima expansión teotihuacana en la región, y su avance norteño pudo estar acotado tanto por variables internas a este sistema social, como por la presencia del desarrollo regional Xajay. El espacio fronterizo de interacción parece que fue excluyente, pues no se encuentran evidencias de intercambios entre los Xajay y los teotihuacanos, a pesar de ser contemporáneos y estar tan próximos unos de otros, no más de treinta kilómetros en línea recta. Es claro que la distancia entre ellos era cultural pues se trataba de una relación dispar en donde los teotihuacanos formaban parte de las dependencias de un sistema suprarregional, altamente jerarquizado, con

asentamientos nucleados y atractores hacia la Cuenca de México, y el de los xajay era un sistema de menor jerarquización, regional, con tendencia a la dispersión de sus unidades de residencia y con atractores hacia el Bajío: se trataba de una amplificación por recursividad y reiteración¹¹ de un proceso insinuado novecientos años antes (Polgar, 1998:42-52).

Es a partir de estos momentos en los que el Valle del Mezquital fue ocupado más extensamente y ante ello surgen diversas interrogantes. ¿Los habitantes de ambos sistemas eran otomianos? De ser así ¿cuáles serían las razones de su aparente distancia cultural? ¿Sólo lo era uno de los dos y de ser así, cuál de ellos? ¿El Xajay? ¿El teotihuacano? Cualquiera de las respuestas posibles tiene implicaciones que pueden apoyar modelos preestablecidos de interpretación: para una respuesta, favorecería la idea de que los teotihuacanos, al menos los de estas localidades, fueron hablantes de otomí, a pesar de que se ha caracterizado a Teotihuacan como una “ciudad multiétnica”. Por el otro lado, existen datos en los asentamientos Xajay que llevan a la interpretación de que ellos fueron los otomíes. Se trata de series de petroglifos que aparecen en abundancia en la mayor parte de los sitios y que desde una lectura del Boxaxni¹² mantienen referentes simbólicos con el hñahñu actual: plasman los símbolos de Zidada y Zinono (nuestro padre, nuestra madre, el sol, la luna) entre otros aspectos. Más allá, de esto, es imposible responder con certeza a las preguntas. Tal vez los pobladores de lengua otomí estuvieron en los dos sistemas, ocupando todos los rangos posibles de la jerarquía social. No sería de extrañar que, incluso, fueran los gobernantes.

Los altepeme teotihuacanos fueron abandonados rápidamente alrededor del año 500 mediante un proceso de desacralización que significó la extracción de los difuntos y el incendio de la zona ceremonial. Las líneas de investigación que estamos siguiendo para rastrear este proceso derivan de modelos antropológicos de las teorías de la complejidad y suponen un modelo de autosimilitud de los procesos de construcción de independencias locales, autonomías, que se iniciaban desde los grupos de linaje y que, normalmente, comenzaba por las fronteras del sistema. Dos fractales¹³ están involucra-

11 Repetir, se entiende la repetición de ciertas instrucciones, reglas o procedimientos en el que el resultado de una iteración pasa a formar parte de los datos de la siguiente. El resultado de este proceso implica amplificaciones de orden exponencial que pueden transformar un fenómeno de manera bruta.

12 Una variante de la lengua hñahñu actual que se conserva en la zona indígena de Alfajayucan y que asigna una connotación esotérica, con profundas cargas simbólicas y significados míticos y religiosos a las palabras de uso común del otomí.

13 Fractal: del latín *fractus*, quebrado. Se refiere a la cualidad de ciertas figuras de poseer autosimilitud infinita y a la dimensión no entera de algunos objetos matemáticos.

dos uno dentro del otro, la bifurcación y lagos e islas.¹⁴ La resonancia¹⁵ y la mimesis¹⁶ hacían que el proceso adquiriera un carácter sincrónico para ciertas localidades y los linajes emigraran hacia nuevos lugares, aunque no muy lejanos del original y reprodujeran la fundación del altépetl, a través de la idea de llegada, fundación y sacralización del nuevo espacio (Schroeder, 1994 y López, 2005). Un nuevo altépetl se fundó en Chapantongo, en una zona de abundantes manantiales y otro en La Mesa, cerca de Mizquiahuala, en un fenómeno semejante al que pudo ocurrir en Chingú que llevó a la fundación de la zona conocida como Tula Chico. A estas independencias locales generadas al parecer por eventos muy disímbolos, los arqueólogos las hemos homologado como lo Coyotlatelco y marcan el inicio del periodo Epiclásico

Los grupos Xajay sobrevivieron a este colapso local seguido por el global del sistema teotihuacano. Sin embargo sufrieron una fuerte transformación como resonancia del fracturamiento del sistema mayor. Los *altepeme* coyotlatelco, desde la perspectiva global, abatieron sus niveles de jerarquización, quizá hasta el nivel de los linajes que construyeron el proceso de separación y su acción territorial se redujo sensiblemente, posiblemente hasta el ámbito de los territorios previamente construidos por los “centros provinciales” teotihuacanos. Al menos cuatro altepeme pudieron estar interactuando en el ámbito “Coyotlatelco”: Boxaxum (al norte, cerca de Itzmiquilpan y sin asentamientos previos), La Mesa, Chapantongo (consecuencia del Mogote San Bartolo) y Tula Chico (consecuencia de Chingú), en oposición a dos altepeme Xajay, Cerro de la Cruz (en San Juan del Río) y Pahñú. En el ámbito local, incrementaron sus jerarquías y se hicieron equivalentes al sistema vecino, el Xajay, con lo que se abatieron las diferencias entre sistemas; se fracturaron las fronteras y éstas adquirieron un carácter difuso, abierto que permitió un flujo de bienes e información en todas direcciones.

Los “Coyotlatelco”, no disponían de los bienes y productos que eran redistribuidos por el sistema teotihuacano, como lo fue la prestigiada obsidiana verde de Pachuca, al parecer este recurso o bien era obtenido de fuentes como las de Michoacán y las de

14 Bifurcación, uno de los caminos al caos que tiene propiedades fluctuantes en cuatro regiones de atracción y, en el tiempo, se abre una ventana de estabilidad triple. Cuando el sistema se encuentra en el caos, existen ventanas de estabilidad y orden que son autosimilares a la trayectoria general. Islas y lagos: uno de los fractales que produce formas biológicas. Se basa en coordenadas cartesianas y un ángulo al que se coloca una nueva posición. La reiteración produce una distribución en el territorio de los asentamientos de una región.

15 Resonancia: los sistemas reaccionan al entorno de acuerdo con su propia estructura. La resonancia puede amplificarse y la reacción que se provoca en el sistema repercute a su vez en otros elementos del sistema que, a su vez, reaccionan.

16 Mimesis: conducta de imitación por el deseo y la apropiación. “Si un individuo imita a otro cuando este último se apropia de un objeto, no puede seguirse de ello sino rivalidad o conflicto. [...] más allá de cierto grado de rivalidad, los antagonistas tienden a perder de vista su objeto común y a concentrarse el uno en el otro, entregados a la llamada rivalidad de prestigio” (Girard, 1984:9).

Zimapán o de las existentes en las inmediaciones de San Juan del Río. El énfasis de uso y aprovechamiento de los recursos se revirtió hacia las materias primas locales y, por la constante presencia de asuelas, es factible que se intensificara la extracción de la fibra del maguey, fuera lechuguilla (para la fábrica de cordeles) o del agave, para los ayates. Sin embargo, a pesar de esta condición de vuelco hacia el interior en términos de ciertos productos, también se crearon grandes redes de intercambio hasta sistemas muy distantes en especial para destacar el prestigio de los linajes, en un nivel tal que podían obtenerse, por medios muy diversos, desde conchas de caracol del Pacífico y del Golfo de México, hasta tecali, jade y turquesa. Estos intercambios y acciones locales, contrapuestos a la aparente “monotonía” teotihuacana, generaron ámbitos novedosos y situaciones de alta creatividad no sólo en cuanto a la esfera tecnológica, sino incluso en el de las tradiciones y cultos. Es muy probable que en este periodo se gestara, por ejemplo, una secularización de la vida social a la par de una transformación a la mirada de la serpiente emplumada, al culto al agua y a la fertilidad, que se consolidaría en el siguiente periodo (Solar, 2003).

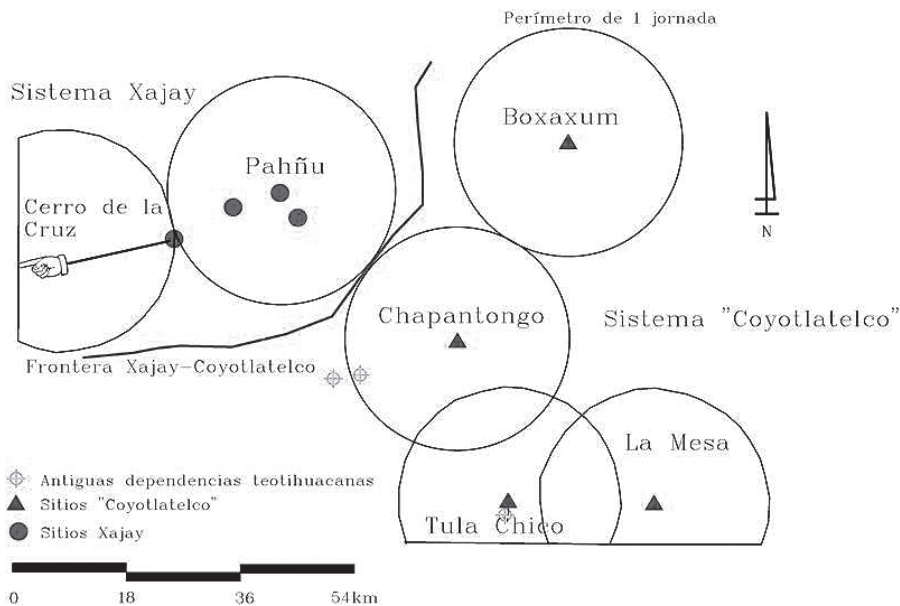


Figura 3. Interacción Xajay-Coyotlatelco

Los intercambios entre los diversos *altepeme* fueron intensos pero es difícil señalar si entre tantos procesos de interacción se generó una situación local de violencia, cir-

cunstancial o permanente, pactos y rupturas que son difíciles de observar en el registro arqueológico. ¿Fueron estos intercambios los que dieron origen al proceso de construcción de la identidad étnica hñahñu? De ser así, ¿para cuál de los sistemas? ¿Para los dos? En la evidencia arqueológica sólo queda claro que la dinámica local llevó al abandono de los centros ceremoniales Xajay alrededor del siglo X, en lo que aparenta ser un proceso sincrónico –en tiempos arqueológicos– con los coyotlatelco. Las razones pudieron estar asociadas, sin ser las causas únicas ni últimas, con el incremento de la población y de los asentamientos y con posibles cambios en el patrón de lluvias que habrían hecho descender los índices de precipitación o los habrían modificado (López y Morett, 1997), aunque desde una perspectiva no determinista éstos pueden ser tan sólo algunos de los muchos factores que pudieron orillar a las élites y a los linajes a tomar una decisión integradora cooperativa.

A diferencia del abandono de los asentamientos teotihuacanos, en los Xajay no existe una evidencia clara de desacralización. En el caso del Pahñú el incendio del último templo de Tláloc pudo ser accidental o tal vez posterior al abandono y los saqueos a las pirámides principales fueron un evento que ocurrió, cuando mucho, en los últimos treinta años. Por otro lado, los centros ceremoniales siguieron siendo, al menos por un tiempo, objetos de culto y de deposición de ofrendas que incluían pequeñas vasijas muy burdas. De acuerdo con el principio *post-quem* sólo podemos afirmar que este evento ocurrió cuando las estructuras ya se encontraban en desuso y, cuando mucho, antes del olvido de la localidad como antiguo centro ritual, fecha que, por supuesto, ignoramos. Los asentamientos coyotlatelco también fueron abandonados. Aún no existen evidencias sobre la manera en que se realizó ese proceso pero no hay huellas evidentes de la desacralización de su espacio.

El efecto de este pequeño colapso significó el desplazamiento de los linajes hacia el nuevo polo atractor dentro del Valle del Mezquital, en la confluencia de los ríos Rosas y Salado, Tula (Mamenhí). La población campesina se reubicó en nuevos lugares de asentamiento en sus mismas localidades y se fundaron nuevos *altepeme* con un patrón de asentamiento nucleado. Los movimientos poblacionales pueden ser entendidos de diversas maneras y las fuentes del siglo XVI aportan ideas muy sugerentes. Así, Acámbaro, en la provincia de Michoacán, fue fundado por cuatro principales de Huichapan. Dice la fuente:

La causa del nombre deste d[ich]o pu[eb]lo de *Acambaro* fue que, de muchos a[ñ]os a esta parte, cuatro principales, con sus mujeres según su ley, partieron de un sujeto de la provincia de *Xilotepeq[ue]* llamado *Hueychiapan* y éstos trujeron consigo hasta sesenta indios, ansimismo casados, los c[ua]les eran de nación *otomí* (y esa lengua hablan); y estos cuatro principales, con los d[ich]os indios, se fueron derechos al rey y s[eñ]or que en aquella sazón señoreaba la *provincia* que dicen de *Mechoacan*, y le dijeron que ellos

eran de nación *otomí* y que querían estar en su servicio, q[ue] les diese y señalase lugar y tierras donde poblasen. El cual, admitiéndolos, les señaló un sitio junto a la ciudad, que dicen *Guayangareo*, y allí poblaron y estuvieron unos días. Y, no hallándose bien, se vinieron de lugar en lugar, hasta llegar al *río grande* que pasa por este d[ic]ho pueblo, y allí poblaron, gobernándose por las d[ic]has personas *otomíes*, no embargante q[ue e]l reconocimi[en]to tenían al d[ic]ho s[eñ]or de *Mechoacan* (Vargas, 1987:60-61).

Esta tradición se ha repetido en los diversos mitos de fundación, e implican una cierta movilidad de los linajes hasta alcanzar el lugar definitivo. Aún después de la conquista española, los otomíes provenientes de Ixmiquilpan que fundaron San Ildefonso en Querétaro, decían que el águila (*nxumi*) señalaba el lugar de asentamiento y que al seguir su estela se posó en el fondo de una hondonada donde le construyeron la primera casa de adoración, pero el ave estaba incómoda y se desplazó hasta el lugar decisivo, donde podía extender la alas hacia los cuatro vientos (Van der Fliert, 1988:42). Ese es el tipo de movimientos que permiten entender los reacomodos poblacionales que llevaron a la refundación de Tula y que significó desplazar el centro ceremonial de Tula Chico a Tula Grande

Tula, la ciudad, desde esta lectura, fue una organización jerárquica que se formó, al parecer, por la coalición o alianza de grupos que estaban asentados en sistemas de asentamiento menor, con intercambios de comunicación intensos que los llevó a la integración y a incrementar los niveles de jerarquización y de control territorial. Más allá de su región nuclear, las nuevas fundaciones no fueron muy abundantes. Pareciera ser que la mayor parte de la población se desplazó hacia el área de la capital tolteca y que los que pocos quedaron en sus territorios originales se ubicaron sobre laderas que terracearon y construyeron altepeme de pequeñas dimensiones, tal vez conservando los vínculos con las antiguas jerarquías. Hacia el noreste del Mezquital se ha identificado uno en un sitio tan lejano (El Fraile) que colinda con las barrancas de Meztitlán, aunque no se distingue por la magnitud de su arquitectura, ya que consta tan sólo de una plaza y un montículo pequeño, de no más de cinco metros de altura.

Lo mismo puede decirse del sitio Sabina Grande, donde se encontraron los enterramientos que han llevado formular algunas de las consideraciones que planteo aquí. El sitio tiene un solo montículo y unas estructuras adosadas que tal vez conformaron una plaza, pero en él se encontraron ya los elementos que integraron el culto a la fertilidad y al agua, con símbolos y materiales que pueden encontrarse en otras regiones para la misma época como Xochicalco, o Chichén Itzá y que muestran que Tula no sólo mantuvo las redes de intercambio preexistentes sino que, en muchos casos, las consolidó y amplificó (Olivares, 2005). No se trata de señalar que durante el postclásico temprano sólo Tula presentaba estas características, sino que, por el contrario, lo que nosotros percibimos en el ámbito local, con sus propias especificidades y sin-

gularidades históricas, debió ocurrir, al menos en el resto del Centro de México, es decir, los intensos procesos de intercambio existentes en el Epiclásico se readaptaron al siguiente nivel de la jerarquía de los asentamientos, el nivel que alcanzó Tula en el Valle del Mezquital.

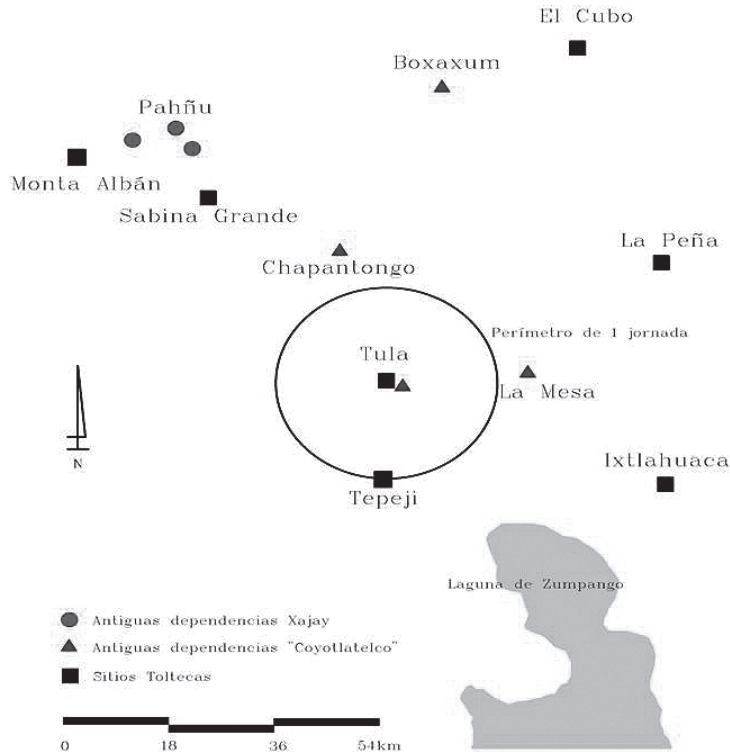


Figura 4. Expansión tolteca

Cuando Tula fue abandonado, se desacralizó el centro ceremonial a través del incendio del edificio conocido como el Palacio Quemado y se destruyó el templo del Tlahuizcalpantecuhtli. Independientemente de que este evento haya sido realizado por los aztecas y que esta interpretación pueda tener algún fundamento, también es posible que se tratara de un proceso de desacralización. Oswaldo Sterpone ha propuesto, desde la revisión estratigráfica del Edificio 3, interpretaciones sugerentes sobre el proceso histórico que tuvo lugar. Desde su perspectiva, el Palacio ya se encontraba abandonado y semiderrumbado cuando ocurrió el incendio, lo cual permite desechar la hipótesis de Jorge R. Acosta de una invasión. Más aún, de acuerdo con las ideas de Sterpone, ya ha-

bían ocurrido intervenciones para extraer materiales, como las lápidas de los guerreros, las cornisas de las banquetas (Sterpone, 2000:24-25).

La evaluación estratigráfica de Sterpone es correcta, sin embargo, los procesos que él relata, el abandono del edificio, un proceso de deterioro por falta de mantenimiento, la extracción de materiales y el incendio, pudieron ocurrir en lapsos extremadamente cortos o largos y las implicaciones históricas para cada una de las interpretaciones son distintas. Entre ellas, una interpretación plausible es que estos eventos formaron parte de la desacralización del sitio análoga a la ocurrida para el período teotihuacano: el incendio del palacio y la destrucción del templo. Es decir, la desacralización pudo ocurrir tiempo después del abandono del asentamiento. El dilema es que ni la arqueología ni la estratigrafía permiten averiguar cuánto transcurrió. De cualquier manera, la hipótesis de la conquista e invasión queda invalidada, lo que ahora hay que comprender es si el abandono de Tula fue resultado de tensiones internas o externas y las consecuencias que tuvo para la reestructuración regional. Los *Anales de Cuauhtitlán* señalan que los de Tollan tuvieron guerra con Nextlalpan y comenzaron a hacer sacrificios humanos:

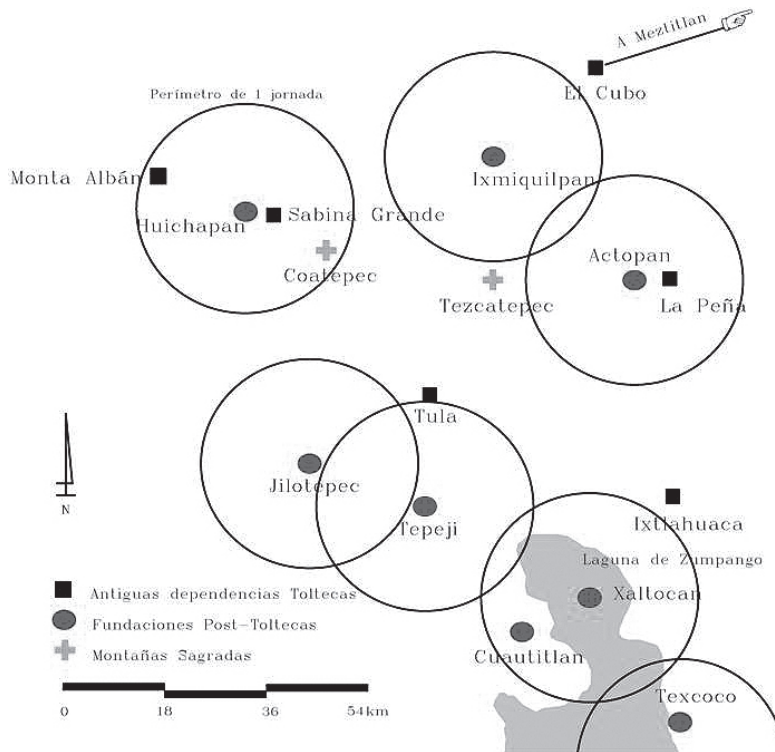


Figura 5. "Diáspora Tolteca"

Luego [Yaotl, “el diablo”] introdujo también el desollamiento de hombres. En este tiempo dedicaban los cantos sobre el despeñadero (*Texcallapan*). Ahí por primera vez una mujer otomí que en el río aderezaba hojas de maguey la cogió y desolló y luego se vistió la piel el tolteca llamado Xiuhcózcatl. Por primera vez empezó Tótec (el dios de ese nombre), a vestirse de piel [...] (*Códice Chimalpopoca*, 1992:14).

Curiosamente, para el periodo del que las fuentes proporcionan información, en términos de la mirada del arqueólogo sólo existe el arribo abrupto de la ocupación azteca. Lo tolteca desapareció rápidamente. Según una fuente, fueron a Xaltocan y se establecieron en otros lugares como Cholula y Tehuacan “hasta que se asentaron en todas partes de la tierra de Anáhuac, donde ahora habitan” (*Ibid*:15). El hecho es que el colapso del sistema tolteca llevó a la región a un nivel de fragmentación y tensiones semejante al ocurrido durante el Epiclásico, pero sin la capacidad de tener los intercambios suprarregionales que caracterizaron aquél momento; todo parece indicar, aunque no existe suficiente evidencia arqueológica, que se trató de un periodo de consolidación de fenómenos locales y con conflictos bélicos constantes. Si atendemos a las fuentes, existió, al menos, un cierto nivel de control territorial por parte del señorío de Xaltocan quien comprendió todo el oriente del Mezquital hasta Itzmiquilpan (Carrasco,1979). Del lado opuesto se encontraba la importante cabecera de Cuauhtitlán, pero existían también en la Cuenca de México, Chalco, Colhuacan, Chapultepec, entre otros.

Sin pretender exagerar la fidelidad de la fuente (*Códice Chimalpopoca*:16 y ss.), creo importante destacar algunos elementos que permiten comprender la circunstancia que trascurría en ese breve periodo: Los colhuas estaban en conflicto con los xochimilcas y acabaron desplazándolos; se erigen los *altepeme* de Tepeyac y Cholula, mientras los tlaxcaltecas tenían batallas con los huexotzincas; se “dividieron” los chalcas, “se desbarataron los chololtecas y destruyeron su templo”; los de Chalco se enfrentaron con los de Huexotzingo; se dieron guerras por linderos entre Xaltocan y Cuauhtitlán que finalmente se resolvió a favor de éstos últimos, después de varios desplazamientos de mojoneras hasta que se “desbarataron los xaltocamecas” y se trasladaron a Meztitlán y Tlaxcala; Cuauhtitlán también tuvo conflictos de linderos con los tepanecas; se destruyó Cuauhquechola y Totomihuacán “a favor de los huexotzincas”; los mexicas guerrearon con Chalco y se “desbarataron los colhuas”. El hecho, recuerda viejas historias:

Ya en este año aconteció que se desbarataron los colhuas y se disgregaron y desparramaron por todos los pueblos por donde pasaron. Después que se desbarataron los colhuas, nació la yerba en su templo y en su ciudad [...] La causa por que se desbarataron los colhuas, no fue porque hubieran sido vencidos, sino que se alborotaron y

por eso se destruyeron. Por este tiempo vinieron aquí a Cuauhtitlan los colhuas y los mexicatzincas (*Ibid.*:29).

Este efímero momento de fuerte inestabilidad, tensión y conflicto sólo es factible leerlo desde las fuentes históricas. Lo que se percibe en el registro arqueológico es una fuerte e inmediata presencia azteca que parece referir a un incremento en el número de asentamientos y en la población. La rapidez de este evento en la evidencia arqueológica hace, por lo pronto y con las perspectivas actuales se haga invisible lo tepaneca, lo xaltocano, así como una infinidad de sutiles procesos que han sido narrados por testimonios escritos, tanto en ámbitos de pertenencia hacia sistemas de provincias, *altepeme*, guerras y tributos, como de la presencia misma del hñahñu, que apenas es insinuada,¹⁷ o señalada de manera explícita como sigue: “En este año Tezcatzintecuctli hizo mudar de residencia a los otomíes: los despachó a Tepotzotlan, al sitio nombrado Tacopantonco, en las barrancas de Xóllotl. Ya ahí se repartieron estos otomíes: unos se fueron a Cincoc; otros a Huitziltépec y a Xólloc; y otros se mudaron al mercado viejo (Tianquizcolco) de Cuauhtlaapan” (*Ibid.*:23).

Sin embargo, en ninguna cita parece aludirse al otomí como una identidad específica, distinta, marginada y explotada, sino como uno de los tantos *otros* de los que estaba conformado el sistema, fueran chichimecas con todas sus adjetivaciones, los propios xaltoquemecas, tepanecas, colhuas o xochimilcas. En estas referencias ambiguas pareciera que sólo los distinguen, tal vez como hablantes de una lengua, y aun, dentro de ellos, a un segmento específico y, tal vez con una aceptación al apelativo. Baste destacar la siguiente cita para reforzar esta idea: “Después que se dispersaron los toltecas, fue su solo nombre el de colhuas” (*Ibid.*:17).

Los mexicas fueron aliados de los de Cuauhtitlán y formaron constantes asociaciones. Pero llama la atención y es muy sugerente el hecho que, a la caída de Xaltocan, provocada entre otras cosas por los conflictos con los de Cuautitlán, aquellos se refugiaron en dos de los que serían los señoríos independientes del imperio azteca: Meztitlán y Tlaxcala. Es notoria, también, la frontera del dominio Xaltoquense en el Valle del Mezquital, que también destaca Pedro Carrasco, con los términos de la provincia de Xilotepec,¹⁸ y tal vez esté referido a la construcción de una distinción en el ámbito del territorio, la Teotlalpan, la tierra de los dioses, la tierra de los antiguos, la tierra de los señores.

Todo parece indicar que el proceso de expansión de la Triple Alianza tuvo una dirección sur a norte, y que la dinámica de ruptura en las fronteras se aplicaba como una estrategia de avance hacia la conquista de nuevos territorios y de provincias indepen-

17 *vid. supra*, a propósito de Xipe Totec

18 (Carrasco, *op. cit.*: 258). Es dudosa la máxima extensión que el propone en su figura 25, ya que los dominios territoriales no eran, aparentemente, tan extensos y así lo hace ver los *Anales de Cuauhtitlán*

dientes. Los *altepeme* fronterizos tenían un territorio alargado con dependencias en la parte extrema que sirvieron de enclaves para que, en el momento oportuno de su propia independencia y erección en *altépetl*, controlaran un territorio también alargado con fundaciones en los extremos más norteños. Ese parece que fue el modelo y que, aparenta mostrar propiedades fractales (Vilanova, 2001). El efecto territorial recuerda la conformación de algunas provincias tributarias de esa zona. Así, es probable que, en el largo plazo, el control del imperio hubiera alcanzado, rápidamente, territorios muy norteños y el Valle hubiera dejado de estar en situación de frontera. La única excepción se encontraba en la frontera Mexica–Tarasca. El Valle, como en otras regiones del territorio sojuzgado por los mexica, se dividió en provincias tributarias pero, además, las cabeceras, a través de otros circuitos tributarios, enviaban sus productos directamente a la Triple Alianza, como a Tlacopan, sin que el proceso fuera excluyente (López, 1997:27-70). Sin embargo, esto no significaba una sobreexplotación, como se le ha querido leer, puesto que el mismo Acolhuacan, el territorio de la cabecera de Texcoco, estaba sometido a sistemas de tributación semejantes (Carrasco, 1996:162 y ss.).

Aparentemente, el ordenamiento territorial mexica aprovechó la configuración preexistente y, de alguna manera, fue capaz de atenuar los niveles de conflicto que se tenían sobre linderos y términos. Entre otras implicaciones que puede tener esta idea se encuentra la de que el proceso estuvo asociado con la fractura de una trayectoria de interacciones locales, gestadas desde el momento teotihuacano, que se vieron subordinados por la imposición rápida de los patrones aztecas. Sin embargo, la totalidad del Valle del Mezquital se insertó en un ámbito suprarregional de intercambios gestados por un sistema caracterizado por su alta jerarquización.

En este momento se dio un aspecto novedoso en la sacralización de los espacios pues casi la totalidad de las barrancas se cubrieron de pinturas rupestres blancas, en paredes, escarpes, piedras aisladas y abrigos rocosos. Las representaciones son muy diversas pues van desde pirámides típicamente aztecas, hasta figuras zoomorfas y fitomorfas. Destacan, entre ellas, el ritual del Xocolhuetzi, asociado con los hñahñu, escudos con diseños semejantes a los representados en la matrícula de tributos, juegos de pelota y deidades gigantes que se identifican actualmente con los *wemá*. Destaca, también, que todas las pinturas se han encontrado en las barrancas que rodean la caldera volcánica del Hualtepec.

Los aztecas retomaron el culto sobre cerros y fundaron una buena cantidad de centros ceremoniales alrededor del cerro Hualtepec, tanto para ritos locales como para regionales. Es posible que fuera en este periodo cuando se construyó el gran centro ceremonial en la cima del cerro Coatepec al centro de la caldera, no sólo para recordar la mítica peregrinación azteca (Gelo y López, 1998:65-78), sino para construir un sitio espejo al Templo Mayor de Tenochtitlan (Gelo, s/f). Un templo ubicado en el lugar donde el mito señalaba la localización de la casa de Coatlicue y donde habría nacido Huitzilopochtli, y

que permitiría la remembranza de sus combates contra los Cenzohuiznahuac en los llanos sagrados del norte de la caldera volcánica, su fortificación y la batalla contra Copil, hijo de Malinali, amurallado en el cerro Tezcal, a 32 kilómetros de distancia al sureste del Coatepec y donde habrían construido otro templo conmemorativo.



Figura 6. Expansión mexicana

Es importante destacar que la traza del Coatepec semejante a la del cerro Tláloc, es decir, se trata de dos templos alineados en el eje norte-sur unidos por una calzada de más de quinientos metros. Curiosamente, es análogo también al sistema arquitectónico del cerro Zacatépetl, al sur de la ciudad de México, donde para el periodo azteca se realizaban ritos otomíes en honor a Mixcóatl (Torquemada, 1976:222-223). Este cerro con sus dos templos tenía como nombre Coatepec, como el templo mayor de los aztecas.

Es difícil aseverar que las pinturas rupestres sean la marca de la etnicidad otomí, pues parecerían estar, junto con los diversos templos construidos sobre las cimas de

los cerros, asociadas con el “centro”, el *axis mundi* que significaba el Hualtepec y que definía un espacio y un territorio ritual que deja lejos una idea de marginalidad para el momento anterior a la conquista española. Así puede resignificarse, incluso, el lugar que ocupaba Itzmiquilpan, advocado a Huitzilopochtli, como lo testimonian los murales del convento agustino y la renovación del Cristo de Santuario de Mapeté (Luna, *comunicación personal*, 1999). La intuición de una sacralización del territorio se ve reforzada por el hecho de que el Hualtepec en la frontera entre la Teotlalalpan la provincia de Jilotepec y la región de Tula, era recordado por ser uno de los lugares de tránsito de la mítica peregrinación azteca y, que en esa región se alcanzaron a celebrar dos fuegos nuevos. El primero fue en el irreconocible sitio de Acahualzingo en el año 2 ácatl (1091) y el segundo en el Coatepec.¹⁹ “Aquí en este fue la vez primera y más reciente que vinieron a atar su cuenta de años los antiguos Mexica azteca teochichimeca allí en Acahualzingo, en las cercanías de San Juan del Río [...]” (Chimalpain, 1991:37).

Además existe una tradición acerca de que después de la conquista española los bultos sagrados del Templo Mayor fueron enterrados en el cerro del Elefante, cerca de Tunititlán, donde existe una importante zona arqueológica, hoy destruida (Tavera, *comunicación personal*, 2000).

Si bien no se puede entender a la región como un lugar marginado, a pesar de estar en situación de frontera con los grupos chichimecas, existía un cierto nivel de distinción pues algunos documentos hablan de la existencia de cabeceras duales al final del periodo azteca: Tepeji y Otlazpa, Actopan y Tenantitlán, Itzmiquilpan y Tlazintla, casi todas en una relación de conflicto, tal vez originado por la presencia española, quizá con historia. Para todos los casos, la fundación conventual se hizo en los términos de cada una de ellas, de forma tal que una mitad de la iglesia pertenecía a cada cabecera, a veces de la mitad entre la fachada y el altar, a veces en sección longitudinal. Por su parte, en los registros bautismales del siglo XVI del Archivo Parroquial de Itzmiquilpan, todos y cada uno de los bautizos de la parte de Itzmiquilpan llevaban nombres en náhuatl, mientras que los de Tlazintla eran en otomí (López, 2005).

Es difícil afirmar que esta distinción significara subordinación o marginación, ya que las cabeceras duales, al parecer, tenían un tlatoani para cada término con vínculos de prestigio que alcanzaban a la familia de Moctezuma, la cual se encontraba distribuida por todo el valle, desde Mizquiahuala hasta Alfajayucan y cuyos herederos tuvieron

19 Aunque no se ha precisado la localización exacta de San Jerónimo Acahualzingo, es muy probable que se encuentre entre Tula y San Juan del Río, más específicamente entre este lugar y el Hualtepec. Peter Gerhard propuso que fue congregó en San José Atlán, Robert Barlow no pudo identificarlo y Paul Kirchhoff lo colocó entre Huichapan y San José Atlán. (Gelo y F. López, *op. cit.*:72-74). Otros autores lo ubican cerca de Nopala, Hidalgo, específicamente por el rumbo de Dañú (*Enciclopedia de México*) y otros en la localidad del Ruano, en el municipio de Polotitlán, Estado de México. (*Los municipios del Estado de México*).

en encomienda varios pueblos hasta bien entrado el siglo XVIII. No hay que olvidar, también que la encomienda de Jilotepec fue muy codiciada e incluso llegó a poseerla el hermano del virrey Mendoza y la Malinche (*Ibid*:85 y ss.).

Ésta es tan sólo una mirada

... hacia las interacciones humanas que hemos podido percibir en el Valle del Mezquital. Es difícil suponer que para todos los ámbitos haya sido homogéneo y equivalente por lo que proponer una generalización del modelo a cualquier otro ámbito puede resultar contraproducente: cada localidad y cada grupo, aun siendo hablante de la misma lengua, creaban sus propias trayectorias dinámicas de intercambio y, por ello, era actor y sujeto de esa interacción, responsable de sus propias respuestas locales y de sus propias transformaciones. Las marcas de la distancia y las historias han sido disímbolas en tiempo y espacio.

La arqueología del Valle del Mezquital habla sólo de ciertos grupos, interacciones, intercambios, donde lo local resulta hartamente complejo, rico, específico, difícil de hacer análogo a su “vecino más cercano”, excepto para circunstancias específicas de resonancia, aunque existan similitudes formales para ciertas formas de la mirada del investigador. El acercamiento que como arqueólogos hacemos a la etnografía y a la historiografía del hñahñu de esta región ha sido más una fuente de problemas, más una ruptura de prejuicios y esquemas, que el encuentro de soluciones. Evoco, a guisa de ejemplo, la alfarería actual que no alcanzamos a ver porque sólo es permitida para los conocedores de los rituales, como su *boxaxni*, como el *hodri*, la vajilla ritual algunas de cuyas piezas que recuerdan a los *wemá*, a las figurillas Tláloc del culto a los cerros; están, también, la víbora negra, el viborón, la serpiente emplumada que custodia los lugares sagrados, la “Subida de Banderas”, que recuerda el Panquetzalitzli, los combates a naranjazos y el desollamiento humano (Guizar, 1991:164-189). o la tradición que postula que, en algún lugar de Alfajayucan, se encuentra la tumba de Cuauhtémoc (Luna, *comunicación personal*, 2000).

La intuición que tenemos en el proyecto es que los hablantes de hñahñu estaban ahí, en el Valle, aunque es difícil verlos actuando como un bloque unívoco de identidad. Cómo y desde cuándo llegaron, lo ignoramos. Es posible que estuviera en lo teotihuacano y en lo Xajay, en lo coyotlatelco y en Tula, pero ¿qué papel jugaba, de saberse distinto y diferente ante el conjunto global de los procesos de intercambio social? No podemos decirlo todavía. Ignoramos si sus interacciones eran equivalentes y regulares para cada localidad, si en todas jugaba el papel de población mayoritaria, si llegaron a tomar el control local de ciertos *altpeme*, si fueron gobernantes o gobernados, o todas estas cosas al mismo tiempo en el ámbito complejo de relaciones que pudieron existir en la época prehispánica.

Lo que aquí he señalado contradice muchos de los mitos fundacionales que, desde la perspectiva actual se han creado sobre lo otomí. Pareciera ser que el proceso de descalificación y la mirada del desprecio se inició con la conquista española, que destacar su condición de miseria fue parte de las ideas liberales, modernizadoras y muy tardías para la narrativa documental y, tal vez, uno de los mitos fundacionales de la Revolución Mexicana. Los datos sobre adquisiciones de terrenos y el costo de la fábrica de iglesia para un lugar como Orizabita en el siglo XVIII no corroboran la idea de penuria histórica (López, 2005:175 y ss.). Lo que resulta claro para la época Colonial es que hubo un gran resquebrajamiento de la estructura y que llevó hacia una cascada de fracturamientos territoriales que, a la fecha, se muestran irrecuperables. Los conflictos por linderos fueron el común denominador: “Después de la llegada de los castellanos, en cuanto vino el “marqués del balle”, decayó y se despobló la ciudad de Cuauhtitlan, porque se separaron Tepetzotlan, Otlazpan, Citlaltépec, Tzompanco y también Toltitlan. Se separó enteramente cada quien con sus tierras, etc.” (*Códice Chimalpopoca, op. cit.:*26). Y después de este primer impacto, el proceso tuvo momentos álgidos y compulsivos, en especial hacia finales del siglo XVIII, circunstancia que ha derivado en una pulverización de las antiguas estructuras (López, 2005).

En esa lógica del rechazo la antropología y la historia han jugado un papel importante, corroborando mitos y construyendo omisiones: olvido de su historia, de su etnografía y de su arqueología, asumiendo que el hñahñu era incapaz de producir cultura; evitando la responsabilidad que implica ser sujeto de enunciación y colocarlos como objetos enunciados por la doble lectura que tienen términos como pobreza y marginación, que suponen el lugar desde donde construye su mirada el que expresa y el lugar en que se coloca el expresado.

No cabe duda de que sigue siendo un dilema cómo y porqué se creó la distinción y la diferencia que, ambiguamente llamamos etnicidad hñahñu. Su marca en el territorio, en el espacio y en el tiempo tal vez está, pero puede ser que no podamos verla porque ocurre algo semejante a lo que pasó con la búsqueda del Dorado: el mito se puede hacer tan grande que perdemos la perspectiva de que es tan fácil, tan elemental y evidente que nuestra propia complicación nos impide reconocerlo.

Bibliografía

- AHMED, Akbar y Cris SHORE
1995 *The future of anthropology. It's relevance to the contemporary world.* Athlone, London.
- BARTRA, Roger
1984 *Campesinado y poder político en México.* Editorial Era, México.

- BUELNA, Eustaquio
1893 *Luces del otomí o gramática que hablan los indios otomíes de la República Mexicana*. Imprenta del Gobierno Federal, México.
- CARRASCO, Pedro
1979 *Los otomíes, cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana*. Serie Andrés Molina Enríquez, colección Antropología Social. Gobierno del Estado de México, Toluca.
- CARRASCO, Pedro
1996 *Estructura político-territorial del Imperio Tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzaco y Tlacopan*. México. Fondo de Cultura Económica-Colegio de México.
- CEDEÑO, Jaime
1997 *Espacio y tiempo en las sociedades prehispánicas. El caso de la cultura de las mesas*. Tesis de licenciatura en arqueología. México. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- CEDEÑO, Jaime
1998 "El culto al lugar central. Posibilidades en torno a un problema arqueológico". *Arqueología* 20. Julio-diciembre, pp. 53-63.
- CHIMALPAIN Cuauhtlehuanitzin, Antón
1991 *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacán*. México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles*.
1992 Traducción de Primo Feliciano Velásquez. México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- DÍAZ-ANDREW Margarita
1998 "Nacionalismo y arqueología: del Viejo al Nuevo Mundo". *Arqueología* 20, Segunda Época, Julio-Diciembre, pp. 115-138.
- Enciclopedia de México*.
1987 Tomo VII, Enciclopedia de México-SEP, México.
- FEYERABEND, Paul K
1974 *Contra el Método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Editorial Ariel, Barcelona.
- GAMIO, Manuel
1972 "Las excavaciones del Pedregal de San Ángel y la cultura Arcaica del Valle de México". En *Manuel Gamio. Arqueología e Indigenismo*. Introducción y Selección de Eduardo Matos. Sep Setentas N° 24. SEP, México.
- GELO DEL TORO, Eduardo Yamil y F. LÓPEZ AGUILAR
1998 "Hualtepec, nonohualcatpec y Cohuatepec. Lecturas a un cerro mítico". *Arqueología* 20, julio/diciembre, pp. 65-78.
- GELO DEL TORO, Eduardo Yamil
s/f *Culto a las elevaciones en Mesoamérica. El caso específico de Huichapan, Hidalgo*. Tesis de licenciatura en arqueología, ENAH, México. En preparación.
- GIRARD, René
1984 *Literatura, mimesis y antropología*. Editorial Gedisa, Barcelona.
- GUIZAR, Bernardo
1991 Iglesia, religión y cultura en el Valle del Mezquital. En Carlos Martínez Assad y Sergio Sarmiento (Coordinadores) *Nos queda la esperanza. El Valle del Mezquital*. CNCA, Colección Regiones, México, pp. 164-189.

- HARRIS, Edward:
1991 *Principios de estratigrafía arqueológica*. Editorial Crítica, Barcelona.
- HERNÁNDEZ, Patricia
1997 La Ofrenda del Zethé y los restos humanos del Pahñú. Algunos comentarios. Ms. Inédito.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando
1994 "Historia prehispánica del Valle del Mezquital" en Enrique Fernández Dávila (coord.) *Simposium sobre arqueología en el Estado de Hidalgo. Trabajos recientes, 1989*. Colección Científica del Instituto Nacional de Antropología e Historia. 282, México, pp. 113-125.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando
1997 "Las distinciones y las diferencias en la historia colonial del Valle del Mezquital". *Dimensión Antropológica* 9-10, enero/agosto, pp. 27-70.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando
2002 "La noción de patrimonio entre lo local y lo global. Una mirada al patrimonio cultural arqueológico". *Revista de Arqueología Americana* 21, pp. 155-169 IPGH.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando
2005 *Símbolos del tiempo. Inestabilidad y bifurcaciones en los pueblos de indios del Valle del Mezquital*. Consejo Estatal para la Cultura y las Artes del Estado de Hidalgo, México.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando y Ma. A. VIART
1993 Etnicidad y arqueología. Una reflexión sobre las investigaciones del Valle del Mezquital. *Cuicuilco* 33/34, pp. 103-108.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando y Guillermo BALI
1995 "Mesoamérica. Una visión desde la teoría de la complejidad". *Ludus Vitalis* III, 5, pp. 83-102
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando y Luis MORETT
1995 "Proyecto Valle del Mezquital. Pahñú (Camino caliente). Propuesta de apertura condicionada". Proyecto al Consejo de Arqueología. INAH, México.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando, Laura SOLAR y Rodrigo VILANOVA
1998 "El Valle del Mezquital. Encrucijadas en la historia de los asentamientos humanos en un espacio discontinuo" *Arqueología* 20, Julio-diciembre, pp. 21-40.
- Los Municipios del Estado de México*
Col. Enciclopedia de los Municipios de México, México, s/f.
- MOLINA y VEDIA, Silvia
2000 *Teoría de la credibilidad política*. México. Universidad Nacional Autónoma de México.-FCPS.
- NAVARRO, Pablo
1990 "Sistemas Reflexivos". Jesús Ibáñez (comp.) *Nuevos avances en la investigación social*. Suplementos 22. Textos de la Historia Social del Pensamiento, Editorial Anthropos.
- NAXERA, F. Manuel Crisóstomo
1984 *Disertación sobre la lengua othomi, leída en latín en la Sociedad Filosófica Americana de Filadelfia y publicada en su orden*. Editorial Innovación, México.
- OLIVARES OROZCO, Juan Carlos
2005 *Una aproximación al significado de las ofrendas asociadas a entierros del sitio Sabina Grande del Valle del Mezquital*. Tesis de licenciatura en arqueología. Escuela Nacional de Antropología e Historia. 20 de agosto de 2005

- OTHÓN DE MENDIZÁBAL, Miguel
1946 “Los otomíes no fueron los primeros pobladores del Valle de México”. En *Obras Completas*, tomo II, México, p. 453–474.
- PADILLA, Juan de
1985 “Relación hecha en el pu[eb]lo de *Atengo* [y] *Mizquiahuala*, p[or] m[anda]do de su Maj[es]t[ad] a mí cometida, *Juan de Padilla* correg[id]or en ellos. En René Acuña (ed): *Relaciones Geográficas del siglo XVI: México*. Tomo primero, UNAM, México, pp 27–40.
- PASO Y TRONCOSO, Francisco del
1905 *Papeles de Nueva España. Segunda Serie. Geografía y Estadística*. Tomo III. Relación de las *Minas de Yzmiquilpa*. Sucesores de Rivadeneyra. Impresores de la Real Casa, Madrid.
- POLGAR SALCEDO, Manuel
1998 “La periferia en la continuidad y el colapso. Los asentamientos del periodo Clásico en el occidente del Valle del Mezquital”. *Arqueología* 20. Julio–diciembre de 1998, pp. 42–52.
- RAMOS DE CÁRDENAS, Francisco
1987 “Relación de Querétaro”. En René Acuña (ed.) *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Michoacán*. México. IIH/Universidad Nacional Autónoma de México. pp. 207–250.
- SAHAGÚN, Bernardino de
1975 *Historia general de las cosas de la Nueva España* Sepan Cuantos... 300, Editorial Porrúa, México.
- SOLAR VALVERDE, Laura
2003 *Interacción interregional en Mesoamérica. Una aproximación a la dinámica del epiclásico*. México. Tesis de licenciatura en arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- STERPONE, Oswaldo J
2000 “El Palacio Quemado de Tula: una evaluación estratigráfica”. *Dimensión Antropológica* 18, Enero/Abril, pp. 7–28.
- TORICES ARMENTA, Joel
2004 *El mundo solo se funda en la tierra*. Tesis de licenciatura en arqueología. ENAH. 26 de enero de 2004
- TORQUEMADA, Juan de
1976 *Monarquía Indiana*. Tomo III, México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- VAN DE FLIERT, Lydia
1988 *El otomí en busca de la vida* Universidad Autónoma de Querétaro, México.
- VARGAS VALADÉS, Cristóbal de
1987 “Relación de la *Villa de Celaya* y su partido” En René Acuña (ed.) *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Michoacán*. IIH/ México. Universidad Nacional Autónoma de México. pp. 49–74.
- VILANOVA DE ALLENDE, Rodrigo
2001 *Aspectos fractales del patrón de asentamiento mexicana en el Valle del Mezquital*. Tesis de licenciatura en arqueología, México. Escuela Nacional de Antropología e Historia.



El modo de vida precolombino de los otomíes de la región de Tula

Patricia Fournier García
Maira Martínez Lemus¹

Muchos investigadores han estado tentados en creer en las crónicas aztecas acerca de la grandeza de los toltecas, aun cuando éstas entren en contradicción con el registro arqueológico (Smith y Montiel 2001:269).

Pedro Carrasco (1987) en su estudio acucioso respecto a las fuentes etnohistóricas relevantes para los otomíes, hace más de cinco décadas hizo un llamado para que eventualmente se encauzaran investigaciones arqueológicas en las zonas donde, según las crónicas, se asentaron poblaciones de filiación lingüística otopame durante el Posclásico tardío y el periodo colonial temprano para, así, entender el papel que jugaron esos grupos en los desarrollos culturales que se alcanzaron en los valles centrales de Mesoamérica y zonas limítrofes. A la fecha se han logrado avances sustanciales al respecto dependiendo de la región, del carácter de las pesquisas que se han implementado según su cobertura espacial y temporal, de las técnicas aplicadas en la investigación así como del alcance inferencial de los resultados acordes con planteamientos teóricos de diversa índole. Destacan en particular los estudios emprendidos en el Valle de Toluca (Sugiura 1996, 1998, 2001, 2005a, 2005b, 2006) y en el Valle del

¹ Escuela Nacional de Antropología e Historia. Instituto Nacional de Antropología e Historia

Mezquital, en particular en la región tema de este ensayo, la de Tula (cf. Castillo 2002; Cervantes y Fournier 1994; Fournier 1996, 2001a, 2001b, en prensa; Fournier y Bolaños 2006; Fournier et al. 2006, en prensa; Fournier y Mondragón 2003; Fournier y Pastrana 1999; Fournier y Vargas Sanders 2002; Mondragón et al. 1997; Noguera 1994; Torres 2004; Torres et al. 1999), sin bien han contribuido de manera directa o indirecta otras investigaciones sea en esa región (cf. Cobean y Mastache 1999; Mastache 1996a; Mastache y Cobean 1989; Mastache et al. 2002; Paredes 2005; Sterpone 2000-2001, 2006a, 2006b), la cuenca de México (cf. Manzanilla 2005, en prensa, Manzanilla et al. 1996; Parsons et al. 1996; Sanders 2006) y Zacatecas (Jiménez Betts 1998, 2005, 2006).

De cualquier manera, cabe destacar que las confusiones derivadas de la interpretación acrítica de las fuentes etnohistóricas hacen difícil diferenciar a unos y otros otomíes en los valles centrales mesoamericanos, a menudo se han impuesto interpretaciones derivadas de las crónicas sobre el registro arqueológico no sólo respecto a cronologías sino, más grave aún, acerca de procesos sociales precolombinos de gran envergadura caso, por ejemplo, del surgimiento del Estado Tolteca; por desgracia han sido más las veces en que los arqueólogos han caído en la tentación de transpolar desde las fuentes los relatos para aproximarse a la comprensión de la cultura material, que en recurrir a distintas técnicas para su análisis y aplicar rigurosamente métodos científicos para tratar de comprender el pasado de las poblaciones que se asentaron en regiones como la de Tula.

Esta región de Tula cubre más de 1000 km² según nuestra delimitación con base en patrones culturales, los cuales se originan desde aproximadamente 200 d.C. Según las evidencias documentales, esta zona ha sido hogar de los otomíes y, más allá de las especulaciones que se derivan de los registros escritos recabados en el periodo colonial, apenas empieza a comprenderse cuál fue su cultura material y en que épocas remotas fueron copartícipes del desarrollo de la civilización en el México prehispánico. En otra parte hemos fundamentado en detalle que la cosmovisión centrada en el culto lunar así como el alto nivel de especialización económica que alcanzaron los otomíes centrada en la explotación del agave, constituyeron una parte integral de la cultura mesoamericana en el centro de México (Fournier 1996, 2001a, 2001b, en prensa; Fournier y Mondragón 2003; Fournier y Vargas Sanders 2002).

Debido a las características socioculturales de la región de estudio al igual que otras zonas ubicadas al norte de la Cuenca de México en el actual Estado de Hidalgo, deben considerarse como periféricas a los poderes hegemónicos más importantes de la época prehispánica en el Altiplano Central, es decir el sistema teotihuacano y el imperio tepaneca-mexica; asimismo, ahí se estructura el Estado tolteca, ejerciendo fuerte influencia intrarregional. Estos factores imprimen una dinámica social específica a la zona, que se extiende hasta la frontera norte de Mesoamérica en el momento del contacto en el ámbi-

to cultural y económico, sobre todo respecto a la relación entre la sociedad y su entorno físico-ambiental, así como a los mecanismos de interacción social de las poblaciones precolombinas regionales con las de otras zonas colindantes (cf. Fournier en prensa).

En este ensayo referiremos a las tendencias de desarrollo del modo de vida otomí en la región de estudio con particular énfasis a los periodos Clásico, Epiclásico y Posclásico temprano, con base en las investigaciones que hemos llevado a cabo en la región, que incluyen análisis de fuentes históricas y etnohistóricas tanto primarias como secundarias, estudios etnoarqueológicos entre comunidades alfareras (Fournier en prensa), reconocimientos de superficie con estrategias de cubrimiento total, excavaciones arqueológicas fundamentalmente en unidades habitacionales en sitios representativos de la secuencia precolombina, análisis tipológicos de las colecciones, así como otros específicos como los de genética poblacional (ADN), activación neutrónica de muestras de obsidiana, análisis de macrorrestos vegetales, de microscopía de barrido de fibras, osteológicos, estudios zooarqueológicos y fechamientos de radiocarbono para afinar la secuencia regional (Cuadro 1).

Preclásico

Con base en la información disponible derivada de nuestras investigaciones y de otras complementarias, se ha logrado determinar que una amplia área del Valle del Mezquital que durante el Posclásico tardío formó parte de la Teotlalpan, en particular en la región de Tula, tuvo una larga historia ocupacional que se remonta cuando menos al periodo Formativo Terminal (cf. Mastache et al. 2002; Fournier en prensa) e incluso el medio, épocas para las cuales son en extremo limitadas las evidencias y que corresponde a la fase regional Dehe (Cuadro 1). Los materiales cerámicos identificados en superficie se vinculan con la tradición Ticomán y, al parecer, otras de la época en El Bajío y Chupícuaro; se han detectado en proporciones variadas desde tiestos aislados hasta distribuciones relativamente abundantes en asentamientos que continuaron ocupados durante periodos posteriores por ejemplo El Tesoro, en Tepeji del Río (Figura 1, sitio 1) (Diehl et al. 1974; Fournier y Chávez 2003) o Tula (Figura 1, sitio 16) (Mastache y Crespo 1982), a excepción de un sitio que cubre menos de 2 Ha (Fournier y Cervantes 1998) y que podría corresponder a un caserío donde se observan terrazas tal vez agrícola-residenciales, que se localiza en la porción noroeste del actual municipio de Chapantongo (véase la Figura 1, el caserío en cuestión se encuentra al noroeste del sitio 19). Es factible que esta clase de pequeñas comunidades fueran las características de la época en algunas zonas restringidas de la región, de manera que gran parte del área estaba vacante y la densidad poblacional debió ser sumamente baja.

Clásico

Teotihuacan fue la sede de un imperio que surgió hacia 150 a.C. (fase Patlachique, 150 a.C. a 1 d.C.) si bien fue hasta inicios de la era cristiana (fase Tzacualli, 1-150 d.C.), que se convirtió en un asentamiento urbano de gran complejidad de excepcional tamaño cubriendo 20 km². A partir de alrededor de 150 d.C. (fase Miccaotli, 150-200 d.C.), el crecimiento fue más lento y hacia 250 d.C. al parecer se concluyó la construcción de la mayoría de los edificios y conjuntos monumentales en la urbe con una traza cuya orientación fue definida en función de un calendario establecido (fase Tlamimilolpa temprano, 200-300 d.C.) (cf. Špraj 2001), con calzadas, plazas, altares, grandes basamentos piramidales, recintos y múltiples conjuntos residenciales con banquetas, frisos y pilastras labrados así como pintura mural donde se plasman aspectos vinculados con la cosmovisión y religión. Muchos investigadores (cf. Cowgill 1997; Sugiyama 2005) consideran que la influencia teotihuacana impactó en amplias zonas de Mesoamérica entre 300 y 400 d.C. (fase Tlamimilolpa tardío). La arquitectura pública y ceremonial fueron de importancia para el despliegue de poder del Estado a través de rituales y sacrificios, además de que el militarismo aparentemente fue central en la cultura teotihuacana. Teotihuacan fue la sede de un Estado multiétnico donde aparentemente llegaron a residir cerca de 125,000 personas (fases Xolalpan y Metepec, circa 400-600 d.C.), constituyéndose barrios como el oaxaqueño y zonas donde se ha detectado la presencia de grupos vinculados con la Costa del Golfo, el área maya y el occidente de México; más allá de especulaciones, hasta ahora no ha logrado definirse cuál era la filiación biolingüística de las elites, aunque se ha propuesto que las poblaciones de la urbe eran hablantes de otomí o de nahua, predominando estos últimos (Sanders 2006). Por otra parte, en la ciudad se han localizado talleres especializados en la manufactura de distintos objetos de consumo, caso de la cerámica, figurillas, braseros, lapidaria e instrumentos de obsidiana, mismos que se elaboraron con vidrio volcánico de los yacimientos de Pachuca y Otumba, fundamentalmente (Cowgill 1997; Gómez Chávez y Gazzola 2004; Sugiyama 2005).

La hegemonía de este imperio centralizado abarcó amplias áreas no sólo en su periferia inmediata en la Cuenca de México (Charlton y Nichols 1997), cubriendo posiblemente cerca de 25,000 km²; su dominio económico, político y administrativo permitió que el Estado teotihuacano controlara asentamientos nodales en las rutas de intercambio que formaron parte de las provincias del imperio, incluso con la fundación de probable enclaves (cf. Cowgill 1997; Smith y Montiel 2001; Sugiyama 2005); de esta manera distintos elementos y objetos suntuarios y exóticos llegaron hasta los consumidores de la urbe y, en algunos casos, de los habitantes de sus provincias y zonas de influencia. Esta expansión territorial que abarcó la región de Tula, posiblemente fue resultado de un



Figura 1. Asentamientos precolombinos de la región de Tula mencionados en el texto. 1. El Tesoro; 2. Chingú; 3. El Huizachal; 4. Ozocalpan; 5. Encinillas; 6. El Calvario; 7. Julián Villagrán; 8. Chapantongo; 9. Xithi; 10. San Gabriel; 11. Batha; 12. El Aguila; 13. La Mesa; 14. Atitalaquia; 15. Los Mogotes; 16. Tula; 17. Magoni; 18. San Ramón; 19. Mogote Pánfilo-Zimapanongo; 20. Tepetitlán; 21. Sayula; 22. Los Desmontes; 23. Cerro Grande; 24. Cerro de la Cruz; 25. El Dhagui (adaptado y actualizado a partir de Fournier y Bolaños 2006 y Torres et al. 1999)

proceso de segmentación de linajes o grupos corporativos, así como del incremento de las demandas económicas para sostener a un número creciente de especialistas desligados de la producción de alimentos que habitaban en la urbe (cf. Torres et al. 1999).

Las evidencias más tempranas de la fase Wada (véase el Cuadro 1, fase Wada en la secuencia regional) de asentamientos de la región de Tula cuyos habitantes mantuvieron vínculos con Teotihuacan se adscriben a las Fases Tzacualli y Miccaotli (Figura 2, a) es decir antes de lo que se ha planteado en lo general para otras partes de Mesoamérica (Sugiyama 2005). En consecuencia, a fines del Formativo terminal Teotihuacan incidió en los desarrollos de esta región escasamente poblada en etapas previas al parecer sin ninguna clase de intervención bélica, fundando nuevos asentamientos donde se establecieron colonos que tal vez procedían de la Ciudad de los Dioses o de zonas bajo su hegemonía. Mucho se ha especulado acerca del interés de Teotihuacan en los depósitos de calizas de la región de Tula que se ubican en su porción sur, roca metamórfica que se empleaba para la producción de cal requerida para manufacturar el estuco que se usaba en los enlucidos de paramentos al igual que en la confección de pisos y muros (Díaz 1980, 1981; Smith y Montiel 2001). Si bien esta idea podría sustentarse precisamente para las zonas australes donde abundan calizas, no hay elementos de cultura material que la fundamenten además de que en el caso de otros asentamientos de la época el planteamiento carece de aplicabilidad

En particular para las fases Tlamimilolpa y Xolalpan temprano, es decir la fase T'aphi (Cuadro 1), la región experimenta una serie de influjos sociodemográficos relacionados con la expansión del estado Teotihuacano hacia el norte del Cuenca de México, evidentes en los numerosos asentamientos con arquitectura pública y ceremonial. Entre estos destacan Chingú (Figura 1, sitio 2), que cubre 2.5 km² con una población que se estima llegó a 6000 personas, El Tesoro (Figura 1, sitio 1), Julián Villagrán (Figura 1, sitio 7), El Calvario, municipio de Tepetitlán (Figura 1, sitio 6), El Huizachal o El Ahijadero (Figura 1, sitio 3) así como un conjunto de asentamientos en Ozocalpan (Figura 1, sitio 4), específicamente en el Valle del Marqués (Municipio de Chapantongo), donde el área nuclear cubre más de 1 km² aun cuando hay conjuntos residenciales dispersos en sus alrededores, en una zona de aproximadamente 2 km² donde posiblemente se asentaron más de 2000 individuos (Díaz 1980, 1981; Fournier en prensa; Mastache 1996a; Mastache et al. 2002; Mastache y Crespo 1974; Polgar 1998; Torres et al. 1999).

La traza de los asentamientos nucleados de mayor complejidad se vincula con aspectos cosmovisionales derivados de la Ciudad de los Dioses. En el caso de Chingú, la orientación es de naturaleza calendárica, idéntica a la de Teotihuacan, situación análoga a la del principal conjunto cívico-ceremonial de Ozocalpan. Existen dos tendencias en cuanto a la ubicación de los asentamientos que se encuentran tanto en las zonas de sustrato calizo al sur del Valle de Tula como volcánico al norte de la región; los de mayor

extensión y complejidad (Chingú, Ozocalpan y Julián Villagrán) se localizan en valles, en tanto que el emplazamiento de los de menor área (El Calvario, El Huizachal, El Tesoro) es en la cima de lomas modificadas artificialmente, siendo escasos los caseríos en las inmediaciones de estos sitios. De cualquier manera, en ambos casos existen en las proximidades de los sitios fuentes permanentes de agua y suelos adecuados para la agricultura de temporal, además de que podrían haberse implementado sistemas de riego (Mastache 1976:68).

Tanto en Chingú como en Ozocalpan hay estructuras con el estilo arquitectónico de talud-tablero, complejos pirámide-plaza, conjuntos residenciales con patios y altares así como pisos de estuco con firme de tezontle (Díaz 1980; Polgar 1998), elementos que se relacionan con Teotihuacan. Posiblemente hubo un sistema jerárquico interregional centrado en Chingú al sur con Ozocalpan como un centro secundario al norte, mientras que entre estos asentamientos existían amplias áreas despobladas y un número reducido de aldeas y caseríos dispersos (cf. Fournier en prensa; Torres et al. 1999).

El Tesoro, que se ubica al sur de Chingú, muy probablemente tuvo una importante ocupación durante el periodo teotihuacano, si bien los elementos arquitectónicos cívico-ceremoniales datan al parecer del Posclásico temprano (Fournier y Chávez 2002). En este sitio son relativamente abundantes materiales cerámicos oaxaqueños o copias locales de éstos (Crespo y Mastache 1981); además, se excavó una tumba de estilo zapoteco en el sitio, con ofrendas que incluyen vasijas que posiblemente se produjeron en Monte Albán (Hernández 1994), lo cual indica la presencia en la región de estudio de grupos relacionados con el barrio oaxaqueño de la Ciudad de los Dioses (Rattray 1993). Cabe hacer notar que la familia zapoteca es una de las más grandes del tronco lingüístico otomangue y el zapoteco al parecer se diversificó hacia 500 o 400 a.C., mientras que es factible que la separación del otomí ocurriera en el periodo Clásico (Hopkins 1984; Winter et al. 1984).

La cultura material está fuertemente relacionada con las estructuras socioeconómicas de reproducción del sistema estatal, caso de las tradiciones cerámicas, pues la vajilla de servicio se caracteriza por objetos procedentes de Teotihuacan (Evelyn Rattray, comunicación personal, 1996; Rattray 2001), evidencia de un fuerte componente doméstico que integró a la región en una esfera cerámica. Las formas más comunes son vasos y cajetes trípodes de paredes rectas o rectas divergentes, a menudo con borde evertido, base plana y por lo general soportes de botón o hemisféricos huecos, aunque también hay ápodas, si bien ocasionalmente se observan jarras de cuello alto (Figura 2). Los grupos característicos incluyen el café o negro pulido, rojo ocasionalmente con hematita especular sobre el color natural del barro, a menudo con incisiones que demarcan los elementos ornamentales pintados. La cerámica Anaranjado Delgado, desde la de paredes delgadas (denominada “casarón de huevo”) hasta la variante gruesa, es re-

lativamente común, con cajetes hemisféricos con soporte anular que presentan motivos geométricos incisos en la superficie externa, que algunas veces muestran decoración incisa sobre la pared externa. La vajilla vinculada con el acarreo y almacenamiento de líquidos y sólidos, así como con la preparación al fuego de alimentos consta de piezas de factura regional, caso de ánforas, cráteres, ollas y jarras, con lozas café pulido o rojas con engobe igualmente pulido, que en términos técnicos y morfológicos emulan a las piezas coetáneas objeto de consumo en Teotihuacan (Díaz 1980; Rattray 2001; Torres et al. 1999). Respecto a las figurillas modeladas o moldeadas (Figura 2, b), cabe destacar que las representaciones antropomorfas son las mismas que en la Ciudad de los Dioses (Barbour 1998; Díaz 1991; Fournier en prensa; Polgar 1998), incluyendo las articuladas, y aunque no se descarta la posibilidad de que se produjeran en la región, sus similitudes indican que una fuerte interacción con Teotihuacan (o incluso el flujo de grupos parentales desde la urbe) en el campo cosmovisional así como en diversos ámbitos de la vida cotidiana; lo anterior puede además fundamentarse en que divinidades teotihuacanas como Tlaloc o el dios viejo del fuego se plasman sea en cerámica o en piedra (Polgar 1998; Torres et al. 1999).

La producción de obsidiana fue un componente importante de la economía de Teotihuacan y en la ciudad existieron cientos de talleres especializados en la talla de núcleos, navajas y bifaciales en obsidiana verde y gris, que se distribuyeron por todo el centro de México (Spence 1981). La industria lítica en la región de Tula muestra que la obsidiana se obtenía a través de los canales distributivos controlados por Teotihuacan, con vidrio volcánico procedente de Sierra de Las Navajas y Otumba, principalmente, identificándose desechos de talla y toda clase de instrumentos de trabajo, aun cuando la explotación de basalto o de riolita, según el sustrato existente en las distintas localidades, fue de importancia para la manufactura de raspadores y cepillos; la calcedonia, abundante en la región, también se explota desde el Clásico, aunque salvo escasas puntas de proyectil (Figura 2) y abundantes lascas, poco se sabe acerca de la clase de artefactos producidos. A excepción de Chingú donde abundan los núcleos prismáticos y los desechos de talla de obsidiana (Díaz 1980), lo cual sugiere que hubo talleres especializados en ese asentamiento, en los otros sitios las evidencias indican que se manufacturaron instrumentos de obsidiana con núcleos que se prepararon en algún otro lugar, y más bien parecería que la tendencia era a rehabilitar los artefactos que llegaban terminados a manos de los consumidores.

Uno de los asentamientos que resulta de particular importancia es El Calvario, mismo que se localiza aproximadamente a 1 km al noroeste de la cabecera municipal de Tepetitlán, sobre la parte alta y la ladera baja de un cerro cuya formación es de andesita, riolita y toba, cubriendo alrededor de 8 Ha. La pendiente natural fue modificada mediante la edificación de plataformas masivas de nivelación, cuyos muros de contención en talud en los lados norte, este y oeste tienen una altura que varía de 3 a 5 m, mientras

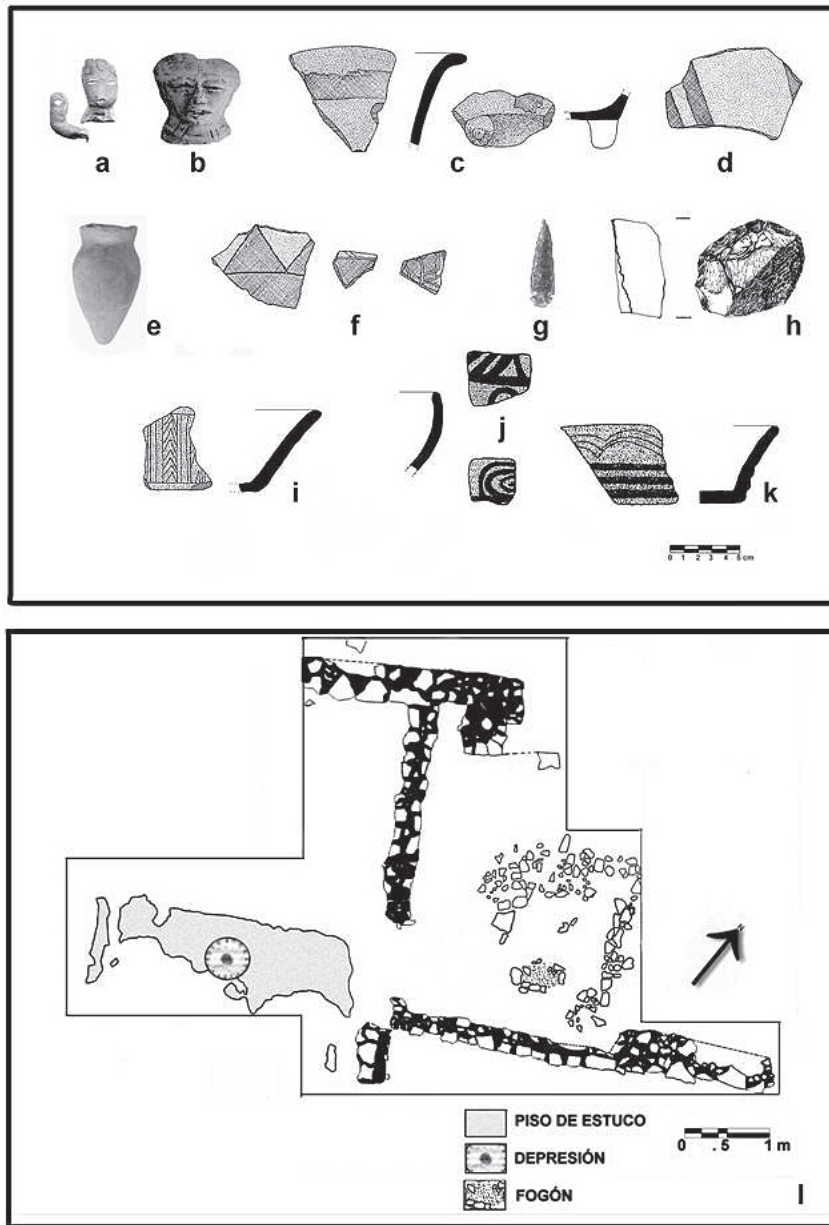


Figura 2. a. fase Wada, figurilla modelada articulada; fase T'afi: b. figurilla; c. cajete trípode rojo sobre café; d. jarra rojo sobre café; e. ánfora miniatura; f. cajetes trípodes rojo sobre café inciso; g. punta en obsidiana gris; fase Atlán: h. cepillo en basalto de grano fino; i. cajete trípode rojo esgrafiado; j. cajetes hemisféricos Atlán Rojo sobre Café; k. cajete trípode rojo sobre café esgrafiado; l. unidad residencial de la fase T'afi excavada en el sitio de El Calvario (adaptado de Fournier y Chávez 2003).

Cuadro 1. Secuencia cronológica del Valle del Mezquital

Fechas	Periodo	Valle del Mezquital	Tula	Teotihuacan/ Cuenca de México
1600	Posclásico tardío	Doyo	Tesoro	Azteca tardío
1500			Palacio	
1400				
1300	Posclásico temprano	Sei	Fuego	Azteca temprano
1200				
1100				
1000	Epiclásico	Xithi	Tollan	Mazapán
900			Corral	
800			Terminal	
700	Clásico	Sinana	Corral	Coyotlatelco
			Prado	
600	Formativo terminal	Atlán	Chingú	Metepec
500				Xolalpan tardío
400				Xolalpan temprano
300	Formativo tardío	T'afi		Tlamimilolpa
200				Miccaotli
100 d.C.				Tzacualli
1	Formativo medio	Wada	Formativo terminal	Patlachique
100 a.C.				Tezoyuca
200				Cuicuilco
300				Ticomán
400		Dehe	Tepeji	
500				
600				
700				Zacatenco

que al sur los elementos arquitectónicos se relacionan aparentemente tanto con esa clase de plataformas como con una escalinata, a la que haremos alusión en la sección correspondiente al Posclásico tardío. Las evidencias ocupacionales del periodo teotihuacano cubren esas plataformas así como el pie de monte bajo del cerro, con una mayor concentración en la porción oriental tanto en la ladera baja como en el inicio de la planicie, aun cuando en esta zona no se distinguen elementos arquitectónicos claramente en superficie (Fournier et al. 1996). En este último sector se realizaron pozos de sondeo que permitieron determinar que los depósitos culturales son someros, debido al alto nivel de pedregosidad asociado tanto con el sustrato volcánico como con deslaves de los farallos de toba y riolita del cerro (Fournier y Cervantes 1997).

En el pie de monte medio, igualmente en la porción oriental así como en la sureste, mediante la excavación de unidades extensivas se detectaron contextos domésticos de la fase T³aphi (Tlamimilolpa-Xolalpan), así como evidencias del sistema de nivelación de la época teotihuacana, si bien los depósitos han sido afectados por factores tanto naturales, es decir arrastre y erosión, como culturales, en particular en este último caso saqueos (Fournier y Chávez 2003).

En lo referente al conjunto residencial donde se efectuaron intervenciones (Figura 2, 1) y a pesar de que es mala la conservación de los distintos elementos, se lograron definir segmentos de algunas de las áreas de actividad asociadas con la vida cotidiana de los grupos que residieron en el asentamiento, a pesar de que fue difícil la delimitación de espacios internos o externos de la unidad habitacional. Con materias primas locales abundantes en la localidad, se construyeron muros dobles hechos con sillares y bloques tanto de riolita como de toba, además de que se confeccionaron adobes para elevar los paramentos; en las superficies ocupacionales se observan apisonados de lodo y un piso de estuco, en el cual hay una depresión oval en planta que muy probablemente sirvió para sostener alguna vasija donde se almacenaron líquidos, es decir una ánfora según la terminología de Rattray (2001). En uno de los sectores se encontró un fogón, asociado con fragmentos de ollas café liso y materiales óseos al parecer de un ave, posiblemente un guajolote.

Los materiales cerámicos² predominantes en los depósitos corresponden a los grupos mate, bruñido, pulido, pintado, granular y, en baja proporción, Anaranjado Delgado (Rattray 2001), con piezas de factura teotihuacana asociadas con el servicio de alimentos, algunas ánforas de la misma procedencia así como copias regionales, ollas, cráteres y jarras de la tradición regional, miniaturas, además de que hay fragmentos de figurillas.

2 Las colecciones de cerámica, lítica y zooarqueológicas recuperadas en las excavaciones fueron analizadas por Mitzi Taba.

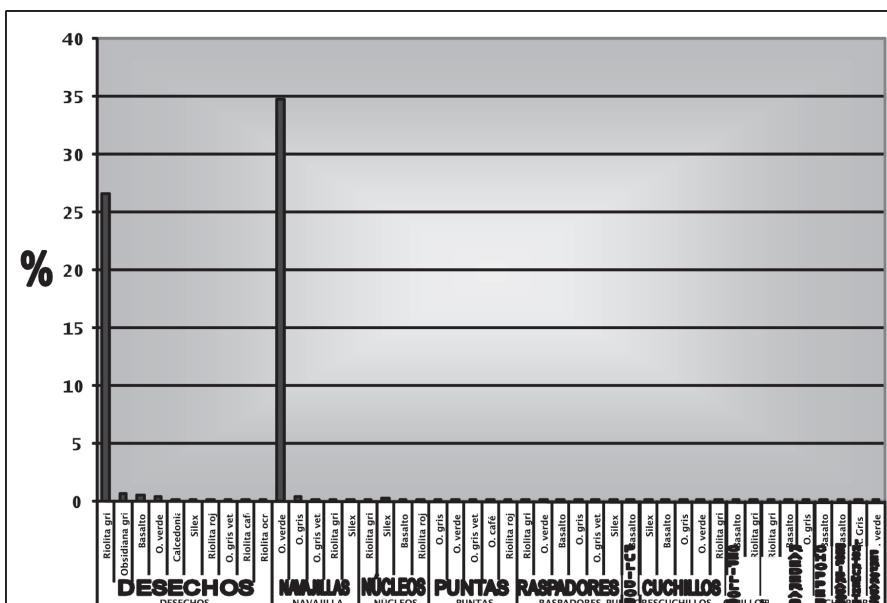
Las especies que se aprovecharon en la alimentación son liebre, conejo, venado, guajolote y perro, y algunos de los materiales óseos tienen evidencias de exposición al fuego o están trabajados.

En las industrias líticas (Cuadro 2) predomina la riolita como materia prima, incluyendo núcleos, seguida por la obsidiana verde y gris, basalto, calcedonia y sílex, esta última también con escasos núcleos. Además de los abundantes desechos de talla, los artefactos con mayor representatividad porcentual son las navajas sobre todo en obsidiana verde y en menor proporción gris aunque también hay de riolita, seguidos por raspadores, raederas, puntas, cepillos, choppers, instrumentos con muescas, cuchillos y desfibradores; los filos de muchas navajas están reavivados, lo cual indica cierta escasez de obsidiana. Se encontraron también pulidores y manos de metate de basalto, además de fragmentos de mica y conchas de pelecípodos.

En relación con las intervenciones que se llevaron a cabo en el pie de monte en la porción sureste del cerro El Calvario, fue posible determinar que en el sitio la construcción del sistema de plataformas de nivelación que modificó la pendiente natural se inició desde el periodo teotihuacano, con la edificación de muros hechos con sillares y bloques tanto de toba como de riolita así como la colocación de pisos de estuco. Las evidencias disponibles indican la probabilidad de que las plataformas se diseñaran con el objetivo de construir sobre ellas conjuntos residenciales, cuyo número no ha sido posible definir debido al alto nivel de erosión en algunas zonas, además de que el continuo deslave de materiales pétreos desde la cima parecería haber cubierto varios de los sectores habitacionales.

En la unidad residencial donde efectuamos excavaciones se recuperaron varias muestras de carbón, incluyendo las asociadas con el fogón; las fechas calibradas de dos muestras (2 sigma y fecha media) son de 150 (340) 430 d.C. y 130 (260, 290, 320) d.C., que indican que este conjunto estuvo habitado ya sea desde fines de la fase Tzacualli tardío o la Miccaotli (correspondiente a la Wada de la región) hasta al menos fines de Tlamimilolpa tardío (es decir, la fase T'aphi en nuestra secuencia). Respecto a la zona donde se encontraron las plataformas de nivelación, una muestra que se procesó aportó la fecha calibrada de 400 (460, 480, 520) 610 d.C., que sugiere que la construcción de arquitectura pública o su remodelación continuó hacia fines de la fase Xolalpan tardío, aun cuando no se han identificado hasta ahora materiales diagnósticos en superficie o excavación de esa época, es decir de la fase regional Atlán (Cuadro 1), equivalente a las fases Xolalpan tardío y posiblemente Metepec³ de Teotihuacan.

3 Sanders (2006:198-199) cuestiona la validez de aislar la fase Metepec en Teotihuacan misma que, en su opinión, consta de una serie de tipos cerámicos que deben adscribirse tanto a la fase Xolalpan tardío como a la Oxtotipac, transicional en relación con los complejos epiclásicos de la fase Xometla.



Cuadro 2. Industria lítica del Clásico, con base en las colecciones de excavación de El Calvario.

A fines del periodo Clásico y a la par de la retracción del control de la urbe, se desarrolla fuertemente el conjunto de sitios ubicados en Ozocalpan, aun cuando al parecer Chingú se mantiene ocupado; en estos asentamientos, si bien se observan ligas estilísticas y culturales con Teotihuacan, también hay un fuerte componente local (Díaz 1980; Torres et al. 1999) que está conformado por vasijas tanto de servicio como para acarreo, almacenamiento y preparación de alimentos de factura regional, predominando materiales decorados en rojo sobre café así como esgrafiados (Figura 2), estos últimos ocasionalmente con acanalado complementando la ornamentación en vasos y cajetes trípodes. Existen además figurillas antropomorfas moldeadas con soporte trasero, con vestimenta y tocados en extremo elaborados en las representaciones, algunas colocadas sobre un trono (Díaz 1991; Fournier en prensa; Torres et al. 1999), cuyo estilo es en extremo semejante a las teotihuacanas de las fases Xolalpan y Metepec (Barbour 1998).

Al parecer ocurrieron modificaciones en el suministro de obsidiana y es posible que el vidrio volcánico procediera fundamentalmente de yacimientos ubicados en Michoacán, caso de Ucareo, como detallaremos más adelante respecto al Epiclásico. Es altamente probable que la industria de basalto sufriera pocas modificaciones al igual que la de calcedonia, si bien nuestras apreciaciones se basan en materiales colectados en superficie, lo cual hace difícil su ubicación cronológica precisa.

Es factible que la región experimentara un decremento poblacional o bien que se dieran procesos de concentración de la población en Ozocalpan y en otras zonas que se ubican al noroeste de la región, caso de San José Atlán (Torres et al. 1999). Ozocalpan pudo representar un área óptima dada la disponibilidad de recursos naturales (terrenos agrícolas fértiles, fuentes de agua, bosques, cantos de basalto de grano fino en abundancia, entre otros), mientras que los asentamientos del sur de la región sufren un decline y se abandonan.

Durante el periodo Clásico, la baja densidad poblacional en la región de Tula posiblemente implica su limitada importancia económica y política dentro del imperio teotihuacano, por lo que esta zona periférica debe haber jugado un papel de poca relevancia en el desarrollo y fortalecimiento de la metrópolis, aun cuando Chingú y Ozocalpan como centros regionales garantizaron al parecer la ampliación de la zona de dominio estatal. De cualquier manera, todo parece indicar que el imperio teotihuacano controló de manera indirecta a las provincias que se encontraban fuera de la cuenca de México (Smith y Montiel 2001).

Durante el periodo de hegemonía de este Estado, la metrópolis redistribuyó distintos bienes de consumo entre las poblaciones de las zonas periféricas, caso de la cerámica y de la obsidiana; es altamente probable que la región de Tula, a su vez, canalizara hacia Teotihuacan materias primas y excedentes agrícolas. La prosperidad de Chingú tal vez se vinculó con la extracción de cal y el asentamiento se abandonó antes del decline del imperio, o bien durante el periodo que eventualmente concluyó con su desarticulación, época en que las actividades constructivas o de remodelación no eran intensas en la Ciudad de los Dioses; por otra parte, en Ozocalpan se concentró la población y las tradiciones regionales de fines del Clásico florecieron como una respuesta al ocaso de Teotihuacan.

Algunos investigadores han considerado que para las fases Xolalpan y Metepec arriban a la región de Tula migrantes procedentes de áreas septentrionales (Mastache 1996a; Mastache y Cobean 1989; Mastache et al. 2002), hipótesis que no ha sido contrastada empíricamente y que, al parecer, se pretende sustentar en una interpretación laxa de algunas fechas de radiocarbono así como en algunos atributos estilísticos poco claros en la cerámica, que carecen de adscripción temporal precisa. Desde nuestra perspectiva, existen indicadores arqueológicos de que hubo tendencias a la regionalización hacia fines del periodo Clásico, con la consecuente fundación de nuevos asentamientos o el fortalecimiento de algunos preexistente por parte de la población local. Hemos interpretado estos procesos como un resultado de la retracción del control teotihuacano en zonas periféricas del imperio (Fournier en prensa; Torres et al. 1999), lo cual provocó que las poblaciones autóctonas de la región de Tula dejaran de participar en el sistema económico y político de la Ciudad de los Dioses y se iniciaran una serie de transformaciones estructurales, base de la conformación de nuevas unidades sociopolíticas en el Epiclásico (Torres et al. 1999).

Si bien parte del utillaje lítico del periodo teotihuacano puede relacionarse con la explotación del agave, característica del modo de vida otomí, consideramos que no se trata de una evidencia unívoca de la presencia de este grupo en la región de Tula durante el periodo teotihuacano. No obstante, al menos hacia fines del Clásico en el Valle de Toluca se ha identificado con base en análisis de ADN que las poblaciones eran de filiación otomí (Yoko Sugiura, comunicación personal, 2005); por otra parte y como ya señalamos, en la región de Tula muy probablemente se asentaron en algunas zonas grupos zapotecos que mantenían nexos con los residentes del barrio oaxaqueño de Teotihuacan, es decir hablantes de una lengua del tronco lingüístico otomangue. Por lo tanto, son sugerentes los hallazgos en el Valle de Toluca, colindante con el Valle del Mezquital, así como la presencia de grupos otomangues en nuestra región de estudio, aun cuando se requieren futuros estudios para determinar el papel de los zapotecos en los desarrollos culturales intrarregionales y su probable relación con la instauración del modo de vida otomí en la región de Tula desde el periodo Clásico. Cabe destacar que en los sitios donde se han llevado a cabo excavaciones (El Calvario y Ozocalpan) (Fournier en prensa; Fournier y Chávez 2003; Polgar 1998) no se encontraron enterramientos humanos, de manera que hasta ahora no se han realizado análisis de ADN para determinar si las poblaciones del periodo teotihuacano eran genéticamente otomíes, como fundamentaremos para el Epiclásico en la siguiente sección de este ensayo (Fournier y Vargas Sanders 2002).

Epiclásico

Durante el Epiclásico (ca. 600-900 d.C.) ocurrieron una serie de transformaciones socio-culturales en amplios territorios del centro de México debidos a la desestructuración del sistema hegemónico teotihuacano, ante una fragmentación sociopolítica que se refleja en la constitución de sistemas de ciudades-estado independientes, el abandono parcial o total de los centros del Clásico y las consecuentes modificaciones en los patrones de asentamiento, el surgimiento o consolidación de elementos asociados con la ritualidad y la cosmovisión, además del desarrollo del complejo cerámico Coyotlatelco que se produjo en tres regiones de los valles centrales con variante en cada una de ellas, es decir la Cuenca de México, el Valle de Toluca y la región de Tula (Fournier et al. 2006). En otra parte hemos analizado en detalle los procesos sociales y los complejos artefactuales de la época (Fournier 2006; Fournier et al. 2006; Fournier et al. en prensa), además de que recientemente se compendiaron diversos estudios asociados con el fenómeno Coyotlatelco (Solar Valverde 2006) que, en su mayoría y la luz de nuevas evidencias, ponen en tela de juicio las interpretaciones que se habían planteado con anterioridad acerca

de que lo Coyotlatelco se originó a partir de la migración hacia el centro de México de poblaciones procedentes de territorios nortños.

De manera sintética, podemos señalar que aun cuando pudo haber influjos poblacionales desde zonas de la periferia mesoamericana hacia el centro, es más que probable que los movimientos se dieran en paralelo desde la cuenca de México hacia territorios como la región de Tula, dados los nexos preexistentes con Teotihuacan (Fournier et al. 2006), posición que también sostienen y fundamentan en detalle Sugiura (2005a, 2005b) en relación con el Valle de Toluca y Sanders (2006), quien aboga por un desarrollo endógeno de lo Coyotlatelco en la Cuenca de México.

Durante el Epiclásico, la fase Sinana (Cuadro 1), se agudizan los procesos de regionalización y en gran medida ocurre una reubicación de las comunidades, además de que surgen nuevos centros de población en zonas que no habían sido ocupadas con anterioridad en la región de Tula; la característica esencial de este periodo es la existencia de grandes centros nucleados y la limitada presencia de comunidades rurales (cf. Cervantes y Fournier 1994; Mastache y Cobean 1989; Mastache y Crespo 1974), caso del sitio donde se realizó el mayor número de intervenciones, es decir, Chapantongo (ubicado en la cabecera del municipio del mismo nombre, véase la Figura 1, sitios 8 y 15), Xithi (municipio de Tepetitlán, Figura 1, sitio 9), El Aguila y San Gabriel (municipio de Tezontepec, Figura 1, sitios 10 y 11), además de La Mesa (Figura 1, sitio 13) (Bonfil 1998, 2005), Tula Chico (Figura 1, sitio 16), Magoni (Figura 1, sitio 17), Batha (Figura 1, sitio 11) y Atitalaquia (Figura 1, sitio 14) (Mastache et al. 2002), principalmente.

La mayoría de los asentamientos se ubican relativamente cerca de los que datan del periodo Clásico, observándose tendencias a la nucleación en zonas adecuadas para la agricultura y con fuentes permanentes de agua. Según su posición en la geoforma, los sitios pueden dividirse en dos categorías, es decir aquellos que se localizan en mesas (Xithi, El Aguila, La Mesa, Batha, Magoni, Atitalaquia) y los que se encuentran en lomas de pendiente suave o valles (Chapantongo-Los Mogotes, San Gabriel, Tula Chico) (Fournier y Bolaños 2006; Fournier y Vargas Sanders 2002). Aunque se ha llegado a postular que los primeros son más tempranos que los segundos a partir de una interpretación laxa de fechamientos de radiocarbono (Mastache 1996a; Mastache et al. 2002), con las evidencias disponibles todo parece indicar que más que diferencias cronológicas se trata esencialmente de funcionales; hasta donde tenemos conocimiento, los asentamientos presentan fuertes similitudes en las tradiciones cerámicas, figurillas y lítica tallada (cf. Jackson 1990a, 1990b), además que para aquellos donde se efectuaron excavaciones, son en extremo semejantes las prácticas mortuorias, los elementos arquitectónicos (cf. Bonfil 1998, 2005; Patiño 1994) y las técnicas constructivas (Fournier y Bolaños 2006; Fournier y Vargas Sanders 2002; Fournier et al. en prensa).

Poco puede precisarse acerca de las características del sitio de San Gabriel (Figura 1, sitio 10) que cubre 19 Ha, dado que se ubica en un meandro del Río Tula que forma parte del distrito de riego de la región, por lo que el terreno ha sido nivelado y una serie de basamentos que existían fueron arrasados; de cualquier manera, los materiales cerámicos indican una fuerte ocupación epiclásica así como del Posclásico temprano (Fournier et al. 1996). El Aguila (Figura 1, sitio 12) tiene una extensión de aproximadamente 1 km² y se localiza en una mesa que constituye la extensión del valle fértil de Tezontepec, a una altura considerable en relación con los cañones del Río Salado y el Río Tula que delimitan el asentamiento al noroeste y sureste, respectivamente; en este sitio hay limitantes para la adscripción cronológica precisa de las estructuras arquitectónicas que, según los rellenos descubiertos por saqueos, datan de la fase Tullan además de que en superficie son relativamente abundantes tipos cerámicos del Posclásico tardío, aun cuando las plataformas de nivelación al parecer corresponden al Epiclásico así como varios montículos bajos de dimensiones reducidas, probables conjuntos residenciales (Fournier y Bolaños 1999). Xithi (Figura 1, sitio 9) cubre cerca de 3.5 km² en una extensa mesa de la sierra del mismo nombre que se encuentra a alrededor de 1.5 km al sureste del centro de la comunidad de Xithi Primera Sección, a 2350 msnm. El asentamiento se caracteriza por decenas de muros de contención asociados con plataformas de nivelación agrícolas-residenciales, siendo notoria la ausencia de arquitectura monumental; si bien abundan materiales cerámicos diagnósticos del Epiclásico es restringida su variabilidad tipológica, además de que hay concentraciones dispersas de cerámica posclásica (Fournier y Chávez 2002, 2003). El sitio de La Mesa (Figura 1, sitio 13) fue tema de estudios independientes (Bonfil 1998, 2005; Mastache et al. 2002) aunque a partir de someros reconocimientos de superficie pudimos definir que no sólo hay una ocupación epiclásica sino también del Posclásico, caso análogo al de Tula Chico (Mastache et al. 2002).

Debido a que a la fecha y hasta donde es de nuestro conocimiento el sitio epiclásico de la región mejor documentado es Chapantongo (Figura 1, sitio 8), lo utilizaremos como ejemplo de los desarrollos de la época. Este asentamiento nucleado se localiza en un valle de dimensiones reducidas en la cabecera del municipio de mismo nombre, en una loma baja de pendiente suave de toba volcánica con afloramientos de basalto, delimitada tanto al oeste como al norte por la cañada del río El Tanquillo y al este por el arroyo El Marqués. Las evidencias arqueológicas en superficie cubren un área aproximada de 3 km² y se extienden al sureste de la loma citada, donde hay extensas terrazas agrícolas y residencias (Figura 1, sitio 15); el sitio consta de varios conjuntos con arquitectura monumental, incluyendo una plaza hundida, plataformas de nivelación y múltiples unidades habitacionales; en la zona nuclear, es evidente un diseño y planeación intencionales en la traza, que tiene tres orientaciones con mínimas diferencias entre

sí, posiblemente reflejo de diferencias temporales (Fournier y Bolaños 2006; Fournier y Vargas Sanders 2002; Fournier et al. en prensa).

Las modificaciones en el terreno implicaron la nivelación del sustrato tepetatoso, sobre el cual se desplantaron las cimentaciones de los edificios que muestran varias etapas constructivas, con depósitos culturales de hasta 1.80 m de profundidad en los conjuntos residenciales y de más de 3 m en los basamentos. Existen patios hundidos, plazas, estructuras residenciales de planta rectangular y circular, espacios porticados que se lograron con el desplante de pilastras mientras que las jambas están ornamentadas con pintura mural, patios con altares, paramentos cubiertos con frisos labrados y fachadas con el estilo de talud-cornisa (Figura 3), almenas y clavos arquitectónicos labrados, y en algunos casos uso de estuco para el recubrimiento de paramentos con pintura policroma (Fournier y Bolaños 2006; Fournier y Vargas Sanders 2002; Fournier et al. en prensa); cabe destacar que muchos de estos elementos también se han identificado en el sitio de La Mesa (Bonfil 1998, 2005; Mastache et al. 2002). Los materiales constructivos son sillares de toba o cantera y lajas, abundantes en la localidad, además de que se confeccionaron adobes para levantar muchos de los paramentos, que consistentemente son muros dobles; los pisos interiores son de lodo o de gravilla, en tanto que los exteriores comúnmente son de lodo a veces quemado (Fournier y Bolaños 2006; Fournier y Vargas Sanders 2002; Fournier et al. en prensa).

Por lo general hay una asociación entre los edificios de planta rectangular y circular con espacio interno (Figura 3), en algunos casos con uno o más escalones para acceder al edificio; una estructura circular funcionó como bodega además de que en el interior de varias llegan a observarse depresiones aproximadamente en la parte central, donde pudieron colocarse ollas para el almacenamiento de líquidos, depresiones que también aparecen en cuartos de planta rectangular en las unidades residenciales. Todo parece indicar que los conjuntos arquitectónicos de mayor complejidad implicaban la construcción de series de aposentos de dimensiones variables, esporádicamente con banquetas y nichos en los paramentos; la circulación se daba a través de patios hundidos y, tal vez, de angostos corredores (Fournier y Bolaños 2006; Fournier et al. en prensa).

Bajo el piso de varias de las estructuras residenciales se encontraron entierros primarios en su interior (Figura 3); la posición de los individuos es decúbito lateral flexionado derecho o izquierdo, con las órbitas de los cráneos orientadas hacia el este o el oeste y las ofrendas consistentes en vasijas fundamentalmente se ubican frente a la cabeza o el torso. Se identificó un entierro que consta de una pelvis articulada, sin que se observen huellas de corte al microscopio y en dos casos se aprecia la remoción de la calota en cráneos, evidencia de tratamientos especiales tal vez asociados con prácticas de sacrificios humanos e incluso el consumo de la masa cerebral con fines rituales (Fournier y Bolaños 2006). Hay indicios de estratificación social en función de las ofrendas y

ornamentos personales que portan los individuos (desde modestas pulseras con cuentas pétreas hasta elaborados pectorales con placas de caracol marino) que pudo fundamentarse en un sistema de linajes, lo cual se reafirma mediante los análisis de ADN dado que cada uno de los conjuntos residenciales hay afinidades genéticas que sustentan que se trata de grupos familiares (Fournier y Vargas Sanders 2002).

Si bien están representados distintos grupos de edad en los enterramientos, predominan los adultos jóvenes de ambos sexos; las patologías, atributos craneales y otras evidencias macroscópicas en los materiales óseos, indican problemas de desnutrición así como el desempeño de actividades físicas pesadas independientemente de la edad y sexo (Fournier y Bolaños 2006; Fournier et al. en prensa). Cabe destacar que se localizaron entierros que incluyen perros de la especie *Canis Familiaris* (Valadez Azúa et al. 2005) en un caso se trata de un enterramiento primario de un macho adulto y varios cachorros, sin asociación con restos humanos, tal vez relacionados con prácticas rituales.

Los tipos cerámicos son los característicos del complejo epiclásico de la región de Tula (cf. Cervantes y Fournier 1994; Cobean 1990) de la fase Sinana (Cuadro 1), con vasijas de la vajilla de servicio cuyas formas características son cajetes de paredes rectas divergentes con base plana o trípodes así como cajetes hemisféricos (Ana María Rojo sobre Café, Clara Luz Negro Esgrafiado, Guadalupe Rojo sobre Café, Coyotlatelco Rojo sobre Café, Chapantongo Rojo Monocromo, Santa María Rojo sobre Café, El Tanquillo Café Monocromo, Zúñiga Acanalado, Marcos Negro Monocromo) (Figura 3), además de distintos tipos de ollas y cántaros que posiblemente se emplearon en el transporte y almacenamiento de líquidos así como para la preparación y almacenamiento de alimentos (Cañones Rojo/Café, Los Mogotes Café Monocromo, Xithí Rojo sobre Café, El Pino Rojo sobre Café, Ñashmi Rojo sobre Café y Cementerio Rojo Monocromo). Cabe señalar que en las proximidades de Chapantongo se registró, en un abrigo rocoso, una pintura rupestre que reproduce elementos de diseño de vasijas epiclásicas del tipo Clara Luz Negro Esgrafiado, relativamente comunes en el sitio, es decir, grecas rectilíneas. En el asentamiento de Xithi, los tipos más abundantes son Ana María Rojo sobre Café, Coyotlatelco Rojo sobre Café, Xithi Rojo sobre Café, Chapantongo Rojo así como ollas monocromas rojas cuyos atributos son semejantes a las del tipo Los Mogotes Café Monocromo; respecto a El Aguila, cabe destacar que predomina en las colecciones una variante del tipo Xithi Rojo sobre Café, que posiblemente se produjo en la localidad. Cabe destacar que en las ofrendas funerarias de Chapantongo tipos que se consideró dentro de fases diferentes, es decir la Prado y la Corral (Cobean 1990), aparecen asociados, lo cual evidencia que forman parte de un mismo complejo cerámico y difícilmente puede fundamentarse la división en fases distintas y sucesivas.

En Chapantongo existe cerámica anaranjada en extremo semejante a la estudiada en Río Verde, San Luis Potosí (Michelet 1996) del tipo Amoladeras Fino y son frecuen-

tes tipos cerámicos característicos de la región de Río San Juan en Querétaro y del norte del actual estado de Hidalgo en la región de Huichapan, como Rojo Esgrafiado Xajay y cerámica al negativo del tipo que hemos denominado Cañada Café al Negativo (Figura 3), que se ha encontrado asociado con vasijas Xajay en ofrendas queretanas epiclásicas y que en esa zona del Bajío se ha designado como Negativo La Cruz (Saint-Charles y Enríquez 2006); estos materiales se identifican en los depósitos y en ofrendas funerarias tardíos de Chapantongo. De hecho, los materiales cerámicos de intercambio que predominan en el sitio son los procedentes de la región de San Juan del Río-Huichapan, relativamente cercana y con la que hubo mayor interacción pues también en los sitios de esa zona son comunes los materiales que se produjeron en la región de Tula.

Se encontraron fragmentos de vasijas no cocidas, evidencia de que en el asentamiento se produjo cerámica durante el Epiclásico, en particular el tipo Ana María Rojo sobre Café y al parecer Cañones Rojo sobre Café, que indican que se generaron modos de trabajo diferenciados. También hay figurillas Coyotlatelco (Figura 3) con soporte trasero y en troncos, con tocados complejos o de mayor sencillez portando quexquemilt, semejantes en estilo a las teotihuacanas (cfr. Stocker 1983; Fournier y Blackman en prensa); tanto en Chapantongo como en Xithi existen figurillas masculinas de guerreros que portan un escudo con un emblema de serpiente. Además, en Chapantongo hay sahumadores y pipas acodadas, estas últimas con cabezas antropomorfas elaboradas por modelado y al pastillaje con representaciones de deidades como Tlaloc, cuyos atributos son reminiscentes de los que se observan en figurillas del Clásico en Teotihuacan.

Las tradiciones líticas (Cuadro 3) indican, en cuanto al suministro de obsidiana, cambios drásticos en los canales distributivos, dado que el vidrio volcánico arriba básicamente como navajas terminadas que se utilizan sin modificaciones o para tallar puntas (Figura 3), raederas y raspadores; ocho muestras se sometieron a análisis de activación neutrónica (Glascock y Neff 1999), determinándose que la obsidiana proviene de Ucareo y, en un caso, de un yacimiento queretano (Fuentezuela) que se encuentra en la zona donde la tradición de cerámica Xajay es predominante. En Chapantongo la industria de basalto es de gran importancia, materia prima con la cual se tallaron toda clase de instrumentos de trabajo, entre los que se cuentan raspadores convexos redondeados o cónicos circulares además de cepillos, que probablemente se emplearon en la extracción de fibras de agave, además de que se manufacturan esporádicamente navajas y puntas de proyectil (Fournier y Pastrana 1999). En el caso de El Aguila donde el sustrato geológico es riolítico se manifiesta fuertemente la explotación de riolita, manufacturándose la misma clase de artefactos que en Chapantongo.

Además de la producción alfarera, hay evidencias de otros modos de trabajo diferenciados, ya que se confeccionaban textiles con fibra de agave, misma que se identificó empleando microscopio de barrido (cf. Tejeda y Fournier 1999). El trabajo artesanal

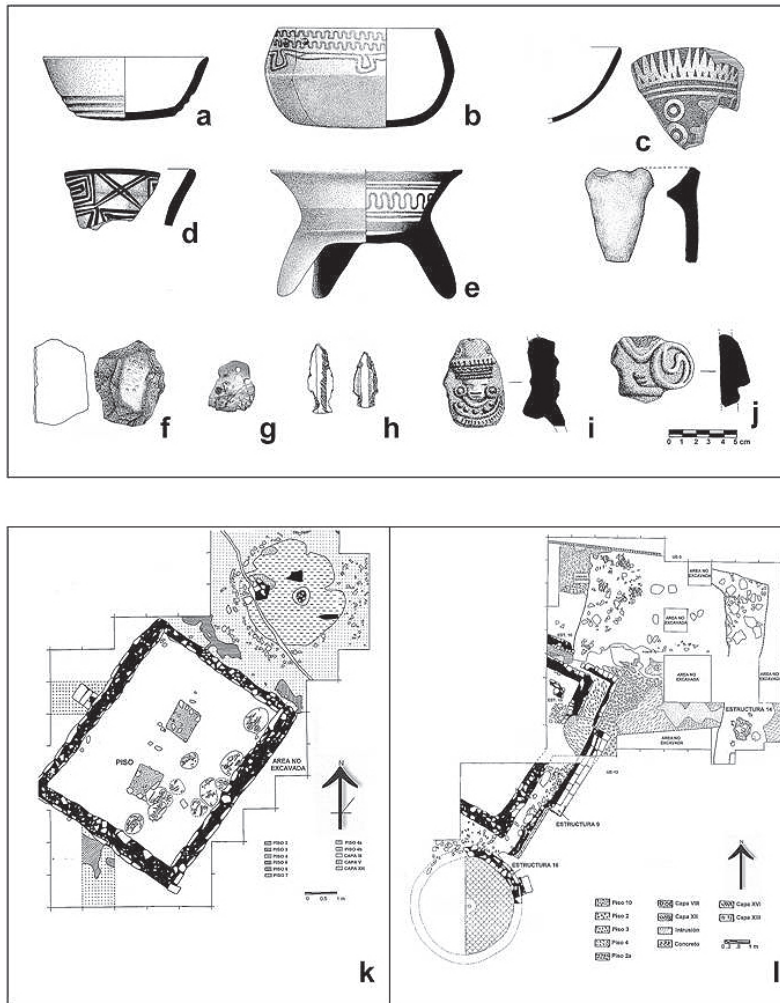
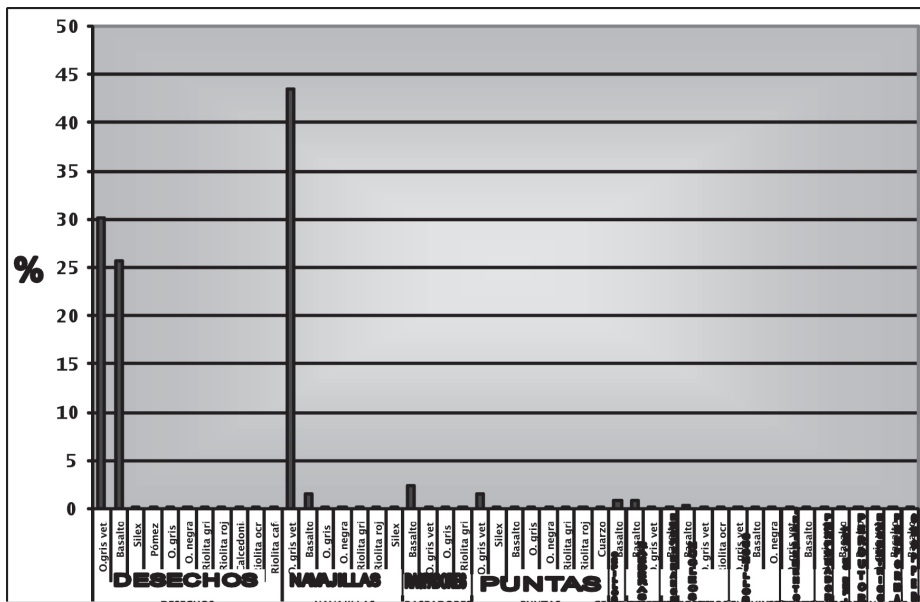


Figura 3. Fase Sinana: a. cajete Zúñiga Acanalado; c. cajete Coyotlatelco Rojo sobre Café, con hoyos para remendar; c. cajete trípode Cañada al Negativo; d. cajete Coyotlatelco Rojo sobre Café; e. cajete trípode Ana María Rojo sobre Café; f. cepillo en basalto; g. pendiente elaborado con una valva nácar; h. puntas sobre navajas prismáticas en obsidiana de gris de Ucareo; i. figurilla en trono con soporte trasero; j. figurilla con la representación de un guerrero; k. conjunto residencial con la asociación de una estructura de planta rectangular con pórtico, aposento bajo cuyo piso se detectaron varios enterramientos humanos, y otra de planta circular (adaptado de Fournier y Bolaños 2006); l. conjunto donde se ilustran varias de las etapas constructivas que incluyen un edificio con fachada de talud-cornisa, al norte del cual se depositaron varios enterramientos, además de que a pocos metros de su fachada se encontró un contexto ritual con la ofrenda de 12 cráneos; nótese al sur la presencia de una estructura de planta circular (adaptado de Fournier y Bolaños 1999, 2000, 2006).



Cuadro 3. Industria lítica del Epiclásico, con base en las colecciones de excavación de Chapantongo.

especializado, tal vez en menor intensidad, está representado por instrumentos y objetos de hueso, por ejemplo agujas, además de piezas ornamentales y rituales, como pendientes y omexicahuastlis; este es el caso también para la manufactura de ornamentos en concha (Figura 3), ya que hay pendientes en valvas modificadas de pelecípodos de agua dulce (Valadez Azúa et al. 2005).

Por otra parte, los macrorrestos vegetales evidencian una economía agrícola de temporal complementada por la recolección, dada la presencia de espinas terminales de maguey, frijol, maíz cónico, amaranto y chenopodium (Fournier y Bolaños 2006; Fournier en prensa); entre las presas de caza se encuentran conejos, liebres y venados, así como en baja proporción lince cuya piel tal vez se aprovechó así como algunos huesos, dado que hay una ulna trabajada; debió ser de importancia en la dieta la cría de perros dada la abundancia de restos óseos de canes, así como de guajolotes. Destaca además la presencia de berrendo entre los materiales óseos faunísticos, caparazones de tortugas de agua dulce que probablemente se atraparon para aprovechar la carne, al igual que almejas (concha dulceacuícola, *Unio* sp.) que debieron colectarse en los cauces aledaños a la localidad (Valadez Azúa et al. 2005).

Son patentes elementos complejos de ritualidad que incluyen sacrificios humanos, como parte de un elaborado sistema cosmovisional con énfasis en el culto selenita, al

menos entre uno de los grupos de linaje hegemónicos, que se manifiesta tanto en la orientación de algunos de los edificios como en ofrendas funerarias dedicadas a la luna (Fournier y Bolaños 2006). Entre éstos destaca una estructura residencial cuyos paramentos están orientados en función de marcadores del horizonte respecto a la posición de la luna en el solsticio de verano (Figura 3, k), según los estudios arqueoastronómicos realizados por Stanislaw Iwaniszewski (Iwaniszewski y Fournier 1999), además de la colocación de un altar con cráneos de adultos jóvenes en una pequeña plaza que se localiza frente a un templete con fachada en el estilo de talud-tablero (Figura 3, l). La última etapa deposicional del altar representa una de las fases lunares cuya designación persiste entre los otomíes de la Sierra de Puebla (Galinier 1990), el cuarto menguante (*Taskhua Zana*) o sea “luna del pie podrido”. En este altar destaca la ubicación del cráneo de una mujer en la posición central, mientras que en cada una de cuatro esquinas se encuentra el cráneo de un varón colocado sobre sus pies aún articulados; conforme a los análisis osteológicos y ante la ausencia de huellas de corte, se determinó que se trata de una decapitación metafórica de los individuos y del desmembramiento de los cadáveres, que se dejaron descomponer parcialmente (“podrir”) para posteriormente desprender cráneos y pies. Según el estudio arqueoastronómico (Iwaniszewski y Fournier 1999), resalta el hecho de que el cráneo femenino esté direccionado hacia marcadores en el horizonte relacionados con eclipses lunares que ocurrieron en el siglo VII de nuestra era. Si bien en depósitos anteriores que subyacen a este conjunto de cinco cráneos se encontraron los de otros 8 individuos, todos hombres, no guardan un orden semejante al del evento tardío aunque su ubicación indica que quedaron de espaldas a la posición de la luna, indicador de los opuestos comunes en la cosmovisión mesoamericana como probable símbolo de la oposición macho-hembra, luna-sol, Madre Vieja-Padre Viejo, es decir las deidades otomíes Sinana-Sidada. Es evidente que hubo un uso reiterativo del mismo espacio posiblemente vinculado con ceremonias cíclicas, cubriendo las ofrendas con cráneos y desenterrándolas total o parcialmente para colocar las cabezas de más individuos, marcando la zona con una laja con filos tallados de forma circular sobre la cual se colocó un bloque de toba también trabajado y redondo; cabe destacar que entre los huicholes y hasta la actualidad en las ceremonias de fuego nuevo, se entierran y desentierran los ídolos cuya ubicación en espacios abiertos y de circulación cotidiana queda marcada precisamente con un bloque masivo pétreo (Jáuregui y Jáuregui 2005), lo cual nos lleva a suponer que en el contexto ritual de Chapantongo pudo ocurrir algo semejante.

Con base en la analogía etnolingüística que se aplicó para la interpretación de las connotaciones rituales y simbólicas del altar citado, podría considerarse como altamente factible que entre las poblaciones epiclásicas de la región de Tula los otomíes constituyeron uno de los componentes biolingüísticos, o tal vez el único. Este planteamiento

quedó en definitiva demostrado mediante el análisis de muestras óseas de 26 individuos de las que se extrajo el ADN que, a su vez, se comparó con el de muestras de sangre de otomíes contemporáneos que habitan al norte de Tula; dadas las fuertes similitudes a excepción de las frecuencias alélicas de uno de los marcadores moleculares que se asocia con el mestizaje del periodo colonial, se determinó que existe una continuidad genética desde el periodo Epiclásico hasta la actualidad, además que todo parece indicar que hay una relación genética entre las poblaciones de Chapantongo y de Tula de la época y que en Chapantongo se asentó una misma población biológica, es decir que ahí habitaron otomíes (Fournier y Vargas Sanders 2002)

Para Chapantongo contamos con cinco fechas de radiocarbono (2 sigma y fecha media) que permiten afinar la secuencia epiclásica en la región de Tula, es decir 343 (600) 772 d.C., 530 (640) 690 d.C., 670 (770) 880 d.C., 670 (720, 740, 760) 870 d.C. así como 770 (880) 980 d.C. (Fournier et al. en prensa). En consecuencia y al igual que en el caso de la Cuenca de México (Parsons et al. 1996), todo parece indicar que el Epiclásico de la región y el complejo cerámico Coyotlatelco, que debe considerarse como constitutivo de una sola fase, es decir la Sinana, abarca de ca. 600 a 900 d.C.

Por otra parte, el emplazamiento de Chapantongo en una loma de pendiente moderada, a orillas de un cauce permanente, semejante a la de San Gabriel (ubicado en un meandro del río Tula) e incluso Tula Chico, indican que su localización no necesariamente responde a prioridades defensivas como otros investigadores han considerado respecto a las ocupaciones epiclásicas de la región de Tula (Mastache 1996a). El caso de la ubicación de El Aguila tampoco responde unívocamente a factores de defensa, dado que la mesa donde se encuentra el asentamiento es de fácil acceso desde el valle de Tezontepec. Aunque para otros sitios como Xithi que se encuentran en pisos altitudinales elevados podría pensarse en un relativo aislamiento de sus pobladores como medida de protección o seguridad, se carece de evidencias claras de que prevaleciera una situación de tensión en la región, a excepción de un número limitado de figurillas con representaciones de guerreros que portan escudos.

De cualquier manera, las poblaciones epiclásicas otomíes fueron copartícipes en su conjunto de las mismas tradiciones culturales y tuvieron, en mayor o menor medida, acceso a múltiples bienes de intercambio. La presencia de diversos artefactos elaborados en distintas materias primas alóctonas, como el alabastro, serpentina, mica, los mismos materiales cerámicos así como líticos, evidencian una serie de relaciones e interacciones con grupos que habitaban en territorios colindantes en el nivel local, regional y a larga distancia.

Los distintos aspectos arriba descritos acerca de Chapantongo y de otros asentamientos del Epiclásico, nos llevan a plantear que es altamente probable que desde el periodo Clásico grupos de filiación otomiana, provenientes de la Ciudad de los Dioses,

ocuparon la región de Tula. A raíz del ocaso de la urbe, estas poblaciones desarrollan tradiciones regionales afines a las de la Cuenca de México y sobre las bases previamente sentadas por Teotihuacan, surgiendo una serie de unidades sociopolíticas independientes como la que tuvo su sede en Chapantongo, con un número limitado de pequeños caseríos en sus proximidades. Mientras no se cuente con análisis de ADN que fundamenten la llegada de inmigrantes procedentes de Mesoamérica marginal a fines del Clásico o inicios del Epiclásico, sean o no otomíes, nuestra interpretación respecto a las tendencias sociodemográficas se inclina a que los desarrollos fueron endógenos con contribuciones derivadas de las interacciones que sostuvieron los otomíes de la región de Tula con las poblaciones de la Cuenca de México y, probablemente, la porción austral del Bajío, donde vivían grupos de probable filiación otopame para esa época.

Del Epiclásico al Posclásico temprano

Todo parece indicar que hacia 900 d.C., dentro de la fase Xithi (Cuadro 1), surgen nuevas comunidades (Figura 1, sitios 5, 18, 19, 20, 21, 22) en la región mientras que algunos de los sitios nucleados del Epiclásico se abandonan, caso al parecer de La Mesa y, en cierta medida, de Chapantongo donde exclusivamente en un sector de lo que fuera el extenso asentamiento epiclásico se desarrolla un caserío de principios del Posclásico temprano. En otros sitios hay claras evidencias de una continuidad ocupacional, por ejemplo en San Gabriel, Xithi y El Aguila (cf. Bolaños y Fournier 2006); en este último asentamiento abundan en superficie tiestos del tipo Mazapa Líneas Ondulantes además de que tanto en superficie como en los rellenos de los basamentos saqueados del sector cívico-ceremonial predominan materiales de la fase Tollan (Cobean 1990), que se caracteriza en la siguiente sección de este ensayo.

Con base en nuevas evidencias estratigráficas, la redefinición de complejos cerámicos y el análisis acucioso de fechamientos de radiocarbono, recientemente se ha cuestionado la validez cronológica de la separación de fase Corral terminal y de los componentes tipológicos con los que se segregó, así como los procesos sociales de la época que eventualmente culminan en la conformación de la estructura urbana de Tula (Sterpone 2000-2001, 2006a, 2006a). De hecho la ubicación temporal de esa fase ha variado en distintas publicaciones y resulta problemática su división de la subsecuente fase Tollan, misma que ha llegado a separarse en temprana (ca. 900/950-1000 d.C.) y tardía (ca. 1000-1200 d.C.) y cuyos rangos cronológicos también fluctúan en distintos estudios (cf. Bey 2005; Cobean 1990; Hernández et al. 1999; Mastache 1996b:358; Mastache et al. 2002). Además, cabe señalar que el complejo cerámico de la fase Corral terminal conforme al planteamiento original (Cobean 1990) es poco conocido y sus componentes

tipológicos no están del todo definidos, a excepción del tipo Mazapa Rojo sobre Café y materiales escasos en anaranjado sobre crema (Joroba Anaranjado sobre Crema)⁴.

En las zonas donde realizamos reconocimientos, en superficie se observa la asociación de esos tipos con los característicos de la fase Tollan, además de que abundan ollas del tipo Tumba Café Monocromo, vasijas que presentan manchas rojizas sobre bayo que se observan como corrimientos del pigmento provocados por el bruñido de la superficie externa; además hay cuencos y cazuelas hemisféricos con engobe y alisados del tipo San Ramón Anaranjado. De manera semejante, con base en las colectas de superficie nos resulta imposible aislar las industrias líticas relacionadas con estos tipos cerámicos dado que siempre se encuentran asociados con las clases de instrumentos que son comunes para la fase Tollan.

Con base en excavaciones efectuadas en Tula, Sterpone (2000-2001, 2006a, 2006b) considera que el tipo cerámico Mazapa Rojo sobre Café en absoluto resulta ser un marcador temporal de la fase Corral terminal, además de que propone que el urbanismo tolteca podría iniciar hacia fines del siglo VIII, época en que en las tradiciones cerámicas ya se incluirían tipos como Mazapa Rojo sobre Café así como otros adscritos a la fase Tollan⁵. Por otra parte, a raíz de la excavaciones que se realizaron en un taller especializado en la manufactura de cerámica que se localiza en lo que se considera un barrio de la urbe tolteca, es clara la asociación entre los tipos Joroba Anaranjado sobre Crema y Proa Crema Pulido así como algunos de los antes enlistados (Hernández et al. 1999). En consecuencia, debido a que los dos tipos diagnósticos de la fase Corral terminal no pueden aislarse en distintas clases de contextos arqueológicos de los característicos de la Tollan, en definitiva carece de sentido mantener en la secuencia cronológica de la región de Tula la fase Corral terminal (Mastache et al. 2002); inclusive nuestra fase Xithi que si bien se relaciona con un conjunto de tipos cerámicos que no se definieron para Tula y que sí constituyen un complejo distintivo (Cobean 1990), dado que partimos de evidencias de superficie puede resultar necesario conjuntarlos a los del complejo de la fase subsecuente.

Restaría a futuro determinar con mayor precisión a partir de fechamientos adicionales de radiocarbono o de otros materiales, cuándo puede fijarse el inicio de la fase Tollan –Sei en la secuencia regional- y cuáles serían los tipos diagnósticos y complejos cerámicos para la definición de la Tollan temprano.

4 Es difícil sustentar la segregación de complejos cerámicos que únicamente constan de tipos con formas de vasija asociadas con la vajilla de servicio, dado que otras piezas son indispensables para el desempeño de toda clase de actividades de la vida cotidiana, al menos las de las vajillas de transporte, almacenamiento y preparación de alimentos.

5 Entre los tipos se incluyen Blanco Levantado, Alicia Calado, Abra Café Burdo, Manuelito Café Liso, Macana Rojo sobre Café, Rebato Rojo Pulido, Soltura Rojo Alisado, además de algunos designados a partir de los estudios de Sterpone (op. cit.), cuyas características se sintetizan en la siguiente sección de este ensayo.

Posclásico temprano

El Estado tolteca ejerció una fuerte influencia cultural, ideológica y económica en Mesoamérica sin que necesariamente constituyera un imperio expansionista o que controlara amplios territorios; de cualquier manera, tuvo un papel de importancia en las redes de intercambio comercial y estilístico a larga distancia durante el Posclásico temprano (Smith y Montiel 2001). Su participación o tal vez incluso el dominio que ejerció en este sistema de mercados es evidente en la variabilidad de materiales y objetos de consumo alóctonos que se han encontrado en Tula, capital estatal que cubrió cerca de 14 km² al alcanzar su apogeo, con una población de tal vez 60,000 habitantes (Diehl 1983); de tierras lejanas llegaron algodón, conchas marítimas, coral, plumas de quetzal, cotorras, guacamayos, jadeíta, serpentina, turquesa, así como vasijas hechas en Veracruz, occidente de México, el litoral de Chiapas-Guatemala, el área maya, Costa Rica y Nicaragua (cf. Acosta 1974; Bey y Ringle 2000; Mastache 1994; Paredes y Valadez 1988). En la zona urbana de Tula se ha detectado la presencia de materiales arqueológicos asociados con la consecución de modos de trabajo diversificados, dado que existen talleres especializados en la manufactura de distintos bienes que tal vez llegaron tanto a manos de los consumidores de la ciudad como de los asentados en las comunidades rurales, caso de los metates, instrumentos de sílex, vasijas de uso cotidiano, tubos de drenaje y figurillas de cerámica, además de piezas de alabastro y artefactos de obsidiana (Hernández et al. 1999; Healan 1993; Mastache 1994; Pastrana 1990). Es factible que el Estado tolteca concentrara y redistribuyera diversas materias primas como la obsidiana, al igual que algunos de los artículos y consumibles provenientes de zonas distantes, caso de la cerámica Plumbate así como papel amate, cacao y cacahuete (González Quintero 1999).

El surgimiento, desarrollo y decline del Estado tolteca comúnmente se han interpretado con base en las fuentes etnohistóricas, partiendo de la idea de que su origen fue el resultado de influjos poblacionales desde zonas nortenas y tal vez de la costa del Golfo de México, estableciéndose un imperio expansionista con una base militar que sojuzgó amplias zonas del México prehispánico, con un culto y ritualidad asociados con Quetzalcóatl (cf. Acosta 1976; Davies 1977; Jiménez Moreno 1941; Kirchhoff 1989; Mastache 1994; Noguez 1995). Independientemente de que en efecto arribaran nuevos grupos a la región difícilmente existió tal imperio además de que las evidencias arqueológicas disponibles no permiten sustentar inferencias respecto al colapso de este sistema (Smith y Montiel 2001). A partir de análisis genéticos de biología molecular (ADN) se ha determinado que en esa ciudad habitaron individuos de distintas filiaciones conformando un mosaico poblacional multiétnico (Paredes 2005), lo cual debió responder a distinciones biolingüísticas; además, las pautas cosmovisionales y las tradiciones cultu-

rales, caso de la vestimenta que se observa en las figurillas de cerámica y las costumbres funerarias, difieren en múltiples aspectos de las epiclásicas (Fournier y Blackman en prensa; Fournier y Vargas Sanders 2002; Gómez et al. 1994; Stocker 1983). Aun cuando resulta imposible definir con base en las evidencias arqueológicas cuál fue el grupo hegemónico que detentó el poder, la monumentalidad de la ciudad de Tula, su traza con espacios cívico-ceremoniales con plazas, templos, altares y juegos de pelota, conjuntos residenciales de las elites (“palacios”), arquitectura con banquetas labradas, salas y vestíbulos hipóstilos, patios hundidos que pudieron fungir como impluvia, además de la compleja iconografía tanto de la escultura como de múltiples elementos (cf. Kristan-Graham 1993; Špraj 2001), son un reflejo de que los dirigentes y las elites expresaron materialmente mensajes para proclamar su poder político y religioso; es posible que los otomíes quedaran relegados a los ámbitos rurales, aun cuando se carece de análisis genéticos para corroborar esta hipótesis.

El patrón de asentamiento regional refleja una marcada tendencia a la ruralización así como a la dispersión, evidente en la gran cantidad de sitios detectados de dimensiones reducidas que, comúnmente, carecen de elementos arquitectónicos monumentales a excepción de sistemas de terrazas o plataformas agrícola-habitacionales, salvo excepciones en los cuales se observan estructuras sea residenciales o cívico-ceremoniales de cierta altura. Estos patrones pueden interpretarse como un fenómeno en el cual se genera un centro de primera importancia en torno al cual gravitan múltiples sitios pequeños, sin que se estructuren centros de segundo orden.

Todo parece indicar que las prácticas agrícolas eran de naturaleza extensiva, con la ubicación de los asentamientos siempre en las proximidades de cauces que posiblemente fueron permanentes en el Posclásico Temprano, con una baja densidad en valles que tal vez se reservaron como terrenos destinados al cultivo; en el pie de monte bajo de las sierras predominan plataformas habitacionales espaciadas aunque numerosas, donde se construyeron amplios sistemas de terrazas agrícolas que llegan a abarcar también el pie de monte medio, en este último caso con muros de contención masivos y un área útil comúnmente angosta, cuyas dimensiones indican que potencialmente se destinaban al cultivo del agave en ringleras (Figura 4, 1). La gran cantidad de sitios que difícilmente pueden separarse entre sí en particular alrededor de la Sierra de Xithí y otras zonas de lomeríos (municipios de Tezontepec, Tepetitlán y Chapantongo) donde su extensión alcanza varios kilómetros cuadrados, podría vincularse no sólo con un notable incremento poblacional respecto al Epiclásico sino, sobre todo, potencialmente con la instauración de un sistema de tributación mediante el cual las comunidades agrícolas rurales habrían abastecido a las poblaciones de la urbe tolteca.

Aunque consideramos que las tendencias a la desertificación de la región se remontan al periodo Clásico e inclusive son anteriores a la ocupación humana del área (Four-

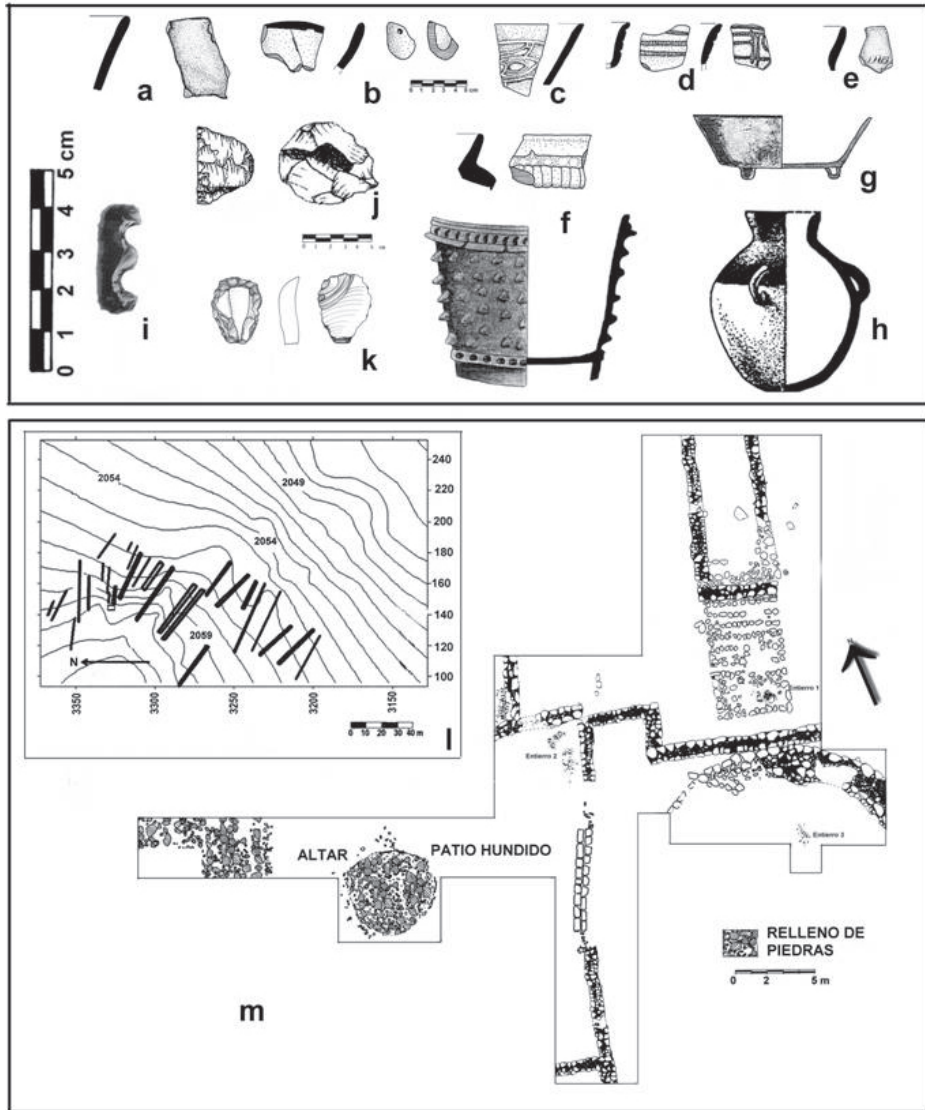


Figura 4. Fase Sei: a. jarra Soltura Rojo Alisado; b. cajete hemisférico trípode Macana Rojo sobre Café; c. cajete trípode Ira Anaranjado Sellado; d. cajete trípode Sillón Inciso; e. cántaro Blanco Levantado; f. fragmento de brasero Abra Café Burdo y reconstrucción de una pieza completa (Acosta 1960); g. cajete trípode Jara Anaranjado Pulido (Ibid.); h. jarra Bordo Rojo sobre Café (Ibid.); i. excéntrico trilobulado en obsidiana verde; j. cepillo en riolita; k. raspador en obsidiana verde; l. sector del asentamiento Posclásico de Tepetitlán con terrazas agrícolas (adaptado de Fournier y Castillo 2004); m. conjunto residencial excavado en Loma Taxhuada (adaptado de Fournier y Chávez 2002; Fournier et al. 2001).

nier en prensa), los análisis de macrorrestos en el sitio de Tepetitlán (González Quintero 1999), indican que especies propias de un entorno semiárido en definitiva se explotaban y que además deben haber sido las predominantes en esta época, que corresponde a la fase Sei de la secuencia regional Tollan.

Las tradiciones cerámicas, propias de la fase Tollan definida por Cobean (1990) para el Posclásico Temprano en la Tula, se apartan en lo general de los cánones precedentes aunque hay similitudes con las tradiciones estilísticas y cromáticas previas. Predominan materiales rojos monocromos para la vajilla de acarreo y preparación de alimentos y en cuanto a la de servicio los anaranjados monocromo (Jara Anaranjado Pulido), o café lisos (Manuelito Café Liso), aunque hay cierta continuidad en la combinación rojo sobre bayo (Macana Rojo sobre Café); es notable la introducción del Blanco Levantado de factura regional, estilo que se deriva de tradiciones del Bajío y de Mesoamérica Marginal, así como la presencia de materiales de intercambio entre los que se cuentan vasijas de cerámica Plumbate y de la costa del Golfo, con la llegada de piezas de pasta fina que son imitadas (Sillón Inciso) en la región (cf. Hernández et al. 1999); cabe señalar que en nuestros reconocimientos identificamos además cerámica de occidente (Cojumatlán Rojo).

Las industrias líticas mantienen, por zonas, la manufactura de artefactos sea de basalto o de riolita, en tanto que la abundancia relativa de obsidiana implica el restablecimiento por parte del Estado tolteca de las redes del Clásico con el suministro de vidrio volcánico de Sierra de Las Navajas y Otumba, además de la continuidad de los canales hacia Michoacán dada la presencia de obsidiana de Ucareo-Zinapécuaro (cf. Healan 1993, 1997). Al parecer en las comunidades rurales se generan especializaciones artesanales para proveer de distintos bienes a los pobladores de la urbe, caso del trabajo en concha (pelecípodos con lustre nácar, de agua dulce, identificados por Luis Gómez Gastélum) en uno de los asentamientos que registramos, o la explotación extensiva del agave empleando instrumentos sobre todo de riolita para la extracción de fibras y, en menor medida, de obsidiana en particular para el raspado del maguey con la finalidad de aprovechar la savia que bien pudo fermentarse para preparar pulque, bebida característica entre los otomíes del Valle del Mezquital hasta épocas recientes (Fournier en prensa).

Independientemente de las apreciaciones que se han vertido respecto al área que cubre Tepetitlán (Figura 1, sitio 20) y a su temporalidad (Mastache y Cobean 1999:35), se trata de uno de los asentamientos rurales del Posclásico con mayor extensión en la región de estudio pues abarca cerca de 10 km², área donde se observan evidencias ocupacionales de manera prácticamente continua, con amplios sistemas de terrazas incluso en el pie de monte medio, en zonas con pedregosidad de media a alta (Figura 4, 1); realizamos investigaciones intensivas en superficie y en excavación en el sitio a lo largo de varias temporadas de campo (Fournier et al. 1996; Fournier et al. 2000, 2001; Fournier y Chávez 2002, 2003; Fournier y Castillo 2004).

Con base en las excavaciones que se llevaron a cabo en una unidad habitacional (Figura 4, m) que se ubica en el pie de monte bajo de la loma Taxhuada (Fournier et al. 2001; Fournier y Chávez 2002), aproximadamente a 2.5 km al noreste de la actual cabecera municipal de Tepetitlán, se cuenta con elementos para definir sus similitudes y diferencias con otros conjuntos residenciales de la fase Sei en donde se han realizado intervenciones en la región de Tula, en particular los grupos de casas en las localidades de El Canal y El Corral, parte de la urbe precolombina de Tula (Healan 1989a, 1989b; Mandeville y Healan 1989), otro excavado en las proximidades de la pirámide de El Corral (Osvaldo Sterpone, comunicación personal 1999), los que se encontraban en el área del Museo Jorge Acosta en la zona arqueológica de Tula (Paredes 1990), otro localizado al sur de Tula (Patricia Castillo y Víctor Bolaños, comunicación personal, 2006) así como el que se excavó en el marco de investigaciones independientes en Tepetitlán (Mastache y Cobean 1999).

Si bien en el conjunto residencial de Loma Taxhuada debido al alto grado de erosión de los elementos arquitectónicos superficiales es difícil definir con exactitud las características de los cuartos que circundaban al patio hundido, pude inferirse que existió un número considerable de ellos dado que la plataforma donde desplanta la unidad residencial cubre alrededor de 350 m² (Fournier et al. 1996).

En términos generales lograron definirse varios de los aposentos exclusivamente con base en la presencia de restos de la cimentación, hecha con cantos rodados que seguramente se obtuvieron del cauce del arroyo próximo al conjunto. Los elementos mejor conservados fueron el patio hundido, la escalinata oriental del mismo y el altar, que resulta ser único en la región de Tula por tener planta circular, a diferencia de otros localizados donde recurrentemente son de planta rectangular (cf. Healan 1989a, 1989b; Mandeville y Healan 1989; Mastache y Cobean 1999; Paredes 1990). Este patio pudo ser, al igual que en las residencias de Tula, el eje de toda clase de actividades donde participaban los miembros del grupo parental que ahí residió, incluyendo las relacionadas con el culto dada la presencia del altar citado.

Las estructuras se preservaron gracias a los rellenos derivados de las modificaciones y remodelaciones hechas por los habitantes del conjunto, quienes cubrieron por completo el patio y el altar en una etapa tardía de ocupación de la unidad habitacional, no sin antes desacralizar el la pequeña estructura ceremonial al realizar en su centro un somero pozo, donde al igual que en conjuntos residenciales de Tula tal vez originalmente ahí depositó el enterramiento del ancestro o cabeza del linaje (cf. Healan 1989a) del grupo parental que residió en esta unidad en loma Taxhuada.

Tanto los paramentos del patio como los del altar presentan el característico sistema de recubrimiento de fachadas empleando pequeñas lajillas del llamado tepetate blanco en la localidad, común en la arquitectura doméstica de la región de Tula durante el

Posclásico Temprano (Healan 1989a). En zonas restringidas de las lajillas fue posible apreciar restos de un recubrimiento con estuco, que posiblemente abarcaba la totalidad de los paramentos.

Destaca al igual que en otras unidades domésticas de la región la falta de simetría en la ubicación de las escalinatas para descender al patio así como en el emplazamiento del altar, mismo que no se encuentra al centro del patio (cf. Healan 1989a, 1989b; Mandeville y Healan 1989). Dado que intencionalmente se rellenó este amplio espacio hundido, no se detectaron elementos *in situ* o en contexto primario sobre el piso del patio; llama la atención de que entre los rellenos así como en otros sectores igualmente con desechos secundarios, se incluyeron materiales óseos humanos.

En la esquina de uno de los espacios delimitado por paramentos se encontraron restos de un tlecuil, posiblemente relacionado con actividades culinarias del grupo parental que radicó en el conjunto residencial, siendo comunes en los depósitos culturales fragmentos de cántaros para transporte o almacenamiento de líquidos (Soltura Rojo Alisado, Bordo Rojo sobre Café, Blanco Levantado), ollas (Acta Rojo Pulido, Café Alisado sin nombre formal, Anaranjado alisado sin nombre formal), cazuelas (Toza Café Alisado, Anaranjado Pulido sin nombre formal) y comales (Mendrugó Semialisado) asociados con la preparación de alimentos, además de cajetes hemisféricos o de paredes rectas divergentes, con o sin soportes (Rebato Rojo Pulido, Ira Anaranjado Sellado, Jara Anaranjado Pulido, Proa Crema Pulido, Acta Rojo Pulido, Manuelito Café Liso, Macana Rojo sobre Café, Sillón Inciso) para el servicio de alimentos (Figura 4); aun cuando se ha planteado que las vasijas del tipo Soltura Rojo alisado se pudieron emplear para el almacenamiento de la savia fresca del agave o para su fermentación en pulque, mientras que se ha dicho que los masivos cántaros del tipo Blanco Levantado tal vez sirvieron como cantimploras para transportar estos líquidos (Mastache 1996b), para corroborar estos planteamiento sería necesario a futuro realizar análisis de residuos que posibiliten, eventualmente, definir qué contenían esta clase de piezas. Por otra parte, hay fragmentos de metates y molcajetes de basalto aunque en baja proporción, asociados con la molienda de maíz y de otros ingredientes comestibles. Entre las especies identificadas que al parecer fueron importantes en la dieta se encuentran venado, guajolote y perro (Valadez Azúa et al. 2005).

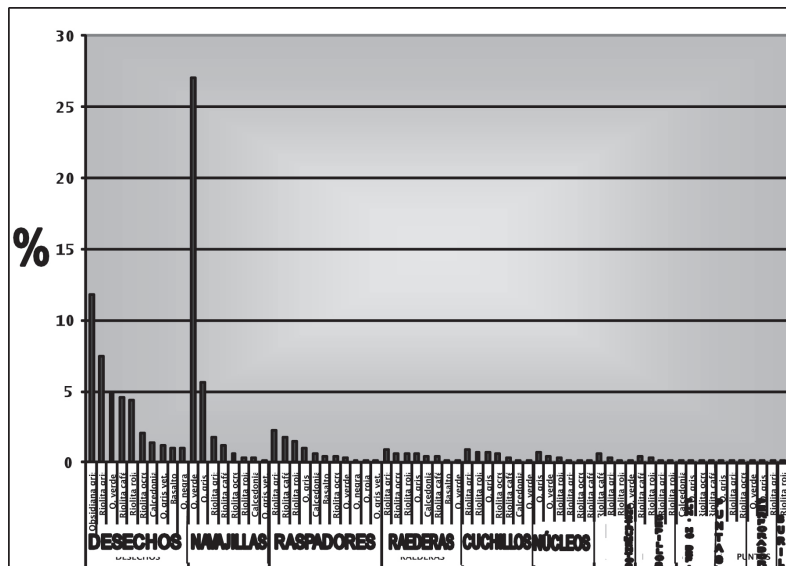
Respecto a otros objetos cerámicos y aunque su representatividad es en lo general baja, destacan tiestos de vasijas Plumbate, cuya redistribución desde el litoral de Chiapas-Guatemala (Neff 2000) está asociada con los sistemas de intercambio en los que intervino activamente el Estado tolteca; además hay tubos para drenaje, requeridos para evitar encharcamientos en los espacios abiertos del conjunto habitacional, así como vasijas relacionadas con el ámbito ritual, caso de los braseros (Abra Café Burdo) (Figura 4) y sahumerios (Alicia Calado). Si bien se encontraron fragmentos de valvas nácar de

pelecípodos de agua dulce, en su mayoría carecen de huellas de modificación, de manera que no puede identificarse claramente un modo de trabajo específico donde las conchas constituyeran materia prima para producir ornamentos.

Los tres enterramientos que fueron depositados bajo las superficies ocupacionales de la residencia yacen en decúbito lateral flexionado, uno de una anciana sin ofrenda alguna, otro de un adulto con un cajete alisado como parafernalia funeraria, y uno de un infante que portaba como pendiente en el cuello un excéntrico trilobulado de obsidiana verde (Figura 4, i). Cabe señalar que este último elemento posiblemente se produjo en alguno de los talleres que se ubican en Tula y, según las interpretaciones del simbolismo de estos objetos considerados ceremoniales, representa sangre o agua, de manera que podría asociarse con Tlaloc (Moragas 2003; Stocker y Spence 1973, 1974); aunque se ha postulado que esta clase de excéntricos tal vez indican un alto estatus de quienes los portaban, no hay evidencias claras de distinciones entre los individuos cuyos restos se recuperaron en esta residencia, ocasionalmente aparecen en superficie en la área extensa que cubrió el asentamiento Posclásico de Tepetitlán, así como entre los rellenos constructivos de otra unidad habitacional relativamente cercana donde se efectuaron excavaciones (Sánchez 1999: 206, 208). En la cuenca de México en el Posclásico tardío se sacrificaban niños en honor de Tlaloc (Roman Berrelleza 1990) para propiciar la lluvia, provocando el llanto de los infantes, y aun cuando estos peculiares objetos de obsidiana pueden tener connotaciones acuáticas, en el enterramiento encontrado los restos óseos no evidencian una muerte violenta.

Hay indicadores de modos de trabajo diferenciados, caso de la industria lítica en la que predominan los artefactos manufacturados en riolita, materia prima abundante en la localidad y que aflora en asociación con calcedonia; de hecho en Tepetitlán se detectaron tres canteras-taller donde los desechos de talla evidencian que básicamente se preparaban preformas (Fournier et al. 2000, 2001). En las múltiples residencias que conforman el asentamiento del Posclásico debió procederse a la talla de instrumentos de trabajo para cubrir las necesidades de las unidades parentales, caso de la unidad habitacional donde efectuamos excavaciones. Si bien hay un porcentaje reducido (Cuadro 4) de núcleos de riolita, abundan los desechos de talla al igual que las lascas de retoque con filo vivo y entre el utillaje se cuentan raspadores, raederas, cuchillos, navajas, cepillos (Figura 4), puntas, perforadores y buriles. Se identifican en obsidiana predominantemente verde de Pachuca y gris en menor proporción la mayoría de estas mismas clases morfofuncionales incluyendo raspadores (Figura 4) al igual que escasos núcleos, un alto porcentaje de desechos de talla y lascas, mientras que los artefactos en basalto y calcedonia están poco representados.

Todo parece indicar que no se manufacturaron artefactos en obsidiana en esta unidad residencial aun cuando fue relativamente común la rehabilitación de los objetos



Cuadro 4. Industria lítica del Posclásico temprano, con base en las colecciones de excavación de Loma Taxhuada.

para reavivar los filos, dado que al parecer los productos terminados o algunas preformas llegaron desde los talleres especializados que se ubicaban en Tula, lo cual también se postuló respecto a las colecciones líticas de otro conjunto habitacional coetáneo que se localiza en Tepetitlán (Sánchez 1999:212). Los cepillos pueden relacionarse con la extracción de fibras de agave pues posiblemente se utilizaron para machacar, tajar o cepillar las pencas de la planta (Sánchez 1999:182), mientras que muchos de los raspadores tal vez se asocian con la extracción de la savia fresca del maguey, de manera que hay evidencias potenciales de modos de trabajo vinculados con el modo de vida otomí, si bien como ya aclaramos ante la ausencia de análisis de ADN de muestras osteológicas humanas no puede determinarse inequívocamente que las poblaciones del Posclásico temprano de Tepetitlán fueran biolingüísticamente otomíes.

Un aspecto que cabe resaltar es que se procesaron dos muestras de carbón extraídas de rellenos relativamente profundos en las excavaciones efectuadas, cuyas fechas calibradas (2 sigma y fecha media) son de 980 (1030) 1180 d.C. y 980 (1020) 1060 d.C. o 1080 (1020) 1150 d.C., mismas que corresponden a la fase Tollan definida para Tula (Cobean 1990). Cabe señalar que el término de esa fase no se ha dilucidado con claridad, de manera que se requieren fechamientos adicionales para comprender cuándo ocurre el declive de Tula así como cuáles fueron los factores causales vinculados con la desarticulación de este sistema estatal hegemónico.

Posclásico Tardío

Es probable que se requiera afinar la adscripción cronológica de la fase Tollan, la cual sospechamos se prolonga inclusive hasta el siglo XIV en la región de estudio, dada la constante recurrencia espacial de algunos de los tipos diagnósticos de dicha fase con materiales de la tradición llamada Azteca. Además debemos considerar que recientes fechamientos de radiocarbono permiten plantear que precisamente en dicha centuria se producía en la Cuenca de México cerámica Azteca III (Parsons et al. 1996).

La estructura organizativa del imperio militar y expansionista Azteca así como las características de la cultura material asociada con este Estado, recientemente han sido tema de múltiples investigaciones (cf. Brumfiel 1998; Carrasco 1998; Charlton y Nichols 1997; Hodge 1998; Smith 1998). Con base en las fuentes etnohistóricas, las conquistas de la Triple Alianza tepaneca, anterior a las de la Mexica, cubrieron por completo a la región de Tula, cuyos pobladores quedaron sometidos a un sistema de tributación y a la asignación de dirigentes provenientes de la Cuenca de México, al menos en los centros poblacionales que aparecen registrados en fuentes como el Códice Mendoza y la Matrícula de Tributos (Fournier en prensa).

El patrón de asentamiento del Posclásico Temprano, de la fase Doyo (Cuadro 1) se mantuvo hasta la conquista de la región por la Triple Alianza, aun cuando los centros de control de colecta de tributo provinciales, como Atengo y Tepetitlán (Figura 1, sitio 20), a pesar de mostrar un patrón disperso, sí presentan conjuntos arquitectónicos diferenciados en cuanto a su uso y complejidad, si bien predominan los sistemas de terrazas agrícola-residenciales (Figura 4, i) que cubren al igual que en épocas precedentes amplias áreas de varios kilómetros cuadrados (Fournier en prensa). Estos asentamientos rurales así como los pocos que muestran elementos de urbanismo o planeación, posiblemente como ocurre en otras zonas de control del imperio Mexica (Smith y Montiel 2001) formaron parte de unidades sociopolíticas del tipo *altepetl* (cf. Hodge 1991), consistentes en conjuntos de caseríos y aldeas dependientes de centros provinciales.

Esta distribución de la población indica que se implementaron técnicas agrícolas extensivas, observándose una preferencia a dejar vacantes los valles fértiles, posiblemente destinados al cultivo, en tanto que los asentamientos se ubican en las zonas infértiles de mayor pedregosidad al igual que en el pie de monte bajo de las sierras y medio, comúnmente en las proximidades de fuentes de agua (Fournier en prensa).

Los materiales arqueológicos correspondientes a esta época de sojuzgamiento provienen en su mayoría de la Cuenca de México tanto respecto a las piezas asociadas con el servicio como aquéllas de las vajillas para el transporte, almacenamiento y preparación tanto de alimentos sólidos como líquidos; destacan los tipos Azteca II Negro sobre Anaranjado (escasamente representado), Azteca III Temprano y III Tardío Negro sobre

Anaranjado –este último en muy altos porcentajes-, Azteca Anaranjado Monocromo, Texcoco Negro sobre Rojo, Texcoco Negro y Blanco sobre Rojo, Texcoco Policromo, Lagos Anaranjado Impreso y Xochimilco Crema Monocromo⁶; respecto a la vajilla ritual, hay sahumeros del tipo Texcoco Compuesto, braseros alisados al igual que pequeñas vasijas Tlaloc de factura regional que en esta zona otomí se denominan *uema* (Figura 5), piezas que emulan en forma, dimensiones y atributos decorativos a las de la cuenca de México (Fournier 2001b); las figurillas en cerámica son idénticas a las de esa región por igual. Hay además lozas redistribuidas por la Triple Alianza, como la Cholula Policromo y algunas de sus variantes. Es factible que de manera directa llegaran a la región de Tula materiales caoliníticos procedentes del señorío independiente de Metztlán y cerámica burda de la Huasteca (Heavy Plain o Liso Burdo), mismos que aparecen en frecuencias bajas aunque recurrentes en los sitios del Posclásico Tardío donde hemos realizado reconocimientos de superficie. La tradición regional parece limitarse a ollas rojas monocromas que se derivan de tradiciones del Posclásico Temprano, además de que se emularon algunos de los estilos en boga en la cuenca de México, en particular de la Loza Texcoco Bruñida (tipo Tepetitlán Policromo) (Fournier en prensa).

Las industrias líticas continúan bajo los cánones previos para el basalto, la riolita, la calcedonia y la obsidiana, aunque no resulta evidente que se mantenga como importante el suministro del vidrio volcánico de yacimientos michoacanos. Al igual que en periodos anteriores, los artefactos de basalto y riolita e, inclusive, de obsidiana, muestran cierta relevancia económica en la explotación intensiva de agave, característica del modo de vida otomí, lo cual está documentado en los listados de tributos de fines del Posclásico y las tasaciones del periodo colonial temprano, que incluyen textiles y miel de magüey (Fournier 1996; Fournier en prensa; Fournier y Mondragón 2003; Fournier y Valencia 2001).

Durante el Posclásico tardío Tepetitlán constituyó un centro de control provincial para la colecta de tributo sujeto a la provincia de Xilotepec, según se registra en la Matrícula de Tributos y el Códice Mendoza (Castillo Farreras 1991; Paso y Troncoso 1980), que a su vez era dependiente de la de Tlacopan dentro de la Triple Alianza Mexica (Fournier en prensa). Como ya mencionamos en la sección correspondiente al Posclásico temprano, en Tepetitlán las evidencias ocupacionales del Posclásico abarcan alrededor de 10 km² y en superficie se observan múltiples plataformas, amplios sistemas de terrazas y conjuntos residenciales. Aproximadamente a 2.3 km al noreste de la actual cabecera del Municipio de Tepetitlán, realizamos excavaciones en un montículo bajo de alrededor

6 En Cervantes y Fournier (1995), Cervantes et al. (en prensa) y Charlton et al. (en prensa) pueden encontrarse información detallada respecto a los atributos característicos de estos tipos cerámicos.

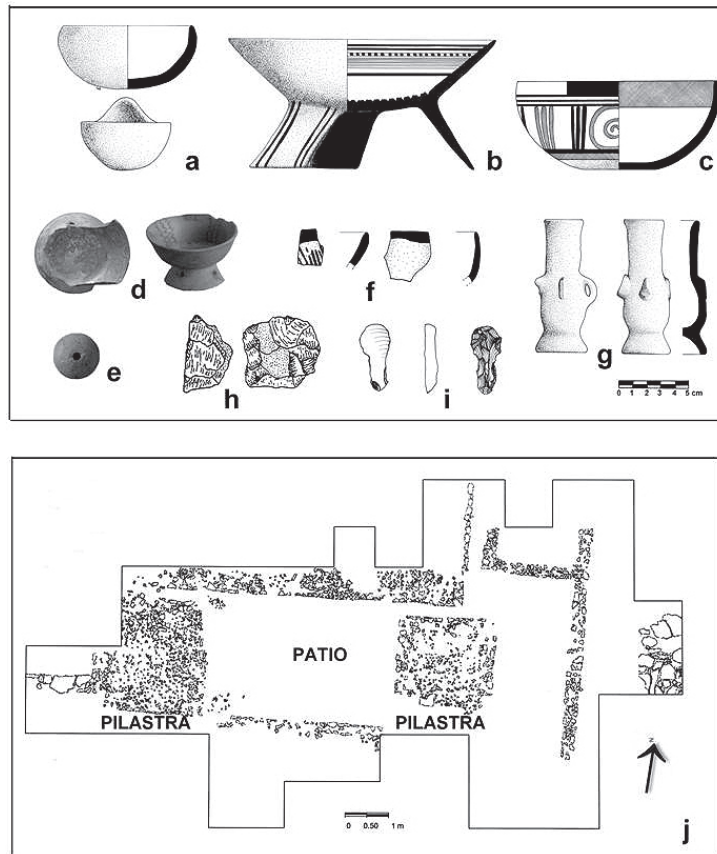


Figura 5. Fase Doyo: a. cucharón Azteca Anaranjado Monocromo; b. molcajete Azteca III Tardío Negro sobre Anaranjado; c. cajete hemisférico Tepetitlán Policromo; d. cajete miniatura con soporte de pedestal, empleado para el hilado de fibras, Azteca III Tardío Negro sobre Anaranjado; e. malacate con decoración incisa; f. cajetes hemisféricos Texcoco Negro sobre Rojo; g. *uema*, vasijas Tlaloc de factura regional; h. cepillo en riolita; i. raspador en obsidiana verde; j. adoratorio ubicado en la cima de El Calvario (adaptado de Fournier y Chávez 2003).

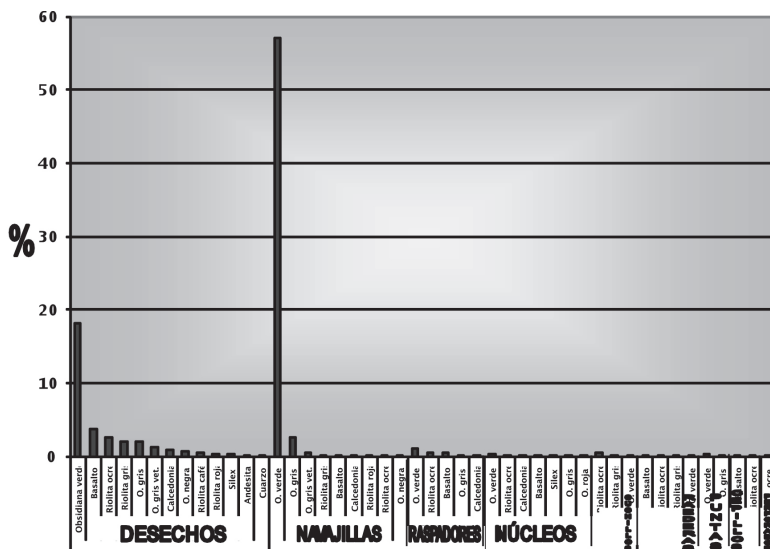
de 225 m² que se ubica en la margen oriental del Arroyo El Sabino, en el pie de monte de la Loma Taxhuada (Fournier y Castillo 2004). A pesar del alto grado de erosión de los depósitos y de las afectaciones derivadas de saqueos, fue posible determinar que sobre una plataforma de nivelación se edificó un conjunto habitacional. Esta residencia se construyó en el Posclásico temprano, dada la presencia en algunos paramentos de lajillas de toba colocadas como fachada, recubrimiento típico de esa época, aunque el conjunto continuó ocupado durante el Posclásico tardío aprovechando los muros preexistentes y

colocando rellenos, además de que se construyeron otros para delimitar espacios abiertos y cerrados que incluyen varios aposentos, con una orientación que diverge de aquella que data de la etapa anterior; cabe destacar que los materiales constructivos abundan en la localidad, es decir basalto (lajas y cantos) y riolita, que se emplearon sin modificaciones o sirvieron para elaborar sillares con los cuales se levantaron muros dobles.

A pesar de que no lograron definirse áreas de actividad con precisión, se encontraron dos enterramientos humanos en los rellenos constructivos, de manera que es factible que los individuos fueran depositados bajo los pisos de aposentos. El ajuar funerario en un caso, al parecer de una mujer adulta colocada en decúbito lateral flexionado, consta de un malacate de cerámica así como un cajete miniatura (tipo Azteca III Tardío Negro sobre Anaranjado) (cf. Fournier y Castillo 2004) (Figura 5, d) que se empleó como base para el torcido de fibras con malacates vasija que se ilustra en fuentes pictográficas como el Códice Mendoza (Paso y Troncoso 1980). Cabe señalar que tanto en las colecciones de superficie como en los depósitos excavados de esta unidad residencial de Tepetitlán, son relativamente abundantes los fragmentos de malacates e incluso piezas completas (Figura 5, e), evidencia de que la elaboración de textiles muy probablemente con fibras de agave debió ser una actividad económica importante, con modos de trabajo desarrollados por las mujeres.

Respecto la cerámica encontrada en las excavaciones, predomina Azteca Anaranjado Monocromo seguida por la Azteca III Tardío Negro sobre Anaranjado y, en menor proporción, Texcoco Rojo Monocromo, Texcoco Negro sobre Rojo, Negro y Blanco sobre Rojo así como Texcoco Compuesto, Xochimilco Crema, salineras y vasitos Tlalo (*uema*), con formas de vasija asociadas con toda clase de actividades cotidianas al igual que con funciones ceremoniales. En todas las capas se encuentran mezclados estos tipos de fines del Posclásico tardío con muchos de los de la fase Tollan, del Posclásico temprano. En la industria lítica (Cuadro 5) el porcentaje más alto está representado por navajas de obsidiana verde, con escasos núcleos, aunque también hay gris, negra y meca, materias primas con las que se produjeron además raspadores (Figura 5), cuchillos, raederas y puntas; esta misma clase de artefactos se tallaron con materias primas locales, predominando la riolita (Figura 5) y en menor proporción basalto, con los que se manufacturaron además cepillos y perforadores; en mínima proporción hay núcleos y navajas en sílex y calcedonia y, con esta última materia prima, unos pocos raspadores (Fournier y Castillo 2004).

Con base en los reconocimientos de superficie, se cuenta con datos acerca de la construcción de recintos ceremoniales en diferentes cimas (Figura 1, sitios 23, 24 y 25) (Iwaniszewski y Fournier 2003; Fournier y Cervantes 1998; Fournier et al. 2000, 2001), además de que se realizaron actividades rituales en cuevas, próximas a manantiales o a cerros cercanos a las milpas, más allá de los límites de los asentamientos donde se



Cuadro 5. Industria lítica del Posclásico tardío, con base en las colecciones de excavación de Tepetitlán.

ubicaban los conjuntos residenciales. Al menos desde el Posclásico temprano en las elevaciones ubicadas a más de 2400 msnm hubo actividades rituales, aun cuando fueron más comunes para el Posclásico tardío. Cabe destacar que en las fuentes etnohistóricas del periodo colonial, en particular las *Relaciones Geográficas del siglo XVI* (Acuña 1986a, 1986b) existen registros de que en esa clase de sitios mencionados se efectuaban ceremonias cíclicas.

Los santuarios que se localizan en montañas a menudo están asociados con elementos arquitectónicos permanentes, con paramentos de piedra, conformando en ocasiones conjuntos arquitectónicos de considerable complejidad, aun cuando en algunos sitios no hay evidencias de edificaciones (Iwaniszewski y Fournier 2003). Los componentes de las ofrendas son, por lo general, de la misma naturaleza, es decir vasijas *uema* que forman el grueso de las colecciones, sahumerios del tipo Texcoco Compuesto y, en menor proporción, fragmentos de vasijas Tlaloc globulares, con restos de decoración al fresco, idénticas a las de la ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan. Es factible que en las ceremonias en las que se depositaban esta clase de objetos participaran individuos originarios de distintos asentamientos, para propiciar la lluvia y como parte de ritos de fertilidad (cf. Arnold 2001); las pequeñas vasijas Tlaloc de tradición regional, posiblemente contenían agua y bien pudieron ofrendarse para propiciar la intervención de los tlaloque. En otra parte hemos documentado los

nexos entre los *uema* con los tlaloque, conforme al análisis de mitos que se conservan como historia oral hasta la actualidad en comunidades otomíes y mestizas del Valle del Mezquital (Fournier 2001b).

En el ya citado sitio de El Calvario (véase la sección correspondiente al periodo Clásico) (Figura 1, sitio 6), realizamos excavaciones en la cima del cerro del mismo nombre, a través de las cuales fue posible definir los elementos arquitectónicos de una serie de estructuras que conforman un conjunto, cuyas distintas etapas constructivas se encontraban en mal estado de conservación dado lo somero de los depósitos (Fournier y Chávez 2002). El edificio (Figura 5) corresponde a los restos de un adoratorio del Posclásico Tardío, el primero a la fecha intervenido en la región de Tula y llama la atención el área que cubre el patio asociado, cuyo piso es de estuco, y la presencia tanto de dos pilastras (que sirvieron para sustentar una techumbre) como de sistemas de drenaje que constan de canaletas talladas directamente sobre el tepetate para evitar el encharcamiento del patio; los materiales constructivos son gravas y guijarros con un recubrimiento de lajillas con una argamasa de lodo, si bien algunos de los muros dobles cuentan con sillares de basalto y andesita. Dicho adoratorio, que cuenta con aposentos adyacentes al patio desplanta sobre una gran plataforma construida para nivelar la cima del cerro El Calvario; las orillas de la plataforma están en extremo erosionadas, apreciándose en las márgenes de la cima bloques de piedra masivos empleados en los rellenos asociados con la edificación de la nivelación artificial. Cabe señalar que las construcción de las plataformas con las cuales se modificó la topografía natural del cerro en sus costados sur, este y oeste se iniciaron durante el periodo Clásico, aun cuando fueron reutilizadas, posiblemente ampliadas y remodeladas durante el Posclásico tardío disponiendo además en la zona sur, al parecer, una escalinata monumental para ascender a la cima donde se construyó el adoratorio.

Aun cuando entre los escasos materiales arqueológicos recuperados se identificaron tipos diagnósticos tanto del Clásico como del Posclásico Tardío, los primeros seguramente fueron depositados como parte de los rellenos de nivelación de la plataforma de desplante, en tanto que entre los segundos se encuentran fragmentos de sahumadores procedentes de la cuenca de México (tipo Texcoco Compuesto) además de múltiples tiestos de *uema*, las vasijas Tlaloc de la tradición regional. Estos objetos de uso ritual, indican la clase de actividades que se desarrollaron en la estructura, a la cual debieron acudir para realizar ceremonias cíclicas al dios de la lluvia individuos de la o las comunidades próximas, entre las que es altamente probable que participaran los habitantes del extenso asentamiento de Tepetitlán.

Las características de los distintos asentamientos de la región de Tula del Posclásico tardío y de la cultura material, además de los registros acerca de las poblaciones que figuran en diversas fuentes etnohistóricas, evidencian la importancia del grupo biolin-

güístico otomí en el desarrollo social de las provincias tributarias de la Triple Alianza Tenochca.

Comentarios finales

A raíz de la conquista hispana, los otomíes quedaron insertos en un primer momento en el sistema de encomiendas y de tasaciones, la catequización de los naturales desarticuló el sistema religioso y cosmovisional, la introducción de enfermedades de origen europeo diezmó a la población indígena, fueron despojados de las tierras más fértiles y relegados a Pueblos de Indios, el uso del suelo se modificó y con el ganado mayor y menor se agudizaron las tendencias a la desertificación con la consecuente erosión de los terrenos; ya en el siglo XIX los otomíes y mestizos quedaron a merced de rancheros y hacendados que acapararon las principales fuentes de agua mediante la construcción de presas y acueductos (Fournier en prensa; Fournier y Mondragón 2003; Mondragón et al. 1997).

Así, la región adquirió el carácter de marginalidad que la caracteriza hasta la actualidad, si bien el desarrollo de distritos de riego donde las aguas negras de la ciudad de México que se canalizan a la Presa Endóo, ha incidido en la diversificación de cultígenos que crecen alimentados con toda clase de químicos. La explotación del maguey, el árbol de las maravillas que fuera medular en el modo de vida otomí por sus múltiples aprovechamientos, incluyendo la preparación de pulque, prácticamente han desaparecido. En palabras de uno de nuestros informantes quien reflexionó acerca de los elementos identitarios este grupo indígena, al perderse el pulque ya no podrá hablarse de que las poblaciones del Valle del Mezquital son otomíes.

Precisamente ese modo de vida es el que hemos tratado de documentar a través de las investigaciones que hemos desarrollado a lo largo de más de tres lustros en la región de Tula. Con la recabación de datos derivados tanto de los reconocimientos de superficie como de las excavaciones efectuadas en la región de estudio, se han ampliado los horizontes acerca de las dinámicas sociales precolombinas. Consideramos que nuestras interpretaciones constituyen un aporte al conocimiento de los procesos sociales de desarrollo en la región de Tula que, como frontera norte de Mesoamérica a fines del periodo precolombino, fue una zona periférica de gran relevancia.

A pesar de que se han realizado estudios en esta zona y que la semitecnificación del agro, con la introducción de sistemas de riego con las consecuentes nivelaciones de los terrenos, ha provocado dramáticas afectaciones a los depósitos arqueológicos e incluso imposibilita parcialmente la detección de sitios, según los registros que hemos realizado puede apreciarse que existieron muchos más asentamientos que los reportados en otras fuentes que citamos en las secciones precedentes.

A partir de nuestros estudios ha sido posible afinar la secuencia cronológica regional, contribuir al establecimiento de complejos cerámicos propios de varias de las fases así como comprender en detalle múltiples aspectos del desarrollo de las poblaciones en la región. Complementariamente, logramos en gran medida dar respuesta a la interrogante que en gran medida motivara nuestro interés en esta zona del noroccidente del actual Estado de Hidalgo, es decir identificar a los otomíes precolombinos en el Valle del Mezquital no sólo con base en analogías etnográficas derivadas de los estudios etnoarqueológicos que llevamos a cabo (Fournier en prensa). Hemos logrado determinar la relación de los otomíes con el culto a Sinana y la explotación del agave, planta lunar según la cosmovisión del grupo, además de rebasar las interpretaciones que emanan de las fuentes etnohistóricas para resolver aquel llamado que Pedro Carrasco (1987) hizo para que mediante la arqueología se identificara la cultura material de los otomíes, que inicia según lo que hemos expuesto al menos en el Epiclásico con la tradición cerámica Coyotlatelco. Futuras investigaciones aportarán evidencias adicionales que se sumen a las que aquí hemos expuesto y que, con enfoques científicos, abunden en detalles respecto al modo de vida otomí y la historia precolombina del actual Estado de Hidalgo.

Agradecimientos

Las investigaciones realizadas en la región de Tula entre 1995 y 2002, fueron posibles gracias al financiamiento aportado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (incluyendo el sistema Ignacio Zaragoza) así como por el Instituto Nacional de Antropología e Historia. La mayoría de los fechamientos de radiocarbono se procesaron a través de una beca de otorgada por el Smithsonian Institution, Washington D.C., a M. James Blackman, a quien le agradecemos su apoyo en nuestros estudios. Gracias mil a los colaboradores de campo, gabinete y archivo del *Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital (Etnoarqueología Cerámica Otomí)* del Posgrado en Arqueología de la ENAH: Juan Cervantes, Víctor Hugo Bolaños, Laura Elena Chávez, Lourdes Mondragón, Arnoldo Romero, Mauricio Valencia, Mauricio García, Tobías García Vilchis, Stephen Castillo y Mitzi Taba. Merecen además un especial reconocimiento las autoridades y representantes civiles de las comunidades de los municipios de Chantongo, Tepetitlán, Tezontepec y Tepeji donde realizamos los estudios, por todas las facilidades y apoyo brindados para la consecución de los trabajos de campo. Gracias también a Roberto Santos, quien elaboró la mayoría de los dibujos de los materiales arqueológicos.

Bibliografía

- ACOSTA, Jorge R.
 1960 *La cerámica tolteca de Tula*. Mecanoscrito. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia
 1974 “La pirámide de El Corral de Tula, Hgo.” en *Proyecto Tula (1a Parte)*, editado por E. Matos Moctezuma, pp. 27-50. Colección Científica 15. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
 1976 “Los toltecas” en *Los señoríos y estados militaristas*, I. Bernal, coordinador de la serie, pp. 137-158. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- ACUÑA, René (editor)
 1986a *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*. Tomo segundo. México. Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México.
 1986b *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*. Tomo tercero. México. Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México.
 1987 *Relaciones Geográficas del Siglo XVI: México: Michoacán*. Tomo segundo. México. Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México.
- ARNOLD, Philip P.
 2001 *Eating Landscape: Aztec and European occupation of Tlalocan*, University Press of Colorado, Boulder.
- BARBOUR, Warren D.
 1998 “The figurine chronology of Teotihuacán, Mexico” en *Los ritmos de cambio en Teotihuacán: reflexiones y discusiones de su cronología*, coordinado por R. Brambila y R. Cabrera, pp. 243-253. Colección Científica 366. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- BEY III, George J.
 2005 “Evidence for Change in Domestic Pottery Production and Distribution in Tula, Hidalgo, Mexico” en *La Tinaja* 21:10-21
- BEY III, George J. y William M. RINGLE
 2000 “From the Bottom up: The Timing and nature of the Tula-Chichen Itzá exchange” en *Twin Tollans: Chichen Itza, Tula, and the Epiclassic-Early Postclassic Mesoamerican World*, editado por C. Kristan-Graham and J. Kowalski. Dumbarton Oaks, Washington, Harvard University Press, Mass.
- BONFIL, Alicia
 1998 *Areas de actividad en La Mesa, Hidalgo. Ejemplo de una sociedad del Epiclásico en la región de Tula*. Tesis de Licenciatura en Arqueología, México. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
 2005 “Cultura y contexto: El comportamiento de un sitio del Epiclásico en la región de Tula” en *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México*, editado por L. Manzanilla, pp. 227-259. México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- BRUMFIEL, Elizabeth M.
 1998 “Huitzilpochtli’s conquest: Aztec ideology in the archaeological record” en *Cambridge Archaeological Journal* 8(1):3-13.
- CARRASCO, David

- 1998 *Daily life of the Aztecs. People of the sun and earth*. Greenwood Press, Westport, Connecticut, London.
- CARRASCO, Pedro
1987 *Los otomíes. Cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana*. México. Ediciones del Gobierno del Estado de México.
- CASTILLO, Stephen
2002 “La representación de los modos de trabajo y de trabajo determinado a través de los conjuntos artefactuales líticos del municipio de Tepetitlán” en *Boletín de Antropología Americana* 38:179-194.
- CASTILLO FARRERAS, Víctor M.
1991 *La Matrícula de Tributos*. México. Secretaría de Hacienda y Crédito Público.
- Cervantes, Juan y Patricia Fournier
1994 “Regionalización y consumo: Una aproximación a los complejos cerámicos epiclásicos del Valle del Mezquital” en *Boletín de Antropología Americana* 29:105-130.
- 1995 “El complejo Azteca III temprano de Tlatelolco: Consideraciones acerca de sus variantes tipológicas en la Cuenca de México” en *Presencias y encuentros. Investigaciones arqueológicas de salvamento*, pp. 83-110. México. Dirección de Salvamento Arqueológico del Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Cervantes, Juan, Patricia Fournier y Margarita Carballal
En prensa “La cerámica del Posclásico en la cuenca de México” en *La producción alfarera en el México antiguo*, Vol. V, editado por L. Merino y A. García Cook. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- COBEAN, Robert H.
1990 *La cerámica de Tula, Hidalgo*. Colección Científica 215. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- COWGILL, George L.
1997 “State and Society at Teotihuacan, Mexico” en *Annual Review of Anthropology* 26: 129-161.
- CRESPO, Ana María y Alba Guadalupe MASTACHE
1981 “La presencia en el área de Tula, Hidalgo, de grupos relacionados con el barrio de Oaxaca en Teotihuacan” en *Interacción Cultural en México Central*, compilado por E.C. Rattray, J. Litvak K. y C. Díaz O., pp. 99-106. Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- CHARLTON, Thomas H., Patricia FOURNIER y Cynthia Otis CHARLTON
en prensa “La cerámica del periodo Colonial Temprano en la cuenca de México: Permanencia y cambio” en *La producción alfarera en el México antiguo*, Vol. V, editado por L. Merino y A. García Cook. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- CHARLTON, Thomas H. y Deborah L. NICHOLS
1997 “Diachronic studies of City-States: Permutations on a theme” en *The archaeology of city-states*, editado por D.L. Nichols y T.H. Charlton, pp. 169-297. Smithsonian Institution.
- DAVIES, Nigel
1977 *The Toltecs. Until the Fall of Tula*. The Civilization of American Indian Series, University of Oklahoma Press, Norman.
- DÍAZ, Clara Luz
1980 *Chingú. Un sitio Clásico del área de Tula, Hgo.* Colección Científica 90, México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

- 1981 “Chingú y la expansión teotihuacana” en *Interacción Cultural en México Central*, compilado por E.C. Rattray, J. Litvak K. y C. Díaz O., pp. 107-112. México. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1991 “Las figurillas teotihuacanas en Chingú, Hidalgo” en *Teotihuacan 1980-1982. Nuevas interpretaciones*, coordinado por R. Cabrera Castro, I. Rodríguez García y N. Morelos García, pp. 259-272. Colección Científica 227. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- DIEHL, Richard A.
1983 *Tula, The Toltec Capital of Ancient Mexico*. Thames and Hudson, Londres.
- DIEHL, Richard A., Robert A. Benfer y Dan M. Healan
1974 “Methodology and field techniques” en *Studies of Ancient Tollan*, editado por R.A. Diehl, pp. 3-10. University of Missouri Monographs in Anthropology, No. 1. Department of Anthropology, University of Missouri-Columbia.
- FOURNIER, Patricia
1996 “De la Teotlalpan al Valle del Mezquital: Una reconstrucción etnohistórico-arqueológica del modo de vida de los hñāhñū” en *Cuicuilco* 3(7):175-194. México. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- 2001a “Otomí” en *The Oxford Encyclopedia of Mesoamerican Cultures. The Civilizations of Mexico and Central America*, Vol. 2, editado por D. Carrasco, pp. 420-422. Oxford University Press, Inc., New York.
- 2001b “Gigantes, enanos y alfareros: Mito y cosmovisión mesoamericana entre los hñāhñū de la región de Tula, Hidalgo, México” en *Dimensión Antropológica* 21:71-84. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 2006 “Lo Coyotlatelco: La construcción de narrativas arqueológicas acerca del Epiclásico” en *El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado*, editado por L. Solar Valverde, pp. 431-441. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 2007 *Los hñāhñū del Valle del Mezquital: Maguey, pulque y alfarería*. México. CONACULTA-Escuela Nacional de Antropología e Historia-Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- FOURNIER, Patricia y M. James BLACKMAN
en prensa “World View and Way of Life in the Tula Region: A Figurine Perspective” en *The New World Figurine Project Volume III*, editado por C. Otis Charlton y C. C. Kolb. Research Press, Utah.
- FOURNIER, Patricia y Víctor H. BOLAÑOS
2006 “The Epiclassic in the Tula Region Beyond Tula Chico” en *Twin Tollans: Chichen Itza, Tula, and the Epiclassic-Early Postclassic Mesoamerican World*, editado por C. Kristan-Graham y J. Kowalski, pp. 461-509. Dumbarton Oaks, Washington, Harvard University Press, Mass.
- FOURNIER, Patricia y Víctor H. BOLAÑOS (coordinadores)
1999 *Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Cuarta Temporada de campo, 1998-1999*. México. Mecanoscrito. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- FOURNIER, Patricia, Víctor H. BOLAÑOS y Laura E. CHÁVEZ (coordinadores)
2000 *Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Quinta Temporada de campo, 1999-2000*. Mecanoscrito. México. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

2001 *Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Sexta temporada de campo, 2000*. Mecanoscrito. México. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

FOURNIER, Patricia y Stephen CASTILLO

2004 *Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Novena Temporada de campo, 2003*. Mecanoscrito. México. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

FOURNIER, Patricia y Juan CERVANTES (coordinadores)

1997 *Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Segunda Temporada de campo, 1996-1997*. México. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

1998 *Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Tercera Temporada de campo, 1997-1998*. México. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

FOURNIER, Patricia, Juan CERVANTES y M. James BLACKMAN

2006 “Mito y realidad del estilo epiclásico Coyotlatelco” en *El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado*, editado por L. Solar Valverde, pp. 53-82. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

en prensa “El Epiclásico en la región de Tula: Una evaluación de la periodización de las ocupaciones Coyotlatelco” en *V Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, editado por A. Daneels, México. Universidad Nacional Autónoma de México.

FOURNIER, Patricia y Laura E. CHÁVEZ (coordinadores)

2002 *Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Séptima Temporada de campo, 2001*. Mecanoscrito. México. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

2003 *Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Octava Temporada de campo, 2002*. Mecanoscrito. México. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

FOURNIER, Patricia, Gerardo JIMÉNEZ y Juan CERVANTES (coordinadores)

1996 *Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la Primera Temporada de campo, 1995-1996*. Mecanoscrito. México. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

FOURNIER, Patricia y Lourdes MONDRAGÓN

2003 “Haciendas, Ranches, and the Otomí Way of Life in the Mezquital Valley, Hidalgo, Mexico” en *Ethnohistory* 50(1) : 47-68.

FOURNIER, Patricia y Alejandro PASTRANA

1999 La obsidiana de Sinana. Ponencia inédita presentada en el Coloquio Internacional de Otopames, Toluca. México.

Fournier, Patricia y Rocío Vargas Sanders

2002 “En busca de los «dueños del silencio»: Cosmovisión y ADN antiguo de las poblaciones otomíes epiclásicas de la región de Tula” en *Revista de Estudios Otopames* 3:37-75. México. Universidad Nacional Autónoma de México.

FOURNIER, Patricia y Mauricio VALENCIA

2001 “Political Organization and Agave Exploitation in the Tula Region during the Late Postclassic: An Analysis of the Otomí Way of Life” ponencia inédita presentada en la 66th Annual Meeting, Society for American Archaeology, New Orleans.

GALINIER, Jacques

1990 *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*. Universidad Nacional Autónoma de México-CEM-Instituto Nacional Indigenista, México.

- 1998 "Los dueños del silencio. La contribución del pensamiento otomí a la antropología de las religiones" en *Estudios de Cultura Otomame* 1:89-98.
- GLASCOCK, Michael D. y Hector NEFF
1999 *Sources of obsidian artifacts found at Chapantongo*. Reporte inédito, MURR, University of Missouri.
- GÓMEZ CHÁVEZ, Sergio y Julie GAZZOLA
2004 "Una propuesta sobre el proceso, factores y condiciones del colapso de Teotihuacan" en *Dimensión Antropológica* 31:7-57.
- GÓMEZ, Susana, Francisco J. SANSORES y Enrique FERNÁNDEZ
1994 *Enterramientos humanos de la época prehispánica en Tula, Hidalgo*. Colección Científica 276, México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- GONZÁLEZ QUINTERO, Lauro
1999 "Identificación e implicaciones sociales en los materiales vegetales" en *Tepetitlán. Un espacio doméstico rural en el área de Tula*, coordinado por R.H. Cobean y A.G. Mastache, pp. 140-146. Instituto Nacional de Antropología e Historia/University of Pittsburgh.
- HEALAN, Dan M.
1989a "The Central Group and West Group" en *Tula of the Toltecs*, editado por D.M. Healan, pp.97-148. University of Iowa Press, Iowa City.
1989b "Synthesis of Prehispanic Occupation of the Canal Locality" en *Tula of the Toltecs*, editado por D.M. Healan, pp.163-167. University of Iowa Press, Iowa City.
1993 "Local versus non-local obsidian exchange at Tula and its implications for post-formative Mesoamerica" en *World Archaeology* 24:449-466.
1997 "Pre-Hispanic quarrying in the Ucareo-Zinapécuaro obsidian source area" en *Ancient Mesoamerica* 8:77-100.
- HERNÁNDEZ, Carlos
1994 "Rescate de una tumba zapoteca en Tepeji del Río" en *Simposium sobre arqueología en el Estado de Hidalgo. Trabajos recientes, 1989*, coordinado por E. Fernández, pp. 125-142. Colección Científica 282, México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- HERNÁNDEZ, Carlos, Robert H. COBEAN, A. Guadalupe MASTACHE y María E. SUÁREZ
1999 "Un taller de alfareros en la antigua ciudad de Tula" en *Arqueología* 22:69-88.
- Hodge, Mary G.
1991 "Land and lordship in the Valley of Mexico: The politics of Aztec provincial administration" en *Land and politics in the Valley of Mexico*, editado por H.R. Harvey, pp. 113-140. University of New Mexico Press, Albuquerque.
1998 "Archaeological views of Aztec culture" en *Journal of Archaeological Research* 6(3):197-238.
- HOPKINS, Nicholas A.
1984 "Otomanguean linguistic prehistory" en *Essays in Otomanguean culture history*, editado por J.K. Josserand, M. Winter y N. Hopkins, pp. 25-64. Vanderbilt University Publications in Anthropology No. 31, Nashville, Tennessee.
- IWANISZEWSKI, Stanislaw y Patricia FOURNIER
1999 "The moon and Otomian rituals in the Tula region (650-950 AD)", ponencia inédita presentada en la 64th Annual Meeting de la Society for American Archaeology, Chicago, Illinois.
2003 "Dealing with Landscapes in the Tula Region, Mexico", ponencia inédita presentada en la 68th Annual Meeting de la Society for American Archaeology, Milwaukee.
- JACKSON, Donald

1990a “Análisis sobre la producción y el uso de lítica en el sitio de La Mesa” en *Las industrias líticas Coyotlatelco en el área de Tula*, por A.G. Mastache, R.H. Cobean, C. Rees y D. Jackson, pp. 145-215. Colección Científica 221, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

1990b “Análisis sobre la producción y el uso de lítica en el sitio de Atitalaquia” en *Las industrias líticas Coyotlatelco en el área de Tula*, por A.G. Mastache, R.H. Cobean, C. Rees y D. Jackson, pp. 217-290. Colección Científica 221, México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

JÁUREGUI, Jesús y Juan P. JÁUREGUI

2005 “Ídolos desnudos e ídolos adornados: Sacrificios y renovación de las deidades en una comunidad huichola” en *Arqueología y antropología de las religiones*, coordinado por P. Fournier y W. Wiesheu, pp. 149-184. México. CONACULTA-INAH-ENAH,

JIMÉNEZ BETTS, Peter

1998 “Áreas de interacción del noroeste mesoamericano: consideraciones y tiestos” en *El occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales. Actas del IV Coloquio de Occidentalistas*, editado por R. Avila, J.P. Emphoux, L. Gómez Gastélum, S. Ramírez, O. Schöndube y F. Valdez, pp. 295-303. México. Universidad de Guadalajara, Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación.

2005 “Llegaron, se pelearon y se fueron: Los modelos, abusos y alternativas de la migración en la arqueología del norte de Mesoamérica” en *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México*, editado por L. Manzanilla, pp. 57-74. México. Universidad Nacional Autónoma de México.

2006 “La problemática de Coyotlatelco vista desde el noroccidente de Mesoamérica” en *El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado*, editado por L. Solar Valverde, pp. 375-392. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto

1941 “Tula y los Toltecas según las fuentes históricas” en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* 5:79-83.

KIRCHHOFF, Paul

1989 “El imperio tolteca y su caída” en *Mesoamérica y el centro de México*, recop. por J. Monjarás-Ruiz, R. Brambila y E. Pérez-Rocha, pp. 249-272. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

KRISTAN-GRAHAM, Cynthia

1993 “The business of narrative at Tula: An análisis of the vestibule frieze, trade, and ritual” en *Latin American Antiquity* 4:3-21.

MANDEVILLE, Margaret D. y Dan M. HEALAN

1989 “Architectural remains in the Corral locality” en *Tula of the Toltecs*, editado por D.M. Healan, pp.171-199. University of Iowa Press, Iowa City.

MANZANILLA, Linda

2005 “Migrantes epiclásicos en Teotihuacan. Propuesta metodológica para el análisis de migraciones del Clásico al Posclásico” en *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México*, editado por L. Manzanilla, pp. 261-273. México. Universidad Nacional Autónoma de México.

en prensa “Nuevos datos sobre la cronología de Teotihuacan. Correlación de técnicas de fechamiento” en *V Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, editado por A. Daneels, Universidad Nacional Autónoma de México.

- MANZANILLA, Linda, Claudia LÓPEZ y AnnCorinne FRETER
 1996 "Dating results from excavations in quarry tunnels behind the Pyramid of the Sun at Teotihuacan" en *Ancient Mesoamerica* 7:245-266.
- MASTACHE, A. Guadalupe
 1976 "Sistemas de riego en el área de Tula, Hgo." en *Proyecto Tula (2a parte)*, coordinado por E. Matos Moctezuma, pp. 49-70. Colección Científica 33, México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
 1994 "Tula" en *Arqueología Mexicana* II(7):21-27). México.
 1996a *El Estado Tolteca. Una investigación sobre un proceso de desarrollo y estructura social, económica y política*. Tesis de Doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, México. Universidad Nacional Autónoma de México.
 1996b "El amaranto y el maguey en la dieta tolteca" en *Arqueología Mesoamericana, Homenaje a William T. Sanders*, coordinado por A.G. Mastache, J.R. Parsons, R.S. Santley y M. Serra, pp. 355-373. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Arqueología Mexicana, México.
- MASTACHE, Alba Guadalupe y Robert H. COBEAN
 1989 "The Coyotlatelco Culture and the Origins of the Toltec State" en *Mesoamerica after the decline of Teotihuacan A.D. 700-900*, editado por R.A. Diehl y J. Berlo, pp. 49-67. Dumbarton Oaks, Washington.
 1999 "El sitio y la unidad habitacional excavada" en *Tepetitlán. Un espacio doméstico rural en el área de Tula*, coordinado por R.H. Cobean y A.G. Mastache, pp. 32-74. Instituto Nacional de Antropología e Historia/University of Pittsburgh.
- MASTACHE, Alba Guadalupe y Ana María CRESPO
 1974 "La ocupación prehispánica en el área de Tula" en *Proyecto Tula. Primera Parte*, coord. por E. Matos Moctezuma, pp. 71-103. Colección Científica 15, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
 1982 "Análisis sobre la traza general de Tula, Hgo." en *Estudios sobre la antigua ciudad de Tula*, por A.G. Mastache, A.M. Crespo, R.H. Cobean y D.M. Healan, pp. 11-36. Colección Científica 121, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- MASTACHE, Alba Guadalupe, Robert COBEAN y Dan HEALAN
 2002 *Ancient Tollan. Tula and the Toltec Heartland*. University Press of Colorado, Boulder, Colorado.
- MICHELET, Dominique
 1996 *Río Verde, San Luis Potosí*. Instituto de Cultura San Luis Potosí, Lascasiana, CE-MCA, México.
- MONDRAGÓN, L., Patricia FOURNIER y Nahúm NOGUERA
 1997 "Arqueología histórica de Sta. María del Pino, Hgo., México" en *Approaches to the Historical Archaeology of Middle and South America*, editado por J. Gasco, G. Smith y P. Fournier, pp. 17-28. Monograph 38. The Institute of Archaeology. University of California, Los Angeles, USA.
- MORAGAS, Natalia
 2003 *Dinámica del cambio cultural en Teotihuacan durante el Epiclásico (650-900 dC)*. Tesis de Doctorado en Historia, Universitat de Barcelona, España.
- NEFF, Hector
 2000 Producción y distribución de la cerámica Plumbate: resultados de un estudio de procedencia de la pasta y el engobe usados en una famosa mercadería de intercambio mesoamericana. Informe Presentado a FAMSI. <http://www.famsi.org/reports/98061es/>

index.html

NOGUERA, Nahúm

1994 “Inferencia arqueológica de la identidad étnica, metodología y problemática: el oratorio-capilla hñāhñū” en *Boletín de Antropología Americana* 30:21-35.

NOGUEZ, Xavier

1995 “La zona del Altiplano central en el Posclásico: la etapa tolteca” en *Historia antigua de México. Volumen III: El horizonte Posclásico y algunos aspectos intelectuales de las culturas mesoamericanas*, coordinado por L. Manzanilla y L. López, pp. 189-224. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Miguel Ángel Porrúa, México.

PAREDES, Blanca

1990 *Unidades habitacionales en Tula, Hidalgo, México*. Colección Científica 210, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

2005 “Análisis de flujos migratorios y composición multiétnica de la población de Tula, Hgo.” en *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México*, editado por L. Manzanilla, pp. 203-226. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

PAREDES, Blanca y Raúl VALADEZ

1988 “Uso y aprovechamiento de la fauna, en las zonas habitacionales exploradas en la antigua ciudad de Tula, Hgo.” en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* XXXIV(1):169-194. México.

PARSONS, Jeffrey R., Elizabeth BRUMFIEL y Mary HODGE

1996 “Developmental implications of earlier dates for Early Aztec in the Basin of Mexico” en *Ancient Mesoamerica* 7(2):217-230.

PASO Y TRONCOSO, Francisco del (editor)

1980 *Códice Mendocino*. Editorial Innovación, S.A., México.

PASTRANA, Alejandro

1990 “Producción de instrumentos de obsidiana. División del trabajo (Proyecto Tula)” en *Nuevos Enfoques en el Estudio de la Lítica*, editado por M.D. Soto, pp. 243-296. Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, México.

PATIÑO, Héctor

1994 *Arquitectura Coyotlatelco. Un análisis en la región de Tula*. Tesis de Licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

POLGAR, Manuel

1998 “La periferia en la continuidad y el colapso. Los asentamientos del periodo Clásico en el occidente del Valle del Mezquital” en *Arqueología* 20: 41-52.

RATTRAY, Evelyn C.

1993 *The Oaxaca Barrio at Teotihuacan*. Monografías Mesoamericanas 1. Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de las Américas, Puebla, México.

1996 “A regional perspective on the Epiclassic period in Central Mexico” en *Arqueología Mesoamericana, Homenaje a William T. Sanders*, coordinado por A.G. MASTACHE, J.R. PARSONS, R.S. SANTLEY y M. SERRA, pp. 212-231. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Arqueología Mexicana, México.

2001 *Teotihuacan: cerámica, cronología y tendencias culturales*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad de Pittsburgh, México.

ROMAN BELLEREA, Juan Alberto

- 1990 *Sacrificio de niños en el Templo Mayor*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- SAINT-CHARLES, Juan C. y Roxana ENRÍQUEZ
2006 “Cerámica del Epiclásico en el sur de Querétaro” en *El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado*, editado por L. Solar Valverde, pp. 309-326. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- SÁNCHEZ, Ma. Guadalupe
1999 “Análisis de la lítica tallada” en *Tepetitlán. Un espacio doméstico rural en el área de Tula*, coordinado por R.H. Cobeau y A.G. Mastache, pp. 172-238. Instituto Nacional de Antropología e Historia/University of Pittsburgh.
- SANDERS, William T.
2006 “Late Xolalpan-Metepec-Oxtotipac Coyotlatelco; Ethnic succession or changing patterns of political economy: A reevaluation” en *El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado*, editado por L. Solar Valverde, pp. 183-200. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- SMITH, Michael E. y Lisa MONTIEL
1998 *The Aztecs*. Blackwell, Oxford.
2001 “The Archaeological Study of Empires and Imperialism in Pre-Hispanic Central Mexico” en *Journal of Anthropological Archaeology* 20(3): 245-284.
- SOLAR VALVERDE, Laura (editora)
2006 *El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- SPENCE, Michael W.
1981 “Obsidian Production and the State in Teotihuacan” en *American Antiquity* 46 (4): 769-788.
- ŠPRAJ, Ivan
2001 *Orientaciones astronómicas en la arquitectura prehispánica del centro de México*. Colección Científica 427, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- STERPONE, Osvaldo J.
2000-2001 “La Quimera de Tula” en *Boletín de Antropología Americana* 37:141-204.
2006a “Tula-Mazapa entre Coyotlatelco y Tollan” en *Cuicuilco* 36:71-96.
2006b “Coyotlatelco y los orígenes de Tula Grande” en *El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado*, editado por L. Solar Valverde, pp. 257-79. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- STOCKER, Terrance L.
1983 *Figurines from Tula, Hidalgo, Mexico*. Tesis de Doctorado en Antropología, University of Illinois, Urbana.
- STOCKER, Terrance y Michael SPENCE
1973 “Trilobal Eccentrics at Teotihuacan and Tula” en *American Antiquity* 38:159-99.
1974 “Obsidian Eccentrics in Central Mexico” en *Studies of Ancient Tollan*, editado por R.A. Diehl, pp. 88-94. University of Missouri Monographs in Anthropology, No. 1. Department of Anthropology, University of Missouri-Columbia.
- SUGIURA, Yoko
1996 “El Epiclásico y el problema Coyotlatelco vistos desde el valle de Toluca” en *Arqueología Mesoamericana, Homenaje a William T Sanders*, coordinado por A.G. Mastache, J.R. Parsons, R.S. Santley y M. Serra, pp. 212-231. Instituto Nacional de Antropología e Historia. Arqueología Mexicana, México.

- 1998 “Desarrollo histórico en el Valle de Toluca antes de la conquista española: Proceso de conformación pluriétnica” en *Estudios de Cultura Otopame* 1:98-122.
- 2001 “La zona del Altiplano central en el Epiclásico” en *Historia Antigua de México. Volumen II: El horizonte Clásico*, coordinado por L. Manzanilla y L. López, pp. 345-390. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Miguel Angel Porrúa, Librero-editor, México.
- 2005a *Y atrás quedó la ciudad de los dioses. Historia de los asentamientos en el Valle de Toluca*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México.
- 2005b “Reacomodo demográfico y conformación multiétnica en el Valle de Toluca durante el Posclásico: Una propuesta desde la arqueología” en *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México*, editado por L. Manzanilla, pp. 175-202. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 2006 “¿Cambio gradual o discontinuidad en la cerámica? Discusión acerca del paso del Clásico al Epiclásico, visto desde el Valle de Toluca” en *El fenómeno Coyotlatelco en el centro de México: Tiempo, espacio y significado*, editado por L. Solar Valverde, pp. 127-162. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- SUGIYAMA, Saburo
2005 *Human Sacrifice, Militarism, and Rulership: Materialization of State Ideology at the Feathered Serpent Pyramid, Teotihuacan*. Cambridge University Press, Cambridge.
- TEJEDA, Samuel y Patricia FOURNIER
1999 “El modo de vida Epiclásico en la región de Tula: Caracterización de fibras mediante microscopía de barrido”. Ponencia presentada en el I Coloquio Nacional de Arqueometría.
- TORRES, Alfonso
2004 *La Luna del pie podrido: Ideología y ritual entre los otomíes del Epiclásico en el Valle del Mezquital*. Tesis de Licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- TORRES, Alfonso, Juan CERVANTES y Patricia FOURNIER
1999 “Las relaciones entre el centro y la periferia: El caso de las comunidades del Clásico en la región de Tula, México” en *Boletín de Antropología Americana* 35:73-93.
- VALADEZ AZÚA, Raúl, Alicia BLANCO PADILLA y Bernardo RODRÍGUEZ GALICIA
2005 *Fauna identificada del proyecto “Chapantongo”*. Mecanoscrito. Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México
- WINTER, Marcus C., Margarita GAXIOLA y Gilberto HERNÁNDEZ
1984 “Archaeology of the Otomanguean area” en *Essays in Otomanguean culture history*, editado por J.K. Josserand, M. Winter y N. Hopkins, pp. 65-108. Vanderbilt University Publications in Anthropology No. 31, Nashville, Tennessee.

Iztzilpan y las unidades político territoriales en torno a la obsidiana

Oswaldo J. Sterpone¹

El altépetl de Epazoyucan es conocido en la literatura arqueológica desde la perspectiva histórica, como la población que controlaba la producción de la obsidiana durante el proceso de desarrollo seguido por la Triple Alianza, al confederarse las parcialidades Mexicas, Acolhuas y Tepanecas hacia el año de 1430. Tal apreciación se desprende de la información que contiene la Relación Geográfica de Cempoala y Epazoyucan. En la Relación de Epazoyucan se asienta que hacia 1431 y siendo Itzcohuatzin señor de Tenochtitlan, solicitó a Netzahualcoyotl de Tetzcoco que se le otorgaran algunas poblaciones en derredor del área septentrional de la comarca de México, para beneficiarse del vidrio volcánico. Habiendo aceptado este último, entonces se —...dividió este pu[eb]lo², por que gozase también el s[eñ]or de Méx[i]co, la mitad [de las cuales] llevó el de Tezcoco, y [la] otra mitad el de México. Y entr[aron] también otros pueblos debajo del señorío de Méx[i]co, como Cempoala, Tlaquilpa, Pachuca, Tezontepec y Temazcalapa...—(Acuña, 1985: I,85). De la misma fuente se sabe que —...estos pueblos ayudaban a sacar navajas. Y no tenían otro tributo, hasta que vino a señorear el antecesor de

¹ Centro INAH Hidalgo

² Refiriéndose a Epazoyucan.

Mo[n]tezuma... [además de que] ...Hay minas de navajas. Sácan[las] de cuarenta estados, toda tierra muerta que con poco trabajo se socava...— (Acuña, 1985:I,85,90).

Se comprenderá entonces como es que a partir de estos datos, se puedan haber llegado a generar ciertas expectativas acerca del rol ejercido por Epazoyucan, en términos de la posesión y el control de la obsidiana de la sierra de Las Navajas. Nuestra percepción sobre el asunto, está estrechamente relacionada con la información contenida en la Relación Geográfica, porque es uno de los pocos, sino el único documento donde se trata específicamente sobre la situación prevaleciente alrededor de los procesos relacionados con la explotación de la obsidiana durante ese segmento de la historia de la Triple Alianza.

En la relación geográfica se manifiesta que los de Epazoyucan —eran del señorío de Tezcuco— [y tributaban] —solamente navajas, con que hacían macanas— (Ibíd. 1985: I, 6:85). Además se dice, que a partir del arreglo entre el Tenochca y el Tetzcocano, las poblaciones de Cempoala, Tlaquilpa, Pachuca, Tezontepec y Temascalapa, quedaron bajo el dominio de México. Todo parece indicar que desde su fundación, Epazoyucan se especializó en la elaboración de las navajas prismáticas y sin especificarse la cantidad, las enviaba como tributo al reino del Acolhuacan. También se manifiesta, que a partir de la división del pueblo, poco después de 1430, Tetzcocho continuó recibiendo sólo la mitad del total de la producción, porque la otra parte fue enviada a Tenochtitlan. Por otra parte y a partir de ese momento, las demás poblaciones mencionadas se dedicarían a las labores de la minería del vidrio volcánico.

De la narrativa se colige que Tetzcocho vio disminuido a la mitad el tributo que percibía de las Navajas, aunque al mismo tiempo se aprecia que durante la negociación esa entidad no aparenta haber comprometido la situación de dominio que ejercía sobre Epazoyucan. Todo lo contrario acaeció con las otras cinco poblaciones, ya que en el documento se establece que pasaron a ser sujetas de México. En este sentido, se deduce que los términos del acuerdo entre Itzcohuatzin y Netzahualcoyotl en el caso de Epazoyucan, habrían sido de carácter económico, sin que se advierta por el contenido del documento, que se haya planteado algún tipo de disputa por el control de la población o de los recursos. Aunque la lectura de esta fuente ha dado pie a otras interpretaciones, como la expresada por Clark (1989: 303), quien afirma que ni los pueblos de los alrededores o los Mexica habrían ejercido una propiedad o control sobre la obsidiana, sino más bien, que mediante el tributo se habrían conseguido los distintos tipos de instrumentos, al mismo tiempo que propiciado la venta de estos productos en los mercados mediante las operaciones establecidas por los comerciantes. Clark, al parecer, sólo reconoce el aspecto económico del acuerdo y en la relación no encuentra elementos para discutir aquellos del orden político.

Tratando de ahondar en el tema del dominio político, se advierte que los hechos descritos de manera escueta en la Relación, conducen a suponer un debilitamiento en el posicionamiento de Tetzcocho en el norte de la Cuenca de México, al dispensar que

varias de sus localidades y territorios quedaran bajo la sujeción de Tenochtitlan. Aunque en el mismo tenor, las concesiones de Netzahualcoyotl podrían también ser interpretadas como una maniobra, una táctica, que en vez de llevar a la disminución de su injerencia, le permitieran afianzar el dominio sobre los recursos en ese sector de la cuenca, tratando de adecuarse a las circunstancias que se derivaban de las alianzas trazadas por el poder, entre Tenochcas y Tepanecas.

Los recursos a los que se hacen referencia en los textos, se refieren al territorio, la población y en particular la obsidiana, de tal suerte, que la discusión que se genera en torno a este último, se presenta como una oportunidad para explorar una situación estructurante y que se centra en el cuestionamiento sobre ¿cuál habría sido el impacto de la política de la Triple Alianza, en una región donde las tradiciones indican que las parcialidades Acolhuas, habrían ejercido un control sobre el manejo de los recursos hasta 1430?

Las Relaciones Geográficas de Cempoala y Epazoyucan, apuntan a que las demandas de Itzcohuatzin habrían provocado un reordenamiento territorial que al parecer afectó a toda la región norte del dominio Acolhua, desde el Cerro Gordo hasta la Sierra de Las Navajas y se podría pensar que después de 1430, la población de Epazoyucan entre otras, tuvo que hacer ajustes para acomodar los cambios en materia de política territorial. De tal manera que prestando atención a la forma de organización de las poblaciones y el posicionamiento en el territorio, se podrían dilucidar algunas de las pistas para tratar de entender ¿cuáles habrían sido los cambios introducidos por la Triple Alianza en la región? Reflexionar sobre como se estructuraba el espacio y se configuraba el territorio, puede acercarnos a valorar y entender ¿cuál habría sido la estrategia utilizada para organizar y controlar los recursos asociados con la obsidiana por los distintos actores en aquel escenario?

A continuación se presenta la información que se ha podido recopilar desde la perspectiva histórica y arqueológica. Son pocos los documentos que contienen información específica sobre el territorio y la población relacionado con la obsidiana, además de la incluida en las Relaciones Geográficas. Los testimonios documentales derivados de los procedimientos jurídicos administrativos de los siglos XVI al XVIII, aportan información indirecta para valorar el tema y en particular se ha recurrido a las representaciones gráficas, donde se denotan aspectos del paisaje y el ordenamiento territorial.

La información histórica, población y territorio

La Pintura de Cempoala

El mapa de Cempoala plasmado hacia 1580, es uno de los documentos que versa sobre la población y el territorio, desde donde comenzar a realizar algunas lecturas sobre la

situación territorial en este sector de la Cuenca de México. El mapa exhibe una complejidad geográfico jurisdiccional que no se explica en los textos que lo acompañan y sin pretender agotar el análisis sobre el contenido y la simbología del espacio, se esbozan a continuación las siguientes observaciones: Al prestar atención al paisaje, destaca que el tema central representado en el mapa se refiere a la Congregación de las cinco cabeceras, Cempoala, Tecpilpa, Tlaquilpa, Tzacuala con sus respectivos sujetos, además se presenta a Santiago Tetliztaca y Epazoyucan. Las características de la imagen centran la atención en las propiedades del espacio, especialmente en el contenido de las diversas subdivisiones.

Lo primero que salta a la vista es la correlación que existió entre las líneas y el probable ordenamiento espacial en la región. Se forman figuras geométricas bastante regulares, rectángulos orientados hacia los puntos cardinales y cuyos límites tienen en general como referencia algún hito importante del paisaje. En el caso de Epazoyucan se observan el cerro Epazoyotzin, el cerro Tlacotepec, el cerro de Acxotla, el cerro Tziuacyoca. En el área de Cempoala el cerro del Cempoaltepetl y Acxotla, para Zacuala los cerros de Ueitepec, el cerro Tzontecomatepec, el cerro frontero a Tlalnexpa y el cerro Tlecaxapa. Mientras que para Tecpilpa es el cerro Ometepec, el cerro Acxotla, el cerro Tenango y Tetliztac. Por último en Tlaquilpa son el Quiotepec, el cerro Cuautepec, Nopalapa y Ometepec. En el modelo digital se hace notorio que las figuras geométricas se traslapan en varios lugares, donde el nombre de una población importante se sitúa dentro del polígono de alguna de las cabeceras, así se podría pensar que compartirían términos Epazoyucan, Cempoala y Tecpilpa en el entorno de Acxotla. Lo mismo se puede decir de Tzacuala y Tecpilpa en el área de Tlalnexpa.

El soporte documental de la Relación Geográfica y la Pintura de Cempoala, ponen de manifiesto que el Altepetl de Epazoyucan y sus estancias, tenían una disposición singular en el espacio. En la parte nuclear se encontraban los cuatro barrios, pero por alguna razón no se representaron. En el primer modelo se observa la continuidad espacial entre el altepetl y las estancias de la perimetría, Oztotlatlahuca y Oztoyuca, aunque aparece un hiato marcado por el dominio territorial de Tecpilpa³. Mientras que Tochtlatlahuco y Xalla a la distancia, ocupaban lo que pudiera interpretarse como el espacio del antiguo dominio Tepaneca, al estar asociado al glifo de Tlacopan. Por otra parte las estancias de Acxotla y Tetzahuapan, al parecer también fueron asentamientos bajo el dominio del altepetl de Epazoyucan, al mismo tiempo que se reconocen haber estado bajo el señorío de los atepeme de Tzacuala y Tecpilco respectivamente.⁴ En la Pintura se

3 Se ha identificado el recuadro marcado por el topónimo como una de las estancias de Tecpilpa, Nequametepec como el cerro hábitat del nequametl, especie de maguey o palmera, (Rémi Siméon 1988:333).

4 Las estancias de Tetzahuapan y Acxotla pertenecen a Epazoyucan (Ruvalcaba Mercado 1985 46-9).

observa que Cempoala tenía una estancia en los términos de Epazoyucan, la población llevaba el nombre de Quiyauac.

Es notoria la prolijidad exhibida en la Pintura de Cempoala para representar muchos de los detalles del paisaje y los deslindes territoriales, y aún así no se haya representado el Cerro de las Navajas. Siendo esta una situación un tanto paradójica, si se considera que uno de los apartados del soporte documental del mapa, versa acerca de la importancia de la obsidiana, como uno de los recursos que habría detonado el poblamiento y los distintos arreglos políticos territoriales en la región.

Los mapas del AGN: 1116, 1118, 2122, 2802 y 2822

Distintos mapas que se conservan en el Archivo General de la Nación hacen referencia a la sierra de Las Navajas en términos de las poblaciones y el territorio. Estos trazos cartográficos fueron utilizados en los procedimientos jurídicos administrativos, como sustento a los derechos de propiedad que los avecindados en las comarcas de los poblados de Epazoyucan y Singuilucan presentaron ante los funcionarios hispanos. Los deslindes que se señalan y las calidades de los asentamientos humanos, son sólo parte de la riqueza cultural que presentan estos dibujos, advirtiéndose en general poca improvisación y un cuidado por la agrimensura que se ajusta a las proporciones, además de las orientaciones referenciadas con los hitos del paisaje. Entre las características que se pueden resaltar de los mapas y haciendo las salvedades correspondientes por la época, la temática y el estilo de las gráficas, se observan ciertos elementos en común en cuanto a los planteamientos sobre la territorialidad.

Es el caso de la información incluida en el mapa 2822 y la Pintura de Cempoala. En general los nombres de las poblaciones contenidas en ambos documentos indican que hubo pocos cambios en cuanto a la configuración regional entre el año de 1534⁵ y el de 1791, a pesar de la desaparición de muchos sitios y la reubicación de otros. Si a estas cartas se las compara con el mapa 2802 de la Jurisdicción de Tulancingo, se advierte la precisión de las demarcaciones, llamando la atención la forma en que fuera posicionada la sierra de Las Navajas, además de que el poblado de Xalapa contenido en la Pintura de Cempoala y ausente en el mapa 2822, aparece en el 2802 dentro de la jurisdicción de Singuilucan.

Xalapa o Xalapilla fue un asentamiento que no estuvo bajo el dominio de los de Epazoyucan y no se han encontrado documentos que pongan en contradicción esta relación. En los distintos autos realizados para los deslindes del territorio donde participaron los señores de Epazoyucan, siempre se dio por sentado que esa comunidad

5 Se toma la cita de Acuña 1985:I, 69 para establecer la representación temporal del territorio.



Figura 2. Catálogo AGN 2802

de otro antiguo poblado. El caso es que en el mapa 1118, Las Navajas aparecen dentro del territorio de Singuilucan y esta situación podría explicar por que no fue representado el cerro en la Pintura de Cempoala. Probablemente la razón principal haya sido que esta eminencia del paisaje estuvo fuera de la jurisdicción de Epazoyucan.

Otro mapa que aporta datos para evaluar este asunto es el número 1116 y es de notar, que a pesar de haber sido interpuesto como parte de las documentales en un proceso de deslinde territorial hacia 1721⁶, no sólo exhibe al "...cerro de Las Navajas, o Yztle..." sino que ubica en la vertiente sur del pie de monte al "...Pueblo de Yztzilpam..." De particular importancia resulta lo asentado en los documentos que acompañan al mapa y donde se relata la vista de ojos de los linderos que se hizo el 9 de febrero de 1719, mediante la presencia de los representantes de los naturales de Singuilucan,

⁶ En el expediente 1 del volumen 1570 del ramo tierras que se conserva en el AGN, se asienta que los naturales del Pueblo de Singuilucan hicieron el nombramiento a Pedro Alarcón, presbítero profesor de matemáticas para la construcción del mapa, vista de ojos y demás diligencias que manda la Real Audiencia.



Figura 3. Catálogo AGN 1116



Figura 4. Catálogo AGN 1118

Epazoyucan y del cacicazgo de los Santander, junto con los oficiales de república comisionados para la diligencia. De la transcripción del texto, se colige que habiendo salido desde el rancho de Tequaco y subido hacia el cerro, hasta encontrar el lindero y puesto de la hermita, quedando a mano izquierda lo que pertenecía a los Santander, continuaron hasta la cumbre del cerro de Las Navajas, desde donde "...se divisa un llano que dice llamarse Iztzilpan que era pueblo y visita antigua del pueblo de Singuilucan cuyo paraje dizen dado en arrendamiento al conde del valle a los invistados..." (AGN, Tierras, vol. 1570, exp. 1, f.40).

El paraje despoblado de Iztzilpan, había sido un asentamiento del antiguo señorío de Singuilucan y con esta información, se termina de dilucidar las excluyentes de no haberse representado a Las Navajas dentro de los linderos de Epazoyucan, cuando se confeccionó la Pintura de Cempoala. En alcance a esta información, Carrasco citando a Ixtlilxochitl, señala que Tzihuinquillocan o Singuilucan había sido fundada por Net-

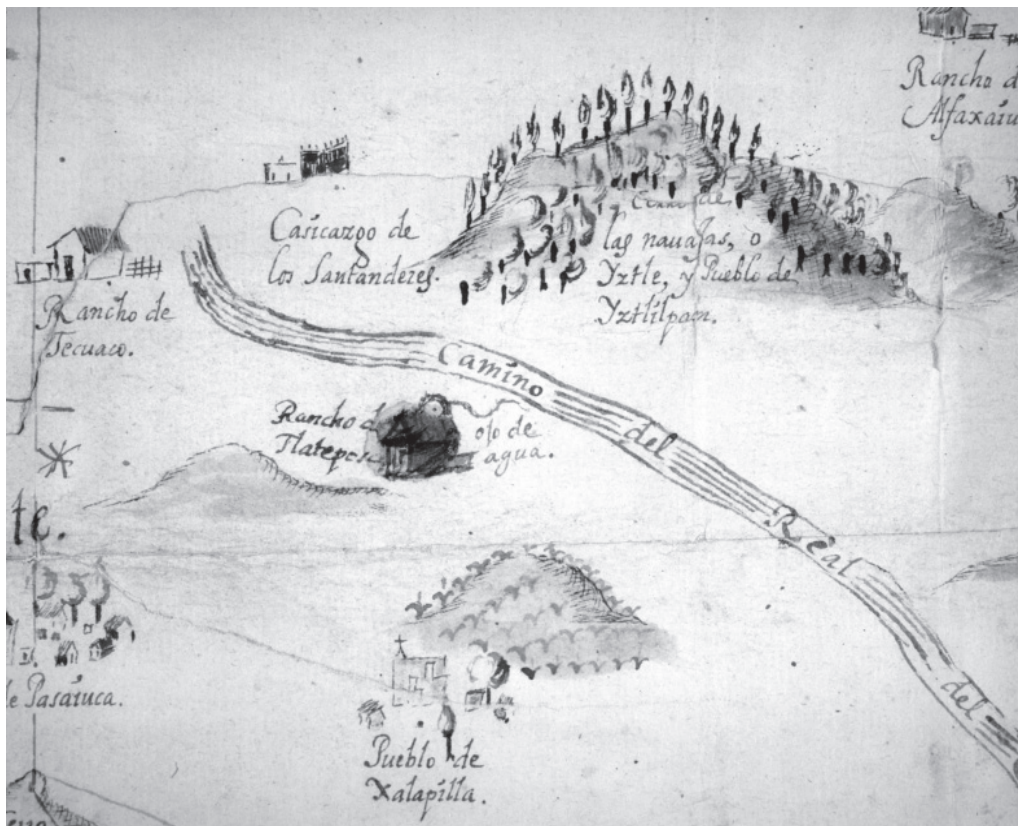


Figura 5. Acercamiento AGN 1116]

zahualcoyotl, luego de haber castigado a los de Tollancingo o Tulancingo, por haberse revelado y destruido algunas de las guarniciones que los Tetzcoicanos tenían en donde a la postre se construiría el nuevo altepetl (Carrasco 2000:185, Ixtlilxochitl 1985:II, 108). El poblamiento de Singuilucan, continúa explicando Carrasco, fue realizado con gente de la ciudad de Tetzoco y del patrimonio de Netzahualcoyotl.

La información invita a reflexionar acerca de las motivaciones de Netzahualcoyotl para la fundación de esta población, sobre todo, porque los hechos acaecieron muy cercanos al reordenamiento territorial que tuvo a lugar en la región de Epazoyucan y Cempoala. De acuerdo con Ixtlilxochitl, la quema de las guarniciones y la muerte de los soldados fue razón suficiente y al parecer pretexto, como para establecer un asentamiento con gente leal y que al paso del tiempo es de suponer, habría fundado otra dependencia, Iztlilpan, enclavada en torno al yacimiento de obsidiana más importante del altiplano central mexicano.

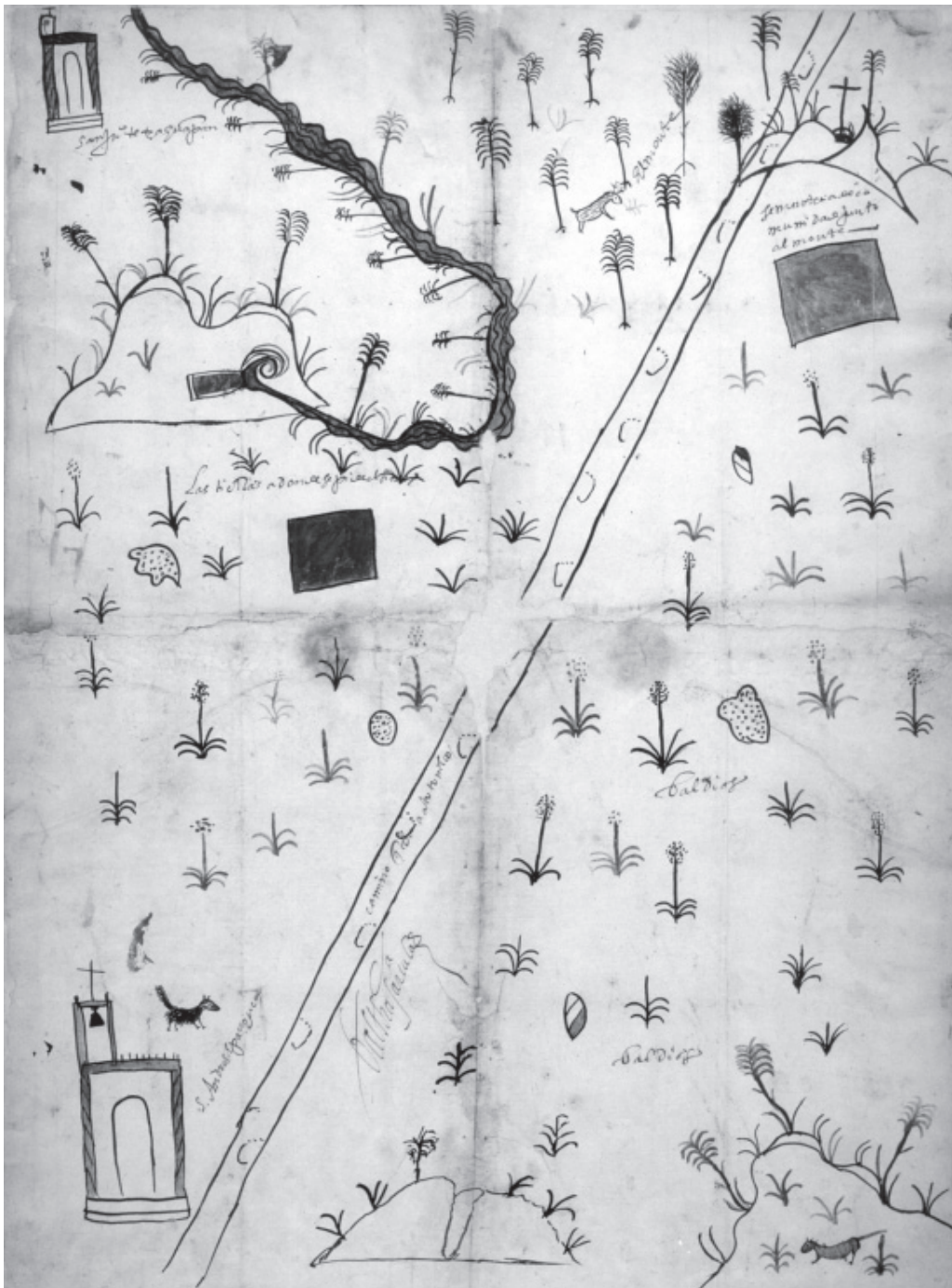


Figura 6. Catálogo AGN 2122

Por último y tratando de entender lo que se dice acerca del lindero de la ermita en el exp. 1 del vol. 1570 antes citado, se recurre al mapa 2122 confeccionado hacia 1595. En el ángulo superior derecho de la imagen y a la mano derecha del camino que conducía hacia Atotonilco, habiendo pasando por los manantiales de lo que hoy día se conoce sean los veneros de la Huerta Grande, al norte de la población de Xolostitla ubicada en el Mpio. de Epazoyucan, aparece representada una serranía en cuyo centro se cimentó una cruz. Por la disposición de los elementos del paisaje y la leyenda —sementera de comunidad junto al monte— se estaría refiriendo a la vertiente suroeste del cerro de las Navajas, por lo que muy probablemente la cruz haya señalado la localidad de la antigua ermita.

El paisaje arqueológico: los relictos y trazas de las unidades político territoriales

Proyecto Geografía Histórica

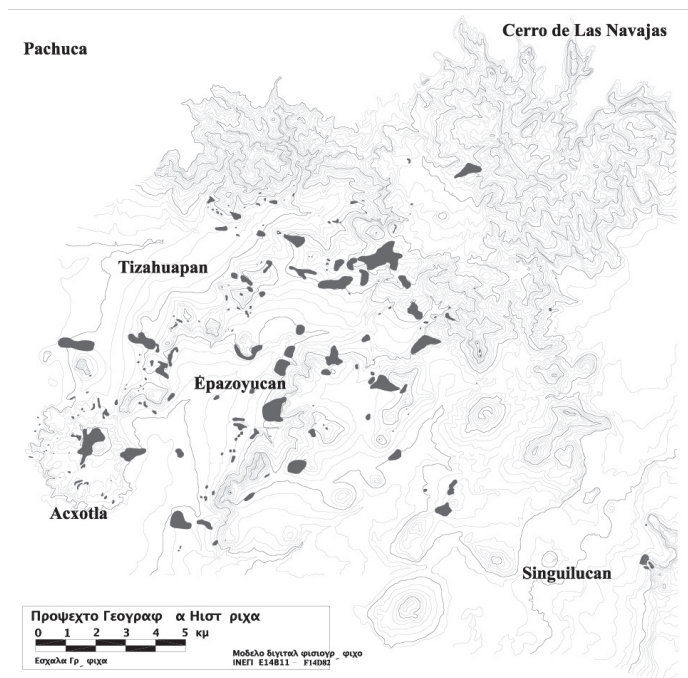
Hasta el momento conocemos sólo una fracción del área que se demarca en la Pintura de Cempoala, habiéndose obtenido una muestra representativa del paisaje arqueológico en el entorno del Mpio. de Epazoyucan y las colindancias hacia Singuilucan. Mediante esta información se ha comenzado el análisis de la ocupación y el posicionamiento de los asentamientos en el territorio (Sterpone 2001), en función de los principios políticos territoriales propuestos por el Dr. Carrasco para la interpretación del altepetl.

Tomando la localización de las áreas de asentamientos y las distancias que las separan, se han tratado de generar modelos que permitan descubrir los trazos y los arreglos que pudiesen haber tenido las distintas unidades políticas en el espacio. Además, se ha realizado un análisis sobre la configuración que guardaba el altepetl de Epazoyucan desde la perspectiva arqueológica, antes de proceder a la valoración de la territorialidad, mediante la correlación de los datos históricos. A continuación se presentan los resultados obtenidos del catálogo arqueológico en la región, enfocado hacia la población y la configuración territorial.

En esta primera imagen (Mapa 1) se aprecia la disposición de las áreas de asentamientos prehispánicos del periodo posclásico tardío identificadas hasta el año de 2005. Suman aproximadamente 150 localidades y en menos del 50% de los sitios se aprecian todavía vestigios arquitectónicos. La mayor parte de las afectaciones al registro arqueológico, han resultado de las labores agrícolas. El área de asentamiento que se encuentra a mayor altitud corresponde al yacimiento de obsidiana de la sierra de Las Navajas.



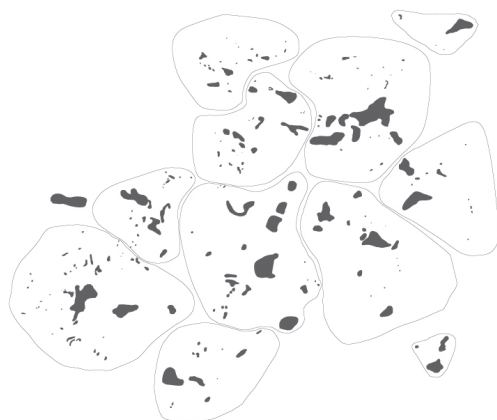
Figura 7. Pintura de Cempoala



Mapa 1. Distribución de áreas de asentamientos Mpio. Epazoyucan Singuilucan

En la segunda gráfica (Mapa 2), se quitaron las cotas de nivel para que se pudieran observar con mayor facilidad los atributos que a continuación se describen: con el trazo de las líneas se representa uno de los modelos generados mediante el criterio de las distancias, para agrupar los conjuntos de áreas de asentamientos. De las distintas representaciones obtenidas para agrupar a los sitios, se ha elegido esta, por la semejanza que guarda con la disposición espacial de varias de las poblaciones que aparecen en los antiguos mapas. Se aprecian 10 conjuntos y en general, aparentan guardar cierta similitud en cuanto al tipo de asentamientos que los conforman.

Durante el análisis arqueológico se generó una clasificación de los asentamientos, en función de la estimación del área identificada durante las prospecciones de superficie y se presenta en la tabla correspondiente (Tabla 1). Con estos datos se realizaron algunas estimaciones sobre el número de habitantes que podrían haber residido en cada localidad, con el objeto de tener una noción sobre las densidades y la distribución de los contingentes de población por cada una de las agrupaciones identificadas mediante el modelo. La complejidad exhibida en cada uno de los polígonos puede ser interpretada mediante el principio de segmentación social, es decir, la forma en la que se disponían los asentamientos en función del altepetl, la unidad política más importante en términos



Μαπα 2. Μοδέλο de Conjuntos y Unidades Político Territoriales

Ταβλα 1

Rango	Valor en m ²
I	15 - 100
II	150 - 200
III	250 - 450
IV	500 - 1,200
V	1,500 - 4,000
VI	6,500 - 10,000
VII	10,500 - 15,000
VIII	20,000 - 40,000
IX	60,000 - 320,000

de la ocupación del territorio durante la Triple Alianza (Carrasco 1996:56-8). Mediante esta perspectiva las distintas clases de arreglos, entre y dentro de los polígonos, podrían ser interpretadas mediante los conceptos asociados con las distintas unidades poblacionales sujetas al altepetl.

Proyecto Yacimientos de Obsidiana

De acuerdo con la información arqueológica proporcionada por el Dr. Alejandro Pastrana, sabemos que además de los grandes volúmenes de los desechos de talla de obsidiana y las bocaminas o tiros de la minería encontrados en la vertiente Sur del cerro de Las Navajas, también se han documentado y continúan apareciendo las instalaciones del hábitat y la producción de la obsidiana. En el registro arqueológico, resaltan las cimentaciones de los edificios que se utilizaban en los campamentos mineros, los cuales se piensan, no habrían sido residencias permanentes, sino albergues para los trabajadores de los pueblos que asistían a prestar sus servicios en el yacimiento. En general, se ha calculado que los contingentes de población relacionados con la minería, habrían sido del orden de las 700 personas. A medida que progresen las investigaciones se podrán valorar estos parámetros, tomando en cuenta que en la localidad había una población flotante muy grande, que debe haber cumplido con sus compromisos de turno y tanda.

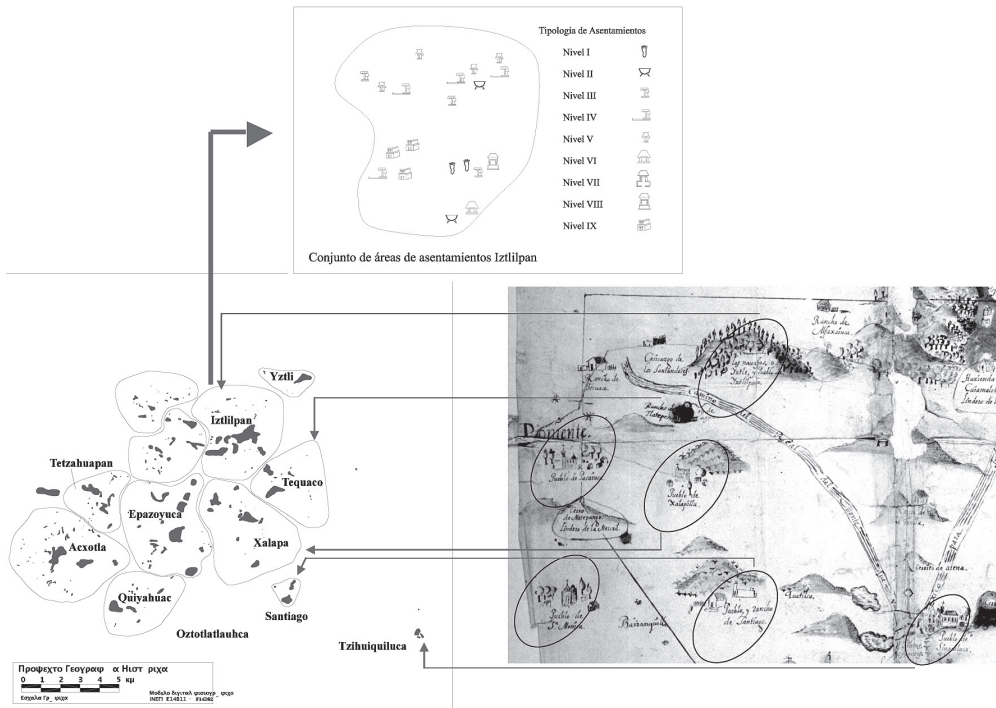
Por otra parte, se ha reportado el hallazgo de los vestigios de una capilla o iglesia y de acuerdo con las características arquitectónicas, esta habría sido fundada por la orden Franciscana hacia 1524, luego de la llegada de los religiosos para comenzar con la evangelización de la población en la región (Pastrana 1996, Cruz Antillón 1994).

Correlación de mapas: el paisaje arqueológico e histórico

Los mapas del Archivo General de la Nación y el de la Pintura de Cempoala, además de los generados por el proceso de investigación arqueológica, contienen información acerca de Epazoyucan y otros altepeme, advirtiéndose algunas representaciones que persistieron y otras que se interpusieron de acuerdo con las circunstancias y el tratamiento particular de los asuntos, con una clara intención de reforzar y sustantivar las argucias contenidas en los expedientes. Los cartografía arqueológica, por lo pronto, difiere sustantivamente de la representada en la histórica, en tanto que las demarcaciones y registros de los sitios arqueológicos identifican las áreas de los antiguos asentamientos, refiriéndose a la historia reciente de esas localidades, es decir, a los vestigios de las transformaciones que pueden o no estar relacionadas con los contextos sistémicos que le dieron forma. De todas maneras, estos vestigios aducen en términos generales, a las transformaciones ocasionadas por las ocupaciones humanas en el paisaje.

De los mapas antiguos se han tomado sólo algunos datos y en general, se ha pretendido valorar el posicionamiento de los asentamientos humanos con respecto al recurso de la obsidiana. Varios asuntos han llamado la atención durante esta revisión y se pueden sintetizar de la siguiente manera:

1. En la Pintura de Cempoala no se representa la sierra de Las Navajas. Esta omisión, si se quiere paradójica, se debe a que el cerro no se encontraba dentro de los linderos del dominio de Epazoyucan, sino en los de Singuilucan.
2. Se sabe que Epazoyucan procuró los recursos y tributó sólo a Tetzcocho las navajas de obsidiana antes de 1430. Una vez conformada la Triple Alianza, la carga tributaria fue enviada a Tenochtitlan y Tetzcocho por partes iguales. Fue en esa época cuando Netzahualcoyotl fundó la población de Tzihuinquilocan o Singuilucan y sus dominios se extenderían hacia la sierra de las Navajas con la fundación de otra población, Iztzilpan.
3. Hasta hace poco tiempo, la sierra de Las Navajas era percibida como un yacimiento, donde la minería era una labor realizada desde las poblaciones cercanas, una forma de entender las actividades influida por la perspectiva histórica de la tributación y por la falta de investigación arqueológica. Lo mismo se puede afirmar sobre Epazoyucan, donde se presuponía que el templo del asentamiento prehispánico, era parte de las cimentaciones del convento de San Andrés, desconociéndose el arreglo espacial de la antigua población. De tal suerte, que la cartografía arqueológica contiene información que verifica y explica varias de las temáticas manifiestas en las gráficas y los soportes documentales de los mapas del AGN y la Pintura de Cempoala. Estas se podrían resumir de la siguiente forma:
4. Las demarcaciones de los vestigios de asentamientos en el entorno de Epazoyucan, hacen alusión a las manifestaciones de esta unidad político territorial, y además, muestran otras circunscripciones como las de Acxotla, Tetzahuapan, Quiyahuac, Santiago Tochatlauco, Tequaco, Techicahuasco – Ocotitlan. A medida que se amplía la cobertura de la prospección arqueológica, otras localidades comienzan a ser representadas en los modelos que tratan de explicar la territorialidad (Mapa 3).
5. Es interesante notar, que las áreas de asentamientos contenidas en los deslindes realizados en el modelo representado en el Mapa 3, exhiben similitudes en cuanto a la disposición espacial y la tipología que caracteriza al registro arqueológico en toda la región. En el caso de Iztzilpan y de acuerdo con lo que se percibe en el mapa (Modelo territorial de Iztzilpan), aparecen los 9 niveles de asentamientos. La población residente, aparenta haberse concentrado en el área central del territorio, ocupando tres espacios distintos. El área del yacimiento, además de haber estado ocupado por las empresas mineras, también era un espacio que recibía y acomodaba, de acuerdo con los cálculos de Pastrana, a más de medio millar de personas en tránsito. Estos, una vez que concluían con los turnos y las tandas, se regresaban a sus lugares de origen. Por razones de operatividad se deduce que un número de

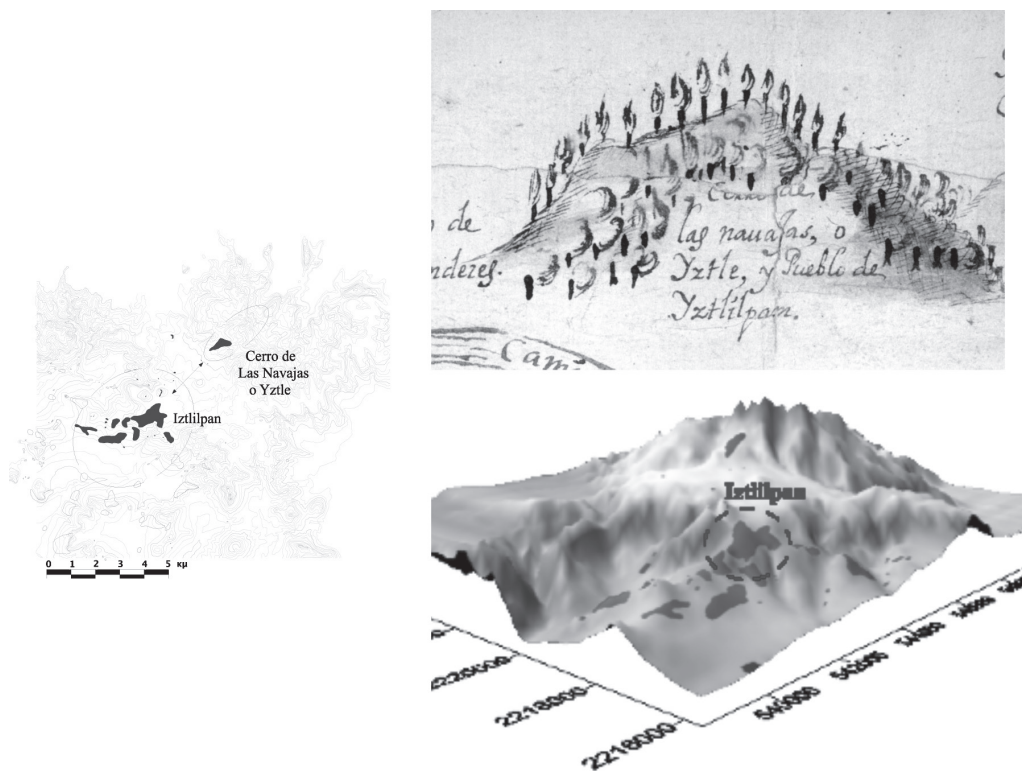


Mapa 3. Correlación cartográfica histórico arqueológica.
Modelo Territorial Iztzilpan.

- especialistas habrían residido, en lo que ahora son los vestigios de las unidades habitacionales o instalaciones que se han puesto al descubierto en el yacimiento.
6. La ermita de la que habla el documento que se conserva en el AGN, Tierras 1571, es sin duda la pequeña iglesia que Pastrana recuperado y presentado en el yacimiento. El vestigio o el edificio, porque no se aclara, servía de mojenera todavía en el siglo XVIII y refuerza la idea de que esta área, en constante transformación por las actividades mineras, era al mismo tiempo un área de asentamiento con población residente y población de paso que ofrecía sus servicios. Una fecha de carbono establece que las construcciones adyacentes al templo cristiano habrían sido ocupadas todavía hacia 1720 (Pastrana, 1996).

La territorialidad en torno a la obsidiana de las Navajas

La exploración de las afirmaciones contenidas en las Relaciones Geográficas de Epazoyucan y Cempoala, e interpretadas como los testimonios más apropiados para sustentar



Mapa 4.

que el primero de estos dos altepeme habría tenido un rol importante en el control de la obsidiana, nos condujo a revisar la información que se presenta sobre la población y el territorio. De tal manera, que las gráficas que acompañan a los distintos procedimientos jurídico administrativos desde el siglo XVI en adelante, hacen referencia a un antiguo escenario, estructurado hacia 1430 y muy probablemente generado desde la estrategia Acolhua, como una de las formas viables para adecuarse a los cambios políticos acaecidos por la formación de la Triple Alianza. En este contexto, los Tenochcas pudieron beneficiarse de la obsidiana mediante un arreglo político territorial, el cual resultó en un reordenamiento del espacio del antiguo dominio Acolhua, donde el altepetl de Cempoala fue elegido como el centro político regional, asunto que se desprende de la Pintura al representarse al palacio de Itzcohuatzin fronterero al Cempoaltepetl.

Esta interpretación tiene sentido, al considerar plausible la hipótesis de que si bien Netzahualcoyotl hubo de conceder regalías en sus antiguos territorios, para que los contingentes de las parcialidades Tenochcas se establecieran en la parte septentrional de la

Cuenca de México, al mismo tiempo pudo haber negociado el reacomodo de los sujetos que le permitiesen afianzar sus dominios, en especial el del posicionamiento expresado en la reorganización del territorio en las adyacencias de la comarca de Tulancingo. Los distintos tipos de información que se han consultado, permiten colegir que Netzahualcoyotl sacó ventaja en la reestructuración, al fundar una unidad político territorial en aquella serranía que hasta entonces no había albergado a contingentes importantes de población. Desde Singuilucan tomó posesión y deslindó el territorio estableciendo otros asentamientos, como los de Santiago Tochoapa, Xalapa, Tequaco, toda una estrategia de poblamiento dirigida al afianzamiento del control de los recursos asociados con la obsidiana.⁷

Bibliografía

- ACUÑA, René
1985 *Relaciones Geográficas del Siglo XVI: México, tomo primero y segundo*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Serie Antropológica 63, UNAM, México.
- ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de
1985 *Obras Históricas*, México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- BALLESTROS GARCÍA, Víctor Manuel
1998 *San Andrés Epazoyucan, Arte Agustino del Siglo XVI*, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Colección Patrimonio Cultural Hidalguense, Pachuca, Hidalgo, México.
- ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, México
Número de Catalogación 1116
Referencia: Tierras, volumen 1570, expediente 1, cuaderno 3, f.95
Título: Mapa de Zinguilucan, Jalapilla, Santiago, Santa Mónica, Santa María Tecajete, Tulancingo
Número de Catalogación 1118
Referencia: Tierras, volumen 1572, expediente 1, cuaderno 12, f. 61
Título: Mapa de Zinguilucan, Jaltepec y Cuyamaloya; Tulancingo, Hidalgo.
Número de Catalogación 2122
Referencia: Tierras, volumen 2776, expediente 6, f. 60
Título: Mapa de San Juan Tetzahuapan y San Andrés Epazoyucan
Número de Catalogación 2802
Referencia: Padrones, volumen 1, f. 27
Título: Mapa de la Jurisdicción de Tulancingo
Número de Catalogación 2822
Referencia: Padrones, volumen 20, expediente 1, f. 1

7 Agradezco la labor realizada por los alumnos de la ENAH que caminaron el territorio y en especial al Dr. Alejandro R. Pastrana Cruz por compartir sus reflexiones acerca del registro arqueológico en torno a la obsidiana.

Título: Mapa de la Jurisdicción de Cempoala

CARRASCO PIZANA, Pedro

1996 *Estructura Política – Territorial del Imperio Tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Teztzoco y Tlacopan*, México. El Colegio de México y Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica.

CÓDICE MENDOCINO

1980 Reimpresión de la edición de 1925 por Francisco del Paso y Troncoso, Editorial Innovación, México.

CRUZ ANTILLÓN, Rafael

1994 *Análisis Arqueológico del Yacimiento de Obsidiana de Sierra de las Navajas, Hidalgo*, Colección Científica No. 281. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

GARCÍA CASTRO, René

1999 *Indios territorio y orden en la provincia Matlatzinca, la negociación del espacio político de los pueblos otomianos, siglo XV-XVII*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Instituto Nacional de Antropología e Historia, El Colegio Mexiquense, AC. México

1985 *Agricultura Indígena en el Valle de Cuernavaca, Cambio y Continuidad en el Siglo XVI*, CIESAS, CONACYT, Inédito.

GARCÍA PIMENTEL, Luis

1985 *Descripción del Arzobispado de México, hecha en 1570 y otros documentos*, José Joaquín Terrazas e Hijos, Imps. México.

GERHARD, Peter

1972 *A Guide to the Historical Geography of New Spain*, Cambridge University Press.

GIBSON, Charles

1971 Structure of the Aztec Empire, En: *Handbook of Middle American Indians*, Vol. 10, Archaeology of Northern Mesoamerica, Ed. Vol. Ekholm, F.G. y Bernal, I. pp. 376-94, University of Texas Press, Austin.

INEGI

1992 *Síntesis Geográfica del Estado de Hidalgo*, México

1998 *Epazoyucan, Estado de Hidalgo, Cuaderno Estadístico Municipal*, México.

1999 *Zempoala, Estado de Hidalgo, Cuaderno Estadístico Municipal*. México.

LICATE, Jack A.

1980 "The Forms of Aztec Territorial Organization" en *Geoscience and Man, Volume XXI, Historical Geography of Latin America, Papers in honor of Robert C. West. Davison*, pp 27-45 J.J. Editores, Baton Rouge.

PASTRANA CRUZ, Rafael Alejandro

1996 *Explotación Azteca de Obsidiana en la Sierra de las Navajas*, Tesis de Maestría, División de Posgrado, Maestría en Arqueología. Escuela Nacional de Antropología e Historia.

RUVALCABA MERCADO, Jesús

1985 *Agricultura India en Cempoala, Tepeapulco y Tulancingo. Siglo XVI*, Coordinación de Asesores del C. Jefe del Departamento del Distrito Federal.

SANDERS, W., PARSONS, J. R., SANTLEY, R. S.

1979 *The Basin of Mexico. Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Academic Press, New York.

STERPONE, Osvaldo J.

2001 *Geografía Histórica: Investigación acerca del urbanismo, demografía y medioambiente en el norte de la Cuenca de México*, Informe final Fosiza CONACYT, Proyecto 96030101.

PARTE 2

Patrimonio



De la investigación a la docencia, de la docencia a la práctica. Los retos de la materia: Gestión del patrimonio cultural

Dra. Natalia Moragas Segura¹

Introducción

Este es un capítulo de libro atípico. No tanto por su adscripción (cabe perfectamente en la parte de Patrimonio) sino por el contenido del mismo, con poca voluntad de ser academicista sino más bien abierto al debate y valoración. Éste es por lo tanto un trabajo poco habitual en lo que esta siendo la práctica de mi especialidad: la arqueología; sino tal vez más al día-día cotidiano de la docencia de la materia Gestión del Patrimonio Cultural y de uno de los objetivos de esta publicación: servir a los estudiantes.¹

Tal como explico el primer día de clases, esta materia tiene como propósito abrir la puerta a los estudiantes a otras opciones de poner en práctica sus conocimientos como licenciados en Historia de México bajo otra perspectiva. Parfraseando a la “tercera vía” que han utilizado algunos políticos europeos; esta es la tercera apuesta para un futuro licenciado en Historia además de la docencia y de la investigación: la gestión del patrimonio cultural. Sin embargo, nueve sesiones de clases y unas lecturas no complementan lo que se quiere decir; así que de aquí se deriva la “atipicidad” de este trabajo: es la décima sesión.

¹ Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Barcelona.

En clases hemos puesto el énfasis en la acción del gestor cultural, en la práctica de su oficio y en ejercicio de la gestión mediante el planteamiento de un trabajo en grupo articulado en tres ejes: gestión y uso de espacios culturales, *marketing* cultural y talleres educativos dentro de la educación formal e informal². Cuando el tamaño del grupo lo ha permitido, hemos añadido el desarrollo comunitario como otro de los ejes de acción. En todos los casos, los grupos han tenido que consensuar estrategias, rentabilizar los presupuestos y mantener un discurso coherente con la práctica del objeto patrimonial a “usar”. Los tiempos docentes no nos permiten ir más allá de la identificación y la planificación del producto cultural dejando la ejecución y evaluación del mismo como un ejercicio a futuro.

Al ser una materia introductoria sobre la acción del gestor, nos permitía centrar la asignatura y los conceptos básicos de una manera más práctica que en la reflexión. También nos hemos centrado en el concepto del patrimonio al ser éste un objeto material o inmaterial más concebible para los ejercicios de clase y de evaluación y hemos dejado un poco a parte de una reflexión de lo es el uso de la cultura en el siglo XXI o los peligros de la gestión. Es por ello que en este trabajo (insisto muy alejado de la práctica de mi profesión) vamos hacer unas reflexiones más allá de las aulas.

Patrimonio Cultural e Identidad

La identidad es un falso amigo

Amin Maalouf

Parece una cuestión obvia mencionar que México es una sociedad pluriétnica que debe de ser considerada en el diseño de los planes culturales. Yo añado que siempre ha sido México una sociedad multiétnica desde el pasado prehispánico como la arqueología ha mostrado con los barrios foráneos en Teotihuacan por poner un ejemplo conocido. Tal como tratamos en las clases de arqueología, los diferentes marcos teóricos han hecho énfasis en los conceptos de homogeneización de la cultura material para identificar una cultura arqueológica. Sin embargo en los últimos años se han manejado conceptos más amplios en la heterogeneidad del registro arqueológico siendo estas perspectivas reflejo de una realidad cambiante de nuestra sociedad³. El Mestizaje cultural es un hecho

2 Algunos de los ejercicios que han hechos los grupos han sido: la gestión de Actopan, el centro de Pachuca, la zona arqueológica de Tula, la ciudad de Apan o el conjunto de Real del Monte. En algunos casos se han tenido que ceñir a presupuestos cerrado, en otros crear auto empleo o simplemente

3 En ciudades como Roma o Teotihuacan se han identificado barrios foráneos con características propias dentro de la trama urbana de la ciudad. Lo que se diferencia de su interpretación actual es que hace de estos grupos elementos

innegable a todos los individuos lo reconozcan o no, o sean reconocidos por los otros como tales.

El concepto de identidad es un término muy socorrido en los proyectos del patrimonio cultural. La identidad puede definirse de numerosas formas pero siguiendo a la Real Academia de la Lengua Española, identidad (Del b. lat. *identitas*, *-ātis*), es el conjunto de rasgos propios de un individuo o colectividad, que los caracteriza frente a los demás y la conciencia que tiene una persona en ser ella misma y distinta a las demás⁴. La identidad cultural supone un elemento que aglutina a una serie de individuos (Maas 2006:26). Es por lo tanto un elemento útil que nos permite amarrar discursos y ejecutar proyectos definidos en torno a esa cuestión de la identidad. De hecho en clases, algunos ejercicios han ido alrededor de diseñar actividades en los cuales la identidad ha sido el argumento aglutinador de determinado patrimonio tangible o intangible. La identidad ha sido vista para generar una imagen y un discurso. Parece obvio. Si se hace una serie de talleres o se organiza una actividad en torno a determinada gastronomía local se fortalece la identidad del grupo tanto desde adentro como un ejercicio colectivo de trabajo como desde afuera por el reconocimiento de los visitantes a una atipicidad cultural⁵. En ocasiones, el gestor puede (consciente o inconscientemente) crear o utilizar e incluso inventar elementos con el ansia de fortalecer la identidad de ese mismo grupo como puede ser la introducción de determinada artesanía o actividad o vestimenta. De hecho, se puede descontextualizar dicha vestimenta que se usa en una festividad concreta para usarla en otros contextos con afán de que se vaya identificando a ese grupo como algo suyo propio.

Tal como dice Gilberto Giménez las identidades colectivas no implican que se hallen organizadas como tales o que se reconozcan dentro del mismo grupo como tales ni que quieran ser utilizadas como parte de la acción colectiva de una comunidad en la defensa del patrimonio (Giménez Montiel 2006:31). De la misma manera que la identidad (en una de sus muchas definiciones posibles) puede ser delimitada como la representación que tienen los individuos o grupos de su posición dentro del espacio social y su relación con otros grupos (Giménez Montiel 1995:41). Así la identidad se relaciona con la identificación dentro y fuera del grupo, como se percibe el grupo y como lo reconoce el resto de la sociedad.

Se ha utilizado mucho la idea de que el gestor cultural es un mediador para mantener con su práctica la identidad de los grupos. Mi pregunta es si los grupos identitarios (los que se reconocen como tales o a los que reconocemos como tales) desean o deben

más activos de las sociedades antiguas pudiendo impactar en las propias dinámicas urbanas más allá de adscripciones étnicas o económicas.

4 http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=identidad

5 Un ejemplo las fiestas gastronómicas de Santiago de Anaya en el Estado de Hidalgo.

de ser siempre parte de la praxis del gestor o el peligro de caer en la necesidad de que siempre hagamos cuestiones identitarias en los programas patrimoniales.

Pongamos... mi caso! El “hecho diferencial catalán” se ha identificado dentro y fuera de mi grupo mediante el uso y defensa del catalán y otras cuestiones derivadas de ellas como determinados estereotipos utilizados: El catalán se caracteriza por su carácter comerciante, dado a los pactos, a su sensatez (el “seny” vs la “rauxa”), a su organización y también por ser tacaños. Por otra parte se les educa para que “se les vea pero que no sean señalados” así como para ser comedidos. El catalán es esencialmente cumplido (excepto cuando juega el Barça o le tocan el tema de su idioma). Evidentemente son estereotipos culturales aceptados con mayor o menor grado por mi grupo. Sin embargo dentro de “los catalanes” hay notables diferencias e incluso fenómenos de aculturación y pervivencia en contextos muy alejados. Muchos de los Casals Catalans que se han desarrollado son utilizados ahora por hijos y nietos de catalanes que mantienen el idioma o ciertas festividades, aunque su contexto cultural, económico y político sea completamente distinto. En mi caso, mi identidad se mantiene sin entrar en conflicto, ni tampoco con la idea de necesitar ser implementada o defendida pero sí reconocida. Vamos, que podemos conciliar perfectamente el tequila con el cava y el “pa amb tomàquet” con los tacos dorados!!!. Los alumnos que me han sobrellevado saben perfectamente que me reconozco como catalana, bromeo sobre los catalanes y me utilizo como ejemplo cuando trabajamos conceptos de la arqueología de la identidad.

Sin embargo, poco hemos reflexionado sobre la identidad de los perfiles urbanos en las ciudades cosmopolitas como eje de la acción de un gestor cultural. Normalmente en México ubicamos con mayor claridad los elementos identitarios de las comunidades dentro del escenario rural pero su determinación en ambientes urbanos contemporáneos lo hemos trabajado menos. ¿Cómo manejamos la identidad urbana y su reflejo en el diseño de un plan cultural en espacios ciudadanos? Tal vez se ha tratado desde la perspectiva de la marginalidad social, al ser a menudo grupos que se han incorporado a las ciudades modernas por cuestiones de migraciones económicas en la diáspora campo-ciudad. Sin embargo, si quitamos el hecho de la marginalidad social y tratamos de las identidades urbanas en ciudades cosmopolitas, el discurso puede complicarse bastante.

Mi impresión es que uno de los elementos a considerar se puede derivar de la conceptualización y diseño de la ciudad americana y la ciudad europea. En este caso el uso y disfrute del escenario del barrio tan común en las ciudades mediterráneas (por citar un caso que me es más familiar) crea elementos identitarios de barrio más allá de la adscripción étnica o de origen. “Soy del barrio de la Sagrada Familia de Barcelona” tiene un matiz diferente a decir “Vivo en el barrio de la Sagrada Familia en Barcelona”. Añadimos a esto la *Festa* que se convierte en un elemento de identidad de un barrio e incluso de una calle, como pueden ser los concursos de calle decoradas del barrio de

Gràcia de Barcelona que conllevan toda una tradición (palabra que conviene reflexionar también sobre ella). Las fiestas urbanas son mejor comprendidas cuando forman parte de un proceso interior de la organización de sus vecinos teniendo como espacios la cotidianeidad del barrio como espacio social inmediato⁶. Es el lugar donde está la escuela, el mercado, la iglesia, el espacio festivo⁷. Tal vez, el cambio más notable es el espacio laboral tradicional porque implica ya movimientos entre barrios o extrabarrios⁸. No obstante, cómo poder visualizar esta cuestión en ambientes urbanos contemporáneos es otro asunto y más cuando podríamos hablar incluso de identidades cruzadas.

Desde hace unos veinte años en Barcelona, como en otras muchas ciudades europeas, se ha dado un marco actual y festivo por las cuestiones multiculturales, interculturales y de la diversidad que no recogen las cuestiones tradicionales pero que vienen a ser un espacio de encuentro a un nuevo perfil de usuario o comprador cultural. Si a eso le aunamos el fenómeno de popularización de las Organizaciones no gubernamentales dentro del tejido social urbano; el papel del gestor como procurador del uso de esos modelos identitarios para generar actividades dentro del campo del patrimonio cultural, se convierte en algo extremadamente complejo por cuanto los discursos y las fronteras empiezan a ser más y más confusos. Pongamos el caso del Fòrum Universal de les Cultures realizado en Barcelona en 2004 y que este año se celebrará Monterrey (2007). Los temas esenciales aprobados por la UNESCO eran: la diversidad cultural, el desarrollo sostenible y las condiciones de la paz⁹. Obviando los movimientos en contra que veían operaciones urbanísticas encubiertas lo cierto es que se manejó en Barcelona como recuperación del espíritu olímpico del 92. Son actuaciones dentro de un marco urbano más que nacional y responden al espíritu de universalidad que se prodiga para el siglo XXI. Como visitante del Forum de 2004 lo disfruté asistiendo a las exposiciones, conferencias y actividades. La relación calidad/precio no me pareció cara pero para una gran parte de mis paisanos, el Forum se presentaba como un acontecimiento oneroso. En el fondo puede estar en la concepción de la gratuidad de la cultura que se ha mane-

6 “(...) hay fiestas vecinales o tradicionales en las que la auto-organización de la comunidad les proporcionan una apariencia de “autenticidad” y de más “pureza”, y otras fiestas diseñadas expresamente, que tendrían el estigma de fiestas dirigidas desde arriba, sin saberse muy bien qué o quién es éste de arriba” (Fornés i García, 2003:194)”.

7 “La fiesta puede ser también trabajo comunitario, creación colectiva, esfuerzo y ayuda mutua, reparto y asunción de responsabilidades, prestigio y poder. La preparación de una cena de vecinos de una calle en fiesta lleva implícita la reciprocidad generalizada, la hermandad entre viejos y jóvenes, niños y adultos; reproduce una forma de entender las diferencias internas de la pequeña comunidad que, por unos días se considera integrada por los que se sientan en la mesa, bailan, juegan o colaboran codo con codo en la creación colectiva de las fantasías efímeras del engalmanamiento de la fiesta mayor” (Fornés i García, 2003:196-197).

8 Podríamos discutir las tendencias laborales el trabajo desde casa pero creo que ya sería complicar demasiado este asunto.

9 <http://www.barcelona2004.org/cat/quees/agenda.htm>

jado dentro de las sociedades estatales y en la percepción del gasto que destinamos a la cultura como individuos¹⁰.

Sin embargo, en algún momento el mensaje se me hizo confuso. Si bien la imagen-marca estaba bien definida por un diseño, un color y un argumento en algún momento no sabía si me encontraba en un espacio cultural, lúdico, político (aunque de “políticas alternativas políticamente correctas”), de concienciación social pero que en ningún caso popular. El perfil del usuario del Fòrum, el que realmente lo iba a utilizar, estaba definido por una imagen de la urbanidad –clase media barcelonesa con estudios medios altos. Es decir ...no supe si era realmente una apreciación política de una imagen de la Barcelona burguesa, emprendedora, vitalista y abierta con todos los típicos y tópicos de lo catalán que se quería propugnar desde Barcelona al mundo (cuando gran parte de los Barceloneses no son así) o en realidad un punto de encuentro de una serie de cuestiones de las cuales las mayor parte de los ciudadanos de Barcelona podían observar como una cuestión meramente folclórica o como dice Fornés “...en una especie de recreación etnocéntrica de la periferia nos visita” (Fornés i Garcia 2003:195).

Si a eso le añadimos cuestiones de globalidad, de movimientos transfronterizos, de un grupo social emergente y aún minoritario con fronteras elásticas derivadas de cuestiones laborales y académicas; el perfil del usuario se hace más complejo y no se hasta que punto real. De hecho, salí del Forum con sensación de irrealidad en la que la identidad de esta macro actividad se me diluyó. Mi pregunta es si podemos utilizar esas cuestiones como nuevos elementos de identidad en sociedades que se reconocen como étnicamente heterogéneas desde hace poco¹¹. La identidad por lo tanto puede convertirse en un diálogo mucho más complejo que lo meramente más utilizado y reconocido como la protección de un determinado grupo cultural.

Mención cabe considerar a la tradición como un valor utilizado para sostener teóricamente actividades patrimoniales. La tradición que puede ser inventada se convierte en una repetición formalizada y ritualizada de un actividad reciente que se traslada a un pasado semi real (Hobsbawm y Ranger 1988). En su clásico trabajo Hobsbawm y Ranger determinan tres tipos de tradiciones inventadas: a) las que establecen o fomenta la cohesión social de los miembros de un grupo y comunidades reales o inventadas; b)

10 El ejercicio en clase es claro: Cuanto pagarías por ir al cine, al teatro? Cuanto por un libro? Cuanto por un concierto de tu artista favorito ¿o por la final de Liga de tu equipo favorito? Qué te parece caro y que no?

11 Otra digresión en el discurso que hemos hablado en clases: ¿Qué me define como catalana? ¿Qué es la gastronomía catalana?...etc. Si se hace una revisión rápida se ve que no es una lengua “original” sino hija del latín, que en su gastronomía incorpora elementos de las culturas mediterráneas occidentales y orientales, de América ...etc, etc. Lo que nos vuelve a repensar que el concepto de mestizaje o heterogeneidad es un concepto asumido recientemente y por un sector muy concreto de la sociedad catalana.

las que establecen o legitiman instituciones, status o relaciones de autoridad, y c) las que promueven la socialización, la inculcación de creencias, de sistema de valores y convenciones de comportamiento (Hobsbawm 2006:198).

Las tradiciones así se relacionan con la identidad pero también con el peligro de que pueden llegar a ser forzadas para incorporarla a determinadas políticas institucionales, objetivos económicos particulares.

Un ejemplo, una actividad productiva de carácter tradicional-los tenagos puede llegar a ser percibida por los visitantes al Estado de Hidalgo como algo propio de ese Estado e incluso una tradición de esta comunidad, enfatizada por el hecho de que se distribuye su venta por canales oficiales como el FONART. Sin embargo la realidad es más pragmática y más reciente y en su origen no responden a ninguna tradición ancestral (Lagunas y Moragas 2006).

Asimismo se puede crear o tal vez mejor dicho reinventar tradiciones e incorporarlas a intereses de los mercados productivos. Un ejemplo puede ser el museo del Chocolate en Barcelona que bajo el auspicio del Gremio de Pasteleros incorpora al hecho histórico de la construcción de la primera fábrica de Chocolate en Barcelona con la promoción de este producto “*tradicional* de origen americano”(palabras textuales). El museo del Chocolate de Barcelona tiene como objetivos (...) “desarrollar un proyecto al servicio de la divulgación y la sensibilización de la cultura del chocolate para incrementar su valoración cultural y gastronómica, dar a conocer la tradición chocolatera y pastelera del país y crear un espacio de relación entre la actividad profesional representada por el Gremio de Pastelería y los ciudadanos de Barcelona”.

De estas cuestiones, muchas actividades realizadas alrededor de los talleres para las escuelas en torno a museos o exposiciones dan como valor añadido que además de conocer algún aspecto cultural se haga énfasis en aspectos como la amistad, el respeto mutuo, la conservación del medio ambiente, el reconocimiento al *otro*. En el mismo Museo del Chocolate hay talleres infantiles que incorporan los derechos del niño, la concienciación de la explotación laboral infantil con la nutrición adecuada. Lo mismo en los talleres del Museo Etnológico de Barcelona donde se hace énfasis en conceptos tales como “literatura oral y valores” mediante el taller “Cuentos gitanos para jóvenes”; cuestiones de resolución de conflictos con la “La vuelta al mundo en 50 cuentos “o visitando la sala de Marruecos “entender las divisiones artificiosas fruto del apriorismo ideológico”¹².

A modo de resumen, la identidad no es por lo tanto un elemento inmutable sino que nos ha de permitir una flexibilidad tanto en el proceso de formación de estas identidades

12 <http://www.museuetnologic.bcn.es/activ/activ1.htm>

como en su uso dentro de la praxis del gestor cultural¹³. La identidad se tiene, se genera, se percibe pero también se asume. Es un juego de identidades construidas, identidades inventadas e identidades asumidas. Entonces el gestor debe considerar hasta que nivel puede jugar la veracidad de la identidad, de la tradición dentro del juego patrimonial con la finalidad de inculcar asimismo otro juego de valores éticos y morales contemporáneos. Hasta que punto estamos jugando con el hecho de la plasticidad mental de lo cultural para justificar otras cuestiones. Hasta que punto nos podemos hacer responsables de utilizar nuestro marco de trabajo para incidir en otras cuestiones sociales. ¿Dónde ponemos el límite?

Patrimonio cultural y desarrollo.

La cultura necesita de la política, pero no puede doblegarse ante sus leyes. No puede ignorar la economía, pero no debe reducirse a una mercancía negociable en el mercado

Rigaud

El término desarrollo se ha incorporado al discurso de los gestores del Patrimonio de una manera más reciente ya que forma parte de uno de los retos que supone una gestión responsable y sustentable de los proyectos patrimoniales. En el concepto de que la cultura se crea entre todos, se construye mediante un entramado complejo de relaciones sociales y procesos identitarios el factor desarrollo aparece como un eje vertebrador en los proyectos de patrimoniales. Este concepto se aplica tal vez con *cierta alegría* para los pueblos con gran patrimonio cultural pero con bajos niveles de bienestar social (pobreza, marginalidad, abusos de los derechos humanos...).

El concepto de desarrollo asociado a patrimonio ha sido utilizado paralelamente con el concepto de desarrollo territorial sobre todo en planes de revitalización de centros históricos en programas nacionales y bilaterales dentro de los marcos de la cooperación internacional responsable. El discurso patrimonialista se va haciendo común en diversos espacios culturales en el cual se va introduciendo cada vez más conceptos como

13 “La cultura es acumulación, es memoria, es recuperación del pasado; la cultura es ruptura que genera avance; la cultura genera ideología. La cultura es tradición y modernidad. La cultura nos identifica y lo que identifica genera identidad. La ideología parte de la identidad dinámica, no dogmática, cultural; y la identidad cultural se expresa en forma de ser y de estar y de actuar en el mundo de un grupo o comunidad. La identidad crea lazos, teje estructuras simbólicas, imaginario social y da sentido a la vida (Mass 2006:25)

rentabilidad y desarrollo¹⁴. También las infraestructuras culturales pueden formar parte de los procesos constitutivos de otras dinámicas sociales que beneficien el capital social de una comunidad. Si bien las intenciones son buenas, en algunos casos los impactos a medio plazo han propiciado consecuencias negativas para los inmediatos beneficiarios. Algunas zonas urbanas que se encontraban en franco declive, al recibir una fuerte inversión en conservación arquitectónica han llevado en consecuencia que la zona se revalorice económicamente. El problema es que los habitantes tradicionales, a menudo que viven en casa de renta antigua, se encuentran que sus barrios se convierten en zonas de moda con la llegada de negocios nuevos a zonas de comercio vecinal. Las inversiones en sectores de servicios como restauración o bares convierten el escenario en un lugar de especulación. En algunos casos se llega a la ironía de que el usuario inicial se convierte en desplazado de su propio barrio y el nivel de vida no mejora...se encarece. La responsabilidad social implica entonces de crear mecanismos de control que eviten estas cuestiones o que al menos minimicen el impacto.

En estos términos habría que plantearse las políticas municipales que implementan equipamientos de gran magnitud en áreas urbanas degradadas como ha sido en Barcelona. El último ejemplo la construcción de la facultad de Geografía e Historia en el barrio del Raval de Barcelona con la incorporación de unos 4000 estudiantes a uno de los barrios marginados de la ciudad. El conjunto de MACBA+diputación de Barcelona+Universidad han propiciado un cambio aparente en las dinámicas sociales del Raval pero las consecuencias e impacto reales todavía se han de ver.

Cabe mencionar muy brevemente, que si bien en clases hemos manejado los presupuestos como una de las herramientas para centrar la viabilidad de un proyecto cultural, lo cierto es que hemos prestado poca atención al impacto de la economía en la cultura. La denominada economía de la cultura, término que empieza a sonar en la década pasada, es concepto amerita un trabajo aparte, pero tan sólo quiero recordar que el gestor debe de balancearse entre el sector público y el privado con todos los matices que tienen estos dos ámbitos. El ejemplo de la Berlinal nos muestra el equilibrio entre financiamientos públicos y privados así como de modelos de gestión distintos (Colombo 2006).

14 “Pero, aunque ello y el progreso del conocimiento científico fueran suficiente recompensa, su conservación, debe aportar algo más que orgullo o reconocimiento identitario para la población local que lo sustenta. Me refiero, claro está, a beneficios bien infraestructurales (servicios) bien económicos (empleo). Caso contrario, enajenar el patrimonio de los moradores habituales del territorio en que se enmarca, nos conduce irremediamente a un incremento insostenible de sus costes. Recae sobre las administraciones públicas el deber y compromiso legal de velar por él, protegerlo del abandono y la expropiación, y con ello afrontar las cada vez menos asumibles cargas financieras” (Santana 1998:38).

De nuevo un ejemplo que he utilizado en algunas clases que he impartido¹⁵. El escenario teórico no está muy alejado a algunas realidades sociales tanto de México como de España. Un escenario socio económico y cultural bien definido. En un municipio cualquiera se localizan tres pueblos: a) la cabecera municipal de base agrícola industrial (ésta última en franco declive), con un centro histórico notable, pero en deterioro y con algunos conflictos sociales derivados de la falta de oportunidades laborales para los jóvenes que huyen a la ciudad u a otro país en busca de mayores posibilidades laborales. Todo ello sazonado con un gobierno municipal que debe atender a necesidades más perentorias sobre el urbanismo, la sanidad, la educación y la paz social antes que la cultura; b) una pequeña comunidad con un patrimonio natural y cultural muy notable con una población que vive de sus propios recursos agrícolas, ganaderos y los derivados de la explotación del bosque y los acuíferos y c) una pequeña pero creciente comunidad de recién llegados, muchos descendientes de la comunidad a) que buscan una segunda residencia y que ven con buenos ojos en invertir. El catalizador de este escenario suele ser un descubrimiento cultural notable por parte de la Universidad de turno (un templo, la tumba de un notable, una receta ancestral...), el abandono de alguna fuente productiva tradicional (la minería, la fábrica), un conflicto social latente (una huelga, un accidente...). En definitiva los alumnos deben generar la identificación de un proyecto cultural asociado al desarrollo local (ver anexo).

Resulta curioso que la mayor parte de las ocasiones, sea a nivel individual o colectivo se tiende a utilizar a la comunidad “b” como el eje de la acción del proyecto. Los argumentos son claros: “porque tienen mayor necesidad” o “porque tienen el lugar más bonito” o “porque deben desarrollarse o integrarse”. Pocas veces se dan cuenta que, en la descripción de la comunidad, no se menciona que pasen hambre, o que tengan preocupaciones o necesidades inmediatas. De hecho, no hay nada que indique que deseen ser “desarrollados o integrados en”. Obviamente esta hecho a propósito con el objetivo de hacer reflexionar sobre la necesidad de desarrollo en este caso. De golpe, a la mayoría de los encuestados sienten la necesidad de hacer algo por esa “pobre gente” sin plantearse que los problemas reales del ejercicio se refieren a la primera comunidad descrita. Otros más pragmáticos sugieren que dado que la comunidad “b” tiene recursos culturales más evidentes y turísticamente explotables es cuestión de capacitarlos para su desarrollo. De esta manera la comunidad “a” podrá complementar su oferta turística cultural con mayor fuerza.

Personalmente suscribo lo que dice José Antonio Caride Gómez (2000).

15 No importa como se llame el municipio en cuestión, sino los perfiles socioeconómicos que he utilizado para ellos,

En lo que concierne al quehacer cultural, se trata de un desarrollo que transfiere la dinámica cultural a las colectividades locales, y a su propia capacidad de tomar la iniciativa, aunque con pensamiento global y visión planetaria; un desarrollo que se inscribe en un territorio al que se observa como tema, objeto y sujeto de la cultura; en el que se alienta la participación de las personas, de los grupos y de las instituciones en proyectos integrados de innovación y cambio social. Un desarrollo, en fin, en el que se confirma al *territorio* como un espacio de socialización e identificación que trasciende la geografía o el paisaje, y en el que las *comunidades* son el referente principal y sustancial.

Es por ello que, ciertamente el tema del patrimonio y el desarrollo me preocupa. No tanto por la cuestión en si misma sino en su ejecución de la misma y de las consecuencias de la acción despreocupada del gestor. Como menciona Michel Duquesnoy, las causas pueden deberse a dos factores: los propios agentes gubernamentales (agencias nacionales, estatales, ONG's) y en el segundo los propios beneficiarios a los programas para el desarrollo (Duquesnoy en prensa).

Patrimonio cultural y turismo

El turismo cultural es uno de los ejes económicos que más van a crecer en estos próximos años. La bibliografía es extensa y supera los apuntes que deseo tratar aquí. Sin embargo, el beneficio económico no revierte necesariamente en la población local y algunas voces críticas ya se han manifestado sobre ello. Bonfil Castro considera que si bien el turismo cultural debiera de favorecer al conocimiento mutuo y al impulso económico de las regiones y sus pobladores inmediatos la realidad es otra. El turista se convierte en un consumidor de bienes culturales y sus habitantes en unos proveedores de servicios. Los beneficios económicos de esta actividad sirven más a intereses institucionales y empresariales que a fomentar el desarrollo local (Bonfil Castro 2003:118). Para este mismo autor, una vez reconocido este hecho, propone el rediseño de las políticas del turismo cultural bajo una perspectiva más dinámica en la que la participación de la sociedad civil mexicana sea más patente¹⁶ (Bonfil Castro 2003:119).

16 "Mi personal visión tendería a soñar- y trabajar en su consolidación- en una donde la democracia, parte sustantiva de una cultura ,sea por presencia o ausencia, campeara en forma amplia en todos los sectores de las naciones; donde sin desechar la real necesidad de servirse del patrimonio como atractivo turístico, éste beneficie a la conservación del primero y coadyuve a reforzar culturas e identidades en lugar de propiciar su desintegración; donde las sociedades e individuos tengan el derecho a la cultura propia y su disfrute en el sentido más amplio , y donde en el concierto de las naciones- que no en el desconcierto de un mundo globalizado- se mantenga como nación no aislada, pero tampoco uncida a la larga fila de naciones masificadas , con un rostro y una identidad propios, ajena a la masifica-

No obstante el problema tiene raíces más profundas. La imagen de los espacios culturales y patrimoniales como eje de un turismo cultural explotados por intereses externos y foráneos a las comunidades, es parte de una visión de la problemática pero no de toda la cuestión. A mi entender hay que racionalizar la situación teniendo en cuenta también otras dinámicas sociales que se vertebran dentro de estos recursos patrimoniales. Es decir reubicar el problema viéndolo desde la perspectiva de ataque desde afuera “es parte de... pero no todo el problema”.

El uso del patrimonio cultural como impulsor del turismo no es nada nuevo. Por ser Teotihuacan un ejemplo emblemático hay que recordar que éste se encuentra directamente implicado en los proyectos nacionales de identidad y de promoción económica-turística. El mismo Ignacio Bernal se encargó del Proyecto Teotihuacan 62-64 que modificó la fisonomía exterior del centro ceremonial al realizar una gran obra de excavación, limpieza y remoción de las principales estructuras de la Plaza de la Luna y la Calzada de los Muertos¹⁷. Años después las cuestiones sobre el papel de Teotihuacan ha servido de modelo y foco de reflexión por parte de grupos de investigadores que han utilizado este espacio para desarrollar un corpus jurídico destinado a la protección del patrimonio (Arana y otros 1984; Rodríguez García 1984). Siguiendo con el caso de Teotihuacan, durante años ha sido un espacio para los visitantes y turistas, un ámbito de investigación para instituciones nacionales y extranjeras pero también un espacio de uso por parte de sectores que ha hecho de la zona arqueológica un espacio de explotación económica. Así que en este lugar se ha utilizado con mayor o menor fortuna. No tan sólo tenemos las esferas económicas por parte de las grandes empresas turísticas que llegan a Teotihuacan y se van en el famoso paquete “Pirámides + la Villa”, sino también por parte de sectores locales en la forma de los grupos de artesanos y guías formales e informales que hacen de la zona arqueológica su espacio de explotación económica. La discusión por lo tanto no debe ser reconducida a una cuestión exclusivamente moral sino abordarse desde una perspectiva más pragmática.

Con todo no puedo dejar de preguntarme que si bien la decisión y ejecución de la ley federal que protege la construcción de nuevas casas alrededor de la actual zona protegida, ha sido una herramienta eficiente y eficaz en la actualidad. Indiscutiblemente, Teotihuacan como otras zonas culturales del país, requiere de una herramienta jurídica de protección

ción forjada por el poder económico y todo lo que actualmente amenaza a la subsistencia de las culturas diversas” (Bonfil Castro 2003:119)

17 Sobre la realización de proyectos con consideraciones políticas, Ponciano Salazar comenta: “ Los dirigentes del INAH hallaron coronada la idea que por muchos años habían acariciado, convertir a la ciudad más importante de México, en el centro turístico de mayor atractivo y obtener el más completo conocimiento de la historia de este gran pueblo constructor. (Salazar 1970:2).

así como de un plan estratégico de desarrollo a corto y medio plazo. Pero por ellos mismos no son suficientes si no son acompañados de políticas eficaces y eficientes en la ejecución y la comprensión de estas estrategias; mediante programas continuados de difusión en políticas locales y comunitarias que modifiquen y amplíen las actuales percepciones de estos espacios culturales. El debate en torno a la viabilidad de las actuales legislaciones sobre la protección del patrimonio pueden ser un ejercicio interesante para revalorar dichas leyes respecto a las demandas de la sociedad mexicana e iniciar ese ejercicio de participación de la sociedad civil que menciona Bonfil Castro. Ésta puede ser una herramienta de fondo para reconducir el papel que el turismo y la industria turística del siglo XXI debe de ofrecer a los visitantes nacionales y extranjeros y también propiciar un verdadero desarrollo local (social y económico). Mientras el patrimonio se vea como una isla, un oasis que se debe de proteger por ellas misma y no dentro de un ejercicio de integración dentro de la sociedad civil; las industrias turísticas alternarán entre planes más o menos exitosos de temporalidades cortas. Los planes turísticos deben de ser integrados en los procesos municipales de desarrollos locales ya que si bien muchas zonas patrimoniales son propiedades federales, otras son municipales, ejidales o privadas que se involucran en mayor o menor medida en el uso que se hace de estos espacios por parte de las empresas culturales. No hay fronteras que limiten el uso de ese espacio por los operadores culturales.

Las alarmas se han lanzado ya. En recientes noticias periodísticas se avisa sobre la pérdida de visitantes en centros emblemáticos como Teotihuacan, Palenque, Uxmal, Monte Albán y Tula por citar algunas que pierden empuje mientras que zonas como Tulum o Xochicalco se recuperan y crecen. Todo ello parece fruto de la relación entre las políticas locales y estatales exitosas con respecto a estos sitios. Tal vez el discurso “Pirámides por ellas solas “se esta agotando y nos encontremos ahora con la oportunidad de reconducir políticas. Sin embargo no hay que ser inocentes y olvidar al empresariado¹⁸. La relación entre promoción turística y la Riviera maya (es decir las grandes compañías hoteleras) esta clara pero también hay otras facetas que nos animan como cuando en palabras del periodista cuando dice “(...)Acaso hay que reconocer que uno de los programas que ha dado resultados a lo largo del tiempo, pero cuyos alcances no dejan de ser modestos

18 Como vendedor de patrimonio, el empresariado escogerá, entre todas, la interpretación más a uso, la más llevadera para la sociedad en que se pretenda proyectar la imagen construida. No se cuestionará si es acertada o no, si tiene matices erróneos o tintes hollywoodienses, tan sólo si genera suficientes beneficios. El índice que determina su acierto e importancia es la rentabilidad. De hecho gran parte del patrimonio turístico se corresponde a la imagen preconfigurada de sus consumidores, construida a través de los estereotipos que, bien le son ofrecidos desde el destino, bien sintetizados (inducidos) de lo emitido por los medios de comunicación de masas. Si la presentación realizada por los profesionales del patrimonio no es clara, concisa y prevé las condiciones y número posible de visitantes, con o sin él, tanto los organismos (públicos o privados) patrocinadores de la investigación como otros, que simplemente esperan la oportunidad, utilizarán convenientemente no los resultados de nivel científico, sino la información pasada por el tamiz de la espectacularidad (Santana 1998:39-40)”.

respecto del tamaño del sector turístico nacional es el de Paseos Culturales del INAH, que organiza paquetes económicos con guías especializados, que tiene público fiel¹⁹.

Siendo notables los recursos que para un país genera el turismo cultural, no se si estos factores van a propiciar un cambio en la política cultural y la re-discusión del papel del Estado en la Cultura. Sinceramente espero que la motivación para generar dicho debate político no se centre exclusivamente por cuestiones económicas porque es plausible que envíe el discurso de fondo. Si bien no se puede mantener el modelo teórico del México posrevolucionario, esencialmente protector de una determinada identidad nacional, la aplicación de modelo neoliberales extremos tampoco pueden propiciar a medio plazo nada bueno. Algunos autores como Lucina Jiménez proponen que el uso del término facilitador para el papel del Estado en la cultura dejando a los actores sociales que intervengan (en Nivón 2006). Este autor, Nivón, considera que se debe de dejar de hablar de la planificación cultural marcada por objetivos, resultado y metas para centrarnos en los valores tales como cooperación, diversidad, memoria para diseñar las políticas culturales del siglo XXI (Nivón 2006:131). Yo creo que la planificación sigue siendo una herramienta pero no la herramienta final. Un ejemplo más arqueológico: las tipologías arqueológicas son herramientas de trabajo para clasificar e identificar materiales culturales en arqueología, pero no toda la arqueología es sólo tipología.

¿Cuál es el papel del gestor cultural en todo eso? Bueno...dependerá de su faceta laboral como gestor y sobre todo en el ámbito que debamos trabajar.

Perspectivas de la profesión

Llegamos a la parte final de esta última sesión de clases. Tal como dije en el inicio, en la licenciatura manejamos la materia Gestión del patrimonio como un elemento nuevo a lo que es una faceta distinta al tradicional campo del trabajo del historiador o el antropólogo. Es por ello que, siendo una materia introductoria dentro de una licenciatura, esta pensada para ser una asignatura esencialmente práctica y espero que también con su punto divertido.

Sin embargo, y justamente porque la materia se percibe como “bonita y divertida” no quisiera que se viera la profesión del gestor cultural como una tarea fácil ni que los trabajos que hemos realizados dieran la impresión engañosa de que todo es un ejercicio de identificación, planificación y diseño de proyectos culturales. Si bien es cierto, que en el curso nos basamos en ello, ésta es una parte inicial del oficio. Que la acción del gestor se vea como un planificador de eventos culturales, una especie de *socialité* cul-

19 <http://www.eluniversal.com.mx/articulos/39844.html>

tural o en su defecto una especie de administrador sofisticado de la cultura que prepara actividades. En definitiva, que lo urgente no deje paso a lo importante. Que el diseño de actividades para cumplir metas y objetivos nos olvide de lo que debe de ser un ejercicio de compromiso social y de reflexión acerca de lo que supone trabajar en cultura, por la cultura y dentro de la cultura. Como ya he dicho, el diseño y la planificación de proyectos es una herramienta que debe ejecutarse y evaluarse pero no son por ellas mismas la finalidad del trabajo del gestor. O mejor dicho no se deben de convertir en el único marco de la gestión. El diseño de un proyecto cultural requiere además de metodología una reflexión profunda sobre el proyecto en si mismo.

En cierta manera, este trabajo resume algunos de mis miedos y cinismo acerca de la explosión de ofertas formativas, proyectos culturales y políticas públicas y privadas que se ha generado en torno a las cuestiones como identidad, tradición, turismo cultural, desarrollo...empleados dentro del campo de la cultura. La Cooperación Internacional también se vertebra como uno de los ejes futuros de trabajo entre naciones. Véase por ejemplo la Carta Cultural Iberoamericana (2006) en la que se declara el valor de la cultura con un medio de desarrollo integral del ser humano en un marco de igualdad y respeto. El mercado de la cultura esta en alza e imagino que como todos los mercados llegará a niveles de autorregulación. La cuestión es cual será el precio que pagaremos si no racionalizamos la explotación del patrimonio cultural. No por ello quiero decir que el patrimonio cultural debe de ser mantenido como el objeto intocable y por él mismo sujeto a veneración por representar determinados elementos inmutables de un país o una nación. Me preocupa más que en la búsqueda de nuevos filones de ocupación se pierda el sentido de la acción del gestor o al menos de un perfil determinado de la gestión.

México se enfrenta , en los próximos años, a nuevos retos en la gestión de su patrimonio cultural. Es un momento de oportunidades y de reflexión de lo que debe de ser el modelo de gestión. En ese contexto, se abre oportunidades para los nuevos gestores que salgan de las aulas de las Universidades. Vale la pena pues, detenernos un poco a reflexionar sobre ello.

Bibliografía

- ARANA, Raúl, CASTILLO, Noemí, VALENCIA, Ariel, VILLALOBOS, Javier
1984 "Teotihuacan, Patrimonio Nacional y Mundial". *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, diciembre, nº 3 pp. 39-53, División de estudios de posgrado - Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- BONFIL CASTRO, Ramón
2003 "Patrimonio cultural, gestión y proyecto de nación" en Viladevall i Guasch ,Mireia (coord) *Gestión del Patrimonio Cultural. Realidades y retos* pp. 107-120. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

CARIDE GÓMEZ, José Antonio

2000 "La cultura como construcción social: Animación, desarrollo comunitario y patrimonio". María del Mar Bóveda López (coord.) Gestión Patrimonial y Desarrollo Social, *Revista CAPA* 12, Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais, IIT, Universidade de Santiago de Compostela.

CARTA CULTURAL IBEROAMERICANA

2006 *XVI Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno*. Montevideo, Uruguay.

COLOMBO, Alba

2006 "Economía de la cultura. L'impacte econòmic del sector cultural des d'una òptica europea" en *Digithum*. Núm.8. UOC. <http://www.uoc.edu/digithum/8/dt/cat-colombo.pdf>

DUQUESNOY, Michel

(en prensa) *Mundos rurales, mundos participativos y desarrollo: notas para la acción*.

FORNES I GARCÍA, Josep

2003 "Hablar de fiesta en Barcelona". En Viladevall i Guasch, Mireia (coord) *Gestión del Patrimonio Cultural. Realidades y retos* pp. 193-209. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

HOBBSAWM, Eric y RANGER, Terence

1988 *L'invent de la tradició*. Eumo Editorial, Barcelona.

HOBBSAWM, Eric

2006 "Inventando tradiciones" en *Teoría y análisis de la Cultura* Vol. 2 colecc. Intersecciones 6, pp.189-204, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

GIMÉNEZ MONTIEL, Gilberto

2006 "Materiales para una teoría de las identidades sociales" en *Teoría y análisis de la Cultura* Vol. 2 colecc. Intersecciones 6, pp. 18-45, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México

LAGUNAS ARIAS, David, MORAGAS SEGURA, Natalia

2006 "El bordado otomí en Tenango de Doria .Precedentes y actualidad de un arte reinventado" III *Jornadas Internacionales de Textiles Prehispánicos*, Centre d'Estudis Precolombins, Barcelona.

MAAS MORENO, Margarita

2006 *Gestión cultural, comunicación y desarrollo*. Colección Intersecciones 9, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

NIVON BOLÁN, Eduardo

2007 *La política cultural, Temas, Problemas y Oportunidades*. Colección Intersecciones 16, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

RODRIGUEZ GARCÍA, Ignacio

1984 "La protección del patrimonio cultural en Teotihuacan". *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, diciembre, n°3: 19-23, División de estudios de posgrado-Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

SANTANA, Agustín

1998 "Patrimonio cultural y turismo: reflexiones y dudas de un anfitrión" *Revista Ciencia y Mar*, (1998) 6: 37-41

En búsqueda de lo propio. Notas sobre el patrimonio cultural hidalguense

Artemio Arroyo Mosqueda¹

La cuestión patrimonial vive un momento álgido e intenso en México. A la fecha se viene debatiendo la situación legal de la cultura y las instituciones encargadas de su custodia, conservación y difusión. Puesto a debate público, aún no están dichas las últimas palabras sobre la realidad patrimonial nacional, pues propuestas legislativas, trabajadores de la cultura, investigadores y sociedad civil no han alcanzado consenso ninguno, salvo en los desacuerdos, especialmente ante las expectativas comercializadoras y privatizadoras de los productos y procesos culturales.¹

El panorama político que actualmente envuelve a las acciones culturales, tanto oficiales como sociales, no han traído mayor repercusión al estado de Hidalgo. Su influencia queda reducida a la resistencia del Centro Regional INAH Hidalgo, con algunos intermitentes brotes de atención por parte de algunos investigadores locales concentrados en los núcleos urbanos más importantes de la entidad: Pachuca y Tulancingo. El escaso interés quizá tenga por fundamento la poca trayectoria y contacto habitual con tales asuntos, dado la constitución reciente de organismos unificadores de las tareas culturales, en otro momento atendidas por institutos públicos como la Universidad Autónoma de

¹ Área Académica de Historia y Antropología, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

Hidalgo, el propio Sector Educativo o asociaciones civiles, el CEHINHAC (Centro Hidalguense de Investigaciones Históricas, A.C.) por ejemplo; preocupados en las décadas de 1970 y 1980 por la historia, las artes y los valores patrimoniales regionales, y cuyas actividades darían resultados interesantes respecto de la importancia y valor de muchas obras localizadas entre los municipios del Mezquital, Sierra Alta, Altiplano y Huasteca.

Testimonio de estos momentos son pues las publicaciones del mencionado CEHINHAC, acopio de esfuerzo colectivo donde mediante el rescate y escrutinio de la memoria escrita (los archivos judiciales, civiles y eclesiásticos) se comenzó a escribir cuasi profesionalmente el discurrir de la sociedad hidalguense, lográndose las series: *Teotlalpan*, *Ortega-Falkowska* y ediciones facsimilares; notorio en este punto la obra de Joaquín Meade sobre la huasteca hidalguense hecha en 1949. Igualmente importantes fueron las gestiones emprendidas por varios de sus miembros para el rescate de documentación histórica, fundamento en este caso, de algunos repositorios sobresalientes en el estado: Archivo Histórico del Poder Judicial y Archivo General del Estado de Hidalgo.

Muchos integrantes de esta asociación civil, fueron además fuertes impulsores y activos participantes de encuentros académicos significativos de la época: *Primer Congreso de la Cultura del Estado de Hidalgo* celebrado en 1970 y el *Coloquio de Historia Regional* de 1986; ambos coordinados por la Universidad Autónoma de Hidalgo. Imposible dejar de mencionar para este caso al Dr. Víctor Manuel Ballesteros García, de cuyas gestiones dieron fruto otros tantos eventos de igual naturaleza.

Sin embargo, la mayoría de estas iniciativas se realizaron bajo motivaciones confusas y meramente entusiastas, dejando de lado todo procedimiento metodológico en lo que a patrimonio concierne, olvidando de entrada una caracterización sobre el mismo, sus condiciones y rasgos definitorios. Un asunto no del todo resuelto, pues la discusión en realidad no ha iniciado hasta el momento, a pesar de existir varios intentos nacionales recientes por reformar la normatividad federal en este campo, donde los interesados involucrados no han participado con suficiente conocimiento de causa salvo en el caso de la representación estatal del INAH.

De esta suerte, tenemos desde entonces un vacío de orden reflexivo sustituido por una acción institucional pragmática en ascenso, con la consigna de intervenir de forma directa en la realidad cultural estatal, aunque en lo correspondiente a aspectos muy específicos del patrimonio y desde instancias particularmente oficiales.

Así, desde finales de la década de 1980 el gobierno estatal consideró oportuno impulsar una política cultural propia sirviéndose en principio del Instituto Hidalguense de la Cultura (IHC), cuyo Decreto de Creación fue publicado el 17 de octubre de 1988. Cabe señalar su importancia, pues hasta el momento parece ser el proyecto estatal más acabado en esta materia. Como órgano desconcentrado de la Administración Pública el IHC tenía por misión fundamental la preservación y promoción de los valores locales, fueran artís-

ticos, etnográficos, arquitectónicos, arqueológicos, turísticos e históricos, poniendo especial énfasis en las necesidades de los grupos étnicos. Su órgano de gobierno correspondía a un Consejo Directivo encabezado por un presidente más trece vocales. Como reacción instrumental se planteó la necesidad de vincular sus lineamientos al sector educativo con el propósito de enriquecer los programas vigentes en este rubro. La decisión tomada para este caso correspondía a un acto funcional que le permitía justificar y legitimar su presencia dentro del entorno institucional y social. El procedimiento correspondería en circunscripción a un aspecto legal pragmático, pues en los hechos nunca se actuó coordinadamente con aquel órgano, salvo por cierta presencia en algunos planteles con el fin de difundir, sin argumentación suficiente, temas científicos antes que culturales

Bajo este modelo se impulsó un registro del patrimonio estatal utilizando una preexistente sectorización territorial oficial, que había propuesto la existencia de siete regiones, arbitrarias de por sí, y fundamentadas en los rasgos físicos o geográficos y que influían, según la opinión de los responsables del registro, en la vida económica y cultural de las comunidades. De este modo se reconocerá la existencia de regiones geosociales. Para este ejercicio de registro de los elementos patrimoniales estatales no se planteó la necesidad de una definición abierta de cultura y patrimonio, acaso ambas categorías básicas fueron objeto de alusiones difusas y sin ninguna utilidad operativa. Se mencionaba cuando mucho que el patrimonio era: *la herencia de nuestros ancestros*. La cultura en este caso significaba algo que se extendía hacia todos lados. El fin esencial de este tipo de trabajo era simplemente la preservación de los monumentos y construcciones. Los otros aspectos incorporados al recuento actuaban como objetos circunstanciales, guardando con ello y en lo posible las directrices marcadas en el documento rector que daba origen a la institución. Se aplicaron así, fichas a las expresiones artesanales y también, en un lance atrevido, al llamado patrimonio rupestre, elemento nunca antes tomado en cuenta. Es conveniente establecer que tales actividades dieron por fruto un extenso juego de cuadernos donde todo el estado fue reconocido e identificado, haciendo de su labor el más completo trabajo logrado hasta el momento sobre esta temática. Lo siguiente fue intentar caminar sobre los mismos procedimientos emprendidos, aunque sin grandes logros. Finalmente este proceso dio ocasión a lucubraciones culteranas sobre el patrimonio, algo común entre los no especialistas de las ciencias sociales, pues se produjeron artículos cuyos contenidos correspondían más bien a ejercicios de taller literario mezclados con posiciones provenientes de los historiadores del arte.

Inmersas en la política cultural estatal del sexenio 1988-1993, las acciones mencionadas de registro no fueron pues una versión precisamente vanguardista sobre el mismo. No obstante, reiteramos, permitió la elaboración de un plan básico de atención a sus expresiones, utilizando la normatividad federal existente (la misma hasta hoy en vigencia). Fue un periodo contrastante, pues aún con la ley como fundamento, se actuó de modo em-

pírico; el recurso normativo aparecería aquí como el marco de referencia obligado sin más función que la justificación de los hechos. Cosa ni siquiera tomado en cuenta más tarde.

La posterior administración fomentó un modelo, por así decirlo, distinto de intervención o acción cultural. En este caso se favoreció la creación de un Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, siguiendo los pasos de la figura creada por el gobierno de la República, y cuyo primer presidente fue el Lic. Víctor Flores Olea. En realidad no cambiaba nada en el escenario, sólo la denominación, producto de aspiraciones “modernizadoras” del momento.

Por lo tanto el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes (CECA) se mantendría como órgano desconcentrado, esta vez, del Instituto Hidalguense de Educación y cuya fórmula de gobierno respondía nuevamente a un Consejo, presidido ahora por el gobernador. Sus mayores preocupaciones fueron la protección, preservación y difusión del patrimonio cultural. En este caso las líneas, programas y proyectos fueron erráticos, pues los pocos proyectos claros de encontraron desvinculados de por sí de las primeras y los segundos, creando un estado regresivo en cuanto a conservación del patrimonio se refiere. De esta manera poco hay que decir al respecto, salvo que se editaron algunos volúmenes pendientes del *Catálogo del Patrimonio Cultural del Estado de Hidalgo* emprendido en la gestión anterior.

Quizá en este momento se favoreció el nexo con la federación, sin duda en beneficio de temáticas o tópicos socioculturales como el fomento a las tradiciones y costumbres, esperando la reactivación de algunas formas de producción cultural colectiva, caso el de las verbenas y celebraciones a los muertos en zonas urbanas. Se privilegió la difusión y las actividades artísticas, poniendo especial empeño en la descentralización vía el impulso de las expresiones culturales regionales mediante la infraestructura de las Casa de Cultura bajo su administración, edificaciones heredadas del organismo antecedente. Dichos espacios culturales regionales con sus pequeñas salas de exposiciones fueron presa de la inercia, y sucumbieron a las tentaciones de sus promotores y directivos por exhibir aquello considerado valioso. Sin norma y orientación técnica, cualquier cosa era prevista como patrimonio: huesos de fauna prehistórica (cuando realmente lo eran), fragmentos de cerámica prehispánica, fotografías de personajes locales, planas de periódicos y revistas, mobiliario apolillado. Cualquier objeto podía tomarse como digno representante de los valores hidalguenses.

Pero el mal provino en realidad, y como vicio de origen, de la política y proyecto anterior, pues si bien atendió con solvencia bienes inmuebles destacables mediante un equipo profesional, descuidó sensiblemente y desde este momento, importantes apartados de la cultura, por cierto muy ligados a la vida inmediata de los vecindarios regionales.

La experiencia más reciente de política cultural estatal se corresponde a la creación, en 1999, del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo (CECULTAH). Su

estatuto legal cambiaría esta vez al designarlo órgano descentralizado, con personalidad jurídica y patrimonio propios. Hasta el momento tiene por objeto desarrollar, promover, preservar, difundir e investigar las manifestaciones culturales, artísticas y patrimoniales estatales, nacionales y universales.

Desde luego, como en otros casos, se suma a la política cultural federal y le corresponde proteger y preservar el patrimonio, rigiéndose por una Junta de Gobierno cuya presidencia está a cargo del titular del ejecutivo estatal. Cabe señalar que esta figura oficial de la promoción cultural hidalguense se ha hecho el propósito de elaborar un plan de trabajo capaz de incorporar en su contenido el mayor número de aspectos y expresiones, diseñando proyectos acordes con las líneas fundamentales de trabajo dispuestas en el decreto que le da origen, pues tiene un programa de largo plazo para el registro de bienes patrimoniales religiosos en todo el territorio del estado, deseando la creación de una amplia base de datos, cuadernos por parroquia y capilla dentro de una diócesis. Con esta iniciativa se tiene previsto generar un sistema de control sobre este tipo de bienes, al sumar disposiciones judiciales para su custodia y protección legal. En una búsqueda de mayor cobertura se han iniciado los preliminares para impulsar una Ley de Cultura hidalguense a fin de intervenir sobre los valores con la misma ingerencia que guarda la federación, compartiendo, por tanto, la responsabilidad de su resguardo y custodia. El plan es ambicioso, y todavía no da todo de sí.

La otra parte medular de intervención patrimonial responde aquí al proyecto de rehabilitación y restauración de inmuebles histórico-arquitectónicos y artísticos, tomando en cuenta la necesidad del rescate como factor esencial de la empresa. Observando así las cosas, tenemos por primera vez un programa operativo coherente, sin embrago con las mismas debilidades anteriores: reducir el patrimonio a elementos monumentales del pasado y decorativos, fomentando con ello el viejo esquema patrimonialista bajo el cual el nacionalismo oficial se nutre de lo histórico, pues se requiere de manera constante su alimentación con antecedentes bizarros, gloriosos, nobles, dignos o únicos. Y una vez valorados como tales, el paso que sigue este asunto es su dolorosa confirmación legal que conlleva de manera inmediata a crear patrimonios por decreto, proceso incongruente y contrapuesto a las demandas reales de los pueblos y sectores de la sociedad, cuya versión del patrimonio se finca en el uso directo de representaciones escénicas, representaciones gráficas diversas, oralidad, impresos, vestuarios, elementos musicales y también de espacios o sitios específicos de la geografía local urbana o rural.

¿Qué es pues el patrimonio cultural? En este caso, y según los resultados de las acciones emprendidas por las instituciones oficiales del gobierno estatal en las últimas dos décadas, aquel respondería a un cúmulo de edificios coloniales y del siglo XIX de corte eclesiástico, civil y públicos, además de una buena cantidad de vestigios arqueológicos prácticamente sin atención a falta de recursos financieros y humanos suficientes. En este

último tópico, las mayores consideraciones se han puesto en Tula, Jihuingo, municipio de Tepeapulco y otro tanto en el Cerro del Ponzha y Huapalcalco, Ajacuba y Tulancingo respectivamente. Las muestras de presencia arqueológica, por desgracia, continuamente sufren agresiones con la pérdida irremediable de sus expresiones, pues los ataques impactan por lo común hasta la aniquilación del bien.

Caracterizados de esta manera, el complejo de elementos citados con añadidos referentes a las artesanías y expresiones festivas, resultan ser por consiguiente una versión tradicional del patrimonio, aquella donde el legado determinante se compone de los elementos materiales hegemónicos de otros tiempos y de obras plásticas. Modelo muy en boga a principios de la década de 1980 y que remite inexorablemente a la muy antigua antinomia de: arte/artesanía o culto/inculto; actitud verdaderamente criticable por cierto.

En este paradigma del patrimonio no fueron incorporados elementos socioculturales actuales. Su formato se redujo y condicionó pues al patrimonio histórico, sin considerar que las acciones de registro hechos generaban duplicidad con las actividades del INAH. La tendencia a continuado, aunque se debe reconocer un sensible avance con respecto a la catalogación de tal tipo de elementos, sin duda importantes, y que por sus características y estado de conservación requerían una intervención inmediata, a fin de conocer su magnitud, situación, valor histórico y posibilidades de resguardo o custodia.

En este mismo tenor, cabe mencionar por fin un asunto por demás relevante. Este tema, en estrecha relación con lo anteriormente citado, se identifica con la fuente que define a las cosas como patrimonio y que a su vez lo legitima. En los últimos treinta años, el sentido de lo patrimonial en Hidalgo ha dependido sobre todo de la opinión de “especialistas”, ciudadanos animosos agrupados en asociaciones, instituciones federales, proyectos individuales de los gobernantes locales, y sólo muy pocas veces de la sociedad frente a sus necesidades como consumidores de historia y valores culturales. Además, cuando casualmente sucede, viven irremediablemente la intermediación de las instituciones oficiales, no como la acción del Estado benefactor, sino más bien como la acción del Estado paternalista, esto es, de una política cultural donde priva el autoritarismo disfrazado de tolerancia e inclusión.

A la fecha no se cuenta pues con una noción técnica y medianamente solvente sobre el patrimonio. Es común oír todavía opiniones que hacen referencia a aquel como cosas sublimes o sobresalientes de la acción humana. En esta misma tónica se entiende como tal a un cuerpo de cosas *legadas por nuestros antepasados*, especialmente si son “bonitas” o “agradables”, es decir, si son capaces de *alimentar nuestro espíritu*. Pocas veces se ha tenido claridad que el patrimonio es un hecho social, como establece Alberto M. Cirese (1997); un producto de las necesidades de los individuos por encontrar elementos de auto identificación y construcción de espacios de referencia. De tal suerte que el señalado patrimonio es un recurso sobre el cual se edifica las identidades, las luchas

sociales, los procesos voluntarios de cambio y continuidad, la independencia y necesidades de autogestión, la historia y el devenir; en fin: el proceso cotidiano y utópico de la convivencia humana, dependiente de mecanismos reales donde la apropiación colectiva de una serie seleccionada y valorizada de elementos es la regla a seguir. En este caso, el patrimonio es algo que se asume como la razón de vida de un grupo o de una sociedad en un espacio o territorio específico. En consecuencia no será o deberá seguir siendo, un cúmulo de simples escenarios o paisajes culturales, museos al aire libre folclorizados por el Estado mediante coreografías o vendimias para turistas. O en otros casos, “adoratorios inviolables de inmaculada belleza” sólo dignos de los conocedores y gente educada. Por todo ello se confirma que el patrimonio es un acto de selección arbitraria de elementos disímiles, y que termina siendo factor de apoyo a la cotidianidad de sus productores y consumidores directos e indirectos.

Bibliografía

- CIRESE, Alberto
1997 *Cultura hegemónica y culturas subalternas*, Universidad Autónoma del Estado de México, México.



Estrategias de planeación: propuesta para plan de manejo de la zona arqueológica en Tula, Hidalgo

Julieta García García¹

La relevancia de la Zona Arqueológica de Tula se desprende, entre otras cosas del significado que tiene como asiento de la cultura tolteca, misma que en los estudios que sobre ella se han hecho, ha sido considerada como la cultura que floreció durante el período posclásico temprano (hacia 800-900 d.C.) y cuyo apogeo edificó un núcleo sede de la administración política y religiosa, que hoy conocemos y visitamos como zona arqueológica. Misma que, de acuerdo a las investigaciones, reprodujo las características de urbanización del primer asentamiento, conocido como Tula Chico.

Tula se localiza a 2020m.s.n.m., en el Valle del Mezquital, una de las zonas geoculturales en que se ha dividido el Estado de Hidalgo,² cuya tempe-

1 Museóloga, Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, INAH.

2 La división a que se refiere data aproximadamente de la década de los años sesenta, se hizo a partir de la diversidad climática que de manera natural establece ciertos límites y por ende, la población que en cada una de las regiones habita, posteriormente se ha enfatizado en la diferenciación por la infraestructura cultural con que se cuenta. Las regiones geoculturales, referencia de todos los planes de desarrollo estatales son: Huasteca, Sierra de Tenango, Valle de Tulancingo, Altiplanicie Pulquera, Comarca Minera, Cuenca del Valle de México, Sierra Alta, Sierra Baja, Sierra Gorda y Valle del Mezquital. En esta última, se ubica la Zona de Monumentos Arqueológicos de Tula.

ratura, precipitación pluvial y altitud la dotan de una peculiar fauna y flora³. La montaña Jicuco o *Xicucu*, entre Tula y Tlahuelipan, dio pie a la leyenda del origen del nombre Tula *Xicotitlan*. Ésta, se desarrolló en el citado periodo posclásico como principal centro político, militar y comercial del Centro de Mesoamérica. La cultura tolteca se integró por una sociedad multiétnica, por lo que algunos autores la han definido como una etapa de gran actividad migratoria, manifiesta en expresiones artísticas particulares a partir de la integración de elementos culturales provenientes de diversas regiones (siglos X y XII d.C.) (León Portilla, 1977: 130-144).

Un par de siglos más tarde, llegó su declive y es probable que las razones de este proceso fueran de orden interno, aunadas a otros factores externos. La decadencia de la capital tolteca se asoció con el agotamiento de un sistema político, mediante una serie de disputas entre grupos que pugnaban por obtener para sí, los beneficios del dominio que hasta entonces tenían los toltecas. Tras este colapso, muchos habitantes de la ciudad iniciaron su traslado hacia otras regiones de Mesoamérica. Algunos se establecieron en Culhuacán, de dicho asentamiento surgió un señorío importante que dominó el sur del Valle de México. Más tarde, la élite de Culhuacán; dio a los mexicas su primer tlatoni, que apelaba a su ascendencia tolteca como base de su legitimidad. (López y López, 2001)

Ya en el siglo XIX, inmerso nuestro país en la etapa de grandes exploraciones que se estaban realizando en diferentes partes del mundo, el interés de Antonio García Cubas por el pasado mexicano, produjo la primera descripción gráfica especializada de unas ruinas al noroeste del Valle de México.⁴ Sin embargo, podemos decir que las primeras exploraciones arqueológicas en Tula, fueron realizadas en la década de 1880 por el anticuario francés Désiré Charnay, mismas que quedaron registradas al publicar su libro *Les anciennes villes du Nouveau Monde* (Charnay, 1885), donde describe e ilustra algunos edificios y monumentos de la antigua *Tollan*. Incluso el mismo Charnay, fue quien puso sobre la mesa el tema de la posible relación entre Tula y Chichén Itzá, la primera como “origen” de la segunda.

Hay que esperar la década de los cuarenta del siglo XX cuando el Instituto Nacional de Antropología e Historia impulsó amplias temporadas de investigación arqueológica encabezadas por sus más insignes arqueólogos, iniciando por Jorge R. Acosta. Entre 1968 y 1970, Eduardo Matos Moctezuma. También en esta década de los años setenta,

3 De acuerdo con la Carta de Climas del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI 2007), el clima de Tula de Allende es semiseco templado, combinado hacia el oeste, con el templado subhúmedo con lluvias en verano que ya corresponde incluso a una parte del Estado de Querétaro.

4 Antonio García Cubas como miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía e Historia, a partir de 1856, preparó una recopilación sistemática del territorio mexicano, incluyendo imágenes pintorescas, del novedoso ferrocarril o de las atractivas recién descubiertas ruinas prehispánicas.

Alba Guadalupe Mastache y Ana María Crespo iniciaron trabajos de investigación. En 1979, y entre 1980 y 1982 el Centro INAH Hidalgo realizó trabajos de conservación en diferentes momentos coordinados por Rafael Abascal y Juan Yadeun (1982). Continuaron las labores con Roberto Gallegos entre 1983 y 1988. El periodo entre 1992 y 1994, financiado por el INAH y el Banco Mundial se realizó gran cantidad de trabajos en las pirámides B y C, así como en el llamado Palacio Quemado. Finalmente en este recuento mencionaremos nuevamente a Alba Guadalupe Mastache, quien junto con Robert H. Cobean, iniciaron trabajos en la última década, relacionados con la estructura social y económica de Tula, incorporándose al equipo de arqueólogos en la zona, Luis Manuel Gamboa Cabezas desde el año 2005. (Cobean y Mastache 2007: 30-35 y Cobean y Gamboa, 2007: 36-39).

En los últimos años la Zona Arqueológica de Tula ha sido objeto de un relativo rezago en términos de conservación, investigación, difusión y operación ya que no fue sino hasta el año de 2003 que se realizaron acciones significativas orientadas a fortalecerla en estos aspectos. Para continuar con dicha consolidación fue que entre el 21 y 23 de noviembre del año 2005, la Delegación del Instituto Nacional de Antropología e Historia en el Estado de Hidalgo (Centro INAH Hidalgo), organizó el taller *Elaboración de Planes de Manejo para Zonas Arqueológicas*, cuya sede fue precisamente la Zona de Monumentos Arqueológicos de Tula; Tula de Allende para sus habitantes o Tula de los *atlantes*, como la reconocemos en el resto del país. Con ese taller se inició una serie de trabajos que seis meses más tarde integraría el documento *Proyecto para plan de manejo de la zona de monumentos arqueológicos de Tula*.

A instancias del propio INAH, a través de su Dirección de Operación de Sitios (DOS), se identificaron diversos sitios susceptibles de organizarse para contar con su Plan de Manejo.⁵ Este interés por realizarlo no fue fortuito, México ha suscrito infinidad de convenios para la salvaguarda de los patrimonios tanto culturales como naturales, de muy diversa índole; una muy importante a la que se adhirió fue la Convención de París en el año 1972.

La Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, (UNESCO) en su 17 reunión celebrada en París del 17 de octubre al 21 de noviembre de 1972, establece que se reconoce como patrimonio cultural

5 Para la Dirección de Operación de Sitios del INAH, el Plan de Manejo es el documento rector en el que se integran las propuestas del proceso de planeación, sirve como marco de referencia para la programación operativa de un sitio patrimonial en el corto y largo plazo, con la consecuente optimización de los recursos humanos, materiales y financieros. Los principios para la formulación del Plan son la conservación integral y el uso sustentable del Sitio. Asimismo, es una guía para ayudar a las autoridades responsables en la toma de decisiones operativas, con la participación efectiva de la sociedad, en el mantenimiento y usos del patrimonio. (INAH, 2005: 6).

Los monumentos: obras arquitectónicas, de escultura o de pintura monumentales, elementos o estructuras de carácter arqueológico, inscripciones, cavernas y grupos de elementos, que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte o de la ciencia.

Los conjuntos: grupos de construcciones, aisladas o reunidas, cuya arquitectura, unidad e integración en el paisaje les dé un valor universal excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte o de la ciencia.

Los lugares: obras del hombre u obras conjuntas del hombre y la naturaleza así como las zonas incluidos los lugares arqueológicos que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista histórico, estético, etnológico o antropológico.

Además también se plantea el concepto de patrimonio natural como

Los monumentos naturales constituidos por formaciones físicas y biológicas o por grupos de esas formaciones que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista estético o científico,

Las formaciones geológicas y fisiográficas y las zonas estrictamente delimitadas que constituyan el habitat de especies animal y vegetal amenazadas, que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista estético o científico,

Los lugares naturales o las zonas naturales estrictamente delimitadas, que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista de la ciencia, de la conservación o de la belleza natural.⁶

Las anteriores definiciones, sirven como contexto para explicar las razones por las que México ha instrumentado, en recientes fechas, planes de manejo. Parecería una moda y en realidad responde a un proceso de acuerdo internacional signado en febrero de 2005, donde se planteó a los países que a través de la Guía Operativa para la implementación de la Convención de 1972, todos los sitios inscritos deberían contar con un Plan de Manejo para su operación.

6 *Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural 1972*, artículos 1 y 2 del capítulo 1. Definiciones del Patrimonio Cultural y Natural, París Francia 23 de noviembre de 1972, aceptado por México el 23 de febrero de 1984, entró en vigor tres meses después del depósito del instrumento de aceptación, de acuerdo con la normatividad establecida.

El plan de manejo como parte de la estrategia en la organización

Ahora bien, empecemos por analizar el caso de la Zona de Monumentos Arqueológicos de Tula, o Tula, como se identifica con mayor facilidad entre los hidalguenses y entre los mexicanos en general.

En el mes de noviembre de 2005 como se ha dicho antes, se llevó a cabo el taller *Elaboración de Planes de Manejo para Zonas Arqueológicas*, cuyo objetivo fue realizar varias jornadas de intercambio de opiniones y consensos de los beneficios que conlleva la planeación. Confluyeron en esa ocasión las políticas nacionales establecidas en el Instituto a través de sus Coordinaciones Nacionales y se pudieron contrastar con las vivencias cotidianas a las que se han enfrentado los directores de algunas zonas arqueológicas que en ese momento contaban ya con sus propios planes de manejo.⁷

La idea, era llevar a la práctica en otros sitios patrimoniales la metodología que en el Taller se propuso y, después de conformar el grupo base para el caso Tula, nos dimos a la tarea de analizar y proponer las estrategias que involucraran tanto a los diferentes equipos de trabajo internos —Zona Arqueológica y Centro INAH Hidalgo—, como a la de identificar aquellos de incidencia e influencia externos a la institución pero con un gran compromiso con Tula y su significado cultural.

Más allá de la mezcla inteligible entre tradición y origen poco claro prehispánico donde intervienen los personajes Mixcóatl, Chimalma o Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl y la propia *Tollan*, junto con las menciones coloniales de la historiografía oficial hasta llegar a la no más afortunada mención de una Tula de Allende, con apellido propio de un prócer independentista; existe actualmente un asentamiento urbano que pretende vivir en torno a un legado cultural que constituye su identidad. (Yáñez, 1991: 23-30, 82-89; León Portilla 1977: 130-144).

La ciudad de Tula, hoy nos ofrece un paisaje semi-desértico, gris por la depredación que se ha hecho al explotar su entorno natural y haberse convertido, con el *boom petrolero* del país, en la zona de instalación para la refinería de petróleo que sirve de entronque entre el sureste y norte, además de abastecimiento de toda la región centro de este combustible, así como de gas y gasolina. Las otras industrias cuyo asentamiento ha incidido en la transformación del entorno en pocos años, es la cementera Cruz Azul y la Central Termoeléctrica de la Comisión Federal de Electricidad.

7 Las zonas arqueológicas de Monte Albán en el Estado de Oaxaca y Xochicalco en el de Morelos, a la fecha tienen un Plan de Manejo para su operación.

La logística de trabajo

Así pues, el grupo base convocó a diferentes grupos interesados en los trabajos de las distintas mesas, tratando de integrar en cada una a la representatividad de la sociedad que vive en Tula y el resto del Estado, a los estudiosos o simplemente interesados en el pasado prehispánico o colonial de esta urbanización.

Tratando de seguir las sugerencias dadas en el Taller de noviembre, se propuso una metodología en la que destacamos dos aspectos relevantes: uno, la calidad estratégica y el otro, su carácter participativo e incluyente. El primero tenía que ver con la intención de dar coherencia y continuidad a las acciones de corto, mediano y largo plazo. El segundo, se refería al interés de involucrar a una serie de instituciones, organizaciones y personas que, si bien son externas al Instituto Nacional de Antropología e Historia o a la Zona Arqueológica de Tula, han mantenido una relación, cercanía o de impacto en la operación y desarrollo del sitio. Todo ello nos dio la pauta para entender que podrían aportar ideas, propuestas y soluciones en beneficio de la Zona Arqueológica y su contexto.

Los centros de atención para las mesas de trabajo estaban enfocados de acuerdo a los siguientes grandes rubros: operación y administración del Sitio, visita pública, protección técnica y legal, conservación e investigación. De manera transversal estuvimos trabajando un sexto campo que era el de vinculación social, por las razones arriba mencionadas, sin embargo, éste también debió ser una mesa con sus sesiones propias y su dinámica particular.

El programa de trabajo con los integrantes de las mesas fue a partir de la consideración de realizar cuatro reuniones por cada uno de los campos (o mesas), en cada caso, con un propósito específico.

Primera sesión: explicación de la introducción general al tema, marcando los objetivos puntuales que se requerían en cada caso, conocer cómo se habían integrado los grupos y analizar los documentos resultado del Taller de noviembre previo, así como la propuesta de trabajo para esta nueva etapa. Se pretendía que una vez conocido todo el primer planteamiento, los grupos expusieran sus propias propuestas y proyectos.

Segunda sesión: con el objeto de enriquecer las labores se recibieron y analizaron las propuestas que para cada campo fueron presentadas por los participantes en su mesa, tratando de hacer un planteamiento integral con todas ellas. En este punto, se eligieron dos representantes por cada mesa para preparar coherentemente la exposición que se haría en la tercera ocasión de reunión, preparando la integración del plan de manejo del Sitio.

Tercera sesión o plenaria: llevando la voz de su mesa, cada uno de los representantes expuso ante el resto de participantes, los proyectos y propuestas para integrar el plan de manejo. Una vez concluida la presentación de los proyectos se llevó a cabo una discusión que enriqueció o profundizó las propuestas, llegando a conclusiones que se seguirían trabajando al interior de cada mesa.

Cuarta sesión: se informó al resto de participantes de cada mesa el análisis que se logró en la reunión anterior para mejorar o aprobar los cambios sugeridos, con la intención de conformar el documento final a entregar al grupo base.

Entre las reuniones primera y segunda y entre la segunda y tercera en cada mesa, se trabajó de acuerdo a la dinámica que cada grupo convino. Ésta podía ser por correo electrónico, intercambiando opiniones a la manera de un foro, o bien, personalmente debido a la cercanía de los centros de trabajo de cada uno de los integrantes, para poder exponer los documentos ante el resto de los equipos de trabajo. Mientras tanto, el grupo base, se reunió con el fin de estructurar el documento final, alimentado por los proyectos de cada sesión y cada mesa, asimismo para implementar labores de gestión y logística, se fueron reuniendo todas las veces que fue necesario, o intercambiaron por vía electrónica las dudas, inquietudes y soluciones que se iban presentando, para llevar a buen tiempo en tiempo y forma, el documento final o Plan de Manejo de la Zona de Monumentos Arqueológicos de Tula.

Como se había mencionado antes, Tula, se incorporó en esta selección de sitios estratégicos, posteriormente y había que aprovechar el impulso que desde la propia institución nacional se le pudiera dar. Ahora regresemos a conocer cómo se integraron cada una de las mesas de trabajo y cuáles fueron sus propuestas.

Mesa Operación y Administración del Sitio.

Este grupo pretendía definir las acciones que apoyaran la realización de todas y cada una de las actividades planteadas, a través del control de los recursos que intervienen en la Zona Arqueológica de Tula, a saber, recursos humanos, recursos financieros y recursos materiales.

El equipo, encabezado por quien en ese momento fungía como administrador y jefe de la Zona Arqueológica de Tula, estaba integrado por los arqueólogos del Proyecto Tula y los representantes de las siguientes organizaciones: Federación de Cámaras de Comercio del Estado de Hidalgo, Asociación Civil Tula Ciudad de Quetzalcóatl, Cámara de Comercio de Tula; y de las instituciones: Dirección de Turismo Municipal, Secretaría de Obras, Desarrollo Urbano y Asentamientos del Estado de Hidalgo, Dirección de

Obras Públicas de Tula, Universidad Tecnológica Tula-Tepejí, promotor cultural del ex Convento de Tepeapulco.

Fue muy enriquecedor contar con esta diversidad de participantes ya que, por su propia especialización, se dividieron en subgrupos para trabajar cada uno de los aspectos en que se dividen los recursos. Llegaron a la conclusión de establecer un diagnóstico que les permitiera conocer cómo funcionaba la zona hasta ese momento y después proponer un estado ideal, con la idea de mediar entre uno y otro y poder empezar con las gestiones más urgentes para instrumentar el Plan de Manejo. (cuadro I)

Mesa Visita Pública.

El patrimonio por sí solo no explica la circunstancia de su origen y existencia, ni su historia y mucho menos como ésta se entreteje con la de los grupos humanos que lo crearon, lo siguen teniendo vigente y le dan significado cada generación. Una de las funciones primordiales de las instituciones patrimoniales es dar a conocer al público los bienes que custodian, es decir, dar a conocer la información inherente a un objeto o lugar, hacerlos accesibles a todo aquél que quiere conocerlos, provocar la reflexión y comprometerlos para su preservación. Para ello disponemos actualmente de una herramienta, la interpretación.

De acuerdo con el propósito que tiene, la interpretación es la recuperación *in situ* del significado de los diferentes legados, natural, cultural e histórico; en su contexto, que los visitantes tienen posibilidad de acceder en su tiempo de ocio. Ofrece claves que proporcionan al visitante un significado y una vivencia. Cuando a mediados de siglo xx en Estados Unidos se empezó a utilizar este concepto, aplicado a los parques naturales, supuso la definición de políticas y consolidación de estrategias que se aplicarían en estos sitios, no sólo en beneficio de su propia conservación, sino en la difusión ante el público de sus valores y reconstrucciones históricas. Se difundió en los países anglosajones y posteriormente al resto de Europa, llegando a nuestro país en fechas muy recientes, ya con la denominación de *interpretación del patrimonio*, que en la década de los ochenta adoptó tras la realización del I Congreso Mundial de Interpretación del Patrimonio en Banff Canadá (1985). La finalidad que tiene actualmente esta interpretación del patrimonio es la de lograr un equilibrio entre conservar la calidad de los bienes o recursos patrimoniales, la calidad de la experiencia que tenga el visitante y por supuesto la calidad de vida de la población local que recibe los beneficios para el desarrollo sustentable.⁸

8 Joseph Ballart Hernández y Jordi Juan i Tresserras han introducido con mucha oportunidad una nueva visión de la relación turismo □ patrimonio, ya sea éste cultural o natural. (Ballart y Juan, 2001).

Cuadro I. Problemática detectada por la mesa de operación y administración del Sitio.

PROBLEMÁTICAS DETECTADAS	Urgente	Importante	INAH	Terceros
Recursos financieros	X			
No hay gasto básico	X		X	
No existe una estrategia de gestión para obtener para la obtención de recursos de terceros		X	X	X
No existen programas para generar recursos adicionales para su administración directa		X	X	
Recursos Humanos		X		
Malas condiciones laborales e insuficiencia de personal de intendencia	X		X	X
Insuficiencia de personal de custodia		X	X	
No existe personal de apoyo administrativo		X	X	
No hay personal permanente de actividades educativas y difusión		X	X	X
Insuficiente personal de seguridad	X		X	X
No existe personal de mantenimiento		X	X	X
No hay capacitación al personal en manejo de desastres naturales, primeros auxilios, manejo de públicos, relaciones humanas, etc.		X	X	X
Faltan manuales de procedimientos para custodia, seguridad, contingencias, administrativos, etc.		X	X	
Recursos materiales		X		
Se requiere un replanteamiento del uso de los inmuebles		X	X	
Los edificios de servicios (Museo Jorge R. Acosta, Bodegas y baños requieren mantenimiento y reacondicionamiento general)			X	
Las instalaciones eléctricas, hidráulicas y sanitarias están en muy mal estado	X		X	
El edificio de SEMARNAT esta en pésimo estado y desaprovechado		X	X	X
Las instalaciones del antiguo campamento Jorge R. Acosta están subutilizadas y requieren rehabilitación		X	X	X
No existe un sistema de iluminación general de la Zona		X		
No existe un sistema de riego para la Zona		X		
Se cuenta sólo con un vehículo en muy malas condiciones		X	X	
Es insuficiente el equipamiento para poda de pasto y deshierbe	X			
Son insuficientes los equipos de radiocomunicación	X			
Mantenimiento general del sitio insuficiente (andadores, malla, vegetación y jardines, manejo de desechos, etc)		X		
Insuficiente equipamiento de oficina (teléfono, fax, internet, impresora a color)		X		
Falta equipamiento para actividades de difusión		X		

Elaborado por el grupo de trabajo designado como Operación y Administración del Sitio, febrero 2006.

Lo deseable será llegar a hacer de la Zona de Monumentos Arqueológicos de Tula, un centro de interpretación, el cual, utilice las distintas investigaciones arqueológicas, antropológicas e históricas, acerca de los asentamientos y ocupaciones que desde el siglo VII a.C. ha tenido hasta llegar a nuestros días.

El grupo que conformó estos trabajos fue sin duda el que involucró a una gran cantidad de instituciones, organismos y personas interesadas, pues por varias razones, todos ellos en algún momento han sido visitantes. Participaron por parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia: como responsable del equipo, el administrador del Sitio, custodios y guías de la Zona Arqueológica de Tula, promotores culturales de Tepeapulco, Tulancingo y Centro INAH Hidalgo, especialistas del área de Comunicación Educativa de la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones. Representantes de las dos organizaciones de artesanos que ofrecen sus productos dentro de la Zona⁹, personal de la Dirección de Turismo del Ayuntamiento Tula de Allende, profesores que laboran en la Jefatura de Sector de Educación Primaria de la Secretaría de Educación Pública en Tula e investigadores del área de Historia y Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Asimismo se contó con la valiosa revisión por parte de especialistas en el tema de estudio de públicos.

Las propuestas que se realizaron después del análisis de un diagnóstico previo, en las sesiones internas de este grupo (como se puede ver en el cuadro II)

Si hoy queremos volver la mirada a Tula, debemos no perder de vista que no sólo es la *ciudad de los toltecas o de los atlantes*, sino que la redefinieron en el mismo período prehispánico los mexica y posteriormente también tuvo asentamientos en la etapa virreinal. Además, durante el último siglo ha sido el lugar de asiento de por lo menos tres de las industrias consideradas entre las más importantes para el desarrollo económico, de la región y del país; la refinería por el auge petrolero; la termoeléctrica y la cementera Cruz Azul.

Esta reflexión nos lleva a retomar la idea de una cita que hace Roser Calaf, investigadora de temas relacionados con educación y patrimonio, de la obra de Améndola (2000) acerca de la visión histórica y geográfica de la ciudad,

En el mundo clásico las funciones de la ciudad estaban claras, como lugares de culto, centros de producción, sedes de la administración, centros de comercio, núcleos de co-

9 Esta problemática de tener en el sendero que va de la entrada general a la Zona Arqueológica y hasta los edificios prehispánicos que tienen acceso al público, instalaciones de puestos para vender reproducciones artesanales, se abordó en esta Mesa de trabajo pero también con un proyecto elaborado en la Mesa de Protección Técnica y Legal, debido a que se consideró que los artesanos, son un grupo importante pero que no deben estar dentro de la Zona misma, sino en un área específicamente diseñada para la exposición y venta de los productos.

Cuadro II. Problemática detectada por la mesa visita pública.

PROBLEMÁTICAS DETECTADAS	Urgente	Importante	INAH	Terceros
Comunicación y difusión				
No existe un guión general de interpretación del sitio		X	X	
No existe un proyecto de diseño, exposición, recorrido y educativo del patrimonio ecológico del sitio.		X	X	X
El guión, el mobiliario y cedulario del Museo es inadecuado		X	X	
No existe un plan ni un trazo adecuado de las rutas de visita		X	X	
La señalización es insuficiente y no tiene unidad de diseño ni de enfoque temático ni de ruta de recorrido.		X	X	
Carencia crónica de materiales de difusión, orientación e ilustración sobre la Zona y sobre la Cultura Tolteca	X		X	
El servicio de visitas guiadas corre a cargo de un pequeño grupo de personas independientes al INAH, que operan de manera irregular sin regulación ni certificación alguna	X		X	X
No existen campañas de difusión y promoción del sitio y tampoco existe señalización foránea sobre las vías de confluencia hacia este lugar lo que se refleja en la falta de incremento en los índices históricos de visitantes al sitio		X	X	X
Servicios al visitante				
Los sanitarios son insuficientes y tienen fallas en sus sistemas de suministro e instalaciones de agua, drenaje, energía eléctrica y mobiliario	X		X	
El estacionamiento es insuficiente para los días de alta afluencia		X	X	
No se cuenta con un programa regular de prevención y atención de primeros auxilios médicos		X	X	X
No se cuenta con un espacio de cafetería o restaurante		X	X	X
Servicios educativos				
Es insuficiente el programa educativo, requiere fortalecerse		X	X	X
Estudios de público				
No existe un programa permanente de estudios de público		X	X	
Comercialización				
Es insuficiente el espacio del INAH para comercialización		X		
Es muy limitada la dotación de productos para la venta por parte del INAH		X	X	
Existen 48 comerciantes establecidos en el interior de la Zona, operan de manera informal sin ninguna regulación y representan un severo problema para la imagen, la seguridad, la conservación y la operación del sitio. De ellos alrededor de 10 realizan venta de artesanías en el área de monumentos.	X		X	

Elaborado por la Mesa de Trabajo Visita Pública, como diagnóstico de sus propuestas, marzo 2006.

municación o centros defensivos. Es así como surge un urbanismo racional, ordenado, que se basaba en una clara jerarquización social, en la presencia de una vía principal central, así como en una clara diferenciación religiosa, civil y política de los edificios urbanos. En cambio, la ciudad contemporánea no está regida por los principios de la ciudad racional, sino todo lo contrario; es una ciudad que se redefine constantemente, por encima de la cáscara física de su historia y encima de los despojos de la vieja ciudad, que rehabilita edificios para un mercado nuevo y recupera áreas para poner en valor el territorio ocupándolo nuevas clases sociales, que genera islas de bienestar en una escena urbana a menudo reducida a una acumulación de ruinas físicas y económicas (Calaf, 2003: 106-107).

Una de las sugerencias para trabajar la zona arqueológica de Tula, la de considerarla como parte de su entorno parecería obvio, pero a través de un enfoque de turismo cultural veríamos el gran potencial que existe no sólo de ese pasado milenario y grandioso, sino de la posibilidad de acercamiento a la propia historia de instituciones coloniales, de tratar de hacer asequibles para los estudiantes de nivel básico que su vida cotidiana actual tiene relación con la suma de los sucesos históricos que por Tula han acontecido. Empezaríamos a analizar lo local desde una perspectiva universal. Tal vez, con ello, entenderíamos que “las ciudades contienen la huella de las culturas que han ido pasando por ellas y son, en este sentido, un registro de la memoria de la historia y del tiempo”. (Calaf, 2003: 111).

Como se había mencionado antes, este campo de trabajo fue rico en toda clase de propuestas fascinantes, aparentemente alejadas de la academia, pero con el propósito de acercar a los distintos tipos de público que potencialmente tiene Tula. Nos dimos cuenta de que habríamos de empezar por conocer qué tanto es bienvenido un proyecto de turismo cultural en la Ciudad de Tula a partir de su propia zona arqueológica, conocer a nuestros destinatarios sería entonces la etapa inicial.

El primer proyecto a realizar sería un Estudios de Públicos, cuyo objetivo básico sería conocer los distintos tipos de visitantes (públicos) que llegan a la Zona Arqueológica de Tula, para orientar los servicios que se les pueden ofrecer. El proyecto se enmarca en una clara tendencia por recurrir al modelo del Ecomuseo,¹⁰ que planteara por primera vez Georges Henri Rivière (1957); cuya premisa es que uno de los elementos importantes que intervienen en el proceso de comunicación (emisor-mensaje-medio-

10 Para el caso mexicano, el antropólogo Guillermo Bonfil Batalla adaptó esa novedosa tendencia en el *Museo Vivo*, cuyo montaje museográfico tuvo lugar en la primera exposición acerca de un tema trascendental para la cultura nacional como lo es El Maíz, montaje hecho en el Museo de Culturas Populares, Coyoacán, Ciudad de México 1982-1983.

receptor), es el visitante, por esta razón, ya no es sólo un referente más, sino que en algunos casos, se convierte en el motor de impulso y al cual se dirigen casi todos los programas estructurados en un espacio cultural.

La Zona Arqueológica de Tula, no puede mantenerse al margen de estas circunstancias, es más, debe recorrer el camino rápidamente y acortar la brecha que va desde ese planteamiento a mediados del siglo pasado, donde la comunidad inmediata que rodea al espacio cultural (sitio arqueológico, monumento histórico o museo), es su primer grupo visitante; hasta la más novedosa forma de aproximarse hoy día, vigentes en Alemania o España, por mencionar algunos sitios, en los llamados Centros de Interpretación del Conocimiento.

La Zona Arqueológica de Tula, no puede quedar aislada de esta tendencia, basta señalar como ejemplo el de las Cuevas de Altamira, en España, que sin duda constituyen una muestra exitosa de lo que se pretende explicar con este proyecto. Al hablar de los diferentes públicos que visitan la Zona Arqueológica de Tula, se está pensando en grupos escolares, familias que van de paseo en el fin de semana, residentes de la Ciudad de Tula de Allende, turistas en el más amplio sentido de la palabra, grupos empresariales, investigadores y prácticamente tantos, como líneas o campos de investigación se vayan estableciendo. Como se observa, la heterogeneidad de la población es la constante que se debería atender.

En el momento de realizar esta propuesta supimos que se recibían en promedio 500 visitantes al día. Lo que este proyecto deberá establecer permanentemente y a mediano plazo, es el análisis de las necesidades que en promedio requerirán esas personas. Desde los servicios de infraestructura más elementales, hasta los de esparcimiento, cultura general o conocimientos especializados, que se necesiten. En la organización interna del área de atención al público que también proponemos se gesté, debe incluirse el Estudio de Públicos, como un programa permanente, adecuándose a diversas variables.

Un Centro de Interpretación, ligado a un sistemático Estudio de Público, puede combinar tanto la conservación de la biodiversidad como la del patrimonio cultural arqueológico que se tiene en la Zona. Conocer y calcular el impacto que sobre estos factores, el actor (público), ejercerá sin detrimento de lo que espera hacer, conocer, o ver en la Zona, y lo que regularmente se permite.

Es necesario, por lo tanto, establecer un programa coordinado por especialistas y realizado por cuerpos voluntarios o de servicio social, que nos lleve al primer diagnóstico de los visitantes, a partir del cual se establezcan las estrategias que se seguirán en los estudios de los públicos que se deriven de este primero, así como de las acciones a seguir en otros campos o proyectos. A continuación se propuso una serie de acciones básicas para lograr esta etapa:

- Realización de DIAGNÓSTICO de Estudio de Público.
- Instrumentación de los Estudios de Públicos que el diagnóstico determine necesarios.
- Gestión de los recursos necesarios, tanto humanos como financieros y materiales, para la instrumentación del proyecto.
- Análisis de los resultados de los diferentes Estudios de Públicos.
- Aplicación de proyectos.

Paralelamente se debería trabajar en un Proyecto para la elaboración de un Guión General de Interpretación Temática y un Plan de Visita Pública. El planteamiento de las acciones a desarrollar es como sigue:

1. Elaboración de un guión de interpretación general del sitio incluyendo tanto la perspectiva arqueológica como la ecológica, que considere su vocación educativa articulada a los programas, contenidos y actividades del sector educativo.
2. Redefinición de la vocación y funcionalidad de los espacios en una perspectiva integral: adecuación del edificio de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT),¹¹ oficinas de administración de la Zona Arqueológica, bodegas de colecciones arqueológicas y bodegas de mobiliario museográfico, así como rehabilitación del antiguo campamento como laboratorio de análisis de materiales, restauración y procesamiento del trabajo de campo arqueológico.
3. Replanteamiento y propuesta de rutas de visita y recorrido dentro de la Zona Arqueológica: acceso y estacionamiento, taquilla, jardines de descanso, explanada de ingreso peatonal, módulo de registro e información, servicios sanitarios, Museo “Jorge R. Acosta”, sendero ecológico, sección comercial artesanal, antiguo campamento, área de monumentos arqueológicos, sala de orientación “Guadalupe Mastache”, puerta sur y capilla abierta del siglo XVI.
4. Rediseño museográfico del Museo “Jorge R. Acosta”, a la luz de los nuevos estudios y descubrimientos arqueológicos que se vayan realizando, con la elaboración de un guión científico museológico, siendo el origen Tula, como urbe prehispánica, sin desechar su historia posterior, a través de los diferentes asen-

¹¹Al declararse Parque Nacional, Tula ha sido sede de oficinas gubernamentales que en principio tendrían la función de cuidar esa característica del lugar, sin embargo, con su declaratoria como Zona de Monumentos Arqueológicos, no se han definido las tareas que tendría ese edificio, toda vez que fue donado como parte de la infraestructura federal para la entonces nueva Zona Arqueológica.

tamientos que ha tenido, por lo tanto, como eje de una cultura milenaria con historia propia hasta nuestros días.

5. Como resultado de ese guión museológico se debería establecer un programa de exposiciones temporales itinerantes, con lo cual además de recibir visitantes, se *llevaría* Tula a otros sitios del Estado y del país, detonando recíprocamente que otros grupos conocieran y se interesaran por la historia tolteca y llegaran al lugar.
6. Diseño y producción de señalética informativa, restrictiva y nuevo cedulario.
7. Proyecto integral de diseño, mantenimiento y protección ecológica.

Otro factor de suma importancia para tomar en cuenta es la facilidad de acceso para el visitante. De ahí se propuso el proyecto de Promoción y señalización para la Zona Arqueológica de Tula, cuyo objetivo es proporcionar orientación en cuanto a las vías y rutas de acceso, para aumentar la afluencia de los visitantes al Sitio, mediante la implementación de una campaña de promoción del mismo.

La actual Zona Arqueológica fue el principal asentamiento de los Toltecas, quienes representan, en la historia de Mesoamérica, un vínculo de transmisión y continuidad histórica-cultural entre el periodo clásico y el posclásico en los grupos asentados en el Altiplano Central, particularmente relevante para los Mexica.

Esta trascendencia y relevancia histórica, junto con las características innovadoras de su arquitectura, las escultóricas, cerámicas y la iconografía, llenos de significados y antecedentes de la majestuosidad y desarrollo cultural de los Mexica, constituyen una aportación cuyo valor y atractivo le dotan de un potencial cultural y turístico único en el Estado de Hidalgo.

Aunado a esto, hay que considerar la ubicación geográfica del Sitio que se encuentra a sólo 80 kilómetros de la ciudad de México, por lo que bien podría unirse a un corredor turístico que incluyera, Tula – Tepetzotlán, o Tula y la ruta de los ex conventos franciscanos como el de San José de Tula, Atitalaquia y Tlahuelilpan, accediendo por la autopista 57 México – Querétaro.

No obstante todo ello, el actual nivel de afluencia de visitantes a este sitio, se ubica alrededor de 180,000 al año, mientras que sitios como Uxmal, Palenque y Monte Albán cuentan con alrededor de 287,000, 426,000 y 572,000 visitantes al año respectivamente, por no hablar de sitios como Tulum, Chichén Itzá y Teotihuacan que superan el millón de visitantes y en el último caso se acerca a los dos millones.

Varias podrían ser las causas que inciden en esta baja afluencia de visitantes a la Zona arqueológica de Tula, pero sin duda una de las más importantes es la inexistencia de programas y campañas de promoción y difusión sobre la relevancia del Sitio, así

como la insuficiente y casi nula señalización en las principales autopistas, carreteras y vías de acceso a este lugar.¹²

Es justamente en este sentido que se impone la necesidad de implementar un proyecto orientado a diseñar e implementar una serie de campañas de promoción y difusión de la Zona Arqueológica de Tula.

Otro de los motivos, que a nuestro juicio es trascendental, se debe a la falta de investigaciones y su publicación. La historia oficial local y la que se incluye en los textos a nivel nacional, apenas si dan referencia de Tula y los toltecas, por lo que también será fundamental que se lleven a cabo los trabajos planteados en la Mesa de Investigación, donde intervienen, entre otros, antropólogos, arqueólogos e historiadores de la Universidad Autónoma del Estado de México junto con sus pares del INAH y del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes del Estado de Hidalgo. Finalmente para este proyecto se propusieron las acciones que a continuación referimos.

- Realización de un procesamiento y análisis de las estadísticas de visitantes nacionales y extranjeros a este sitio, tomando como base el diagnóstico de estudio de públicos.
- Elaboración de un estudio de mercado que permita junto con la información estadística, determinar los objetivos específicos, segmentos del mercado hacia los que estarían orientadas las campañas de promoción y difusión.
- Concepto y diseño de una serie de campañas de promoción y difusión, basadas por un lado en la interpretación de los valores históricos, estéticos y culturales de la Zona Arqueológica y de la cultura Tolteca, considerando los resultados del estudio de mercado.
- Gestión y coordinación con las dependencias de Turismo en los ámbitos federal, estatal y municipal, para concertar estrategias de promoción y difusión del sitio, para su inserción en planes y corredores turísticos, que complemente la visita a la Zona Arqueológica.
- Actualización de un directorio de agencias y agentes turísticos susceptibles de interesarse en la Zona Arqueológica de Tula como destino de turismo cultural nacional e internacional, y dotarlos de información para que la incluyan en sus planes de promoción y rutas de recorridos.
- Gestión de acuerdos de colaboración con instituciones educativas de niveles básico, medio, medio superior y superior de todo el país, iniciando por las locales

12 Las cifras que se tienen son resultado del trabajo que hiciera Juan Carlos Hidalgo Sanjurjo, quien al momento de hacer los trabajos con la mesa de Visita Pública, era el administrador y jefe de la Zona Arqueológica de Tula por parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia (2006).

y estatales, para detonar interés por conocer y visitar la Zona Arqueológica de Tula.

- Diseño de un plan integral de señalización que contemple su producción e instalación en las autopistas, carreteras y vías de acceso a la Zona Arqueológica de Tula, tanto al interior del Estado de Hidalgo, como a las de la región.

Siguiendo con el análisis de los puntos débiles que actualmente aquejan a Tula, mencionaremos la falta de materiales informativos y la irregularidad del servicio de visitas guiadas. Para este último, sería conveniente llevar a cabo un Proyecto para la profesionalización y regulación del servicio de guías en la Zona Arqueológica de Tula, cuyo objetivo central sería garantizar la visita guiada con calidad por profesionistas, e incluso especialistas, en el principal asentamiento de lo que fue la cultura tolteca.

Contar con un servicio profesional de visitas guiadas, ofrecería al visitante el complemento que refuerce su comprensión y conocimiento del Sitio y con ello, la valoración de su dimensión como patrimonio cultural, además de un mayor grado de satisfacción de su visita, si la motivación de ésta fuera únicamente por ocio y esparcimiento¹³.

En los momentos en que se hizo este trabajo, en la Zona Arqueológica de Tula existía un registro nominal de 10 guías con la tarea de ofrecer visitas guiadas, de éstos, entre cuatro y cinco mantienen cierta regularidad y el resto se presenta en el Sitio de manera esporádica. La mayoría de ellos no tienen certificación por parte del INAH, ni de la Secretaría de Turismo.

Existe una lista nominal de integrantes de este grupo que lleva más de tres años sin modificación. Aparentemente en su proceso de integración no ha mediado regulación o normatividad alguna; peor aún, en la mayoría de los casos la incorporación ha sido por medio de relaciones de tipo familiar y de amistad.

Los guías que actualmente operan en el Sitio no cuentan con alguna regulación ni reglamento, razón por la cual no existe garantía de proporcionar el servicio de manera regular. Tampoco existe sistema alguno que regule de manera eficaz la incorporación de nuevos guías.

Como consecuencia de ello, los públicos asistentes no tienen garantizado encontrar suficientes guías disponibles, ya que se puede presentar sólo uno o incluso ninguno de ellos. Un problema adicional consiste en que algunos de los guías orientan su prioridad a realizar otras actividades como la comercialización de folletos, dejando de lado la atención a la demanda natural que supone el servicio de visitas guiadas.

13 Para profundizar en el planteamiento innovador acerca de la relación entre turismo y utilización del ocio, se puede consultar el capítulo 8 de Juan, 2001:201-222.

Toda vez que la Zona Arqueológica de Tula está bajo la custodia del INAH, deberá ser este Instituto quien establezca el cumplimiento de la normatividad para incorporar una serie de medidas que contribuyan a garantizar, mejorar, certificar, regular y reglamentar el servicio de visitas guiadas, con profesionistas egresados de las escuelas locales o nacionales o bien, aquéllos que se encuentren ofreciendo sus actividades de manera regular.

Ante este panorama, el grupo de trabajo propuso la realización inaplazable de las acciones siguientes,

- Investigación y recopilación de la legislación y normativa vigente en la materia, consultando a la Secretaría de Turismo Federal y Estatal.
- Gestión y coordinación con la Secretaría de Turismo para establecer mecanismos y responsables de aplicación de dicha legislación.
- Desarrollar e implementar un sistema de capacitación y certificación de los guías, en coordinación con la Secretaría de Turismo.
- Desarrollar e implementar un sistema de control y regulación del servicio de guías que considere los siguientes aspectos:
- Regular el mínimo y máximo de guías necesarios para garantizar la prestación del servicio de visitas guiadas.
- Definición de horarios y días en los que la Zona Arqueológica requiera el servicio, como requisito indispensable para incorporarse al equipo de guías del Sitio.
- Definición de un rol de turnos y guardias para asegurar la prestación del servicio aún en los periodos y días de baja afluencia.
- Establecer normas y restricciones para que los guías no realicen otra clase de actividades de tipo comercial o cualquiera otra que no sea ofrecer la visita guiada. Asimismo el INAH deberá tener mayor vigilancia en este aspecto, pues crea un precedente de mala imagen en el Sitio.
- Establecer un manual de procedimiento y operación para los guías que laboren en la Zona Arqueológica.
- Emisión de una convocatoria primero a nivel estatal, pero no limitativa al resto del país, para la incorporación de nuevos guías con base en un sistema selección, capacitación y certificación establecido conjuntamente por INAH y SECTUR.

Como ya se ha mencionado, un factor que se observó fue la falta de literatura científica con respecto a Tula, los toltecas y sus habitantes posteriores. Por ello se juzgó pertinente la realización de un Programa de publicaciones, con tres objetivos centrales: a) Fortalecer la difusión de la Zona Arqueológica de Tula y la cultura Tolteca como patrimonio cultural de México, b) Ofrecer un complemento informativo para los diferen-

tes tipos de públicos que visitan el Sitio, c) Generar ingresos propios que complementen una parte de la dotación de materiales de uso básico y cotidiano, así como contribuir al equipamiento menor de la Zona Arqueológica.

Tula, enfrenta como muchas otras zonas arqueológicas y recintos a cargo del gobierno federal, una insuficiencia crónica de recursos para su operación. Una de las varias causas de esta situación se debe a que como recinto cultural y patrimonio de todos los mexicanos, este sitio no se rige por premisas comerciales, lo que se refleja en sus bajos costos de acceso así como en su amplio sistema de exenciones de pago. Esta situación cumple su función de Estado, no obstante que ha provocado una serie de rezagos, deterioros y carencias que bien podrían ser cuando menos parcialmente subsanadas con un esquema de generación de ingresos propios a baja escala, siempre garantizando al máximo la regulación, el control y la transparencia en el manejo de los recursos que emanaran de dicho programa.

Por otro lado, existe una carencia de materiales informativos, de orientación y difusión que resultan básicos y trascendentes para la complementación y enriquecimiento de la visita pública a este recinto, lo cual significa la existencia de una enorme área de oportunidad tanto en materia comercial como en materia de difusión del patrimonio. La intención es diseñar y producir una serie de materiales breves, didácticos y de alto impacto y significado visual e iconográfico, tales como tarjetas, trípticos, folletines, mini-guías y mapas con rutas de recorrido, que serían comercializados a un costo accesible y dentro de los parámetros internacionales. Otra línea de publicación es la de los trabajos, resultado de investigaciones arqueológicas, antropológicas e históricas; haciendo uso de información que existe tanto en los archivos municipales, el del Estado y el General de la Nación, así como materiales arqueológicos. Para este proyecto, el grupo de trabajo propuso las siguientes acciones:

- Gestión interna ante el INAH para cubrir requisitos y lograr autorizaciones bajo las normas y reglamentos institucionales.
- Conformación de un Consejo Editorial, que tendrá, entre otras funciones, la revisión, corrección y validación tanto de contenidos como del diseño de las publicaciones. Integrado por: un representante del área de difusión del INAH; el Director del Centro INAH Hidalgo; el administrador de la Zona Arqueológica de Tula; arqueólogos investigadores de la cultura tolteca y de la zona arqueológica; un representante del área de difusión del Centro INAH Hidalgo; un representante de la Secretaría de Turismo del Estado de Hidalgo y otro de la Dirección de Turismo Municipal; un representante de una instancia educativa local o estatal perteneciente a la Secretaría de Educación Pública; un editor y un corrector de estilo.

En el planteamiento que se hiciera en un diagnóstico rápido, se propuso que mejorarían los servicios que actualmente se ofrecen al visitante con el Proyecto de Rehabilitación del antiguo campamento, así como del Museo “Jorge R. Acosta” para su ampliación, remodelación y mejoramiento de sus instalaciones.

La Zona Arqueológica de Tula ha observado un lento incremento sostenido en su afluencia de visitantes, este fenómeno crea la necesidad de incorporar una serie de condiciones básicas de infraestructura y servicios para la correcta y apropiada realización de las visitas y estancia satisfactoria de los visitantes en la Zona. Un punto crítico es la infraestructura hidráulica. No resulta vano ocuparnos un poco del tema, ya que actualmente la Zona recibe un promedio de 500 visitantes por día, quienes requieren acceder a las instalaciones sanitarias. En toda la superficie visitable del Sitio existen solamente dos módulos de dichos servicios, sin embargo, prácticamente la totalidad de los usuarios utilizan los que se ubican en la entrada adosados al edificio del Museo “Jorge R. Acosta”, mientras que los baños al interior de la Sala de orientación “Guadalupe Mastache” prácticamente no se usan. Lo anterior se debe a que, por un lado los primeros se encuentran en la ruta de acceso y salida de visitantes, es paso obligado en el recorrido, mientras que los segundos se encuentran en un espacio al cual muchos de los visitantes no entran por encontrarse más allá del área de monumentos arqueológicos, lo que deviene de su mala planeación. Aunado a lo antes dicho, se debe considerar la insuficiente cantidad ya que cuando hay numerosos grupos para su utilización, se hace difícil y hasta imposible su limpieza periódica, por lo que también genera una mala imagen de todo el Sitio.

Además de realizar el levantamiento y diseño arquitectónico para la rehabilitación y remodelación del inmueble e instalaciones, es necesaria la gestión de recursos financieros aportados por terceros, contando con la anuencia de las áreas correspondientes en el Instituto.

Otro aspecto para el bienestar de los visitantes es la planeación y gestión de un punto de venta de productos, así como el de una cafetería o fuente de sodas. Estas dos instalaciones también funcionarían como generadoras de ingresos a la Zona Arqueológica, con los beneficios que conlleva.

Afortunadamente cuando se ha requerido, como en las celebraciones de los equinoccios cada 21 de marzo, la Dirección de Protección Civil Municipal y Estatal, así como la Coordinación Médico Municipal y la Dirección del Centro de Bachillerato Tecnológico, Industrial y de Servicios (CBTIS) de Tula, han apoyado al personal de la Zona Arqueológica, para garantizar la seguridad básica que los visitantes tienen en ocasión de recibir una mayor afluencia, a través de personal capacitado y por medio de prestadores de servicio social, en casos de atención médica preventiva y primeros auxilios. No obstante, sería conveniente contar siempre con un grupo de voluntarios capacitados para tales fines.

El proyecto que se definió para el aspecto de comercialización en esta mesa de trabajo de visita pública, comparte la problemática de tener dentro de la Zona a los comerciantes artesanos, por lo que se aprovecharon algunos fundamentos para la mesa de protección técnica y legal del Sitio, por lo que a continuación hablaremos de dicho proyecto y entraremos a este campo de trabajo.

Mesa de protección técnica y legal

La mesa de trabajo Protección legal y técnica del patrimonio arqueológico en Tula, se integró por los representantes de la Dirección de Protección Civil Municipal y Bomberos de Tula de Allende, de la Dirección de Policía y Tránsito Municipal, la Asociación Civil Artesanos Unidos de los Atlantes de Tula, y de la Unión de Artesanos, de la Secretaría de Obras Públicas del Gobierno del Estado de Hidalgo, del Instituto de la Vivienda, Desarrollo y Asentamientos Humanos (INVIDAH), coordinados por el Centro INAH Hidalgo a través de su jefatura de Servicios Legales.

En las sesiones de este grupo se analizó el marco legal e institucional del patrimonio cultural para su protección y gestión eficaz. Desde el punto de vista de la legislación mexicana, la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, es la máxima ley que sobre el tema se tiene en el país, en términos generales en todo el documento, haciendo énfasis en el Título Primero, Capítulo I, Artículo 2ºA-IV y el Artículo 27. La Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas¹⁴, en el Capítulo I, artículos 2, 5, 7, 16 párrafos 2º y 3º y el 17; Capítulo II, artículo 21; Capítulo III, artículos 27, 28, 28 bis, 29, 30, 31 y 32; Capítulo IV, artículo 39; Capítulo V, artículo 44 y Capítulo VI, artículos 47, 48, 49, 50, 51, 52 y 53; así como su Reglamento¹⁵, son los instrumentos legales de aplicación directa de la normatividad. Ya se ha mencionado la importancia que representan las celebraciones de las diferentes Conferencias Generales de la UNESCO y sus Convenciones sobre el Patrimonio Cultural, así como las disposiciones de otras entidades internacionales y organismos no gubernamentales, a saber, Carta para la protección y gestión del patrimonio arqueológico del ICOMOS-ICAHAM de UNESCO, (1990); Convención sobre las medidas que deben adoptarse para prohibir e impedir la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícita de bienes culturales; dada en París el 14 de noviembre de 1970.

14 Publicada en el Diario Oficial de la Federación, el 6 de mayo de 1972, con su última reforma publicada por ese mismo medio el 13 de enero de 1986.

15 Publicado en el Diario Oficial de la Federación, el 8 de diciembre de 1975, con su última reforma publicada por ese mismo medio el 5 de enero de 1993.

Explicaremos detalladamente uno de los proyectos que se presentaron por considerarlo de suma importancia, los demás sólo se enunciarán.

- Proyecto para la reubicación de los comerciantes establecidos en el interior de la Zona Arqueológica de Tula. La finalidad es claramente retirar a los vendedores de productos pseudo artesanales que se han instalado en locales semifijos, de su actual ubicación en el sendero al interior de la Zona Arqueológica para resolver una serie de problemáticas relacionadas con la seguridad, el orden, la operación, el control y la imagen del Sitio. Desde hace varias décadas se encuentran establecidos alrededor de 48 locales comerciales en el interior de la Zona Arqueológica, ubicados a lo largo del sendero de recorrido al área de vestigios de la antigua ciudad. Esos locales son usufructuados por personas que no cuentan con contrato, permiso, concesión ni regulación alguna. La inexistencia de un documento de ese tipo o permiso debidamente legalizado, los coloca en una situación de informalidad que además no permite contar con bases jurídicas de control y regulación.

Resultado del análisis que el grupo de trabajo hizo acerca de este grave problema que representa para el INAH, pero muy directamente para Tula, la ubicación y permanencia de estos comerciantes en el interior de la zona son los siguientes efectos negativos:

- Al entrar al sitio en vehículos particulares ocupan una fracción importante del estacionamiento que con frecuencia es insuficiente para resguardar el transporte de los turistas visitantes. La entrada de estos vehículos dificulta también llevar un control de entrada y salida de cualquier tipo de materiales lo que representa un riesgo para la protección del patrimonio arqueológico.
- Con frecuencia muchos de los comerciantes, cuyas viviendas se encuentran colindantes a la Zona, abren perforaciones en la malla perimetral y por ellas entran y salen deteriorando las condiciones de seguridad y control en la entrada y salida de personas y objetos.
- La construcción de los locales de muy mala calidad e imagen, en la mayoría de los casos se encuentran montados sobre estructuras de madera enterradas en el subsuelo con posibles daños al patrimonio subyacente. Se puede encontrar incluso la utilización de material arqueológico como piedras careadas como parte de la construcción de algunos puestos. De manera constante muchos de los comerciantes han ampliado el área de sus puestos hasta el doble o más, invadiendo en ciertos casos el espacio de circulación y recorrido de visitantes. Además, generan una gran cantidad de basura, lo que da mal aspecto al lugar.

- Resulta muy difícil tener un control del tipo de artículos que se expenden y si bien hasta ahora se ha podido mantener cierto cuidado sobre la venta de bebidas y alimentos, existen otro gran número de productos que venden y no guardan relación con los objetivos de la Zona, ni con la cultura tolteca que es su origen.
- Con frecuencia se presentan conflictos y enfrentamientos entre ellos lo que podría generar algún incidente con riesgo para el personal que ahí labora o peor aún, para los visitantes.
- En algunos casos los comerciantes confunden y engañan a los turistas ofreciendo “piezas supuestamente originales” a altos costos, sin control de las reproducciones autorizadas por el propio Instituto, cuya creación tiene como fin inmediato el de su venta al público.
- Algunos de estos comerciantes realizan venta ambulante ofreciendo sus productos en el área de los monumentos arqueológicos.
- Con frecuencia se quedan hasta después de la hora establecida para la salida y el cierre de la puerta obligando a tomar medidas extraordinarias para evitar que sus vehículos queden dentro de la zona y salgan por los boquetes que ellos mismos abren.
- No pagan ninguna comisión, ni derecho, ni impuesto ante ninguna instancia. Su permanencia durante muchos años en el interior del sitio combinada con la carencia de una línea de autoridad congruente y sostenida, ha provocado la generación de una especie de derecho, según el cual muchos de ellos se consideran propietarios del terreno que abarca su local sintiéndose con atribución sobre las normas de operación del Sitio, así como la creencia de una supuesta obligación del INAH para ofrecerles garantías y servicios.
- Debe mencionarse que si bien algunos de ellos procuran respetar las condiciones de orden establecidas y buscan apoyar en el mantenimiento y limpieza de la Zona, son muchos y más graves los inconvenientes y riesgos que las ventajas que implica el hecho de que operen dentro del área de la Zona Arqueológica.

Ante esta problemática, se puede percibir la paulatina configuración de un consenso tanto al interior del INAH como de sectores externos a él, institucionales y de la sociedad, en torno al daño y perjuicio que representan los comerciantes establecidos en el interior de la Zona y a la necesidad de ubicarlos en el exterior de la misma. En virtud de ello existe una propuesta en el sentido de ubicar a los comerciantes en el margen poniente de la entrada principal del sitio, sección analizada y avalada por el arqueólogo Robert H. Cobean para ser utilizada con este fin. Derivado de lo dicho hasta aquí, la reubicación de los comerciantes debería ser una de las acciones urgentes para realizarse.

- Proyecto de Seguridad. Para llevarlo a cabo se propuso cumplir las etapas: Definición de criterios de seguridad para la mejor custodia y vigilancia. Contar con un sistema de alarma perimetral, interiores y de videograbación. Asegurar la protección y traslado de valores. Tener un Sistema de intercomunicación interna y externa. Realizar cursos de capacitación en coordinación con los cuerpos de Seguridad Municipal, Estatal y Federal.
- Proyecto de participación social para protección del patrimonio. Éste debería hacerse conjuntamente con el área de atención a visitantes para programar actividades culturales y recreativas (custodios del patrimonio). Gestión permanente ante la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (PROFEPA) y ante las empresas para establecer condiciones para la certificación de éstas.
- Proyecto de Protección de la Zona Arqueológica, perímetro de protección, vestigios existentes y otros sitios urbanos. A través de la revisión permanente de leyes y reglamentos, así como instrumentar la capacitación a las instancias municipales vinculadas para este efecto.
- Proyecto de protección de La Malinche y La Zapata II (sitios con vestigios arqueológicos). Realizar las gestiones para lograr la donación por parte del Gobierno Estatal al INAH de dichas zonas y con ello establecer su custodia y vigilancia. De manera inmediata, una vez obtenida la custodia se deberá proteger a través del enmallado perimetral.
- Proyecto de Regularización de la tierra. Efectuar las gestiones necesarias ante las instancias municipales, estatales o federales que sean necesarias.
- Proyecto de acondicionamiento de bodegas e inventariado de bienes arqueológicos muebles. Junto con el equipo de investigación realizar el registro, ordenamiento y ubicación adecuada de los materiales arqueológicos en unas bodegas de colecciones dignas de dichas piezas.
- Proyecto de iluminación en áreas de monumentos arqueológicos con luz trifásica.

Mesa de Conservación y Mesa de Investigación.

Las últimas dos mesas que a continuación mencionaremos, no son las menos importantes, pues como se verá, de ellas depende en gran medida que el resto de los proyectos y programas se puedan llevar a cabo, porque se trata de estudiar Tula, la cultura tolteca, los legados histórico-culturales que dejaron al mundo mesoamericano pero también, de realizar investigaciones de los siguientes periodos históricos, virreinal, independentista, republicano y siglo xx, hasta llegar a nuestros días. La protección de Tula sólo se logrará si se tiene un proyecto integral de su mantenimiento y conservación.

No sobra decir que se contó con la participación de especialistas en el tema, arqueólogos como Rober H. Cobean y Luis M. Gamboa Cabezas, quienes directamente han trabajado en la zona arqueológica por parte del Centro INAH Hidalgo, personal directivo y técnico de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural, profesores e investigadores de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, ambas instancias del INAH, investigadores del área académica de Historia y Antropología, y del Centro de Investigaciones Biológicas, así como de la Dirección de Estudios de Posgrado, de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, el cronista de Tula de Allende, arqueólogos investigadores del Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares (ININ).

Durante la última década, los monumentos principales de Tula han sufrido un acelerado proceso de destrucción. La temporada de campo planteada en este programa se dedicaría a producir una evaluación detallada de los tipos de daños, a partir del diagnóstico que ya se tiene, para empezar los trabajos de conservación, mantenimiento, investigación y difusión con la finalidad de detener los procesos de destrucción, fortaleciendo con ello por un lado la preservación del conjunto arqueológico como patrimonio cultural, así como la operación de la Zona Arqueológica de Tula como centro de difusión de este patrimonio.

Programa de intervención. Subproyecto A¹⁶, con las siguientes acciones a realizar en los monumentos arqueológicos previamente seleccionados.

Pirámide “B”

Reparación del piso de estuco en la cima de la pirámide

Consolidación de la escalera de acceso principal

Reparación y mejoramiento del sistema de drenaje de la pirámide y de su entorno

Pirámide “C”

Consolidación de fachadas poniente, norte y sur

Palacio Quemado

Continuación de los trabajos de consolidación en banquetas y columnas

Reposición, resane y ribeteado de pisos de estuco en cuartos y patios

Protección y reparación de muros de adobe

Juego de Pelota No. 1

Reparación del sistema de drenaje de la cancha

Consolidación de muros de las fachadas sur y norte

Edificio 4

Excavaciones de investigación arqueológica

16 Aprobado por el Consejo de Arqueología de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, para la fecha en que se llevó a cabo la preparación del Plan de Manejo de Tula (2006).

Consolidación y conservación de los elementos componentes del edificio que han sido excavados previamente

Además, se deberían prever acciones complementarias para el diseño y trazado de rutas de recorrido para visitantes y reparaciones menores en el antiguo campamento de Jorge R. Acosta, para el diseño y la habilitación del laboratorio de análisis y estudios arqueológicos, compartiendo espacio con la adecuación museográfica para el Centro de Interpretación del patrimonio arqueológico de Tula. Por lo tanto, se requiere de la gestión y coordinación con la Dirección de Estudios Arqueológicos y la Coordinación de Recursos Materiales y la de Obras y Proyectos del INAH.

Subproyecto B,¹⁷ acciones de intervención indirecta sobre los bienes culturales.

Monitoreo de caracterización del medio ambiente. Con este proceso se busca medir los niveles de SO₂ y Nox.

Análisis del agua de lluvia para identificar sustancias contaminantes del medio ambiente y que a través del agua se depositan y se introducen en los materiales.

Determinación de los agentes corrosivos en el medio ambiente.

Análisis petrográfico para determinar las características física-química del material pétreo del que se constituyen los bienes culturales, principalmente toba y basalto, así como determinar su grado de deterioro.

Identificación de flora presente en la zona a través de un estudio y clasificación de las especies de la región y de la zona en específico, para establecer los métodos de eliminación de las especies nocivas para los bienes culturales y propiciando la plantación de especies proclives para la conservación del suelo, del entorno y de paliativo a largo plazo en la preservación del contexto cultural, todo ello buscando la coordinación y participación con la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT).

Señalización para identificar las áreas críticas o confusas en la circulación de visitantes y aplicación de estrategias de recorrido conveniente para la conservación de los bienes culturales.

Mantenimiento de techumbres y demás elementos que protegen a los bienes culturales más susceptibles de deterioro, buscando integrar estos elementos sin afectar la imagen del contexto.

Por otra parte se plantea realizar limpieza mecánica y química en superficies y suelos; consolidación en el Coatepantli, la Pirámide B, la Banqueta de los Caciques, el Adoratorio del vestíbulo I, las salas I y II del Palacio Quemado, y en los Juegos de pelota I y II.

17 Pendiente de aprobación del Consejo de Arqueología para el momento en que se estaba organizando el Plan de Manejo (2006).

A continuación exponemos la lista de proyectos elaborados por la mesa de Investigación:

- Planificación del mapa general de la ciudad de Tula. Topografía e identificación de monumentos arqueológicos.
- Realizar un seguimiento de las intervenciones de restauración que se han llevado a cabo en Tula, con la intención de valorar los resultados, uno muy significativo puede ser el estudio de la conservación del Palacio Quemado o bien, el tratamiento a la toba volcánica.
- Evaluación del impacto arqueológico en la periferia de la Zona Arqueológica de Tula. Asimismo establecer el estudio de los materiales perecederos provenientes de las exploraciones de la Zona.
- La gestión y resguardo de los materiales arqueológicos en una bodega de colecciones con condiciones de conservación y mantenimiento adecuados, como se mencionó, conjuntamente con el programa de protección al patrimonio.
- Estudio de los petrograbados del Cerro de La Malinche en Tula Hidalgo.
- Investigación de la petroflora como recurso natural utilizado por la sociedad prehispánica de Tula.
- Estudio del proceso de interacción de Tula con otras áreas culturales por medio del intercambio de artículos de prestigio hechos con materiales como concha, piedras preciosas, mica, entre otros.
- Investigación de la tecnología con lítica pulida en el proceso de trabajo de los instrumentos realizados.
- Definir el asentamiento Coyotlatelco en la región de Tula y la migración al Valle de Teotihuacan. Así como la caracterización del asentamiento Mexica en Tula.
- Establecer la relación arqueo-astronómica entre Tula y sus cerros circundantes.
- Definir las rutas de transporte entre la Sierra de las Navajas y Tula y definir los talleres alfareros y los procesos de trabajo de la cerámica.
- Investigación de la etapa de transición entre la etapa prehispánica y la colonial desde el punto de vista económico, a través de un Estudio histórico de las rutas de comercio de los yacimientos de cal en Tula y sus regiones adyacentes y de otro Estudio histórico de las actividades agrícolas, sistemas de riego, y terrazas de Tula.
- Análisis de documentos históricos y códices de la región, para realizar un Estudio de la población Tulense, así como de los cambios administrativos y políticos de las poblaciones prehispánicas a las virreinales.

Conclusiones

Me gustaría destacar como buen augurio, que se haya iniciado la elaboración de un Plan de Manejo para Tula, que se involucraran instancias de gobierno municipales, estatales y federales por la convocatoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia en su sede de Hidalgo, que participaran las instituciones educativas como la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo o la de Tula – Tepejí. No obstante este alentador inicio, se debe avanzar en cada una de las etapas que aún faltan para que el proyecto sea realidad y Tula cuente con su Plan de Manejo, que le permita, dentro de la normatividad vigente, ser un Centro de Interpretación del Patrimonio, vanguardista y con el interés de la comunidad inmediata o de la turística en ella.

En estos momentos, no es ya un proyecto propiedad del INAH, debe seguir su propia naturaleza y seguir vinculando a otros sectores sociales para su realización. Involucrar a otros grupos de jóvenes voluntarios, por ejemplo, sería significativo en cuanto al avance de los objetivos que se vertieron a través de horas de discusión y análisis, pero servirían para materializarlos.

Hace falta seguir la revisión de otras zonas arqueológicas en el país, así como sitios patrimoniales en otras partes del planeta, para establecer comparaciones y adaptar o bien, desechar aquellas experiencias que proporcionen resultados positivos para la preservación, conservación, mantenimiento, estudio y difusión de las evidencias materiales que los toltecas nos legaron.

Considero que sería acertado dar a conocer a un mayor número de personas que Tula está en riesgo de perder su estatus como Parque Nacional, si no se instrumentan a mediano y largo plazo las estrategias que dejen de hacer de este hábitat, una carga para su conservación. Y, por el contrario, se identifique a Tula, como un patrimonio cultural que se desenvuelve en uno de tipo natural.

La declaratoria de zona de monumentos arqueológicos es, en primera instancia, una medida de protección hacia ese conjunto de legados materiales de civilizaciones que nos antecedieron en tiempo, con valores culturales distintos. Se propicia con la finalidad de la salvaguarda de ese patrimonio. Uno de los beneficios de contar con este documento es la *certeza jurídica*¹⁸ lo que permitirá su conservación integral, ya que el mismo decreto se convierte en instrumento legal de protección y regulación de todas las acciones a realizarse en y por ella. Por otra parte, se ponen de manifiesto y se reconocen públicamente sus valores patrimoniales, lo que de alguna manera garantizará su estu-

18 En coincidencia con Pablo Trujillo García, arquitecto de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, quien lo menciona para el caso concreto de una declaratoria de zona de monumentos históricos y no arqueológicos, pero que en mi opinión aplica de igual manera. (TRUJILLO, 2007: 3, 5).

dio, conservación y difusión tanto entre los investigadores eruditos del tema, como con aquellos que muestren algún tipo de interés.

Queda aquí la invitación a continuar los trabajos para que el Plan de Manejo de la Zona de Monumentos Arqueológicos de Tula sea una realidad en un futuro próximo, mediante la realización de algunos de los muchos proyectos propuestos o bien, implementando nuevos quehaceres ya que los toltecas y los tulenses tienen mucho que comunicar.

Bibliografía y Hemerografía.

- BALLART HERNÁNDEZ Joseph y Jordi JUAN I TRESSERRAS,
2001 *Gestión del patrimonio cultural*. Barcelona España: Editorial Ariel, S. A.
- CALAF MASACHS Roser, coord.,
2003a *Arte para todos. Miradas para enseñar y aprender el patrimonio*. Gijón Asturias: Ediciones Trea, S. L., 106-107; quien cita a ALMENDOLA G., 2000 *La ciudad post-moderna*. Madrid: Celeste.
- 2003b *Arte para todos. Miradas para enseñar y aprender el patrimonio*. Gijón Asturias: Ediciones Trea, S. L., 111.
- CAMARERO IZQUIERDO Carmen y María José GARRIDO Santiago,
2004 *Marketing del patrimonio cultural*. Madrid: Ediciones Pirámide Grupo Anaya, S. A. y ESIC Editorial, 21-49.
- COBEAN Robert H. y Alba Guadalupe Mastache Flores,
2007a «Tollan en Hidalgo. La Tollan histórica» en *Arqueología Mexicana* xv, 85: mayo – junio, 30-35.
- COBEAN Robert H. y Luis M. GAMBOA Cabezas,
2007b «Investigaciones recientes en la zona monumental de Tula (2002-2006)» en, *Arqueología Mexicana* XV, 85: mayo – junio, 36-39.
- INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA,
2005 *Manual para la integración de planes de manejo en sitios patrimoniales*. México: Dirección de Operación de Sitios: 6.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel
1977 *De Teotihuacan a los Aztecas. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- LÓPEZ AUSTIN Alfredo y Leonardo LÓPEZ Luján,
2001 *El pasado indígena*. México: El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica.
- MORALES MIRANDA Jorge,
2001 *Guía práctica para la interpretación del patrimonio. El arte de acercar el legado natural y cultural al público visitante*. Sevilla España: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura: Empresa Pública de Gestión de Programas Culturales, D. L.
- RIVIÈRE Georges Henri, traduc. Antón Rodríguez Casal,
1993 *La museología. Curso de Museología/Textos y testimonios*. Madrid: Ediciones Akal, S. A.

YÁÑEZ Agustín (estudio preliminar, selección y notas)

1991 *Mitos Indígenas*. México: Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México: 23-34, 82-89.[Biblioteca del Estudiante Universitario].

Fuentes documentales

1917 *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*. México: Diario Oficial de la Federación: 5 de febrero. (Centro de Documentación, Información y Análisis de la Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión: Última Reforma publicada en el DOF, 12 de febrero de 2007).

1972 *Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural 1972*. París Francia: UNESCO: 23 de noviembre.

1981 *Decreto por el que se declara Parque Nacional con el nombre de Tula el área descrita en el Considerando IV de este Ordenamiento*. México: Diario Oficial de la Federación, 27 de mayo.

1993 *Decreto por el que se declara zona de monumentos arqueológicos el área conocida como Tula, ubicada en el Municipio de Tula de Allende, Hgo., con el perímetro y características que se señalan*. México: Diario Oficial de la Federación, 3 de diciembre.

TRUJILLO GARCÍA Pablo,

2007 *Las declaratorias de zonas de monumentos. Aspectos generales para su conservación integral*. México: Coordinación Nacional de Monumentos Históricos-Instituto Nacional de Antropología e Historia. [documento de trabajo]

Anexo I

27 de Mayo de 1981

DECRETO por el que se declara Parque Nacional con el nombre de Tula el área descrita en el Considerando IV de este Ordenamiento.

Al margen un sello con el Escudo Nacional, que dice: Estados Unidos Mexicanos.- Presidencia de la República. JOSE LOPEZ PORTILLO, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, en ejercicio de la facultad que me confiere la fracción I del artículo 89 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, y con fundamento en lo dispuesto por los artículos 62, 63, 64, 65, 68, 69, 70, 71 y 72 de la Ley Forestal; en relación con los artículos 37 fracción XV, y Quinto Transitorio de la Ley Orgánica de la Administración Pública Federal: y I.- Que es facultad del Ejecutivo Federal declarar Parque Nacional para uso público a aquellas porciones del territorio que lo merezcan por su belleza, valor científico, educativo o de recreo, tradición u otras razones de interés nacional, que ameriten su conservación y acondicionamiento en beneficio de los asentamientos humanos. II.- Que en el Estado de Hidalgo, es de relevante importancia el control de la contaminación y el saneamiento ambiental de los centros de población, siendo necesario el establecimiento de áreas protegidas para preservar los ecosistemas de la entidad en beneficio de la colectividad, contribuyendo a la vez a su recreación y esparcimiento. III.- Que la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, Dependencia a la que corresponde organizar y administrar los parques nacionales, realizó diversos estudios para determinar la conveniencia de establecer un parque nacional en terrenos ubicados dentro de la zona de Tula, en el Estado de Hidalgo, a fin de preservar la belleza natural del área, que fue asiento del pueblo tolteca, cuya cultura floreció y ejerció gran influencia en el altiplano central. IV.- Que con apoyo en los estudios a que se refiere el considerando anterior, tomando en cuenta la necesidad de preservar el ecosistema del lugar, así como la belleza agreste y demás características de la zona que la hacen adecuada para la realización de actividades de recreación y estudio tanto de nacionales como de visitantes extranjeros, el Ejecutivo Federal a mi cargo ha decidido establecer un parque nacional dentro de un área de 99-50-02.86 hectáreas de terrenos pertenecientes al Ejido de Tula de Allende, Municipio de Tula, en el Estado de Hidalgo; cuya delimitación y descripción topográfico-analítica, de acuerdo a los datos tomados del plano elaborado por la Dirección General de Organización y Obras de Parques Nacionales para la Recreación, dependiente de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, es la siguiente:

Se inicia el polígono en el vértice O de coordenadas $X=464,935.36$, $Y=2'218,431.40$; a partir de este punto en línea recta de 270.3311 M. y R.A.C. No. $2^{\circ}15'W$, se localiza el vértice 1; a partir de este punto en línea recta de 347.36 M. y R.A.C. N $79^{\circ}52'E$, se localiza el vértice 2; a partir de este punto en línea recta de 323.81 M. y R.A.C. No. $13^{\circ}40'W$, se localiza el vértice 3; a partir de este punto en línea recta de 208.51 M. y R.A.C. N $27^{\circ}01'E$, se localiza el vértice 4; a partir de este punto en línea recta de 57.50 M. y R.A.C. N $3^{\circ}49'E$, se localiza el vértice 5; a partir de este punto en línea recta de 140.34 M. y R.A.C. N $3^{\circ}07'W$, se localiza el vértice 6; a partir de este punto en línea recta de 163.72 M. y R.A.C. N $8^{\circ}19'W$, se localiza el vértice 7; a partir de este punto en línea recta de 57.07 M. y R.A.C. N $27^{\circ}53'W$, se localiza el vértice 8; a partir de este punto en línea recta de 167.97 M y R.A.C. N $43^{\circ}15'W$, se localiza el vértice 9; a partir de este punto en línea recta de 35.07 M. y R.A.C. N $39^{\circ}02'W$, se localiza el vértice 10; a partir de este punto en línea recta de 132.80 M. y R.A.C. N $30^{\circ}29'W$, se localiza el vértice 11; a partir de este punto en línea recta de 90.70 M. y R.A.C. N $88^{\circ}17'W$, se localiza el vértice 12; a partir de este punto en línea recta de 193.59 M. y R.A.C. S $81^{\circ}57'W$, se localiza el vértice 13; a partir de este punto en línea recta de 74.92 M. y R.A.C. localiza el vértice 40; a partir de este punto en línea recta de 39.30 M. y R.A.C. S $33^{\circ}01'W$, se localiza el vértice 41; a partir de este punto en línea recta de 83.26 M. y R.A.C. S $18^{\circ}53'W$, se localiza el vértice 42; a partir de este punto en línea recta de 20.80 M. y R.A.C. S $46^{\circ}33'W$, se localiza el vértice 43; a partir de este punto en línea recta de 38.22 M. y R.A.C. S $12^{\circ}58'W$, se localiza el vértice 44; a partir de este punto en línea recta de 60.42 M. y R.A.C. S $9^{\circ}08'E$, se localiza el vértice 45; a partir de este punto en línea recta de 57.53 M. y R.A.C. N $71^{\circ}48'E$, se localiza el vértice 46; a partir de este punto en línea recta de 113.11 M. y R.A.C. N $83^{\circ}42'E$, se localiza el vértice 47; a partir de este punto en línea recta de 64.53 M. y R.A.C. $87^{\circ}05'E$, se localiza el vértice 48; a partir de este punto el línea recta de 34.75 M. y R.A.C. N $66^{\circ}14'E$, se localiza el vértice 49; a partir de este punto en línea recta de 391.53 M. y R.A.C. S $72^{\circ}33'W$, se localiza el vértice 50; a partir de este punto en línea recta de 68.58 M. y R.A.C. S $80^{\circ}01'E$, se localiza el vértice 51; a partir de este punto en línea recta de 142.24 M. y R.A.C. N $5^{\circ}12'E$, se localiza el vértice 52; a partir de este punto en línea recta de 108.11 M. y R.A.C. S $80^{\circ}14'E$, se localiza el vértice 53; a partir de este punto en línea recta de 75.62 M. y R.A.C. S $76^{\circ}33'E$, se localiza el vértice 54; a partir de este punto en línea recta de 70.50 M. y R.A.C. N $49^{\circ}00'E$, se localiza el vértice 0 lugar donde se cierra el polígono descrito. V.- Que para apoyar el establecimiento del Parque Nacional, la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, por conducto de la Dirección General de Organización y Obras de Parques Nacionales para la Recreación, elaboró un Plan Maestro destacando la importancia de preservar las bellezas naturales y culturales del área, así como el diagnóstico sobre la situación jurídica de los terrenos que integran

el Parque, garantizándose de esta forma las finalidades que deben orientar las acciones del Estado en la materia, permitiendo aplicar, sobre la base de S 43°12'W, se localiza el vértice 14; a partir de este punto en línea recta de 88.11 M. y R.A.C. S 25°42'W, se localiza el vértice 15; a partir de este punto en línea recta de 42.70 M. y R.A.C. S 17°08'W, se localiza el vértice 16; a partir de este punto en línea recta de 52.20 M. y R.A.C. S 0°27'W, se localiza el vértice 17; a partir de este punto en línea recta de 167.48 M. y R.A.C. S 18°34'E, se localiza el vértice 18; a partir de este punto en línea recta de 94.08 M. y R.A.C. S 35°34'E, se localiza el vértice 19; a partir de este punto en línea recta de 194.54 M. y R.A.C. S 48°57'E, se localiza el vértice 20; a partir de este punto en línea recta de 56.81 M. y R.A.C. S 21°59'E, se localiza el vértice 21; a partir de este punto en línea recta de 103.71 M. y R.A.C. S 9°36'E, se localiza el vértice 22; a partir de este punto en línea recta de 80.87 M. y R.A.C. N 84°30'W, se localiza el vértice 23; a partir de este punto en línea recta de 87.63 M. y R.A.C. S 78°15'W se localiza el vértice 24; a partir de este punto en línea recta de 141.55 M. y R.A.C. N 80°21'W se localiza el vértice 25; a partir de este punto en línea recta de 58.63 M y R.A.C. S 84°23'W, se localiza el vértice 26; a partir de este punto en línea recta de 55.42 M. y R.A.C. S 38°31'W, se localiza el vértice 27; a partir de este punto en línea recta de 75.59 M. y R.A.C. S 26°45'W, se localiza el vértice 28; a partir de este punto en línea recta de 46.03 M. y R.A.C. S 8°18'E, se localiza el vértice 29; a partir de este punto en línea recta de 77.73 M. y R.A.C. S 32°38'W, se localiza el vértice 30; a partir de este punto en línea recta de 31.58 M. y R.A.C. S 14°01'W, se localiza el vértice 31; a partir de este punto en línea recta de 21.84 M. y R.A.C. S 41°08'W, se localiza el vértice 32; a partir de este punto en línea recta de 22.64 M. y R.A.C. S 65°41'W, se localiza el vértice 33; a partir de este punto en línea recta de 47.09 M. y R.A.C. N 85°31'W, se localiza el vértice 34; a partir de este punto en línea recta de 56.16 M. y R.A.C. N 29°53'W, se localiza el vértice 35; a partir de este punto en línea recta de 62.09 M. y R.A.C. N 86°39'W, se localiza el vértice 36; a partir de este punto en línea recta de 71.98 M. y R.A.C. S 55°58'W, se localiza el vértice 37; a partir de este punto en línea recta de 179.94 M. y R.A.C. S 37°53'W, se localiza el vértice 38; a partir de este punto en línea recta de 111.12 M. y R.A.C. S 24°48'W, se localiza el vértice 39; a partir de este punto en línea recta de 82.68 M. y R.A.C. S 16°11'W, sede enfoques multidisciplinarios, medidas de regulación y control que eviten como, en este caso, la alteración o destrucción de una parte importante del patrimonio cultural de la nación VI.- Que siendo causa de utilidad pública el establecimiento, conservación y acondicionamiento de los Parques Nacionales, así como la protección de los recursos naturales y el incremento de la flora y fauna, he tenido a bien expedir el siguiente DECRETO ARTICULO PRIMERO.- Se declara Parque Nacional con el nombre de "Tula", el área descrita en el considerando IV de este Ordenamiento. ARTICULO SEGUNDO.- Se declara que es de utilidad pública la realización de las

acciones y la ejecución de las obras que se requieran para el establecimiento, la organización, administración, conservación y acondicionamiento del Parque Nacional a que se refiere este Decreto. ARTICULO TERCERO.- La Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, deberá realizar los trámites necesarios, a fin de que, para la satisfacción de los fines de utilidad pública señalados en el artículo anterior, se decrete la expropiación a favor del Gobierno Federal, de los terrenos ejidales que integran el “Parque Nacional Tula”, descritos en el considerando IV. ARTICULO CUARTO.- Corresponde a la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas la organización, conservación, vigilancia y acondicionamiento del Parque Nacional a que se refiere este ordenamiento.

ARTICULO QUINTO.- La Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, dentro de la esfera de su competencia, vigilará el estricto cumplimiento de este Ordenamiento. TRANSITORIO UNICO.- El presente Decreto entrará en vigor el día de su publicación en el “Diario Oficial” de la Federación. Dado en la residencia del Poder Ejecutivo Federal, en la ciudad de México, Distrito Federal, a los veinte días del mes de mayo de mil novecientos ochenta y uno.- José López Portillo.- Rúbrica.- El Secretario de Asentamientos y Obras Públicas, Pedro Ramírez Vázquez.- Rúbrica.

Anexo 2 (está incompleto el artículo 2º en cuanto a la descripción de los linderos)

3 de diciembre de 1993.

DECRETO por el que se declara zona de monumentos arqueológicos el área conocida como Tula, ubicada en el Municipio de Tula de Allende, Hgo., con el perímetro y características que se señalan.

CONSIDERANDO

Que el Plan Nacional de Desarrollo 1989 – 1994 señala como primer objetivo de la política cultural del Gobierno de la República la protección y difusión del patrimonio arqueológico, que constituye parte de la esencia de México como Nación y un supuesto imprescindible para su progreso;

Que en la zona de monumentos arqueológicos conocida como Tula se estableció la cultura tolteca, localizada en el Municipio de Tula de Allende, Estado de Hidalgo, emplazada sobre el cerro Toltecatépetl, hoy denominado “El Tesoro”, con una superficie total de 106 hectáreas, 43 áreas y 90.50 centiáreas, la cual comprende monumentos arqueológicos que por su magnificencia enorgullecen a México;

Que los estudios técnicos realizados por el INAH señalan que la cultura tolteca jugó un papel relevante en la historia mesoamericana y dicha zona está considerada como uno de los centros ceremoniales y urbanos de mayor importancia en el Altiplano Central, junto con Teotihuacan y Tenochtitlán, en el que se observa una continuidad cultural de sumo interés para el conocimiento de nuestra historia prehispánica;

Que mediante Decreto publicado en el DOF del día 27 de mayo de 1981, una parte del área conocida como Tula fue declarada Parque Nacional y;

Que para atender convenientemente a la preservación del legado arqueológico que contiene el área de Tula, sin alterar o lesionar su armonía, es necesario otorgar a la mencionada zona la protección que la legislación de los EUM confiere, incorporándola al régimen de la LFMZA, AeH, que dispone que es de utilidad pública la investigación, protección, conservación, restauración y recuperación de los monumentos y zonas de monumentos arqueológicos como parte integrante del patrimonio cultural de la Nación, he tenido a bien expedir el siguiente

DECRETO

ARTÍCULO 1º.- Se declara zona de monumentos arqueológicos el área conocida como Tula, ubicada en el Municipio de Tula de Allende, Estado de Hidalgo, con el perímetro y características a que se refiere este Decreto.

ARTÍCULO 2º.- La zona de monumentos arqueológicos materia de este Decreto se localiza en las siguientes coordenadas UTM: N 2 218 450 metros y E 464 400 metros y 2075 metros de altura snm, con una superficie total de 106 hectáreas, 43 áreas y 90.50 centiáreas, acotada por los siguientes linderos:

[...]

ARTÍCULO 3º.- La zona de m a definida en el artículo 2º. del presente Decreto estará sujeto a lo establecido en la Ley Federal sobre Monumentos... y su Reglamento, así como a las demás disposiciones legales aplicables.

ARTÍCULO 4º.- En la zona de monumentos arqueológicos materia de este Decreto, las construcciones, ampliaciones y en general cualquier obra, permanente o provisional, se sujetarán a lo dispuesto por los artículos 42 y 43 de la Ley Federal...

ARTÍCULO 5º.- Las autoridades federales, estatales y municipales, así como la Comisión Nacional para la Preservación del Patrimonio Cultural, en los términos del Acuerdo Presidencial que la crea, y los particulares podrán apoyar y auxiliar al INAH en el cumplimiento de lo previsto en este Decreto y harán del conocimiento de las autoridades competentes cualquier situación que ponga en peligro la zona de monumentos arqueológicos a que se refiere este Decreto.

ARTÍCULO 6º.- Para contribuir a la mejor preservación de la zona de monumentos arqueológicos materia de este Decreto, el Gobierno Federal, por conducto de la Secretaría de Desarrollo

Social, propondrá al Gobierno del Estado de Hidalgo, con la participación que corresponda al Municipio de Tula de Allende, la celebración de un acuerdo de coordinación, en el marco de la Ley de Planeación, Ley General de Asentamientos Humanos y de las leyes estatales, con el objeto de establecer las bases conforme a las cuales dichos órdenes de gobierno conjuntamente llevarán a cabo acciones tendientes a la regulación del uso del suelo para la preservación de la zona y su entorno ecológico. El INAH tendrá la participación que le corresponda en el mencionado acuerdo de coordinación.

ARTÍCULO 7º.- La SEP definirá los criterios de protección de la zona monumental, promoverá programas educativos y de divulgación que estimulen entre la población el conocimiento, estudio, respeto y aprecio del patrimonio cultural de la zona de m a de Tula.

ARTÍCULO 8º.- En el caso de predios particulares comprendidos en la zona de monumentos a que este Decreto se refiere, el INAH promoverá el establecimiento de las servidumbres necesarias para el acceso a los monumentos y su adecuada protección.

Si resulta necesario, previos los estudios correspondientes, promoverá la modificación o adecuación de las obras o bienes no arqueológicos de cualquier naturaleza que afecten la vista y el acceso a los monumentos o puedan desvirtuar su apreciación y comprensión dentro de la zona a que se refiere este Decreto.

ARTÍCULO 9º.- El INAH, en ejercicio de sus atribuciones legales, vigilará el cumplimiento de lo ordenado en el presente Decreto y, al efecto, ejercerá sus facultades en el área definida en el artículo 2º. de la presente Declaratoria.

TRANSITORIOS

PRIMERO.- Este Decreto entrará en vigor al día siguiente de su publicación en el DOF

SEGUNDO.- Inscribáse la presente Declaratoria de zona de monumentos y su plano oficial correspondiente en el Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas, dependiente del INAH, así como en el Registro Público de la Propiedad del Estado de Hidalgo.

TERCERO.- Notifíquese personalmente a los interesados, en términos de lo señalado por los artículos 23 de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas y 9º. de su Reglamento. En caso de ignorar su nombre o domicilio surtirá efectos de notificación la segunda publicación de este Decreto en el DOF

(se publicó en el DOF el viernes 3 de diciembre de 1993, 9 artículos y tres transitorios, siendo Presidente de la República Carlos Salinas de Gortari, Secretario de Desarrollo Social, Luis Donaldo Colosio y Secretario de Educación Pública, Ernesto Zedillo Ponce de León.

De la arqueología al patrimonio industrial. Investigación interdisciplinaria y valorización del patrimonio de la cultura material

Mariano E. Torres-Bautista¹

Este ensayo busca enfatizar la importancia de la investigación arqueológica con su metodología de análisis e interpretación de datos. Así mismo, se busca enfatizar a las principales líneas de trabajo en la labor de valorización de un patrimonio cultural relativamente poco identificado y estimado en la sociedad mexicana: el patrimonio de su actividad productiva e industrial.

Empezaremos planteando la aparición de la problemática, justamente desde la perspectiva de la “Arqueología Industrial” hasta su sistematización como estudio interdisciplinario bajo la perspectiva del “Patrimonio Industrial.” También queremos considerar la importancia del estudio interdisciplinario del patrimonio en una perspectiva donde la Arqueología juega un papel decisivo. Pasaremos a la discusión de la actualmente cuestionada distinción entre cultura material “preindustrial” e “industrial” a partir del concepto de “Revolución industrial” como una necesidad metodológica que permita estudiar mas que el problema de las “fases del desarrollo,” descubrir la trayectoria de la producción humana con sus continuidades y rupturas en el desarrollo de

¹ Área Académica de Historia y Antropología, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

su capacidad de producir bienes. Enseguida trataremos la definición acerca de los términos de Patrimonio, Cultura, industria, sociedad industrial y sus componentes, con los problemas de la combinación de estos términos y del dilema entre memoria y olvido de este tipo de obras de la actividad humana.

Planteamos enseguida un esquema de análisis y periodización para abordar al Patrimonio Industrial en México, agenda académica aparentemente ya iniciada pero que no parece definitiva aún. Finalmente, queremos subrayar como la ampliación del concepto de patrimonio y sus varias implicaciones tanto cronológicas como metodológicas potencian el análisis para abordar su estudio.

De la arqueología al patrimonio industrial

En torno al uso de estos dos últimos términos parece que nunca fue necesaria una discusión, ya que la evolución fue gradual y existe una convivencia feliz entre los estudiosos de la “Arqueología Industrial” y quienes se dedican al estudio y valorización del “Patrimonio Industrial”. De hecho, en México se empezó a usar en 1984 el término de “Arqueología Industrial” sin comprender el real sentido del término (Novelo, s/f).

En la distinción de términos destacan las prácticas de dos ámbitos académicos: el francés y el inglés. En el primero se usó mucho más el hablar de Arqueología Industrial y de Cultura Material.² Este último concepto, tomado de la historiografía soviética de principios del siglo XX, fue explotado mucho más como marco de análisis y una parte emergente del territorio de la historia económica. No obstante, fueron estudiosos ingleses quienes llamaron la atención primero acerca de la importancia de los vestigios dejados por la actividad industrial y crearon el ámbito de diálogo para el estudio interdisciplinario al realizar la primera conferencia en 1973 en Ironbridge, y propiciar la formación del Comité Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial (TICCIH por sus siglas en inglés).

En la historia de la industrialización moderna, hasta hace pocos años predominaba la idea de una “Revolución Industrial” iniciada en Inglaterra a mediados del siglo XVIII. Sin embargo, actualmente existe una discusión acerca de la historia de la industria mecanizada que considera que los parámetros básicos de esa revolución (inicio del maquinismo, importancia de invenciones como la máquina de vapor, pro-

2 La obra más difundida, como se aprecia por el número de ediciones, es la de Pinard (1985). En cuanto al concepto y valorización de la cultura material, se tiene como ejemplo la obra de 1931: *Instructions Sommaires pour les Collecteurs d'Objets Ethnographiques*. París, Musée d'Ethnographie et Mission Scientifique Dakar-Djibouti. 32 p.

ducción en serie, producción para el mercado) en realidad se encuentran en épocas mucho anteriores. Por ejemplo, la producción en serie para el mercado se conoce desde los tiempos del imperio romano, cuando se produjeron piezas de cerámica a partir de moldes de las que se encuentran vestigios en toda la cuenca mediterránea y el Mar Negro, por no hablar de la numismática cuyo origen se confunde en el tiempo con el de la metalurgia. Para el historiador italiano Carlo Poni la máquina de vapor, por ejemplo, ha sido sólo un efímero ingenio en la historia, comparado con ingenios para multiplicar el trabajo humano como el aprovechamiento de la fuerza hidráulica que ya se usaba por egipcios y luego griegos desde hace miles de años, y que actualmente seguimos usando por todo el mundo como fuente de poder para la producción de electricidad.

En lo concerniente al estudio del patrimonio en Europa occidental y los Estados Unidos, los ámbitos mejor atendidos por haber llamado la atención inicialmente, han sido las construcciones industriales, la maquinaria, así como el patrimonio técnico y científico. Aquí es donde percibimos uno de los resultados afortunados del acercamiento entre Arqueología y Patrimonio Industrial, sobretodo al adoptar un concepto amplio para este último. Esto fue una tendencia natural que se dio al ampliar el horizonte la necesidad de realizar trabajos de rescate y valorización de objetos, así como el estudio de vestigios considerables. Por ejemplo, podemos partir desde los tiempos de la Grecia Antigua en cuyas vasijas se encuentran representaciones del trabajo en talleres de forja, tejidos, etc. los métodos de la Arqueología aparecen bajo esta perspectiva como una verdadera necesidad y no sólo utilizados como tanteo o curiosidad.

Es aquí donde convergen los estudios arqueológicos con el problema del Patrimonio Industrial, cuando el uso de ingenios, artefactos y recursos para la producción de bienes de consumo se remonta a épocas remotas mucho más difíciles de documentar, donde la memoria ha perdido más elementos frente al olvido que los estudios de vestigios de la “revolución industrial”.

¿Cuáles son los principales ámbitos del estudio del Patrimonio Industrial donde la investigación arqueológica realiza la mayor contribución? Evidentemente, son los vestigios de la llamada Cultura Material, el Patrimonio Industrial “tangible” como se le conoce también, aquellos cuya valorización está dada por el estudio arqueológico: restos de edificios, artefactos y productos de cuya existencia sabemos a veces sólo por los restos recuperados en excavaciones. Esto no quiere decir que se trata sólo de vestigios milenarios. Por ejemplo, en excavaciones realizadas en el centro de la ciudad de México se han encontrado productos como envases de vidrio de los inicios de la industria cervecera y vidriera que no aparecen en los registros documentales.

La arqueología en el estudio del patrimonio industrial mexicano

Es conocida la contribución de los estudios arqueológicos y etnográficos durante la segunda mitad del siglo XIX sobre las civilizaciones prehispánicas en la conformación de los elementos identificadores del imaginario de la nueva nación mexicana. Sin duda, estuvo en sus manos la tarea del rescate y valorización de los vestigios dejados por las primeras naciones indígenas asentadas en el territorio de lo que ahora llamamos México. Actualmente, es otra vez una disciplina que puede dar una contribución decisiva para el redescubrimiento de abandonados vestigios de viejo cuño y aquellos de los que solo quedan restos apenas perceptibles.

Pero ahora, ¿Cómo pueden contribuir los métodos de la arqueología concretamente en el proceso de valorización de un patrimonio vastísimo, que se encuentra por todas partes y que sin embargo resulta casi desconocido para casi todos? Una vez más es el enfoque interdisciplinario el que nos posibilita la resolución de las interrogantes que enfrentamos actualmente.

Primero, tenemos que despejar el presupuesto, -diríamos concepto colonizador- que considera una “1ª Revolución Industrial” que arranca en Inglaterra en el último tercio del siglo XVIII y luego una “2ª Revolución” un siglo más tarde encabezada por Alemania. Si continuamos aceptando esos planteamientos, resulta limitado y harto difícil identificar los procesos desarrollados, las experiencias habidas dentro de nuestro ámbito espacial inmediato. Esto implica asumir primero que hubo desde hace mucho diferentes etapas de evolución de las técnicas en nuestro territorio sin importar si tuvimos una “Revolución Industrial” del tipo inglés. Enseguida, retomar la definición de Patrimonio Industrial del Comité Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial (TICCIH por sus siglas en inglés) es decir: todo vestigio, edificio, equipo, productos, iconografía, historia escrita y oral producida por la actividad industrial. Evidentemente, a partir de estas dos consideraciones previas el territorio se vuelve amplísimo. Es por eso que los estudios han tendido necesariamente a la especialización y la cooperación interdisciplinaria.

Todo esto como prolegómeno al hecho de que el estudio del Patrimonio Industrial mexicano implica tomar en cuenta no sólo los vestigios de la producción en fábricas como Río Blanco, La Constancia Mexicana, etc. Implica el rescate y valorización desde el momento mismo en el que los habitantes de este territorio empezaron a usar artefactos de la llamada industria lítica. En otras palabras, recordemos que la definición de máquina como una multiplicación de la capacidad transformadora y habilidades del hombre, incluye desde una aguja, un cuchillo y hasta un reactor nuclear. En esta línea de análisis no hay que confundir los procesos llevados a cabo para la producción de estos mismos donde participan, evidentemente, máquinas y procedimientos de índole distinta cuyos objetivos son otro producto y otras aplicaciones.

El inmenso horizonte del patrimonio industrial mexicano

Desde la realización del Primer Coloquio Latinoamericano sobre Rescate y Preservación del Patrimonio Industrial, y la conformación del Comité Mexicano para la Conservación del Patrimonio Industrial en 1995³; en la comunidad académica del país, e incluso entre algunos funcionarios públicos, se tuvo noticia acerca de la importancia de la valorización de este bien común de la sociedad mexicana. Si bien es cierto que la disciplina denominada *Arqueología Industrial* era ya reconocida en el ámbito académico desde 1984⁴, es el concepto hartamente incluyente de *Patrimonio Industrial*, -que no sólo se refiere a los vestigios preservados de la actividad industrial- el que ha generado la metodología que orienta la investigación en ámbitos más diversos al aplicar conjuntamente los referentes metodológicos en torno a la cultura material y el llamado patrimonio intangible.

Obviamente, en este breve ensayo no pretendemos agotar los lineamientos de los campos, objetos, y sujetos a considerar en el estudio del Patrimonio Industrial, insistimos en que compartimos la idea de que el territorio de estudio tiene mayores espacios inexplorados que aquellos que cuentan con la atención de los especialistas. A este respecto, consideramos pertinente en este momento llamar la atención con algunas reflexiones en torno al concepto de industria como actividad humana en trayectoria diacrónica, y la experiencia histórica con sus aportaciones al conocimiento general en el país llamado actualmente México.

¿Qué se considera como industria?

En el IV Encuentro Nacional sobre la Conservación del Patrimonio Industrial Mexicano⁵ escuchamos algunos de los puntos de vista más actualizados sobre el concepto de industria. Giovanni Luigi Fontana, retomando en lo sustancial la tesis de Carlo Poni⁶, planteó

3 Primer Coloquio sobre Rescate y Conservación del Patrimonio Industrial Latinoamericano, Puebla, México, 28-30 de Junio de 1995. En la misma ocasión se constituyó la primera mesa directiva que llevó a cabo la constitución formal del Comité Mexicano, filial del Comité Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial TIC-CIH, por sus siglas en inglés.

4 En este año, fue publicada la obra colectiva reunida por Novelo: s/f. Sin embargo, el carácter de esta obra que de manera pionera utilizaba un término, obedecía a otra metodología de análisis. El hecho de ser publicada por el Museo Nacional de Culturas Populares es altamente significativo.

5 IV Encuentro Nacional. La Conservación del Patrimonio Industrial Mexicano. Puebla, Septiembre 2005.

6 Para este historiador Italiano, la producción industrial apoyada en energías mecánicas, es de origen medieval y tiene como base la fuerza hidráulica, mientras que la llamada "revolución industrial" impulsada por la fuerza mecánica de la máquina de vapor fue una etapa tan reducida en tiempo como en espacio que vino a ser reemplazada otra vez por el uso de la fuerza hidráulica desde su aplicación a la producción de electricidad. Citado por Bergeron y Dorrel-Ferré, 1996.

que la actividad industrial, entendida como producción masiva para un mercado in extenso, es anterior a la llamada “revolución industrial” iniciada en Inglaterra a mediados del siglo XVIII. En la misma ocasión, Gracia Dorell-Ferré llamó la atención acerca de la complejidad del término, toda vez que “producción en serie para el mercado” se conoce desde los tiempos de la Grecia de la época de Pericles exportadora de aceite. Es sabido a su vez, que en la terminología de la Arqueología se habla de “industria lítica” a la producción repetitiva de instrumentos de piedra de los periodos paleolítico y Neolítico.

Por lo tanto, es conveniente distinguir entonces entre industria, como proceso productivo en serie en una connotación cultural, es decir, como obra de alguna experiencia humana en alguna de sus sociedades y épocas; y la industria como producción de mercancías –objetos para el intercambio- en el marco de una sociedad donde las relaciones de producción⁷ están regidas por la propiedad privada, la existencia de capitales necesarios para el desarrollo de proyectos productivos, y una organización política dominada por los principios del liberalismo y de la democracia representativa⁸.

Es evidente que, en el primer caso, las necesidades de registro y estudio de los productos de las culturas humanas hacen necesaria una consideración amplia, mientras que en el segundo, además de la evolución de las técnicas, importa el contexto de las relaciones de producción y los niveles de mercantilización de los objetos, procesos, productos y hasta del trabajo implicado.

Con esto queremos llamar la atención sobre la importancia de considerar no solo la evolución de la técnica destacada por los arqueólogos al hablar de las “edades” –edad de piedra, edad de bronce, o edad de hierro”- en el desarrollo de instrumentos y procesos de producción, o de cambios cualitativos finamente analizados⁹ para marcar cambios en la evolución humana y de la técnica, así como la realización de producción “en serie” y la aplicación de fuerzas mecánicas, como es perceptible desde la época Paleolítica y del mundo mediterráneo antiguo respectivamente.

Desde nuestro punto de vista es de suma relevancia considerar el papel de la organización política como un elemento permisivo, -coadyuvante o retardador- del desarrollo del potencial productivo y creador de la sociedad humana. Por lo tanto, para nuestra definición la *industria* tiene una vertiente cultural como realización humana y otra histórico-

7 Utilizamos algunos de los conceptos del materialismo histórico por su valor sintético, no como profesión de credo político.

8 Es de notar que de los siete principales países industriales, todos se rijan por este tipo de régimen excepto el Japón.

9 Para el análisis arqueológico, por ejemplo, el paso del uso de la puya de maguey con fibras del mismo a la aguja de hierro no significa un cambio técnico en los procesos de costura de los textiles. Sin embargo, en el mismo caso, el proceso técnico de la producción de agujas si muestra un salto sustancial como revolución técnica.

social en su evolución técnica dentro de los fines de su valorización. Esto no obsta para dejar de considerar las otras acepciones destacables legítimamente como objeto de estudio entre distintas disciplinas, en realidad solo constata el sentido polisémico del término.

En el mismo orden de ideas, vemos que industria, en su acepción histórico-social se desarrolla aceleradamente en el momento en el que confluye el proceso de mercantilización de bienes, productos y trabajo con el ascenso del marco político de dominación de los principios de la democracia representativa y el derecho positivo desprovisto de fueros o privilegios como en las sociedades jerárquicas o de castas. Esto es igual al momento en el que “las pasiones del príncipe” son finalmente atemperadas por “los intereses económicos” -retomando la terminología de Hirschman (1984) - en una sociedad que privilegia la racionalidad del liberalismo económico y que tiene como principios jurídicos inalienables la propiedad privada, la libertad individual, libertad de tránsito, etc. en otras palabras, la economía de mercado capitalista.

¿Cual es la “industria mexicana” o lo “mexicano” de su industria?

Bajo las premisas metodológicas anteriores, para los estudios del caso “mexicano” es evidente que la *industria*, entendida como producto de una experiencia cultural, debe ser considerada a partir de todos los vestigios y evidencias reconocibles desde la edad lítica en Mesoamérica.

Sin embargo, es necesario recordar también que lo que hoy conocemos como México no ha sido el mismo espacio y país a lo largo de la experiencia histórica de este como Estado soberano. Es evidente que el país que hoy llamamos México ha sido muy diferente tanto en su espacio como en su nombre en épocas no tan remotas. Generalmente se entiende por México al país que se constituyó dentro de una parte de lo que fuera el enorme virreinato de la Nueva España, reducido luego del tratado de Onís en 1819, de la constitución de la Confederación Centroamericana en 1823, de la Guerra de Texas en 1836, del tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848 y el de la Mesilla en 1855¹⁰. En otras palabras, es una realidad histórica que se terminó de constituir a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Sin embargo, legítimamente se puede considerar que las creaciones culturales de los reinos mesoamericanos y de la Nueva España son parte de las principales herencias

10 Recordemos que por el tratado de Onís España cedió el territorio de las Floridas a la Unión Americana, al finalizar el Primer Imperio de Iturbide, Centroamérica optó por separarse, luego, por los tratados de Guadalupe Hidalgo los Estados Unidos conquistaron los territorios de California, Arizona y Nuevo México, finalmente, el Gobierno de Santa Anna, amenazado una vez más por los Estados Unidos, aceptó la venta del territorio de la Mesilla.

histórico-culturales de lo que llamamos México puesto que la mayor parte de estas se produjeron y sus vestigios e influencias son perceptibles dentro del territorio perteneciente a éste último. A estas heredades de la experiencia histórica mexicana corresponde entonces un interés prioritariamente cultural en la lucha por la preservación de los restos de las industrias respectivas.

Tenemos por lo tanto que es innegable la existencia de un patrimonio cultural producto de las industrias de los reinos mesoamericanos y novo-hispano, en su mayor parte existente dentro del país denominado *México* o república mexicana. Podemos así llamar a esta herencia y sus primeras etapas como la *industria mexicana* para considerarla entonces dentro de su proceso de valorización y la lucha por su preservación. De esta manera se puede considerar de Mesoamérica aquellas actividades que produjeron hachas y cuchillos de obsidiana y otras desaparecidas como la plumería, transformación de conchas; junto con la producción registrada de objetos de madera, tejidos y vasijas. Igualmente, a aquella que produjo plata, azúcar, harina, jabón, vidrio, loza, pieles, puros, mantas, etc. en obrajes, talleres y fábricas del virreinato de la Nueva España.

¿México fue alguna vez una “sociedad industrial” o sólo ha logrado ser una sociedad “industrializada”?

Para responder a esta interrogante, es necesario un recorrido selectivo dentro de la experiencia histórica mexicana.

En México podemos distinguir tres grandes periodos en su proceso de *industrialización*, de erección de establecimientos industriales en el sentido histórico-social definido anteriormente. Esto es, aquel momento en el que confluyeron los procesos de mercantilización con el establecimiento de una sociedad gobernada representativamente, -aunque sabemos que esto se expresó solo de manera teórica en buena parte de los siglos XIX y XX- bajo la forma de república¹¹.

11 Debemos acotar además, que no consideramos a la idea de asociar mecánicamente la época del Virreinato con un gobierno despótico por ser una monarquía, y a la república con un gobierno democrático y representativo, esto nos parece una correlación incorrecta tanto por simplista como por ideologizada. En este caso la particularidad perceptible es la coincidencia entre la concepción monárquica absolutista del virreinato y las ideas de la revolución francesa con el imaginario político de la época de formación de la república mexicana. Sabemos, sin embargo, que existen monarquías democráticas como es el caso del Canadá, y repúblicas autoritarias como lo ha sido la república mexicana durante tantos años. También es necesario no perder de vista la importancia para el caso mexicano de los matices de la discordancia entre el marco institucional moderno de sus leyes y constitución, y su organización social contractual, donde predominan los vínculos personales y otras formas de sociabilidad altamente tradicionales.

El primero de ellos lo fijamos entre 1830 y 1843. Es decir, desde el establecimiento de “La Constancia Mexicana”, la primera fábrica de textiles mecanizada integrada al aparato productivo del país de manera continuada¹², hasta la publicación por Don Lucas Alamán (1843), Ministro en turno, de la *Memoria* del estado de la industria mexicana donde se registró la primera gama de establecimientos de producción en serie, mecanizados e integrados al aparato productivo del país. -Aunque sería más apropiado decir a un aparato productivo regional e interregional.- Este registro incluyó a 59 fábricas de hilados y tejidos, de cerámica, vidrio, papel, y hasta una fundidora de hierro entre sus actividades. Es evidente que las limitaciones de esta oleada industrializadora -especialmente en niveles de producción y magnitud geográfica de los establecimientos- estuvieron íntimamente ligadas a las dificultades de orden político, a la cuestionada legitimidad política de los efímeros gobiernos de la época, atribuible fundamentalmente a la discordancia entre el marco institucional de un gobierno republicano y una sociedad mayoritariamente jerárquica y tradicional en su cultura política.

El segundo periodo, de mayor alcance en tiempo y espacio, lo ubicamos iniciándose en 1888. Se percibe desde este momento como el General Porfirio Díaz logró consolidar el reconocimiento de los principales actores políticos del país asegurando así una mayor legitimidad en el interior, y el reconocimiento de las potencias occidentales sobre su gobierno, acreditando desde entonces al país como un lugar confiable y rentable para el comercio internacional y la inversión externa. Con esto se dieron entonces las condiciones para una industrialización de mayores alcances basada en un mercado interno hibridado en sus niveles de mercantilización¹³ y un importante sector exportador de materias primas. Esta etapa concluye al momento de la caída del régimen político en 1911, evidenciando así la importancia de la situación político-social como contexto propulsor o retardador de los procesos de industrialización.

12 Sobre el debate acerca de la primogenitura entre “La Aurora Yucateca” de Don Pedro Sainz de Baranda, puesta en marcha en 1833, y “La Constancia Mexicana” de Don Esteban de Antuñano que arrancó sus trabajos en 1835, nuestro punto de vista, como el de la mayoría de los especialistas que han tocado el caso, es de que el experimento yucateco, tan esforzado como efímero con sólo unos momentos de funcionamiento irregular, es un caso del que no se conocen siquiera evidencias arqueológicas del establecimiento, y tampoco alcanzó a sobrevivir lo suficiente para integrarse al aparato productivo ni siquiera regional, ni logró constituirse como un modelo de industrialización como lo fue el caso de la fábrica La Constancia Mexicana que sirviera de modelo a varios establecimientos en todo el país.

13 Consideramos como híbrida la coexistencia de formas donde existe sólo parcialmente el mecanismo de compra-venta de mercancías que tenían como forma de pago un intermediario monetario, que significa un acuerdo más generalizado acerca del valor de cambio de los artículos en cuestión, es decir, al intercambiar mantas a un precio, esta operación es repetible entre diferentes interlocutores. Frente a este sistema existieron, y hasta existen actualmente de manera mucho más limitada, intercambios de mercancía a mercancía, donde el valor de cambio se establece entre los particulares que realizan el intercambio en cuestión

El tercero lo situamos entre 1940 y 1968, es decir, desde la coyuntura favorable al repunte de las exportaciones mexicanas propiciado por la Segunda Guerra Mundial hasta el agotamiento del modelo del llamado “Desarrollo Estabilizador”. Tenemos aquí una época de industrialización del país basada en procesos de sustitución de importaciones de algunos bienes de consumo y la protección de un mercado interno de bajo nivel adquisitivo, todo esto apoyado por el rápido crecimiento de la población y la exportación de materias primas.

Es evidente que desde 1982 las transformaciones de la sociedad mexicana han sido muchas como para no considerar una nueva etapa. Sin embargo, los productos y procesos industriales de estos años serán considerados al final del presente capítulo como epígono de una agenda de discusión posterior a la aquí presentada.

Ahora bien, para responder a la cuestión inicial acerca de la sociedad mexicana como sociedad *industrial* o sociedad *industrializada* es necesario hacer otras consideraciones conceptuales.

Con lo anterior, no queremos dejar la impresión de que compartimos aún las teorías del evolucionismo cultural; es decir, particularmente yo no suscribo los postulados acerca de la existencia de diferentes etapas de desarrollo, del primitivismo a la civilización, o de culturas simples a formas más complejas y evolucionadas. Nos parece más apegado a la realidad determinar la manera en que se da la experiencia en cada caso.

Para ayudar a la comprensión de la historia mexicana es evidente que la teoría del particularismo histórico, preconizada por Franz Boas (Coté, 2005-2006:19), nos facilita ese difícil camino, además de la visión del historicismo alemán que inauguró los estudios de las individualidades culturales en la historia (Meinecke, 1943). Nos inscribimos entonces en la lógica de la valorización de la diversidad cultural más que en la de la jerarquización y cronología lineal de los productos culturales.

Consideramos entonces que los productos de la cultura mexicana son el fruto de un proceso histórico único, logrado a partir de una combinación particular de antecedentes, influencias, es decir múltiples factores, y que estos deben ser estudiados bajo una óptica que considera esas distintas influencias, épocas, en fin. Como consecuencia, la valorización del patrimonio industrial de México debe tener en cuenta la participación de elementos de una diversidad cultural donde conviven prácticas de diferentes edades y no solo una práctica cultural jerarquizada donde subsisten los efectos de una evolución técnica lineal.

Un análisis que considera al relativismo cultural, nos ayuda a presentar una alternativa al análisis etnocentrista, evolucionista y mecanicista que veía en la revolución industrial inglesa y su influencia un modelo único, la vía de industrialización unívoca donde había que hacer encajar los procesos seguidos en México. Esta visión daba por resultado, entre otras cosas, un pretendido rigor científico que en realidad solo dejaba una especie de incertidumbre conceptual al tratar de definir si hubo industrialización o

no en las etapas aquí señaladas, hablando a veces de solo una *implantación de industrias*, o de simple *erección de fábricas*.

Tenemos sin duda aún una gran tarea por delante en la caracterización de los componentes de las etapas aquí propuestas de la industrialización experimentada en México. No obstante, podemos decir entonces con toda propiedad que México no podría ser considerado sino muy recientemente como una *sociedad industrial*, es decir una sociedad donde predominen la mecanización y mercantilización de la producción de los bienes y servicios necesarios para la subsistencia de la población en su mayor parte. Este estadio se alcanzó ciertamente hasta hace unos cuantos años cuando se reportó como mayoritaria la población localizada en áreas urbanas y cuyo trabajo y formas de subsistencia son mesurables monetariamente; frente a aquella que producía una parte de su subsistencia dentro de una economía de autoconsumo y formas de intercambio de bienes –incluso del trabajo– sin valor de cambio expresado en moneda aritméticamente. México ha tenido como experiencia histórica el ser una *sociedad industrializada* en algunos sectores productivos y en determinadas regiones de su desigual territorio.

En torno al artesanado y la llamada cultura popular

La valorización de los bienes culturales producidos por la actividad industrial en México al fijar la atención en sus particularidades, tiene que considerar entre otras a la cultura popular y sus producciones en serie. Al hablar de esto no estamos pensando en un nacionalismo a ultranza que quiere separar lo mexicano, “lo nuestro”, de toda influencia exterior. No necesitamos insistir demasiado en el hecho de que las interacciones intra-culturales son perceptibles en el ámbito artesanal y de las capas de menores niveles de vida también.

En cuanto a la producción artesanal en serie, dedicada al mercado y teniendo como punto de partida los recursos locales, es evidente que esta representa un vasto objeto de estudio válido a todas luces. El interés de este sector productivo radica, entre otras cosas, en que es significativo en sí mismo y factor clave en el camino a la comprensión de la producción cultural en su totalidad y de la valorización del patrimonio industrial en particular, de sus componentes y manifestaciones. ¿Cómo entender el arranque de la industria textil mecanizada con la apertura de *La Constancia Mexicana* sin tomar en cuenta la existencia de artesanos que continuaron tejiendo mantas de algodón hasta que esta fábrica, y otras erigidas siguiendo a ésta como modelo, fueron equipadas con telares mecánicos también? ¿Cómo entender el desarrollo de los molinos harineros equipados con sistemas de almacenaje y molienda vertical desde la etapa porfiriana, sin la existencia de los miles de amasijos artesanales y semi-mecanizados para la elaboración del pan, muchos de ellos existentes hasta nuestros días?

Así mismo, frente a la innegable existencia -y no solo supervivencia- del sector artesanal en toda sociedad industrial, en el caso de México es perceptible igualmente una articulación diferenciada -en tiempo y alcances dentro de su geografía- entre una gama diversa de niveles de mecanización y uso intensivo de mano de obra en una amplia gama de sectores de producción, como otros de sus componentes en tanto que sociedad industrializada y país altamente heterogéneo en su disponibilidad de recursos y en su desarrollo regional.

En síntesis, queremos llamar la atención en lo concerniente a la articulación o convivencia simbiótica de sectores productivos de distintos niveles de mecanización o maquinización. Una vez más, es el acercamiento interdisciplinario el que nos permite percibirlos, valorarlos y hasta potenciarlos. No es necesario insistir demasiado en las características de complejidad de la estructura productiva de los países del llamado tercer mundo y más aún del club sui generis de “economías emergentes” como la mexicana. Agregaremos finalmente una rápida revista sobre las trayectorias recientes del patrimonio industrial mexicano y la manera como son resultado de una trayectoria de larga duración.

Otros componentes de las sociedades industriales y su expresión en México.

En lo concerniente a los factores que consideramos relevantes dentro del funcionamiento de una sociedad industrial podemos mencionar algunos rasgos de su población y la operatividad de su organización política.

Veamos primero la llamada “transición demográfica”, el momento en el que se dejan los patrones poblacionales “preindustriales” -según la denominación de los historiadores de la demografía- es decir, cuando se superan las altas tasas de mortalidad infantil y la expectativa de vida comienza a ampliarse, cambios que en Inglaterra y Francia son perceptibles desde finales del siglo XVIII. ¡En México estos indicadores demográficos fueron palpables solo a partir de 1940! (INEGI, 1995).

Si pasamos al aspecto político, a considerar la consolidación de un estado representativo, podemos abrir otra vertiente de discusión solo para determinar si este existe completamente consolidado aún en nuestros días. Pensemos solo en lo que ocurre a nivel regional, donde existen aún sistemas privilegiados de poder monopolizados por figuras y hasta familias locales, donde los poderes judiciales y hasta legislativos son influenciados por los ejecutivos, a veces ni siquiera de manera discrecional. Serían muchos los ejemplos de cómo esta perversión del modelo republicano de gobierno retarda y hasta distorsiona una economía ideológicamente articulada en el principio del *laissez-faire*.

En el mismo orden de análisis, veamos lo que pasa en lo que se puede denominar como *autonomía o autopropulsión tecnológica*, es decir, la capacidad de crear soluciones técnicas, la creación de procesos y el equipo para sostener la capacidad de producir bienes y aprovechar los recursos naturales y humanos disponibles localmente.

Desde el punto de vista del inventario del Patrimonio industrial mexicano, es conocida la existencia de una amplia gama de evidencias sobre las patentes, creaciones y realizaciones de inventores mexicanos: desde los intentos de Esteban de Antuñano por fabricar máquinas en la fundición de Panzacola, Tlaxcala, pasando por la maquinaria ideada por los empresarios del henequén en la época del porfiriana, hasta el desarrollo olvidado de la fabricación de semiconductores y la robótica impulsados en el país.

¿Cuál ha sido entonces, desde nuestro punto de vista, la característica central del desarrollo económico social mexicano? En todos los casos encontramos como común denominador una franca discordancia y enorme desconexión entre la producción de la cultura material, derivada del sistema productivo y el sistema educativo. Todo esto es traducible a su vez en la apabullante ausencia de proyectos de desarrollo de corte nacional durante la mayor parte de la historia del país.

Nota sobre otros ámbitos del patrimonio cultural de la industria mexicana.

Las industrias culturales del país, a pesar de su enorme peso en la sociedad y gran éxito en el exterior, han sido prácticamente ignoradas dentro del marco de análisis del patrimonio industrial. Lo mismo se podría decir de diversas industrias como las de bebidas – poco se conoce sobre la producción de mezcal, vinos, sidras y licores regionales- y muchas de las productoras de alimentos, incluso aquellos de gran prestigio como el chocolate o las presentaciones de chiles en conserva y salsas. Igualmente, las aplicaciones del agua, elemento de la mayor importancia, han recibido poca o dispersa atención. En la región de Tehuacan, Puebla, existe un pequeño museo del agua donde predomina el punto de vista biológico. La industria metalúrgica, salvo el caso de la plata, ha recibido también poca atención de los estudiosos a pesar de la importancia de la producción de hierro en regiones como Durango y Coahuila. Los productos de las actividades en el ámbito de las telecomunicaciones son también patrimonio semi-olvidado, presas del desdén de los estudiosos y del poco arraigo en las dependencias respecto a sus elementos identitarios.

Como colofón de esta breve revisión del Patrimonio industrial mexicano, insistiremos solamente en el caso de las industrias culturales. El término de *industria cultural* comenzó a usarse en la escuela de sociología de Francfort desde la década de los 50. En ese momento el término tenía una connotación peyorativa y hasta de denuncia como re-

acción a la producción industrial de la cultura, a la producción en masa que implicaba su proceso de mercantilización. El caso más evidente fue el del cine, que, luego de surgir como una aplicación dinámica de la fotografía en el *Salon Indienne* en París, pasó a ser parte de un nuevo territorio industrial, un producto de gran demanda y para el consumo de masas.

En la década de los setenta, serán ahora economistas de la Universidad de Stanford quienes empezarán a usar el término de *industrias culturales* para designar aquellos sectores de la cultura que más atraían la inversión de capital por su alto grado de rentabilidad. En las principales sociedades industriales del mundo occidental y el Japón, las industrias culturales engloban principalmente a productos fácilmente reproducibles, orientados desde el principio para el consumo masivo como las emisiones de la televisión, el cine, la música, la producción editorial y hoy en día hasta los video-juegos (Benvenuto, 2005-2006:22). En estos países además, estas industrias se caracterizan por sus altos niveles de concentración en los procesos de creación, producción y difusión, mismos que los economistas clásicos denominaron desde hace mucho como de *integración vertical*. La expansión actual de los medios de difusión digitales coloca actualmente a las industrias culturales como uno de los sectores de mayor rentabilidad y expansión. El ejemplo más claro es el de los Estados Unidos, país que se caracteriza actualmente por sus estratosféricos niveles de déficit comercial, al mismo tiempo que se ha colocado como el principal exportador de bienes culturales.

Asimismo, a pesar de ser México el país donde se inventó la televisión a color, y de que es el principal productor de programas de entretenimiento en español en el mundo, poco ha sido el interés de los especialistas por abordar este tema de manera sistemática. Lo mismo se puede decir para su industria editorial, siendo México el lugar donde se estableció la imprenta por primera vez en el continente, -1541- así como uno de los primeros países donde se empiezan a publicar gacetas de noticias en Hispanoamérica, y contando en la actualidad con una de las industrias más importantes, es poco lo que se tiene en tanto que historia de una industria cultural,¹⁴ y menos en tanto que historia de este patrimonio industrial. En el mismo orden de ideas, podemos señalar al cine mexicano que, teniendo una trayectoria tan prestigiosa como irregular, no ha sido hasta el momento objeto de estudio sistemático como patrimonio industrial.

Finalmente queremos indicar que estas breves notas finales no tienen la intención de aparecer como simple queja, sino más bien se expresan como invitación a la exploración de estos territorios poco escudriñados hasta el momento.

14 Solo se tienen breves noticias de la historia de la imprenta en diferentes ciudades del país, en versión facsimilar de las publicadas a principios del siglo XX por José Toribio Medina. Cf. por ejemplo *La Imprenta en la Puebla de los Angeles* (1991).

México es un país que recorrió rápidamente la trayectoria que va primero del redescubrimiento de su patrimonio industrial en desuso del siglo XIX, a la ampliación del horizonte cronológico y temático de su patrimonio, por lo menos dentro del mundo académico. Tenemos así que de la preocupación por rescatar los famosos edificios creados por la actividad de la industria textil, -objetivo que sigue pendiente lamentablemente- se pasó al rescate del amplísimo patrimonio en edificios, documentos y objetos del ferrocarril, hasta llegar al reconocimiento de cultivos, sitios productores, etc., de la industria tequilera declarada en 2006 patrimonio de la humanidad. Actualmente se cuenta con más de 40 museos de sectores industriales especializados por todo el país. Sin embargo, entre las tareas principales pendientes consideramos dos como prioritarias: la sensibilización social al respecto y la extensión de las investigaciones.

En el primer caso, es evidente la necesidad de sensibilidad en cuanto a la valoración del pasado industrial, tanto como estrategia útil para mejorar los programas educativos en el ámbito técnico - científico, como para abrir nuevos planes de desarrollo social por parte del sector público, desde el reordenamiento de zonas urbanas como apertura de nuevos entes turísticos. Esto quiere decir que si consideramos la necesidad del relanzamiento de las zonas y sitios des-industrializados estarán involucrados Secretarías de Desarrollo Económico, Turismo, Cultura, Educación, y hasta la iniciativa privada. Un buen ejemplo está en el caso de sitios como el museo “Mina de Acosta” en la población de Real del Monte que desde su apertura el 22 de julio de 2001, al mismo mes de 2004 ha captado 93, 123 visitantes, y cuyo promedio aumenta cada año¹⁵. Mucho más podríamos decir de un bien parte del desarrollo ferrocarrilero como es el famoso tren Chihuahua-Pacífico. Hablamos entonces de posibilidades de estudios que pueden incidir incluso en la planeación de rutas bajo la temática industrial de importancia internacional no solo local, parques, complejos temáticos, además de los consabidos museos.

Pero no olvidemos que el Patrimonio Industrial no son sólo construcciones industriales, es el resultado de toda producción de artefactos, además del patrimonio cultural en sus aspectos técnico-científicos, de significados, símbolos, sensibilidades, identidades, prácticas y, por supuesto, antigüedades industriales, dominio privilegiado del trabajo conjunto entre Historia y Arqueología.

Al respecto se hace necesario abundar en torno a estas manifestaciones, conocidas ahora genéricamente como “Patrimonio tangible e intangible”.

15 Datos oficiales del Archivo Histórico y Museo de la Minería de Pachuca, Hidalgo, a cuyo cargo se encuentra dicho sitio.

Patrimonio industrial como bien jurídico y bien social

Para pasar revista a los vestigios dejados por la actividad industrial, considerables como Patrimonio Industrial se hace necesario distinguir entre las categorías implicadas, es decir, que el concepto tiene una connotación jurídico-legal, al tiempo de ser parte de un proceso económico al momento de ser creado. Desde ambos casos se confluye a una vertiente histórica: la posibilidad de ser proyectado en el tiempo y ser transmitido como bien económico y como valor cultural.

La consideración del Patrimonio como cultura requiere plantea su propia conceptualización, desde el momento en que aquí el orden de los factores si altera el producto. Esto es, el Patrimonio Cultural y la Cultura como patrimonio son acepciones distintas, como señala José Luis García quien advierte que “toda práctica cultural puede ser patrimonio pero sólo algunas prácticas son consideradas como bien cultural” (García, 1998 en Arce y Sáinz, 2006:3).

Igualmente, el Patrimonio no se puede considerar como universal, objetivo, como algo considerable como tal desde que se crea. Este varía temporalmente puesto que no es una entidad propia y tiene variaciones temporales, sociales ya que cada grupo humano tienen distintas prácticas culturales. El patrimonio como tal es producto de una construcción socio-cultural.

Bibliografía

- ALAMAN, Lucas.
1843 *Memoria sobre el estado de la agricultura e industria de la república que la dirección general de estos ramos presenta al gobierno supremo*. México.
- ARCE Y SAINZ, Marcelina, RIVAS LÓPEZ, Gerardo
2006 *Una aproximación al patrimonio cultural*. Ponencia al Coloquio 475 aniversario de la Fundación de la muy noble y muy leal Puebla de los Ángeles. Abril 2006. Mecanoscrito.
- BENVENUTO, Luciano
2005-2006 “Les industries culturelles”. Autant en emporte l’argent en *À bâbord! Revue social et politique*. Dec-Jan. Montréal,
- BERGERON, Louis, DORELL-FERRÉ, Gracia
1996 *Le Patrimoine Industriel*. París, Ed. Liris.
- HIRSCHMAN, Albert.
1984 *Les Passions et les intérêts*. Paris, Presses Universitaires de France.
- VIDARGAS, Francisco
1997 *La sociedad civil frente al patrimonio cultural*. 3er Coloquio del Seminario de estudio del patrimonio artístico. México, Instituto de Investigaciones Estéticas. UNAM.
- INEGI

- 1995 *Estadísticas Históricas de México*. INEGI.
- MEDINA, José Toribio
1991 *La Imprenta en la Puebla de los Ángeles*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas.
- NOVELO, Victoria
1984 *Arqueología de la industria en México*. México, Museo Nacional de Culturas Populares.
- PINARD, Jacques
1985 *L'Archéologie industrielle*. Paris, 21ª ed. Presses Universitaires de France, 140 p.
- SCHWANITZ, Dietrich
2003 *La Cultura, todo lo que hay que saber*. Madrid, Ed. Taurus. 704 p.



Arqueología industrial: exploración de la hacienda de beneficio San Buenaventura en Pachuca, Hidalgo

Yolanda Isabel Beltrán Vargas

Durante siglos la minería fue una actividad económica fundamental en Hidalgo; ha sido responsable de la creación de pueblos en los parajes más abruptos, así como la encargada de configurar el paisaje urbano de la ciudad de Pachuca, actual capital del Estado. Sin duda, ha dejado huella tanto en la tierra como en los hombres y mujeres, quienes desde niños conocieron la dura realidad del trabajo dentro y fuera de la mina.

De la intensa actividad minera durante más de cuatro centurias, sobreviven vestigios materiales en los alrededores de Pachuca, en el denominado distrito Minero de Pachuca y Real del Monte. Algunas de estas evidencias físicas se encuentran todavía en pie, otras en cambio han desaparecido parcial o totalmente, por lo que es necesario escudriñar en archivos históricos, fototecas o mapotecas, para conocer parte de su historia. La investigación de la antigua hacienda de beneficio San Buenaventura y las minas que integran el conjunto industrial, se abordó a través de la metodología arqueológica con el objetivo de analizar el contexto en el que se edificaron las instalaciones y realizar la interpretación del sitio a través de los restos materiales. El resultado de este trabajo se puede consultar en la tesis de Licenciatura en Arqueología de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, realizada por la autora del presente texto, y dirigida por el Dr. Jaime Litvak King; maestro y guía en la fascinante tarea de estudiar y preservar el patrimonio cultural de México, quien demostró a lo largo de su vida profesional una actitud abierta y entusiasta hacia nuevas propuestas de investigación.



Figura 1. Ubicación de los vestigios de la antigua hacienda de beneficio San Buenaventura (modificado de INEGI, Escala 1:50 000, 1999).

Notas sobre la arqueología industrial

La arqueología industrial es una especialidad cuyo objetivo fundamental es el registro, estudio, interpretación, conservación y difusión de los restos materiales que ha dejado una industria. Esta disciplina originalmente concebida en Inglaterra en la década de los cincuenta, para proteger los testimonios de la Revolución Industrial del siglo XVIII, ha ampliado su campo de estudio para responder diversas inquietudes académicas y proteger los vestigios industriales de diferentes épocas y lugares, debido a que los procesos de industrialización han sido distintos en cada país.

En México tenemos importantes vestigios de diversas industrias que en otros tiempos fueron parte fundamental de la economía de un pueblo; ahora estos testimonios for-

man parte de nuestro patrimonio histórico y cultural, puesto que ellos nos pueden hablar de los recursos con los que contaba una población, así como la tecnología desarrollada para su explotación. Además, del proceso de trabajo en sí mismo, estos vestigios también nos dan cuenta de la organización laboral y las relaciones humanas al interior de los centros de trabajo, así como el desarrollo poblacional producto de la influencia de determinada actividad económica en una zona.

La minería de oro y principalmente de plata en nuestro país, tuvo sus inicios en la época prehispánica, aunque el auge se produce en la época colonial cuando la explotación sistemática de los colonizadores españoles propicia la ya legendaria fama de los reales de minas de estas tierras americanas. Esta actividad económica fue la responsable de la creación de comunidades que se asentaron en terrenos con una topografía que distingue a los asentamientos mineros. La importancia de la minería como hecho histórico ha propiciado que historiadores de la economía y la tecnología hayan respondido diversos cuestionamientos acerca de las actividades industriales de un pueblo. La arqueología a través de su objeto de estudio: el sitio industrial y su interpretación, contribuye al rescate de este patrimonio histórico por medio de las técnicas propias de la disciplina, así como de la especialización requerida para este tipo de contextos. Fue necesaria la consulta de documentos en archivos históricos, pues la historia escrita se confrontó con la evidencia material en campo. En este caso se acudió al Archivo Histórico de la Compañía Real del Monte y Pachuca, y al Archivo Histórico del Poder Judicial del Estado de Hidalgo.

Antecedentes históricos del Distrito Minero de Pachuca y Real del Monte

Como se mencionó al inicio de este trabajo, la tradición minera del Distrito de Pachuca y Real del Monte comienza en la época prehispánica con la explotación de yacimientos de obsidiana, cuyas evidencias arqueológicas han sido estudiadas por varios investigadores, quienes han dado a conocer las técnicas de extracción que empleaban los mineros indígenas para obtener este vidrio volcánico. Asimismo conocemos por esas investigaciones, algunos aspectos del proceso de explotación, talla y transporte de este material, la organización laboral de aquellos pueblos y el nivel de destreza técnica de la población (López 1989, Cobean 1991, Fournier y Pastrana 1997). Con la ocupación española se redujo gradualmente la extracción y el trabajo de la obsidiana, aunque persistió su uso durante el periodo Colonial temprano (Pastrana 1998). En la actualidad todavía existen artesanos que trabajan la obsidiana de esos yacimientos para fabricar diversas piezas ornamentales para los mercados turísticos.

Algunas investigaciones señalan que desde la época prehispánica se trabajaron minas de plata, porque existen excavaciones primitivas de poca profundidad en la región de Pachuquilla, a siete kilómetros al sureste de Pachuca. Empleaban el método de torrefacción, que consistía en calentar las rocas y luego enfriarlas con agua para romperlas con facilidad por dilatación (Bargalló 1955, León-Portilla 1978).

Al llegar a esta región en 1524 los colonizadores españoles, comenzaron la búsqueda de metales preciosos. En 1552 finalmente tienen éxito al encontrar plata nativa en los cerros ubicados al norte de la actual ciudad de Pachuca, realizándose el primer denuncia en las oficinas de Registro Minero en la ciudad de México. Ese mismo año también fueron denunciadas las minas de Real del Monte (Vargas 1951). Se nombraban reales de minas a los asentamientos donde se encontraban los yacimientos, porque pertenecían a la Corona española; otros reales de minas de esta región fueron el Real de Arriba (actualmente corresponde a la población de San Miguel Cerezo) y el Real de Atotonilco El Chico (hoy Mineral del Chico) (Oviedo 1998).

En la época Colonial, aunque con altas y bajas, la minería se consolida como la actividad económica más importante de la zona, gracias a la existencia de numerosas minas y la creación de importantes haciendas de beneficio.

A partir de la Independencia de México se permitió a los extranjeros poseer minas, con lo cual entraron a la nación inversionistas como la Compañía de Aventureros Ingleses en las Minas de Real del Monte, la cual llegó en 1825, con maquinaria de vapor para el desagüe de las labores, así como maquinistas y operarios del Condado de Cornwall (Burkart 1989). Durante el porfiriato se inició de forma generalizada el uso de la máquina de vapor traída de Inglaterra. En el centro del país, Guanajuato e Hidalgo contaron con mayor número de máquinas. A finales del siglo XIX comenzó a desarrollarse la fuerza hidroeléctrica, empleada en el bombeo para desaguar tiros y socavones, así como para accionar las perforadoras y molinos (Gámez 2001). Los mineros ingleses impulsaron avances tecnológicos y además su herencia socio-cultural permaneció en esta región, principalmente en Real del Monte, en donde residía la mayor parte de los inmigrantes cornish (Villalobos 2004).

Las evidencias arqueológicas de la presencia de esos mineros en el distrito que nos ocupa, se observa en los vestigios de las antiguas minas y haciendas coloniales, así como en las construcciones que se añadieron después, especiales para albergar maquinaria, como las famosas casas de máquinas inglesas estilo cornish. Algunas haciendas de beneficio antiguas modernizaron sus instalaciones, como es el caso de la hacienda de beneficio de Loreto, en Pachuca, en la que se comenzó a usar a principios del siglo XX el sistema de cianuración para el beneficio del mineral, introducido por empresarios norteamericanos. En esta hacienda, la única en actividad hasta la fecha, se conserva infraestructura de los siglos XIX y XX.

Contexto geográfico y geológico

El Distrito Minero de Pachuca y Real del Monte se localiza en la Sierra de Pachuca, la cual tiene una orientación oeste-noroeste y forma el límite nororiental de la cuenca de México. Se ubica en la parte centro-meridional del estado de Hidalgo, abarcando hacia el norte, la llanura de Huasca, hacia el este, las minas del Mineral del Chico y hacia el sur incluye las laderas que bajan al Mineral de la Reforma y a Pachuca. Por su localización en la República Mexicana este distrito pertenece a la provincia fisiográfica llamada Eje Neovolcánico (Geyne, *et al.* 1963; INEGI 1992).

El relieve de esta sierra es producto de una intensa actividad volcánica, iniciada a principios del Terciario y desarrollada durante el Pleistoceno inferior; las cumbres están constituidas por lavas muy fracturadas y afectadas por la erosión, existen tres sistemas de fracturas los cuales están asociados a los procesos de mineralización que dieron origen a los yacimientos económicos del distrito minero (INEGI 1992). Los cuerpos de mineral costeable están en dos áreas, la occidental en Pachuca y la oriental en Real del Monte. La plata se encuentra en forma de costras de sulfuros y minerales de la ganga (impurezas), que llenan aberturas a lo largo de las vetas y las fracturas, también existe oro nativo. En las zonas donde existe mayor fracturamiento se encuentran las vetas de mayor importancia. En promedio, el espesor de las vetas tiene entre dos y cuatro metros, en algunas zonas puede alcanzar un máximo de cuarenta metros. La profundidad de la explotación de las diferentes vetas es variable aproximadamente debajo de 525 o 550 metros de profundidad (Santillán 1931).

El cerro San Cristóbal es el más alto de Pachuca, tiene una altura de 2 900 m.s.n.m. y se localiza al noroeste de la ciudad, al oriente se encuentra el cerro de La Magdalena, cuya altura es de 2 700 metros. Entre ambas elevaciones está la cañada San Buenaventura, la cual se originó por el paso del río que baja desde el valle que se encuentra al norte. Las laderas tienen una pendiente muy pronunciada y la roca está expuesta a la intemperie debido a la erosión que caracteriza a estas zonas, por lo que la vegetación es escasa. En este lugar existe una asociación de andesita y brecha volcánica andesítica. Existen dos vetas que corren de oriente a poniente a través de los cerros de San Cristóbal y La Magdalena. Las vetas se denominan La Rejona, al norte y Maravillas al sur. Tienen valores ricos en plata, con poco oro y metales básicos (Consejo de Recursos Minerales 1992).

Extracción del mineral

Al inicio de la Colonia, la extracción del mineral era superficial, o sea a cielo abierto, posteriormente las excavaciones se realizaban por medio de socavones, que son obras de

comunicación o explotación horizontales; y por medio de tiros, excavaciones en dirección vertical (Herrera 1994). En los tiros se extraía el metal a través de botas de cuero, que eran subidas por los malacates; el malacate o cabrestante es una máquina con movimiento giratorio, compuesta de un tambor y un eje, que sirve para enredar las sogas, que transportan el mineral por el tiro. Era accionado por medio de la fuerza hidráulica o animal, a los que se les llamaba malacates de sangre (Flores 1991). Posteriormente se emplearon malacates de vapor, hasta que se estableció la energía eléctrica. Estas máquinas eran utilizadas también para el desagüe de las minas inundadas, problema muy común en este distrito, además se construyeron socavones con este mismo fin. En la boca del tiro se colocaba la horca o castillo, estructura con poleas con cables para subir y bajar el mineral o a los trabajadores de la mina. Estas estructuras se hacían de madera y posteriormente, a principios del siglo XX, se construyeron de acero.

Dentro de la mina se hacían cubiertas de madera, llamadas ademes, para asegurar los tiros o túneles y evitar los derrumbes, también se podían construir arcos de mampostería para reforzar las paredes de roca y por lo general se dejaban pilares de piedra sin trabajar para sostener algunas áreas (Probert 1987). La extracción del mineral estaba a cargo de los trabajadores llamados barreteros quienes tumbaban los minerales con la ayuda de cuñas, barrenos y marros; el empleo de la pólvora se generalizó en Nueva España a partir de 1730 y los barreteros hacían orificios en la roca para rellenarlos con pólvora y provocar una explosión, y así obtenían los minerales de las vetas. Esta técnica permaneció vigente por un largo periodo, hasta que en la década de los setenta del siglo XIX se introdujeron perforadoras neumáticas para mecanizar el proceso (Flores 1991, y Mira, 1992).

Métodos de beneficio de los minerales

La etapa siguiente del proceso industrial es el beneficio del mineral. En los comienzos del periodo colonial en la Nueva España, se designaba a todo tipo de bienes e inmuebles con el término hacienda. También se empleaba esa palabra para referirse a los espacios de producción no sólo dedicados a la agricultura, sino también al beneficio o transformación de los minerales de plata (Nickel 1988). Algunas de esas instalaciones se encontraban dentro de los límites de haciendas agrícolas y existía un fuerte vínculo entre las dos, debido a que los mineros requerían los insumos proporcionados por las haciendas agrícolas, como cueros, grasa, alimentos y animales de carga.

En la Colonia se les nombraba a estas instalaciones —haciendas de beneficio de sacar metales o plata—. Había también otros espacios dedicados al mismo fin, pero mucho más pequeños y con menos instalaciones, éstos recibían el nombre de —zangarros— ó —changarros— (Martín Torres 2001).



Figura 2. Vestigios arquitectónicos de la hacienda de beneficio San Buenaventura.

Los mineros españoles emplearon dos métodos para beneficiar los minerales: la fundición y el método de patio. La fundición era empleada al principio, especialmente para los minerales ricos en contenido metálico, pero las vetas de la Nueva España eran principalmente de minerales de baja ley, por lo que este método resultaba costoso debido a la gran cantidad de combustible que se necesitaba. Para este método se requerían hornos que eran construidos con piedra.

Debido a las características de las vetas de este distrito minero, el siguiente método de beneficio tuvo un éxito mayor. Se trataba del beneficio con azogue o de patio, el cual aumentó la producción al beneficiar los minerales de baja ley. El perfeccionamiento del método de patio por el sevillano Bartolomé de Medina en 1555 en la hacienda Purísima Grande de Pachuca, generó la creación de numerosas haciendas de beneficio por este sistema, incorporándose en otros reales de minas de la Nueva España como Zacatecas y Guanajuato.

El método de patio consistía en mezclar el mineral molido con azogue o mercurio, para luego extender la mezcla llamada —tortas— en explanadas o patios, en donde

posteriormente se pisaban para incorporar bien los reactivos. Esto se realizaba con los pies o con caballerías. El proceso tardaba en promedio cinco semanas. Posteriormente se lavaba la masa en tinas con agua. La etapa final del proceso era el desazogado, que consistía en la separación de la plata del azogue por destilación (Bargalló 1955). Uno de los inconvenientes del método era la pérdida de azogue, y el procedimiento más eficaz para solucionar este problema fue la desazogadora llamada *capellina*, utilizada desde 1576, en donde condensaban los vapores de mercurio que luego se recogían (Castillo 1998).

El sistema de azogue requería hornos de fundición para que por medio de las altas temperaturas se depurara y transformara la plata cruda en barras. Por eso en algunas haciendas se construyeron grandes hornos y los mineros las llamaban —haciendas mixtas— (Martín Torres 2001), como fue el caso de San Miguel y Santa María Regla, dos de las haciendas de beneficio más importantes de este distrito durante la Colonia, propiedades del acaudalado minero y Conde de Regla, don Pedro Romero de Terreros.

El beneficio de patio permaneció sin cambios por tres centurias, hasta la introducción del método de cianuración por empresarios norteamericanos a principios del siglo XX. Éste consiste en tratar el mineral molido con una solución que contiene cianuro, para volver soluble la plata y después se recupera al precipitarla con polvo de zinc, esos precipitados se funden y se separa el oro y la plata (Ortega 1997). La denominación de hacienda de beneficio se mantuvo también para las empresas que empleaban el método de cianuración, hasta que empezó a usarse el término de planta de beneficio.

Características arquitectónicas de las haciendas de beneficio

La edificación de las haciendas de beneficio coloniales se realizó, en la mayoría de los casos, en terrenos abruptos, sobre las laderas de las cañadas, cerca de ríos o arroyos, para abastecer a las norias o represas, pues el empleo del agua era fundamental para accionar los molinos por medio de la energía hidráulica, así como para lavar los minerales. La construcción de las haciendas no seguía un plan determinado, debido a que para su edificación se tomaron en cuenta aspectos como la naturaleza del terreno en donde se instalarían (Romero de Terreros, 1956). Ese terreno comprende elevaciones montañosas en donde se explotaban las vetas de plata; de igual forma influyó la extensión de dicho terreno y el tipo de sistema de beneficio que allí se seguiría.

Entre las haciendas más sobresalientes por su capacidad de producción se encuentran las del primer Conde de Regla don Pedro Romero de Terreros, quien se convirtió en uno de los hombres más ricos de la Nueva España gracias a sus minas de Real del Mon-

te. En el siglo XVIII construyó las haciendas de beneficio de Santa María, San Miguel, San Francisco Javier y San Antonio, en la comarca que denominó de Regla en honor de la Virgen de dicha advocación. Tanto las minas como las haciendas de beneficio solían bautizarse con el nombre de algún santo o advocación, al que se encomendaban las actividades, así tenemos también la hacienda de San Buenaventura, en Pachuca, el tiro San Ildefonso, o la mina El Cristo, entre otros ejemplos.

El nombre beneficio “de patio” comenzó a emplearse a mediados del siglo XVIII, porque el volumen de la producción de mineral obligó a hacer los repastos en grandes patios (Castillo 1998), algunos estaban abiertos, pero otros podían tener techo. La mayoría de las haciendas de beneficio del Distrito Minero de Pachuca y Real del Monte, no contaban con patios techados. Los espacios cubiertos o abovedados eran destinados para almacenes y otras dependencias de la hacienda, como oficinas administrativas o habitaciones.

Las características arquitectónicas de las haciendas de beneficio las hacían parecer verdaderas fortalezas, dentro de las que convivían trabajadores y administradores, que podían pertenecer a distintas etnias. En algunos casos la casa del dueño se localizaba ahí, como en San Miguel Regla, pero en otros casos sólo existían las construcciones destinadas a la administración y las instalaciones propias del proceso industrial. En la mayoría de las haciendas de beneficio las casas de los trabajadores no formaban parte del complejo industrial, sino que se ubicaron en las cercanías del centro de trabajo.

La división espacial de las haciendas de beneficio comprendía distintas áreas de producción diseñadas específicamente para cada una de las actividades del proceso; contaban con patios enlosados, caballerizas, troje, depósitos para el azogue, áreas o galeras para los molinos y hornos, almacenes, cobertizos, aljibes, lavaderos o tinas, así como oficinas, casas habitación, área de máquinas y capilla. Todas estas áreas debían estar bien distribuidas para agilizar el trabajo y tener un mayor control de la organización laboral (Amador 1901).

Exploración arqueológica de la Hacienda de Beneficio San Buenaventura

Construida en la cañada del mismo nombre, entre las principales elevaciones al norte de la ciudad de Pachuca: el cerro San Cristóbal, al oeste y el de La Magdalena, al este, a una altura de 2 643 m.s.n.m, permanece como mudo testigo de las labores que ahí se desempeñaron, hasta que nos acercamos a preguntarle si revelaría sus secretos guardados celosamente durante varias centurias.

El acceso a este lugar, es por el antiguo camino real que conduce al poblado de San Miguel Cerezo, antes llamado Real de Arriba. Se trata de un conjunto industrial conformado por las instalaciones de la antigua hacienda, así como por algunas minas, que se explotaron desde el siglo XVII, según los documentos históricos consultados en el Archivo Histórico del Poder Judicial de Hidalgo. En estos documentos se nombra a la mina de San Buenaventura, así como la mina de San Ildefonso y El Tajo. En los tiros y socavones se observan los trabajos de apuntalamiento; en algunos se construyeron paredes y arcos de mampostería para evitar derrumbes, y en otros casos se utilizaron durmientes de madera (Beltrán, 2004).

En los documentos históricos localizados hasta el momento se señala que en 1787 Don José Antonio Montero se presentó en la jurisdicción de la ciudad de Pachuca, para denunciar un sitio al norte de la mina San Buenaventura a orillas del río que bajaba del Real de Arriba o del Cerezo. Declaró que en ese sitio había ruinas de un casco, por las que se infería que había existido allí una hacienda de beneficiar metales, con más de un siglo de antigüedad, conocida con el nombre de Xiral. Montero denunció el sitio para formar en él una nueva hacienda de beneficio¹. Es muy probable que en los patios de esta edificación se realizara la amalgamación con mercurio, que era el método predominante en esa época.

Las instalaciones se construyeron sobre la cañada y en las pendientes de los cerros. Enormes y sólidas bardas de piedra se levantaron para proteger las distintas áreas de trabajo, las cuales aún permanecen en pie, resistiendo los embates del tiempo, la naturaleza y la acción del hombre.

Elementos arquitectónicos

Uno de los objetivos de la investigación arqueológica del sitio fue la realización del registro preliminar de los elementos que conformaron la antigua hacienda y las minas. Se realizó un levantamiento topográfico, que permitió ubicar la distribución de las estructuras en la cañada. Asimismo se efectuó la interpretación de la posible función de cada uno de los espacios que en la actualidad se encuentran abandonados y en mal estado de conservación.

La extensión del sitio es de aproximadamente cinco hectáreas, las instalaciones estaban divididas por un afluente del río de Las Avenidas que corre de norte a sur. Existe

1 Archivo Histórico del Poder Judicial de Hidalgo, Fondo Pachuca, Ramo Minería, Denuncios mineros del siglo XVIII, caja 10, exp. 29.

un sistema hidráulico, del que quedan algunos vestigios de un acueducto de mampostería, sobre el cual se edificaron las habitaciones y patios de la hacienda, y una presa. Al norte se encuentra la cortina de la presa, cuya longitud es de 30 metros; se encontró una placa de cemento con la siguiente fecha grabada: 16 de septiembre de 1911. El acueducto tiene varios niveles, construidos con bóvedas de cañón corrido de mampostería y estuvo cubierto por el patio central de la hacienda.

Existe una pequeña estructura de planta cuadrangular abovedada, la cual pudo tener la función de polvorín, es decir, el lugar en donde se guardaba la pólvora que se usaba en la extracción del mineral. Otro elemento que sobresale es un torreón circular, de 13 metros de altura aproximadamente, con aspilleras que son aberturas largas y estrechas, ubicadas alrededor del cuerpo. Se edificó en un lugar estratégico para la vigilancia del sitio, en el cerro Magdalena, ya que desde ahí se domina la mayoría de las áreas de la hacienda y las minas, sobretudo de la parte central, en donde estaba el patio principal.

Dicho patio se encuentra en un área en desnivel, el piso desapareció completamente en la primera mitad del siglo XX, cuando se abandonaron las instalaciones. Probablemente este fue el patio en donde se extendían los montones de mineral con azogue, para efectuar los repasos. El piso cubría la sección central del acueducto. Hay dos habitaciones en el extremo norte de este patio, que posiblemente fueron los lugares en donde estaban los depósitos de agua para el lavado del mineral. En esta zona también existen grandes bardas que dividen las áreas de trabajo, construidas hasta el fondo de la cañada.

En el área noreste del complejo existieron algunas habitaciones, algunas pudieron ser almacenes o resguardar molinos. En esa misma área, gracias a los materiales encontrados en superficie, como son algunos crisoles pequeños de barro, se infiere que ahí se ubicó el área de ensaye, que era el lugar en donde se realizaba la fundición del mineral en pequeña escala para determinar su pureza. Al sur, se encuentran algunas construcciones y patios, separados del conjunto arquitectónico central aproximadamente 50 metros. Sus muros llegan hasta el fondo de la cañada y una de las paredes que miran hacia el oeste tiene aspilleras. Hay también habitaciones en ruinas y un tiro de mina.

El material empleado en la construcción de la hacienda fue esencialmente roca volcánica, además se utilizó ladrillo y madera en grandes cantidades, tanto para la construcción como para el apuntalamiento de las minas. La mayoría de las construcciones de San Buenaventura se realizaron con el sistema de mampostería, es decir, piedras irregulares colocadas a mano, de unos 25 a 40 cm de longitud. Las rocas que se utilizaron son principalmente andesitas, riolitas y basalto. Se extrajeron de los cerros cercanos a la hacienda y también se explotaron las canteras del poblado San Miguel Cerezo, al norte del sitio. De igual forma se utilizó ladrillo, el cual pudo emplearse desde la Colonia hasta el Porfiriato.



Figura 3. Tiro de mina forrado con mampostería

Otro sistema es la cantería, que consiste en el labrado de la piedra, como los sillares, se observa principalmente en el refuerzo de tiros y socavones, así como en los dinteles, platabandas y arcos de algunos cerramientos. Las rocas se unían con morteros de cal-arena ó barro.

En las haciendas de beneficio se empleaba una gran cantidad de madera para la fundición, así como para construcción y para ademar el interior de las minas, por lo que se consumieron enormes extensiones de bosques. Al norte de San Buenaventura hay bosques importantes que seguramente fueron explotados para la industria minera. La sobreexplotación forestal generó un cambio drástico en las características naturales de la zona y disminuyó la cantidad de agua que llegaba a la hacienda.

En la segunda mitad del siglo XIX hubo otra innovación técnica, que fue la construcción de túneles con estructuras de hierro. En San Buenaventura sólo se han encontrado elementos de hierro en el interior de la bóveda del socavón San Julio.

Además se encontraron un par de ejemplos de la ornamentación, como son dos piedras claves grabadas con los símbolos mineros (marro, barreta, pico y pala), y las fechas en que se construyeron los elementos arquitectónicos. Estos ejemplos son el arco del tiro San Ildefonso, con la fecha de 1903; y el cerramiento de la entrada localizada en el área sur, con la fecha de 1872.

Las cubiertas o techos, por lo general eran planas o abovedadas. Había algunas cubiertas inclinadas, a una sola agua y a dos aguas. El recubrimiento pudo ser de teja de

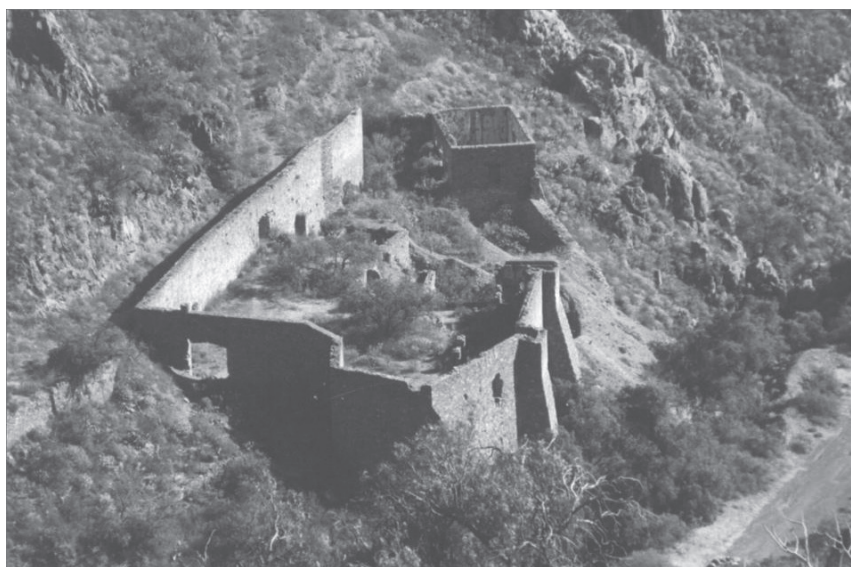


Figura 4. Panorámica del conjunto arquitectónico al sur del sitio.

barro o de tejamanil. Las tejas se emplearon desde la época colonial hasta la fecha. Ninguna de las habitaciones conserva las cubiertas, por lo que se infieren sus características gracias a la observación de algunos elementos arquitectónicos.

Cerca de San Buenaventura existieron otras fundaciones mineras, como la antigua mina de El Cristo, la cual se encontraba al oeste y contaba con varias construcciones que ya no existen. Además, se encuentran en los cerros las plataformas para las torres de los cables aéreos, que transportaban las canastillas con el mineral, de las minas de la zona hacia las haciendas de beneficio del sur, en el siglo XX. La energía eléctrica se introdujo en Pachuca a finales del siglo XIX, sin embargo algunas plantas de beneficio y minas continuaron empleando la energía de vapor para los trabajos.

En la segunda mitad del siglo XIX, se formaron algunas empresas mineras, una de ellas fue la compañía Maravillas y Anexas, que adquirió la mina San Buenaventura (Ortega Morel 1997). En 1873 ya no se realizaba el beneficio de los minerales en las instalaciones de San Buenaventura, sólo se explotaban las minas. El mineral se enviaba a otras haciendas de beneficio, principalmente del Mineral del Chico.

La hacienda se abandonó en la primera mitad del siglo XX, pudiendo ser las crisis económicas y el agotamiento de los yacimientos minerales o el descenso en la ley de los mismos, lo que propició este abandono. Enseguida de esto, empezó el proceso de destrucción, debido a diversos factores entre los que se encuentran el desmantelamiento de las estructuras por parte de la misma compañía minera, los saqueos, el vandalismo

y la acción de la naturaleza. El abandono en sí mismo afecta las estructuras debido al crecimiento de vegetación sobre las mismas, así como el intemperismo físico y químico, que deterioran las estructuras arquitectónicas.

Esta primera parte de la investigación de la hacienda Xiral, ahora conocida como San Buenaventura, permitió conocer algunos datos importantes como su ocupación continua desde el siglo XVII hasta principios del siglo XX, lo cual se confirma por los documentos históricos y los vestigios arquitectónicos. A lo largo del tiempo, las instalaciones sufrieron modificaciones debido al cambio de dueños y la tecnología empleada en distintos periodos. En cuanto al contexto medioambiental, las actividades mineras ocasionaron transformaciones en el paisaje como la apertura de caminos entre los cerros para transportar los insumos que se requerían en el centro de trabajo, así como el transporte del mineral. Las elevaciones montañosas redujeron su vegetación al utilizarse grandes cantidades de madera, y también por la constante erosión y derrumbes ocasionados por la explotación subterránea. Actualmente se observan huecos en los cerros y terreros, que son acumulaciones de piedras y tepetates que salen de la mina, además en algunos lugares se depositaron jales, que son residuos en polvo del proceso de beneficio de los minerales.

Perspectivas de la investigación arqueológica de las haciendas de beneficio

Para la investigación arqueológica de estos sitios es fundamental combinar el análisis de documentos escritos y los vestigios arqueológicos. El registro documental también aporta datos relevantes en cuanto al aspecto social, como las edades de los trabajadores, su procedencia o el número de trabajadores en un sitio. Es por eso que una parte importante de la investigación comprende la búsqueda de documentos en archivos históricos, archivos de empresas o privados, diarios personales, asimismo es importante considerar el material pictórico, fuentes cartográficas, periódicos, boletines profesionales y técnicos, entre otros.

Algunas minas y haciendas de beneficio dejaron de funcionar en el siglo XX, por lo que algunos trabajadores aún viven, quienes desde niños se iniciaban en las actividades de la minería. Las entrevistas a estas personas o a sus descendientes forman parte del trabajo de investigación, debido a que sus experiencias pueden proporcionar algunas pistas sobre los sitios que en la actualidad se han desmantelado. Los datos recopilados a través de documentos e información oral se contrastarán con la información obtenida en campo por medio de las técnicas arqueológicas, con lo cual se podrán confirmar algunos hechos o descartar otros.



Figura 5. Detalle en la arquitectura del antiguo conjunto industrial de San Buenaventura.

En algunos sitios encontramos que el conjunto industrial está conformado no sólo por las instalaciones para el beneficio del mineral sino también existieron minas. Debido a la necesidad de reducir los gastos de fletes, era conveniente situar las haciendas en las minas o cerca de ellas. Por esta situación, los elementos que se observarán en campo en los contextos mineros incluyen bocaminas, túneles, restos de bases de piedra para las máquinas o malacates, entre otros, que deberán registrarse como parte del sitio industrial.

Estas construcciones son un reto para la investigación arqueológica, porque se debe tener un conocimiento preciso del proceso de beneficio y de la tecnología empleada en distintos periodos temporales. En la mayoría de los casos la maquinaria empleada ya no se encuentra en el sitio, por lo que antiguas fotografías, dibujos, o registros escritos nos indicarán las características y ubicación de esos elementos, así como la prospección y excavación en el sitio mismo para identificar las áreas de máquinas.

Los sitios mineros se caracterizan por ciclos de ocupación, abandono y reocupación, como consecuencia encontramos que en las haciendas de beneficio, las construcciones se modifican o se sustituyen por otras en distintas épocas, otras áreas son canceladas. Algunos cambios pueden observarse directamente en elementos arquitectónicos a los que se les grabó la fecha, así como por el tipo de materiales y sistemas de construcción; sin embargo otros elementos no se observan en superficie, por lo tanto es esencial que se realice un registro sistemático en la excavación del contexto, como parte del plan de análisis y evaluación del sitio.

En cuanto a los materiales hallados en un sitio minero, su registro y análisis proporcionará información referente a las técnicas empleadas en determinada época, así como el tipo de actividad que se realizaba en cada área del complejo industrial. Como por ejemplo los crisoles de barro encontrados en superficie o en una excavación nos indican la existencia del área de ensaye, la cual por lo general se ubicaba cerca del espacio de molienda o de la mina. Por otra parte, artefactos como los clavos pueden servir para fechar algunos de los elementos también.

Consideraciones finales

El abandono de las minas y haciendas de beneficio trae como consecuencia que se convirtan en baldíos industriales. En el siglo XX muchas minas ya no producían y por esa razón fueron abandonadas; las vetas se fueron agotando y otras actividades económicas sustituyeron a la minería en esta región. Con el paso del tiempo lo único que queda como testimonio visible, que no puede pasar inadvertido cuando observamos el paisaje característico del distrito minero de Pachuca y Real del Monte, son todos esos elementos arquitectónicos y excavaciones producto de la minería.

Cuando las haciendas de beneficio dejaron de funcionar, comenzó su destrucción, porque se abandonaron completamente. Como resultado de esta situación se produjo el desmantelamiento total o parcial de los inmuebles y de todo el mobiliario que contenían. Así se ha perdido maquinaria original y relevante en su época, que podría haberse ubicado en algún museo dedicado a la evolución de la tecnología en México, o en un museo de sitio, en donde el público en general pudiera conocer la función de esa maquinaria.

Algunas de las antiguas haciendas de beneficio de Pachuca se han destruido gradualmente, en un principio por los terreros, que eran individuos que buscaban rocas que pudieran contener algunas cantidades de mineral, debido a que muchas de las piedras usadas en las construcciones eran desechos que provenían de las minas cercanas; también los contratistas han arrasado con las construcciones, pues ven a estos sitios como canteras para obtener piedra para otros usos. Así se han perdido partes de las bardas perimetrales, cuartos y patios completos como en el caso de la hacienda de beneficio San Buenaventura, en Pachuca.

Estas edificaciones representan una época pasada y una actividad económica que en muchos lugares ha declinado y en otros ha desaparecido, por lo tanto son una invaluable fuente de información respecto a esos periodos y las formas de vida y de trabajo que existieron, sobretodo si los registros escritos han sido destruidos, no son los adecuados, o son inaccesibles por alguna circunstancia.

Actualmente en el estado de Hidalgo se está dando impulso al turismo cultural o ecoturismo, con lo que se promociona la visita a los pueblos mineros. Existen algunas minas que pueden ser visitadas, así como haciendas de beneficio que han sido acondicionadas como hoteles. Sin embargo, mientras no exista la conciencia entre los propietarios y el público en general que visita esos lugares, de la importancia histórica, no sólo del inmueble sino de todo su entorno, se corre el riesgo de alterar o de perder los pocos ejemplos que quedan de aquella actividad industrial.

Por ello es urgente la creación de programas de investigación, protección y conservación del patrimonio industrial, de lo contrario se perderán los únicos testimonios materiales de una actividad económica que fue muy importante en el pasado y que es responsable de la configuración actual de los pueblos y ciudades del distrito minero de Pachuca y Real del Monte.

Bibliografía

- AMADOR, Manuel
1901 *Tratado práctico y completo de trabajos de minas y haciendas de beneficio*. México.
- BARGALLÓ, Modesto
1955 *La minería y la metalurgia en la América Española durante la época colonial*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires.
- BELTRÁN VARGAS, Yolanda Isabel
2004 *Patrimonio industrial minero: el caso de la Hacienda de Beneficio San Buenaventura, en Pachuca, Hidalgo*. Tesis de Licenciatura en Arqueología. México, D. F. Escuela Nacional de Antropología e Historia. Director de tesis: Dr. Jaime Litvak King.
- BURKART, Joseph
1989 *Memoria descriptiva sobre la explotación de las minas en los distritos de Pachuca y Real del Monte en México*. 1861. Traducción de Miguel Velásquez de León. Estudio introductorio, notas y apéndices de Víctor M. Ballesteros. Pachuca, Hgo., México. Universidad Autónoma de Hidalgo. Ed. Facsimilar.
- CASTILLO MARTOS, Manuel
1998 —*El marco tecnológico y cultural del desarrollo de la minería y metalurgia americanas. Intercambio con Europa*— en *Estudios de Historia de las técnicas, la arqueología industrial y las ciencias I*. VI Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, Juan García Hourcade, et. al. (coord.), pp. 131-147.
- COBEAN, Robert
1991 “*Principales yacimientos de obsidiana en el Altiplano Central*”, en *Arqueología* 5. pp. 9-31. INAH, México.
- CONSEJO DE RECURSOS MINERALES
1992 *Monografía Geológico-Minera del estado de Hidalgo*. Secretaría de energía, minas e industria paraestatal.

- FLORES, Clair
1991 *Conflictos de trabajo de una empresa minera, Real del Monte y Pachuca 1872-1877*. Colección Divulgación, México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- FOURNIER GARCÍA, Patricia y Alejandro PASTRANA
1997 —*Unidades corporativas de coresidencia, división del trabajo y explotación de obsidiana en el yacimiento de la Sierra de las Navajas*— en *Cuiculco*, Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, vol. 4, núm. 10-11. México.
- GÁMEZ, Moisés
2001 *De negro brillante a blanco plateado. La empresa minera mexicana a finales del siglo XIX*. pp. 166. Colección Investigaciones, El Colegio de San Luis. México.
- GEYNE, A.R., Carl FRIES, Kenneth SEGERSTROM, R.F. BLACK, I.F. WILSON
1963 *Geología y yacimientos minerales del Distrito de Pachuca-Real del Monte, Estado de Hidalgo, México*. Consejo de recursos naturales no renovables.
- HERRERA MUÑOZ, Alberto Juan
1994 *Minería de cinabrio en la región de El Doctor, Querétaro*. Tesis de Licenciatura en Arqueología. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- INEGI
1992 *Síntesis Geográfica y Estadística del Estado de Hidalgo*. pp. 134. INEGI. Aguascalientes, México.
1999 *Carta Topográfica de Pachuca, F14D81, escala 1:50 000*, Hidalgo-México.
- LEÓN PORTILLA, Miguel
1978 —*Minería y metalurgia en el México antiguo*—, en *La minería en México*. UNAM. México.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando, Rosalba NIETO CALLEJA y Robert COBEAN
1989 —*La producción de obsidiana en la Sierra de las Navajas, Hgo.*—, en *La obsidiana en Mesoamérica*, coordinadores: Margarita Gaxiola y John E. Clark, Serie Arqueología, INAH.
- MARTÍN TORRES, Eugenio
2001 *El beneficio de la plata en Guanajuato, 1686-1740*. Presidencia Municipal de Guanajuato, México.
- MIRA, Guillermo
1992 “Laboreo de minas” en *Ciencia y Técnica entre viejo y nuevo mundo. Siglos XV-XVIII*. p. 90-116. Sociedad Estatal Quinto Centenario, España.
- NICKEL, Herbert J
1988 *Morfología social de la hacienda mexicana*. pp. 485. Fondo de Cultura Económica. México.
- ORTEGA MOREL, Javier
1997 *Una aproximación a la historia de la minería del Estado de Hidalgo*. pp. 38. Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, SEP, FOMES, Pachuca.
- OVIDO GÁMEZ, Belem
1998 *La arqueología industrial del Distrito Minero de Pachuca y Real del Monte*—, en *Memoria del Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica*. Coordinadores: Enrique Fernández D. y Susana Gómez Serafín. pp. 53-68. Instituto Nacional de Antropología e Historia. Oaxaca.

- PASTRANA, Alejandro
1998 *La explotación azteca de la obsidiana en la Sierra de las Navajas*. Colección Científica 383. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- PROBERT, Alan
1987 *En pos de la plata*, Cía. Real del Monte y Pachuca, S.A., SEMIP, Pachuca, Hidalgo, México.
- ROMERO DE TERREROS, Manuel
1956 *Antiguas haciendas de México*. pp. 314. Editorial Patria México.
- SANTILLÁN, Manuel
1931 —*Estudio Geológico sobre el Mineral de Pachuca*— en *Universidad de México*. Revista mensual. Mayo, Tomo II, No. México. 7 Universidad Nacional Autónoma de México.
- SOTO OLIVER, Nicolás
La Minería. El Distrito Minero, Pachuca-Real del Monte a través de la historia. Gobierno de Estado de Hidalgo, Coordinación de Turismo, Cultura y Recreación, Pachuca, Hgo., México.
- TRABULSE, Elías
1983 *Historia de la Ciencia en México. Estudios y textos. Siglo XVI*, Tomo I, CONACYT/Fondo de Cultura Económica, México.
- VARGAS, Rea (editor)
1951 *Descripción de las minas de Pachuca*. Anónimo. Biblioteca de Historiadores Mexicanos, México.
- VILLALOBOS VELÁZQUEZ, Rosario
2004 *Inmigrantes Británicos en el Distrito Minero de Real del Monte y Pachuca 1824-1947. Un acercamiento a la vida cotidiana*. pp. 115. British Council, Archivo Histórico y Museo de Minería, A. C. México.



El patrimonio cultural como constructo social

Juan Luna Ruiz¹

*"...la cultura es la organización
de la situación actual en función de un pasado."*

Marshall Sahlins

La teoría de la reproducción cultural sostiene una postura del patrimonio cultural como construcción social y lleva a concluir que los bienes reunidos a lo largo de la historia, si bien son presentados como bienes colectivos, en realidad expresan las maneras desiguales en que son producidos y usufructuados por los distintos estratos sociales. Máxime en nuestra sociedad que acusa un origen colonial, dice Pérez-Ruiz, "...la construcción del patrimonio cultural que realizan las clases dominantes contribuye a reproducir las desigualdades culturales" (Pérez-Ruiz, 1998).

Como lo afirma Baudrillard, los objetos son conjuntos que se hallan en mutación y expansión continuas, pero ligados a la evolución de las estructuras sociales y a las necesidades humanas; en todo este sistema, los objetos no son definidos según su función o su clasificación "... sino de los procesos en virtud de los cuales las personas entran en relación con ellos y de la sistemática de las conductas y de las relaciones humanas que resultan de ello" (Baudrillard, 1995). El objeto nunca deja de estar en función de algo y, recíprocamente, el hombre nunca deja de utilizarlo para algo. Es el objetivismo el que respalda

¹ Centro de Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad de Guanajuato, Área de Antropología Social, Universidad de Guanajuato.

esto, pues bajo su lupa lo social es construido como un espectáculo que se ofrece a un espectador que “ve” la acción de una forma y luego, al trasladar al objeto los principios de su relación con él, se comporta como si este objeto se destinara al conocimiento y todas las interacciones estuviesen reducidas en él a intercambios simbólicos. Los objetos de conocimiento son construidos en la interacción social y no como objetos ya dados, así como su recepción no se asimila pasivamente. Para Bourdieu (1991), como bien se sabe ya, el principio de esta construcción es un sistema de disposiciones estructuradas y estructurantes, constituido en la práctica y orientado hacia funciones prácticas.

Conviene retomar la concepción de patrimonio de Llorenç Prats (1997) como construcción social, a fin de dimensionar completamente las etapas de los objetos como aquí se propone. Según él, el patrimonio no se encuentra dado en la naturaleza y no es tampoco un fenómeno social, puesto que no se produce en todas las culturas ni en todos los periodos históricos. Es un artificio que es ideado por alguien (o en el decurso de algún proceso colectivo), en algún lugar y momento, para fines determinados e implica que puede ser históricamente cambiante, de acuerdo con nuevos criterios o intereses que determinen nuevos fines en nuevas circunstancias. Y pues como la reproducción y constitución cotidiana del patrimonio es desigual, su construcción social es hoy vista como una cualidad atribuible a determinados bienes o capacidades, que son seleccionados como preservables, de acuerdo a jerarquías que valorizan a unas producciones y excluyen a otras (Rosas Mantecón, 1999).

El patrimonio cultural puede ser un bien, una autoimagen o un conocimiento, que en los tres casos articulan visiones del mundo procedentes del mundo social al que pertenecen, pero en parte también lo trascienden y transforman, pues son modelos de y modelos para.

Patrimonio es todo aquello que se hereda, que por su valor intrínseco está destinado a circular. La noción de herencia como determinante del valor del objeto en nuestro país, nació con la propuesta político-ideológica de la Revolución mexicana (aunque había nacido como concepción en el siglo XVIII), pero con el cambio de la sociedad mexicana y sus circunstancias, la creación de nuevas instituciones, nuevas expectativas y nuevas demandas, la tradicional noción del Estado posrevolucionario envejeció a tal punto de volverlo inocuo. Las demandas por descentralizar que provienen de municipios y gobiernos estatales, son apenas el síntoma de una estructura centralista que absorbió el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, un modo de concebir la realidad nacional que, precisamente por pertenecer a realidades temporales y políticas distintas (la Revolución por un lado y el neoliberalismo por el otro), viven una incongruencia constitucional. En efecto, ha ocurrido un rebasamiento entre la forma en que hoy se ve al patrimonio (la idea de que un patrimonio no es de una institución, sino de todos los mexicanos) y la que se guarda aún en los reglamentos y leyes. Florescano dice que nuestra noción

de patrimonio hoy tiene más que ver con nuestra interacción con la globalidad, que con la recreación de nuestras instituciones de educación (Florescano, 1994). La idea de que los conceptos culturales son siempre cambiantes y de que no son nociones que nacieron de una vez y para siempre, será guía del presente artículo.

Luis Lumbreras lo concibe como un concepto económico en que están implicados propiedad y usufructo, beneficio o pérdida. La necesidad de pertenencia a un lugar y su simbolización por medio de un objeto es de tal magnitud, que la carencia de un bien patrimonial es sinónimo de pobreza e inclusive de orfandad. El patrimonio adquiere un grado tal de apego a la conciencia del hombre, que constituye la expresión material de su cultura (Lumbreras, en: Cama Villafranca y Witker, 1994).

Ello es así porque el patrimonio cultural de un pueblo expresa las más diversas actividades de sobrevivencia del hombre, desde los instrumentos de trabajo hasta las imágenes simbólicas que expresan y reproducen la conciencia de su vivir. En el patrimonio y su uso está expresada la voluntad del futuro y la fuerza del pasado que proviene del mito original, que es todo poder. Desde un juicio reproductivista cultural, el patrimonio no pertenece a todos, aunque formalmente parezca ser de todos, como dice Néstor García Canclini, pues los grupos sociales lo hacen suyo de distintas maneras, debido a la manera desigual en que los grupos sociales participan en su formación (García Canclini, en: Cama Villafranca y Witker, 1994). El patrimonio cultural como capital simbólico es un proceso social que es acumulable, renovable, productor de rendimientos y es apropiado de forma desigual por diversos sectores. La perspectiva de García Canclini falla en el caso de los museos comunitarios de estado de Hidalgo: el patrimonio cultural no siempre funciona como recurso para reproducir las diferencias entre los grupos sociales, ni los sectores dominantes deciden qué bienes son superiores y merecen ser conservados. Si bien es verdad que la desigualdad estructural impide reunir todos los requisitos para acceder en la misma forma a la conservación y uso del patrimonio, la sociedad civil organizada en comités de museos comunitarios ha hecho uso de diversas estrategias y medios para adueñarse del patrimonio local. Aparte están las campañas sugeridas para despertar la conciencia nacional respecto a la importancia y valor de los bienes culturales, amén de la necesidad de enfocar el aspecto educativo para contrarrestar la pérdida de la identidad nacional.

Ante la evidencia de que el patrimonio nacional sólo recoge los testimonios vinculados a la experiencia de los grupos dominantes, siendo éstos y únicamente éstos dignos de conservación, hoy se plantea el desinterés de los grupos populares por la cuestión patrimonial. Serían más las condiciones desiguales en las que el patrimonio se ha constituido, así como las repercusiones políticas que esto tiene para el presente, que la falta de un conocimiento de nuestra herencia cultural. Justamente, el Museo Comunitario trata de salvar las condiciones de constitución del patrimonio, involucrando a las clases populares.

La concepción del patrimonio como acervo es estática, pues asume que su definición y apreciación se encuentra al margen de conflictos de clases y grupos sociales. Asimismo, si bien es cierto que el patrimonio se compone de objetos y formas del que se han borrado las experiencias sociales y las condiciones de vida y trabajo de quienes lo produjeron, también es cierto que *su rescate implica otras experiencias y resignificados para sus apropiadores, convirtiéndolos esto en nuevos creadores* (las cursivas son mías). En un informe para la UNESCO de 1992, se remarca el carácter utilitario del patrimonio, esto es, como un recurso heredable y del que se vive. En el informe se reconoce que el patrimonio se modifica, se incrementa, evoluciona hacia nuevas formas; algunos aspectos de ese patrimonio desaparecen, dice el informe. No se puede obligar a nadie a vivir como sus antepasados en nombre de la conservación del patrimonio cultural (Prats, *ibid*). La preservación elitista del patrimonio, vinculado a la experiencia de la clase hegemónica, ha traído como consecuencia un desinterés popular por la cuestión patrimonial, producto de las condiciones desiguales en las que se ha constituido y se reproduce, de tal manera que esta construcción social adquirió relevancia en los estudios patrimoniales, relegando a segundo plano el sentido interno de los objetos. El punto es ahora el proceso de producción y circulación social, así como los significados que diferentes receptores les atribuyen, de tal manera que la noción del patrimonio como acervo resulta inoperante.

Pero por otra parte, el conocimiento del patrimonio se conserva gracias a la antropología, aunque sea parcialmente, pero viene ya determinado por criterios e intereses utilitarios y presentistas. Siendo así, el patrimonio cultural como conocimiento y no tanto como conjunto de bienes y reliquias ofrece la posibilidad de explicar cómo se construye socialmente esa idea de patrimonio cultural como conjunto de reliquias y expresión de una identidad, de manera que existen ahí criterios de legitimación simbólica y activaciones de repertorios de referentes patrimoniales adjetivados y articulados en discursos al servicio de versiones ideológicas e interesadas de la identidad, ya sea propia o para los otros. Ya no como acervo cultural y ahora como construcción social, devino cualidad que “...se atribuye a determinados bienes o a actividades, seleccionados como integrantes del patrimonio, de acuerdo a jerarquías que valorizan unas producciones y excluyen otras.” (Rosas Mantecón, 1998)

El patrimonio tiene tres lados que lo constituyen en el decurso de su construcción social: la naturaleza, la historia y la inspiración creativa. Esto significa que cualquier cosa procedente de la naturaleza, de la historia o de la inspiración creativa se incluye en este triángulo, si bien no todos sus elementos constituyen patrimonio, sino que son potencialmente patrimonializables, para lo cual deben ser activados. La órbita cultural de los museos ha dictado que, lo determinante sobre las piezas patrimoniales, son los valores hegemónicos de la sociedad local, a lo cual los criterios de obsolescencia y escasez de un bien se agregan como elementos dependientes.

Los bienes inalienables

Los “bienes inalienables”, que frecuentemente pertenecen al concepto de lo patrimonial, han sido definidos por Claudio Lomnitz (1994) como objetos de apropiación colectiva que no pueden venderse, pues la comunidad les ha otorgado tal grado de sacralidad debido a su biografía y narrativas adquiridas, que alcanzan ya la cúspide de símbolos de identidad. Tienen un lugar en la mitología comunal y son objetos que dan continuidad a la comunidad y encarnan la historia. Los bienes inalienables son reinterpretados por la visión del grupo portador del discurso autorizado, que suele condensar la hermenéutica colectiva y el conocimiento científico de los bienes inalienables. Vale decir, es este grupo quien pretende abarcar la identidad de la comunidad en el discurso y la aglutina en los bienes inalienables, dándoles un mensaje que es producto de la concepción de los bienes culturales. La colisión que ocurre en torno a las diversas interpretaciones de esos bienes inalienables, constituye una disputa simbólica protagonizada entre las versiones que se encuentran en competencia dentro de las comunidades. Esta divergencia ocurre así pues el espacio del museo es una frontera que sortean quienes ingresan en él; las narrativas históricas y étnicas que están en el museo pueden oponerse al patrón cultural.

Algunos bienes inalienables que han sido apropiados por los museos comunitarios se encuentran en comunidades indígenas, ubicándose en constelaciones simbólicas y de significado con tradición milenaria, pero que no escapan a los procesos de modernización de las mentalidades. En este contexto, algunas piezas arqueológicas pueden ser vistas por sectores de la comunidad como deleznable y otras como sagrado-propiciatorias. En ciertos casos como este último especificado, la irrupción de la visión museográfica en la apropiación de los bienes inalienables, significó una ruptura del orden cosmogónico y el territorial de los objetos significativos para los indígenas, pues su ingreso al museo se tradujo en un cambio de visión y ordenamiento cultural.

El reordenamiento de los significados y las narrativas para esos bienes inalienables o deleznable, trátase del contexto del museo o de la libre interpretación exegética del imaginario indígena, ocurre dentro de condiciones rituales respectivas. En el museo, al exponer los bienes simbólicos del pasado, sus nuevas interpretaciones y los mensajes históricos para entender el presente de la comunidad, se suscita la reflexividad social, vincula al hombre con su pasado y con su futuro, propicia que se observe reflexivamente a sí mismo y a la colectividad a la que pertenece, como lo advierte Durkheim (1968). Los objetos simbólicos que se encuentran “en libertad”, gravitando en las constelaciones de significado del imaginario indígena, son los objetos mismos del culto ritual.

Luis Gerardo Morales llama “museización del pasado” a este proceso social que, bajo ciertas condiciones históricas, asigna a los objetos un valor cultural específico, cuyo valor distingue a los objetos unos de otros y como conjuntos discursivos de la cultura material

del hombre, en tanto que “...segmento del entorno humano que es deliberadamente moldeado por el hombre conforme a planes culturalmente determinados” (Morales, 1996).

Al tiempo, en los museos comunitarios que se encuentran en comunidades indígenas, las piezas patrimoniales se someten a nuevos ciclos hermenéuticos en cuanto son enajenadas de su lugar habitual, para ingresar al espacio simbólico externo y ajeno del museo comunitario. Frecuentemente, el traslado de las piezas al museo ha acarreado consigo a los cultos rituales con todo y su parafernalia; en otros, la jerarquía sagrada se ha dispuesto según el orden cosmogónico en el mobiliario museográfico -como en el Museo comunitario de Soyatlán, Gro., en donde las piezas fueron dispuestas en un modelo vertical- y en otros tantos casos, el culto se ha extinguido debido al encierro de la pieza en un ámbito de poder distinto.

La idea central es que el significado de las piezas es la narrativa que contienen, y ésta depende del medio y el momento en el que se encuentra. No es sólo el mundo culturalmente significativo lo que determina el significado-narrativa de la pieza, sino el momento estructuralmente presente en que se encuentra, de tal manera que las piezas van siendo depositarias perpetuas de distintos significados, cualidad esta a la que llamaremos de palimpsesto: una superposición de distintos significados-narrativas, uno tras otro. Una de las características de las culturas orales es que en sus actos domina la acumulación sobre el análisis, la superposición y amalgamamiento de los eventos antes que su presentación lógica. Es el *bricoleur* levi-straussiano que totaliza y no disecciona; la historia oral repite sus mensajes, garantizando su continuidad, pero no deja de agregar elementos a cada narrativa.

Tomemos un ejemplo: la “Piedra que pateó el viejo”, un monumento caprichoso de la naturaleza, enclavado en el fondo de una barranca entre los municipios mazatecos de San José Independencia y San José Tenango, contiene múltiples elementos de distintos mitos provenientes de las tradiciones cristianas y mesoamericanas. El mito dice que el episodio de la piedra aconteció en la época en que no había luz y todas las cosas en este mundo eran blandas, inclusive las piedras; un día llegó un santo proveniente de México a la Sierra Mazateca y se quedó prendado de la Virgen de La Asunción (“La Pastora” para sus fieles) que tiene santuario en San José Tenango. El santo comenzó a cortejar a la virgen pero pronto descubre que ella corresponde al amor del “dueño” (Chicón Nindú) del Cerro Caballero, montaña sagrada en la Mazateca Alta. Enfadado por el desaire, el santo se marchaba por este camino de la sierra cuando se encontró de frente con una gran piedra y, no pudiendo dominar su coraje, le dio una patada. Desde entonces, dice la tradición, la huella del pie del Viejo Santo que vino de México a robarse a la virgen quedó en la piedra como prueba del triunfo mazateco sobre la agresión del gobierno central. Investida de tal simbolismo, la huella tiene el poder para devolver a los cansados caminantes la fortaleza y aún para dar longevidad a quien lo desee.

El ritual de introducir el pie en la huella lítica remite al mito del santo humillado. La Virgen Pastora ocupa el altar central en la iglesia de San José Tenango. Viste un huipil mazateco y en sus manos sendas plantas de maíz. El templo fue construido sobre un teocalli dedicado a la diosa Chicomecoatl. San José Tenango está en las faldas del Cerro Caballero, del que es dueño el Chicón Nindú más grande y poderoso; de origen animista y autóctono, el culto a Chicón Nindú antecedió a la llegada del culto a la diosa Chicomecoatl. La mujer que se prendó del Chicón Nindú, la Chumajé mazateca; la diosa de las cosechas Chicomecoatl y la Virgen de la Asunción, se muestran fusionadas en un personaje producto de las concepciones mazatecas de lo religioso. La Virgen Pastora no es para los mazatecos la Virgen de la Asunción ni la esposa del Chicón Nindú, sino sólo la Virgen Pastora, un ente con identidad propia. La narrativa tradicional que explica fenómenos de la naturaleza, en cuanto al caso de la historia del viejo que pateó la piedra, pertenece al conocimiento social, ordenado por la colectividad y sintetizado por los líderes autorizados a hacerlo. Pero el conocimiento humano se da en la sociedad como un a priori de la experiencia individual, proporcionando a ésta su ordenación de significado. Esto, que Max Scheler (1925) ha dado en llamar la “concepción relativo-natural del mundo”, constituye la forma y sentido que los actores sociales dan a las experiencias acaecidas en un espacio situacional histórico. Vale decir, el marco histórico situacional en donde se ubican ahora los mazatecos ha generado una *weltanschauung* (una visión de su mundo presente).

El mito mazateco de la piedra que pateó el viejo es apenas un reflejo de las concepciones colectivas y permea en el discurso de la identidad grupal, proyectando una *weltanschauung* que se ha formado acerca de los ladinos. El mito de la piedra es una mixtura de tradición oral antigua y experiencia contemporánea narrada, puesto que el significado que surge en la memoria es conocimiento del pasado y autorreflexión, y es asimismo articulación entre pasado y presente como reflexión que se hace entre una experiencia vivida y una pasada, y esas experiencias se conocen en las narraciones que expresan los valores y las posiciones de los individuos.

Evidentemente, la práctica del rito de la huella del viejo es, además de un acto reivindicatorio de lo étnico, una intersección con la subjetividad de quienes comparten esta creencia, pues en el mito y su satélite pragmático -el ritual- se encuentra una expresión de la dimensión social que de otra forma no puede ser comunicado verbalmente. El compartir ésta y otras acciones rituales establece en tiempo y espacio la ocasión para la identificación intersubjetiva de lo grupal. Este conjunto de imaginarios de lo presente y materializados en un objeto cargado de símbolos estructuran finalmente un palimpsesto.

La inmersión en el lenguaje simbólico que implica reproducir el mito de la huella del viejo en la piedra remite a los campesinos a un imaginario en que se saben vencedores de los interlocutores que rigen sus relaciones comerciales y políticas. En este hecho reside

todo el poder de la piedra psicopompa y en su derredor está una expresión de la identidad de las comunidades que pueblan las inmediaciones entre la Mazateca Alta y la Baja. Siempre que haya una comunidad de seres sociales que compartan creencias y comportamientos cuyos cimientos descansan sobre la verdad de las narrativas experienciales e históricas, será posible hablar de un conjunto-intersección de seres tipificables con respecto a un elemento aglutinador; en este caso, La Piedra que Pateó el Viejo como eje alrededor del cual gravitan consensos conceptuales, anhelos, imaginarios y hábitos. Pero de ninguna manera el culto a la piedra rige la conducta total de quienes creen en ella ni uniforma voluntades. Más bien modifica las experiencias comunes y la historia transformada en mito; esto es, todo aquello que en sus relaciones y narraciones han tenido que ver con el ladino.

La piedra que pateó el viejo contiene un palimpsesto porque, sobre la historia original, ha sido “escrita” otra que la adapta al presente, pero sin desdibujar su esencia cultural. La lectura que se hace desde el presente de la piedra misma y su historia tiene su acumulación originaria en todos los sucesos históricos que han impactado a la etnia. La historia que ha sido sobrepuesta a la piedra constituye todo un discurso exegético de las experiencias propias. En realidad, se trata de una sobreposición interminable de discursos interpretativos a la luz de los acontecimientos que forman parte del proceso de formación de la identidad o de las identidades de los campesinos que pueblan la Mazateca.

Patrimonio: religión

La comparación que establece Llorenç Prats (1997) entre patrimonio y religión, parafraseando a Clifford Geertz, confirma: al igual que la religión, el patrimonio cultural es un sistema de símbolos

...que actúan para suscitar entre los miembros de una comunidad (local, regional, nacional) motivaciones y disposiciones poderosas, profundas y perdurables, formulando concepciones de orden general sobre la identidad de esa comunidad y dando a estas concepciones una apariencia de realidad tal, que sus motivaciones y disposiciones parezcan emanar de la más estricta realidad (Prats, 1997).

Efectivamente, el patrimonio debe transitar por toda una biografía para alcanzar este nivel cuasi-religioso. A ese tránsito es lo que Appadurai (1991) ha llamado “la vida social de las cosas”. Pero los objetos arqueológicos y otros bienes de producción cultural que resguardan los museos comunitarios, se encuentran sujetos a una perpetua disputa entre los discursos que componen las biografías concebidas por las instituciones de cultura oficial y las cosmovisiones de los grupos sociales que integran las sociedades

locales. Esas cosmovisiones se expresan por medio de dispositivos orales, que son el distintivo cultural particular en sociedades ágrafas. El disenso es de tal grado que ha perjudicado al mismo concepto de patrimonio cultural, que se encuentra en una imprecisa y poco práctica noción; la emergencia de las prácticas patrimoniales comunitarias han contaminado este concepto oficial hasta tal punto que se han convertido en sus discursos subyacentes.

La controversia radica en que el viejo concepto de patrimonio cultural plantea al sujeto alejado del objeto, tanto porque exista una distancia temporal o porque se interpone una distancia cultural. En tanto materiales del pasado, se encuentran ajenos a su relación original de tiempo-espacio-función y ahora son revalorizados por la sociedad contemporánea con una carga simbólica específica y con una utilidad distinta, si bien ajena a los usos prácticos de hoy, pero integrados al sistema contemporáneo; son objetos enajenados de su discurso original y puestos al servicio de la sociedad industrial y su entorno.

El estatuto de “bienes inalienables” que han alcanzado estos objetos como bienes patrimoniales, guarda un momento histórico, un valor relativo en función de su intercambio antecedente, sin que ello signifique que los objetos tengan un valor propio, sino un juicio asignado por los sujetos; su valor se encuentra localizado en la región de lo intersubjetivo, pero acotado por una suerte de coleccionismo que no se asemeja al deseo de posesión del coleccionismo europeo, sino a una necesidad que aquí llamaré Compulsión Patrimonialista (CP).

La Compulsión Patrimonialista es un complejo que, en los museos comunitarios, funciona como núcleo aglutinante a favor de un sujeto o Ego que activa al cuasigrupo, célula base del funcionamiento del museo. La CP tiene un principio: el descentramiento subjetivo del sujeto respecto del valor que tenía el objeto. Este principio nos sirve para describir el momento por el cual el objeto, que pertenecía a una órbita cultural de significados y pertinencias, es despartado del momento y lugar en el que estaba, en un sentido simbólico y de valor. Hay, sin embargo, un momento en que su momento antecedente y el de tránsito se intersectan, y ese es el de la necesidad de intercambio para alimentar la compulsión.

Al ingresar al espacio físico del Museo Comunitario, el objeto cultural se transforma en objeto inalienable para quienes deciden su custodia, pero al tiempo es enajenado del significado y espacio simbólico en que se encontraba gravitando, privando a otros individuos del objeto signifiante, en el cual se han generado narrativas y discursos cosmogónicos. Apropiado por los grupos sociales de avanzada de la modernidad, al objeto inalienable le es impuesto un significado distinto dentro del museo, convirtiéndose así en motivo de la disputa simbólica entre los dos discursos: el de la exegética tradicional contra el discurso moderno, lo que transforma al Museo Comunitario en un producto más de la posmodernidad. No obstante, nunca estará de más señalar que, justamente la

existencia previa de condiciones tales como el nivel de desarrollo alcanzado y el tipo de representaciones colectivas, determinan la pertinencia de un Museo Comunitario en una comunidad. En esto nos permite reconocer un verdadero proceso de identidad transformativa en la comunidad, que ocurre como un doble proceso: adentro de la etnia y en la interrelación con el mundo exterior.

Hasta antes de conocerse la iniciativa de Ley General del Patrimonio Cultural de la Nación, que en 1999 pretendía reformar la fracción XXV del Artículo 73 constitucional, se creía que el estatuto de “bienes inalienables” otorgado al patrimonio cultural era el último peldaño en la biografía de las cosas; ahora sabemos que las políticas económicas que acatan y aplican los personeros del Fondo Monetario Internacional en nuestro país, pueden influir decisivamente en el cambio de vida de los objetos patrimoniales. Las condiciones en que esto ocurre, la forma en que se puede dar este nuevo cambio y, en fin, todo un universo de cuestiones, constituyen un nuevo capítulo en la vida y circulación de esos objetos llamados patrimonio cultural.

Pero centrémonos en los tres primeros momentos que han vivido ciertos bienes patrimoniales, seleccionados a posta, en la comunidad de Yahualica, Hgo., en donde se llevan a cabo, sin duda, los más interesantes procesos de reconversión simbólica. La convivencia ahí de cosmogonías y cruce de propósitos, a propósito de la fundación del museo comunitario, ha dado lugar a un centro de disputas simbólicas.

Los objetos inalienables de este museo transitan hasta un “descentramiento de cosmovisiones”, descrito por Durkheim y Beriaín como condición para el tránsito intersubjetivo de una concepción tradicional y de libre expansión para los objetos culturales, a una reconfiguración de éstos en bienes inalienables de mensaje estático. Pero, es necesario señalarlo, en medio de este tránsito está el de su conversión intermedia como mercancía, en términos de un intercambio intercultural, considerando su situación de intercambio y no sujeta a un régimen de valor, pero que sí es susceptible de intercambiarse por una contraparte, como bien lo advierte Appadurai (ibid). El estatuto mercantil de estos objetos es aleatorio, pues todo objeto puede entrar y salir del estatuto de mercancía y así sucede con los que aquí nos ocupa, pues su ingreso a un museo no los estigmatiza de una vez y para siempre como inalienables, sino que, precisamente por eso, son más susceptibles de volverse mercancía.

Sólo que, antes que ello, el objeto debe ser apropiado esta vez por las colectividades, que abarca la mayor parte de las modalidades de la relación con la imagen. Al analizar el caso de las imágenes religiosas cristianas en la Nueva España, Grusinzi (1995) sugiere que tales objetos, al transitar por esta biografía de la historia de México, han partido de una imposición brutal, para pasar por un proceso de experimentación, luego una interpretación desviada y después la producción autónoma, que puede devenir disidencia iconoclasta.

Así, distingo tres momentos en la historia de la vida social de los objetos que aquí referiremos:

- Objeto Sagrado
- Objeto de Apropiación Mixta o de Libre Exegética
- Bien Inalienable

El primer momento se refiere a la época prehispánica: el objeto es creado para satisfacer necesidades ideológicas y cosmogónicas. Es el momento de mayor complejidad simbólica del objeto en tanto deidad numen, propiedad de las clases dominantes y miembro de instituciones religiosas.

El segundo momento es el de la transición colonial. El objeto es cuestionado por la conquista ideológica, eliminado o recompuesto por la comunidad de fieles. En algunos casos hablaremos de una “contaminación simbólica”, no en el sentido de interdicciones liminales, como lo concibe Mary Douglas, sino como una transustanciación de imagen a imagen, un proceso perpetuo en el que las mixturas coloniales no comportan el término preciso de sincretismos, sino concepciones novedosas que han resultado de los tres siglos de mestizaje cultural. Aquí será necesario hacer referencia a otras imágenes que no son de creación indígena, cuando menos no en su origen material, pero sí productos de “el costumbre”, del ejercicio de las feligresías indígenas y las prácticas rituales paganas. Aunque nos referimos al momento del encuentro colonial, este momento como se ha descrito se prolonga hasta el presente.

En el tercer momento, el objeto se transforma en un bien inalienable con la apropiación del concepto de museo en las sociedades locales. En la concepción de Baudrillard (1995), el objeto ya no es más mercancía o producto, ha ascendido al nivel de objeto-signo dentro de un sistema de signos de estatus, en cuanto que su no-venta le confiere un aura especial de separación respecto de lo mundano y lo común. Si para él la época contemporánea es la del ascenso del objeto en lugar de la mercancía, permeado por la moda como su medio cultural, es claro que su reconversión en objeto inalienable constituye otra etapa en su existencia, pero esto dado en el contexto de los movimientos y los discursos étnicos de las comunidades. Este es el sentido de la etnicización de los museos comunitarios.

Sin embargo, hay un traslape de propósitos entre los momentos dos y tres; entonces, el valor del objeto se vuelve atemporal debido a la intervención de diferentes actores sociales en su valoración. Esta yuxtaposición es el principio de una disputa simbólica por la apropiación del objeto.

Concretamente, tal disputa se lleva a cabo en el plano oral narrativo, que se entrecruza con la narrativa escrita proveniente de Europa, por lo cual será importante revisar

aquí sus antecedentes antiguos, europeos y coloniales. Esta decodificación de la realidad por medio de la narrativa puede colocarse en el plano de lo sagrado y generar un mito, o bien colocarse en plano profano y devenir cuento, que son finalmente las formas orales que se encuentran gravitando alrededor de los objetos aquí analizados.

Por otra parte, Ochoa Sandy (1995) habla acerca de la trascendencia del discurso del patrimonio cultural, en tanto que existe una temporalidad ideológica de la lectura del patrimonio, pues trascendiendo su condición cultural alcanzó valoraciones políticas. En este sentido, los discursos del Estado que se han abrogado la propiedad exclusiva del patrimonio, chocan con las narrativas populares y disputan su posesión simbólica. En esto hay una imbricación con el carácter procesual del patrimonio, pues de acuerdo a su lectura por parte de quienes lo apropien, podemos distinguir tres categorías, sugerido por Raymond Williams:

- Arcaico. Pertenecen al pasado y son reconocidos como tal por quienes así lo reconocen. Sin duda, es el discurso especializado de la arqueología el que domina sobre los objetos que se encuentran gravitando en esta categoría.
- Residual. Al igual que el patrimonio arcaico, se forma en el pasado, pero aún se halla en actividad dentro de los procesos culturales de la sociedad. Es en ellos donde se dan los casos más álgidos de la disputa simbólica por estos objetos.
- Emergente. Designa a los nuevos significados y valores, nuevas prácticas y nuevas relaciones sociales (Raymond Williams, citado por García Canclini, en: Cama Villafranca y Witker, 1994). Entre éstos están los museos comunitarios, las sociedades civiles que los administran y los usos que dan al patrimonio.

García Canclini agrega a esto que las políticas culturales no deberían aferrarse al sentido arcaico, como lo hacen hoy día, sino articular la densidad histórica recuperada con la producción reciente de significados culturales.

El objeto sagrado

En Yahualica, municipio de mayoría indígena en la Huasteca hidalguense, el Museo Comunitario fundado por un grupo de maestros ha devenido símbolo del poder municipal y sitio de disputa política y simbólica. Los objetos que guarda, en su mayoría antiguos ídolos de piedra que antaño se encontraban dispersos por todas las huertas del pueblo, son el centro de esta disputa ambivalente. Yahualica tiene ya un antecedente en la enajenación de sus símbolos materiales, pues Lorenzo Ochoa (1984) afirma que, aún hasta principios del siglo XX, existía en el atrio de la iglesia un falo de piedra sobre el cual se

llevaban a cabo rituales de paso para las recién casadas, quienes con ello adquirirían fertilidad. Luego fue llevado a Tenango de Doria y hoy descansa en las discretas bodegas del Museo Nacional de Antropología.

El mito, como el vehículo transtextual de la religión, conduce los significados de las imágenes religiosas a través de la interacción simbólica en una sucesión de narrativas como hechos verbales que como tales, al transitar, alimentan memorias, provocan deducciones, se justifican, preparan futuras realizaciones del texto mítico y lo hacen vivir materialmente como significados, no como mera sucesión de sonidos o de palabras. Sólo si el mito es narrado se le comprende como un vehículo de la imagen, pero si es reducido a texto es congelado y sale de la dinámica social. Similar al mito, la distinción de lo local, lo regional y lo general de la narrativa en la imagen, es importante en la interpretación de las formas. Por tanto, estas narrativas aparejadas al objeto no son siempre el mismo conjunto de realidades, pues como hechos sociales tienen historia, esto es, que se ven afectados por dos tipos de historia: la de su transformación como clases de narrativas, que significa entenderlas filogenéticamente, en términos del complejo mítico en una tradición dada. El otro tipo de historia es el que se refiere a su transformación como proceso específico, dicho en términos ontogenéticos, cuyo objeto es la generación particular del mito *x* o del mito *y*, si bien esto lleva a problemas como preguntarse en qué momento nace y en qué momento muere un mito.

Libre hoy de las ataduras hermenéuticas del calendario, la imagen de origen prehispánico que actualmente está en uso en las comunidades indígenas ya no sirve directamente a esa antigua y extinta jerarquía indígena que la creó y la articulaba al calendario, ese instrumento del poder como sistema fundante en el pasado. Y sí, el sistema calendárico cayó con la desaparición de los estados indígenas. (López Austin, 1996)

Al arrancar la destrucción de las imágenes indígenas en la Huasteca, muchas de estas fueron subidas a Yahualica con el propósito de guarecerlos del exterminio, pero el proceso de cristianización de este sitio se encargaría primero de mutilarlas y luego de asignarles el cargo de portadores de maleficios.

El objeto de apropiación mixta o de libre exegética

El segundo momento de los objetos constituye aquello que Serge Gruzinski (1995) ha caracterizado como el inicio de “guerra de imágenes”, aunque desigual, pues la cultura europea embistió por tres frentes: el lingüístico, el de la imprenta y el ideológico (la evangelización, propiamente dicha). La imagen ejerció así un papel preponderante en la conquista espiritual desde los primeros años de la colonia pero, aclara Gruzinski, este es un proceso que aún no ha concluido, aunque sin duda tuvo raíces más profundas, pues

paradójicamente el icono cristiano occidental se encuentra ligado históricamente a las imágenes del paganismo, del cual antes ya había tomado su lugar. En este sentido, los ídolos indígenas habrían sufrido la invasión de las imágenes europeas.

Desde el contacto originario (digamos, Cristóbal Colón), las imágenes religiosas del viejo mundo sufrieron la “apropiación” de la ideología indígena. En concreto, los taínos, que adoraban a una suerte de objetos figurativos a los que ellos llamaban zemíes, habrían cometido una serie de actos de sacrilegio a los ojos españoles durante el proceso apropiativo. Los zemíes, por sus características inidentificables en un género que fuera comprensible para los europeos, no tenían para el pensamiento de éstos un carácter utilitario, pues por lo amplio de su repertorio simbólico, eran justamente difíciles de identificar simbólicamente. En lugar de ello, se les definió como un conjunto de cosas a las que los indígenas daban el nombre de un antepasado y eran provistos de funciones políticas, propiedades terapéuticas, climáticas, tenían sexo, hablaban y podían moverse. Por extensión y en adelante, los europeos no sólo llamarían zemíes o fetiches a los ídolos que paso a paso fueron descubriendo, sino que de hecho los verían, concibiéndolos como tal.

La transustanciación zemí-santos cristianos había tenido eficacia gracias a la capacidad narrativa y polisémica del ritual y el contexto en que éste había funcionado: la imagen cristiana por sí misma no había sido capaz de comunicar sus virtudes más profundas, sino apenas la certeza superficial de sus dotes sagradas; en consecuencia, como objeto zemí, su eficacia habría de ser puesta a prueba por parte de sus nuevos poseedores y de acuerdo a los códigos culturales de la religión taína.

Así, la larga serie de reinterpretaciones recíprocas en el encuentro simbólico de las religiones, devino nuevas formas durante el transcurrir de la colonia. El objeto se fue confundiendo así entre epítetos familiares y denominaciones convenidas: espectro, diablo, ídolo. Iconográficamente, el zemí y todos los demás ídolos “demoníacos” se fusionaron a las imágenes del gótico tardío: “la abominable figura del diablo... con muchas cabezas y cosas y disformes y espantables caninas y feroces dentaduras con grandes colmillos y desmesuradas orejas, con encendidos ojos de dragón y feroz serpiente.” (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las indias*, Salamanca, 1547, fol. L., en: Gruzinski, *ibid*) La definición vaga del zemí pasó en corto tiempo de las islas caribeñas al continente y fue el punto de partida para la descripción de los objetos de culto e imágenes de tierra firme. Como referencia hermenéutica, el fraile Pedro Mártir aplicó el término de zemíes a los dioses que Cortés halló en Cozumel.

El asedio que la imagen del zemí ejercía sobre Pedro Mártir se había convertido en un cliché y una convención del lenguaje (Gruzinski, *ibid*). Incluso, no vaciló en poner la palabra “zeme” en boca del Cacique Gordo de Zempoala que se había aliado a Cortés: “Enojados nuestros zemes por la falta de sacrificios consentirán que nuestras sementeras se las coman los gusanos”. (Pedro Mártir, en: Gruzinski, *ibid*) Pero el término zemí

se fue diluyendo, hasta dejar paso al de “ídolo”. Cuando estos comenzaron a ser cada vez más familiares, los ídolos perdieron su sentido exótico, para entrar a un ámbito conceptual que conocían los españoles: la imagen falsa que adoraban los paganos, el mundo de los adoradores de imágenes. Fue esta nomenclatura la que lo definió ahora completamente, no era necesario señalar su adscripción ni sus propiedades, víctima de los clichés y desidentificado.

Los cambios de adscripción poco importaban, pues en la nominación original persistía el zemí y las relaciones entre colonizadores y colonizados. El pensamiento figurativo europeo quedó insensible ante los diversos contextos culturales.

Al romper el nexo de los dioses indígenas con las pirámides, los españoles ejercían también una mutilación de éstos. La certeza de exterminar a esos demonios no había llegado aún, sino que se convertiría en la duda de una posible competencia en el plano de lo iconográfico y, por tanto, de lo imaginario. Finalmente, ambos mundos iconográficos se fundirían en la praxis religiosa: la exhibición mundana de las imágenes cristianas ya no se contrapondría a las reglas de prohibición estrictas de las imágenes de la religión indígena, pues la transustanciación resolvería que la interdicción de éstas se volviera apenas categoría del culto de la nueva religión novohispana, o mejor decir, aquella que se forjaría en trescientos años de intercambio metafísico entre las imágenes: la agregación de las concepciones y prácticas religiosas indígenas a las imágenes europeas, no sin filtros transformativos. Las instituciones religiosas de la alta jerarquía, junto con sus dioses, fueron suprimidos, no así los cultos locales populares con sus dioses paganos y privados, y cuando ambos pierden conexión, estos últimos se convierten en espíritus sin relación con los santos cristianos impuestos, que fueron estas vez los nuevos seres sobrenaturales del culto público.

Pero el sincretismo asumió diferentes formas, como lo ve Roger Bastide al plantear, por un lado, un tipo de estructura sincrética lineal, en tanto que adiciona, característico del sincretismo mágico; en la otra mano tiene a la estructura sincrética radial, que tiende a relacionar y es propia del sincretismo religioso. De cualquier forma, el sincretismo sigue procesos de adición, selección, sustitución e identificación de formas religiosas que se contactan y procrean distintas expresiones de culto que adquieren luego una mayor complejidad simbólica y mitológica.

Muy pronto, la sustitución de las imágenes fue posible debido a la transformación de los templos, pero también merced a la veneración del clero local de las nuevas imágenes, lo cual hizo sin duda menos traumático el cambio religioso, al tiempo que favoreció la interpretación original y la recreación de las imágenes. En otros casos, operaba la similitud morfológica como el medio más eficaz de alcanzar una pronta aceptación; en Cozumel, los mayas aceptaron la imposición de la cruz debido quizás a su semejanza con la representación de la ceiba sagrada que simbolizaba su cosmogonía; los caciques

de Tabasco recibieron favorablemente a la virgen, bautizada por ellos como Tececiguata (¿Teocihuatl?), probablemente adoptada como una nueva versión de sus diosas-madres (Gruzinski, *ibid*).

Yahualica, entre lo contaminante y lo patrimonial

Con la llegada de la fe católica, se establece un puente entre el nuevo y el viejo orden religioso, debido a la similitud entre la rigidez de la jerarquía de los grados superiores y la flexibilidad en el nivel de vida cotidiana campesina, dando la posibilidad al indígena de conservar la fe en sus propios dioses (Wolf, 1967). Sin embargo, en la Huasteca la gran mayoría de las piezas líticas fueron destruidas por los actos de fe decretados por los agustinos, de tal manera que el Museo Comunitario exhibe en su acervo fragmentos de dioses antiguos. Una vez más, la etnografía agustina sirvió a la causa evangelizadora, con la traducción-aplicación de ideología y ritual pues, conocedores de los rituales de decapitación en honor de la Madre Tierra-Tlazolteotl, trasladan el acto ritual y su significado hacia el perjuicio contra la misma imagen antigua de las diosas de piedra. La misma exegética indiana de los ritos de curación ha coadyuvado a esta demolición sagrada, pues las normas del *tepahtiquetl* (el curandero) dictan a los pacientes la destrucción de toda imagen antigua que pudiera guardar malos aires, un viejo concepto que, en la época antigua, creía que la sustancia espiritual era indivisible de la materia:

Se creía que la sustancia se dividía a partir de dos clases de densidades: la materia pesada era claramente perceptible a través de los sentidos; la ligera era imperceptible... Una piedra, por ejemplo, tenía un aspecto visible, un peso considerable y una consistencia dura; pero en su interior contenía otra sustancia, invisible, que podía llegar a salirse de la piedra y dañar al caminante que tropezaba con ella (López Austin, 1995).

La sustitución de los ídolos indígenas por los santos cristianos en Yahualica no acarreó consigo la cosmogonía occidental; en su lugar, operó la transustanciación de algunas ideas de la antigua religión indígena sobre las imágenes católicas, mientras que los ídolos eran bañados de oprobio, pero ese concepto de impureza no escapó a la influencia del entrecruzamiento de religiones, pues al ser despartados de su centro cosmogónico y su sitio original, se volvieron simple materia, cosa impura y por tanto susceptible de alojar maldiciones contaminantes. Erróneamente, se pensaba que con la destrucción del ídolo, con la desaparición del referente material, se extinguiría la práctica y el concepto. Antes bien, persisten los ámbitos de la sacralidad en tanto hierofanías no personificadas. En casos como el de Yahualica, el ídolo simplemente se trasladó hacia otra zona de las

creencias, en que lo maniqueo impera como criterio para ubicar a todo lo material que sea relacionado con la religión.

Este es el proceso que relaciona a la ideología reigiosa nahua con la forma que adquieren, conceptualmente hablando, los santos en Yahualica, pues la coexistencia en los altares entre santos y bultos (*ixiptla*) dio lugar a la confusión de atributos e identidades. A eso llamaremos transfiguración simbólica (Béz-Jorge lo llama “paralelismo cáltico”) en donde, primariamente, la divinidad indígena se asimiló al antropomórfico santo cristiano y luego, haciendo a un lado lo figurativo, fundieron al santo con el elemento al que representaba la deidad indígena; “...el fuego era San Joseph y quando por estar la leña verde o húmeda, humeaba mucho y chillaba mucho a el tiempo de arder, decían que estaba enojado San Joseph y que quería comer” (AGN, Misiones, en: Gruzinski, *ibid*).

El sitio de poder en Yahualica, ubicado en la saliente abismal de la alta meseta, es conocido como El balcón o *Xolotépetl* para los nahuas. Se trata de un lugar lleno de impurezas y sagrado al mismo tiempo, pues es ahí donde los curanderos “barren” los males del cuerpo y los depositan en *tlatecmes* o muñecos de papel hechos ex profeso; pero los *tlatecmes* también sirven como símbolos del tonal de una persona que desea obtener favores de las divinidades de la tierra, como buena salud, trabajo o hasta una mujer. Junto al *tlatecme* es colocada una cruz y una ofrenda floral. La efigie también puede hacerse con tela y palos. Aquí se lleva a cabo, entre los meses de julio y agosto con fecha movible (igual que en el calendario prehispánico), la curación de las personas que por su desgracia tuvieron la ocurrencia de enfermarse en aquellos días *nemontemi* (“días difíciles”, al igual que el año nuevo). El *Xolotépetl* está coronado por una cruz encajada sobre un antiguo terraplén, tal vez de origen prehispánico, y tiene los mismos atributos que todas las cruces emplazadas en los cerros, esto es, guardián de las tierras y los pueblos, los manantiales y los hogares; al pie de la cruz son depositadas todas las cosas dañinas que el hombre ha recogido en las encrucijadas, así como las múltiples ofrendas para la sanación de tonales (almas).

Los parientes llevan al enfermo y ofrendan *zacahuil* (tamal), flores, una cruz y aguardiente; dirigidos por los rezanderos, rezan junto al enfermo y todos departen como en cualquier buen convite. Llegado el curandero, le pregunta al enfermo si desea curarse y es aquí donde intervienen otra vez los *teteyotes* (“Piedras antiguas” o “piedras sagradas”), las imágenes antiguas, pues el *tepahtiquetl* enlaza al enfermo con la piedra y ésta le dice que ha sido ella la causante de su mal, pero sólo el curandero puede hablarle a la piedra y rezarle. Los campesinos hablan del curandero como “el abogado del enfermo”, debido a esta función. He aquí, pues, el fenómeno de la transustanciación al que nos habíamos referido antes, pues el *teteyote* tiene la cualidad de absorber las enfermedades y transmitir las a quien se acerque. La informante comparó esta cualidad con lo que para ellos suele ocurrir en la clínica rural.

Quizás este concepto contemporáneo de contaminación provenga del antiguo concepto del *ixiptla* (semejanza), que designaba a todas aquellas manifestaciones de la divinidad que pudieran ser visibles; era el receptáculo del poder de la deidad misma. Un *ixiptla* podía ser la estatua del dios, la divinidad que aparece en una visión, el sacerdote que la representa vistiendo sus propios atuendos (recordemos cómo los emisarios de Mohtecuzoma vistieron a Cortés con los atuendos de Quetzalcóatl) o la víctima que se convertía en el dios durante el rito de sacrificio.

El *tlatecme* se convirtió en esta especie de depositario ambivalente de lo contaminante y lo sagrado; en contenedor de las impurezas al tiempo que en un fetiche para la ofrenda personal y la representación del individuo para la conexión con lo sagrado. Pero la importancia del *tlatecme* radica en su capacidad para sintetizar el proceso de cosmovisiones, en tanto que almacena narrativas. La transustanciación del ídolo al *tlatecme* o al muñeco de trapo ocurrió en el proceso de prohibición, destrucción y demonización del ídolo de piedra. Orillados al culto clandestino, el *tlatecme* y el muñeco de trapo son ahora manifestaciones de la renovación de este conjunto de prácticas religiosas; las imágenes desaparecidas, destruidas u ocultas fueron sustituidas por *ixiptla* vivos. Así, aún cuando no pudieran ser destruidas, o porque era difícil destruirlas, las imágenes de piedra fueron despojadas de su simbolismo antiguo y reconvertidas en objetos contaminantes, deleznable, mientras su contenido era depositado en los *ixiptla* (*tlatecme*s y muñecos de trapo). Los objetos no son como los vemos, sino como somos nosotros.

Los mismos españoles, en un acto de libertad evangelizadora, confiaron a los sacerdotes locales la libre adoración de las imágenes cristianas y, por tanto, la libre interpretación acerca de sus atributos. No era difícil que de una mezcla de representaciones se pasara a un entrecruzamiento de creencias.

De esta forma, la imagen ídolo prehispánica y el *ixiptla* aparecen como los dos órdenes fundamentales actuales. El primero, apropiado por el discurso científico de la arqueología y que, al entrar en contacto con la *doxa*, deviene símbolo contaminante. El *ixiptla* actúa como el receptor modificado de los complejos simbólicos.

Muy pronto, los ídolos ocultos de Yahualica, los que sobrevivían en clandestinidad, fueron localizados y sometidos a la destrucción por ser contaminantes, por orden expresa de Carlos V. Como si se tratase de un remedo del génesis, opinaba Motolinía, todas las cosas sobre la tierra poseían su réplica idolátrica en la religión indígena; debía tratarse de una instigación del demonio, una deformación que urgía destruir.

El resultado de la participación del concepto de impureza prehispánica y el del evangelio cristiano, dieron lugar a representaciones de la ideología materializada, es decir los *teteyotes* tal como los conciben los campesinos, pero cuyo concepto choca con la pretendida científicidad del discurso del museo, que lo congela en tiempo y espacio. Lo que aparenta ser tan sólo un conjunto de casos de sincretismo, se ve cuestionado con

este enfrentamiento entre el discurso cosmogónico consuetudinario y el discurso secular arqueológico.

El continuum del ídolo-objeto de venta se pierde con el mestizaje, pues la función evangelizadora de las imágenes religiosas se había desplazado, ya desde el virreinato, de las comunidades indígenas a las mestizas, convirtiendo a cada imagen de evangelizado-
ra a integradora. En una palabra, la imagen no hacía otra cosa sino ser el depositario del mestizaje simbólico; los ídolos de piedra y demás *ixiptla* no escaparon a esta función.

Tratándose de una estrategia de apropiación, sus raíces estaban en la forma en que los antiguos nahuas hacían suyas las imágenes de otros pueblos, ya sea que les hubieren precedido o a quienes habían conquistado, como los huastecos y totonacos, de tal suerte que, para fines rituales, hacían copias de ellas o modificaban el prototipo para sus propios fines. Tal receptividad habría modelado la forma en que ellos ahora, en pleno siglo XVI, miraban las imágenes de los conquistadores.

Yahualica es muestra palpable de cómo la destrucción y sustitución de imágenes se cebó sobre pirámides, bajorrelieves y esculturas líticas, dejando pasar por alto aquellas figuras minúsculas que de uso cotidiano estaban desde entonces en los rituales caseros y en los lugares de poder de los curanderos. No es de extrañar, pues, que los rituales y los imaginarios populares de la prehispanidad permanecieran con todos sus utensilios, imágenes y creencias, sin escapar empero al cruce de cosmogonías.

Estas piezas guardan una paradoja: sus mismas huellas de destrucción conforman su identidad, puesto que la acción sobre ellas es el símbolo de la manera en que se les concebía en una parte de su biografía; su restauración significaría borrar las huellas de su pasado, así como relegarlas por su imperfección artística equivaldría a ignorar sus contenidos simbólicos y su valor histórico.

Bienes inalienables

En el momento de la inserción del museo a la comunidad, ocurre la emergencia de una frontera justo en la intersección de culturas. Se trata de una frontera no reconocida e informal que genera la experiencia única del museo. En este momento, la prohibición de la venta de los objetos se vuelve cultural y es sostenida colectivamente. Esto es, son bienes que pasan a integrarse al inventario simbólico de la sociedad local, en ese mismo momento que Appadurai llama “singularización de los objetos”, cuando las reglas de intercambio y adopción de los bienes patrimoniales son relajadas y se abre a las interpretaciones individuales y a los sistemas idiosincrásicos de valores. El museo tiene criterios de selección del patrimonio en función de su memoria histórica, así que no hay una uniformidad en todos ellos, sino una relatividad de biografías patrimoniales.

Los bienes inalienables son expresiones discordantes en tiempo y espacio para individuos que están en la ruta de la modernidad, pero que cuando estos objetos mantienen concordancia externa con los patrimonios de otras sociedades, trazan una línea de continuidad que define el carácter dinámico de la tradición frente a la fuerza social que caracteriza la modernidad, definida en términos de ruptura. Una vez que forman parte del patrimonio, los objetos inalienables adquieren carta de naturalización y el proceso de selección e interpretación queda oculto (Rosas Mantecón, 1998).

En una palabra, diría Appadurai, es la emergencia de las definiciones individuales y de grupos pequeños. La singularización que corresponde a los procesos de apropiación de lo simbólico es de tipo colectiva -pero reducida al interior de grupos pequeños y redes sociales-, cuando lo carente de valor se traslada a lo singular costoso y luego a su sacralización cultural como símbolo de identidad. Puesto que la afirmación de identidad supone remontar en el tiempo a los orígenes de los símbolos que la sustentan, es claro que hay un divorcio entre significado de esos símbolos a los que llamamos históricos y el discurrir de la experiencia actual. Esto es, se olvida que el significado de la experiencia se atribuye en el presente, de tal suerte que los símbolos datados y significados en el pasado carecen de pertinencia en el presente. De singularización en singularización, la biografía de estos objetos no es sino la historia de sus diversas singularizaciones, hechas merced a las clasificaciones y reclasificaciones, cuyas categorías son determinantes dependiendo del contexto.

Esta singularización proviene de una “búsqueda de su centro” por parte de las comunidades con museo, en cuya tarea los objetos inalienables cumplen la función central, a manera de objetos simbólicos de deseo en los que se depositan los anhelos populares. En los museos comunitarios se lleva a cabo una refuncionalización de todo aquello que de ordinario se guardaba en el pueblo; aquellos objetos que ya poseían cierto valor simbólico y que, con su incorporación como bienes inalienables al museo, son sacralizados y ritualizados en razón de haber ingresado a su “Templo de autenticidad”. Tal ritualización, como lo ven Bourdieu y García Canclini, asegura la reproducción comunitaria, no a manera de “reacción conservadora y autoritaria del orden viejo” para preservar lo que se considera en peligro de extinción, sino para controlar socialmente el cambio.

Como mercancía, el objeto arqueológico tiene valor de uso y puede intercambiarse por una contraparte. Mercantilizado, el objeto arqueológico sólo deviene patrimonio inalienable al transitar de un escenario social determinado hacia una singularidad creciente; su desmercantilización tiene que ver más con su entrada a un ámbito en que se vuelve una entidad culturalmente construida, cargada de significados, clasificada y reclasificada de acuerdo con las categorías culturalmente constituidas del Museo Comunitario, construido así en la comunidad.

Pero ¿cómo opera este tránsito del objeto alienable al bien inalienable en el contexto de la construcción de los museos comunitarios? Como objetos mercantilizados,

las piezas arqueológicas no se encuentran en un estado total o final, sino en proceso de gestación, se encuentran integradas al mundo de lo común. Por ser una moneda corriente en la circulación de objetos en su localidad, el objeto arqueológico que es vendido al turista o al saqueador cambia de estatus fácilmente ante la disyuntiva que se le presenta; la institución casi omnipresente que protege públicamente al objeto inalienable contra la mercantilización está ahí como espada de Damocles para castigar el saqueo y venta de piezas. La práctica del saqueo ocurre porque hay una comunidad dispuesta a vender piezas arqueológicas, pero la presencia del Museo Comunitario como representante del Estado que protege al patrimonio cultural puede inhibir esas prácticas, aunque también puede ser el *casus belli* entre grupos sociales tradicionalmente enfrentados. Lejos aún de constituirse en un sistema de prohibiciones culturales sostenidas colectivamente, las prácticas del rescate patrimonial de los museos comunitarios se inscriben dentro de las prohibiciones instrumentadas por el Estado y que forman parte del “inventario simbólico de la sociedad”. Pero no es sino hasta que el nicho de la autoafirmación simbólica del poder singulariza al objeto arqueológico, que la fórmula combinada del poder Federal y local expanden el alcance visible del poder local al proyectarlo en los objetos arqueológicos del Museo Comunitario.

Paradoja del objeto inalienable: para ser colectivo, un objeto mercantil debe ser extraído primero de la esfera de intercambio, donde ya es colectivo. Al ser desactivado como mercancía, se le expone a otro tipo de singularización, motivada por las redefiniciones individuales que se oponen a las definiciones colectivas y, al llegar así a su mercantilización terminal, ingresan a esferas definitorias cuya ductibilidad simbólica y carácter abierto le permite adaptarse a los intereses de los actores que la componen. La singularización privada del objeto arqueológico tiene un carácter informal en el proceso de apropiación del Museo Comunitario; como singularización privada en este contexto, es la compulsión patrimonialista o coleccionismo cuyo anhelo de singularización es satisfecho individualmente mediante esta apropiación privada que está basada en la antigüedad del objeto y en los imaginarios que circulan en torno de él. Pero de la singularización privada a la colectiva aún mediará el paso del tiempo y los procesos que se desarrollan con el trabajo del patronato y sus redes sociales. La etapa de la singularización colectiva de los objetos del museo está marcada por el sello de la aprobación social conjunta y porque asume la responsabilidad del carácter sacro-cultural del objeto, el del discurso mítico del objeto que se encontraba gravitando en los imaginarios populares. El INAH como institución pública de singularización se presenta en el proceso como la instancia que legitima el poder y la identidad de esta singularización que comienza en privada y madura en pública. Así, la esfera de intercambio del objeto arqueológico se ve cerrada ante la irrupción de la institución singularizadora, la singularización individual, pero no cancelada. Ahora su esfera de acción se verá acotada por la acción del Museo

Comunitario y sus personeros. La disputa simbólica por el patrimonio se ofrece ahora a los individuos en la forma de una disyuntiva: vender las piezas o integrarlas al acervo simbólico de la comunidad.

En breve, la categoría del objeto arqueológico se ve modificada con la modificación de su contexto; la singularización que se le ha impreso al reclasificarlo obedece a la construcción de espacios simbólicos para su comprensión en la sociedad que, al ingresar elementos institucionales que le dan lugar, construye también objetos al igual que construye individuos.

La aparición de los museos comunitarios en diversas entidades del país, bien podría resumirse como una expansión de la musealización, entendida como la acción de los sujetos de revalorar en tiempo y espacio objetos que, por virtud de este proceso en sí, adquieren el valor de inalienables. La musealización de los objetos inalienables por las poblaciones autovaloradas históricamente, ocurre cuando adquieren conciencia del tiempo y su transcurso. Esos objetos inalienables son así transformados en testimonio del transcurso del tiempo humano y de los acontecimientos en que los objetos han intervenido.

Conclusión

El patrimonio cultural no nace siendo patrimonio cultural, pues esto depende de quién, cuándo, cómo y dónde se le da ese valor. Los objetos patrimoniales deben transitar por toda una biografía social que adquiere características distintivas, al ingresar en sistemas culturales que les otorgan significados específicos. Al transitar por diversas esferas de valor que le dan plausibilidad como objeto sagrado, después mercancía y bien inalienable finalmente, el objeto debe “cargarse” de narrativas, significados y valores para que sea aceptado como tal. El así llamado “proceso de singularización” del patrimonio cultural, depende entonces de los contextos culturales, que a su vez los carga de discursos de valor para un colectivo social.

Bibliografía

- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo
1992 *Medicina y magia. El proceso de aculturación en la estructura colonial*, FCE, México.
- APPADURAI, Arjun
1991 *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, CNCA-Grijalbo, México.

- ARANDA, K
1993 "Los dos rostros de la divinidad Tlazolehécatl", en: Barbro Dahlgren (Coord.), *Tercer coloquio de historia de la religión en Mesoamérica y áreas afines*, México. IIA-Universidad Nacional Autónoma de México.
- ARJONA, Marta, *et al.*
S/F "Desarrollo de los museos y política cultural: objetivos, perspectivas y desafíos"
- AZCUÉ Y MANCERA, Luis
1940 *Catálogo de construcciones religiosas del estado de Hidalgo*, SHCP-DGBN, México.
- BAEZ-JORGE, Félix
1988 *Los oficios de las diosas*, Jalapa, Universidad Veracruzana.
- BAUDRILLARD, Jean
1995 *El sistema de los objetos*, Siglo XXI, México.
- BERIAIN, Josetxo
1990 *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*, Anthropos, Barcelona.
- BONFIL BATALLA, Guillermo
1990 "La encrucijada latinoamericana ¿Encuentro o desencuentro con nuestro patrimonio cultural?", en: *Casa del tiempo*, UAM, México, Vol. X, Núm. 95, mayo-junio.
1991 *Pensar nuestra cultura*, Alianza Editorial, México.
- BOURDIEU, Pierre
1991 *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.
- CAMA VILLAFRANCA, Jaime y Rodrigo WITKER (Coords.)
1994 *Memoria del Simposio Patrimonio y Política Cultural para el Siglo XXI*, INAH, México.
- DE GORTARI, Ludka
1986 *Pueblos indios en la jurisdicción de la Alcaldía Mayor de Yahualica*, CIESAS-CEHINHIAC, México.
- DURKHEIM, Emile
1995 *Las formas elementales de la vida religiosa*, Ediciones Coyoacán, México.
- Eco, Humberto
1989 *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, Editorial Lumen, Barcelona.
1992 *Los límites de la interpretación*, Editorial Lumen, Barcelona.
- FLORESCANO, Enrique
1998 *Etnia, Estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, Aguilar, México.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor, et Al
1991 *Públicos de arte y política cultural*, México, INAH-UAM-DDF.
1989 *Culturas híbridas*, Grijalbo, México.
1994 "¿Quiénes usan el patrimonio? Políticas culturales y participación social", en: Cama Villafranca y Rodrigo Witker B., *Memoria del simposio patrimonio y política cultural para el siglo XXI*, INAH, México.
1995 *Consumidores y ciudadanos*, Grijalbo, México.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (comp.)
1994 *Lo local y lo global: un debate*, UAM, México.
- GOODY, Jack
1996 *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Gedisa, Barcelona.
- GRUZINSKI, Serge

- 1995 *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a "Blade Runner"* (1492-2019), FCE, México.
- 1993 *La colonización de lo imaginario*, FCE, México.
- GUIRAUD, Pierre
1995 *La semiología*, S. XXI, México.
- INAH
1995 *El patrimonio sitiado. El punto de vista de los trabajadores*, INAH, México.
- LOMNITZ, Claudio
1994 "Dos propuestas para los museos del futuro", en: *La jornada semanal, La Jornada*, México, Núm. 262, 19 de junio de 1994.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando
1991 "Tres discursos sobre el patrimonio cultural y su desconstrucción", en: *Antropología*, INAH, México, No. 33, enero-marzo de 1991.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo
1996 *Los mitos del tlacuache*, UNAM, México.
- 1995 "La religión, la magia y la cosmovisión", en: L. Manzanilla y L. López Luján (coords.), *Historia antigua de México*, UNAM-Porrúa, México.
- LUMBRERAS S., Luis G
1994 "El patrimonio cultural como concepto económico", en: Cama Villafranca, Jaime y Rodrigo Witker B., *Memoria del simposio patrimonio y política cultural para el siglo XXI*, INAH, México.
- LUNA R., Juan
1997 *Monografía de la Huasteca hidalguense*, CECAH, Pachuca.
- MANZANILLA, Linda y Leonardo LÓPEZ LUJÁN
1995 *Historia antigua de México, Vol.III: El Horizonte Posclásico*, INAH-UNAM-Porrúa, México.
- MEYER, Karl E
1990 *El saqueo del pasado*, FCE, México.
- MORALES M., Luis Gerardo
1992 *Museo público e historia legítima en México*, ENAH, inédito.
- 1996 (Coord.), *Cuicuilco*, ENAH, México, Vol. 3, Nos. 7 y 8, septiembre/diciembre.
- NOVELO, Victoria
1996 "Las culturas populares en los museos", en: *7º Taller Internacional sobre Nueva Museología*, Pátzcuaro, Mich., 1-5 noviembre de 1996, inédito.
- OCHOA, Lorenzo
1984 *Historia prehispánica de la Huasteca*, UNAM, México.
- OLGUÍN, Enriqueta
1994 "Cómo nació Chicomexóchtli, un mito huasteco", en: *Pancromo 23. Revista de investigación*, vol. Y, No. 1.
- PÉREZ-RUIZ, Maya Lorena
1998 "Construcción e investigación del patrimonio cultural. Retos en los museos contemporáneos", en: *Alteridades*, UAM-I, México, Año 8, Núm. 16, julio-diciembre de 1998.
- PRATS, Llorenç
1997 *Antropología y patrimonio*, Ariel, Barcelona.
- REVUELTAS, Eugenia y Herón PÉREZ (Coords.)
1992 *Oralidad y escritura*, El Colegio de Michoacán, Zamora.
- ROSALDO, Renato

- 1991 *Cultura y verdad*, Grijalbo, México.
- ROSAS MANTECÓN, Ana
“Historia y vida cotidiana: la apropiación del patrimonio mexicana dentro y fuera del Museo del Templo Mayor”, en: *Alteridades*, UAM-I, México, año 2, Núm.
- 1998 “El patrimonio cultural. Estudios contemporáneos”, en: *Alteridades*, UAM-I, México, Año 8, Núm. 16, julio-diciembre de 1998.
- 1999 “Las jerarquías simbólicas del patrimonio: distinción social e identidad barrial en el centro histórico de la ciudad de México”, en: *Ciudad virtual de Antropología y Arqueología*.
- 1996 “Los públicos del Museo del Templo Mayor”, en: *Gaceta de museos*, INAH-CNME, México, Núm. 4, diciembre de 1996.
- RUVALCABA, Jesús y Juan Manuel PÉREZ CEVALLOS
1996 *La Huasteca en los albores del tercer milenio*, CIESAS, México.
- SAHAGUN, Bernardino de
1989 *Historia general de las cosas de la Nueva España*, CNCA, México.
- SEGRE, Enzo
1991 *Las máscaras de lo sagrado*, INAH, México.
- WOLF, Eric
1984 *Pueblos y culturas de Mesoamérica*, Era, México.



Dos cuentos chamánicos de la sierra norte de Puebla Apuntes acerca de la metodología de la investigación antropológica

Michel Duquesnoy Gallez¹

These stories are thus true for the people of San Miguel, absolutely true. “And it is through these stories that the supernatural becomes a part of San Miguel’s society”

Timothy Knab

Preludio

La presente contribución propone una incursión en la apasionante aunque difícil metodología del trabajo antropológico. Como si no fuese suficiente, ésta se confronta a dilemas mayores cuando se trata de recopilar datos relevantes entre los especialistas del mundo mágico². En efecto, no solamente el investigador de campo debe relevar el reto de sumar informaciones que podrá procesar, analizar, comparar y objetivar, también debe ganarse una confianza total entre sus informantes, en este caso chamanes, curanderos, brujos o hechiceros³ cuando pretende llevar a cabo investigaciones acerca de los universos simbólicos y secretos que a la vez abren las puertas sobre eventuales prácticas políticas y maniobras ocultas.

1 Área Académica de Historia y Antropología, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

2 Retomo al conocido trabajo de Ernesto de Martino, la locución misma de “mundo mágico”, estableciendo con el etnólogo italiano la existencia en sí y por sí de este mundo, lleno de secretos y prácticas, que se queda por completo un misterio generalmente relagado “a la evidente irrealidad de sus pretensiones” si descartamos “en qué medida, estos poderes son reales”. Es decir, si el investigador sólo “tiene la tentación de dar por sentado qué se debe entender por *realidad*” (Martino, 2004: 67, subrayado en el original).

3 Existen diferencias conceptuales y teóricas entre estas nomenclaturas.

Los dos textos que servirán de base a esta aportación metodológico teórica fueron recopilados por el autor cuando estudiaba el chamanismo entre los nahuas de San Miguel Tzinacapan, Puebla. No solamente esta investigación le permitió descubrir mundos singularmente cerrados cuya dimensión mágica colinda con las problemáticas extrañas y maravillosas de la imaginación, sino conseguirse, con un título académico importante, amigos inegalables los que fueron sus informantes principales así como sus familiares directos. Son los señores L. F. F. y C. F. F.. En este texto guardarán sus iniciales en respeto a su deseo explícito de que cada una de las publicaciones que se produjesen acerca de sus percepciones, secretos y conocimientos del “mundo otro”⁴ y no “otro mundo”⁵, así como sus maniobras en esta dimensión, deberán quedarse anónimas. Sin embargo detrás de este anonimato legítimo existen personas excepcionales por su inteligencia y figuras carismáticas dotadas de una generosidad poca común. Agradecerles aparece al decir la verdad un poco mesquino cuando son ellos los que se expresarán en muchos momentos de estas líneas. Nuestra deuda, el que se detiene en estas líneas lo entenderá, no estará del todo depurada y se quedará enorme hasta obtener la certeza de no traicionar su pensamiento pero sí de haber establecido con y a partir de ellos el diálogo que hubiesen querido entablar con nuestros colegas, estudiantes y lectores. El largo tiempo de investigación de campo, en el que el autor fue solamente un aprendiz mal hábil e impertinente, favoreció las convivencias, actuaciones e intercambios propicios a volver los interlocutores, dichosos, enojados, sospechosos o dudosos – quizá todos estos sentimientos conjuntamente –. El primero de los dos textos presentados en seguida fue narrado mientras el investigador entrevistaba acerca del *Talokan* (Tlalocan) y de los no humanos que ahí demoran. En cuanto al segundo, lo fue entre uno de estos momentos de ocio inolvidable en los que el etnógrafo intuye que logró la confianza y la simpatía del informante. Ambos cuentos tuvieron que ser memorizados al instante y transcritos en los ineludibles cuadernos del antropólogo horas más tarde. Fueron comentados entre el investigador y los chamanes el día siguiente.

Los chamanes son conocidos como buenos narradores, cuyas facilidades de imaginación, creación e improvisación remiten a su obligación de transmitir los conocimientos mitológicos, entre otros, a generaciones futuras. Ello explica que, cuando utilizan un espectro de innovación más o menos amplió, sólo lo hacen dentro de los márgenes

4 “La expresión “mundo otro” evita la de “más allá” o de “otro mundo”, que evocan solamente el mundo de la muerte, y la de “mundo sobrenatural”, pues se supone que el “mundo otro” rige, entre otros, los fenómenos que calificamos de “naturales”, que sean cósmicos, climáticos, geológicos o biológicos...”. (Perrin, 1995: 2, nota 1).

5 R. Hamayon, especialista destacada de los chamanismos siberianos se refiere a “sobrenaturaleza”, concepto definido oportunamente como una dimensión que: « sólo está “arriba” o por encima de la naturaleza en lo que anima a ésta y determina su “vida” (1990:332).

permitidos por sus referentes culturales que les obligan a mantener vivos los criterios singulares de lo referido usualmente a “tradición”. Este último vocable, se sabe, refiere a una etimología latina “tradere”, literalmente “transmitir, entregar, dar”. El contexto de la narración de nuestros cuentos mitológicos nos obliga a poner un énfasis especial sobre el hecho de que varios niños y pequeños adolescentes del barrio, nos acompañaban. Los relatores manifestaron una insistencia particular cuando llamaron esta juventud para que escucharan la narrativa. Interpelados por los aspectos espectaculares del chamamanismo conocidos por llegar a ser en unos casos bastante llamativos, unos antropólogos dedican estudiosos dudosos a las capacidades mágicas de los chamanes – o de los que determinaron como tales – sin nunca recordar a sus lectores que, antes de todo, estos especialistas son educadores excepcionales preocupados por la conservación de los rasgos medulares de sus culturas. Es decir, toda su práctica gira al fin y al cabo, alrededor de este noble afán. He de confesar que se realizaron muy pocas entrevistas a solas pero sí la mayoría de las veces en compañía de los niños que los chamanes presentaban como candidatos potenciales a la función.

Proceso de la investigación científica

Antes de leer los cuentos mitológicos y proponer una interpretación sumaria, es fundamental una reflexión sobre el sentido mismo de la labor antropológica. En estas premisas es preciso recordar lo siguiente: toda investigación se realiza a través de varias etapas que permiten al estudioso presentar, al final, los frutos de sus esfuerzos con la mejor manera deseada. Estas fases se inician desde la definición de un proyecto de investigación cuya pertinencia se averiguará a lo largo de los procesos mismos de la pesquisa hasta la producción de un saber científico, el que supone *siempre* un intenso trabajo de objetivación. Este último escalón del proceso supone una labor reflexiva a cada uno de los pasos pero sí se inicia con la consulta *obligatoria* de la bibliografía, aunque el tema detenido por el investigador pueda presentar una carencia extraña de estudios. El esfuerzo reflexivo se aparenta a un trabajo, es decir, acerca de la progresión interna de la investigación, entiéndese acerca del lugar ocupado por el investigador en su postura de observador, participante o no. Es conocido cuánto la objetivación queda determinada por un cierto grado de subjetividad. De hecho no es obligatorio considerar la subjetividad como si fuera un defecto o un impedimento para alcanzar la producción del saber objetivo. Es más, es una condición necesaria para llegar a tales fines. En efecto, ¿cómo dos o más *sujetos* inmersos dentro de un proceso de observación mútua podrían llegar a *objetivarse* dejándolo de lado —caso imposible— su condición de sujeto?

Esquema 1

Observador: sujeto <<<>> observación: práctica social <<<>> Observados: sujetos



- Traducción: subjetividad
 - Interpretación: subjetividad
- } Observador y observados se libran a ambos procesos interactivos aunque no se pueda cuantificar.

Como se puede apreciar en esta gráfica ni el observador ni los observados se quedan estáticos y pasivos: ambos son actores y copartícipes dentro de la situación social particular de la observación, un campo interactivo complejo, conflictual y dialogal. No se puede pretender descartar definitiva y totalmente la subjetividad porque es un factor elemental de esta interacción observacional. Más bien es una herramienta con la que se debe contar. Es necesario evaluarla en su peso exacto para neutralizar sus efectos negativos e incluirla en los procesos analíticos favorecedores de las propuestas teóricas inherentes a la investigación en sí. Dicho de otra forma, la realidad objetivada refleja *siempre* preferencias concientes e inconcientes del investigador. Igualmente las del grupo observado. La labor de las ciencias sociales se asemeja en últimas instancias a una suerte de ficción, no en el sentido de una composición mesquinamente engañadora, sí en el sentido de una “fabricación” intelectual.

En definitiva, la investigación implica un largo proceso, difícil, paciente, porque da a entender una realidad social en tanto dinámica, nunca como un hecho dado definitivo en sí. En consecuencia la realidad antropológica remite una *construcción intelectual* deudora de numerosísimos factores intelectuales, existenciales y personales.⁶ Ello está entre dicho en el esquema 2.

La investigación etnográfica es un conjunto de procesos de duración mediana a larga que se deslizan desde la elección del tema hasta la producción de un saber de un tipo especial. En ésta encontramos varios niveles de abstracción vinculados con princi-

⁶ En mis cursos acostumbro referir a la metáfora de la “ecuación personal” del investigador y de su campo.

Esquema 2

Observador (sujeto²)
objetos⁶)

Observados (sujetos y



¿Qué tipos de vínculos y relaciones ?



*¿Es la totalidad cultural dependiente o no del observador?

- Al momento de la síntesis científica: sí, lo es.
- Mientras la investigación de campo: sí, lo es.

DUDA ➤ Al final, es decir al momento de la síntesis ¿qué se conserva de la suma de informaciones así como de las cosas no vistas, no percibidas, no observadas, no *etnografiadas*, perteneciendo a los observados ?

pios metodológicos específicos. Etapas de la investigación, técnicas de recopilación de datos, teorías, hipótesis, tesis, síntesis y mecanismos de objetivación deben articularse *lógicamente* para alcanzar un conocimiento objetivo receptivo a la parte creativa de la subjetividad de *todos los actores*. Entre los factores objetivos y subjetivos, falta mencionar que *cada investigación es una práctica social de un tipo singular*. Desde luego implica un contexto sociocultural, histórico, filosófico peculiar. El investigador exterioriza sus componentes culturales y teóricos a la vez que interioriza los mismos venidos de los actores que observa y objetivará a lo largo de un transcurso específico. (Ver gráficas 1 y 2). Sin embargo un punto primordial vale llamar nuestra atención: los procesos aquí separados debido a una preocupación de claridad siempre se entremezclan entre los varios momentos de la investigación. Hay que aislarles para respaldar al investigador en el proceso autocrítico mencionado para favorecer una correcta evaluación del desarrollo de la indagación.

Es preciso mencionar unos escalones que delimitan indefectiblemente la investigación en ciencias sociales. Son herramientas constructivas, mas no camisones de fuerza: *la flexibilidad y la apertura humanas así como intelectuales son dos elementos importantes para el investigador.*

1. Definir, precisar y conocer los conceptos y elementos teóricos generales y particulares. Por ello, es menester apoyarse en la bibliografía sin descartar las recomendaciones y asesorías de especialistas. Cuanto antes se constituirá fichas propias a partir de los materiales existentes, incluyendo las primeras observaciones y dudas.
2. Delimitar *exactamente* el tema, los actores y los lugares de la investigación. Definir con precisión los límites del problema de la investigación retenida. Elaborar preguntas de investigación : cuáles marcos ? cuáles límites ? etc. No obstante hay que dejar “puertas abiertas” sobre las eventualidades – numerosas – que proporcionan las variables, los desconocidos y los imprevistos. Precisión y determinación no son sinónimos de rigidez.
3. Justificar el estudio. Saber y definir por qué este trabajo : su importancia, su pertinencia. Evaluar la magnitud del problema. Saber y presentir para qué podrá servir este trabajo.
4. Delimitar los objetivos de la investigación.
5. Determinar las técnicas de recopilación de datos útiles para la investigación recordándose que cada método oferta sus ventajas e inconvenientes .

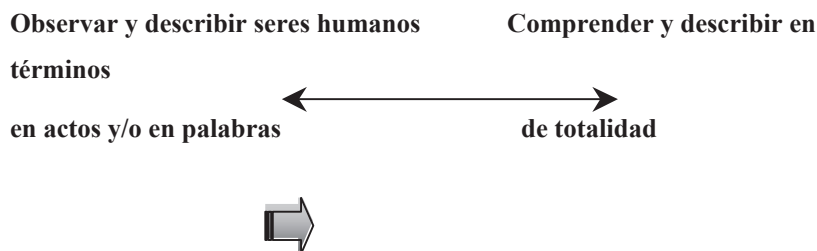
Nota: Estos cinco primeros pasos permiten el planteamiento científico del problema, los siguientes su construcción científica.

1. Cada uno de los pasos del proceso mencionado *exige* análisis. Estos exámenes en profundidad favorecen las síntesis. Se plantea una(s) hipótesis que permiten desembocar sobre una(s) tesis⁷. Entre cada etapa de este proceso debemos efectuar análisis y síntesis parciales a partir de preguntas, logros y dudas específicos. La investigación no es más que un proceso se va precisando paso a paso. Este proceso es generalmente lento. Por lo tanto es de primera importancia cuidarse de las conclusiones rápidas así como de las “certidumbres” subjetivas. Todo tiene que averiguarse o no *a la prueba de los hechos que se quedan la expresión de los actores* (entre los cuales el investigador está incluido).
2. De igual modo el investigador debe interrogar sus valores, sus prejuicios, sus deseos, sus logros y sus frustraciones. Pero también realizará este penoso trabajo al evaluar sus observados (que se evalúan a su vez a través de él).

⁷ Personalmente me opongo a una lamentable costumbre universitaria impuesta a los tesisistas, la que consiste a obligar la averiguación de las hipótesis planteadas. Considero que no siempre se comprueban, que el valor científico de un trabajo reside sobre todo en la explicación de las fallas. No en las mentiras a las que acostumbran librarse muchos “científicos”. Querer comprobar forzosamente sus hipótesis no tiene otro nombre que “impostura”.

3. Los puntos anteriores revelan la necesidad de recopilar, analizar y construir los variables : ninguna realidad social es una constante que el investigador podría creer (¿crear?) como si fuese una entidad hipostasiada.
4. En consecuencia es de mostrarse atento a las relaciones que afectan los fenómenos investigados. Cada situación social y cultural está vinculada con un sin número de otras situaciones. Guardar presente a la mente que la situación de investigación es una situación social (por las relaciones interactivas, entre otras, que crea) influyente en la realidad social estudiada y observada.

Esquema 3



¿Se queda el observado un ser humano?

ESPACIO CRÍTICO

El trabajo del ojo: acerca del conocimiento etnológico⁸

Vista desde el sujeto, la aprehensión de la realidad a partir de nuestros ojos humanos, se presenta como una “salida”, una expresión del sujeto *fuera* de su propia esfera, como una *invasión* en la esfera del objeto que se está construyendo a partir de la dinámica de la observación y una *captura* de las propiedades seleccionadas, conciente o inconcientemente, por los actores de la observación (es decir, a una *construcción* intelectual). Al fin y al cabo se puede aseverar que los sujetos copartícipes de la observación crean una imagen posible del objeto que *se queda siempre* una elaboración intelectual.

⁸ Una síntesis en Duquesnoy (2004).

Visto desde el objeto, el conocimiento se presenta como una transferencia de las propiedades del objeto al sujeto. A pasar del sujeto a la esfera del objeto corresponde un trascender del objeto a la esfera del sujeto (lo cual se encuentra modificado por su propia construcción).

Me atrevo a aseverar lo siguiente:

- A decir la verdad sujeto(s) y objeto son distintos aspectos del mismo acto.
- El etnólogo no puede desconectar su “ojo observador” de su “cerebro pensador y conceptualizador”.⁹ De alguna manera, “ver es reconocer”: el mundo *es siempre ya visto* porque previamente *condicionado* por nuestros *a priori* semánticos.¹⁰ Los ojos siempre se encuentran informados por una teoría del mundo anterior al acto de la observación.
- El sujeto se queda predominante sobre el objeto (en efecto, lo construye y lo influye). Dicho de otra manera, el sujeto es determinante, el objeto es determinado.
- El conocimiento sería una *determinación* del objeto por el sujeto.
- El conocimiento es solamente una *posibilidad* explicativa acerca de la realidad siempre construida por el sujeto (afirmación que no elude la duda sobre la realidad en sí).
- La observación etnográfica contemporánea no es mejor que la de antaño, valgan lo que valgan algunas afirmaciones pedantes de los posmodernos. Si, en realidad, los etnógrafos modernos se pueden prevaler de algún mérito sobre sus precursores, lo deben a su ojo que piensa y *no* a su ojo que ve. El especialista de campo no dice el mundo: habla acerca del mundo tal como sus ojos impregnados de teorías lo vieron (categorización, clasificación, selección, entendimiento, teorización). *Lo factual ya está asertado, lo dado ya está inferido*.¹¹ La percepción no parte de la nada: remite a un trabajo *ya* cumplido entre los signos significantes y las significaciones (véase Merleau-Ponty).
- *Sólo se ve lo que se mira...* Pues aparece un punto fundamental: la observación requiere la atención. Es decir, *el despierto del interés*.

9 La observación, la captación, la percepción, por ende, la conceptualización responden a reglas precisas determinadas por el funcionamiento peculiar de la mente humana. Es recordar que el cerebro humano se conforma a unas leyes bioquímicas peculiares a las que no podemos pretender escapar.

10 Referirse al excelente número temático *Les terrains de l'enquête* publicado por la revista francesa *Enquêtes* (1995).

11 Una particular atención sobre los “esquemas anticipativos” tales como Karl Popper les conceptualizó. Un ejemplo sencillo nos servirá: ver un árbol, es contemplarle como árbol, es decir, “reconocerle” por el medio de una inferencia, no tanto por lo que es o lo que no es, más bien por lo que se le *califica* ser. Tal operación sólo es probable relativamente a un saber *siempre* preexistente al acto de la percepción. Dicho de otro modo, la identidad nominal prevalece sobre la identidad visual. También esta identidad nominal condiciona la otra. Por ende, es porque ya sé lo que es “árbol” – i. e. cual es la semejanza de este objeto –que puedo decir : “eso es un árbol”.

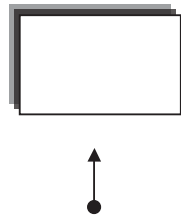
- Los hechos etnográficos, aunque observados por un testigo directo, digamos “privilegiado”, no revisten superioridad epistémica alguna, pero sí una textura diferente y una tonalidad singular. Eso se queda, reconozcámolo, el encanto de la labor etnográfica.

Las gráficas siguientes¹², a mi apreciación, resumen lo acertado en este apartado formal. Vale insistir sobre el hecho de que la observación *siempre* se realiza desde un punto de vista exterior.

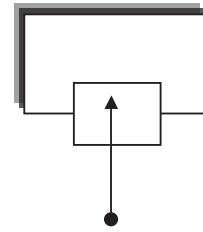
Esquema 4

OBSERVACIÓN ETNOLÓGICA OBSERVACIÓN INTERACCIONAL

Observación pura

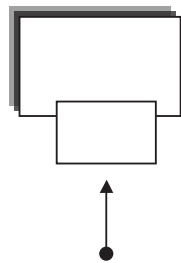


Campo abierto sobre la cultura,
pero desde un punto de vista lejano
(mirada lejana)

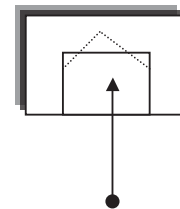


Campo restringido a la interacción,
desde un punto de vista cercano
(participación relativamente externa)

Observación en interfocal



Campo restringido sobre una interacción,
pero visto desde lejos



Observación en perspectiva,
cercana y cultural, más interna,
pero promovida desde el
exterior (observador ajeno)

12 Retomo sin cambio estas gráficas al excelentísimo trabajo de Piette

Dos cuentos chamánicos

La investigación etnográfica libra al estudioso placeres humanos e intelectuales inolvidables. Se distingue por favorecer la curiosidad y el encuentro con la otredad, la que permite a cambio un necesario retorno del etnólogo sobre sí mismo. Es lo que llamo “la buena virtud de un etnocentrismo asumido y equilibrado”. Sin este movimiento “par atrás” se vuelve sencillamente imposible la mirada lejana. Entiendan, la objetivación.

Esta contribución hasta ahora ha sido teórica, y para los que nos “practican” el campo puede haber parecido desarticulada, sin vínculo con el trabajo de la objetividad de la subjetividad, como la estudió en varias ocasiones Pierre Bourdieu. Llega el tiempo para el lector descubrir las maravillas del mundo mágico a través de los dos cuentos anunciados anteriormente.

El espacio que me está permitido imposibilita desarrollar las complejidades de la cosmovisión de los nahuas de la Sierra Norte de Puebla, municipio de Cuetzálan del Progreso.¹³ Por lo tanto me quedaré a un nivel superficial que probablemente desilusionará mis lectores.

Sin lugar a duda, la particular creatividad de los nahuas acerca de su cosmovisión sorprende al investigador deseoso de penetrar dentro de sus secretos. Es el lugar para recordar que ningún miembro de una sociedad posee todos los elementos de su propia cultura pero sí detenta su singular percepción de ésta, combina y manipula los elementos a su alcance a partir de su socialización y culturación, generalmente sin franquear los límites tácitos permitidos por su referentes socioculturales. Ello se traduce en la práctica por la multiplicación de datos *relevantes* que pueden ser contradictorios cuando el observador les confronta y establece comparaciones útiles a los varios escalabones mencionados de la objetivación. Sorprende y despista verdaderamente la diversidad de los universos perceptivos pertenecientes a los informantes sistemáticamente cuestionados, entrevistados o literalmente espiados en sus conversaciones las más cotidianas.

En cuanto a los actores privilegiados conocidos como chamanes, brujos, hechiceros u otros curanderos,¹⁴ bien vale hacer hincapié de que definitivamente se quedan los es-

13 Se recomienda las lecturas de Lupo, Signorini & Lupo, Knab. Igualmente me permito remitir a mi modesta aportación. Las referencias precisas de estos autores están mencionados en la bibliografía.

14 Me es imposible establecer las diferencias entre cada uno de los especialistas mencionados. En pocas palabras enfatizaré que el chamán es el único que se desplaza *voluntariamente* en los lugares del “mundo otro” en vista de restablecer los desequilibrios generados por el desorden y el caos característicos de las relaciones de fuerza a la vez que de alianza entre ambos polos de una misma realidad concebida como asimétrica y antitética, aunque complementaria. Los vaíviens que emprenden sólo son posibles, entre otras obligaciones, a partir de los marcos estrictos de una diplomacia mágica cuyo afán consiste en mantener un equilibrio frágil entre ambos lados del mundo, equilibrio siempre comprometido por las incursiones de los varios habitantes de éstos dentro de la esfera opuesta, *i. e.*, a la que no pertenecen ontológicamente pero que les atrae por sus singulares riquezas casi del todo ausentes en su lugar de origen.

pecialistas de sus cosmovisiones. No obstante, de los conocedores mencionados de sus mundos mágicos, es ineludible que los chamanes son los más habilitados en describir y concebir estos espacios míticos reservados, los que no se violentan sin correr el riesgo de castigos sobrenaturales. ¿Por qué? Porque ellos adquieren y/o reciben el permiso, los códigos, los pasos, las armas, etc. para transgredir las dimensiones celosas y peligrosas del “mundo otro”. Por lo tanto viajan en ellas, se mueven ahí en busca de las entidades anímicas perdidas o robadas de sus coterráneos, torturados ahí, enfermos y perturbados aquí en “este mundo”¹⁵, si es que no se vayan a librar sus enemigos a sus aliados mágicos, como precio (reemplazo) de las obligatorias negociaciones que favorecerán la liberación, por ende, el alivio de sus clientes.

Sin embargo, las intrusiones por parte de los moradores de y entre ambos polos del mundo, comúnmente conocidos como “visible” e “invisible”¹⁶ son más frecuentes, a veces del todo voluntarias, cueste lo que cueste en el caso de los seres humanos, eternamente expuestos a la envidia de una fauna mágica caracterizada la mayoría de las veces por su agresividad, violencia y crueldad, a decir la verdad aterradoras.¹⁷ Cada una de estas “realidades”¹⁸ hace parte del universo cotidiano de los nahuas. Todos hablan de estos encuentros *físicos* fortuitos, desafortunados, inopinados o concientemente provocados: niños, adolescentes, adultos y ancianos, sean hombres o mujeres. No sólo hacen parte del imaginario nahua – lo que recuerda una nomenclatura conceptual típicamente occidental –, son partes integrantes de su cotidianidad – lo que refiere al discurso original de los observados–. Dicho de otra manera, alimentan su discurso común porque explica su mundo tanto sociocultural como mágico simbólico. El rol de los chamanes consiste en dar sentido a estos encuentros venidos del inframundo susceptibles de afectar el curso normal de las vidas, acontecimientos e infortunios.

El material que se proporcionará en seguida se quedará por lo tanto libre de interpretaciones y análisis de la parte del etnólogo. Sólo se dejará las precisiones y observaciones que dieron espontáneamente los relatores, como para explicitar sus visiones, experiencias, sanciones e improvisaciones.¹⁹

15 Sigo prestando la nomenclatura bastante operativa de Perrin (1995). Ver nota infra.

16 Personalmente no coincido con la operatividad de estos conceptos ya que lo invisible puede hacerse visible como se verá.

17 Ver Duquesnoy (2001 y 2005).

18 Coincido del todo con la cita de Knab que puse como epígrafe a este trabajo. Decir otra cosa o condenar las creencias de la gente nahua de la Sierra Norte a una suerte de superstición primitiva es cerrarse al entendimiento de su cosmovisión, es decir, su mundo, y olvidarse que el pensamiento racional occidental se distingue a su vez por sus inefables irracionalidades.

19 Los títulos dados a los relatos son míos.

El cazador, el oro y la esposa infiel²⁰

El informante anunció su relato de la manera siguiente: “Ahora te contaré una historia verdadera como si fuera un cuento”. Es una manera particularmente didáctica para subrayar la importancia de la enseñanza que se propondrá dentro de una sociedad en la que la oralidad sigue primordial.²¹

Un señor vivía de lo que cazaba de noche. Le gustaba cazar el armadillo. Una noche, tuvo la suerte encontrar 9 piedritas, en forma de bolas duras. Los talokej le dicen: “Pus, ven otra vez la próxima noche, aquí, en este mismo lugar. Lleva tu morral contigo y te podrás llevar estas piedritas”. Y es lo que hizo.

El día siguiente, estas 9 piedritas ya se habían vuelto lindas bolas de oro. Mira, no se puede acusar a este hombre de malas intenciones. No tenía ningún trato con el Otro [el diablo]. Todo estaba limpio. Bien limpio. Pus, los talokej daban una oportunidad a este señor para que se volviera rico. Pus, sabían que este cazador era bueno.

Pero su esposa empezó a cambiar así no más del todo. Ya se volvió una mujer mala. Se le subió a la cabeza este oro. Ya se viste de escandalosa, ya chismea a sus vecinas, ya no quiere echar tortilla... ¡Cambió esta mujer! Pero lo peor es cuando se fue con otro señor. ¡Pos sí! Ya no quiere nada con su señor...

Seis meses después, el hombre regresa ahí donde se había encontrado las piedritas. Entons se da cuenta que hay una cueva que no está lejos de ahí. El tepehua, ya sabes, el dueño de la cueva, le ve y sale, habla con él, y ándale, le dice que el día siguiente le lleve a su mala esposa. Bueno... Obedece... Una vez en la cueva, una puerta se abre y... vámonos... los talokej se llevan a la cínica. Se la llevaron al talokan. ¡Pus! Ahí tendrá que trabajar para los señores de ahí.

...No está terminado...

Después de un tiempo, la mujer regresa. Digamos que esta criatura parecía que era la esposa del señor. Te digo que en realidad, era su copia. Algo... ¿cómo te diré?... como su forma. Sólo era su imagen. Los talokej se le habían formado un cuerpo con una víbora que estaba ahí en la cueva. Y una vez que estuvo con su amante para... pus ya sabes... la mujer se volvió serpiente. Muerde al culpable y le mata al instante. Pus... también él debía pagar su culpa en el talokan. Y esta víbora, pus, se vuelve... digamos, la mujer y se va a su casa, ¡ja!... en el talokan.

—[Intervengo]: Y ¿el señor, este cazador?

20 C.F.F., agosto 1998. Entrevista acerca del *Talokan* (Tlalocan). Estamos rodeados por las dos hijas menores del informante (4 y 7 años) y sus compañeras.

21 Ver Taller de Tradición Oral San Miguel Tzinacapan (1994) y CEPEC (1986-1990).

—Él no se muere, a él no le pasa nada... ¿Por qué le van a castigar? Pus tiene buen corazón. Y aquí se termina.

El pescador²²

Mi informante anuncia de la manera siguiente su relato: “Tienen que descansar los niños y tú, que relajarte...”

Vayan...A ver que mastiquen eso...Es la historia de un pescador. Pasó por ahí, a Veracruz que dicen...

Había un pescador que le gustaba pescar a la orilla del mar. De repente ve pasar un pez... hójole... enorme. Pero él no sabía nadar, así que se tira al agua y ffff... ándale, se lo aguarra así al pecho. ¡Jé! El pez se lleva al hombre ¡ja! ahí en el fondo del agua, ahí que es la casa del talokan. Ya... una vez ahí ya no sabe dónde está este señor: “Y mi cabeza ¿está por abajo? ¿Por arriba? ¿De costado?”.

Entons, los talokej vienen: “Oyé, tú...¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿No sabes que no tienes el derecho estar aquí? Hijo de...”

—Pues, no sé...’taba pescando y me tiré al agua para llevarme un pez grande... me llevó hasta aquí...

—Ándale... te puedes quedar! Más tarde irás a tu casa... nosotros tenemos que trabajar. Vamos a salir con mis hermanos, no puedes tocar a eso, a eso, a eso...

Les diré que él que estaba hablando tenía unas ropas de chispas y una capa bonita.

—Tampoco puedes abrir estas cajas que están ahí.

Y ya... los enanitos bastante bien vestidos de colores y oro suben al cielo, en los vientos. Y allá, se vuelven truenos, relámpagos, vientos, aires...Y se vuelven luces, lluvias, tormentas y huracanes violentos...

Bueno... Mientras tanto, el señor se queda sorprendido. No puede impedirse abrir los baules, uno y otro, uno y otro... Y ¿qué ve dentro? Ropas bonitas, capas de oro... Pus y se toma el más bonito y ándale... vuela hacia el cielo. Y truena, ¡iiiiii, ¡fuerte! Pero no puede controlar los truenos... y vámonos, se va de ahí, de allá... y no puede impedir las tormentas...

Cuando regresan los niños que son los dueños de este lugar ya no ven al hombre. Pero sí oyen los truenos y los aires...

—Pus y eso... ¿qué es? A poco ¿no regresamos juntos? ¿Quién se quedó arriba?

22 L.F.F., 18 de agosto de 1998. Contexto de ocio. Estamos descansando cerca a San Andrés Tzicuilan después de haber caminado mucho para ir a nadar en el río. De repente llama a sus nietos, chavitos de 6-7 años acompañados por unos amiguitos turbulentos, con el cariño que le caracteriza empieza una serie de historietas.

—Bueno...dice él que tenía una hermosa capa de estrellas...bueno... al parecer nuestro amigo no pudo hacer sin desobedecernos...

Jiiii... y salen de nuevo y buscan al desobedeciente... y sí pueden pararle. Pero había provocado muchos desastres y mucha confusión: inundaciones, maremoto, milpas destrozadas y quién sabe qué más...

Y ¡lo mandan a su casa! Así se termina este cuento.²³

Notas finales

Aquí se termina mi aportación...

Unas consideraciones sencillas nos permitirán precisar unos datos proporcionados rápidamente en la segunda parte. El mundo en el que vivimos está percibido por los nahuas de manera compleja. Es el *semanauak*²⁴ *taltikpak*²⁵, el “mundo-tierra” concebido en su aspecto horizontal por un lado, en su aspecto vertical por el otro. Digamos francamente que no se puede comprobar la supuesta universalidad de un eje conocido desde los sueños místicos de Mircea Eliade, como el *axis mundi* uniendo una triada “cielos-tierra-infiernos”. La visión de este pueblo es definitivamente mucho más dinámica. Al parecer, el *semanauak taltikpak* no sería más que un mecanismo dando vueltas para recomponerse (casi) eternamente ya que está en busca permanente de la energía de su movimiento propio, al igual que los seres humanos y no humanos que lo poblan. Esta peculiar cosmovisión compartimenta el mundo entre varios espacios colindándose o no, permitiendo o no, las intrusiones y los contactos. No obstante pocos espacios están totalmente separados y apartados ya que los intercambios energéticos, vitales o letales son necesarios para el equilibrio de todo.

En el esquema siguiente adapto libremente las interpretaciones de Carlos Viesca (1997) acerca de la cosmovisión mexicana de la que, postulo, se quedan elementos hasta la fecha en la geografía del cosmos nahua actual. Elementos que no se podrá desarrollar aquí. Por el momento, es permitido aseverar que, en cualquier sistema cosmográfico, el ser humano se proporciona un espacio relativamente limitado, dentro del cual *pue-*

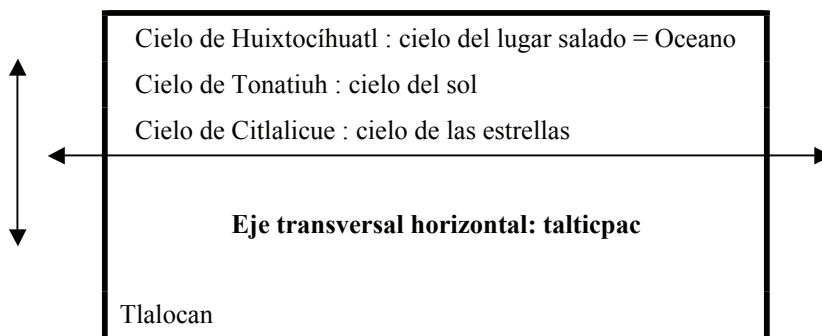
23 Este cuento revela elementos bastantes comunes en la Sierra Norte de Puebla. Es ineludible que su trasfondo sea mesoamericano. Ver variables publicados en *El gavilán*, Vol. 12 de los *Maseual Sanilmej*, CEPEC & T.T.O.S.M.Tz. (1986-1990).

24 *Seமானauak*, lit. “lugar totalmente rodeado de agua”. El mundo.

25 *Taltikpak*, lit. “sobre el filo de la tierra”. También conocido como el “*taltikpaknana*”, la madre-tierra.

de vivir y desempeñar sus actividades. Igualmente evaluar las suertes de su devenir. De hecho, se ha dado un lugar, un espacio. Es decir, se ha ubicado en los caminos del universo...

Esquema 5. Los cuatro niveles intermediarios o cielos centrales, conocidos como Cemanáhuac (tierra habitable)



Sea en la época prehispánica o en la actual, los varios espacios ofrecen —puntos— y fenómenos que favorecen el paso: aguas, arroyos, cruces de pistas, vegetación, cuevas, cerros, vientos, que son tanto vehículos como espacios físicos para la movilidad entre los comportamientos. Del todo, un mundo en devenir, un mundo dinámico.

Bibliografía

- AFFERGAN, Francis
1998 *La pluralité des mondes. Pour une autre anthropologie*, Albin Michel.
- BLANCKAERT, Claude
1985 *Naissance de l'ethnologie ? Anthropologie et missions en Amérique (XVI^e-XVIII^e S.)*, Le Cerf, Paris.
- CEPEC & TALLER DE TRADICIÓN ORAL SAN MIGUEL TZINACAPAN
1986-1990 *Maseual Sanilmej 1-12. Cuentos Indígenas de la región de San Miguel Tzinacapan, Puebla*, Cuetzalan, Puebla, 1986-1990.
- MARTINO, Ernesto de
2004 *El mundo mágico*, Postfacio de Silvia Mancini, Buenos Aires, Libros de la Araucaria. (Ira edición en italiano: *Il mondo magico, prologomeni a una storia del magismo*, Einaudi, Torino, 1948).

DUQUESNOY, Michel

- 2001 “Qui habite la forêt montagneuse de San Miguel Tzinacapan, Sierra Norte de Puebla, Mexique? Eléments de réflexion sur la Nature et les apparitions chez un groupe nahua”, en *Itinéraires belges aux Amériques*, Eeckout Peter & Malengreau, Jean (Eds.), *Civilisations*, L, 1-2, Déc. 2001, ULB, Bruxelles, pp. 63-77.
- 2003 “El chamanismo de los nahuas de la Sierra Norte”, en *Atlas etnográfico del Estado de Puebla*, Masferrer Kan, E., Vences Ruíz, G, et alii (Comp.), Volumen N, Gobierno del Estado de Puebla, pp. 151-157.
- 2004 “El saber antropológico: sobre la experiencia de terreno”», en *Cuicuilco*, Nueva Epoca, Vol. 11, num. 32, Septiembre-diciembre 2004, págs. 73-84.
- 2005 “El Miktan a Tzinacapan. Análisis del discurso de dos chamanes”, en *Diario de Campo*, Boletín interno de los investigadores del área de antropología, INAH, núm. 75, Abril 2005, págs. 56-63.

HAMAYON, Roberte

- 1990 *La chasse à l'âme. Esquisse d'une théorie du chamanisme sibérien*, Nanterre, Société d'ethnologie.

KNAB, T

- 1991 *Geografía del Inframundo*, G.R.A.L., Université de Montréal, 19, Février.
- 1978 “Tlalocan Talmanic: 1,2. Supernatural Beings of the Sierra de Puebla”, *Actes du XLII Congrès International des Américanistes*, Tome VI, Société des Américanistes, Paris, pp. 127-136.

LABURTHE-TOLRA, Philippe y WARNIER, Jean-Pierre

- 1993 *Ethnologie Anthropologie*, Paris, P.U.F.

LEIRIS, Michel

- 1969 *Cinq leçons d'ethnologie*, Denoël, Tel Gallimard, 133.
- 1995 *LES TERRAINS DE L'ENQUÊTE*, Enquête, 1, Marseille, Editions Parenthèses, EHESS.

LUPO, Alejandro

- s/f “El maíz es más vivo que nosotros” en *Ideología y alimentación en la Sierra de Puebla*, *Scripta Ethnologica*, XII, Buenos Aires.
- 1991 “El sol en Jerusalén” en *La Palabra y el Hombre*, 80, pp. 197-206.
- 1995 “La oración: estructura, forma y uso. Entre tradición escrita y oral”, en *Antropología y literatura*, LISÓN TOLOSANA, C. (Ed.), Gobierno de Aragón, Departamento de Educación y Cultura, Zaragoza, pp. 49-66.
- 1995 *La tierra nos escucha. La cosmología de los Nahuas a través de las súplicas rituales*, Dirección General de Publicaciones/ I.N.I., México.

PERRIN, Michel

- 1995 “Lógica chamánica”, en *Chamanismo en Latinoamérica*, Lagarriga I., Galinier J. y Perrin M. (Coords.), México, Plaza y Valdés, págs. 1-20.

PIETTE, Albert

- 1992 *Le mode mineur de la réalité. Paradoxes et photographies en anthropologie*, L.L.N., Peeters, (Diff. VRIN).
- 1996 *Ethnographie de l'action. (L'observation des détails)*, Paris, Métailié.

SIGNORINI Italo

- 1982 “Patterns of fright: multiple concepts of susto in a nahua-ladino community of the Sierra Norte de Puebla (Mexico)”, *Ethnology*, 21, 4: 313-323.

SIGNORINI, Italo y LUPO Alejandro

1989 *Los tres ejes de la vida*, Universidad Veracruzana, Xalapa.

TALLER DE TRADICIÓN ORAL SAN MIGUEL TZINACAPAN

1994 *Tejuan tikintenkakiliyaj in toueyitatajuan. Ethnohistoria de San Miguel Tzinacapan*, I.N.A.H., México.

VIESCA, Carlos

1997 *Ticiotl. Conceptos médicos de los antiguos Mexicanos*, UNAM, México.

*Estudios de antropología e historia / Arqueología
y patrimonio en el estado de Hidalgo*

Natalia Moragas Segura

Manuel Alberto Morales Damián

Coordinadores

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2010,
bajo la coordinación, en su producción e impresión, de

Alejandro Castillo de la Cruz,

Norte 1-j, Núm. 4523, Col. Guadalupe Victoria CP 07790, México, DF

El tiraje fue de 1,000 ejemplares